

LA BATALLA QUE CONMOCIONÓ EUROPA

Peter Englund

La batalla de Poltava en 1709 marca el nacimiento del Imperio ruso de Pedro el Grande. En 1700, el zar, de acuerdo con Dinamarca, Sajonia y Polonia, decidió acabar con la hegemonía sueca del norte de Europa. Cuando estas fuerzas internacionales consiguieron derrotar a las tropas del rey Carlos XII en Poltava, Ucrania, empezó el principio del declive y colapso del Imperio sueco y el ascenso de Rusia.

Junio de 1709. La guerra dura ya nueve largos años, y el ejército de Carlos XII sitia la ciudad de Poltava, en Ucrania. La caravana a Moscú se ha detenido, y el ejército ruso bajo las órdenes del zar Pedro está solo a cuatro kilómetros de distancia. Los suecos se han estado preparando para la batalla y las tropas, que habían estado desperdigadas por las llanuras de Ucrania, se han congregado. El plan consiste en marchar al amparo de la oscuridad y pillar a los rusos por sorpresa, pero cuando sale el sol todo el plan se desbarata. En este libro se retrata el golpe fatal, hora tras hora, la catástrofe que sesgó diez mil vidas. Se analizan las estrategias en el campo de batalla, los detalles que hacen la historia comprensible, real. A través de los diarios y cartas de los testigos, lo sucedido se llena de las voces de los que estaban allí: el general, sus sirvientes, varios soldados, el capellán castrense, la viuda de un soldado...

ACERCA DEL AUTOR

Peter Englund nació en 1957 en Boden (Suecia). Es historiador y escritor. Fue elegido miembro de la Academia Sueca en 2002. Desde 2009 es el secretario vitalicio de la Academia y es, asimismo, su miembro más joven. Ocupa desde 2001 una cátedra de Narrativa Histórica y Social en la Escuela Universitaria de Cine, Radio, Televisión y Teatro de Estocolmo. Entre otros, ha sido galardonado con el Premio August en 1993 y con el Premio de Literatura Selma Lagerlöf en 2002. **Roca**editorial publicó en 2011 su obra *La belleza y el dolor de la batalla*.

ACERCA DE LA OBRA

«Un libro fascinante, impactante y muy fácil de leer.»

GÖRAN HÄGG, *AFTONBLADET*

«Peter Englund te llega al corazón y te abre los ojos con su diáfano análisis y su ritmo perfecto.»

THE EUROPEAN

«Un espectáculo simplemente excepcional.»

GÖRAN BENGTTSSON, *SVENSKA DAGBLADET*

LA BATALLA QUE CONMOCIONÓ EUROPA

Poltava y el nacimiento del Imperio ruso

Peter Englund

Traducción de Martin Simonson



Rocaeditorial

Título original: *Poltava*
Copyright © 1988 Peter Englund
Primera edición en este formato: septiembre de 2012
© de la traducción: Martin Simonson
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-511-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedico este libro al infante de línea sueco Erich Måne, perteneciente a la quinta escuadra¹ de la compañía de *Hundra härads*, del regimiento de Uppland. Su esposa se llamaba Karin Matsdotter. En la madrugada del 28 de junio de 1709, Erich Måne recibió el impacto de una bala de cañón en el pecho, falleciendo al instante. Sus restos mortales todavía yacen en el lugar de su muerte, enterrados en un campo, a unos cuatro kilómetros al noroeste de la ciudad ucraniana de Poltava.

Índice

PRÓLOGO

1. El armiño

EL DESPLIEGUE

2. La mañana del domingo

3. El camino a Poltava

4. La guerra

5. La campaña

6. La anatomía de un campo de batalla

7. Se reúne la plana mayor

8. La tarde del domingo

LA BATALLA

9. «En el nombre de Dios, avancemos ya»

10. «Al enemigo no hay que darle tregua»

11. «¡Que avance la caballería, por Jesucristo!»

12. «Sacrificando a los soldados en vano»

13. «Dios quiera que venga el general Roos»

14. «¡El enemigo rompe filas!»

15. «Sabe perfectamente que los soldados no son míos, sino del rey»

16. «Corderos pobres e inocentes que acuden a la matanza»

17. «Ninguna bala mata al hombre»

18. «Como la hierba que siega la hoz»

19. «¡Ni el propio diablo es capaz de mantener la línea!»

20. «La cosa se tuerce, se tuerce»

21. «Dispara, pica, corta, aplasta»

22. «¡Todo está perdido!»

23. «Que todos se replieguen a toda prisa»

24. «Los cadáveres formaban montañas»

LA RETIRADA

25. «Una recompensa de cien mil rublos»

26. «¡Lucharán cuando yo les diga!»

27. «Si preferían defenderse antes que caer prisioneros»

28. «No sin lágrimas»

EPÍLOGO

29. Un puñado de tierra

Fuentes y bibliografía

Índice onomástico

ILUSTRACIONES

1. La invasión sueca de Rusia 1708-1709

2. El punto de partida

3. La infantería penetra la línea de reductos

4. Desde la reagrupación hasta la batalla final

5. La batalla final

6. La retirada

7. Perovolochna

Prólogo

Si hubiera sido posible, habríamos puesto el poder en manos de los justos. Pero el poder no deja que lo manejemos como queremos, puesto que es una característica tangible. La justicia, por el contrario, es algo espiritual, que podemos manejar como nos plazca. Por ello, ponemos la justicia en manos del poder, y es por eso por lo que llamamos justa aquella ley que estamos obligados a observar. De aquí deriva la ley de la espada, pues la espada proporciona el verdadero derecho.

BLAISE PASCAL, *Pensamientos*, 1670

1. El armiño

La memoria es una cosa realmente extraña. Mucho tiempo después de que la catástrofe llegara a su trágica culminación, y antes de su muerte en cautiverio, él todavía recordaba, con gran nitidez, el curioso episodio del armiño.

Ocurrió el tercer día. Era un día sin sombras, caluroso y bochornoso, en pleno verano. Tenía el rostro gris por culpa del cansancio, y estaba irritado y atormentado tanto por la diarrea como por el sofocante calor, mientras buscaba un lugar para refugiarse del sol y robar unas horas de descanso. Alguien que oyó sus lamentaciones y vio el deplorable estado en el que se encontraba le colocó una estructura improvisada para protegerlo del sol. Junto a un pequeño carro, echaron una capa sobre unos postes que habían sacado de un par de estandartes. Agradecido, se quitó el abrigo y el chaleco. Algunas prendas fueron extendidas sobre el suelo, y un sombrero y una capa doblada hicieron las veces de almohada.

No llevaba más que un breve rato tumbado cuando notó algo desagradable: algo se estaba moviendo debajo de su cabeza. Se incorporó, asustado; podría ser una serpiente u otro bicho peligroso. Sin embargo, la escrupulosa inspección de la capa de la cabecera resultó infructuosa. El hombre concluyó que él mismo habría provocado el movimiento y volvió a tumbarse. Transcurrió un breve rato. De nuevo percibió un movimiento bajo la cabeza, esta vez más fuerte. Se puso en pie de un salto y levantó la capa lentamente. Por debajo, la cabeza de un armiño sobresalía del sombrero. Rápidamente, la cabeza volvió a retirarse. El hombre se apresuró a agarrar el sombrero juntando los dos extremos del ala. El animal quedó atrapado. Llamó a algunos de los que estaban alrededor y les enseñó cómo había atrapado un armiño vivo. Alguien se puso un guante grueso y agarró la vivaracha criatura, que fue meticulosamente escrutada, con gran curiosidad.

Una idea le vino a la cabeza: todos ellos estaban atrapados, igual que el armiño. Como aquel animal que estaban sujetando firmemente, también ellos se habían metido en una trampa. El hombre les dijo que soltaran el armiño sin hacerle daño, y envió una petición, un deseo, a Dios: que, de la misma manera en que el animal atrapado acababa de recuperar su libertad contra todo pronóstico, también ellos, de alguna manera milagrosa, «pudieran escapar ilesos de esta localidad».

Ocurrieron unas cuantas cosas aquel año. Era el invierno más frío que se recordaba, y a Francia había vuelto el hambre. En Inglaterra, un hombre llamado Richard Steele comenzó a publicar la revista *The Tatler*, que más tarde alcanzaría gran fama, y en Italia se iniciaron las excavaciones de la ciudad de Herculano. En aguas territoriales de Chile, una nave rescató a Alexander Selkirk, un marinero abandonado, de una de las islas del archipiélago Juan Fernández, donde había pasado cuatro solitarios años; llegaría a ser la inspiración para Robinson Crusoe. Los afganos de Kandahar se rebelaron contra los persas, y en Japón llegó un nuevo sogún al poder, el reformista Tokugawa Ienobu. Y en algún punto de Rusia, un armiño atrapado fue liberado a modo de conjuro para evitar un desastre. El hombre no podía haber sabido que en menos de veinticuatro horas él mismo habría llevado este desastre a su culminación.

El despliegue

En el año 1700, bastantes años antes del comienzo de una nueva era más importante, el Este, ayudado por el dominio de la Luna, cosechará grandes triunfos y casi todos los pueblos del norte acudirán al reino.

Lejos de su tierra, el rey perderá la batalla y su hueste huirá al amparo de la dorada luna nueva...

Las profecías de Nostradamus, 1555

2. La mañana del domingo

La guerra había durado nueve largos años, y aquellas personas que en esa mañana de verano supieran interpretar todos los signos sabían que el momento decisivo estaba ya muy cerca; tal vez solo faltara un día. Era domingo, y alrededor de la pálida ciudad ucraniana de Poltava dos grandes ejércitos, uno sueco y el otro ruso, estaban mirándose a los ojos. Eran como dos animales salvajes colocados uno frente al otro, casi rozándose, con todos los músculos en tensión ante el asalto. El ejército ruso se había acercado lentamente, paso a paso, a la ciudad sitiada por los suecos. Ahora las tropas rusas se encontraban en Yakovtsi, a tan solo cinco kilómetros de distancia. La avanzadilla sueca podía observar cómo los rusos luchaban por fortificar su nuevo campamento. También en el lado sueco, la gente se preparaba con esmero ante el choque que se avecinaba. Las tropas que hasta la fecha habían estado dispersas por la estepa ucraniana ya se habían agrupado en las inmediaciones de Poltava, y estaban preparadas. Los animales salvajes estaban barriendo el suelo con la cola, listos para abalanzarse unos sobre otros; la única duda que quedaba era quién daría el primer zarpazo.

El contacto entre los dos ejércitos había ido en aumento progresivamente a lo largo de la última semana. Los calurosos días tras el solsticio del verano habían transcurrido entre constantes escaramuzas. No habían dejado de producirse gran cantidad de pequeños enfrentamientos, la mayoría por iniciativa de los rusos. Este día, el 27 de junio de 1709, no era una excepción. Ya en la madrugada se oyeron voces de alarma entre los acantonamientos suecos. Un par de escuadrones de caballería rusa habían superado los puestos de la primera avanzadilla, matando a algunos soldados. Habían estado a punto de entrar en el campamento propiamente dicho antes de ser rechazados. Poco después, casi todo volvió a la normalidad y, puesto que aquel día era el segundo domingo tras la Trinidad, tocaba acudir a misa a las nueve en punto.

En el ejército sueco había una severa disciplina religiosa, con misas de campaña estrictamente reglamentadas todas las mañanas y tardes, así como misas ordinarias todos los domingos y días festivos. Estas ceremonias, que eran sumamente importantes, solamente se cancelaban en situaciones de extrema gravedad, y a veces ni tan siquiera en estas ocasiones. A pesar del intenso frío del riguroso invierno anterior, marcado por las numerosas congelaciones de extremidades y por los cadáveres congelados, las misas de campaña se habían celebrado todas las mañanas a cielo descubierto.

El rey, Carlos XII, participaba este domingo en la misa de la Guardia de Corps. El encargado de darla era el predicador de batallón Andreas Westerman, de 37 años. Era el quinto año de Westerman en el ejército. Había sido llamado a filas en 1705, tan solo medio año después de casarse. Durante el tiempo que había pasado en campaña, su mujer y su único hijo habían fallecido, dejándolo solo. El que predicaba esa mañana delante de los soldados arrodillados de la Guardia de Corps era un hombre de estudios. Había leído una tesis doctoral con el extravagante título de *De Adiaphoria in bello, vulgo neutralitate*. Sin embargo, la guerra le había obligado a enfrentarse a una realidad fea y sucia, lejos de las teorías eruditas, las grandes celebraciones y otras distinguidas actividades académicas. El año anterior, en Golovchin, había caminado de un lado a otro en una ciénaga, administrando la eucaristía en medio del lodo y entre los gritos de los moribundos. Durante el invierno le había costado acudir a las enfermerías, que estaban llenas de

pacientes moribundos y amputados que apestaban a pus y suciedad.

Westerman y sus colegas constituían una pieza fundamental en la maquinaria del ejército carolino. Consolaban a los heridos y a los moribundos, supervisaban estrictamente la vida entera de los combatientes y se ocupaban de llevar a cabo todos los ritos religiosos. Solamente se puede comprender a estas personas partiendo de que todos ellos eran creyentes y que la religión era una parte indispensable de su imagen del mundo; en esta época, el ateísmo resultaba prácticamente imposible. No se podía imaginar un mundo sin Dios. El mundo era oscuro y frío, y el ser humano, pequeño y desnudo, entregado al poder divino debido a su propia impotencia. La religión era una herramienta muy importante para influir en el pueblo y controlarlo, fueran campesinos o soldados a sueldo. En el ejército se pretendía aumentar el espíritu de lucha de los soldados e inhibir su terror mediante la implantación de diferentes maneras religiosas de ver la vida, algunas de ellas abiertamente fatalistas. Un ejemplo: un asalto a una batería de artillería enemiga siempre era un asunto sangriento y costoso, debido a la relativamente alta cadencia de tiro de estas piezas. Ante esta situación, se animaba a los soldados a no tratar de evitar el fuego enemigo ni buscar refugio. En lugar de esto debían seguir hacia delante con la cabeza alta y pensar que «caminando recto o torcido, ninguna bala mata al hombre si no es por voluntad de Dios». Tras la batalla, los oficiales debían recordar a sus hombres—en referencia a los muertos— que lo ocurrido no había sido más que una manifestación de la voluntad de Dios. Con esta actuación podían esperar que la tropa se mostrase «valiente y voluntariosa» en la siguiente batalla. Los pastores del ejército, como Westerman, tenían un papel importante a la hora de fomentar la disciplina de los soldados y fortalecer su espíritu de lucha. Eran los policías del alma y de la carne. La imposición religiosa, que podía manifestarse bajo el aspecto de esta temprana misa, entre otras cosas, era fundamental para mantener la disciplina. Los soldados rogaban al Todopoderoso que les enseñara a mantenerse fieles a la autoridad y a «llevar a cabo afanosamente todo aquello que mis oficiales, en su nombre, me ordenen». Los servidores de la Iglesia también tenían un papel en la batalla: normalmente acompañaban al ejército a los campos de batalla para animar y vigilar a su rebaño. Había gran cantidad de pastores que habían caído en combate, por ejemplo mientras intentaban convencer a los soldados que huían de que debían volver al fragor de la batalla.

La dura disciplina religiosa del ejército se vuelve más comprensible al comprobar que todas estas personas estaban convencidas de que Dios ejercía una gran influencia sobre el resultado de la batalla. En un reglamento para la infantería se afirma con claridad que «puesto que toda bendición proviene del Dios Todopoderoso, su gran nombre sagrado debe ser adorado con fe». Era importante llevarse bien con el Todopoderoso.

La mayor parte del ejército estaría convencida de que Dios realmente estaba de su lado, y esto se consideraba un hecho demostrado por la larga serie de victorias que los suecos habían cosechado desde que se iniciara la guerra, unos nueve años atrás. El que tuviera la predisposición adecuada podía comprobar que la bendición divina de las armas suecas no se reducía a unos cansados vítores provenientes desde alguna grada celeste. Al revés; se consideraba que muchas victorias en los campos de batalla de los años precedentes eran fruto de una intervención directa de Dios. Al desembarcar en Selandia, el embravecido mar se había calmado ante la mirada del rey; en Narva, Dios había enviado aguanieve para ocultar el ataque de los suecos en el momento oportuno; al cruzar el peligroso Daugava habían sido bendecidos de una suerte sagrada; durante la batalla de

Saladen, unos poderes divinos habían desviado por completo los proyectiles de los cañones rusos; en Fraustadt, la nieve había vuelto oportunamente para cegar al enemigo y después desaparecer, como por arte de magia, cuando cargaron los batallones suecos; también en las victorias de Pyhäjoki y Varta se consideraba que el Todopoderoso había intervenido. Esta manera de pensar, apelando a lo divino para explicar sucesos incomprensibles o azarosos, resultaba completamente natural para el hombre preindustrial, y las ideas también eran reforzadas de manera activa por el alto mando militar. Y desde los púlpitos, y en las misas de campaña, hombres como Westerman proclamaban a viva voz el mensaje de que los suecos contaban con el apoyo de Dios, que era su pueblo elegido y su herramienta. Tampoco se trataba de una actuación para la galería; el propio rey estaba convencido de que aquello era verdad. Igual que los hijos de Israel, los guerreros suecos habían venido a la tierra para castigar a los apóstatas y a los pecadores. Los latigazos iban destinados a aquellos repugnantes y malditos mandatarios que habían proclamado guerras sin causas justificadas. También se podían sacar pruebas de la preferencia divina por los suecos mediante diversos malabares cabalísticos con palabras. Un pastor demostró a su escuadrón que los suecos eran los israelitas de su época al invertir el nombre de *Assur* (Asiria, el enemigo del pueblo de Israel) y sacar ¡Russa!

De esta manera, se les otorgaba a los soldados suecos unas armaduras cristianas que no solo les harían luchar con más confianza, sino que también les convertirían en soldados duros. La ortodoxia luterana, que había colocado sobre Suecia su camisa de fuerza, cosida con hilos del Antiguo Testamento, promovía actitudes e ideas que la oficialidad no tardaba en inculcar en los soldados. El castigo y la venganza eran dos piezas fundamentales en la predicación, y el mensaje de que era absolutamente imprescindible evitar la misericordia si la palabra de Dios recomendaba represalias repiqueteaba sobre los batallones, puestos de rodillas delante del predicador. Los hombres del ejército eran empujados a asolar y matar en nombre del Todopoderoso. El baño de sangre de los israelitas del Antiguo Testamento era utilizado como excusa para justificar sus propias devastaciones.

La idea de que el apoyo de Dios a los suecos se fundamentaba en la sencilla ley de causa y efecto era un arma de doble filo. La prueba resultaba convincente por su sencillez. Que Dios estaba de su lado quedaba demostrado con las victorias en los campos de batalla, ya que los triunfos se consideraban imposibles sin el apoyo divino. La cuestión era qué ocurriría el día que se produjera una derrota en una batalla importante. Entonces todo podría derrumbarse: la propia propaganda se volvería contra ellos. Dios demostraría mediante hechos que había traspasado su apoyo al enemigo, y esta idea resultaba espeluznante. A algunas personas les parecía que aquel caluroso verano se podían ver señales de que las cosas no iban del todo bien. Detrás de fenómenos como el antinatural frío del invierno y el inoportuno deshielo, podría haber causas más importantes que unos simples caprichos meteorológicos. Se atisbaba un castigo divino a Suecia y a los suecos. ¿Podría ser que Dios ahora, en junio de 1709, hubiera vuelto la espalda a su pueblo elegido?

Westerman no pudo celebrar la misa en paz aquella mañana: unos cosacos rusos aparecieron en medio de la predicación. Cabalgaban entre gritos y disparos, y al final consiguieron llegar a unos centenares de metros de distancia de los vivaques suecos. Algunos de los zaporozianos, aliados de los suecos, acudieron sobre sus caballos para hacer frente a los ruidosos intrusos, que fueron repelidos sin ofrecer demasiada

resistencia. El acontecimiento no resultaba especialmente llamativo; era otro ejemplo más de las pequeñas incursiones con las que los rusos atormentaban al ejército sueco. Estas incursiones no provocaban grandes o significativos daños en cuanto a bajas mortales o destrozos materiales, pero sí afectaban en mayor medida a la moral general de los suecos. Las continuas escaramuzas se producían incesantemente, día y noche robaban muchas y necesarias horas de descanso y provocaban un estado de alerta casi permanente que hacía mella en las tropas suecas. A esto debemos añadir la fuerte ola de calor que llevaba ya algún tiempo sofocando Ucrania. Algunos decían que el calor resultaba directamente sobrenatural. Muchas personas en el ejército sueco empezaban a mostrar signos de un avanzado estado de agotamiento.

La presión rusa aumentaba cada hora que pasaba. Las insistentes provocaciones alrededor de las avanzadillas suecas no cesaron, sino que continuaron a lo largo de toda la mañana. Habían emplazado un puesto avanzado con jinetes en una loma, cubierta de árboles, que corría paralela al río Vorskla; estaba allí para frenar las patrullas rusas que no paraban de merodear por la zona. Este puesto fue atacado y tres hombres cayeron por los disparos. Se enviaron rápidamente refuerzos, veinte mosqueteros y seis jinetes, que no tardaron en llegar al puesto.

Se sabía que las contramedidas rápidas podían dar un respiro a las avanzadillas, algo que se había comprobado durante las escaramuzas del sábado, sin ir más lejos. Un puesto de soldados de la Guardia de Corps, comandado por el capitán Von Poll, se había escondido en un soto detrás de una elevación del terreno. Unos cosacos les habían disparado desde muy lejos. Cuatro jinetes habían caído, uno tras otro. Entonces, uno de los oficiales de mayor rango del ejército, el general Adam Ludvig Lewenhaupt, se acercó al puesto montado en su caballo. Se tomó la decisión de enviar a veinte mosqueteros bajo el mando de un teniente segundo de dieciocho años, Malcolm Sinclair, para tratar de conducir a los francotiradores cosacos a una emboscada. (A diferencia de su jefe, Von Poll, este joven teniente segundo sobreviviría a la guerra y moriría mucho tiempo después en circunstancias absolutamente espectaculares. Con el paso de los años se forjó una carrera notable y llegó a ser miembro de la comisión secreta del Parlamento. Fue enviado a Turquía en 1738, donde trataría de ganarse el apoyo del sultán en la nueva guerra contra Rusia que se atisbaba en el horizonte. Tras cumplir su misión, en el camino de retorno a casa fue asesinado por militares rusos que querían hacerse con sus documentos. El acto provocó reacciones muy viscerales en Suecia. La muerte de Sinclair sería utilizada frecuentemente en la propaganda del partido revanchista de Los Sombreros, por ejemplo mediante la conocida *Canción de Sinclair*, de noventa estrofas. Su destino contribuiría a la declaración de la nueva guerra contra Rusia que se inició en 1741. De este modo, sobrevivió a esta guerra para después, paradójicamente, contribuir con su muerte a causar otra. La tropa de Sinclair fue organizada para una emboscada, con los soldados tumbados, inmóviles, detrás de un soto. Los soldados recibieron la orden de no disparar hasta que los cosacos estuvieran al alcance de los mosquetes de los suecos. Acto seguido, Lewenhaupt llevó consigo a una pequeña tropa de dragones y cargó contra los cosacos, que se replegaron inmediatamente. (Más tarde, el general se enteró de que estos hombres tenían la misión de mantener a los suecos ocupados mientras unos oficiales rusos de alto rango inspeccionaban el terreno.) A continuación, los suecos intentaron engañarles, volviendo un trecho sobre sus propios pasos, fingiendo ser presas de un terror repentino. Cuando los cosacos vieron aquello recuperaron rápidamente sus ganas de luchar y

avanzaron al galope, profiriendo grandes alaridos entre las nubes de polvo levantadas por los cascos de los caballos. Cuando los suecos pararon para hacer frente a sus enemigos, estos también frenaron en seco y comenzaron a disparar sus odiadas carabinas desde una distancia de más de doscientos metros. Generalmente, los cosacos eran buenos tiradores y usaban carabinas de cañones largos y rayados llamadas «turcas». Con ellas podían acertar desde distancias impensables para los tiradores suecos, cuyos mosquetes tenían cañones gruesos y lisos. Tanto hombres como caballos fueron alcanzados por el certero fuego. Lewenhaupt y los dragones se retiraron un trecho más, y los rusos reanudaron la persecución, que se convirtió rápidamente en un nuevo tiroteo en cuanto los suecos pararon. El juego continuó de esta manera durante bastante tiempo. Al final consiguieron aproximar al enemigo al lugar de la emboscada, y situarlo dentro del alcance de los mosquetes. En aquel momento, los soldados escondidos se pusieron en pie. Una descarga atronadora llovió sobre los perseguidores. Estos, visiblemente aturridos pero extrañamente ilesos, se dieron a la fuga. No hubo más ataques en lo que quedaba del día.

Sin embargo, durante este incidente, el general había visto algo que le había asustado y preocupado al mismo tiempo: la descarga no había tenido ningún tipo de efecto. Había observado cómo las balas de los mosquetes habían caído a tierra, generando pequeños surtidores de arena, a tan solo veinte metros de las bocas. Si el resto de la pólvora fuera tan floja, la eficacia del ejército sueco se resentiría de manera fatal. Se trataba de un dato sumamente preocupante, teniendo en cuenta que todo parecía indicar que se avecinaba una gran batalla. Aquel sábado, Lewenhaupt había informado a Carlos XII de lo que había visto. El rey se negó a creerle.

Sin embargo, el domingo, a la hora de comer, volvieron a producirse ataques rusos. Tres escuadrones de caballería rusa se aproximaron a los amplios campos, acariciados por el viento, que rodeaban la pequeña aldea de Ribtsi. Los huertos del pueblo marcaban el límite norte del alargado campamento de la caballería sueca. Las tropas rusas comenzaron a disparar hacia las avanzadillas; algunos regimientos de caballería recibieron la orden de montar.

El contraataque fue iniciado por una avanzadilla del regimiento de caballería de Östgöta bajo el mando del capitán Axel Wachtmeister, de veintiún años. También en esta ocasión, los indiscretos intrusos fueron expulsados tras un enfrentamiento menor. Las bajas fueron bastante leves; cayeron tres jinetes suecos. Entre los heridos se encontraba uno de los escoltas del rey con galones de oro, Ebbe Ridderschantz. Fue malherido por una estocada de espada que le atravesó el cuerpo de parte a parte. Ebbe fue sorprendido por el ataque ruso mientras se encontraba en los campos, probablemente en una misión de reconocimiento. El ataque ruso también formaba parte de una tarea de ese tipo. Alguien había avistado el grueso del generalato del zar, reunido en las afueras de Ribtsi, adonde habían acudido para echar un vistazo a las posiciones suecas.

Un poco más tarde llegó otra señal de que algo grande estaba en ciernes. El rey se había restablecido muy bien de la fiebre de los últimos días, un efecto secundario de un impacto de bala en el pie que había sufrido el 17 de junio. Era un hombre joven de veintisiete años, con unas entradas profundas, nariz potente, labios carnosos y un aspecto autoritario; un rey coronado por la voluntad de Dios, acostumbrado a mandar y a ser obedecido, y ya se había recuperado lo suficiente como para inspeccionar, sentado en una camilla, un puesto en la loma junto al río. Era el mismo puesto que había sido atacado un poco antes y que en aquella ocasión había sido reforzado. En contra de las órdenes

precedentes, el rey decidió que se retirase, sin más dilación, todo el destacamento. Al parecer, opinaba que ya no hacía falta que permaneciera en el lugar. Un oficial supuso — con referencia al asalto de los rusos— que esta medida se debía a que ahora pretendía poner fin a «este y otros insultos». Pensaba que el rey había decidido que ya tocaba atacar al enorme ejército ruso, que estaba esperando tan solo unos kilómetros al norte. La suposición era totalmente correcta.

3. El camino a Poltava

El ejército sueco se encontraba en la Ucrania profunda, a miles de kilómetros de la patria. ¿Qué extrañas fuerzas estaban detrás de aquella situación? Para encontrar la respuesta a esa pregunta debemos averiguar más cosas sobre esta guerra —que con el tiempo llegaría a ser conocida como la Gran Guerra del Norte— y también sobre los factores que estaban detrás del conflicto y del auge de Suecia como gran potencia.

En estas fechas, el imperio de la gran potencia sueca tenía una historia de unos ciento cincuenta años a sus espaldas. Los primeros cimientos de esta extraña creación databan de 1561. En aquella época, la desintegración del Estado de la Orden Teutónica había creado un vacío en la política del poder en los países bálticos que los rusos no tardaron en aprovechar avanzando hacia el Báltico. También Polonia y Dinamarca se metieron en la carrera. Ante esta situación, la corona sueca recibió varias súplicas de ayuda. (Estas venían, en parte, de los angustiados burgueses de Reval —actual Tallin, capital de Estonia— que estaban perdiendo grandes beneficios debido a que el lucrativo comercio con Rusia se había desviado a la ciudad de Narva, tomada por los rusos.) Se resolvió participar en el reparto del botín. A principios del verano de 1561, las tropas suecas desembarcaron en Reval. Las autoridades suecas consiguieron hacerse con el apoyo de la burguesía de la ciudad y de la nobleza de tres de las provincias estonias. El salto al otro lado del mar Báltico ya estaba consumado, y se inició un largo duelo sobre el dominio en el noreste de Europa que duraría medio siglo.

Se produjo una larga sucesión de guerras, la mayoría entre Suecia, Dinamarca, Polonia y Rusia. De vez en cuando había acuerdos de paz, pero nunca duraban demasiado tiempo. La cuestión es que los territorios más conflictivos de Europa habían empezado a ser objeto de una nueva clase de guerra. Las anteriores confrontaciones, que consistían en pequeñas guerras de limitado alcance, habían sido relevadas por conflictos de mucha más envergadura; cada guerra estaba entrelazada con otra, y la anterior normalmente desembocaba en una nueva. La mayoría de los conflictos en el norte beneficiaban a la corona sueca, que arrancaba una porción de tierra tras otra, siempre a costa de países vecinos menos afortunados (sobre todo aquellos que acabamos de mencionar). De esta manera, Suecia llegó a estar inmersa en un estado de guerra casi perpetuo durante un siglo entero.

Durante los años 1660-1661, Suecia firmó tres importantes tratados de paz: en Oliva con Polonia, en Copenhague con Dinamarca, y en Kardis con Rusia. Con estos tres acuerdos, la fase ofensiva de Suecia llegó a su fin; las grandiosas empresas de conquista ya habían terminado. El botín que habían conseguido durante estos años era impresionante, por decirlo de una manera suave: Polonia había tenido que desprenderse de Livonia, y en tierras alemanas se habían apoderado de la provincia de Pomerania Occidental y una parte de Pomerania Central, igual que de Wismar, Bremen y Verden. Dinamarca había perdido las provincias de Jämtland, Härjedalen y Halland, las islas de Gotland y Saaremaa, así como las provincias de Escania, Blekinge y Bohuslän. Habían privado a los rusos del condado de Kexholm y la región de Ingria, y, de esta manera, se les había cerrado el acceso al mar. Ahora comenzaba una fase de consolidación, durante la cual el Estado sueco se acomodaba como una boa para digerir la presa engullida con calma y tranquilidad. Se inició una época de fortificación y defensa de las tierras

conquistadas que duraría el resto del siglo.

No se puede negar que era un fenómeno histórico muy curioso. Suecia, que había sido un estado de segundo orden, invisible, insignificante y poco desarrollado, dio un paso hacia delante para hacerse con uno de los papeles protagonistas en el escenario político de Europa. De repente, el país se convirtió en una gran potencia de primer orden. ¿Qué factores estaban detrás de esta evolución tan poco probable? Lógicamente, la pregunta ha intrigado a muchos historiadores y, a lo largo de los años, varias escuelas, cada una con respuestas diferentes, han jugado a ser la autoridad histórica de turno.

Un punto de vista que antes predominaba destacaba una serie de acontecimientos singulares que en esta época llegaron a afectar la seguridad nacional de Suecia, y que más o menos la obligaron a embarcarse en todas estas conquistas. Se trataba, sobre todo, de grandes cambios paradigmáticos más allá de las fronteras del país. Rusia, la grande, había empezado a crecer de nuevo; la antigua estructura de poder de los países bálticos se estaba desintegrando (un efecto de la caída de la Liga Hanseática y de la Orden Teutónica), y la Contrarreforma también tuvo repercusiones en la política del continente, algunas de las cuales se notaban incluso en el norte. A esto hay que sumar la antigua lucha con Dinamarca por la hegemonía en Escandinavia. Desde este punto de vista, las conquistas suecas fueron provocadas por una preocupación por la seguridad nacional ante diversas amenazas que venían de fuera. Se construyeron diferentes zonas de control para taponar el avance de los vecinos enemigos, y se buscaba lo que suele llamarse, empleando un concepto muy flexible, fronteras naturales.

Un razonamiento parecido es el promovido por aquellos que quieren explicar el dominio de la gran potencia no tanto como una consecuencia de la fortaleza de Suecia, sino como el resultado de la debilidad de los países vecinos. Aquí se opta por señalar las diferentes circunstancias externas que favorecieron la expansión sueca. Polonia se debilitaba progresivamente y sufría divisiones internas. Rusia era débil y carecía de poder tras el sangriento régimen de Iván el Terrible: las revoluciones populares y las confusas luchas dinásticas internas paralizaron al país. En Alemania existía una profunda división feudal, y también la posición de Dinamarca estaba empeorando cada vez más. Todo ello posibilitaba que Suecia, pobre en recursos, pudiera crecer a costa de estos estados debilitados.

Contra estos puntos de vista se ha esgrimido una forma totalmente diferente de ver las cosas: el impulso detrás de la política de expansión de la época era, sobre todo, económico. La corona sueca pretendía crear un monopolio del comercio de Rusia, y del noreste de Europa, que estaba destinado al oeste. Quería controlar este comercio y gravarlo con impuestos. Con la caída del Estado de la Orden Teutónica se presentó la oportunidad de conseguirlo. Suecia y Polonia (y hasta cierto punto también Dinamarca) iniciaron un tira y afloja en busca del dominio de estas vías de comercio, tan sumamente lucrativas, mientras que los propios rusos luchaban por alcanzar el Báltico y, de esta manera, establecer el contacto directo con los comerciantes de Europa del oeste. Semejantes objetivos económicos también habían estado sobre el tapete durante la Gran Guerra del Norte.

Un cuarto modelo ha sido propuesto por aquellos que quieren encontrar la explicación a la expansión en las condiciones internas de la sociedad. Opinan que detrás de todo estaba la aristocracia sueca, una clase feudal que, gracias a las guerras, podía crecer, enriquecerse y prosperar a costa de los campesinos nacionales y de los aristócratas

extranjeros. Se explican las conquistas como un método empleado por la aristocracia sueca para rapiñar, más allá de las fronteras del estado, todo aquello que no podían conseguir dentro del mismo. Los campesinos suecos eran fuertes y podían oponerse a los abusos demasiado exagerados por parte del Estado y de los terratenientes. Ante esta situación, una explotación en el exterior en forma de guerra parecía una buena alternativa. La clase dominante se beneficiaba de manera importante de las campañas bélicas y la expansión de Suecia. Para un aristócrata, la guerra suponía la oportunidad de hacer una carrera meteórica y de conseguir grandes y rápidos beneficios. Las conquistas se han calificado como una acción, inspirada por intereses feudales, para consolidar y aumentar la posesión de tierras de labor alrededor del Báltico. Además se ha afirmado que la lógica interna de las campañas bélicas, con especial referencia a la financiación de las guerras, tendía a provocar otras guerras por su propia dinámica. Una vez que un estado equipaba un ejército para una campaña, resultaba primordial sacarlo del país cuanto antes y meterlo en tierras del enemigo, donde podía alimentarse mediante diversos métodos de saqueo más o menos sofisticados. Mantener a un ejército equipado dentro de las fronteras supondría nada menos que un desastre económico. La financiación sueca de las guerras estaba construida de tal manera que, mientras las fuerzas propias triunfaban, todo marchaba sobre ruedas, pero un revés de cualquier tipo echaba por tierra todos los cálculos. La paz suponía una catástrofe inmediata.

Si a uno no le obsesiona demasiado la idea de encontrar La Causa Última de Todas las Cosas, no creo que sea imposible combinar, al menos hasta cierto punto, estos puntos de vista que a priori pueden parecer tan diferentes entre sí. Las posibles objeciones a ellos a menudo son el resultado de los desatinos que surgen cuando uno trata de explicarlo todo a partir de un único factor.

La teoría del vacío —que, como hemos visto, pretende explicar la expansión a partir de la debilidad de los países vecinos— posiblemente sea el modelo que menos puede aportar. Podría explicar la gran envergadura de las conquistas, pero lo cierto es que dice muy poco acerca de la razón por la que se produjeron. En cuanto a la teoría económica —la expansión como intento de controlar el comercio de la zona— existen muchas pruebas de que semejantes objetivos económicos jugaban un papel importante para aquellos que tomaban las decisiones. Sin embargo, se desprende que no eran el principal motor detrás de todas las decisiones estratégicas importantes. Las consideraciones de política comercial incluso podrían llegar a jugar un papel claramente subordinado frente a los objetivos más puramente políticos.

Durante los cien años en los que se edificó el dominio de las grandes potencias, las personas que estaban en el poder debieron enfrentarse a una sucesión de retos y situaciones de lo más variopinto. A veces los objetivos económicos parecían ser la motivación para la actuación, a veces eran los objetivos más puramente vinculados a la política de seguridad, y a veces se trataba de una combinación de ambas cosas. (Lo que hay que recordar es que la estricta diferenciación entre objetivos políticos, por un lado, y económicos, por el otro, es, en gran medida, una abstracción. Estas esferas estaban entrelazadas. Si pretendías defender tu reino tenías que emplear la guerra. Y con el nuevo tipo de guerra que había surgido a lo largo del siglo XVI, que requería enormes recursos, era imperativo aumentar y asegurar tus bienes económicos.)

Lo que sí resulta indiscutible es que las condiciones internas de Suecia habían desempeñado un papel muy importante, por no decir decisivo, como catalizador de esta

larga serie de guerras, y en su expansión sin precedentes.

Sin embargo, no hay que creer que los príncipes y la nobleza provocaban todas estas rimbombantes guerras porque eran estúpidos, o malvados, o tal vez ambas cosas. Estos conflictos eran un fenómeno derivado del sistema feudal; en esta época la guerra era sin más la manera más rápida de cosechar grandes y rápidos beneficios. La economía estaba dominada, por no decir paralizada, por una agricultura parsimoniosa y subdesarrollada en la que el progreso era tan lento que a menudo resultaba difícil apreciarlo. La conquista territorial y el botín de guerra eran la única manera de conseguir rápidos beneficios en aquella época. Y esta era una verdad tanto para los estados como para los individuos. Además hay una diferencia importante entre un sistema social capitalista y otro feudal. El típico lugar de competición en el primero es la esfera de la economía y el mercado; el escenario habitual de competición feudal era el campo de batalla, y la herramienta de competición más común, la espada. En una economía capitalista, los rivales pueden crecer y prosperar a la vez. En una feudal esto no era posible, porque el factor central en la creación de valor, la tierra, no podía aumentar, sino que se limitaba prácticamente a cambiar de dueño, y estas conquistas se producían con la espada en la mano, como ya hemos señalado. De esta manera, las largas y numerosas guerras se convertían en una consecuencia casi inevitable del sistema social feudal.

No es difícil llegar a la conclusión de que tenía que haber determinadas personas con un interés especial en promover esta sangrienta política. Se suele decir que los intereses no mienten, y no hay duda de que la principal institución beneficiada de la consolidación de Suecia como una gran potencia era la aristocracia de la nación. A través de su educación y formación, los aristócratas estaban destinados a la profesión de guerrero. Para los jóvenes nobles con grandes ambiciones profesionales, en la práctica solamente había dos alternativas que merecían la pena: o bien la vía diplomática, o bien la vía militar. De estas dos, la carrera de armas era sin duda la más atractiva. En determinados períodos, más del 80 por ciento de los nobles estaban involucrados en el poder militar. Hay que entender que estas personas tenían una opinión de la guerra que dista mucho de la que predomina hoy en día. Para ellos no era algo inherentemente malo, sino que suponía sobre todo una oportunidad para hacer una carrera profesional y lucrarse rápidamente; era la actividad más adecuada para un verdadero noble. A sus ojos, la paz, por el contrario, podía parecer un peligro doloroso, que les amenazaba con la desmovilización y las dificultades económicas. Un aristócrata de alto rango, Gustaf Bonde, declaró una vez en el consejo que era en las guerras pasadas donde «numerosos caballeros habían alcanzado su plenitud; gracias a ellas habían podido mantener su estatus, y sin ellas hubieran tenido que vivir una vida vulgar y de miserias». Adam Ludvig Lewenhaupt, el general que había participado en la emboscada de los cosacos, afirmaba sobre sí mismo que «estaba más contento combatiendo en el extranjero, aunque fuera en una batalla menor, que perdiendo el tiempo en casa ignominiosamente, con empresas vanas». Su opinión estaba relativamente extendida entre sus semejantes. (Esta opinión positiva de la guerra seguía vigente más tarde, en el siglo XVIII. Los eternos codazos en la lucha por los escasos puestos en tiempos de paz hacían que muchos nobles echaran la vista hacia atrás con nostalgia, glorificando los tiempos pasados de guerras en mar y en tierra.)

En la época había muchas personas que, en los momentos más duros de la expansión de la gran potencia sueca, no dudaban en condenar las guerras por no ser sino

un método empleado por la aristocracia para fortalecer su posición y mantener la paz interna. Se decía que los nobles se beneficiaban de las guerras de varias maneras: se les regalaban las mejores fincas en agradecimiento por los favores recibidos, y en los campos de batalla se enriquecían gracias a los botines y las soldadas. Debido al peculiar sistema de impuestos, aquellos nobles que a pesar de todo se quedaban en casa tenían derecho a percibir de sus campesinos la mitad de las partidas que el Parlamento destinaba al armamento. Además, se decía que tanto la aristocracia como la corona utilizaban las levas como un método conveniente para deshacerse de campesinos rebeldes. Algunos iban tan lejos como para afirmar que no eran las guerras las que provocaban la asignación de soldados al ejército, sino que era la necesidad del reclutamiento forzoso como medida disciplinaria la que provocaba las guerras.

Sin embargo, es importante no simplificar las cosas ni crear una imagen de la aristocracia sueca como una jauría de agresivos mastines en perpetua busca de nuevas presas. También podían demostrar un importante grado de responsabilidad hacia el Estado y la sociedad, y hay historiadores que, con una mirada retrospectiva, han querido caracterizar a la aristocracia sueca como la más progresista de toda Europa en esta época. Entre los nobles, aparte de los militares, también había muchos competentes estadistas, brillantes académicos, ambiciosos poetas y buenos científicos. Las guerras a menudo suponían una carga también para la aristocracia, y no todos los nobles, ni mucho menos, eran belicistas. (Por ejemplo, en el Consejo había personas que se manifestaban claramente en contra de la política de expansión durante mucho tiempo, pidiendo la paz obstinadamente.) A pesar de ello, no es arriesgado afirmar que es en la aristocracia donde encontramos a la mayoría de los promotores de la guerra, así como el grueso de los beneficiarios de la misma.

Lo que hizo que esta, la Gran Guerra del Norte, fuera un tanto especial es que no comenzó como una guerra de agresión sueca, lo que había sido la tónica durante el siglo XVII, sino que empezó como un ataque por parte de los estados vecinos. Sin embargo, se trataba claramente de una guerra de revancha, tal y como tendremos ocasión de comprobar. Los agresores pretendían, en primer lugar, recuperar las tierras que los suecos les habían quitado en épocas precedentes. Los soldados carolinos que participaron en la batalla de Poltava estaban luchando por mantener este botín. Los fieles infantes de línea del rey Carlos luchaban y morían por aquellos que se beneficiaban del imperio y que por esta razón querían preservarlo: todos los nobles suecos que habían recibido grandes e impresionantes fincas en las tierras conquistadas, las diferentes asociaciones de comercio capitalista que se embolsaban grandes cantidades de dinero gracias al comercio con el este de Europa, y el Estado sueco, que se deleitaba con el cobro de aduanas y el gravamen impositivo de este enorme comercio. Eran sobre todo estos actores los que se veían amenazados cuando las nubes de tormenta comenzaban a juntarse hacia finales del siglo XVII, y quedaba cada vez más claro que una nueva contienda importante estaba a las puertas.

4. La guerra

La guerra que había llevado al gran ejército sueco hasta el corazón de Ucrania era una consecuencia directa de la política de las grandes potencias. Los que estaban en el poder en Suecia defendían con uñas y dientes lo que se había conseguido en la época anterior. Si lo que se había buscado a través de las guerras y las conquistas era una mayor seguridad, todo había desembocado en una excéntrica paradoja: la seguridad sueca había disminuido. Como hemos venido demostrando, la gran potencia se había edificado a costa de Dinamarca, Polonia y Rusia. Nada hacía indicar que estos estados aceptarían sin rechistar las grandes pérdidas territoriales que les habían sido impuestas. A lo largo de los años se habían ofendido muchos orgullos, que continuaban resentidos.

En Dinamarca, el revanchismo era como una llaga cada vez más infectada. El principal objetivo de la política exterior danesa consistía en romper el cerco de los suecos y recuperar las provincias que habían perdido. También en Polonia había planes para reconquistar los territorios perdidos, aunque estos no estuvieran tan definidos como en el caso de Dinamarca. El país solo contaba con una única salida al mar y era a través de Danzig. Los territorios polacos, lituanos y bielorrusos, por otro lado, buscaban una salida al mar a través de Riga, en la región sueca de Livonia, una situación que los polacos estaban dispuestos a cambiar cuanto antes. El nuevo monarca que subió al trono polaco en 1697, el príncipe elector de Sajonia Federico Augusto —también llamado el Fuerte—, tuvo que hacer un juramento antes de la coronación en Cracovia mediante el cual se comprometía a recuperar los territorios perdidos del país.

También en Rusia se estaban elaborando unos agresivos planes de revancha. Sobre todo les interesaba recuperar Ingria, ya que la pérdida de esta región les había privado de su acceso al mar Báltico. Al firmar la paz en Stolbova en el año 1617, cuando la provincia pasó a manos suecas, los representantes rusos ya lo habían expresado en términos muy claros. Tarde o temprano, Ingria volvería a ser suya. Ya a mediados del siglo XVII, el Estado ruso había vuelto a la senda de la expansión. La llegada al trono del magnífico y extraño Pedro I marcaba el inicio de una nueva fase en la historia de la nación: se inició un enorme esfuerzo cuyo objetivo era convertir la subdesarrollada y aislada Rusia en un estado europeo moderno. Para la nación y el comercio ruso, el acceso a los puertos marítimos libres de hielo era una cuestión de vital importancia. Después de que los rusos hubieran fracasado en su campaña militar para hacerse con unas vías marítimas libres en el mar Negro, dirigieron su mirada hacia el mar Báltico y las provincias suecas que lo rodeaban. Ante esta situación, la dirección de la expansión se antojaba bastante natural. La importancia de los puertos bálticos había aumentado considerablemente en la misma época, y esto se debía, sobre todo, a una comercialización cada vez más extensiva de ciertos productos rusos.

La situación era explosiva. Si las coyunturas políticas unieran a los enemigos de Suecia para un acción conjunta, el norte de Europa podría estallar en una gran guerra. Alrededor del cambio de siglo, los signos comenzaron a llegar: la mecha del polvorín ya estaba encendida, aunque todavía no se la advertía.

En el Domingo de Resurrección del año 1697 murió el rey Carlos XI, gravemente afectado por un cáncer de estómago. Su enfermedad había propiciado una ofensiva diplomática danesa. Los informes que llegaban de Suecia también hablaban de hambre y

de una seria ruptura interna. Algunos analistas consideraban que el país se encontraba al borde de la insurrección, y que lo único que hacía falta para iniciarla era una guerra. Sin embargo, entre las filas de los enemigos de Suecia eran muy pocos los que se daban cuenta de que estas esperanzas resultaban claramente exageradas, producto en igual medida de la propaganda y de castillos en el aire. Los diplomáticos y los estrategas opinaban que estaban ante una gloriosa oportunidad de atacar a Suecia.

Se iniciaron negociaciones secretas, en un principio solo entre Dinamarca y Rusia, pero con el tiempo también involucraron a Polonia en las maquinaciones. En el verano de 1698, el zar Pedro —que estaba volviendo a casa para asistir personalmente a las torturas y ejecuciones en masa de los soldados *streltsíes* que acababan de rebelarse en Moscú— se reunió con Augusto II en Rawa, una localidad cercana a Lemberg. Después de tres días de concienzuda juerga, alternada con negociaciones políticas secretas, los nuevos amigos intercambiaron armas y vestimentas en señal de hermandad, y después se separaron. Para ambos regentes, una guerra contra Suecia les parecía un proyecto cada vez más interesante: los dos acababan de salir de una guerra contra Turquía y ambos habían vuelto con las manos vacías. Augusto contaría con el apoyo generalizado de los polacos si marchaba de campaña para tomar Livonia. (Esto también le daría una excusa para mantener a sus propias tropas sajonas en el país, lo que fortalecería aún más su posición en Polonia.)

Durante el verano de 1699, la temperatura subió un par de grados más. Una nueva crisis de política exterior surgió entre Dinamarca y Suecia, y la manzana de la discordia era, como en tantas otras ocasiones, Holstein-Gottorp. Este ducado al sur de Dinamarca mantenía una fuerte alianza con Suecia y tenía una gran importancia estratégica. En caso de una guerra contra Dinamarca, ofrecería a los suecos la posibilidad de crear dos frentes. Lógicamente, Dinamarca consideraba Holstein-Gottorp una perpetua amenaza, una pistola sin seguro apuntada a la espalda del reino danés. El duque de Holstein ejercía una gran influencia sobre el joven rey sueco; el objetivo de la política exterior sueca consistía en apoyar la causa de este duque. Ante esta tensa situación, los suecos llegaron a tomar una decisión que añadiría más leña al fuego. El duque tenía que reconstruir algunos reductos en Holstein que se habían derrumbado unos años antes, y lo haría con la ayuda de tropas suecas. Se enviaron unidades militares a través de Schleswig y Pomerania. Las medidas suecas no desencadenaron la guerra, pero contribuyeron a que todo se desarrollara en esa dirección. Dieron un impulso a las maquinaciones contra Suecia, lo que a su vez impulsó el inicio de la misma guerra que se pretendía evitar; una ironía más de la historia. El gobierno danés inició los preparativos para la guerra y exhibió abiertamente sus hostiles intenciones en diferentes cortes europeas. En septiembre de 1699 se firmó un nuevo tratado secreto en Dresde. Allí los poderes involucrados —Dinamarca, Rusia y Sajonia— acordaron emprender un ataque conjunto a Suecia. Fijaron la fecha para llevar a cabo tal propósito en enero o febrero del año 1700.

Las expectativas de los tres conspiradores de conseguir grandes y rápidas victorias no se cumplieron. Suecia estaba preparada para el ataque. Nunca antes en su historia el país había estado mejor armado para una guerra. Las insistentes reformas de Carlos XI habían tenido como consecuencia que la nación poseyera un ejército grande, bien entrenado y equipado, una armada imponente y (lo que no era menos importante) un nuevo sistema de financiación de la guerra, capaz de aguantar las embestidas producidas por los enormes gastos iniciales de una campaña bélica. Sin embargo, la resplandeciente

armadura de la que los suecos estaban tan orgullosos contaba con algunas feas manchas. La defensa de las provincias del Báltico estaba plagada de carencias, muchos de los bastiones más importantes de la frontera se encontraban en un estado lamentable. Además, la defensa marítima no era adecuada para hacer frente a una arremetida rusa en el golfo de Finlandia. (Estos eran los puntos débiles, que iban a tener consecuencias decisivas en el resultado de la guerra.)

Fueron las fuerzas sajonas de Augusto las que iniciaron la guerra. Las cosas se torcieron desde el primer momento. En febrero de 1700, fracasó un torpe intento de tomar Riga mediante un ataque sorpresa. En marzo, el ejército danés movió ficha y entró en Holstein-Gottorp. En julio, los suecos contestaron con un ataque relámpago que eliminó a Dinamarca de la guerra; con la ayuda de algunas unidades de la armada, que atacaban desde Holanda e Inglaterra, el ejército sueco desembarcó en la costa oriental de Selandia a tan solo unas decenas de kilómetros de distancia de Copenhague. Con el ejército sueco llamando a la puerta, el rey Federico decidió que la guerra quizá no fuera una idea tan brillante después de todo, y se apresuró a firmar la paz. Los suecos pudieron dirigir sus buques, cañones y bayonetas hacia el este. En este lugar, otro país se había unido a las huestes de los agresores: Rusia, que había declarado la guerra a Suecia alrededor de una semana después de que esta firmase la paz con Dinamarca.

Todo esto indica un serio defecto en la planificación por parte de la alianza de los atacantes, un defecto que seguramente salvó a Suecia durante el primer año de guerra. La coalición no había definido ningún plan militar conjunto. Por esta razón, la coordinación entre los conjurados era muy deficiente.

La entrada de los rusos en la guerra se había retrasado (preferían finalizar primero la guerra contra Turquía). Además, había costado más tiempo de lo previsto reunir todos los componentes del enorme y variopinto ejército que el zar quería usar contra los suecos. Su objetivo primario era Narva y el sitio a la ciudad se inició con bastante retraso. Cuando los refuerzos suecos desembarcaron en las provincias bálticas a primeros de octubre, los sajones, por desgracia para el ejército ruso, ya se habían retirado por completo. El ejército sueco podía concentrarse exclusivamente en socorrer a Narva. El 20 de noviembre de 1700, cerca de 10 500 soldados suecos atacaron a un ejército ruso fortificado que contaba con 33 000 hombres (así como unos 35 000 no combatientes), y consiguieron una victoria tan grande como inesperada.

En el mes de julio del año siguiente, el grueso del ejército sueco cruzó el Daugava, batió al ejército sajón y ocupó Curlandia. De esta manera, la amenaza directa de los sajones a Livonia fue despejada. También supuso que ya podían dejar de bloquear los puertos de Curlandia, algo que había llegado a irritar profundamente a Inglaterra y Holanda. La ocupación de Curlandia también permitió que los suecos pudieran ejercer un control firme sobre la importante desembocadura del Daugava, hacerse con unas importantes regiones exportadoras de centeno y eliminar a un peligroso competidor comercial de Riga.

Al principio, la guerra habría sido bastante popular en Suecia. Había bastante gente que, por su cuenta y riesgo, cruzaba el Báltico para unirse al ejército. Durante la Guerra de los Treinta Años, lo normal había sido que la gente tratase de evitar el servicio militar trabajando en las minas de hierro, pero ahora, por extraño que parezca, la tendencia era la opuesta. La gente huía de las minas y las fábricas para alistarse. Al igual que en los conflictos anteriores, también ahora muchos se dieron cuenta, especialmente

los oficiales de alto rango, de que la guerra podía ser un negocio lucrativo. Podemos ilustrar esta afirmación con el ejemplo de uno de los participantes, el conde Magnus Stenbock, que cuando comenzó la guerra tenía treinta y cinco años y un pasado al servicio de Holanda, del Imperio y de Suecia. Participó en la batalla de Narva y, nada más concluir la contienda, fue ascendido a general de división. Aparte de este salto en su carrera profesional, la declaración de la guerra también supuso toda una serie de privilegios para el conde. En primer lugar, el botín de guerra propiamente dicho, que incluía cosas como mil *dalers*² en pecunia, sacos llenos de monedas rusas y multitud de objetos valiosos, como piedras preciosas, así como jarrones y copas de plata. Además había «otros cachivaches», como colchas forradas de piel de marta, contenedores de sal, armas, camas, casullas, cálices, crucifijos, candeleros y abrigos con galones, que fueron enviados a su mansión. A lo largo de los meses, grandes cantidades de dinero llegaron a Suecia y fueron utilizadas para comprar más tierras. A estas ganancias hay que sumar los beneficios más indirectos de la guerra obtenidos por Stenbock mediante el suministro de diversas necesidades al ejército. Le habían aconsejado que sacrificara su ganado y que aprovechara la cosecha de cereales para hacer panecillos, y después vender estos productos a las fuerzas armadas. Más allá de los rápidos avances profesionales, el botín de guerra y el comercio con las fuerzas armadas, también había una cuarta motivación para Stenbock: la defensa de las propiedades de su familia en los países bálticos. En una carta que envió a casa después de la batalla de Narva, en la que él mismo fue herido, dice, a propósito de los bienes de su madre en la región, que «arriesgué un ojo azul por salvar sus fincas aquí en Livonia». Magnus Stenbock es un buen ejemplo de cómo los hombres de más alto rango podían conseguir sustanciosos beneficios en las guerras.

Sin embargo, los juicios moralizantes acerca del botín de guerra resultan anacrónicos. Tanto para los oficiales como para los soldados rasos, este constituía un aliciente fundamental para luchar y se consideraba un hecho justificado: era algo que ganabas legítimamente a cambio de tu propio sudor y sangre. Los saqueos constituían un argumento que se podía utilizar para animar a las tropas; estaban plenamente permitidos, como una parte más de las batallas, y sometidos a una estricta reglamentación en el Código de Justicia Militar. En realidad, la única limitación de este derecho residía en la norma de que no se podía iniciar la rapiña —ni las borracheras— hasta después de batir al enemigo. Todo lo que sacabas del campo de batalla era, con unas pocas excepciones, propiedad de los oficiales y los soldados, y se repartía entre ellos. En comparación con la recompensa destinada a los oficiales o al alto mando, la recompensa asignada a un jinete tetrapléjico, víctima de las balas, era insignificante. Esto puede ser ejemplificado mediante el reparto del botín entre los vencedores de una batalla posterior (la de Saladen, en 1703):

Un capitán herido recibía 80 riksdalers.

Un capitán ileso, 40 riksdalers.

Un teniente o teniente segundo herido, 40 riksdalers.

Un teniente o teniente segundo ileso, 20 riksdalers.

Un suboficial ileso, 2 riksdalers.

Un soldado sin rango herido, 2 riksdalers.

Un soldado sin rango ileso, 1 riksdalers.

Un soldado raso nunca llegaba a ser rico; podía estar contento si sobrevivía. Con sus vidas, los soldados sin rango ayudaban a construir las fortunas de los oficiales nobles

de alto rango; fortunas familiares manchadas de sangre que, en algunos casos, han sobrevivido hasta nuestros días.

La guerra continuó y, a lo largo del otoño de 1701, las fuerzas suecas se vieron directamente involucradas en los enfrentamientos internos entre diferentes agrupaciones polacas. En enero del siguiente año, el ejército entró en Polonia. De esta manera, la guerra fue dividida en dos escenarios distintos. Por un lado, en el frente polaco, donde el ejército principal sueco marchaba de un lado a otro, tratando de someter al país y allanar el camino de cara al derrocamiento del belicoso rey Augusto. Por otro, en el frente báltico, en el que unas reducidas fuerzas suecas iban cediendo poco a poco ante el empuje de un ejército ruso, que crecía en tamaño y en competencia conforme avanzaba. Las fuerzas suecas que se habían destinado a la defensa de los países bálticos eran claramente insuficientes. También se cometió el grave error de dividir las unidades autónomas sin asignarles ningún comandante en jefe común. El resultado fue el establecimiento de tres unidades que, cada una por su cuenta, eran demasiado débiles y operaban sin demasiada coordinación.

La situación no mejoraba con la decisión de la plana mayor de no permitir la llegada de ningún tipo de refuerzos a las provincias bálticas; en lugar de ello, había que enviarlos al frente polaco. Mientras Carlos XII erraba por Polonia año tras año, los enclaves estratégicos fueron cayendo uno tras otro en los países bálticos. Los rusos alcanzaron el golfo de Finlandia y comenzaron a construir una armada en el lugar. La edificación de lo que más tarde se convertiría en la nueva capital de Rusia, San Petersburgo, se inició en territorios suecos.

Las gentes de los países bálticos y de Polonia sufrieron verdaderas penurias durante la guerra. El mantenimiento del ejército sueco se fundamentaba, en gran medida, en las contribuciones, lo que en la práctica se puede traducir en la imagen de una nube de langostas de acero que avanzaba por la tierra, como una espada, dejando un rastro de devastación a su paso. Mediante amenazas, incendios y torturas, una población que incluso antes de la guerra había estado al borde de la hambruna era ahora privada de su sustento vital y —en caso de tenerlo— de su dinero. Lo único que importaba era que el ejército pudiera satisfacer sus necesidades, por lo que el país, según palabras del propio Carlos XII, tendría que «sufrir todo lo que hiciera falta». Los oficiales de alto rango recibían órdenes del Estado Mayor de la Guerra de «substraer y rapiñar, para reunir con la máxima premura todo lo que se pueda, por el bien del ejército». Además, el ejército sueco estaba a menudo sometido a los ataques de una encarnizada guerra de guerrillas; la población civil polaca no dudaba en matar a los soldados suecos, algo que el lado sueco castigaba con una dureza sin precedentes. La plana mayor sueca pregonaba que los malhechores debían ser ejecutados aun a falta de pruebas fiables, «para infundirles el miedo y para que sepan que, si continúan con ello, ni el infante en la cuna será perdonado».

Como ejemplo de las muchas fechorías cometidas por los suecos, se puede mencionar la masacre de Nieszawa. En agosto de 1703, la ciudad de Nieszawa, al sudoeste de Thorn, fue destruida y los inocentes habitantes ahorcados, todo como represalia por un ataque a un destacamento sueco en la zona.

En las provincias bálticas, los rusos saqueaban y mataban con el mismo desenfreno que los suecos en Polonia. La estrategia rusa consistía en devastar por completo las provincias suecas: de esta manera no servirían como base para una futura

campaña sueca en el lugar. En una de sus cartas al zar, el general ruso Sheremetiev escribió, feliz por los últimos asolamientos, que «envié a mi gente en todas las direcciones para capturar o saquear; nada ha escapado a la devastación, todo está destruido o quemado. Las tropas han capturado a varios miles de hombres, mujeres y niños, además de al menos 20 000 caballos de tiro y ganado vacuno». (Lo que ya se habían comido, matado y destruido no estaba incluido en estos cálculos, y el general estimaba que el total ascendería a casi el doble de lo que se habían llevado.) El ejército ruso se llevó consigo a parte de la población como un botín vivo; los militares rusos de alto rango se apropiaban personalmente de estas personas para ponerlas a trabajar como siervos en sus fincas. Otros eran vendidos como ganado en los mercados sucios de Rusia, o terminaban sus días como esclavos de tártaros o de turcos.

Después de varios largos años de saqueos y marchas incesantes por todos los rincones de Polonia, Carlos XII por fin consiguió sacar un resultado tangible. Hacia finales del año 1705 se firmó un tratado de paz entre Suecia y Polonia. Este tratado resulta interesante, porque revela el motivo por el que luchaban los soldados suecos. Era la vieja idea de la Gran Suecia, la *Dominium Maris Baltici*, el dominio de todo el mar Báltico, que habían recuperado del olvido. Los términos de la paz exigían que gran parte del comercio polaco fuera redirigido a la ciudad sueca de Riga. Al mismo tiempo, los polacos debían prometer que destruirían el nuevo puerto de Polangen, para que no compitiera con los puertos suecos. Los comerciantes suecos ya podían disfrutar de nuevas oportunidades, mucho más grandes, de afincarse en Polonia, y sus derechos en el país fueron mejorados de manera sustancial. El acuerdo de paz también implicaba la prohibición de tránsito de cualquier tipo de comercio ruso destinado al resto de Europa. Aunque a los polacos no se les obligaba formalmente a ceder tierras, la paz impuesta por los suecos no dejaba de ser un mal trago.

En el verano de 1706 tuvo lugar la entrada, que había sido demorada mucho tiempo, de las tropas suecas en Sajonia. (Habían tenido que posponer la operación durante mucho tiempo por deferencia a las grandes potencias europeas que, por aquel entonces, estaban inmersas en la gran Guerra de Sucesión Española.) La invasión de la propia patria de Augusto tuvo consecuencias inmediatas: en septiembre se firmó la paz en la finca de Altranstädt, en las afueras de Leipzig, donde Augusto renunció al trono polaco, reconoció a la marioneta sueca Estanislao I Leszczyński como legítimo rey de Polonia y prometió que no apoyaría a los enemigos de Suecia a partir de aquel momento. Después de siete años de guerra, dos de los tres integrantes de la coalición habían sido batidos. Ahora solo quedaba saldar cuentas con el tercero, Rusia.

Durante todos estos años, el grueso del ejército sueco había estado metido hasta el cuello en una larga y aparentemente absurda guerra en Polonia. Al zar Pedro se le había concedido una tregua que le había venido muy bien. Las nuevas fuerzas armadas rusas habían sido reorganizadas, y habían ganado en experiencia y en confianza gracias a una larga serie de batallas victoriosas en los países bálticos. Los rusos habían tenido la oportunidad de abrirse paso con la espada hasta el mar Báltico. Las provincias suecas habían sido terriblemente devastadas y estaban siendo sometidas a una gran presión; posiciones importantes como Schlisselburg, Narva y Tartu estaban bajo el control de la gente del zar desde hacía varios años. Había que arreglar esta situación.

Ahora le tocaba al zar Pedro Alexéievich pagar por sus conspiraciones contra Suecia. Europa entera estaba convencida de que al tozudo soberano del Kremlin le

esperaba una terrible derrota. El terror reinaba en Moscú: muchos de los extranjeros residentes abandonaban la ciudad ante el esperado ataque de los suecos, y el aire se llenaba de rumores sobre insurrecciones y baños de sangre.

5. La campaña

En los últimos días de 1707, el ejército sueco cruzó el río Vístula y puso rumbo al este. La fina capa de hielo que lo recubría había sido reforzada con paja, tablas de madera y más agua congelada por encima. La frágil base cedía bajo los pies de las tropas y algunos carros, caballos y hombres desaparecieron en las negras aguas del río, pero, a grandes rasgos, todo marchaba según el plan previsto. Atrás habían dejado una Sajonia totalmente vacía de recursos y una Polonia Occidental devastada, y, en algún punto delante de ellos, se encontraba el ejército ruso en retirada. El ejército sueco era grande y poderoso, tal vez el mejor de Europa. Los reclutamientos y la llegada de más gente de Suecia lo había hinchado hasta alcanzar los 44 000 hombres, una de las fuerzas más grandes que Suecia había movilizado jamás. El ejército estaba bien equipado y preparado: tenía armas y uniformes nuevos, las arcas estaban llenas a rebosar y las grandes provisiones de proyectiles, pólvora, medicamentos y otros utensilios daban fe de los minuciosos preparativos realizados. El zar Pedro tenía razones para temblar.

Y vaya si temblaba. A lo largo del avance, los suecos recibieron repetidas y nerviosas ofertas de paz, pero todas fueron rechazadas por el rey Carlos, seguro de sí mismo y confiado en la victoria.

La estrategia rusa ante la amenaza que se les venía encima era sencilla. El Plan Zjolkijevskij, aprobado hacía más o menos un año, consistía en evitar por completo cualquier enfrentamiento decisivo en Polonia. En lugar de esto, los rusos debían retirarse ante la ofensiva sueca, asolando y privando de alimentos todas aquellas tierras por las que se pensaba que sus adversarios pudieran pasar. Demorarían el avance de los suecos mediante la destrucción de caminos y puentes, y ofrecerían resistencia en puntos elegidos con esmero. Agotarían al ejército sueco con una serie de enfrentamientos menores y escaramuzas. Finalmente crearían una franja desértica, fabricada por el hombre y desprovista de víveres y de gente, de unos 200 kilómetros de anchura a lo largo de la frontera rusa. El plan era de una brutalidad magnífica, enfocado a salvar la propia patria a través de su destrucción.

Con la guerra, el martirio de Polonia continuaba. A este país, digno de compasión, le tocaba pagar por su debilidad militar y política; de nuevo se convertía en un campo de batalla entre dos grandes potencias. Por un lado estaba el gran ejército sueco, firmemente decidido, una vez más, a devorar lo que quedaba de una nación ya en ruinas, y, por el otro, un montón de unidades rusas a las que solo les interesaba una cosa: destruir todo lo que pudieran antes de que su adversario les alcanzara. Las tropas suecas se dieron cuenta de la profunda desolación en cuanto cruzaron la frontera con Silesia. Los rusos habían quemado aldeas y ciudades, envenenando el agua de las fuentes y dando buena cuenta de la población civil. Para aquellos que se habían acostumbrado a los barrios opulentos de la rica Sajonia, era como lanzarse al vacío. Polonia era como un grano de cereal machacado entre ruedas de molino.

Después de cruzar el Vístula, el ejército sueco continuó hacia el este. Inesperadamente se dirigió hacia Masuria, una gran zona de bosques y ciénagas cerca de la frontera con Prusia Oriental. Debido a su carácter inhóspito, esta zona nunca antes había sido atravesada por ningún ejército; con esta medida, Carlos XII esperaba circundar las posiciones enemigas y sacar a los rusos de la línea del río Narew, sin que pudieran

ofrecer resistencia armada.

El ejército entró en Masuria formando tres columnas. La marcha era difícil debido al mal estado de los caminos y el espesor de la nieve. Sin embargo, al planificar esta magistral jugada militar, no habían contado con la gente de la zona, que no mostraba excesivo interés en alojar a las hambrientas masas de soldados en sus casas. Al principio, los campesinos trataron de negociar con el ejército; querían señalar ellos los caminos por los que las tropas debían transitar, e indicar qué cosas estaban dispuestos a ceder a los suecos, pero estos mataron a los portavoces sin más preámbulos. Se inició una corta pero muy encarnizada guerra de guerrillas. La población se retiró a los bosques, arrancando los puentes de troncos de las pistas forestales y colocando obstáculos en el camino del ejército. Grandes grupos de desesperados campesinos trataban de frenar la marcha a través de su tierra. Hubo emboscadas todos los días.

La respuesta sueca fue terriblemente dura. Se enviaron tropas a los bosques con órdenes de matar a todos los hombres por encima de los quince años, sacrificar todo el ganado que pudieran llevar e incendiar todas las aldeas. Sin embargo, la guerra de guerrillas continuó obstinadamente mientras el ejército se abría camino por la zona, entre balas y fuego. Las aldeas de Masuria desaparecieron en una lluvia de chispas, una tras otra. El mayor problema para el ejército era la dificultad de conseguir víveres en cantidades suficientes de un pueblo tan recalcitrante. Ante esta situación no tuvieron reparos en utilizar viejos métodos de demostrada eficacia, como la tortura. Un doloroso método, frecuentemente utilizado, consistía en meter los dedos de los campesinos en la llave de chispa de las pistolas, y apretar las sencillas clavijas hasta que la sangre brotase. Otra medida, que también fue utilizada por el ejército sueco en Polonia, era ceñir una banda alrededor de la cabeza del pobre desafortunado y apretarla con la ayuda de una caña hasta que los ojos se salieran de sus órbitas. En Masuria, la barbarie del ejército alcanzó nuevas cotas; llegaron incluso a atrapar a niños para azotarlos y fingir que los iban a ahorcar para conseguir lo que querían de los padres. Algunas unidades convertían las amenazas en realidad, matando a los niños delante de sus progenitores.

Cuando el ejército abandonó los bosques nevados de Masuria y entró en las llanuras lituanas, dejó una tierra baldía en su estela. Uno de los suecos que participó en la campaña era el comandante de dragones Nils Gyllenstierna, de treinta y nueve años. Resumió lo ocurrido, no sin cierto grado de satisfacción, con las siguientes palabras: «Mucha gente fue masacrada, y todo lo demás quedó quemado y devastado, por lo que creo que aquellos que quedaron con vida tardarán en olvidar a los suecos».

El 28 de enero de 1708, el rey atravesó el Neman con una avanzadilla de seiscientos hombres y tomaron la ciudad de Grodno. El lugar había sido evacuado por los rusos horas antes, cuando se enteraron de que el enemigo se acercaba. La retirada rusa continuaba y los suecos les seguían. El mal estado de los caminos atormentaba tanto a los caballos como a las personas, y no siempre conseguían refugiarse bajo techo. Las cabañas intactas disponibles siempre eran ocupadas primero por los oficiales, sus familias y sirvientes. Normalmente, los soldados no tenían más remedio que acurrucarse en la nieve, junto a las vallas o las fachadas de las casas, para refugiarse del viento o apretujarse alrededor de grandes hogueras hechas con troncos. El avance hacia el este proseguía más o menos según el plan previsto por los suecos, pero el ejército ruso tenía evidentes problemas. La caballería no conseguía cumplir con todas las directrices del Plan Zjolkijevskij: no efectuaron muchos intentos de frenar a los suecos, sino que se limitaron

a replegarse. En realidad, el único tipo de enfrentamiento armado entre los dos ejércitos se reducía a unas breves escaramuzas. Los suecos avanzaban sin descanso y, puesto que la caballería sueca les estaba pisando los talones, los rusos solo tenían tiempo para quemar la tierra alrededor de los caminos. La gran cantidad de caballos rusos muertos por la fatiga demostraba que la retirada estaba siendo muy precipitada. Las tropas suecas llegaban a aldeas incendiadas donde encontraban cadáveres de animales, carbonizados y todavía humeantes, dentro de sus cuadras. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, los rusos huían más rápido de lo que su adversario era capaz de avanzar por los impracticables caminos, bajo el aguanieve que no paraba de caer. Cuando el ejército sueco tenía problemas con el abastecimiento, y los caballos estaban a punto de reventar, interrumpían la persecución. A principios de febrero hicieron un alto junto a la pequeña ciudad de Smorgon, la morada de los domadores de osos de Lituania. El ejército necesitaba descansar.

Las tropas suecas se quedaron en el lugar durante poco más de un mes, en una zona de acantonamiento que tenía una extensión de más de diez kilómetros. Pasaron la mayor parte del tiempo practicando asiduamente los nuevos reglamentos de instrucción. Partieron a mediados de marzo, a pesar del severo frío. Los agudos problemas de avituallamiento habían vuelto a hacer acto de presencia y durante un par de días de marchas se desplazaron unos cincuenta kilómetros hacia el este, hasta la región que rodeaba Radoszkovicze, donde la tierra no había sido tan arrasada. Allí aguantaron tres meses, haciendo ejercicios de instrucción y tratando de encontrar las últimas migajas de la comida de los campesinos. La población intentaba ocultar sus alimentos en unos escondrijos ingeniosamente contruidos. Sin embargo, a lo largo de los años, los suecos habían desarrollado métodos igual de ingeniosos para dar con todos esos escondrijos, con tanto éxito que los desesperados campesinos llegaron a creer que utilizaban magia. Entre otras cosas, los soldados habían aprendido que bajo aquellas zonas donde la nieve se derretía más rápido solía haber cosas enterradas. Además, tenían herramientas especiales, provistas de ganchos, para sondear la tierra; sacar paja era una señal que delataba la presencia de escondrijos, ya que estos a menudo estaban cubiertos con este material.

Los suecos se prepararon para la campaña del verano. Almacenaron alimentos y otros artículos de primera necesidad, y el general Lewenhaupt, que se encontraba en Curlandia, fue convocado para una reunión con el rey. Recibió la orden de preparar a sus hombres para una campaña y abastecerse de suficientes provisiones. Sin embargo, el ejército principal había sufrido unas cuantas pérdidas durante el parón; muchos caballos padecieron y murieron por falta de forraje decente. A medida que avanzaba la primavera, las enfermedades también comenzaron a hacer estragos entre las filas, y los que más sufrieron fueron los nuevos reclutas, que no estaban acostumbrados a la dureza de la vida en campaña. A pesar de todo, los suecos debían aguantar hasta que los empapados e irregulares caminos fueran transitables y la tierna hierba de la primavera creciera para que el mantenimiento del considerable cuerpo de caballería fuera viable. Partieron el 6 de junio de 1708; ya había terminado la espera. Dejando un destacamento al servicio del recién coronado monarca polaco Estanislao, un ejército de unos 38 000 hombres partió rumbo a la guerra.

Las dudas del ejército sueco sobre qué dirección tomar —si debía marchar hacia el norte para echar a los rusos de las provincias bálticas o si debía dirigirse hacia Moscú — fueron rápidamente despejadas. Puso rumbo al este, hacia lo que se suele llamar la

Puerta de los Ríos. (Los dos grandes ríos, el Dvina y el Dniéper, constituían una barrera de agua casi intacta a lo largo de las fronteras rusas de la época, desde el Báltico hasta el mar Negro, con la excepción de un corredor estrecho donde ambas vías fluviales doblaban hacia el este: la Puerta de los Ríos.) A través de este corredor corría la carretera principal que llevaba a Moscú. Aunque este puente de tierra no era interrumpido por grandes ríos, sí estaba atravesado por una multitud de afluentes, que los rusos tenían intención de usar como líneas defensivas. Sus fuerzas estaban divididas en diferentes expediciones militares que estaban preparadas para bloquear el avance de los suecos. De todos estos afluentes, el Bereziná era el más grande, y el mejor lugar para atravesarlo estaba junto a Borisov, por lo que este punto estaba teñido de gris por la cantidad de armas y tropas rusas que esperaban en el lugar. Sin embargo, la plana mayor sueca maniobró con gran habilidad: eligió un camino más al sur, a la vez que envió un fuerte destacamento de caballería hacia Borisov. Esta maniobra disuasoria hizo creer a los rusos que el principal golpe iba dirigido a Borisov. Mientras tanto, el ejército sueco alcanzó otro punto adecuado para cruzar el río, prácticamente carente de defensas. De nuevo, el ejército carolino, con bajas mínimas, había engañado a su adversario. Sin embargo, la travesía del río no llegó a producirse, puesto que el avance, que quedaba lastrado por un tren de bagajes muy voluminoso, por el fatal estado de los caminos y por un tiempo endemoniado, era demasiado lento. Los rusos tuvieron tiempo para retirarse y reagruparse en una nueva posición detrás del pequeño río Babiť, alrededor de la localidad de Golovchin. Allí harían un nuevo intento de retener el implacable avance del ejército sueco.

Las tropas suecas buscaban su camino hacia Golovchin por pequeñas pistas forestales. Atacaron el 4 de julio, antes de que todas las unidades hubieran alcanzado este lugar. El punto de ataque estaba bien elegido. En un enfrentamiento intenso y sangriento, echaron a los rusos de sus fortificaciones. Los suecos se dieron cuenta, de una vez por todas, de que ya no estaban ante la misma chusma que antaño habían barrido en el campo de batalla de Narva: las bajas rusas ascendieron a cerca de 5 000 hombres, mientras que las suecas sumaron 1 200.

Cuando el enemigo se dio a la fuga, los hombres de la infantería pudieron descansar, mientras los marmitones se acercaban con aguardiente y pan. Los pastores caminaban por el lugar de la matanza y daban la comunión a los moribundos, que no paraban de gritar. (Muchos de los heridos no tardaron en morir. El soldado de caballería Carl Duwall, de veintinueve años, vivió tres largos días con la cabeza totalmente reventada por los machetazos: le faltaba la nariz y la mitad de la cara.) Los suecos montaron sus tiendas de campaña en el campo de batalla, que presentaba un aspecto horroroso: había montones de hombres y caballos muertos, cañones, morrales, calderas de cobre, comida y carros destruidos en un macabro batiburrillo envuelto en lodo. Los suecos caídos fueron enterrados en fosas comunes con honores militares, pero dejaron la mayor parte de los cadáveres rusos sin enterrar, bajo el calor del verano. Un fuerte y penetrante hedor de putrefacción no tardó en envolver toda la localidad e hizo difícilmente soportable la estancia en el lugar. Los perros merodeaban por el campo, comiéndose los desnudos e hinchados restos humanos que estaban por todas partes.

El zar estaba furioso por el resultado de la batalla y convocó consejos de guerra. El comandante local fue degradado a soldado raso y condenado a pagar por toda la munición y por los cañones perdidos. Se daba por hecho que los soldados con heridas en

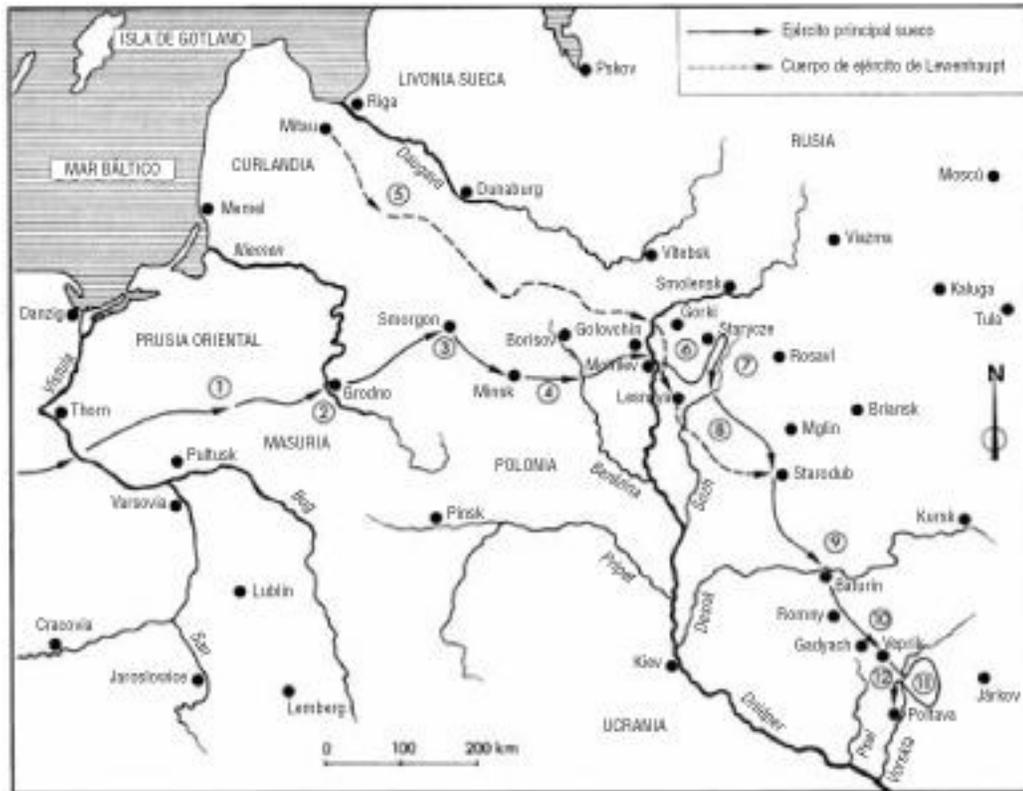
la espalda habían mostrado cobardía, por lo que fueron fusilados o ahorcados.

El camino al Dniéper estaba abierto para los invasores suecos. El 7 de julio ocuparon Mohilev, una gran ciudad junto al río. Allí acamparon las tropas suecas durante casi un mes. La razón por la que volvieron a interrumpir el avance se debía en parte, como siempre, a la necesidad del ejército de abastecerse de provisiones, pero sobre todo querían esperar la llegada del cuerpo de ejército de Lewenhaupt desde Curlandia. Este había preparado la partida como buenamente había podido, pero, cuando el rey le dio la orden de marchar, ya era el 3 de junio. Poner en marcha a las tropas y reunir todas las provisiones necesarias no fue tarea fácil, y no pudo partir hasta finales de mes. El cuerpo, que consistía en 12 000 hombres, dieciséis cañones y un monumental tren de bagajes compuesto de varios miles de carros, avanzaba con suma lentitud.

El ejército principal sueco partió el 5 de agosto, tras un mes de espera, sin que el destacamento de Lewenhaupt hubiera llegado. Ya llevaban suficiente demora y debían reanudar las operaciones. Sin embargo, no marcharon contra las fuerzas principales del enemigo, que se encontraba en una posición fortificada junto a Gorki, sino que se encaminaron rumbo al sudeste, hacia el río Sozh, otro afluente del Dniéper. Los suecos tuvieron que mantenerse cerca del río para no dejar al descubierto el pequeño ejército de Lewenhaupt. Su intención era incitar a los rusos a enfrentarse a ellos en otra batalla campal. Marchando a un ritmo intenso, intentaron dar con un destacamento tras otro del enemigo, pero estos no hacían más que replegarse dejando tras de sí una tierra baldía y humeante. A veces, los suecos estaban tan cerca que entraban en campamentos en los que todo había sido abandonado apresuradamente: encontraban tiendas, caballos y a veces incluso prostitutas de campaña o animales tan exóticos como camellos. En Chernikov, junto al Sozh, se quedaron un par de días intercambiando disparos con los rusos, que estaban situados al otro lado del río; el rey, excitado y de gatillo fácil, anduvo por la orilla en persona, arrebatando los mosquetes de los soldados y abatiendo a varios soldados rusos con sus tiros. Solo se produjeron unos pocos enfrentamientos menores, como en Dobroye el 31 de agosto y en Rajovka el 10 de septiembre, cuyo único resultado fue la muerte de una gran cantidad de soldados. La persecución de los rusos continuó en dirección al noreste, hacia la gran ciudad de Smolensk.

Para los generales de la plana mayor, la guerra de este verano no era más que una larga sucesión de nombres de pueblos, ciudades y bifurcaciones enlazados entre sí por términos técnicos militares como avance, retirada y marchas forzadas. La realidad para el hombre que caminaba en las filas era otra. Para él, los contextos y los grandes planes eran inexistentes; solo existía la marcha ciega, agotadora, por las embarradas pistas forestales, atravesando campos y praderas barridas por el viento, caminando por bosques oscuros y cenagosos, por inestables puentes de troncos y tambaleantes pontones de madera para cruzar los ríos, normalmente bajo una lluvia fría e insistente que no parecía cesar jamás, a la caza de un enemigo que casi nunca se dejaba ver, pero que siempre podían atisbar gracias a las columnas de humo que se elevaban en el horizonte.

LA INVASIÓN SUECA DE RUSIA 1708-1709



1. El ejército principal sueco cruza el Vístula en diciembre de 1707 y continúa hacia el este a través de Masuria, donde se inicia una breve y encarnizada guerra de guerrillas.
2. El 28 de enero de 1708, los suecos toman Grodno. Los rusos asolan el país y se repliegan al este. El ejército sueco les persigue.
3. La persecución es interrumpida a principios del mes de febrero en la localidad de Smorgon. El ejército sueco pasa el invierno en ese lugar.
4. A principios de junio, el ejército principal sueco prosigue su avance. Consigue escabullirse de varias barricadas rusas y el 4 de julio consigue una victoria sobre los rusos en Golovchin.
5. Lewenhaupt parte a finales de junio para unir su destacamento al ejército principal.
6. El ejército principal sueco hace un alto junto a Mohilev para esperar a Lewenhaupt, pero se ve obligado a continuar en agosto. Trata en vano de provocar una batalla campal con los rusos, que no hacen más que replegarse.
7. El ejército principal hace un alto a principios de septiembre. Por cuestiones de mantenimiento, sobre todo, tienen que marchar hacia el sur.
8. Mientras tanto, el ejército de Lewenhaupt ha continuado su avance hacia el sur. El 29 de septiembre es atacado por fuerzas rusas junto a Lesnaya. Lo que queda del ejército se une al ejército principal en octubre.
9. A principios de noviembre, el ejército principal sueco consigue abrirse paso y cruzar el río Desná. Cosacos rebeldes se unen a los suecos.
10. El ejército principal entra en cuartel de invierno. El invierno se hace cada vez

más duro. Se producen algunas escaramuzas.

11. A finales de enero de 1709, los suecos reanudan la ofensiva, pero el mal tiempo no tarda en poner fin al avance.

12. El ejército sueco se concentra entre el Psel y el Vorskla. Se inicia un período defensivo de unos cuatro meses de duración. El 1 de mayo comienzan a sitiar la ciudad de Poltava en un intento de ganar tiempo.

El verano era frío y lluvioso. Los hombres tuvieron que trabajar muy duro. Los cereales crecieron lentamente aquel verano y tuvieron que cosechar el grano, inmaduro y verde, en los campos y después molerlo en pequeños molinillos artesanos. Preparaban la masa en cazuelas o en hornos de tierra, apresuradamente cavados, y el resultado era un pan negro que tenía muy mal sabor. A veces no contaban ni con esto. Además, en ocasiones los soldados ni siquiera tenían tiempo para preparar sus comidas. Delante de ellos, el horizonte estaba salpicado de innumerables columnas de humo, y siempre tenían a la caballería ligera rusa al acecho. Para mantener el estado de alerta, normalmente se obligaba a los soldados a dormir con la ropa puesta, y fueron muchas las mañanas en que los gritos de los cosacos les despertaron. Estos huidizos guerreros enemigos siempre merodeaban cerca, amenazando con asaltarles. Tenían predilección por los ataques al tren de bagajes, donde mataban a los hombres del rey —cocheros, sirvientes y enfermos— y a los caballos con cuchillos y robaban todo lo que podían antes de marcharse. Cuando las unidades suecas les hacían frente y les atacaban, los cosacos se dispersaban a la velocidad del rayo. Normalmente, lo único que los perseguidores suecos conseguían encontrar eran sus caballos agotados. Para que los soldados pudieran orientarse mientras caminaban en la oscuridad, atravesando las desconocidas profundidades de los bosques y afligidos por las inclemencias del tiempo, a veces resultaba necesario enviar tamborileros que con sus golpes sordos guiaban a los hambrientos, sedientos y agotados infantes. Con la llegada de la noche y tras una larga jornada de marcha, era habitual que se quedaran sin un acuartelamiento en condiciones, ya que los rusos o bien habían incendiado todas las casas, o bien habían mantenido a los maestros de campo tan ocupados que estos no habían tenido tiempo para organizar el acuartelamiento, lo que creaba una gran confusión en las oscuras noches del verano. La noche tampoco suponía automáticamente una oportunidad para descansar. Les esperaban largos turnos de guardia u otros trabajos físicamente exigentes, como por ejemplo el de salir a forrajear. El ejército necesitaba sus caballos y estos su forraje, por lo que había que enviar a grupos de soldados a recoger lo que hiciera falta. Esto podía suponer largas y peligrosas salidas a caballo a través de ciénagas y bosques oscuros, plagados de cosacos hostiles y campesinos emboscados, inflamados de odio. Los soldados maldecían a sus huidizos adversarios, a los que culpaban de sus penas y fatigas, y los desdeñosos infantes daban a su oponente ruso el mote de Pedro del Pantano. Tenían ganas de que se produjera una batalla decisiva, que pudiera suponer un descanso y tal vez también la paz. Había una buena dosis de desmotivación en el ejército.

El 11 de septiembre, la hueste sueca paró a la altura de Starycze, una localidad fronteriza atravesada por la principal carretera que llevaba a Moscú, desde la cual no quedaban más que unos ochenta kilómetros para llegar a Smolensk. Allí se quedaron unos días, dudando, como si quisieran recobrar el aliento. Los rusos devastaron a fondo las tierras que se extendían entre el ejército sueco y Smolensk. Toda la llanura delante de ellos parecía estar en llamas. El horizonte era una pesada cortina de humo gris, y de

noche el cielo reflejaba el resplandor de las innumerables piras. La situación era sumamente problemática. A los suecos les faltaba comida, y un empujón hacia Smolensk supondría una incursión forzosa en la tierra baldía de cenizas y hollín que los rusos estaban provocando. Debido a la falta de avituallamiento era impensable parar y esperar la llegada del todavía lejano ejército de Lewenhaupt. Las deserciones y las enfermedades aumentaban cada día que pasaba. La campaña se había desvirtuado y empezaba a parecerse cada vez más a una lucha por mantener el ejército con vida. La solución del dilema consistía en poner rumbo al sur, hacia la inmaculada Severia y Ucrania, donde podían encontrar nuevas provisiones y —si Dios fuera bondadoso y la diplomacia hábil— también nuevos aliados en forma de cosacos rebeldes. Los comienzos de la operación fueron buenos, pero, cuando no consiguieron tomar algunas posiciones clave, todo se convirtió en una marcha de hambre a través de los bosques de Severia.

La marcha del ejército principal sueco hacia el sur suponía que ya no podían proteger el lento progreso de la expedición de Lewenhaupt, que avanzaba a trompicones. Esta quedó ahora expuesta a los ataques rusos, que iniciaron una persecución en toda regla para dar con el pequeño ejército, y el domingo 29 de septiembre, el día de san Miguel, lo alcanzaron. Comenzó una lenta y trabajosa batalla en los campos de las afueras del pueblo de Lesnaya. La batalla duró todo el día y, cuando la oscuridad se cernía sobre los campos labrados, donde los cadáveres estaban esparcidos como estiércol, y los disparos cesaron, los suecos seguían aguantando alrededor del pueblo. No fue hasta el momento en que estos trataron de escabullirse del campo de batalla bajo el amparo de la noche cuando todo comenzó a torcerse. Estaba oscuro como boca de lobo y surgió la confusión y el desorden; tuvieron que abandonar gran parte del tren de bagajes, así como los cañones. Los soldados, algunos de los cuales estaban borrachos como cubas tras haber dado buena cuenta de unos barriles de aguardiente abandonados, se perdieron en la oscuridad o desaparecieron sin dejar rastro en los oscuros bosques. Al día siguiente se vieron obligados a destruir lo poco que quedaba del tren, y después repartieron los caballos entre los hombres. Estos deplorables vestigios no lograron contactar con el ejército principal hasta el 11 de octubre. De los 12 500 hombres esperados provistos de artillería, munición y víveres, solo consiguieron llegar alrededor de 6 000, y no trajeron mucho más que sus propios cuerpos y la ropa que llevaban puesta. Los rusos celebraron lo ocurrido como si fuera una gran victoria.

Se inició una carrera por ver quién llegaba primero a Ucrania. Las fuerzas suecas y las rusas marcharon hacia el sur, apretando el paso: ambos bandos querían tomar el control de la mayor parte posible de esta fértil provincia. El *hetman* de los cosacos, Iván Mazepa, que había desertado de los rusos, se mostró dispuesto a colaborar con el ejército sueco y a ofrecerles un buen acuartelamiento. Se cerraron acuerdos. Coincidieron en que debían acabar con el poder ruso: esto también supondría que los intereses comerciales suecos en la zona quedarían reconocidos. Entre otras cosas, pretendían iniciar una campaña para desviar una parte del comercio destinado a Europa desde Turquía, para que pasara por el Báltico. Incluso en este lugar lejano, el ejército rompía una lanza a favor del capital comercial sueco.

A principios de noviembre, el ejército sueco consiguió cruzar el río Desná espada en mano, y continuó avanzando hacia Baturin, una ciudad repleta de las provisiones que tanto ansiaban y que Mazepa había prometido entregarles. Antes de alcanzar la ciudad, los rusos la asaltaron, destrozando y masacrando, tanto para infundir terror como para

escarmentar. Fue otro duro revés. Se perdió mucho equipo imprescindible, y las esperanzas de una insurrección generalizada contra el zar en Ucrania fueron barridas por el viento; en lugar de esto se creó una división entre los cosacos y el único resultado fue una guerra civil ucraniana.

Sin embargo, el nuevo escenario de guerra tenía la ventaja de no haber sido asolado, y contaba con todas las necesidades que el ejército necesitaba tan desesperadamente. Con el propósito de buscar aún mejores provisiones, continuaron la marcha hacia el sur. Los suecos consiguieron tomar las localidades fortificadas de Romny, Gadyach y Lokhvitsa, donde hicieron una parada para descansar en buenos acuartelamientos. La guerra se había vuelto cada vez más encarnizada y cruel. Los rusos continuaron hostigando a los suecos con su guerra de guerrillas y mataban incluso a los heridos y los enfermos si se presentaba la oportunidad. Cuando los rusos, fieles a su costumbre, se retiraron ante los ataques de las tropas de azul y amarillo, los suecos trataron de crear una zona asolada propia como medida de protección. Cada regimiento recibió la orden de saquear e incendiar una región concreta. De nuevo, pueblos y ciudades enteras desaparecieron consumidos por las llamas.

La estancia en Ucrania no iba a ser un paseo de rosas. El frío comenzó a ser más duro, y el invierno, extremadamente severo y hostil, no tardó en paralizarlo todo con hielo y brisas gélidas. El frío afectó a toda Europa: el mar Báltico, el Ródano y hasta los canales de Venecia se helaron. Las operaciones continuaron, a pesar del azulado y helador frío. El alto mando sueco quería ahuyentar al ejército ruso de las áreas más cercanas para poder descansar hasta la primavera sin interferencias en sus cuarteles de invierno. El zar Pedro, sin embargo, no cesó en el empeño por mantener la presión sobre su adversario: a mediados de diciembre, los rusos realizaron un ataque sorpresa a Gadyach. Pese al inhumano frío, Carlos XII dio la orden de abandonar los acuartelamientos de Romny: las tropas marcharon día y noche a través de la nieve hacia la localidad amenazada.

Siguió un tiempo infernal. Los caminos estaban llenos de cuerpos congelados, convertidos en rígidos bultos, y de hinchados cadáveres de caballos. Los cocheros y los siervos que llevaban los carros eran, tal vez, los que estaban más expuestos al frío. Muchos se quedaron congelados y pegados a sus pescantes por el hielo, mientras sus percherones se desbocaban, enredándose en los jaeces o, simplemente, muriendo congelados ellos también. Se podía ver a jinetes muertos, sentados en sus sillas con la espalda recta y las riendas pegadas a las manos por el hielo. La única manera de desprenderlas consistía en cortarles los dedos. A veces, los hombres y los caballos estaban tan cubiertos de escarcha que resultaba difícil diferenciarlos de la nieve que cubría el suelo.

Como era de esperar, los rusos se replegaron. Solo consiguieron alcanzar algunas unidades menores, que fueron aniquiladas; estas estaban a veces tan paralizadas por el frío que se dejaban sacrificar sin ofrecer ningún tipo de resistencia. Una vez llegados a Gadyach, no había sitio para que todo el mundo pudiera cobijarse en el interior de las casas. Si la gente no conseguía meterse en algún refugio o agujero en el suelo, tenía que soportar el riguroso frío a cielo descubierto. Los muertos se amontonaron en las calles de la ciudad. Cada mañana se recogían cientos de cadáveres de soldados, sirvientes, esposas y niños congelados, y los trineos no paraban de llevar a los tiosos cuerpos para esconderlos en algún agujero en el suelo. Los cirujanos militares trabajaban día y noche y llenaban un tonel tras otro de extremidades amputadas de aquellas personas que sufrían

lesiones por congelación.

El 23 de diciembre, el ejército sueco prosiguió la marcha. El objetivo era retomar la ciudad de Veprik y obligar a las fuerzas enemigas a retroceder un trecho más. Veprik fue tomada, a pesar de que el ataque sueco fue poco hábil y muy sangriento. Después de aquello, la ofensiva no fue reemprendida hasta casi un mes más tarde, a finales de enero de 1709. En aquella ocasión tomó la forma de una embestida contra Járkov, pasando por Oposjnja y Achtyrka. Junto a Krasnokutsk lograron una victoria menor en un enfrentamiento de caballería: tanto los caminos que circundaban la ciudad como las calles urbanas se llenaron de caídos. La ciudad fue incendiada: las llamas se extendieron por todas partes y a través de la rugiente oleada de calor se podían oír los gritos y los lamentos de los habitantes, que veían cómo todas sus pertenencias se esfumaban, y los mugidos del ganado que los suecos se llevaban del lugar a través de la nieve. Después de algún tiempo, un inesperado deshielo puso fin a las operaciones. Las fuertes lluvias hicieron que los numerosos acantilados cobrasen vida. Los soldados tuvieron que vadear muchas vías fluviales y después debieron acampar a ras del suelo, empapados hasta los huesos y a menudo sin leña para calentarse, a cielo descubierto. Cuando llegaba el frío de la noche, sus ropas se convertían en corazas de hielo.

Tras la ofensiva de febrero, el ejército sueco se apretujó entre los ríos Psel y Vorskla, e inició un período defensivo de unos cuatro meses. La hueste por fin pudo recobrar el aliento y las fuerzas de cara al verano. Las fuerzas armadas rusas estaban al este, al noreste y al oeste de las posiciones suecas, y les seguían preocupando. Las reagrupaciones de los suecos, más al sur y al este, cumplían la función principal de facilitar los contactos con los cosacos zaporoziianos. Mazepa negociaba con ellos en nombre de Carlos XII, y el 30 de marzo se pasaron al bando sueco. Sin embargo, la situación estratégica del ejército sueco había ido de mal en peor y habían sufrido muchas bajas. Por lo menos una quinta parte del ejército había desaparecido sin que hubiera participado en nada parecido a una batalla decisiva. Ciertamente, las pérdidas rusas eran mayores que las suecas, pero los rusos estaban en su propia tierra y podían suplir con facilidad los vacíos en sus filas con reclutas frescos y equipo nuevo y reluciente.

Los enfrentamientos continuaban mientras la primavera infundía vida en la vegetación ucraniana. Las fuerzas rusas repartían pequeños y rápidos golpes a diferentes posiciones suecas. El ejército estaba presionado, pero todavía llevaba la iniciativa. El alto mando sueco trabajaba a destajo para sacar refuerzos de diferentes lugares, como Polonia, Turquía y Crimea. Para ganar tiempo, el 1 de mayo iniciaron un asedio a una pequeña ciudad ucraniana llamada Poltava, ocupada por los rusos.

Mientras los rusos se agrupaban cada vez más cerca de los suecos y realizaban un intento tras otro de socorrer a la ciudad, se produjeron gran cantidad de refriegas. Las tropas del zar trataron de cruzar el Vorskla por la fuerza en varios puntos, pero no lo consiguieron. Sin embargo, en la noche del 16 de junio, los rusos lograron pasar el río junto a Petrovka, al norte de la ciudad, donde establecieron una cabeza de puente. El 21 de junio, el zar pasó a Petrovka con la mayor parte de su ejército. Al día siguiente avanzaron hacia Poltava sin encontrar resistencia. El sábado 26 de junio, los rusos se movieron un poco más y establecieron un campamento fortificado a tan solo cinco kilómetros de la ciudad sitiada.

Los alrededores de Poltava eran un enjambre de tropas, caballos y cañones; se presentía que se avecinaba un gran choque, parecía que aquel paisaje iba a ser el

escenario de una gran batalla decisiva.

Esa no iba a ser la primera vez que ocurriera algo parecido en ese lugar. En el año 1399, las fuerzas del belicoso príncipe lituano Vitovt se habían enfrentado a las de Edigei, el jefe militar de Tamerlán. En aquella época, las huestes de Tamerlán avanzaban hacia occidente, abriéndose paso con la espada, para restaurar el dominio perdido de Gengis Kan. Trescientos diez años antes, el poder militar del este había arrasado con los guerreros de los pueblos del occidente, justo en este lugar.

6. La anatomía de un campo de batalla

El límite oriental del escenario era el río. El Vorskla buscaba su camino cautelosamente hacia el sur, en dirección al Dniéper. El curso del río no era del todo recto: serpenteaba, se dividía y volvía a encontrarse a sí mismo en muchas pequeñas lazadas. Era alimentado por afluentes, y además incorporaba innumerables riachuelos y arroyos que se unían a él a lo largo de la pantanosa cuenca, que daba forma a un pequeño valle que contaba con una extensión de entre uno y dos kilómetros. La anchura del río variaba conforme avanzaba por el paisaje. En los puntos más anchos podría haber hasta cien metros entre las dos orillas, que se encontraban bajo la sombra de los árboles, que bajaban hasta la misma agua azul verdosa, ora bordeadas de praderas pantanosas o acantilados de abruptas pendientes. Desde este río, que dejaba su impronta sobre la cuenca como una firma inconmensurable y compleja, se elevaban las llanuras ucranianas hacia el oeste para crear una gran altiplanicie.

Poltava, la propia manzana de la discordia, constituía, junto con los barrancos y los pueblos a su alrededor, el límite sur del escenario. La ciudad estaba situada muy cerca del río, sobre la planicie, justo al borde de las altas cuevas que se elevaban desde la orilla, en el punto donde la antigua vía entre Kiev y Járkov cruzaba el Vorskla. Poltava era una pequeña ciudad: el núcleo urbano cubría poco más de un kilómetro cuadrado, contando con el arrabal. Al igual que la mayoría de las localidades en esta zona, estaba fortificada. Las fortificaciones propiamente dichas, y la parte de la zona urbana que estas encapsulaban, ocupaban una superficie de tan solo 1000 × 600 metros, aproximadamente. Quedaban partidas en dos por uno de los muchos barrancos que atravesaban el paisaje. De las dos partes, la septentrional era la más grande y contenía la ciudad propiamente dicha, mientras que la meridional estaba compuesta del arrabal más pequeño de Masurovka. Las laderas que se extendían hacia Masurovka estaban salpicadas de cerezos, cuya fruta ya estaba madura. A poca distancia al noroeste de la fortaleza había otro suburbio en la llanura, rodeado a su vez de una larga valla de tierra en forma de arco. Los edificios de este lugar habían sido incendiados a lo largo del asedio y de esta parte de Poltava no quedaba más que piedras, grava y cenizas.

Era una fortaleza bastante frágil. Los rusos se habían percatado de ello y desde el mes de diciembre del año anterior habían trabajado duro para aumentar la capacidad defensiva de la ciudad. El frente que daba al río, que antes prácticamente carecía de defensas, había sido reforzado. Los rusos también habían traído artillería nueva, de modo que el arsenal ya sumaba el impresionante número de veintiocho piezas. La muralla fortificada en sí era una construcción muy sencilla, una valla de tierra con una empalizada de madera encima y, delante de ella, un foso de reducidas dimensiones. En este momento, la fortaleza estaba bastante desgastada; la empalizada estaba llena de marcas y agujeros por las balas de los cañones y se habían abierto varias brechas en la muralla. Encima de una de las puertas de la ciudad se elevaban dos torres de madera. Además, junto a la fortaleza había algunos pequeños bastiones, algunos de los cuales habían sido reforzados con parapetos. La guarnición estaba compuesta por unos 4 200 hombres, un centenar de los cuales aproximadamente eran artilleros. Además, alrededor de 2 600 de los habitantes y burgueses habían sido movilizados para la defensa de la ciudad. El que comandaba este variopinto grupo era el comandante Alexei Stepanovic

Kelen, y desde finales de abril había conseguido resistir el asedio sueco. Sin embargo, no se trataba de una hazaña tan grande como uno pudiera pensar: el propósito del asedio siempre había sido el de ganar tiempo, por lo que no se había llevado a cabo con excesivo entusiasmo.

Las líneas de sitio de los suecos se encontraban justo al sur de la ciudad. Miraban hacia la parte meridional de la fortaleza y al arrabal de Masurovka. Un asedio era una empresa sumamente compleja que, en condiciones normales, seguía unas reglas meticulosamente formuladas. Existía una fórmula para este tipo de situaciones. Se denominaba «ataque de Vauban» por el marqués fran-cés que había desarrollado nuevos tipos de fortificaciones más eficaces, a la vez que, en nombre de la coherencia, había ideado nuevas contramedidas, tan eficientes o más, para atacarlas. Primero había que construir líneas de circunvalación y contravalación para protegerse de las tropas enemigas que se encontrasen fuera de la fortaleza, así como de los posibles ataques contra la fortificación propia. A continuación, al amparo de la oscuridad y a unos 600 metros de distancia del objetivo, había que levantar algo que en terminología militar suele llamarse la «primera paralela», que, entre otras cosas, debía albergar las baterías de la artillería pesada. Luego había que acercarse poco a poco. A unos 300 metros de distancia se levantaba la segunda paralela, equipada con más artillería, y, finalmente, había que construir la tercera paralela al pie de los muros de la fortaleza. Entre estas líneas se cavaban *approches* —ramales de comunicación— que zigzagueaban. Si la fortaleza seguía sin rendirse se hacían zapas —túneles subterráneos— que llevaban a un punto junto a la muralla donde la propia artillería podría abrir una brecha de gran tamaño. (Los asediadores también podían cavar un túnel por debajo de la muralla del enemigo, colocar grandes cargas explosivas o minas en el lugar, y volarlo todo por los aires para abrir una brecha.)

Los suecos habían seguido esta fórmula casi al pie de la letra, aunque en una escala menor. Habían construido tres paralelas con sus correspondientes *approches*, habían colocado las baterías e incluso habían intentado colocar minas debajo de la empalizada. Al principio, el rey había prohibido expresamente cualquier intento de asalto, pero el 12 de mayo, en una tentativa por aumentar la presión sobre los asediados, se realizó un ataque. En aquella ocasión abrieron un agujero en la defensa y tomaron una parte de la muralla, donde, posteriormente, colocaron una pequeña batería. Los suecos mantuvieron una presión constante pero no demasiado dura sobre la pequeña ciudad; se abstuvieron de usar la artillería más devastadora, pero continuaron cavando túneles debajo de las empalizadas. Colocaron nuevas minas, los defensores realizaron pequeños ataques y las tropas rusas trataron en vano de socorrer la ciudad desde el otro lado del río. Todo seguía el curso normal de un asedio típico.

La situación en el interior de la fortaleza había empeorado progresivamente. Ese domingo, la comida y la munición estaban a punto de agotarse: a falta de balas, los rusos utilizaban trocitos de hierro y piedras. (Otro problema igual de grave era que Kelen se había quedado sin medios para poder pagar a los soldados. Se trataba de una carencia realmente peligrosa, ya que la ausencia de la soldada era uno de los factores que podían disminuir de manera drástica las ganas de luchar de los hombres.) Puesto que tampoco disponían de plomo ni de otros materiales para fabricar granadas de mano, los soldados rusos también solían tirar objetos como rocas, trozos de leña, raíces podridas y gatos muertos a los suecos que se encontraban en las líneas de sitio al pie de la muralla. Estos

también respondían tirando piedras; así de cerca estaban los unos de los otros. En una ocasión, el propio rey había recibido el impacto de un gato muerto en el hombro. Ante ese inaudito atrevimiento, los suecos contestaron con un bombardeo de granadas de mano, tan intenso que los rusos no volvieron a repetir semejantes insolencias en lo que quedaba del día. Sin embargo, la mayoría de los proyectiles no eran tan inofensivos. Los francotiradores rusos no paraban de disparar a los soldados y a los trabajadores que se movían en las trincheras de comunicación. No pasaba un día sin que alguna vida fuera apagada. Una vez, en un solo puesto, cinco soldados suecos cayeron a consecuencia de los disparos. Todos murieron por certeros tiros que les reventaron la cabeza. El trabajo en las zanjas era muy peligroso y muy monótono. Las trincheras se anegaban cuando llovía, y los soldados se veían obligados a vadearlas con fango que les llegaba hasta los muslos, mientras sus tiendas se inundaban y todo quedaba empapado. La única ventaja de los intensos chaparrones era que las corrientes solían llevarse los grandes y apestosos cadáveres de los caballos, que estaban esparcidos por los campos y las laderas.

Justo al este de la fortaleza había pronunciadas cuestas, cubiertas de árboles, que bajaban hacia el río, y un campo, de una extensión aproximada de un kilómetro cuadrado, que quedaba anegado todos los años. Hasta bien entrado el verano, el campo todavía parecía una ciénaga, y no era hasta la llegada del otoño cuando se secaba para convertirse en un buen pastizal para el ganado de la zona. Aquel verano se habían criado gran cantidad de ranas y sapos en estos y otros terrenos pantanosos alrededor del río, y croaban y chirriaban hasta tal punto que dificultaban el descanso a muchos de los soldados. Otro ruido nocturno eran los gritos y alaridos de los centinelas rusos, que solían gritar cosas como «*dobra chleva, dobra piva*» («buen pan, buena cerveza») en un intento de irritar y tentar a sus adversarios.

Al sur de la ciudad, más allá de los sotos y los campos sembrados, divididos en pequeñas secciones por las líneas de sitio suecas, corría una de las muchas quebradas que atravesaban la planicie de Poltava. Estaba casi totalmente cubierta de árboles, se hundía profundamente en el seco terreno y contaba con numerosas ramificaciones. Dentro de esta hendidura, por aquí y por allá, había grupos de casas, y también era el lugar donde acampaban las tropas que en ese domingo ocupaban las trincheras —los regimientos de infantería de Södermanland y Kronoberg—. Las tiendas de campaña se amontonaban en el desfiladero, junto con los refugios construidos con ramas y otros utensilios dejados por aquellas unidades que previamente habían acampado en el lugar. Un poco más al sur de este vivaque se encontraba el campamento de los zaporoizianos: los cosacos ucranianos aliados de los suecos. Durante el asedio se les había encomendado el trabajo más duro, en el que también servían de blanco para los francotiradores rusos desde lo alto de la muralla de la ciudad. Los zaporoizianos sufrieron más bajas que los suecos en esta fase del asedio. Ahora, su loable lucha por liberarse del despotismo ruso se había convertido en la tarea poco gloriosa de machacar, cavar y cargar. La rebelión contra el zar ya había sufrido muchos reveses y el humillante trabajo en las trincheras exigía grandes sacrificios. El ambiente entre ellos había tocado fondo. Era difícil conseguir que estos cosacos obedecieran órdenes.

También al norte de la ciudad, la meseta encima del río estaba partida por un barranco largo y ancho. Corría en sentido norte-sur y no tardaba en perderse en el amplio bosque Yakovetski, que, con sus quebradas, arroyos y lagunas escondidas, separaba las posiciones suecas del campamento ruso, a unos kilómetros de distancia. Alrededor de un

kilómetro al noroeste de la ciudad, al otro lado de una depresión cenagosa cubierta de alisos, se elevaba una alargada loma. Esta se unía al verde mar del bosque Yakovetski, y en sus laderas, además de en unos grandes cerezales, se cultivaba vid. En la punta del extremo sur de esta loma había un monasterio, fundado en 1650, en el que residía la plana mayor sueca; aquí se podía encontrar al rey y su Estado Mayor, la cancillería militar, la guardia real y todo el servicio de la corte. Ese domingo también acampaba toda la infantería sueca en la loma del monasterio, entre los viñedos y los cerezos, salvo aquellas unidades que estaban ocupadas con el asedio. Un regimiento tras otro habían establecido varias filas de vivaques; se veían líneas de pirámides compuestas de picas, cruces hechas de carabinas y cubiertas de toldos especiales, y tiendas para el personal de las cantinas, hogueras y letrinas —estas últimas, por supuesto, diferentes para oficiales y soldados rasos—. Debido al incómodo terreno, dominado por cuestas, bosques y huertos, el acantonamiento estaba marcado por cierto desorden (que contrastaba radicalmente con el objetivo habitual de alcanzar una precisión geométrica en las formaciones). La guardia llevaba tiempo acampada en las inmediaciones del monasterio, pero las otras unidades solo llevaban cinco días en el lugar. Los soldados dormían bajo las estrellas, y las tiendas no ayudaban mucho a combatir el sofocante calor.

Alrededor de cuatro kilómetros al oeste del frondoso lugar de acampada de la infantería, en medio de la ondulada llanura entre los pueblos abandonados de Ribtsi y Pushkaryovka, se ubicaba el alargado campamento de la caballería sueca. Aparte de tres regimientos de caballería y dos de dragones, que se encontraban en otros lugares, el resto de la caballería estaba reunida en una larga y muy ordenada línea de divisiones cuadrículadas, situada junto a un sistema más grande de quebradas cubiertas de bosques. El lugar del campamento había sido elegido por el propio mariscal de campo, Rehnsköld. Al sur de Pushkaryovka se hallaba la mayor parte del tren de bagajes del ejército, vigilado por dos regimientos de dragones. Los miles y miles de carros y carruajes estaban colocados parcialmente al amparo de un gran barranco que se consideraba «inaccesible». Detrás de este lugar, una profunda hendidura dibujaba una línea a través del paisaje. (Probablemente habían elegido la posición del tren de bagajes para que pudiera servir como punto de reunión en un eventual repliegue de todo el ejército: aquí se podría parar un ataque ruso con la ayuda del amplio sistema de barrancos ramificados, mientras el tren era llevado hacia el sur por el camino que pasaba por Kobelyaki y continuaba hasta el Dniéper.) El hecho de que el acantonamiento del ejército sueco estuviera repartido por una zona relativamente amplia, incluso en esta fase de concentración alrededor de Poltava, es característico. El ejército sueco no quería reunir todas sus fuerzas en un único punto, ya que eso podría aumentar la mortalidad rápidamente. Las enfermedades solían propagarse entre el hedor y la suciedad de los enormes campamentos. Una manera sencilla de reducir las enfermedades residía en repartir las tropas de esta manera.

Ese domingo de junio, las fuerzas armadas del ejército sueco propiamente dichas ascendían a unos 24 300 hombres. Ese era el núcleo duro del ejército. En la hueste también había una gran cantidad de no combatientes cuya fortuna dependía por completo de los caprichos de la guerra. Entre estos no combatientes había, en primer lugar, unos 2 250 heridos, enfermos e inválidos. Después, 300 artilleros no combatientes, junto con 1 100 empleados del ejército y funcionarios de la cancillería. Un grupo imprescindible pero poco reconocido, sin el cual el ejército nunca habría podido funcionar, estaba constituido por los numerosos mozos de cuadra que se encargaban del cuidado de los caballos, los

recadistas, los cocheros, los sirvientes y los hombres que estaban a cargo del tren de bagajes, que a menudo debían ocuparse del trabajo menos glorioso: eran alrededor de 4 000 personas. En el ejército también había otro grupo, frecuentemente olvidado, compuesto por las mujeres y los niños. Sobre todo los oficiales solían llevarse de campaña a todos los miembros de sus familias; esposas e hijos, un gran equipo de sirvientes y a veces incluso un mobiliario completo. También los soldados rasos podían llevarse a sus familias. Esa mañana había alrededor de 1 700 esposas, sirvientas y niños metidos en esta ciudad ambulante de lonas. Eran mujeres como, por ejemplo, las dos cocineras Maria Bock y Maria Johansdotter, que se ocupaban de la comida del rey; entre otras cosas debían participar en la preparación de las presas que el cazador real Christoffer Bengt, especialmente asignado para este cometido, proveía para los banquetes del rey. También había gente como Maria Christina Sparre, la esposa de un trompetero, de veintiún años y oriunda de Pomerania, o Gertrud Linsen, que estaba casada con un teniente del regimiento de dragones de Dücker. Otra de esas mujeres era Brigitta Scherzenfeldt, nacida en junio de 1684 en la finca real de Bäckaskog, cerca de Kristianstad, en la provincia de Escania. Tanto su padre, que era teniente de caballería, como su madre habían fallecido cuando ella todavía era una niña, y Brigitta había sido criada por su familia. Su formación no era especialmente sofisticada, había recibido la educación religiosa habitual y, naturalmente, había sido instruida en las tareas típicamente femeninas o, tal y como pone en la descripción de su vida, «aquellas manualidades que a su sexo y condición social le eran adecuadas y decentes». En 1699, con tan solo quince años y con el beneplácito de su familia, se había casado con un alférez de la Guardia de Corps, Mats Bernow. La pareja había tenido un hijo. Sin embargo, el marido fue llamado a filas y enviado a Polonia. Brigitta lo acompañó y se afincó en Riga. A continuación llegó una desgracia tras otra: el niño murió y, poco después, Mats cayó en Thorn. Era el año 1702. Ahora que sus allegados en Suecia estaban todos muertos, Brigitta decidió quedarse en Riga. Unos años más tarde volvió a casarse, también esta vez con un militar, el sargento mayor Jonas Lindström. Este pertenecía al ejército de Curlandia bajo el mando de Lewenhaupt, y era uno de los que habían recibido la orden de marchar hacia el este. Brigitta no había sabido qué hacer. Al final, las difíciles conexiones para regresar a Suecia y el amor por su marido acabaron por impulsarle a seguir a su esposo a la guerra, soportando penurias y peligros mortales. Ahora, en el vigésimo quinto año de su vida, estaba junto con su querido Jonas en un extraño país lejano, junto a una pequeña ciudad amurallada llamada Poltava.

Puesto que, después de todo, eran relativamente pocos los que se llevaban a sus esposas de campaña, y el número de solteras era reducido, podemos suponer que había importantes necesidades sexuales entre las tropas. Comprensiblemente, es muy difícil encontrar algo relativo a este asunto en las fuentes. Podemos suponer que había prostitutas en el ejército, si bien sí sabemos es que estas habían sido un problema anteriormente. Algunos hombres se ayudaban unos a otros, a pesar de que la homosexualidad estaba penalizada con la pena de muerte. Por lo menos, se sabe que semejantes «pecados sodomitas» eran practicados por una parte de la oficialidad. Algo que también se daba, aunque también bajo pena de muerte, era el bestialismo. Los practicantes eran amenazados por algo tan absurdo como la triple pena de muerte. (De una de estas ejecuciones llevadas a cabo durante la campaña se dice que el soldado «primero fue ahorcado y después colocado en la hoguera, y también habría sido

decapitado si al verdugo le hubiera quedado algo que cortar».)

Resulta interesante el hecho de que los oficiales y, a veces, incluso los soldados rasos tuvieran permiso para llevar consigo a sus familias, porque nos dice bastante acerca de las condiciones de la vida en el ejército. También nos deja entrever que esa gente tenía una idea acerca de la guerra que dista mucho de la que predomina hoy en día. Aunque la guerra, en gran medida, era el mismo mal que es para nosotros, hay determinadas diferencias; para la gran mayoría de los oficiales, como ya hemos dicho, se trataba de un medio de sustento y de oportunidad de hacer carrera. Para muchos la guerra no suponía un asunto totalmente incondicional y superior en importancia a cualquier otra cosa, sino que, hasta cierto punto, uno tenía la opción de apartarse y elegir libremente si quería participar en ella o no. El grado de involucración era menor que hoy en día, y para aquellos que contemplaban la guerra como un medio de sustento esta era, naturalmente, una rutina casi normal, en cuyo tedioso marco también había sitio para la vida en familia. El hecho de que una batalla pudiera convertirse en un entretenimiento público indica que esa distancia emocional hacia la guerra también era compartida por la gente normal. Podía ocurrir que grupos bastante grandes de civiles salieran para ver diferentes batallas, como si de una gigantesca función teatral se tratase. (Ciertamente, el fenómeno continuó hasta bien entrado el siglo XIX.)

En la cuenca del río, en dirección al Vorskla y a la ciudad, había una línea compuesta por 67 fortificaciones, entre ellas tres reductos conectados entre sí por largas vías de comunicación protegidas y por muros de tierra. Estas fortificaciones habían sido construidas a mediados de mayo en respuesta directa a los intentos de los rusos de cruzar el Vorskla justamente en aquel punto. Concentraciones de tropas de ambos bandos estaban cavando y fortificando frenéticamente sus respectivas posiciones alrededor de este punto crítico. Se había producido una serie de enfrentamientos intensos. Durante algún tiempo, las refriegas se parecían a una auténtica guerra de trincheras, con cada adversario colocado en una orilla diferente del río, tratando de cavar ramales de comunicación en la blanda tierra. Era una lucha que los rusos dieron por perdida alrededor de un mes más tarde: abandonaron sus intentos de socorrer la ciudad de esta manera y optaron por cruzar el río en un punto situado más al norte. En aquel momento, se enviaron tropas suecas hasta las recién abandonadas fortificaciones rusas para derribarlas y traer de vuelta todo lo que pudieran: palas de hierro y de madera, barriles de aguardiente y algún que otro embriagado Pedro del Pantano olvidado por sus compañeros en medio del caótico transcurso de la partida por haberse quedado dormido.

En los extremos septentrional y occidental del bosque Yakovetski, donde se asentaban dos o tres aldeas junto con algunas casas dispersas, las llanuras mostraban su cara más indiferente. La seca y arenosa tierra se ondulaba en suaves líneas regulares. La llanura era, en parte, totalmente plana, pero en algunos puntos se veían pequeñas colinas, lomas o barrancos. Para los soldados suecos, nacidos en los inmensos bosques cerrados del norte, estas estepas, que se extendían hasta más allá del horizonte, podían parecer muy extrañas y ajenas a su experiencia. Uno de ellos, Anders Pihlström, un teniente segundo del regimiento de Dal, describía en su diario el paisaje ucraniano en el que se encontraban y comentaba, entre otras cosas, lo fácil que resultaba perderse en los «grandes y planos campos» de aquel país. Sin embargo, a orillas del río las llanuras ya no eran tan planas como una pista de baile de salón. Desde el punto más alto, junto a los altos acantilados que bajaban al río cerca de la aldea de Patlayovka, el terreno caía

suavemente hacia el oeste y el sur. Por aquí y por allá, las sosegadas líneas de la llanura eran interrumpidas por pliegues y depresiones de poca profundidad. No se podía hablar, ni mucho menos, de vistas libres desde cualquier punto en este paisaje de llanuras, lo cual merece la pena recordar, porque este hecho tendría una gran importancia a lo largo de los días que siguieron. También en este paisaje era posible esconderse de las miradas ajenas en diferentes depresiones; incluso las lomas de escasa elevación podían dificultar la vista y reducir el campo visual de los exploradores de manera eficaz. Esto creaba oportunidades para realizar movimientos ocultos y organizar desagradables sorpresas.

Justo al norte del bosque Yakovetski, junto a las laderas que descendían al río y al punto más alto del terreno que acabamos de mencionar, se encontraba el campamento ruso. Estaba bien fortificado y contaba con unas dimensiones imponentes: un cuadrilátero irregular, con formas algo redondeadas, que daba cobijo a la mayor parte de la infantería y la artillería rusa, más de 30 000 hombres. (A esta cifra hay que añadir el desconocido número de personal del tren de bagajes, civiles y otros que siempre les acompañaban.) En una superficie ligeramente superior a un kilómetro cuadrado —en la que también podían verse las ruinas de un pueblo abandonado— se agrupaba una gran cantidad de personas en un disparatado mosaico de tiendas, carros pertenecientes al tren de bagajes, artillería, víveres, munición y otras cosas. Habían establecido el campamento el viernes y habían levantado las fortificaciones en la noche del sábado. Los muros del frente y de los flancos del campamento eran de tierra y había fosos delante de ellos. Este particular tipo de fortificación que rodeaba el campamento se llamaba luneta. La parte trasera de la construcción estaba abierta y provista de bastiones de forma triangular que apuntaban hacia fuera, como los afilados colmillos de un depredador. Por lo tanto, la línea de fondo del fuerte —el término correcto es «cortina»— no era continua sino que quedaba interrumpida en intervalos regulares, lo cual posibilitaría una evacuación relativamente rápida del campamento. (Estos pequeños puentes de tierra que llevaban al interior del fuerte también constituían uno de los puntos débiles del mismo.) Los muros del gran campamento también estaban dotados de piezas de artillería. Justo por delante de estos habían colocado obstáculos para frenar los asaltos, en forma de una valla irregular de caballos de Frisa.

El campamento solo estaba fortificado en tres de sus laterales. El cuarto lateral, el oriental, estaba compuesto de acantilados de unos sesenta metros de altura que terminaban a orillas del río. Los rusos contaban con que no fueran a ser atacados desde ese lado, por lo que no lo habían dotado de fortificaciones. Desde aquí bajaba un camino, serpenteando por la ladera hasta la arboleda de la cuenca del río, cruzando la corriente hasta unas fortificaciones menores junto a la orilla oriental. Debido a un bien fundado respeto por su adversario, los rusos habían asegurado la espalda y el flanco occidental —el más cercano a la ciudad— mediante la construcción del campamento, en el cruce entre las pronunciadas cuestas que bajaban a la orilla del río y el bosque Yakovetski. La ubicación del campamento, a la vez que segura, podía resultar sumamente arriesgada. Si tenían que replegarse, solo había dos caminos para salir de la trampa, y ambos eran inseguros. O bien los rusos podían volver por donde habían venido —siguiendo el curso del río hacia el norte— o bien podían utilizar la puerta trasera para efectuar una retirada cruzando el Vorskla. Sin embargo, costaría muchísimo tiempo arrastrar a todo el ejército por el único vado que atravesaba el río, y el tiempo era algo de lo que, seguramente, no iban a disponer en una situación de emergencia. Si optaban por la vía del norte estarían

constantemente amenazados con ser arrojados a la cuenca del río por las tropas suecas. Además, si las unidades suecas se posicionaban al norte del campamento, este último camino de retirada quedaría cortado. Indudablemente, el campamento ruso era sólido desde un punto de vista defensivo, pero para conseguir esta solidez se habían metido en una posición que, en caso de desastre, podría resultar fatal. La cuestión era si los suecos iban a ser capaces de aprovecharlo.

Los secos campos, parecidos a una estepa y cubiertos de una tierra fina y suelta, rodeaban el campamento al oeste y al norte, y eran relativamente planos aun teniendo una suave pendiente. Alrededor de un kilómetro al oeste del campamento, las ondulaciones del terreno creaban una gran depresión. Junto a ella había otra arboleda llamada bosque de Budichenski. Esta extendía sus extremidades hacia el norte y dibujaba un amplio arco hacia el noroeste, donde seguía el curso del arroyo de Ivanchinski, que avanzaba lentamente por una pequeña cuenca. El fondo de esta cuenca estaba lleno de pantanos fangosos y algunos pequeños estanques; sotos de robles y fresnos bordeaban sus aguas. También había zonas urbanizadas a lo largo de la corriente; grupos de casitas con paredes hechas de barro y tejados de paja, rodeadas de vallas y cerezos, flanqueaban todo el curso del arroyo. Ahora, gran parte de las casitas se habían reducido a escombros y ruinas cubiertas de hollín. A pesar de la destrucción, se trataba de una zona bastante idílica, pero no tardaría en convertirse en el escenario de grandes sufrimientos y tragedias.

Entre las dos grandes arboledas constituidas por los bosques de Budichenski y Yakovetski había una pequeña apertura. Tenía una anchura que oscilaba entre los 1 200 y 1 500 metros, pero no era un terreno del todo despejado, sino que estaba cubierto de bastantes arbustos y algún que otro soto. Una loma poco elevada corría a lo largo de la apertura. Este corredor entre los dos bosques tenía una gran importancia: era el único camino que podrían tomar las tropas suecas para atacar el campamento ruso. (Las formaciones de las tropas eran artísticas y frágiles, y para poder funcionar de manera óptima requerían, a poder ser, un campo plano y liso como una pista de baile. Indudablemente, los bosques resultaban poco adecuados para tal propósito y ni se contemplaba la posibilidad de maniobrar las grandes masas de tropas entre la maleza de las arboledas.)

El alto mando ruso comprendía bien la importancia estratégica del corredor entre los dos bosques. Por esta razón, ya el viernes había dado órdenes de obstruirlo mediante una serie de fuertes. Primero habían creado una línea recta, compuesta de seis reductos, que cruzaba la apertura entre los dos bosques. A lo largo del viernes, estos reductos habían sido puestos a punto y equipados de hombres y piezas de artillería bajo el mando de un brigadier llamado Aigustov. Al día siguiente, el zar Pedro realizó un reconocimiento del campamento sueco y descubrió que se podía mejorar aún más la defensa del corredor; ordenó levantar más fortificaciones. Había que construir cuatro reductos nuevos, no junto a los primeros sino perpendiculares a ellos, en dirección a los suecos. Todo el sistema de reductos adquiriría la forma de una «T».

Fue una jugada muy inteligente. En un ataque frontal dirigido al sistema de reductos, la línea perpendicular partiría las filas suecas en dos, como un rompeolas. Además, de esta manera la línea perpendicular podría dirigir un fuego cruzado muy peligroso hacia las tropas suecas mientras estas avanzaban en formación de línea —la única formación existente en una batalla— hacia la parte trasera del sistema. (El fuego de artillería desde los flancos resultaba absolutamente devastador si era dirigido sobre una

unidad formada en línea, teniendo en cuenta que una bala de cañón, disparada de frente, solo podía atravesar a cuatro hombres. Una bala certera desde el lateral podría, teóricamente hablando, tumbar a ciento cincuenta. Por lo tanto, un fuego de artillería desde el flanco podría producir un terrible efecto dominó entre las unidades en formación de línea, algo que no sucedería si el fuego venía de frente. Además, si los suecos pretendían pasar por el sistema de reductos y seguir avanzando, serían alcanzados por más fuego lateral, desde los muros del campamento, profusamente perforados con cañones.) Si por el contrario optaban por un ataque directo al campamento desde el oeste, los atacantes estarían flanqueados por los reductos. Como si esto fuera poco, el sistema de reductos proporcionaba a los rusos una buena visión general del terreno de aproximación, algo que dificultaría, en gran medida, un ataque sorpresa de los que a Carlos XII le gustaban tanto. Sea como fuere, el alto mando ruso parecía haber contado con que un ataque a través del sistema causaría suficientes bajas como para debilitar a los suecos e inclinar aún más la balanza a su favor.

Ese domingo se había completado la construcción de ocho de los diez reductos, que ya estaban guarnecidos y listos para entrar en acción. Seguían trabajando en la construcción de otros dos, los más avanzados de la línea perpendicular. La forma y el tamaño de estos podía variar bastante; la mayoría eran cuadrados (aunque también se veía alguna que otra construcción de forma triangular) y cada lado tenía una longitud de unos cincuenta metros. Estaban compuestos de altos muros de tierra, con parapetos para los hombres, y todo estaba rodeado de un foso. La altura desde el fondo del foso hasta la cima del parapeto era de unos cinco metros. La capacidad defensiva de los cuatrocientos o quinientos hombres que estaban destinados a cada reducto era grande. Aparte de las unidades de infantería que los protegían, cada fortificación estaba defendida por la artillería: por regla general había dos cañones de tres libras en cada una de las terminadas. También habían colocado allí algunas piezas más potentes. Los rusos podían efectuar un incesante fuego regular, con mosquetes y con cañones, desde todos los laterales del reducto. Tanto los artilleros que dirigían el fuego como los que cargaban los cañones estaban bien protegidos por el parapeto y los muros, que resultaban difíciles de asaltar. Además, las fortificaciones estaban rodeadas de protecciones en forma de caballos de Frisa.

Los reductos estaban en contacto visual unos con otros; en los intervalos entre ellos, de una extensión que oscilaba entre los 150 y 170 metros, varias fortificaciones podían actuar conjuntamente para mantener un devastador fuego cruzado. Cuanto más quisieran los suecos penetrar en el sistema, más violento y certero sería el fuego que se dirigiría contra ellos. Las fuerzas que defendían los reductos eran sólidas: estaban compuestas por los regimientos de infantería de Belgorod, Nachaev y Nekludov, con un número de efectivos de unos 4 000 hombres, apoyados por entre catorce y dieciséis cañones de tres libras y algunas piezas más potentes. A esto hay que añadir la mayor parte de la caballería rusa, diecisiete regimientos de dragones —en total 10 000 sables al mando del general Menshikov— puesto que estos estaban colocados justo por detrás de la última línea de los reductos. También ellos contaban con su propia artillería, que constaba de trece piezas de dos libras. El alto mando ruso había colocado un tapón sólido en la única vía de ataque de los suecos.

Los rusos redoblaron sus esfuerzos para terminar de construir los últimos dos reductos, y, en los restantes, los inquietos soldados permanecían a la espera, oteando el

terreno. El ruido de los golpes de los picos y los martillos de los operarios rusos era llevado por el viento hacia el sur, por encima de los recalentados campos, donde alcanzaba los oídos de los centinelas suecos. También ellos estaban esperando.

7. Se reúne la plana mayor

Las actividades cada vez más intensas de los rusos en la mañana del domingo preocupaban a los oficiales de la plana mayor sueca. Varios de ellos se acercaron personalmente a las avanzadillas para averiguar qué estaban tramando. Como ya hemos mencionado, el rey había salido, montado en camilla, a uno de los puestos que había sido atacado, y había dado órdenes de abandonarlo. También el general Lewenhaupt llegó hasta las avanzadillas. Era un hombre extraño, desde varios puntos de vista: un militar muy hábil, competente e inteligente, con mucha confianza en sí mismo y una fe profunda, además de inusualmente culto para ser oficial (anteriormente le habían puesto el mote de Coronel Latino), del que estaba orgulloso. El coraje físico del general era considerable: en las batallas siempre actuaba con frialdad y calma, y nunca tenía reparos a la hora de acercarse al lugar donde las balas llovían más intensamente. Sin embargo, su personalidad era muy compleja. Su concepto de la vida era oscuro y tenía una inclinación claramente pesimista. En su trato con los demás era poco diplomático y se veía a menudo inmerso en discusiones. Ante las maquinaciones dirigidas a su persona —reales o imaginadas— tenía un olfato extremadamente sensible, y eso influía con frecuencia en su manera de pensar, dominada por juicios un tanto paranoicos. En sus peores momentos veía conspiradores prácticamente por todas partes. Su cara resultaba tan contradictoria como su carácter: los rasgos indicaban tanto debilidad como fuerza. Tenía unos ojos grandes, ligeramente asustados, de párpados pesados que confraternizaban con una larga nariz aristocrática y una boca pequeña pero decidida. Había nacido cincuenta años atrás, en plena guerra, en el campamento sueco de Selandia, en las afueras de Copenhague. Su padre era militar y propietario de grandes fincas, y su madre, prima segunda de Carlos X, tenía el pomposo apellido de Hohenlohe-Neustein und Gleichen. Ambos habían fallecido cuando él todavía era niño, dejándolo huérfano. A partir de ese momento, su educación había corrido a cargo de algunos de los hombres más poderosos de la alta aristocracia sueca, entre otros Magnus Gabriel De la Gardie y Carlos Gustaf Wrangel, el señor de Skokloster.³ Estudió en las universidades de Lund, Uppsala y Rostock, y en esta última institución defendió su tesis doctoral.

Desde el principio, su objetivo era dedicarse a la carrera diplomática. Sin embargo, al regresar a la patria tras finalizar sus estudios en Alemania, descubrió que las perspectivas dentro de la función pública eran tan escasas que se vio obligado a replantearse las cosas. Como ya hemos señalado, en la práctica solo existían dos vías profesionales para un joven aristócrata y, puesto que la vía de la pluma se había cerrado para el joven Adam Ludvig Lewenhaupt, no le quedaba otra alternativa que emprender el camino de la espada. Sin embargo, los nuevos principios que se habían establecido en el ejército de Carlos XI —según los cuales los oficiales estaban más o menos obligados a empezar su carrera desde lo más bajo y subir peldaños en función de sus méritos— no terminaban de convencer al prepotente joven. En lugar de ello, como rezaba la costumbre, optó por un servicio en el extranjero. Primero luchó contra los turcos en Hungría, para después dedicar casi nueve años a servir bajo la bandera holandesa en Flandes. Tras la declaración de la guerra, en el año 1700, se convirtió en comandante de uno de los recién instaurados *tremänningsregementen*.⁴ Durante las duras batallas en el Báltico, Lewenhaupt no tardó en demostrar su talento. Fue el único de los comandantes

suecos del lugar capaz de cosechar varias victorias consecutivas sobre las huestes rusas, que eran cada vez más grandes y competentes. En el año 1705 fue nombrado gobernador de Riga y le dieron el mando de las tropas suecas de Livonia, Curlandia y Semigalia. Había realizado una meteórica carrera, y era indudable que se la había forjado gracias a su propia habilidad.

Su mentalidad estaba moldeada por la patriarcal manera de pensar de la época, y a menudo mostraba una preocupación real por sus hombres y oficiales. Por lo general estos lo apreciaban, y al general le gustaba hablar del amor que sentía por sus pobres infantes. Como militar era prudente, un rasgo que en este contexto a menudo era una virtud, aunque no siempre. En ocasiones, esta prudencia tendía a convertirse en algo más parecido a la apatía.

El general Lewenhaupt terminó su pequeña ronda y cabalgó de vuelta al campamento, donde acudió a su tienda para dormir. Sufría de diarreas y no tenía ganas de comer.

A la hora de comer, el rey convocó a la plana mayor a consejo. Los hombres a los que había convocado eran el mariscal de campo Rehnsköld, el consejero real conde Piper y el jefe del regimiento de Dal, el coronel Von Siegroth. La situación se estaba volviendo insostenible para el ejército sueco. En la práctica, los que habían empezado asediando Poltava estaban siendo asediados.

La presión de los rusos había aumentado sin prisa pero sin pausa en las últimas semanas. Los suecos, con todas las vías de comunicación con el mundo exterior cortadas, sufrían grandes carencias de casi todo, desde el avituallamiento hasta la munición. La munición era escasa. Había bastantes balas para los cañones, pero, en lo que a morteros y obuses se refería, las existencias resultaban claramente insatisfactorias. Sin embargo, lo que más se echaba en falta eran balas y pólvora para las armas cortas, y, para colmo, una parte de la poca que quedaba para los mosquetes estaba dañada y tenía poco mordiente. En realidad, la situación era tan desesperada que habían tenido que hacer público un bando que prohibía hablar de la falta de pólvora. En un vano intento de aumentar las menguantes reservas de munición, muchos oficiales mandaron fundir sus vajillas de estaño, y también se forjaron balas de hierro. Cerca de la ciudad, los suecos corrieron de un extremo a otro para recoger las balas de cañón que los rusos habían disparado. Si continuaban las escaramuzas, poco a poco se vaciarían las pequeñas reservas de las que disponían, y entonces se verían aún más debilitados, por no decir expuestos, ante el ejército ruso, que estaba bien abastecido de armas y provisiones. En cuanto a otros sustentos, la región alrededor de Poltava estaba cada vez más vacía y explotada. El suministro de víveres se veía severamente lastrado por las tropas rusas que no paraban de merodear por la zona. Había cada vez menos comida. Además, el sofocante calor hacía que las provisiones existentes se pudrieran rápidamente, y la falta de sal no mejoraba la cosa; en lugar de ella, utilizaban la pólvora defectuosa. Los precios de los víveres disponibles se habían disparado: un jarro de aguardiente podía costar hasta ocho *dalers*, y un trocito de carne, cuatro. El hambre quedaba reflejada en las caras grises de los hombres, y, desde hacía unos días, algunas unidades ni tan siquiera disponían de pan. Para colmo, era cada vez más difícil encontrar agua potable en buen estado. Incluso la situación de la vestimenta resultaba preocupante. (Cuando pensemos en los soldados suecos de Poltava no hay que imaginarse a apuestos hombres vestidos con uniformes azules immaculados; se trataba más bien de filas de hombres cansados con ropa

desgastada y rota.) Y ellos no eran los únicos que sufrían las consecuencias de las diversas carencias. También resultaba difícil encontrar forraje para todos los caballos del ejército, que ahora se alimentaban sobre todo de hojas. La falta de alimentos y agua suponía una amenaza de muerte para una gran cantidad de corceles, y, sin monturas, el ejército jamás podría funcionar. Los problemas relacionados con las provisiones habían empeorado ahora que todas las tropas estaban concentradas en una superficie relativamente reducida. Un grupo de personas y animales cada vez más grande debía ahora vivir de los cada vez más limitados recursos de la zona. Este enorme conjunto de hombres y animales —reunidos aquí, como ya hemos señalado, debido a la sospecha de que se produciría una gran batalla en breve— solo podía ser una solución temporal, teniendo en cuenta la fatídica situación del aprovisionamiento.

El hecho de que la moral de las tropas hubiera comenzado a desmoronarse resultaba tan grave como la mala situación del avituallamiento.

Ese domingo había soldados con hasta nueve fatigosos años de campaña a sus espaldas. A la salida de Sajonia, en el otoño de 1707, una sensación de desesperanza y tristeza había empezado a apoderarse de ellos. Conforme avanzaba el tiempo y el ejército se adentraba cada vez más en el interior de la parte oriental del país en busca de un enemigo elusivo, las enfermedades, el hambre, una obstinada guerra de guerrillas, el mal tiempo y las dudas hicieron estragos entre ellos. La batalla decisiva que desembocaría en la paz, tan ansiada ya por casi todo el mundo, nunca llegaba, y los soldados suecos maldecían al huidizo enemigo. Las cartas enviadas a casa daban fe de una sucesión interminable de abominaciones y de una creciente duda entre los hombres. A principios de abril de 1708, el coronel de la Guardia de Corps, Carl Magnus Posse, había escrito a su hermano que «todos deseamos que nuestro Señor quisiera entregarnos al infiel enemigo, con la esperanza de que llegue una buena paz después; que Dios lo oiga, por la muerte y el sufrimiento de Cristo, porque estamos empezando a cansarnos de estas fatigas diarias, que tienden a aumentar antes que disminuir». Un terrible invierno había debilitado aún más al ejército, a la par que este se había alejado cada vez más de la patria; no paraban de sufrir nuevos contratiempos, mientras que las posibilidades de victoria menguaban, lo cual hacía que la moral sueca, ya en la primavera de aquel año, mostrara claras señales de debilidad.

Como ya se ha señalado, la moral de los aliados de los suecos, los zaporozianos, también se había desplomado. Entre ellos imperaba un ambiente de amotinamiento abierto. Mazepa se había visto obligado a acercarse a las líneas para pronunciar discursos animados y reconfortantes para los descorazonados cosacos.

Algo que se podría interpretar como uno de los factores que estaban detrás de la debilitada moral de las tropas —pero que también podría ser síntoma de lo mismo— eran las ominosas señales y augurios que se habían producido en los últimos seis meses. A finales de 1708, cuando la hueste había acampado en los alrededores de Romny durante unas semanas, comenzaron a propagarse unos cuantos rumores. Se decía, en voz baja, que habían vaticinado que el rey no sería vencido hasta que no hubiera tomado Roma. Ya que el nombre de Romny se parecía bastante a Roma, había gente que opinaba que la profecía estaba a punto de cumplirse y que Carlos no tardaría en sufrir una derrota. También se decía que se habían visto otras señales aciagas. (Se pueden comparar estas señales con ocasiones anteriores, en las que solo se habían constatado la presencia de buenos augurios para los suecos cuando se avecinaba una batalla, por ejemplo en Kliszov

en 1702, o en Fraustadt en el año 1706.) No hay duda de que la fe en las señales y los augurios estaba muy arraigada en el ejército. Una persona tan respetable como el predicador de los escoltas reales Jöran Nordberg, por poner un ejemplo —el mismo hombre que posteriormente se convertiría en el historiógrafo del rey—, dijo que había tenido una premonición real con relación a la batalla de Maltitze el año anterior. En un sueño había visto la batalla y había sido capaz de predecir tanto la fecha como el desarrollo de la misma. También las señales en el cielo, tales como parhelios, eclipses solares y cometas, solían ser registradas con pavor. Los cometas, en particular, fueron considerados sólidos vaticinios y señal inequívoca de que el día del juicio final se acercaba hasta bien entrada la década de 1680. Sin embargo, su reputación como presagio había sido puesta en entredicho, dado que la fe en los cometas estaba siendo superada por la nueva concepción mecanicista del mundo, promulgada por los científicos. Pero en general, en esta época la superstición seguía floreciendo en Suecia, un país en el que las hogueras de la quema de brujas acababan de apagarse y donde todavía quedaban muchas creencias en mitos y leyendas de tiempos pasados. La fe en lo fantástico estaba extendida por toda la sociedad, y el propio rey estaba muy afligido por su creencia en los fenómenos sobrenaturales. Carlos tenía miedo a la oscuridad y prefería dormir en compañía de sus guerreros, con la cabeza reposando en el regazo de algún soldado. Sin embargo, dentro del ejército trataban de mantener a raya las variantes más extravagantes de la superstición, y tanto la magia como «los conjuros de armas» estaban estrictamente prohibidos.

Siempre resulta difícil juzgar la moral de un ejército ante una batalla, pero en este caso no cuesta imaginarse cómo la presión derivada de los continuos reveses, el gran número de bajas, una sensación de creciente debilidad y una cada vez mayor desconfianza en el futuro minaban el espíritu de lucha tanto de los soldados como de los oficiales. A esto hay que añadir la desesperada situación de abastecimiento y el agotamiento físico, aumentado por las continuas escaramuzas. Estaba claro que el ejército había tocado fondo. (Las quejas eran generalizadas y los oficiales trataban de fortalecer la debilitada moral con la ayuda de diversos rumores: por ejemplo divulgando la noticia entre los soldados de que grandes refuerzos estaban en camino.) Las desertiones habían aumentado. La situación había llegado a tal extremo que el jefe del regimiento de Dal, Siegroth, participante en el consejo de la plana mayor, había dicho al rey que ya no podía confiar en su gente.

La situación estratégica del ejército no era menos preocupante. La pequeña hueste estaba encerrada en un saco, metida a presión en una zona con una anchura de menos de cincuenta kilómetros entre el Dniéper y sus afluentes, el Psel y el Vorskla. Cuando la mayor parte del ejército ruso cruzó el Vorskla y se atrincheró al otro lado, se inició una semana de maniobras y fintas. El alto mando sueco había intentado, sin éxito, incitar a los rusos a una batalla en campo abierto; si podían evitarlo, preferían no tener que atacar a un enemigo protegido por las murallas de unas fortificaciones. El 22 de junio pusieron en formación a todo su ejército, a la espera de un ataque ruso, pero este nunca llegó. El alto mando sueco también había extendido informaciones falsas acerca de una inminente llegada de refuerzos y de que las tropas estaban atravesando dificultades temporales; habían sido transmitidas al zar a través de tráfugas con el fin de incitar al adversario a abandonar sus reductos y fosos y enfrentarse a los suecos en terreno abierto. Sin embargo, estas fintas e incitaciones no habían producido el efecto deseado. Los rusos se

negaban obstinadamente a dejarse involucrar en una batalla condicionada por los suecos. Su respuesta estratégica era inteligente y bien fundamentada: habían optado por aumentar la presión sobre el ya de por sí desgastado ejército de Carlos XII. Con sus incesantes incursiones habían buscado agotar tanto a los soldados como su abastecimiento de víveres. Lo habían conseguido. La presión sobre los suecos aumentó aún más cuando los rusos se trasladaron a un punto más cercano a Poltava, de nuevo bajo la protección de sus sólidas fortificaciones.

En cuanto a los refuerzos, ¿de verdad existía tal cosa? El alto mando sueco había trabajado a destajo para reclutar a nuevos soldados más frescos. Se esperaba que el cuerpo de ejército de Krassow en Polonia, junto con la hueste del rey polaco, partieran hacia el este. El ministro sueco en Polonia, Wachslager, había recibido órdenes de apremiar la partida de estas fuerzas hacia tierras rusas. Se le había ordenado al gobernador de Wismar, Ridderhielm, entrar en Polonia con sus cuatro regimientos, unirse a las guarniciones de Posen y Elbing y después acudir a Volinia a la espera de futuras órdenes. Si además conseguían involucrar a Turquía y a su estado satélite Crimea en la guerra, ello significaría una gran inyección de tropas. A finales de marzo se había enviado una carta al kan de Crimea, así como al sultán de Constantinopla, a través de Bender. Ante la posible llegada de estos refuerzos trataron de hacer buena la espera; el alto mando había depositado grandes esperanzas en ello y el secretario de Estado Hermelin había dicho, entre otras cosas, que «ahora nos encontramos junto al camino por el que los tártaros quieren ir a Moscú. Ahora ya se atreven a acompañarnos».

Pero desde hacía cinco días todas estas esperanzas habían sido reducidas a cenizas. El mismo día en que el ejército se había puesto en formación para la inminente batalla, el 22 de junio, el coronel Sandul Koltza había regresado de su misión en Bender. En compañía de Koltza se encontraba también el secretario Otto Wilhelm Klinckowström, enviado de Krassow, el jefe del ejército sueco en Polonia. Con ellos venían, además, emisarios del kan de los tártaros. Los mensajes comunicados por este grupo de enviados fueron una amarga decepción para el alto mando sueco.

El cuerpo de ejército de Krassow y las tropas del rey polaco estaban atascadas al otro lado del río San, junto a la localidad de Jaroslovice en el oeste de Polonia. En Lemberg,⁵ situada entre el ejército y estas fuerzas, se encontraba el cuerpo de ejército del general ruso Goltz (un ejército que también colaboraba con la hueste polaco-lituana del *hetman* Sienavski). Además, en el punto donde el camino entre Lemberg y Poltava (que era la vía por la que debía pasar Krassow) cruzaba el Dniéper, se encontraba la gran ciudad fortificada rusa de Kiev. La distancia entre Jaroslovice y Poltava superaba los mil kilómetros. En otras palabras, se habían esfumado todas las esperanzas de recibir refuerzos de Krassow y Estanislao.

Tampoco podían esperar ayuda ni de los turcos ni de los tártaros. Era cierto que el nuevo kan tártaro, Devlet Gerai, estaba ansioso por meterse en la refriega y estaba reuniendo un gran armamento, pero para involucrarse en una guerra oficial contra los rusos necesitaba el permiso de Constantinopla. Sin embargo, debido a la presión de la cada vez más grande armada rusa, y de consejeros con mucha labia, el sultán había sido incitado a optar por una vía más pacífica. Por este motivo, el gobierno turco retuvo al belicoso kan y le negó el permiso para ir a la guerra; los turcos preferían esperar acontecimientos. El mensaje implicaba que no se podía contar con ningún tipo de ayuda inmediata desde aquella parte.

Las órdenes de marcha hacia el este no alcanzaron a Ridderhielm y sus fuerzas de Wismar hasta mediados de marzo. La distancia entre Wismar y Poltava era de unos 1 500 kilómetros. Por lo tanto, los refuerzos de allí quedaron descartados.

El hecho de que no pudieran contar con la ayuda de nadie fue perentorio para la decisión final del alto mando sueco. No tenía sentido continuar con las negociaciones. En sus cálculos debían tener en cuenta únicamente sus propias fuerzas. Debido a la falta de aprovisionamiento, no se podía seguir esperando pasivamente. Además, el ya de por sí defectuoso abastecimiento amenazaba con empeorar aún más. Los cosacos de Ucrania eran greco-ortodoxos, por lo que debían someterse a no menos de cuatro períodos de ayuno. En estos momentos estaban en la segunda fase del mismo, algo que había aliviado un poco el sustento del ejército: el bajo consumo de alimentos de la población civil y de las tropas aliadas dejaba algo más para los suecos. Sin embargo, al día siguiente, el 28 de junio, acababa el ayuno. El efecto total era bastante reducido, pero suponía otro pasito más hacia un colapso prácticamente total de las provisiones del ejército. En resumidas cuentas, los suecos no iban a poder quedarse parados por mucho más tiempo. El propio Rehnsköld estimó que no se podía esperar más que un día o dos junto a Poltava. La situación era dramática. Había que hacer algo.

Una ofensiva en toda regla sería impensable, y un ataque a Moscú era imposible, sobre todo debido a la falta de munición. Tanto la artillería como la infantería disponían de balas y pólvora para una gran batalla, pero después no quedaría prácticamente nada. (Después de la batalla sobrarían unos 40 000 proyectiles para las armas cortas, así como 804 kilogramos de pólvora, repartida en cargas de veinte gramos, lo que significaba que cada soldado dispondría de entre tres y cuatro disparos, algo que, naturalmente, resultaba totalmente insuficiente, ya que la asignación habitual era de unas cuarenta balas por persona.) La única alternativa real sería un repliegue: una retirada a Polonia. Sin embargo, sería difícil realizarla con el ejército principal ruso al completo tan cerca. Dejar a la hueste enemiga «imbatida por detrás» significaría que no se podría cruzar el Dniéper a la altura de Kiev, sino que se verían obligados a hacerlo más al sur; esto, a su vez, implicaría que el ejército debía marchar a través de grandes zonas desérticas. Teniendo en cuenta el estado actual del aprovisionamiento, una marcha como esa, a través de una región salvaje, probablemente terminaría con una hambruna catastrófica —algunos incluso llegaron a decir que terminaría con una masacre—. (Unos cien años más tarde, Napoleón intentaría llevar a cabo una retirada masiva parecida, con los rusos pisándole los talones, lo que, como todo el mundo sabe, terminó con una catástrofe.) La única manera de salvar al ejército de la insostenible situación y de efectuar una retirada a Polonia con final feliz sería derrotar a la hueste del zar en una batalla. Solo una derrota del ruso podría aportar el oxígeno necesario al ejército sueco e impediría que los rusos pudieran perseguirles en condiciones.

También es posible —y esto es solo una especulación— que un factor muy irracional afectara al rey mientras sopesaba las diferentes alternativas. El joven monarca, de tan solo veintisiete años, estaría muy presionado por las desastrosas circunstancias; tal vez ya presintiera el frío aliento de una derrota en ciernes y deseara estar lejos de esta enorme responsabilidad. Sin embargo, para alguien como él, con un extremado sentido del deber, solo existía una manera de escapar, y era la muerte. Varias personas dentro del ejército sostenían que el rey estaba buscando la muerte conscientemente. Acudía a los lugares más peligrosos y se exponía a las balas rusas sin escrúpulos. Entre los oficiales y

los soldados se rumoreaba que el rey deseaba que le mataran. Hay indicios de que Carlos XII, en determinados momentos oscuros, involucraba al resto del ejército en su coqueteo con la muerte. Cuando recibió la noticia de un oficial de alto rango de que ya no se podía confiar en el ejército —una conversación que acabamos de mencionar— el rey reaccionó de manera estrafalaria: dijo que, si eso era así, él deseaba que «ni él ni ninguna otra persona del ejército escapara con vida» de la campaña. Podía ser que semejantes sentimientos hicieran que tirase toda precaución por la borda para apostar todo a una carta. Podía existir la visión de un *ragnarök*⁶ personal en la cabeza del despótico rey: se llevaría a todo el ejército consigo en su propia perdición. (Se puede comparar la reacción del rey con la que mostró su padre, Carlos XI, durante el problemático inicio, por decirlo de una manera suave, de la Guerra de Escania en la década de 1670. En aquella ocasión, Carlos XI había murmurado algo parecido a «no vayamos a recurrir a los conjuros de armas».)

La decisión que se tomó era inequívoca: había que atacar a los rusos, y que fuera lo que Dios quisiera.

Si eran las malas noticias del 22 de junio las que habían propiciado la decisión de atacar a los rusos, ¿por qué, entonces, la retrasaron hasta el día 27? En primer lugar, porque el alto mando sueco intentó hasta el último momento conseguir que las circunstancias de la batalla fueran condicionadas por ellos. En segundo lugar, el hecho de que el rey, durante estos días, hubiera soportado altas fiebres debido a una inflamación de su herida —durante algún tiempo pareció que se estaba muriendo— también demoró la decisión. Rehnsköld, que actuaba como comandante en jefe del ejército durante la enfermedad del rey, no quería asumir la responsabilidad de una resolución tan importante mientras Carlos no estuviera consciente o en su sano juicio. En última instancia, era una decisión que le correspondía al monarca, y ese domingo se había recuperado notablemente de los delirios producidos por la fiebre. Posiblemente también pudiera estar condicionada por un tercer factor. Los suecos habían podido comprobar que los rusos continuaban con las labores de fortificación. En la noche del domingo había salido al menos una patrulla de reconocimiento, y habían podido ver las fortificaciones que los rusos estaban levantando. Los informes desvelaban que estaban construyendo aún más reductos. Un retraso más prolongado solo significaría que las posiciones de los rusos se harían cada vez más difíciles de tomar. También el tiempo estaba del lado del zar Pedro.

La decisión estaba tomada: atacarían al ejército ruso. La cuestión era cómo hacerlo. El plan sueco para la batalla —tal y como se desprende de la reconstrucción— probablemente consistiría en dos fases: 1) una penetración del sistema de reductos, que estaba situado entre los dos bosques, y 2) un asalto al campamento fortificado. La primera fase del plan, la penetración de la línea de reductos, se llevaría a cabo mediante un rápido y sorprendente avance protegido por la oscuridad de la madrugada. La infantería atravesaría los reductos enemigos rápidamente, sorprendiendo a los dormidos defensores, y los pasaría antes de que pudieran causar mayores daños. La maniobra consistiría en un ataque combinado de infantería y caballería. Esta era necesaria en la primera fase para deshabilitar la línea defensiva de los rusos; como ya hemos señalado, justo detrás de la última línea de reductos se concentraba la caballería enemiga al completo. En este ataque sorpresa, la caballería sueca batiría estas fuerzas. Tras la penetración, los escuadrones suecos desempeñarían otra tarea muy importante: cortarían la única vía real de retirada del ejército principal ruso, la que iba en dirección al norte a lo

largo del río. Tras pasar los reductos, los infantes suecos atacarían el campamento fortificado. Al mismo tiempo, la caballería efectuaría operaciones contra el frente norte del mismo campamento. El hombre del rey polaco Estanislao, que estaba con el ejército sueco, resumió el plan de la siguiente manera: «El mariscal de campo caería sobre el enemigo desde el flanco, y la infantería atacaría de frente». La responsabilidad de dar el golpe decisivo recaería sobre la infantería en este ataque final al campamento; ellos eran el martillo, mientras que la caballería haría de yunque y con su ataque inmovilizarían a las fuerzas armadas rusas e impedirían su retirada hacia el norte. Si funcionaba esta estrategia (si es que el plan realmente era así, y todo parece indicar que sí), todo terminaría en otra batalla de exterminio y devastación. Como ya hemos mencionado, la posición rusa contaba con un punto débil evidente: las posibilidades de repliegue eran escasas. Un ataque sueco, siempre y cuando se cumpliera con los postulados del plan, bloquearía la mayor parte de sus vías de retirada, y la hueste entera del zar estaría abocada a una total y absoluta destrucción. Con el río a sus espaldas y tan solo un único y miserable camino para cruzarlo, acabaría acorralada, atrapada.

Sin embargo, el plan también tenía varios puntos débiles. En primer lugar, el ataque sorpresa a los reductos rusos era un asunto inseguro. La aproximación hasta el punto de inicio, bajo el amparo de la noche, era un movimiento delicado: la oscuridad tendía a crear muchos problemas. Naturalmente, no iba a ser fácil llevar a buen puerto esta penetración sorpresa, pero era un riesgo que había que asumir. También había que conseguir que las tropas suecas pudieran desplegar todo el poderío necesario para asaltar el campamento y derrotar a sus adversarios. Sin lugar a dudas, todo el mundo era consciente de que los suecos eran numéricamente inferiores, pero las experiencias de las batallas previas contra los rusos, por parte de los que tomaron las decisiones aquel domingo, Carlos XII y Rehnsköld, no hacían presagiar que esta inferioridad fuera a ser necesariamente decisiva. Nueve años atrás, en Narva, se habían enfrentado a una situación casi idéntica, tácticamente hablando; en aquella ocasión una hueste sueca, muy inferior en número, había atacado a un ejército ruso bien fortificado, infligiéndole una dolorosa derrota. Desde entonces habían vuelto a derrotar a los rusos repetidas veces (aunque únicamente en aquellas ocasiones en las que el adversario se había dignado a presentarse en campo abierto). Por lo tanto, el alto mando sueco no tenía una idea demasiado elevada de la eficacia del ejército ruso. Probablemente pensarían que lo que una vez había salido bien, en Narva, volvería a funcionar. Sin embargo, el ejército ruso había evolucionado considerablemente desde el año 1700, y existía el riesgo de que los suecos infravalorasen a su enemigo. El plan estaba basado en una valoración demasiado baja de las posibles iniciativas de los rusos. Presuponía un adversario pasivo que se quedaría quieto, mirando, mientras los suecos, con maniobras elegantes, le colocarían la soga alrededor del cuello. (El hecho de que esperasen semejante indolencia por parte de los rusos tampoco carecía de fundamento, teniendo en cuenta que estos, a lo largo de casi toda la campaña, y también en los últimos compases de la misma, habían mostrado una postura claramente defensiva.) Un tercer punto flaco era que si algo —y que Dios lo prohibiera— salía mal, las tropas suecas, una vez penetrado el sistema de reductos, estarían ante una difícil retirada del campo de batalla. Los reductos bloquearían el único camino abierto al sur y se verían obligados a replegarse a través del incómodo terreno boscoso que rodeaba el pueblo de Maloye Budiche. En resumidas cuentas, las características geográficas del lugar de la contienda desfavorecían a cualquier ejército

que estuviera en situación de desventaja, independientemente de su nacionalidad.

Era un plan con muchos puntos débiles, y muy arriesgado. Pero si los rusos se dejaban sorprender, si los suecos conseguían penetrar el sistema de reductos y si llevaban a buen puerto el asalto al campamento, entonces el zar Pedro sufriría una derrota colosal. Era un plan con muchos «sies».

Ese domingo, en el ejército ruso predominaba la misma tensa y nerviosa espera que entre los suecos. Las tropas y los operarios trabajaban apresuradamente para completar la línea de reductos. Nuevas fortificaciones se estaban levantando sobre la arenosa tierra, salpicada de arbustos. A lo largo del día, grupos de jinetes y cosacos fueron enviados al sur una y otra vez para hostigar a las avanzadillas y los campamentos suecos. Por la mañana, el generalato también salió para comprobar las disposiciones suecas en persona. Los rusos tenían un gran respeto por su enemigo, algo que había quedado certificado de manera elocuente por las operaciones tan lentas y precavidas realizadas hasta la fecha. La gran cantidad de fortificaciones eran un medio para protegerse de los caprichos de un adversario peligroso. Sin embargo, los generales rusos tendían a pensar que, ante esta situación, los suecos no se atreverían a atacar.

El general Menshikov escribió una carta a su esposa para tranquilizarla. Su tono era optimista: «Ayer trasladamos el campamento hasta este lugar y, aunque la ubicación para el mismo se encuentra más cerca del río, parece bien elegida. Además, nuestras tropas han levantado fortificaciones y se piensa que el adversario se verá obligado a abandonar esta localidad y retirarse; después esperamos que con la ayuda de Dios podamos establecer contacto con Poltava. Por lo demás estamos bien, gracias a Dios, y no hay peligro inminente, puesto que el ejército al completo se encuentra aquí». Por la tarde, el zar pasó revista a la infantería y la disposición de las divisiones, y repasó las competencias de los oficiales. Pedro Alexéievich iba montado, con el sombrero en la mano, hablando con oficiales de alto rango y mandos de la plana mayor. Con el último traslado del campamento y el hostigamiento cada vez más intenso alrededor de las posiciones de la hueste sueca, les habían apretado las clavijas un poco más. Sin lugar a dudas, el adversario no iba a poder soportarlo por más tiempo, y los rusos estaban aguardando la reacción con curiosidad. Esperaban que los suecos tirasen la toalla y se retirasen con las orejas gachas hacia el Dniéper para salir de Ucrania. Pero, a cinco kilómetros de distancia al sur, ya se habían iniciado los preparativos para un ataque.

8. La noche del domingo

Al término de la reunión de la plana mayor ya eran casi las cuatro de la tarde. El cuartel maestro general del ejército, el coronel Axel Gyllenkrok, fue convocado al monasterio. En la entrada le salió al encuentro Rehnsköld, que lo llevó hasta la cámara del rey, donde el monarca estaba tumbado sobre la cama. El mariscal de campo le comunicó la decisión de atacar y ordenó a Gyllenkrok que dividiera la infantería en cuatro columnas para la marcha. A continuación, Rehnsköld le dio el *ordre de bataille*, el plan que mostraba la disposición de las tropas durante la batalla. Gyllenkrok se quedó callado por un momento junto a la cama del monarca. El rudo mariscal de campo gruñó con impaciencia, preguntándole a Gyllenkrok si tenía cabeza suficiente para llevar a cabo la tarea, pero el rey se entrometió con cierta irritación y dijo: «¡Claro, Rehnsköld, claro que sabe!» En lugar del rey, que estaba confinado en su camilla, era Rehnsköld el que debía hacer de comandante en jefe durante la batalla. Sobre él recaía una enorme responsabilidad y lo sabía muy bien. Su reacción ante esta presión fue de un quisquilloso nerviosismo con tintes negros.

Carl Gustaf Rehnsköld era un hombre de aspecto pálido, flemático y autoritario: tenía la nariz puntiaguda, la boca pequeña y una mirada fría. Era un militar hábil, duro y experimentado, leal hasta la muerte a su rey y la corona; de carácter tenso, vigoroso y colérico. La actitud hacia sus colegas y subordinados estaba marcada por una altivez malhumorada. Tenía cincuenta y siete años; había nacido en Stralsund, en la Pomerania Occidental sueca, donde el padre había sido consejero en el gobierno. Había cursado estudios en Greifswald y Lund, pero no había tardado en emprender el camino de la espada. Durante la Guerra de Escania de la década de 1670, había demostrado sus buenas dotes como oficial, así como un comportamiento intrépido en la batalla. Había progresado rápidamente en el escalafón. Nombrado teniente coronel con solo veintiséis años, era un comandante sumamente competente. Su mayor hazaña hasta la fecha había sido la gran victoria cosechada en Fraustadt en el invierno de 1706, cuando un cuerpo del ejército bajo su mando había aniquilado, prácticamente, una hueste ruso-sajona menor. En esa batalla, Rehnsköld demostró con creces su valía como mariscal de campo. En la misma ocasión también demostró otra cosa: una brutalidad que rayaba en la crueldad. El asunto es que, después de la batalla, dio la orden de ejecutar a todos los prisioneros rusos que se habían tomado. En los últimos compases del enfrentamiento, los soldados enemigos que seguían en pie habían tirado sus carabinas, exponiendo sus cabezas y pidiendo clemencia a gritos. Los soldados sajones fueron perdonados, pero con los rusos no se mostró ningún tipo de misericordia. Rehnsköld hizo formar un anillo con sus tropas y en el centro del mismo reunieron a todos los prisioneros rusos. Un testigo contó cómo, a continuación, alrededor de 500 prisioneros «fueron ajusticiados con balas y bayonetas, sin piedad, de tal modo que cayeron unos sobre otros como corderos en el matadero». Los cadáveres se amontonaron en pisos de hasta tres hombres reventados por los bayonetazos. Algunos de los despavoridos rusos intentaron escapar a este destino, volviendo sus abrigos del revés y exponiendo el forro rojo para así poder pasar por sajones. Sin embargo, la astucia fue descubierta. Tal y como lo contó otro participante en la batalla, «cuando el general Rehnsköld se enteró de que eran rusos, les hizo formar enfrente y ordenó que se les disparase en la cabeza, lo cual fue un espectáculo digno de

compasión». Todo el asunto fue excepcionalmente abominable. Es cierto que ambos lados demostraron una y otra vez que eran capaces de matar a prisioneros, heridos y enfermos indefensos —al parecer sin mayores escrúpulos ni cavilaciones— pero la masacre de Fraustadt carece de parangón contemporáneo tanto en tamaño como, sobre todo, por la frialdad con la que se ordenó la matanza. Es cierto que se podría atisbar un odio especialmente feroz hacia los rusos en particular; una antipatía que, ya por aquel entonces, tenía raíces históricas. Sin embargo, todo parece indicar que la bestial orden de Rehnsköld no fue expedida bajo un impulso emocional, sino que estuvo muy bien calculada. De esta manera pudieron deshacerse de un montón de prisioneros molestos que, al contrario de lo que pasaba con los sajones, tenían escaso valor como reclutas forzosos para el ejército propio. Al mismo tiempo, Rehnsköld pensaría que, con la ejecución de estos infelices soldados rusos, estaba dando una especie de aviso que serviría tanto para escarmentar como para infundir terror.

En esos días de junio, Rehnsköld sufriría severamente las secuelas de una herida que había recibido durante el catastrófico asalto a Veprik en enero, algo que no contribuía a mejorar su ya de por sí irritable humor. (Esta herida acabaría ocasionándole la muerte.)

Tras conocer la irritabilidad del mariscal de campo en persona, Gyllenkrok preguntó si la infantería marcharía a la izquierda o a la derecha. Rehnsköld contestó «a la izquierda» y después se dirigió al rey, que seguía en la cama, y dijo que quería acudir a la caballería para organizar su marcha, ya que Gyllenkrok se ocupaba de la infantería. Preguntó al monarca si este tenía más órdenes. Carlos le dijo que no y Rehnsköld, seguido de cerca por Gyllenkrok, abandonó la habitación. Gyllenkrok se acomodó en una cámara adjunta, que era de uno de los lacayos, y comenzó a preparar la disposición de las columnas.

A esa hora de la tarde, la mayor parte de los altos mandos del ejército estaban reunidos a las puertas del monasterio. También Lewenhaupt había abandonado la comodidad de su cama con dosel para acercarse al lugar. Cuando Rehnsköld salió del edificio, llamó al general y le invitó a sentarse con él en un banco colocado debajo de las ventanas de la cámara real. Los dos altos mandos eran orgullosos e irascibles, expertos en hacer enemigos sin tener que esforzarse, de modo que no era de extrañar que, a estas alturas, ya llevaran unas cuantas discusiones a sus espaldas. El susceptible general y el altivo mariscal de campo no hacían una buena pareja de tiro y entre ellos reinaba desde hacía tiempo una marcada antipatía mutua. Sin embargo, no la manifestaron en aquel momento, porque los dos hombres se esforzaron en disimularlo, intercambiando exageradas cortesías. A continuación, Rehnsköld fue rápidamente al grano: le comunicó que se había tomado la decisión de atacar y que Lewenhaupt dirigiría toda la infantería. El general recibió sus órdenes junto con una copia del orden de batalla: hacia el atardecer debía distribuir en columnas a sus infantes de línea. Lewenhaupt sabía que sería difícil organizar a los regimientos en la oscuridad, y en especial a la infantería, ya que el terreno del campamento era marcadamente accidentado. Por ello pidió permiso a Rehnsköld para sacar a los regimientos inmediatamente y poder colocarlos en sus respectivas columnas. Esta petición fue rotundamente denegada. Todavía era de día y para poder sorprender al enemigo el mariscal de campo no quería, bajo ningún concepto, que los rusos tuvieran la menor sospecha de que se estuviera cociendo algo. Se separaron.

Gyllenkrok terminó con su disposición de las columnas y volvió a donde estaba el rey para entregarle los papeles. «El mariscal de campo pensaba que usted no iba a poder

disponer las columnas», dijo el rey Carlos, con una sonrisa, al recibir los papeles. Tras un rápido examen, ordenó que Gyllenkrok los repartiera entre los generales. Cuando el cuartel maestro general salió del monasterio, Rehnsköld ya se había marchado, montado en su caballo. Sin embargo, Lewenhaupt seguía sentado en el banco bajo la ventana, y junto a él estaban los generales de división de la infantería. Gyllenkrok le entregó las disposiciones, a la vez que le pidió que fuera a ver al rey para recibir más órdenes. En cuanto Lewenhaupt volvió a salir tras la entrevista con el rey, se dirigió, junto con los generales de división, a la tienda de la cantina real. Allí, a la sombra, se sentaron los altos mandos para copiar los planos de la disposición.

Rehnsköld cabalgó sobre la llanura rumbo al oeste hasta el alargado campamento de la caballería, que se encontraba a unos cinco kilómetros de distancia de la ciudad. Una vez allí buscó a los jefes y les pasó las instrucciones: la idea era utilizar toda la caballería (a excepción de siete regimientos que se quedarían protegiendo el tren de bagajes durante el ataque). La aproximación se llevaría a cabo en seis columnas. Todo el mundo montaría a la llegada del atardecer, y el tren se desplazaría, ordenadamente y en silencio, hasta un lugar ubicado a unos kilómetros al sur, junto al pueblo de Pushkaryovka. El resto de las tropas se quedaría esperando la orden de marchar, en formación de columna, sobre los campos en dirección a la hueste rusa y sus fortificaciones.

Después de dar las órdenes, Rehnsköld regresó al monasterio, bañado por el sol de la tarde. El que llevaba el mando del ala derecha de la caballería, el general Carl Gustaf Creutz, conocía bien la espesa oscuridad ucraniana, por lo que trató de preparar la difícil marcha nocturna. Junto con un capitán, salió a caballo a efectuar una ronda de reconocimiento, con el objetivo de identificar algunas señales en el terreno que pudieran ayudarles a orientarse durante la marcha. Todos los jefes de los regimientos también recibieron copias de los planos de la disposición. Esa noche nada podía salir mal.

De vuelta en el cuartel general, Rehnsköld cenó en compañía de los demás oficiales de alto rango en la tienda de la cantina real. El propio Carlos prefería cenar solo. Había pulsado el botón de inicio y la máquina de la guerra ya había comenzado a vibrar y a resoplar. Las palabras mágicas —el rey había decidido atacar al ruso— junto con las directrices que las acompañaban, se extendieron rápidamente, etapa por etapa, a través de la jerarquía militar; desde los comandantes de alas y los jefes de regimientos, pasando por los jefes de batallones y compañías antes de alcanzar a los suboficiales, hasta que al final llegaron al último eslabón, los soldados rasos, los sirvientes, la gente del tren de bagajes y todos los civiles. Por todos los acantonamientos, en las tiendas, a cielo descubierto y entre los interminables carruajes del tren, se pusieron a trabajar a destajo. Aquellos hombres que no servían para la batalla fueron apartados. Todos los enfermos, inválidos y heridos, los soldados de la caballería que carecieran de caballos, el tren de bagajes, los civiles y las demás personas que estaban relacionadas con el ejército de alguna manera u otra, así como casi toda la artillería, serían enviados hasta el pueblo de Pushkaryovka con la llegada del atardecer. Además, aquellos militares que estaban acompañados de sus familias enviaron a los suyos al mismo punto de reunión. El capitán de infantería Henrik Spåre, de cuarenta y cinco años, natural de la comarca de Nådendal, al noroeste de Åbo, era uno de ellos. Le estaba atormentando su gran preocupación por su joven hijo Henrik Johan, a quien envió hasta Pushkaryovka. En su diario comentó la despedida con palabras escuetas: «Que Dios le ayude». Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ver a su hijo. Tenían la intención de formar un fuerte de carros como una barrera de protección

alrededor del punto de reunión. También enviaron tropas para proteger el tren de bagajes, compuestas, además de la caballería y la artillería que acabamos de mencionar, por unos 3000 zaporozianos.

Entre los miles de enfermos y heridos que se reunieron para el transporte, había un teniente segundo de la Guardia de Corps que tenía tan solo diecisiete años. Su nombre era Gustaf Abraham Piper, y se había unido al ejército el año anterior, justo a tiempo para tomar parte en el ataque a Rusia. La campaña no había sido un camino de rosas para el muchacho. Desde el principio había sido atormentado por continuas enfermedades, y, durante mucho tiempo, su única dieta había consistido en panecillos duros, nabos, arándanos rojos y aguardiente, lo cual no le mejoraba precisamente. Cuando se acercaba el Año Nuevo se puso tan enfermo que tuvo que ser transportado en carro. La noche del 23 de diciembre, el carro de Piper se atascó en un caos de carros, caballos enredados y cadáveres congelados en las afueras de Gadyach. Hacía un frío terrible. El cochero que le llevaba murió congelado y el propio chico estaba envuelto en unas mantas de algodón con el capote sobre la cabeza. Pasado algún tiempo, el chambelán de su coronel, que no tenía adónde ir para refugiarse de la nieve, la oscuridad y el frío, le hizo compañía. Sin embargo, el sirviente no tardó en marcharse de nuevo, pero se olvidó de correr la cortina, de modo que el aullador viento helado inundó el carro por completo. Y así, de esta manera tan expuesta, permaneció hasta Nochebuena, cuando su propio sirviente por fin llegó para ayudarlo a acercarse a la ciudad y a la enfermería del regimiento. Descubrieron que había sufrido congelaciones en los pies. La ennegrecida carne necrosada no tardó en desprenderse de los pies heridos y tuvieron que amputarle los dedos con unas tenazas. Había conseguido evitar una mutilación, pero al precio de mucho dolor: durante mucho tiempo tuvieron que cortar y extirparle los huesos de los talones. Desde entonces, los mutilados pies le habían obligado a viajar como un bulto más. Ahora, Gustaf Abraham dejó que lo metieran entre algodones en su carro. Junto con el resto del tren de bagajes, solo podía esperar acontecimientos, con el cuerpo tenso y agudizando el oído para enterarse de cuándo comenzaba la batalla.

Repartieron el santo y seña que sería utilizado durante el enfrentamiento. Podría ser necesario, ya que durante una batalla podía ser difícil distinguir entre aliados y enemigos; los uniformes variaban bastante dentro de un mismo ejército y la visibilidad era, a menudo, muy escasa. Como siempre, se eligió «Con la ayuda de Dios». Se enviaron ordenanzas a los diferentes puestos con órdenes de que los soldados se retirasen y se unieran a sus respectivas unidades. Uno de estos puestos se encontraba junto a Bolanovka, una aldea a orillas del Vorskla rodeada de bosques a unos doce kilómetros al sur de Poltava. Allí, el teniente segundo holmiense Carl Roland, de veinticuatro años, comandaba un grupo de treinta dragones del regimiento de Hielm. Su tarea consistía en reunir provisiones para su regimiento y a la vez mantener en jaque a las unidades de cosacos que merodeaban por la zona. Daba la casualidad de que uno de los mejores lugares para vadear el Vorskla se encontraba junto a Bolanovka, y la pequeña tropa ya llevaba unas cuantas escaramuzas a sus espaldas. El joven capitán Nils Bonde, que era uno de los edecanes generales —uno de los cargos más peligrosos en una batalla— montó y se acercó a Bolanovka. Comunicó a Roland y a sus hombres que debían regresar a Poltava inmediatamente. Para Roland, la orden resultaba bastante inconveniente: no se había molestado en llevar sus caballos de fresco hasta Bolanovka. (En una batalla, todos los oficiales llevaban caballos de fresco; es decir, caballos de recambio

supervisados por sus propios sirvientes. Estos animales eran utilizados como sustitutos para los corceles heridos o muertos.) Ahora, Carl Roland carecería de caballos de refresco en la batalla. Él no lo sabía cuando regresó a la ciudad, pero, más adelante, esta carencia estaría a punto de costarle la vida.

Cuando el rey terminó de cenar hubo misa. Después dejó que lo sacaran de su cámara, tumbado en una camilla y rodeado de un gran cortejo. Lo llevaron de un lugar a otro para que pudiera echar un vistazo a los preparativos para el avance. Después de algún tiempo pararon en una pradera debajo del monasterio, donde se encontraba el campamento de la guardia. El rey habló ora con este, ora con aquel. Un grupo de médicos, especialmente seleccionados para ocuparse de su pie durante la contienda, comprobaron el estado del mismo. El primero de ellos era Melchior Neumann, un *medicus* que había cuidado del rey antes, en 1702 en Cracovia, con ocasión de la desafortunada fractura de un hueso. Los otros dos eran Jacob Schultzen y el médico regimental Gustaf Bolten-hagen. Mientras le vendaban el pie, Carlos lo apoyaba en la rodilla del mayordomo Johan Hultman, un viejo y fiel escudero que solía entretener al rey con cuentos e historias, y al que esa tarde se le había encomendado la misión de cargar con los medicamentos de su señor.

Cuando dieron las ocho, una unidad de soldados de la guardia real se unió a la gente que rodeaba la camilla del rey. Eran 24 hombres fieles especialmente seleccionados para el propósito. Entre ellos había un soldado llamado Nils Frisk, que había llevado la camilla del rey también en otra ocasión, con motivo de la fractura de hueso que acabamos de mencionar. Frisk había servido bajo la bandera blanca de la guardia desde el inicio de la guerra, y, siendo un veterano curtido, había recibido su cuota de las molestias y heridas que suelen ser tan generosamente repartidas entre los participantes en las guerras. Seguía sufriendo las secuelas de una fea herida de bala en el muslo izquierdo, que había recibido en la batalla de Daugava, en 1701. En la batalla de Golovchin, alrededor de un año antes, una bala rusa le había atravesado la mano derecha (hay que tener en cuenta que el calibre de los mosquetes en esta época era considerable, de hasta veinte milímetros) y, desde entonces, los dedos meñique y anular de aquella mano estaban paralizados. Junto con quince escoltas reales bajo el mando del teniente Johan Gjertta, Nils Frisk y sus 23 hombres harían las veces de guardaespaldas personales del rey. Los sencillos capotes azules, con puños y forro amarillos, contrastaban fuertemente con la brillante vestimenta de los escoltas, de oro y azul claro. La tarea de estos hombres consistía, en primer lugar, en formar un muro humano alrededor de Karl; al igual que en la infantería, donde, por lo general, les tocaba a unos granaderos caminar delante o al lado del comandante, los hombres de la guardia y los escoltas debían parar, con sus propios cuerpos, las balas destinadas a la máxima autoridad, el rey. Esto demuestra que no se fiaban demasiado de los rumores que decían que el rey era «duro» —es decir, invulnerable— a las balas. (Circulaban historias de que una bruja había leído un conjuro sobre él cuando era joven; de ahí que ahora se pensara que era invulnerable.) La tarea encomendada a Frisk y a sus hombres era sumamente peligrosa. Ellos debían exponerse a los impactos de las balas y a la muerte en lugar del rey. Carlos era un monarca despótico, a quien el propio Dios Padre le había otorgado el derecho a reinar en la tierra. A los ojos de los generales, y probablemente también a los ojos de muchos de los soldados, la seguridad del rey era infinitamente más importante que la de unos pobres soldados de a pie que podían ser sacrificados.

El rey no iba a ser transportado por aquellos hombres a la batalla. En lugar de eso, viajaría en una camilla blanca, llevada por caballos, que los hombres de la compañía Mora del regimiento de Dal habían fabricado. La camilla estaba tendida entre dos caballos, en una especie de diseño en tándem, y en ella se podía colocar la cama real con los colchones de seda, completa con monarca despótico y todo. Se colocaron ocho hombres a cada lado del carruaje. El primer caballo no sería conducido por un jinete o sirviente de los establos reales, sino por el propio Nils Frisk.

A continuación llegó la espera. La grisácea oscuridad, cada vez más densa, comenzó a envolver el paisaje. El conde Piper se unió a la gente que rodeaba al rey y se sentó junto a Rehnsköld en el suelo. La mayor parte de los generales y los oficiales de alto rango se apiñaban alrededor de la camilla. La gente estaba sentada en el suelo, o se preparaba en general para robar unas horas de sueño a la noche. Los caballos estaban ensillados y preparados. Mientras las sombras, cada vez más espesas, se iban convirtiendo en tinieblas, los soldados estaban esperando la orden de partida, en los bosques y en las praderas, en los vivaques y las tiendas.

El único alboroto apreciable durante estas largas horas nocturnas fue el ruido de unos ocasionales intercambios de disparos desde el norte, en dirección al río. El regimiento de Valaquia, una unidad de caballería ligera bajo el mando del coronel Sandul Koltza, que contaba con unos mil sables, estaba avanzando a lo largo de la loma que corría paralela al Vorskla, hacia la aldea de Yakovtzi, que se encontraba justo al sur del campamento fortificado. En este lugar había un destacamento de infantería y caballería ruso de considerables dimensiones. (Posiblemente también participaron en esta misión los 130 hombres de la compañía de *enspännar*, una unidad ligera que solía ser utilizada para tareas de reconocimiento.) El propósito de todo esto era que el ataque desviara la atención de los rusos de los movimientos del ejército. Por lo demás dominaban la calma, la oscuridad de la noche de verano y la tensa espera.

A las once en punto, aquellos que estaban dormidos fueron despertados. Una llamada rompió el silencio y se multiplicó por encima de las cabezas de los recién despertados soldados: «Arriba, arriba; ha llegado la hora de marchar». Era la señal que habían esperado. Los ordenanzas fueron enviados a los diferentes campamentos de infantería y caballería, notificando a la gente las órdenes de salida inmediata. Lewenhaupt, que se había quedado dormido, fue despertado por la algarabía y se incorporó de un salto. Llamó a sus sirvientes y les ordenó que corrieran hasta los caballos, para asegurarse de que estuvieran preparados. El acuartelamiento de las tropas del general, y también los caballos, se encontraba a unos 400 metros de distancia. Montó nada más llegar, y volvió al punto de partida para buscar a Rehnsköld. Naturalmente, no lo encontró en la compacta oscuridad. La partida de la infantería de los vivaques no transcurrió exenta de problemas, y la colocación de los hombres en columnas —el procedimiento que se realizó a continuación— también fue desordenada casi desde el principio. Según el plan, se había asignado una posición a cada uno de los batallones en alguna de las cuatro columnas. En la oscuridad surgió el desorden y algunas unidades acabaron en el lugar equivocado. Por esa razón, Lewenhaupt mandó parar la recién iniciada marcha y comenzaron con la tarea de recolocar las unidades entre las columnas, para que todo estuviera en orden. Podría parecer una medida excesivamente formal, pero era absolutamente imprescindible. La disposición para la batalla —el orden de batalla— estaba diseñada con la organización en columnas como punto de partida. Si esta no era

perfecta, la colocación de cara a la batalla podría ser complicada y hacer perder mucho tiempo, y eso era algo que, naturalmente, había que evitar, ya que la velocidad resultaba totalmente determinante en semejante situación. Mientras estaban ocupados con esta labor, apareció Rehnsköld en la oscuridad, sumamente exacerbado por el atasco que, a sus ojos, deberían haber podido evitar. Consiguió llegar hasta Lewenhaupt y gruñó con irritación: «¿Dónde demonios andaba usted?». Y añadió: «Nadie puede ver por usted, ¿acaso no ve que todo se encuentra en un estado de confusión?». Lewenhaupt quiso excusarse, señalando la oscuridad y el desorden del campamento y agregando que, por lo demás, él había estado al pie de la camilla de Carlos. Rehnsköld no hizo caso a la respuesta y pasó a preguntar qué regimiento iba a ser el siguiente en la columna de marcha. El general dijo que no lo sabía porque acababa de llegar al lugar, por lo que tendría que preguntar. Esta respuesta irritó aún más al colérico Rehnsköld, que explotó en un aluvión de acusaciones: «Se ve que usted es así, no se preocupa de nada. No me sirve ni de ayuda ni de utilidad, jamás habría pensado que actuaría de esta manera. Tenía una idea mucho más elevada de usted, pero veo que se ha quedado en nada». Lewenhaupt aguantó la retahíla y se defendió torpemente, alegando que las acusaciones eran infundadas. Prometió hacer lo que quería Rehnsköld, con tal de que este le dijera qué y cómo lo quería hacer. Este discurso fue cortado de manera tajante por el mariscal de campo, que espetó: «Tendré que ocuparme yo mismo», y dejó tras de sí a un Lewenhaupt malhumorado y herido en su orgullo. (Lo cierto es que el general, a pesar de su discurso, tenía parte de la culpa de los problemas que ocurrieron durante la partida de los acuartelamientos y en la organización de las columnas. Evidentemente, sus preparativos habían sido insuficientes. Su actuación en las horas previas a la partida, en las que había malgastado su tiempo, esperando pasivamente sin tener a sus caballos preparados siquiera, resultaba demasiado flemática.) Después de un rato, los oficiales consiguieron arreglar el desorden de las columnas y todo estuvo de nuevo dispuesto para iniciar la marcha. El tren de bagajes y los no combatientes estaban o bien ya en Pushkaryovka, o llegando al lugar, a excepción de algunos grupos pequeños que seguían en la zona alrededor del monasterio.

A pesar de haber perdido un tiempo valioso, dedicaron un rato a rezar. Era la parte central de la importantísima preparación psicológica ante la batalla. Por lo general, a los que llevaban tiempo sin acudir a la eucaristía se les ordenaba acudir. Tal y como rezaba el Código de Justicia Militar, incluso había una oración especial que se podía esgrimir «cuando se avecinaba una batalla u otra ocasión de peligro»: «Asimismo, dales a todos aquellos que contra nuestros enemigos embarquen en batalla coraje, fortuna y victoria, para que nuestros enemigos vean que tú, Dios mío, estás de nuestro lado, y que luchas con aquellos que en tu nombre perdonamos». Además, justo antes de las batallas más importantes siempre se cantaba el salmo 96⁷ estrofa 6:

Encomendamos la ayuda y el consuelo al Señor,
que el cielo y la tierra ha creado.

El fortalece el ánimo en nuestros pechos,
por si nos llega a faltar.

Seguros y de pie rugimos:

Dura es la roca sobre la que construimos.

¿Quién nos puede tumbar?

Un tema central de las oraciones y los salmos que se utilizaban antes de las

batallas era precisamente la petición de coraje y arrojo, un deseo de que Dios fortaleciera el ánimo en sus pechos, porque era necesario mitigar el miedo. Sin lugar a dudas, el miedo poseía a todos y cada uno de los soldados durante esas negras horas nocturnas. Las batallas siempre eran asuntos muy sangrientos. (El hecho de ser veterano no ayudaba casi nada, ya que estas grandes contiendas eran poco comunes. Un soldado medio podría tomar parte en tres o cuatro batallas en toda su vida. Podrían pasar años entre ellas, de modo que no había manera de adquirir una sólida experiencia en el campo de batalla. Durante estos breves momentos de oración, también era importante machacar a los soldados con el mensaje de que las guerras y las batallas eran voluntad de Dios, que Él tenía la última palabra sobre quién ganaría y quiénes morirían. Se trataba de hacer que los guerreros aceptasen lo que iba a ocurrir, para que no se impusiera el impulso sano y natural de salir corriendo, de huir.)

Cuando el momento de oración hubo terminado, hacia la una, toda la infantería se puso en marcha de nuevo. Una compañía se unía a otra, con los silenciosos tamborileros y los pífanos marchando delante, seguidos del capitán, que estaba al frente de las primeras unidades de los mosqueteros, que sumaban alrededor de cincuenta hombres. A continuación venían dos grupos de piqueros, entre los cuales se podía ver a un alférez, el abanderado de la compañía, seguidos de otras dos unidades de mosqueteros, encabezadas por un teniente. Así estaban formadas la mayoría de las setenta compañías de soldados de a pie, formados en dieciocho batallones. Columna tras columna fueron iniciando la marcha en silencio. La primera columna de infantería estaba bajo el mando del general de división Axel Sparre y constaba de los dos batallones del regimiento de Västmanland, de 1 100 hombres cada uno; el regimiento de Närke-Värmland, también de dos batallones, sumaba en total 1 200 hombres; tras ellos venía el regimiento de Jönköping, claramente diezmado, cuyo único batallón constaba de tan solo 300 hombres. La segunda columna, que estaba bajo el mando del general de división Berndt Otto Stackelberg, estaba compuesta de dos batallones diezmados del regimiento de Västerbotten, de unos 600 hombres cada uno; otro regimiento diezmado de infantería, el Östgöta, con tan solo 380 soldados reunidos en un solo batallón; y los dos batallones del regimiento de Uppland, de 690 hombres. Estos eran seguidos de cerca por el general Roos y su tercera columna, encabezada por los dos batallones del regimiento de Dal con sus 1 100 hombres, seguidos de dos batallones de infantes de la Guardia de Corps. A continuación venía la cuarta y última columna, comandada por el general Lagercrona, que contaba con otros dos batallones y su guardia. La Guardia de Corps constaba de unos 1 800 hombres en total. En medio de ellos viajaba el rey en su blanca camilla entre los dos caballos, rodeado de sus guardaespaldas personales y seguido de su numeroso cortejo. En última posición marchaban los regimientos de Kalmar y Skaraborg, que constaba cada uno de un único batallón de unos quinientos hombres. En total, alrededor de 8 200 infantes iniciaron la marcha en la noche.

La caballería sueca había estado preparada, con los caballos ensillados, desde que el sol desapareciera tras el horizonte. A los dos ordenanzas que se habían enviado para notificarles la partida, Jakob Duwall y Lorentz Creutz, les costó media hora recorrer, a caballo, los cinco kilómetros de llanada que les separaban del campamento de la caballería. A las doce en punto, nada más llegar la señal de partida, se envió a todos los regimientos la orden de montar. Todo transcurrió con eficacia y en silencio.

La caballería estaba compuesta de catorce regimientos más la unidad de los

escoltas reales. Por un lado había ocho regimientos de caballería «puros»: el de la guardia montada; los de la provincia de Åbo, de Småland y de Nyland; los regimientos de caballería de Östgöta, de Norra skånska y de Södra skånska; así como el regimiento de *Upplands tremännings* montado. Por el otro lado había seis regimientos de dragones — unidades de caballería equipadas con mosquetes que podrían actuar como infantería en caso de necesidad— compuestos de los dragones de la guardia y el regimiento de dragones de Skåne, así como los dragones de Hielm, Taube, Dücker y Gyllenstierna. En total había 109 escuadrones, que sumaban un total de 7 800 hombres, formados en seis columnas. La marcha se inició una vez que todos estuvieron montados. Algunos observaron con sorpresa que no hubo ningún tipo de oración previa, una rutina que nunca antes se había descuidado. ¿Podría ser un mal augurio? Columna tras columna se pusieron en marcha, sin trompetas ni música: figuras grises, siluetas negras que desaparecieron en la oscuridad de la noche.

La batalla

Tronaré tanto que el cielo y la tierra temblarán como la hoja del álamo.

*Tronaré con fuerza. Los corazones mortales
se encogerán y se enfriarán al oírlo, presos del eterno descanso.*

*Yo soy aquel que escupo sobre la pompa y el honor terrenal.
Contra mi poder, ¿qué pueden hacer las pobres huestes de los otros
dioses endebles, los falsos potentados y los reinos del mundo?*

GEORG STIERNHIELM

El discurso de Marte, dios de la guerra, de *Freds-oft*, 1649

9. «En el nombre de Dios, avancemos ya»

En una de las tiendas del campamento del regimiento de la guardia, el secretario del comandante regimental seguía dormido. Abraham Cederholm, de veintinueve años, se había perdido la partida por completo. Junto a él había estado su hermano mayor, Hans, corneta del mismo regimiento. Sin embargo, Hans no había tenido tiempo de despertar a su hermano, y la salida de la caballería había transcurrido tan deprisa, y además tan silenciosamente, que este no se había dado cuenta. Los hermanos Cederholm pertenecían a una familia burguesa; el padre había sido comerciante en Estocolmo. Se habían quedado huérfanos a temprana edad. A pesar de ello, Abraham había recibido una buena educación y había cursado estudios para convertirse en escribiente y contable. En el año 1697 aceptó el cargo de escribiente, como funcionario de segunda en la cámara de contabilidad, pero no tardó en seguir los pasos de su hermano y poco después se unió al ejército. En el año 1704, Abraham se había convertido en asistente personal de Carl Gustaf Creutz, el jefe del regimiento de la guardia montada, y a partir de entonces lo había seguido a todas partes. Durante esos años, Abraham Cederholm había conocido el verdadero rostro de la guerra: había presenciado verdaderas orgías de saqueo, había sido testigo de cómo se quemaban vivos a los soldados enemigos y vivido en campos que se parecían más a mataderos, con cadáveres amontonados entre las tiendas.

La caballería ya había desaparecido en la noche cuando el sirviente de Abraham entró en la tienda para despertarle y decirle que el regimiento ya se había marchado. Abraham, un hombre de tez clara, nariz gruesa y labios carnosos, se apresuró a vestirse y dio la orden de ensillar los caballos. Intentaría seguirles. Sacó del equipaje sus mejores y más valiosas posesiones, entre ellas las preciosas copas de plata que Mazepa le había regalado en una ocasión, en agradecimiento por haber ayudado, durante el pasado invierno, a salvar algunas posesiones del *hetman*. Todos los tesoros fueron atados a su caballo de refresco, una preciosa montura danesa. (Si uno poseía riquezas, no era una buena idea dejarlas en el campamento; lo mejor era llevárselas a la batalla; por eso los saqueos de cadáveres eran tan comunes y tan lucrativos.) Evidentemente, Abraham temía que su equipaje fuera a sufrir algún tipo de robo, razón por la cual se llevó todo cuanto pudo. En su afán pecuniario, terminó los preparativos metiendo más de mil ducados de oro en sus grandes pantalones, y montó, con cierta dificultad, en su caballo de bellos adornos —este también cortesía de Mazepa—. El sirviente se encargó de llevar el corcel danés y ambos partieron por la llanura, doblados bajo tanto peso, en busca del ejército.

La larga cola de batallones serpenteaba a través de la oscuridad. Durante la marcha, los oficiales recordaron a sus soldados la batalla de Narva, hacía nueve años, en la que habían batido a un ejército numéricamente superior y bien protegido. Conforme este animal lento y medio ciego se abría paso hacia el norte, comenzaban a verse señales del enemigo. A la derecha, los soldados podían atisbar, a lo lejos, el resplandor de las fulgurantes hogueras de los rusos. Poco después, el ruido de la insistente labor de fortificación en la línea de reductos de los rusos también alcanzó a los suecos; el sonido metálico de los picos y las hachas viajaba con el viento hacia el sur, al encuentro de las tropas suecas. Alrededor de las dos de la madrugada, las primeras unidades alcanzaron el lugar, a unos 600 metros al sur del reducto ruso más meridional, que Rehnsköld había seleccionado como punto de partida para el ataque.

Llegó una columna tras otra, cada una parando al lado de la anterior. Los soldados recibieron órdenes de tumbarse sobre la hierba, que estaba empapada de rocío. Querían minimizar el riesgo de ser descubiertos porque, aunque el amanecer todavía tardaría un rato en llegar, las horas más oscuras de la noche ya habían pasado. El rey con su séquito zigzagueó entre los batallones, pasando por delante de las anchas alfombras de soldados que estaban o bien tumbados o bien en cuclillas, y pararon junto al regimiento de Västmanland, que encabezaba la primera columna. Bajaron la cama desde la camilla, que estaba tendida entre los caballos, y comprobaron el estado del pie del monarca, que aprovechó para beber un poco de agua servida por su solícito mayordomo. A continuación, el rey se tumbó para descansar. Como ya se ha señalado, el séquito que acompañaba a Carlos XII a la batalla era todo menos limitado. Aparte de la guardia, compuesta de hombres de la Guardia de Corps y de *drabanters*,⁸ también estaba Rehnsköld con su plana mayor, Lewenhaupt, Gyllenkrok, Siegroth y una auténtica horda de ayudantes. Además había un buen número de emisarios y militares extranjeros que acompañaban al ejército, tales como el prusiano Von Siltmann, los polacos Poniatovski y Urbanovicz, el inglés Jeffreys, así como los dos altos mandos que habían desertado del ejército ruso, Schultz y Mühlenfels (este último moriría poco después de una manera excepcionalmente cruel). También estaban allí todos los empleados de la corte, bajo la supervisión del mayordomo mayor, el barón Gustaf von Düben; entre ellos el chambelán Carl Gustaf Gynterfelt, un hombre que en Kliszov, en el año 1702, había perdido las dos manos por un impacto de bala de cañón, pero había viajado a Francia, donde había mandado construir «dos extrañas máquinas que, hasta cierto punto, suplían la pérdida de las mencionadas extremidades». En la corte también se encontraba el chambelán de treinta y ocho años Gustaf Adlerfelt, el historiógrafo del rey. Adlerfelt había nacido en una finca en las afueras de Estocolmo, y de pequeño había sido un niño muy precoz. Siguiendo las costumbres de la época, con tan solo trece años fue enviado a la Universidad de Uppsala para estudiar, entre otras cosas, lenguas, historia y derecho. Le habían presentado al rey en el año 1700, y este le había convertido en válido. Poco después había comenzado a escribir una obra sobre todas las guerras y campañas de *Carolus*, una iniciativa que contaba con el apoyo del propio rey. Adlerfelt trabajaba sin parar en su opúsculo. Llevaba consigo su propia biblioteca y hacía las veces de cronista para el ejército. No había parado de tomar apuntes hasta dos días antes: ahora, el manuscrito estaba bien guardado en uno de los carros en los que viajaba su equipaje. En el cortejo también se encontraba el predicador real Jöran Nordberg, un hombre alto de venerable barba, y el boticario real Ziervogel, así como médicos, mayordomos, pajes y lacayos. Por si fuera poco, la cancillería también había acudido al campo de batalla. Entre el personal de la misma se encontraba Olof Hermelin, el hábil secretario general de Estado que, para variar, estaba de mal humor; se rumoreaba que ya había quemado todos los papeles de la cancillería. También se podía ver al administrador de archivos Von Düben y al escribano Hirschenstjerna.

Eran casi las dos y media. Había surgido un problema: no había ni rastro de la caballería. El tiempo se les estaba escapando de las manos, porque era impensable arrancar sin la caballería; necesitaban tenerla a mano ahora que había que penetrar la línea de reductos.

El factor sorpresa puede resultar totalmente decisivo en una guerra. Aparte de las diferentes ventajas tácticas que se pueden alcanzar con este a favor, también puede causar

efectos devastadores para la moral del adversario. El problema para los suecos era que a menudo resultaba muy difícil realizar un ataque sorpresa realmente eficaz. Toda la operación, por muy esmerados que fueran los preparativos, podía quedarse en nada por culpa de pequeños detalles imprevistos. Evidentemente, eso era lo que estaba sucediendo ahora. Rehnsköld cabalgaba de un lado a otro con impaciencia. Se enviaron infinidad de ordenanzas para tratar de encontrar a la caballería desaparecida e intentar acelerar su llegada. Por cada minuto que pasaba, el amanecer se acercaba cada vez más, y el riesgo de ser descubiertos aumentaba constantemente. Si los rusos los vieran, la sorpresa se quedaría en nada; la rápida infiltración por la línea de reductos se convertiría, automáticamente, en una penetración violenta, y no había planes que cubrieran esta eventualidad. El horizonte no era más que una delgada línea de oscuridad. ¿Dónde estaba la caballería?

Se habían perdido tanto las columnas del flanco izquierdo, bajo el mando del general de división Hamilton, como las del derecho, comandadas por Creutz. A pesar de las labores de reconocimiento, se habían equivocado de camino en la oscuridad. Como guía utilizaban, entre otras cosas, una estrella, pero apenas habían iniciado la marcha cuando el jefe del ala derecha perdió el contacto con varios de sus regimientos. Se vio obligado a parar para poner orden en las filas. También el ala izquierda tuvo problemas con la orientación. Durante la aproximación, estas columnas se desviaron demasiado hacia la izquierda, alejándose del punto de reunión; al final el desvío era de más de un kilómetro. No fue hasta el momento en que se toparon, inesperadamente, con unos puestos rusos en la linde del bosque Budichenski cuando descubrieron el fallo. No se atrevían ni a respirar durante los minutos que los escuadrones tardaron en doblar hacia la derecha en silencio para dejar atrás a los centinelas, que seguían sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Al mismo tiempo, algunos de los ordenanzas de Rehnsköld encontraron a las unidades perdidas, apremiándolas y enseñándoles el camino correcto.

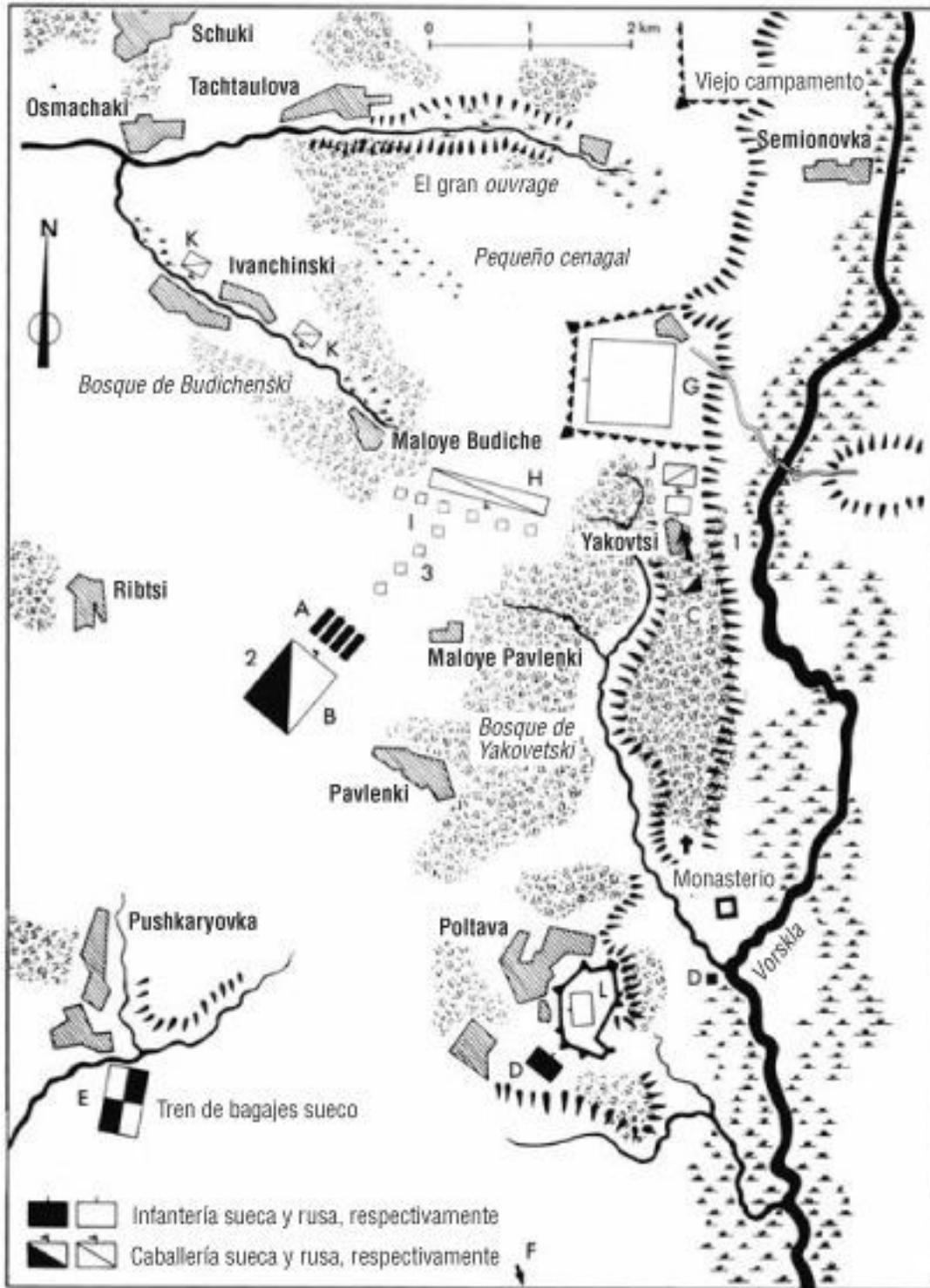
Cierta incertidumbre comenzó a apoderarse del alto mando sueco. Mientras esperaban nerviosos a la caballería, habían enviado a unos cincuenta jinetes bajo el mando del general livón Anton Wolmar Schlippenbach, de cincuenta y un años. Su misión consistía en efectuar tareas de reconocimiento. Con el mismo propósito, Gyllenkrok también partió con dos suboficiales de la fortificación. Cabalgaron en dirección al ruido que provenía de los trabajos. Las depresiones de la llanura estaban envueltas en velos de niebla; el contorno de los reductos más cercanos comenzaba a sobresalir en la grisácea luz y ya se veían las siluetas de los mismos contra el rojizo cielo matutino. El amanecer había abierto sus ojos.

Las columnas del ala derecha de la caballería fueron las primeras en llegar al punto de reunión, donde ya esperaba en silencio la infantería. Nada más unirse a la parte trasera de los batallones tumbados, Creutz fue en busca del rey. Junto a la camilla de este encontró reunidos a Rehnsköld, Lewenhaupt y al primer ministro Piper. Informó de que sus tropas ya se encontraban en su sitio y que estaban en formación de columna, según las órdenes recibidas. Rehnsköld montó y volvió, junto con Creutz, para inspeccionar a los recién llegados bajo un cielo casi encendido por el amanecer. El general de división preguntó si debían colocarse en formación de línea o junto a las alas de la infantería. La respuesta de Rehnsköld fue vaga y esquiva: «Recibiréis órdenes, seguramente». Por esta razón, Creutz permaneció en las inmediaciones de su regimiento y sus columnas, a la espera de nuevas órdenes. Poco después, el resto de la caballería errante les alcanzó;

llegaron las silenciosas columnas de caballos y hombres.

Ya se encontraban todas las tropas en su sitio, pero era casi demasiado tarde, puesto que los límites de tiempo habían sido superados hacía ya mucho. Estaba amaneciendo. Los infantes de línea y partes de la caballería se reagruparon, desde columnas hasta una formación de línea de combate. (Todo parece indicar que los jinetes del ala derecha no se desplegaron en formación de línea, probablemente porque el espacio en este flanco era demasiado escaso, debido a la proximidad del bosque Yakovetski y sus barrancos.) Iniciaron una rápida formación de dos líneas de infantería. Evidentemente, la intención era dar el golpe con la mayor premura posible, antes de que los rusos les descubrieran.

EL PUNTO DE PARTIDA



Durante su ronda de reconocimiento, Gyllenkrok descubrió dos reductos. Pudo ver cómo la gente trabajaba afanosamente en su construcción. Dio la vuelta a su caballo y se encontró con Rehnsköld, que venía montado, solo. El mariscal de campo recibió la información sobre los dos reductos y dio media vuelta sin decir palabra. Gyllenkrok se

quedó en el lugar y continuó espiando las fortificaciones. Se podía ver cómo la gente se movía entre ellas, indefensa, sin ningún tipo de muro de protección. Sería cuestión de minutos que descubrieran las masas de tropas que se amontonaban en silencio delante de ellos. Entonces ocurrió: un jinete salió de las sombras alrededor de los reductos. En su mano sujetaba una pistola y con ella rompió el silencio en mil pedazos con un único y atronador disparo.

FUERZAS SUECAS (A–F)

A. 8 200 soldados de infantería (dieciocho batallones), cuatro piezas de artillería.

B. 7 800 soldados de caballería (ciento nueve escuadrones).

C. El regimiento Valaquia: 1 000 soldados de caballería irregular (doce escuadrones).

D. Las tropas de las fortificaciones de asedio: 1 100 soldados de infantería (2 y 1/2 batallones), 200 soldados de caballería (cuatro escuadrones), dos piezas de artillería.

E. El tren de bagajes: 2 000 soldados de caballería (25 escuadrones), un destacamento menor de infantes, un número desconocido de cosacos y zaporoziacos, 28 piezas de artillería. **F.** Diferentes destacamentos no recogidos en el mapa, cerca de la parte baja del río Vorskla: 1 800 soldados de caballería (dieciséis escuadrones).

FUERZAS RUSAS (G–L)

G. 25 500 soldados de infantería (51 batallones), 73 piezas de artillería.

H. 9 000 soldados de caballería (ochenta y cinco escuadrones), trece piezas de artillería.

I. La línea de reductos: 4 000 soldados de infantería (ocho batallones), dieciséis piezas de artillería.

J. Puesto junto a Yakovtzi: 1 000 soldados de infantería (dos batallones), 1 000 soldados de caballería (ocho escuadrones).

K. Un número desconocido de cosacos.

L. Destacamento de Poltava: 4 000 soldados de infantería, 28 piezas de artillería.

LAS OPERACIONES INICIALES (1–3)

1. El regimiento Valaquia sueco realiza un ataque disuasorio contra Yakovtzi.

2. Las fuerzas principales suecas se aproximan. La caballería se retrasa debido a una deficiente orientación.

3. Los suecos son descubiertos. Los rusos dan la voz de alarma y se coloca a la caballería rusa en formación de combate.

El ruido del disparo corrió como un rastro de sangre por el paisaje: por delante de las pequeñas casas de barro junto a la linde del bosque Yakovetski, por encima de la llanura levemente ondulada, tocada por las nieblas, hasta las mudas unidades suecas. El rugiente eco se escapó entre los reductos ya preparados, atravesó la multitud de tiendas de la caballería y llegó hasta el gran campamento. Se oyeron los redobles de los tamborileros, que comenzaron a martillar sus tambores. Los redobles de alarma rebotaron entre el campamento y las fortificaciones, y fueron contestados por un ruido, cada vez más alto, de nuevos redobles, provenientes de otros tambores, hasta que el aire se volvió espeso por el monótono fragor en el que se mezclaban los fuertes alaridos y el trueno de los disparos de alarma.

Los rusos habían avistado a las tropas suecas (posiblemente habían descubierto las largas picas de la infantería cuando los primeros rayos de sol se reflejaron en ellas). Además se habían topado con los exploradores enviados por Schlippenbach, por lo que

habrían comprendido lo que se estaba cocinando. Se había anulado el factor sorpresa. A través de un ensordecedor gemido de tambores, disparos de alarma y los santos y señas rusos que se reproducían por todas partes, Gyllenkrok volvió sobre su caballo hasta el rey y Rehnsköld. Junto a ellos encontró también a varios de los oficiales de más alto rango. El mariscal de campo se quejó ante Siegroth y otro de los comandantes de columna, Sparre, de que «todo se encontrase en estado de confusión». Sparre trató de replicar, pero el irascible Rehnsköld le cortó: «Intentas ser más listo que yo». Probablemente la formación en línea había sido prematura; incluso puede que se hubiera producido sin ningún tipo de orden previa por parte del alto mando. La racionalidad detrás de la medida era evidente: había que prepararse para el combate y atacar cuanto antes. Gyllenkrok preguntó a Siegroth en qué consistía esta «confusión» y este dijo no saberlo, pero añadió que «pasa algo extraño aquí». Al parecer, el mariscal de campo no quería que las tropas formasen en línea. Ante una pregunta directa de cómo quería colocar a la gente, respondió: «Deben formarse en las mismas columnas en las que han marchado». Gyllenkrok prometió arreglarlo y partió, junto con Siegroth, para dar la orden de formación en columna a las distintas unidades.

El alto mando sueco dudó; no sabía muy bien qué hacer. Un poco apartados de los demás se encontraban Rehnsköld y Piper junto al rey. Ya habían subido a Carlos a la camilla; los tres discutieron acerca de la situación, si debían atacar o cancelar todo el asunto. Habían perdido la ventaja del factor sorpresa. Ya no se podía hablar de una rápida carrera a través del sistema de reductos, ahora había que abrirse paso por la fuerza. El problema era que no estaban preparados para esta segunda opción. Con toda probabilidad, en los planes originales nunca habían figurado directrices para el asalto de las fortificaciones del sistema de reductos. Por esta razón, las tropas no estaban equipadas para semejante iniciativa. Resultaba complicado atravesar los fosos y los muros alrededor de los reductos; un asalto requería muchos artilugios: escaleras de asalto, manojos de broza —los *faskiner*— para llenar los fosos, cuerdas para escalar —que se fijaban con postes— y granadas de mano. Se trataba de un tipo de material que las propias tropas debían preparar con bastante tiempo de antelación y después llevar consigo. Además, para poder asaltar los reductos hacía falta un fuerte apoyo de fuego de artillería, y no disponían de él. Entre los miles y miles de infantes y soldados de caballería solo había un pequeño número de piezas. Toda la potencia artillera que los suecos habían llevado a la batalla constaba de cuatro cañones de tres libras y cuatro carros de munición, servidas por alrededor de treinta hombres entre ayudantes, cabos, sargentos y cocheros, todos vestidos con los abrigo grises habituales de la artillería, medias azules y sombreros negros. Estaban bajo el mando del capitán Hans Clerckberg y de un teniente segundo que se llamaba Blyberg. Anteriormente, Clerckberg había servido en la armada. De joven había viajado por Holanda, Francia, Inglaterra y España, y había aprendido, entre otras cosas, los fundamentos de la navegación y la artillería. Su subalterno, Jonas Blyberg, un hombre de Söderman-land de cuarenta años, tenía a sus espaldas una carrera en el ejército más convencional; había comenzado a servir en la artillería ya en el año 1687. Era un grupo reducido, con un equipo igualmente reducido, que estaba esperando junto a los batallones de infantería para apoyar el ataque.

Resulta muy sorprendente que la artillería sueca fuera tan débil. La importancia de esta arma en las guerras estaba aumentando, y la artillería, bien aprovechada, podía llegar a ser directamente decisiva en una batalla. La artillería de campo consistía, por lo

general, en unas piezas bastante ligeras, normalmente de un calibre de entre tres y seis libras y, en casos excepcionales, de hasta doce libras. (La nomenclatura de *libra* viene dada por el proyectil, medido en la unidad de peso de la libra, que una pieza era capaz de disparar. Una bala de tres libras pesaba alrededor de kilo y medio, y una de doce, seis kilos.) Las piezas eran cortas, de alimentación por la boca, y lisas por dentro, lo cual hacía que únicamente se utilizaran para un fuego de distancias relativamente cortas. Su alcance máximo podría llegar hasta los mil metros, pero los disparos desde esa distancia no resultaban eficaces, ya que la puntería se volvía poco fiable. (Sin embargo, se podía usar este tipo de fuego para desplazar grandes concentraciones de tropas.) El alcance efectivo oscilaba entre los trescientos y los cuatrocientos metros, y podía llegar hasta los quinientos. Aunque no era muy grande, la cadencia de tiro era relativamente alta. En el mejor de los casos, un cañón ligero podía efectuar de seis a ocho disparos en el mismo tiempo que un soldado empleaba para cargar y disparar una bala con su mosquete. Sin embargo, para las piezas más pesadas de doce libras o más, la cadencia de tiro era baja; alrededor de diez disparos por hora. Con la ayuda de una munición especial, conocida como balas *geschwind* (una especie de combinación entre cargas de pólvora y balas unidas entre sí por envoltorios de tela), las piezas pequeñas de tres libras podían llegar a disparar muchas balas por minuto.

La munición que se utilizaba en las distancias superiores a los doscientos metros consistía sobre todo en masas esféricas de hierro colado. Para prevenir que las balas sobrepasaran el objetivo, no se aconsejaba apuntar alto. En lugar de eso, había que apuntar a las rodillas de los soldados, o debajo de la barriga de los caballos, para poder aprovechar el efecto rebote. Estas balas de hierro atravesaban el aire a una velocidad de entre 200 y 250 metros por segundo, lo que significaba que se podía ver el proyectil mientras se acercaba. Podían causar unos destrozos terribles. En estos apretados grupos de personas erguidas, las embestidas de hierro atravesaban todas las filas, y una sola bala podía llegar a matar y mutilar a más de veinte hombres de golpe. Los efectos de estos proyectiles en el cuerpo humano eran espantosos: podían cortar brazos, piernas o manos, y hacer que las cabezas estallaran en atomizadas. El blando cuerpo humano, con sus frágiles uniones de huesos, tendones, cartílagos y músculos, podía partirse en dos o romperse en pedazos tras un impacto, dejando solo un conjunto de carnosas extremidades sobre el suelo. Es verdad que la energía cinética de las balas disminuía tras recorrer cierta distancia, pero eso no hacía que resultaran del todo inofensivas, ni mucho menos. Si una bala en descenso te tocaba, en el mejor de los casos podías escapar con vida, pero con algunas feas magulladuras o huesos fracturados. También aquellas balas que rodaban por el suelo, como pequeñas bolas negras, podían herir gravemente a los soldados en los pies si estos se interponían en su camino.

En distancias más cortas, sobre todo por debajo de los doscientos metros, utilizaban cargas de *kartesch* o de racimo. Se trata de un tipo de munición con efectos tan atroces o más que la anterior, que resultaba terriblemente eficaz. Las cargas de *kartesch* eran fundas de cartón, madera o hierro, llenas de perdigones de plomo, cascajos de sílex o, simplemente, chatarra vieja como tornillos rotos, clavos oxidados y un poco de todo (se decía en estas ocasiones que se disparaba chatarra). La carga de racimo consistía en una funda, preferiblemente de tela, llena de redondos perdigones de plomo agrupados en forma de racimo; de ahí el nombre. Cuando se utilizaban estas brutalidades, la pieza funcionaba como una gigantesca escopeta que rociaba las filas del enemigo, una y otra

vez, con densos chaparrones de proyectiles. Mataban y herían a mucha más gente de lo que las balas redondas eran capaces de hacer, por lo que se utilizaban siempre que se podía; con su efecto, parecido al de una ametralladora, los cañones provistos de esta munición podían contribuir, de manera importante, a abortar o apoyar un ataque.

Un tercer tipo de munición eran las granadas. Eran unas bolas huecas, provistas de una carga de pólvora y una mecha que aseguraba que el artillugio explotara en la distancia deseada. Se utilizaban sobre todo en asedios, y raras veces eran empleadas durante las batallas. Se disparaban casi siempre con la ayuda de los morteros, unas piezas muy cortas de gran calibre, o con obuses, un arma a medio camino entre el cañón y el mortero. (Las balas de estos dos tipos de piezas, en contraste con los cañones, describían una trayectoria fuertemente curvada.) A los ojos de los mariscales de campo, la artillería solo tenía una gran desventaja: su escasa movilidad. Las piezas potentes, como las de doce libras, pesaban alrededor de 1,7 toneladas y hacían falta hasta doce caballos para moverlas. El tubo del cañón en sí había que transportarlo por separado en un carro de cuatro ruedas. La artillería de campo rusa era, debido a unas cureñas mal construidas, aún más difícil de mover: sus piezas de doce libras pesaban 2,5 toneladas y eran necesarios hasta quince caballos para moverlas. Una vez que estas piezas eran emplazadas, lo normal era que se quedaran en esa posición durante el resto de la batalla. Sin embargo, la artillería ligera, en particular los cañones pequeños de tres libras, podía ser usada de manera mucho más ágil. Estas piezas ligeras eran llevadas hasta el campo de batalla por un tiro de tres caballos, pero también podían ser arrastradas por doce hombres en unas estructuras de arrastre especiales. Normalmente se usaban en colaboración directa con los infantes de línea, por ejemplo en los huecos entre los batallones. En esas ocasiones, los caballos y los carros de munición eran colocados fuera del alcance de las balas, o tras algún tipo de protección.

Entonces, ¿cuál era la razón por la que los suecos solo disponían de cuatro pequeños cañones en este momento absolutamente decisivo? No era por falta de equipo. Junto al tren de bagajes que se había dejado atrás, en Pushkaryovka, había 28 piezas perfectamente utilizables: dieciséis cañones de tres libras, cinco de seis, dos obuses de dieciséis libras y cinco morteros de seis. (Además había dos piezas de dos libras — capturadas a los rusos como parte del botín— y varios morteros de tres que no tenían munición y, por tanto, carecían de valor.) Para el resto de las piezas sí había munición disponible. Con lo cual, la artillería tampoco se había quedado atrás por falta de balas o de pólvora. Cada una de las dieciséis piezas de tres libras disponía de más de 150 cargas, tanto de balas como de metralla; las cinco piezas de seis libras contaban con 110 cargas por cañón, mientras que las existencias de munición para los dos obuses eran menos elevadas, 45 cargas por pieza, lo cual no era en absoluto una cantidad insignificante. Solo escaseaba la munición para los morteros de seis libras, ya que únicamente disponían de quince granadas para cada uno.

El regimiento de artillería de campo —bajo el mando del coronel Rudolf von Bünow, un hombre de cincuenta y ocho años de Pomerania, al que el rey solía llamar Grossvater—⁹ estaba en perfectas condiciones para el combate, de modo que ese no era el problema. Había que buscar la razón por la que dejaron atrás todas estas piezas en otro lado. Probablemente era una combinación de dos factores. En primer lugar, el plan se fundamentaba en la velocidad y el factor sorpresa, en particular en la fase de penetración del sistema de reductos. Es probable que el alto mando pensara que el gran regimiento de

artillería, con todas sus pesadas piezas y carros cargados de sacos de munición, retrasaría a las tropas durante el rápido ataque. No esperarían que un número reducido de piezas ligeras fueran a causarles demasiados problemas, pero la posibilidad de llevar un número más elevado de cañones quedaba descartada. Esta decisión también estaría condicionada por la manera de pensar que el ejército sueco había heredado de sus antecesores: se tendía a infravalorar la artillería. En los esquemas tácticos suecos, lo cierto es que esta desempeñaba un papel claramente subordinado frente al ataque con armas blancas. El propio rey era uno de esos hombres que tendían a favorecer las maniobras rápidas y prefería reducir el fuego a un mínimo para tratar de imponerse mediante veloces ataques directos, tan rápidos que se consideraba que no había tiempo para usar la artillería. Se decía que al rey no le gustaba usar la artillería en las batallas en campo abierto; estas medidas se reservaban para los asedios, o como apoyo cuando había que abrirse paso por puntos difíciles o cruzar ríos. Había gente que afirmaba que el rey incluso despreciaba la artillería. Queda fuera de toda duda que en el ejército sueco se cultivaba una desconfianza casi doctrinal hacia el fuego de apoyo, una desconfianza que ahora les había metido en un buen lío y que les iba a costar muy caro en las siguientes horas.

Por el contrario, entre los rusos no existía este desprecio por la artillería, ni mucho menos. En esta cuestión, el zar Pedro mantenía una postura casi totalmente opuesta a la de Carlos. Pedro opinaba que la artillería era de fundamental importancia en una batalla. A lo largo de las intensas reformas del ejército ruso, iniciadas con la declaración de la guerra, algunas de las nuevas medidas más radicales afectaban precisamente a este cuerpo militar. A través de la nueva industria de guerra, que había surgido en las minas conforme crecía el número de campañas militares, los rusos tuvieron la oportunidad de establecer grandes unidades de artillería. La producción fue considerable; entre los años 1702 y 1708, el ejército aumentó su arsenal con 1 006 nuevas piezas de metal, y una cantidad innumerable de piezas de hierro.¹⁰ En el año 1708, el abastecimiento de munición estaba asegurado por mucho tiempo. Entre otras cosas, se habían fabricado 3 800 toneladas de pólvora. Por lo tanto, los recursos materiales de los rusos eran sobrecogedores. Desde el mes de mayo habían aumentado los transportes de equipo destinado a la artillería de la zona de combate de Poltava. Estos provenían, sobre todo, de la base central de la artillería en Belgorod, pero también de los grandes depósitos de Moscú y de Vorónezh. Una constante marea de piezas de artillería, carros de transporte de munición, balas de cañón, balas *kartesch*, bombas, granadas, pólvora y granadas de mano fluía hacia el ejército principal ruso, mientras que las provisiones de los suecos se iban agotando rápidamente.

Cuatro piezas de tres libras estaban preparadas para librar una batalla contra la artillería rusa, que contaba con un total de 102 piezas (sin contar los morteros de mano de tres libras, que la caballería rusa transportaba a lomos de caballo). Setenta de estas piezas rusas eran cañones de tres libras, ligeros, con una gran cadencia de tiro y gran velocidad de carga; el resto estaba compuesto por trece cañones de dos libras (pertenecientes a la caballería), doce cañones de ocho libras, dos de doce, un obús de veinte libras y otro de cuarenta, un mortero de veinte libras y dos morteros de cuarenta. Las piezas rusas disponían de mucha más munición de la que pudieran gastar.

Aparte de esta superioridad numérica, los rusos también contaban con una ventaja logística y táctica. Repartían sus piezas entre unidades de asedio, unidades de fortificaciones, artillería de campo y artillería regimental. El regimiento artillero sueco de

campo disponía de prácticamente todas las piezas que se llevaban a campaña; solo en ocasiones podían repartir piezas ligeras entre las demás unidades. El ejército ruso tenía una organización autónoma para su artillería regimental. Cada jefe de unidad disponía de sus propias piezas, lo que era una solución estructural que proporcionaba mayor solidez a la artillería regimental. En la batalla, los cañones regimentales rusos eran usados de manera ágil y ofensiva. La idea era utilizarlos, principalmente, para apoyar a los infantes de línea y a la caballería mediante el fuego de metralla. También la caballería tenía sus propias piezas, y los artilleros que estaban a cargo de las mismas iban montados (por lo demás, los artilleros se desplazaban andando). Esta última medida era una gran novedad que suponía una mayor movilidad para estas piezas, ya que ahora podían acompañar a la caballería en la mayor parte de sus maniobras. La artillería de campo era utilizada para situaciones menos ofensivas que requerían menos movilidad, sobre todo porque las cureñas mal diseñadas de las piezas más pesadas dificultaban su desplazamiento. Se buscaba una concentración de fuego masiva. Las bocas de las 102 piezas rusas que aguardaban la llegada de los suecos representaban una fuerza extremadamente potente.

La luz del nuevo día comenzaba a dar color y forma a los grisáceos campos del amanecer. Los suecos podían ver los reductos, y, más allá de ellos, cómo las filas de la caballería rusa se agrupaban de cara al combate. Los artilleros de los reductos comenzaron a dirigir sus piezas hacia las silenciosas sombras delante de ellos. No había miras, así que apuntaban por encima del punto más alto de la curvatura de la parte trasera del tubo del cañón, la cámara, y el ensanchamiento junto a la boca, el freno de boca. Afinaban la puntería en el plano vertical con la ayuda de unas cuñas que se colocaban en la parte posterior del tubo del cañón. En el plano horizontal, se ajustaba la puntería con unas palancas que movían el cañón a la derecha o a la izquierda. La distancia hasta los suecos era considerable, quizá demasiado grande, por lo que no se podía pretender disparar con gran precisión. Un artillero ruso puso el botafuego contra el oído y la primera bala salió hacia las tropas suecas con un ruido ensordecedor. La bala atravesó el aire con una trayectoria arqueada y se estrelló entre las filas de la Guardia de Corps. Dos granaderos se desplomaron, decapitados. Ya habían caído los primeros hombres en la batalla de Poltava.

Las balas de cañón comenzaron a caer alrededor de las tropas suecas. El capitán Carl Johan Horn estaba al frente de los hombres del regimiento de infantería de Östgöta. Había comenzado su carrera al servicio de los holandeses, y en el año 1700 había ascendido a teniente en el Östgöta. Alcanzó el rango de capitán segundo en el verano de 1702, siendo ascendido cinco años después a capitán primero. El capitán Horn estaba casado; su mujer se llamaba Sophia Elisabeth, y tenían varios hijos, entre ellos Carl, Adam y el pequeño Jakob, de dos años. Una bala de cañón impactó contra el suelo y abrió una brecha entre los hombres del Östgöta, matando a Carl Johan Horn. Junto a la camilla del rey murieron dos escoltas, e incluso las unidades de caballería recibieron los impactos de balas furtivas. Sin embargo, los objetivos de la artillería rusa se encontraban en el extremo del máximo alcance, así que los efectos del fuego no fueron demasiado importantes.

Urgía tomar una decisión; más retrasos solo significarían más muertos. El pequeño consejo entre el rey, Piper y Rehnsköld, que se habían apartado de los demás, tenía que llegar a una conclusión rápidamente. ¿Debían arriesgar y atacar, a pesar de haber anulado el factor sorpresa, y a pesar de todos los problemas que pudieran devenir

de una penetración de la línea de reductos? ¿O debían cancelar todo el ataque y replegarse al campamento? Naturalmente, la situación de emergencia respecto del aprovisionamiento del ejército era un argumento en contra de la segunda opción. Rehnsköld se giró hacia Lewenhaupt, que estaba a unos pasos de distancia, y le preguntó: «¿Qué opina usted, conde *Leijonhufvud*?». ¹¹ Lewenhaupt, que estaba de mal humor tras la reprimenda que el mariscal de campo le había propinado antes, contestó lacónicamente. Estaba a favor de un ataque. «Espero que con la ayuda de Dios todo salga bien.» «Pues en el nombre de Dios —dijo Rehnsköld, dirigiéndose al rey y a Piper—, avancemos ya.» Ya se había tomado la decisión final. Eran las cuatro en punto y el cielo se teñía de un rojo crepuscular. Parecía que iba a ser un bonito día.

10. «Al enemigo no hay que darle tregua»

En el mismo momento en que la deslumbrante luz de los primeros rayos de sol rompió el horizonte para separar la noche del día, la infantería sueca atacó. Mientras un batallón tras otro se ponía en marcha, el fuego desde los reductos iba en aumento, hasta que llenaba el aire con su furia. Los atronadores disparos de los cañones se sucedieron tan deprisa que parecían una descarga de mosquetes.

Un par de años más tarde, uno de los hombres del regimiento de Jönköping, una unidad que había marchado en la cola de la primera columna, escribió un poema que perfectamente podría estar basado en sus impresiones de aquel día. No es un pasaje lírico sobresaliente, pero ilustra muy bien el inicio de la batalla, entre otras cosas; nos ayuda a percibir el estruendo que llenaba el aire, producido por las armas, los carros, los hombres y los animales:

Un rugido, un chirrido y un alarido; un trueno, un tumulto
y un ruido
se oye de carros, de caballos y de las huestes armadas
que se enfrentan al alba en los llanos.

Los cañones dan la orden de avance con estruendo y fragor,
las salvas comienzan a volar, cual granizo viajan las balas,
se encienden las granadas y se arrojan hacia las tropas más
valientes.

Al inicio del ataque reinaba cierta confusión entre las filas de los suecos. Se veían apremiados por la falta de tiempo, sobre todo debido a la mala orientación de la caballería, y el alto mando había dudado, hasta el último momento, sobre si debía atacar o no. Por si esto fuera poco, las instrucciones relativas a la formación de las unidades no estaban claras, y no todos los batallones habían terminado sus maniobras de formación cuando se desencadenó la batalla.

Lewenhaupt había recibido órdenes de colocar a su gente según el *ordre de bataille*, pero en el ala derecha estaban tan cerca de la linde del bosque Yakovetski que no había espacio suficiente para que todos los batallones de ese flanco pudieran formarse en línea. La colocación de las tropas ante una batalla era un asunto complejo, y la falta de tiempo y espacio imposibilitó la tarea de completar la formación en línea.

Peor aún era el hecho de que los jefes implicados no tuvieran una idea clara del propósito de estas operaciones iniciales. La orden de atacar fue enviada apresuradamente a los diferentes comandantes de las columnas, que, a su vez, la repitieron a sus subordinados, los mandos de los regimientos y de los batallones. Con toda probabilidad, la falta de tiempo no permitiría un repaso de órdenes demasiado detallado. Algunos de los subordinados solo recibirían instrucciones generales que, seguramente, no resultaban muy fáciles de interpretar. Siegroth cabalgó con la orden de ataque hasta el jefe de la tercera columna, el general de división Roos; sus tropas atacarían los reductos más cercanos. Poco después se acercó también Stackelberg, el jefe de la columna número dos, que se encontraba a la derecha de los hombres de Roos para confirmar la orden de ataque. Cuando la orden general llegó a los comandantes de rango inferior ya había sufrido cierta distorsión —más o menos lo que suele suceder en el juego de «mensaje roto»—. Algunos interpretaron que la tarea consistía en atacar y batir todo lo que encontrasen a su paso,

mientras que otros pensaron que sí había que atacar la línea de reductos, pero que una vez consiguieran encontrar una apertura todo el mundo debía atravesarla y seguir hacia delante, puesto que el objetivo consistía en traspasar las fortificaciones enemigas. Probablemente, la idea que estaba detrás del ataque de las dos columnas centrales era la de neutralizar el peligroso fuego cruzado con el que esta parte de la línea de reductos les amenazaba. El resto de la infantería —la primera y la cuarta columna, así como los batallones traseros de la segunda y tercera—, ayudados por este ataque disuasorio, alcanzarían rápidamente la parte trasera de la línea de reductos para esquivarla o batirla. El ataque a los reductos era un objetivo muy secundario. Estos constituían un obstáculo que había que salvar durante la aproximación al verdadero objetivo del ataque, el campamento ruso. No todos los jefes lo tenían claro y fue un lapsus que resultaría desastroso para los suecos.

El ataque de las columnas centrales fue desordenado desde el primer momento. Los batallones enseguida se separaron los unos de los otros, pero, a pesar de ello, las unidades de la vanguardia avanzaron a paso ligero. El reducto más cercano, que no se había terminado de construir, estaba colocado en una ligera elevación del terreno junto a un soto. La fortificación fue atacada desde dos de sus lados por cuatro batallones suecos. Acudieron en su ayuda los cuatro escuadrones del regimiento de dragones de la guardia, que probablemente atacaron a la menor de las unidades rusas, que se encontraba en el espacio entre el primer reducto y el segundo. Las oleadas de ataque suecas, imparable, inundaron el reducto. La guarnición, que estaría compuesta en su mayor parte por operarios, fue rápidamente aniquilada; acabaron hasta con el último hombre. Los únicos que escaparon con vida fueron aquellos que, dominados por el pánico, se tiraron por el muro y consiguieron correr hasta el siguiente reducto. No se tomaron prisioneros. Los suecos dieron muerte a todos los rusos que cayeron en sus manos mediante disparos, bayonetazos o golpes.

El ataque continuó a través del fuego y de las sinuosas columnas de humo. Dejaron atrás el reducto tomado, sin dejar guarnición alguna. Los dos batallones del regimiento de Dal continuaron el empuje hacia el interior del sistema de reductos. Un largo seto azul, coronado por bayonetas resplandecientes y puntas de picas que se balanceaban en el aire, avanzó pisando la arenosa tierra. Se acercó al siguiente reducto. Ya se podían apreciar las primeras señales de desorden; los diferentes batallones comenzaron a separarse los unos de los otros en medio del estrepitoso fragor de la contienda. Los dos batallones de la guardia, que marchaban en la parte trasera de la columna de Roos, doblaron a la derecha. Por órdenes de su comandante regimental, Carl Magnus Posse, se unieron a los otros batallones de guardia de la cercana cuarta columna, cuyos batallones estaban tratando de esquivar por completo los reductos. El regimiento de Västerbotten, que había tomado el primer reducto junto con el regimiento de Dal, no tardó en perder el contacto con esta unidad. Los hombres del Västerbotten avanzaron hacia la línea trasera de reductos, acompañados de los batallones de la primera y la segunda columna. Roos no comprendió cómo, de repente, la mitad de su columna pudo haber desaparecido.

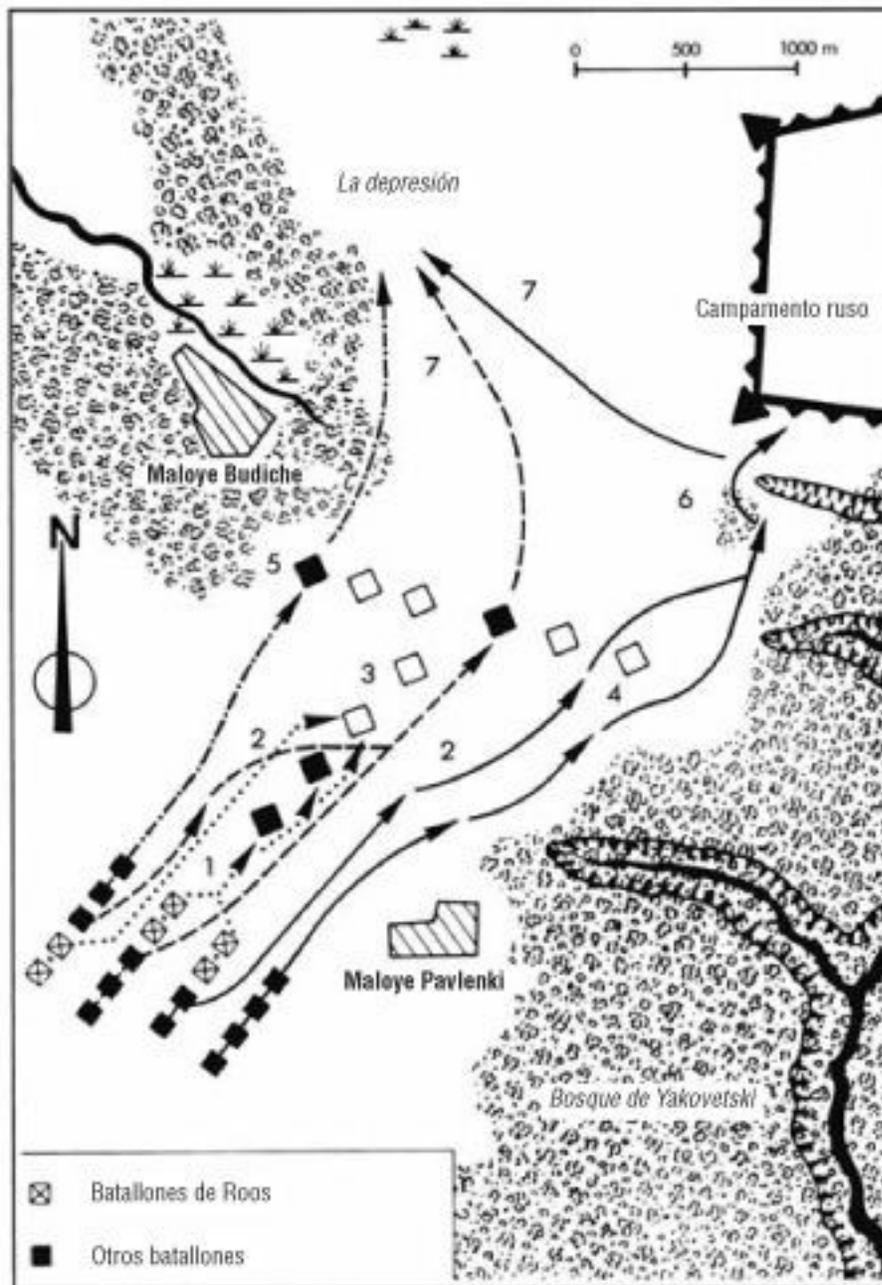
El rey, con su numeroso cortejo y la plana mayor, se encontraba en el ala derecha. Carlos estaba tumbado en la camilla, dispuesta entre los caballos, con una bota provista de espuelas en el pie sano y el desenfundado espadón en la mano, comandando las tropas más cercanas con aquella vigorosa manera que le caracterizaba. En el campo de batalla se

encontraba realmente como pez en el agua. Era un comandante habilidoso y carismático, con una presencia enorme; cuando se acercaba una batalla, el joven y tímido monarca sufría una transformación casi total, un cambio que resultaba tan extraño como amedrentador y que, de manera casi mágica, podía encender los ánimos en aquellas unidades que le vieran y oyeran. Uno de los participantes en la batalla, el capitán de caballería Peter Schönström, escribiría más tarde que el rey «cuando presidía su ejército montado en su caballo y sacaba su espada, tenía una expresión en el rostro totalmente diferente a la habitual; sí, una expresión que infundía coraje y ganas de luchar en los hombres de manera casi sobrenatural, incluso en aquellos que parecían estar más bajos de ánimo». Carlos comprendía muy bien la fuerza del ejemplo y raras veces dudaba a la hora de arriesgar su propia vida en una batalla. Intencionadamente, podía vestir y comer de manera espartana para que, como lo expresaba Schönström, «los soldados de a pie se volvieran más robustos». Gran parte de este ascetismo podía haber sido un estudiado teatro para la galería, una manera de manipular a los soldados para que aceptasen el hambre y las privaciones en resignado silencio. Se puede comprender hasta qué punto este extraño rey era valorado por sus hombres al escuchar las historias que estos contaban sobre su imbatibilidad e invulnerabilidad física. Uno de los soldados decía que los hombres estaban convencidos de que no podían perder cuando el rey estaba con ellos; para esos hombres, *Carolus Rex* era como un fetiche que aseguraba la victoria. A la luz de esto se puede comprender también por qué la noticia de que el rey había sido herido, unas semanas antes, había causado tanta consternación en el ejército.

Las tropas del ala derecha pretendían rodear toda la línea de reductos. Avanzaron rápidamente bajo la suave luz matinal sin hacer demasiado caso a los estampidos del fuego ruso, que ya estaba segando las filas de los soldados. A su lado podían ver cómo el primer reducto era tomado por los hombres de Roos, y también vieron a algunos rusos corriendo como condenados. Los cañones de los reductos disparaban sin parar. Balas de hierro sólido abrían sangrientas hendiduras en las filas suecas. En ese momento la artillería sueca debería haber abierto fuego para contestar a la rusa, pero, en lugar de eso, la infantería que avanzaba se vio desprovista de este potente apoyo. Según Lewenhaupt, cuando se dieron cuenta «comenzó a flaquear el coraje de nuestros infantes de línea, al comprobar que se encontraban sin apoyo de los cañones». Durante el avance se podía ver, después de un rato, cómo el bosque cedía a las tierras llanas; allí se extendían unas praderas con cierta pendiente. El ensanchamiento del terreno abierto parecía proporcionar más espacio para un movimiento envolvente. Lewenhaupt quería aprovechar esta circunstancia y llevó a sus fuerzas aún más hacia la derecha. El movimiento fue rápido y el general comprendió que los batallones restantes probablemente no iban a tener tiempo para seguirles; si no paraban, podrían perder el contacto con ellos. Por esta razón quiso frenar y organizar las tropas en el campo ensanchado, al este de la línea perpendicular de reductos. Rehnsköld llegó cabalgando, y Lewenhaupt se dirigió a él para solicitar permiso para una parada: «Su excelencia —dijo—, nos hemos desviado a la derecha y estamos avanzando demasiado deprisa; es imposible que el flanco izquierdo pueda mantener el paso, a no ser que paremos.» Sin embargo, el mariscal de campo no quiso esperar más y desestimó la petición: «Nada, nada; al enemigo no hay que darle tregua». Uno de los comandantes de las columnas, el general de división Stackelberg, llegó en solitario, montado en su caballo. Coincidió con la valoración de Rehnsköld y dijo, en alemán, que no había que darle tregua al enemigo. Acto seguido, los batallones continuaron su marcha

hacia la línea trasera de los reductos y el campamento fortificado ruso, que se encontraba en algún punto más allá de aquella.

LA PENETRACIÓN DE LA INFANTERÍA POR LA LÍNEA DE REDUCTOS



1. Hombres de los regimientos de Dal y Västerbotten, bajo el mando de Roos, asaltan el primer reducto. A continuación, los hombres del Dal toman el segundo.

2. Los batallones de Lewenhaupt del flanco derecho obtienen más espacio. Se produce un movimiento hacia la derecha entre los infantes de línea.

3. Una serie de batallones —al final, un total de seis— trata en vano de asaltar el tercer reducto.

4. Apoyados por la caballería, los batallones del flanco derecho consiguen pasar la

línea trasera de reductos.

5. Los hombres del regimiento de Västman-land asaltan un reducto y consiguen atravesar la línea.

6. Lewenhaupt dirige a sus batallones en un movimiento de aproximación para atacar el campamento, pero recibe contraórdenes de replegarse.

7. Las fuerzas suecas que han podido atravesar la línea de reductos se reúnen en una depresión al oeste del campamento ruso.

Durante su arremetida a través de la línea perpendicular de los reductos, el regimiento de Dal alcanzó la fortificación número dos, que también fue atacada. Este reducto estaba mejor equipado que el primero y las fuerzas de los atacantes eran algo menores, por lo que este segundo asalto se volvió más complicado, causando más bajas mortales que el primero. A pesar de ello, el reducto fue tomado y, al igual que sucediera con el primero, todos aquellos que no consiguieron huir fueron masacrados. Anders Pihlström, un teniente segundo de treinta y dos años que servía en la compañía de Orsa, al que se tenía por un hombre solvente y fiable, relata que «acabamos con todo lo que anduviera sobre dos patas en el lugar».

Esta actitud brutal de matar a todo y a todos sin misericordia y negarse a tomar prisioneros era bastante común. La relación entre suecos y rusos estaba a veces marcada por un gran resentimiento. Además, no había nada que se pareciera remotamente a las Convenciones de Ginebra; no existía tal cosa como el derecho a cautiverio. Por poner un ejemplo, amenazar con una masacre total si una fortaleza asediada no se rendía era una práctica habitual por ambos lados, sin que nadie pareciera sopesar demasiado la falta de ética de esta postura. La guerra era la guerra. (Puede que los soldados suecos, en estos momentos, contemplaran los reductos como fortalezas que se habían negado a capitular, y, por lo tanto, consideraran que tenían derecho a sacrificar hasta el último hombre de la guarnición.) A menudo, las masacres se producían con relación a batallas y enfrentamientos. Las tropas actuaban de manera salvaje y se negaban, sin más, a tomar prisioneros. Durante las batallas, a veces parecía que los soldados se dejaban llevar por un arrebatado de furia, y, cuando llegaba el momento de parar y tomar prisioneros, continuaban matando llevados por la inercia. A menudo parece que se trataba de una sed de venganza, sin más. Se habla de este comportamiento en términos de «resentimiento» o «*revange*». Por añadidura, la campaña rusa se había vuelto cada vez más fea, cobarde y sucia, y los distintos tipos de abusos habían aumentado en frecuencia en ambos bandos. En Golovchin, los suecos habían masacrado a casi todos los rusos que habían intentado rendirse. Además, tras la batalla, algunos oficiales insistieron en matar a aquellos prisioneros que, a pesar de todo, se habían tomado, considerando que la vigilancia de estos suponía una carga innecesaria para los hombres. En la batalla de Dobroye también se eliminó a los prisioneros; un oficial sueco de alto rango perdonó la vida a un teniente general ruso para tratar de sacarle información, pero un soldado finés se acercó corriendo y, al grito de «Sin cuartel, mi señor; ya basta de estas cosas, mi querido señor», atravesó al indefenso hombre con su sable.

Si uno trata de elucidar la imagen que los guerreros tenían de su enemigo, el resultado puede parecer paradójico. Es cierto que la animosidad a veces parecía haber superado todos los amargos límites conocidos, pero también había tendencias en sentido opuesto. Por lo general sí que se podría afirmar que la relación entre los oficiales de ambos bandos era mejor que la de los hombres de los dos ejércitos. Algunos opinaban

que no se podía permitir que los soldados de ambos lados del frente confraternizaran durante los tiempos de tregua, ya que «eran inclinados a pelearse». Para los oficiales, la situación era algo diferente. No resultaba para nada imposible hacer amigos entre las filas del adversario. Podían darse casos de oficiales que conservaban el decoro cortés mientras charlaban educadamente entre sí en tierra de nadie, cenando juntos o intercambiando regalos. Este caballeresco refinamiento podría acompañarles incluso hasta el campo de batalla. La imagen del enemigo no es la que tenemos hoy en día, lo cual se deja entrever ante costumbres como la de prestar servicios médicos a la gente del otro lado, ofrecer refrescos a los adversarios o incluso establecer relaciones comerciales entre las dos líneas del frente. Por lo general, los oficiales disponían de algo que los soldados no tenían: la posibilidad de comunicarse, ya que, por lo general, hablaban la misma lengua, el alemán o el francés. También tenían en común otro factor natural: la gran mayoría eran aristócratas. Además, compartían muchos valores debido a su profesionalismo militar: todos eran, de una manera u otra, una especie de mercenarios. (Esta tradición militar de camaradería profesional por encima del frente duró mucho tiempo. Un ejemplo famoso es la confraternización en el Frente Occidental en la Navidad de 1914. Este acontecimiento ha sido frecuentemente interpretado como una manifestación de amor entre los pueblos y de un incipiente pacifismo, pero era también, en igual medida, una expresión tradicional de la sencilla comunidad profesional que existía entre los oficiales.)

Mientras los hombres del regimiento de Dal asaltaban el segundo reducto y terminaban con los soldados del mismo, las tropas de la izquierda (en total siete batallones) avanzaron hacia la línea trasera. Ahora que la segunda ala comenzaba a desviarse cada vez más hacia la derecha —para aprovechar la anchura del campo que habían alcanzado— el ala izquierda los acompañó en este movimiento. Como resultado, fueron llevados justo hacia el reducto número tres de la línea perpendicular. Este era un reducto triangular, de considerables dimensiones y bien armado, rodeado de un foso y una línea de obstáculos compuesta de caballos de Frisa. Allí esperaba un batallón de infantería rusa de la brigada de Aigustov (unos 500 o 600 hombres provistos de piezas de artillería), bajo el mando de su coronel, para recibir a los atacantes suecos. Si ellos no conseguían frenar las oleadas azules, les esperaba, indudablemente, el mismo implacable destino que ya habían sufrido los soldados de los fuertes tomados.

El primer batallón del regimiento de Närke-Värmland, encabezado por el teniente coronel Henrik Johan Rehbinder, un hombre de treinta y siete años oriundo de la provincia de Södermanland, atacó el reducto. El procedimiento era de sobra conocido por todos, después de interminables sesiones de instrucción. El jefe del batallón daba la orden de «prepárense». Las cuatro compañías, de unos 150 hombres cada una, estaban formadas en una sola línea larga, con una profundidad de cuatro hombres y una anchura de 150, lo cual creaba un frente de alrededor de 130 metros. En el centro de cada compañía estaban los piqueros, unos cincuenta hombres que, cuando llegaba la señal de prepararse, levantaban sus picas hacia la posición de máxima elevación, agarraban firmemente el extremo inferior de la pica y, apoyada contra el hombro, dejaban que apuntase hacia el cielo. En ambos lados de los piqueros iban los mosqueteros, unos cien hombres por compañía. En sus manos sujetaban los mosquetes de llave de chispa de casi cinco kilos de peso, que era un arma más fiable que las predecesoras —entre otras cosas, funcionaba mejor bajo la lluvia— pero aun así se encasquillaba más o menos una vez de cada nueve disparos. Además tenía una mayor cadencia de tiro que los mosquetes

anteriores: un tirador bien entrenado podía cargar, apuntar y disparar en aproximadamente treinta segundos. El alcance práctico era de 150 metros. El calibre era grande, de unos veinte milímetros, lo que unido a la elevada carga de pólvora provocaba un retroceso muy violento. Por lo general, para disparar se apoyaba la culata en la parte derecha del pecho en lugar de contra el hombro; de lo contrario corrían el peligro de dislocarse el brazo. En los extremos de las alas de las compañías había un pequeño número de granaderos con unos extraños gorros altos. Llevaban estos grandes sombreros puntiagudos en lugar del sombrero triangular habitual, ya que este les obstruía el movimiento cuando lanzaban sus granadas de mano. Las granadas eran pequeñas bolas huecas hechas de hierro fundido, plomo, barro cocido o cristal, con un diámetro de unos ocho centímetros y un peso de entre 1,5 y dos kilos, provistas de una carga explosiva y una mecha que se prendía antes del lanzamiento. Estas granadas tenían un valor escaso en campo abierto; el uso más extendido era en batallas próximas a fortificaciones. Los granaderos también actuaban como una especie de escolta para los oficiales al mando, y hacían las veces de francotiradores. En cada lado de las secciones de piqueros y mosqueteros había suboficiales con picas cortas, llamadas partesanas o carabinas *kurtz*. Estas armas apenas tenían valor en una batalla, pero servían para mantener el orden en las filas y repartir culatazos a aquellos infantes que no mantuvieran su lugar. Justo delante de cada compañía iban los músicos —los tamborileros y pífanos—, el teniente segundo, el jefe de la compañía y el alférez, que portaba la bandera. Por encima de cada compañía se veía una bandera azotada por el cálido viento; eran de un rojo carmesí, con dos flechas amarillas cruzadas, rodeadas de una guirnalda verde. Los soldados y los oficiales llevaban el uniforme azul habitual de los carolinos, pero con cuellos, solapas y forros rojos. Las medias de los infantes de línea eran rojas, y las de los suboficiales, azules: la larga línea de hombros, armas y desgastadas banderas acariciadas por el viento era un verdadero festín de colores.

Los hombres del regimiento de Närke corrieron al ataque. El trueno de los mosquetes y cañones rasgó el aire; el gran reducto comenzó a vomitar proyectiles. Alcanzaron el foso a través del humo y el fuego, volcaron los caballos de Frisa que lo bordeaban, el batallón entró en el foso y lo inundó. Allí, la riada de soldados chocó contra un chorro de balas y chatarra que penetraba el aire. Rebotaron y fueron despejados; los hombres del Närke se alejaron como un riachuelo desordenado y confuso. En aquel momento, el único batallón del regimiento de Jönköping que había acudido para reforzar el ataque también inició su avance hacia el reducto. Los que huían chocaron contra los que avanzaban, y el camino de avance de los soldados se cerró. Eran alrededor de las cuatro y media de la mañana.

Debido a este desorden, el regimiento de Närke-Värmland fue dividido en dos. Mientras el primer batallón iniciaba el asalto, el segundo circunvaló rápidamente el gran reducto en su lado oriental, para acabar uniéndose al grupo de Lewenhaupt.

El primer batallón del regimiento de Närke ordenó sus filas. También lo hicieron los 300 hombres del regimiento de Jönköping, y a continuación desplegaron un ataque conjunto. También este ataque fue abortado, con un terrible número de bajas suecas como único resultado. Muchísimos soldados suecos, muertos y heridos, quedaron esparcidos y amontonados sobre la arenosa tierra alrededor del reducto y en el foso.

11. «¡Que avance la caballería, por Jesucristo!»

Los batallones del flanco derecho de Lewenhaupt continuaron su marcha hacia la línea trasera de reductos. Detrás de ella se atisbaba la mayor parte de la caballería rusa, colocada en formación de batalla: 9 000 jinetes repartidos en 85 escuadrones, reforzados con artillería ligera transportada por caballos. Estaban bajo el mando del general de caballería, el príncipe Alexander Menshikov, uno de los favoritos del zar Pedro. Hasta ahora, los rusos se habían contentado con arrojar una lluvia de balas y chatarra sobre los suecos, que estaban avanzando hacia sus posiciones. Ahora realizaron su primer contraataque; una parte de su caballería comenzó a avanzar por los espacios entre la línea trasera de los reductos.

De repente, la situación se había vuelto peligrosa: los rusos amenazaban con atacar a las fuerzas de Lewenhaupt desde el flanco. Además, los batallones suecos que habían llegado desde la izquierda no habían tenido tiempo para unirse a los demás, por lo que la línea, con toda probabilidad, no habría estado demasiado ordenada.

Los enfrentamientos entre la infantería y la caballería siempre eran episodios bastante azarosos. La regla básica decía que la infantería, para poder resistir una carga de la caballería, debía estar bien desplegada: si a la caballería se le daba la oportunidad de atacar a unos batallones más o menos desordenados, estas unidades estaban prácticamente sentenciadas. Todo podría desembocar en un auténtico baño de sangre. La mejor manera de enfrentarse a la caballería enemiga residía en enviar a la caballería propia contra ellos. Sin embargo, hasta el momento solo había participado una parte muy pequeña de la caballería sueca. Algunas unidades avanzaban en columna a la derecha de la infantería. La aparición de los escuadrones rusos avivó una gran preocupación entre las filas de los infantes de línea. Mediante el método de la repetición, se envió una petición a la caballería propia de que acudiera en su ayuda. La llamada se propagó hacia atrás y, cuando la orden alcanzó a los escuadrones de la derecha, se había convertido en un grito de socorro: «¡Que avance la caballería, que avance la caballería, en el nombre de Jesucristo!» Los escuadrones espolearon sus caballos, provocando con las prisas gran confusión y apolonamiento. La masa de soldados y caballos se dirigió hacia sus adversarios rusos. En cabeza galopaba la unidad de élite número uno, los escoltas reales, seguidos de cerca por el regimiento de caballería de Småland, el regimiento de la Guardia de Corps y todos los demás, según el orden establecido en las columnas. Imaginemos la escena: la caballería sueca avanzando sobre la llanura como un río iluminado por una láctea luz matutina; los deshinchados estandartes como manchas de color bailando por encima de la oscura riada de jinetes mudos; los oblicuos rayos del sol sacando destellos de los sables desenfundados; el rítmico movimiento de los cuerpos de los caballos en pleno rendimiento. Una atronadora marea de cascos rozando a los batallones suecos antes de doblar al oeste, hacia los rusos.

Por regla general, los soldados de la caballería estaban armados con sables, pistolas y mosquetes o carabinas. Un escuadrón sueco de 250 hombres siempre formaba para la batalla en líneas de dos o tres filas de profundidad. Los jinetes cabalgaban muy cerca los unos de los otros, preferiblemente rodilla tras rodilla, creando una especie de cuña o arado. Así se cabalgaba al máximo ritmo posible; es decir, a galope largo o tendido. Este compacto núcleo de soldados y animales se dirigía hacia una unidad

enemiga a toda velocidad. De la misma manera en que un prolongado combate de bayoneta era un acontecimiento poco frecuente entre las unidades de infantería, solo ocurría en muy raras ocasiones que dos unidades de caballería bien cerrada y formada chocaran unas con otras a pleno galope. O bien un escuadrón conseguía romper las filas del enemigo tras un breve choque de sables, o bien, y esto era lo más común, el enemigo se replegaba sin ofrecer resistencia ante la aparición de este muro de sables y cascos que se acercaba a gran velocidad. Los atacantes también podrían rebotar tras unos confusos choques entre armas de punta y filo. Los nervios, tanto por parte de los jinetes como por parte de los caballos, eran un factor determinante. Por lo general perdía el lado que careciera de iniciativa. Los derrotados huían y los victoriosos se reagrupaban para una nueva arremetida. Normalmente un solo ataque no era suficiente para decidir el resultado. La lucha entre diferentes unidades de caballería a menudo tomaba la forma de una larga cadena de choques, seguidos de breves intercambios de quites y estocadas de sable. En condiciones normales, un escuadrón batido se reagrupaba después, pero, si recibía varias embestidas seguidas, acababa totalmente desintegrado. Lo que decidía la fuerza del choque de la caballería era, por un lado, la velocidad de las tropas y, por el otro, la densidad de la formación. Aquella unidad capaz de concentrar el mayor número de jinetes en un frente lo más reducido posible se alzaba con una ventaja numérica natural. En esta ocasión, la caballería sueca estaba muy bien cerrada. Como acabamos de comentar, los jinetes cabalgaban rodilla con rodilla y eran capaces de modificar rápidamente su formación y realizar otras maniobras.

Los escuadrones de los dos bandos chocaron. No había espacio suficiente para crear una línea continua sueca. Por ello, las unidades suecas tuvieron que entrar escuadrón por escuadrón, en un continuo goteo, sin que pudieran apoyarse mutuamente. Los primeros escuadrones suecos rebotaron. Al principio, el regimiento montado de la Guardia de Corps cargó con la mayor parte del peso de la batalla, pero al final todos tuvieron que ceder y replegarse. Los suecos ordenaron sus filas y realizaron otra carga, que también fue rechazada. La caballería retrocedió y se alejó al galope para reagruparse de nuevo en las alas de la infantería.

El alto mando ruso supervisaba la batalla que se estaba librando delante de la línea de reductos y decidió que había llegado la hora de retirar a su caballería. No era probable que a la larga fueran a resistir la presión de todo el ejército sueco; la situación podía derivar fácilmente en una derrota de la caballería, y esta les hacía falta para otros combates, más allá de estos enfrentamientos iniciales. Lo cierto es que el único cuerpo de armas donde los rusos no poseían una superioridad numérica evidente eran los regimientos a caballo. La caballería del zar había sufrido mucho durante el invierno y todavía no estaba del todo recompuesta; el cuerpo en cuestión era uno de los pocos puntos débiles de los rusos. Aparentemente, en esta fase de la contienda el alto mando ruso no quería arriesgarse a combatir en campo abierto, sino que el plan se centraba en parar el ataque de los suecos desde el otro lado de los sólidos muros del campamento fortificado. Además, por lo que ellos pudieran imaginar, el ataque contra los reductos podía ser una maniobra disuasoria. La plana mayor rusa temía que el verdadero ataque pudiera llegar desde la loma junto al río, razón por la cual habían emplazado un potente puesto en aquel lugar. Sin embargo, era cada vez más evidente que el ataque de los suecos al sistema de reductos iba en serio. Se envió una orden a Menshikov: debía retirar su caballería de los reductos y llevarla de vuelta al campamento inmediatamente.

Mareado por el éxito de su duelo con la caballería sueca, Menshikov no quiso acceder a ello. El edecán general que había llegado con la orden fue enviado de vuelta al zar con el mensaje de que los combates iban bien; además, estaban tan cerca de los suecos que dar media vuelta y retirarse podría acarrearles nefastas consecuencias. En lugar de ello, Menshikov pidió refuerzos; con un par de regimientos de infantería podría parar a los suecos por completo. Sin embargo, el zar Pedro no estaba dispuesto a ceder: no quería que la batalla por los reductos se convirtiera en un enfrentamiento de gran envergadura. Por ello, Menshikov no recibió refuerzos sino unas renovadas y —a estas alturas— probablemente bastante iracundas órdenes de replegarse. Mientras tanto, como ya hemos mencionado, habían conseguido rechazar a la caballería sueca una vez más. Menshikov presentía que llegarían más victorias y no quiso saber nada de retiradas. Envío al zar algunos estandartes suecos conquistados como pruebas de su éxito, y el edecán general se llevó un razonado informe de Menshikov en el que este sostenía, obstinadamente, que los reductos caerían si se retiraba su caballería.

Durante el primer ataque de la caballería sueca, Gyllenkrok se había acercado a Lewenhaupt para proponerle que hicieran un alto. Se apreciaba cierta desorganización entre las unidades suecas y quería pedir un tiempo para ordenarlas. El general replicó que ya había hablado del tema con Rehnsköld y que este no le había contestado. Lewenhaupt se lamentó, malhumorado, diciendo que el mariscal de campo «hoy me ha tratado como si fuera su lacayo», y añadió que con sumo gusto dejaría que Gyllenkrok lo intentase. «De buen grado —contestó el cuartel maestro general— haré lo que el señor general me mande», y cabalgó en busca del colérico Rehnsköld. En medio del campo pasó por delante del batallón de granaderos de la Guardia de Corps, que erraba sin rumbo fijo. Su comandante, el capitán de veintinueve años Libert Rosenstierna (un hombre con un pasado de estudiante en Uppsala que había iniciado su carrera como piquero y ascendido peldaño a peldaño en la jerarquía militar), le preguntó adónde debían dirigirse. Gyllenkrok le contestó que tenía que seguir a los demás batallones, y en ese mismo momento vio a Rehnsköld cruzando el campo a caballo y llamó al cuartel maestro general para que fuera donde él. Este se acercó con docilidad a Rehnsköld, quien le señaló un reducto delante de ellos y preguntó si a Gyllenkrok le parecía que debían atacarlo. El cuartel maestro general opinó que, en lugar de eso, deberían ir a por las fuerzas enemigas que se encontraban delante de ellos en el campo. El mariscal de campo coincidía con él y espoleó su caballo para alejarse. Gyllenkrok se unió a la carrera e hizo su pregunta: ¿Podían hacer un alto para ordenar a las desorganizadas tropas? Con un breve «sí, pueden», el mariscal de campo dio el visto bueno a la petición de Gyllenkrok y se posicionó junto a la caballería, que estaba a punto de lanzar otro ataque. Con este mensaje, Gyllenkrok regresó a la infantería, que seguía esperando.

Los ataques de la caballería habían dado tiempo a la infantería sueca a ordenar sus filas. Las largas líneas de hombres reanudaron la marcha; avanzaron otra vez. La caballería rusa se retiraba lentamente. Al mismo tiempo salieron de sus filas algunos francotiradores que dispararon a los batallones que estaban en movimiento, abatiendo a varios soldados. Los suecos respondieron con la misma moneda: sacaron a soldados con fusiles de francotirador, que se consideraban, fundamentalmente, armas de oficiales. Con sus certeros tiros hicieron retroceder a la caballería rusa otro trecho más. La caballería sueca les acompañó en el movimiento y atacó de nuevo. Ante la presión conjunta, tanto de la infantería como de los jinetes, los escuadrones rusos fueron empujados hacia atrás.

Se retiraron ordenadamente, replegándose por los espacios entre las distintas fortificaciones.

Las nubes de humo de la pólvora se mezclaban con cortinas de polvo que los miles de personas y caballos levantaban en la arenosa tierra con sus pies y pezuñas. El polvo que revoloteaba y llenaba el aire podía llegar a reducir el campo de visión a cero: casi luchaban a ciegas. Además, se adhería a los soldados y los cubría de pies a cabeza: los colores de los uniformes desaparecían bajo las gruesas capas, y la pólvora dejaba una película negra y grasienta sobre la sudorosa piel. En la confusa lucha resultaba a veces difícil distinguir entre las propias tropas y los enemigos. Una unidad de dragones de la Guardia de Corps ya había chocado varias veces con los rusos. Cuando volvieron a ordenar sus filas descubrieron, atónitos, que seis jinetes rusos se habían agrupado ordenadamente en el escuadrón sueco siguiendo el reglamento al pie de la letra: había dos de ellos en la primera fila y cuatro en la trasera. Descubrieron primero a los cuatro que estaban en la última fila, y fueron ajusticiados inmediatamente. El altercado hizo que los dos jinetes de la primera fila se dieran cuenta de su error e intentaran huir. Uno de ellos rompió la fila y espoleó su caballo, dirigiéndose justo hacia el jefe del escuadrón, el capitán de veintiséis años Robert Muhl, un veterano con una larga serie de batallas a sus espaldas, que había comenzado su carrera a los quince años como voluntario en la Guardia de Corps. Muhl estaba con la espalda hacia sus tropas. Por esta razón no vio cómo el ruso galopaba hacia él, con el sable desenfundado, listo para asestarle una estocada. Las llamadas de sus soldados le alertaron. Se volvió, esquivó un golpe que iba dirigido a su cabeza y atravesó al ruso con su sable. El jinete se precipitó al suelo con una mortífera herida en el estómago. A los pocos segundos llegó su compañero, lanzado a la carrera. Bastó un disparo de pistola para que la bala impactara en su cabeza.

Envuelta en una niebla de humo de pólvora y polvo blanco, la caballería sueca avanzaba pisándole los talones a la rusa. Demasiado tarde, los suecos se dieron cuenta de que ya se encontraban junto a los reductos, que estaban vomitando fuego. Sin embargo, ya se había dado el paso y había que consumarlo, tal y como lo expresaría más tarde uno de los soldados que cabalgaba entre las filas del regimiento de la Guardia de Corps, Thure Gabriel Bielke, de veinticuatro años. (Bielke era un representante bastante típico de su clase: provenía de la alta aristocracia, era caballero de la orden de la *générosité* prusiana. En su infancia se le había regalado una compañía entera de soldados del regimiento de su padre, que, por aquel entonces, se encontraba al servicio del rey de Holanda. Había cursado sus estudios en las universidades de Leiden, Oxford y Angers.) Los espacios entre los reductos no eran muy anchos, tan solo tenían una extensión de entre 150 y 170 metros. Cada intervalo era barrido por un potente fuego cruzado que provenía de los reductos colindantes. Todas las unidades que quisieron meterse entre ellos fueron expuestas a un fuego intenso, efectuado desde corta distancia, desde el frente, el flanco y la espalda. Atravesaron una ruidosa tormenta de balas y chatarra, manga por hombro con los rusos en retirada. En medio del espeso humo, tanto hombres como animales fueron alcanzados por los proyectiles. En el mismo regimiento que Bielke, pero en otra compañía, la de Norra Uppland, cabalgaba el teniente de maestre de campo Lorentz Gustaf Lillienwald. Tenía veintisiete años; había nacido en la aldea de Kålinge, de la comarca de Tibble en Uppland. Con quince años había firmado como trompetero y había tomado parte en la mayoría de las acciones más importantes ya desde el desembarco en Dinamarca. También había sido herido en varias ocasiones; en Golovchin,

alrededor de un año atrás, Lorentz se había batido en duelo «mano a mano con un intrépido oficial ruso», tal y como él lo contaba, y además, una bala le había atravesado la pierna izquierda. Otra bala había rebotado en la culata de su carabina y le había impactado en el pecho. Le salvó su coraza. Ahora, mientras avanzaba junto a los reductos, pudo sentir cómo una bala le entraba por la espalda, impactando en el omoplato izquierdo. La bala rebotó hacia arriba y le atravesó el sombrero. Lorentz pudo continuar cabalgando, prácticamente ileso. De nuevo la suerte estuvo de su lado.

Bajo la presión de la insistente persecución, y con la amenaza añadida de varias tropas suecas que ya se dirigían a su flanco derecho, la ordenada retirada rusa se colapsó y se convirtió en una huida en toda regla. Con esta acción, los suecos consiguieron su primer éxito propiamente dicho. La caballería enemiga se dio a la fuga. Sin embargo, aquello no solo despertó gritos de júbilo de victoria entre las filas suecas. Con este desarrollo, todo comenzaba a parecerse a los demás enfrentamientos que los suecos conocían tan bien de los años anteriores, con los rusos en constante retirada. Se oían las maldiciones de los jinetes heridos; tampoco hoy iban a librar una batalla mayor, parecía que los rusos volvían a negarles un enfrentamiento decisivo; una batalla que, con un poco de suerte, pudiera convertirse en el final de todas las penurias a las que los rusos sometían a la debilitada hueste sueca.

La infantería sueca seguía la estela de su caballería. Algunos batallones consiguieron traspasar las fortificaciones con un movimiento envolvente. Sin embargo, el terreno no era lo suficientemente amplio como para permitir que todas las unidades pudieran hacerlo. Dos de los batallones de la guardia, los de Erik Gyllenstierna y Hans Mannersvärd, se vieron obligados a abrirse paso entre los reductos, y allí perdieron a bastante gente. Aquellos batallones que se habían unido a ellos desde el ala izquierda también atravesaron la línea trasera de los reductos. Los hombres de los regimientos de infantería de Uppland y Östgöta asaltaron y tomaron varios reductos. Fueron unas acciones sangrientas, sobre todo para los hombres del Uppland, cuyo regimiento ya estaba diezmado. Habían iniciado la batalla con solo 690 hombres en sus filas. Entre los que fueron heridos durante estos asaltos se encontraba un capitán del regimiento de Östgöta, Carl Fredrik Toll, de veintiocho años, oriundo de la provincia de Uppland. Seis años atrás había recibido heridas graves durante el asedio a Thorn, y desde entonces se veía obligado a ir vendado a todas partes. Ahora le volvieron a herir, esta vez en la pierna izquierda, pero siguió adelante, cojeando, hasta que consiguieron tomar el reducto. También abandonaron estos reductos sin dejar guarnición alguna. Cuando las tropas suecas hubieron dejado las fortificaciones a cierta distancia de sus espaldas, consiguieron finalmente establecer contacto visual con el ala izquierda.

El estruendo de los disparos viajó con la luminosa brisa matinal hasta alcanzar el tren de bagajes. Allí ya se habían percatado de las primeras descargas al inicio de la batalla, para después darse cuenta de que el ruido se volvía cada vez más lejano, cada vez más amortiguado por la distancia. Los que estaban esperando en el tren de bagajes lo interpretaron como una buena señal.

Mientras el ala derecha de la caballería se había atascado en el corredor, sus colegas del flanco izquierdo, liderados por el general de división Hamilton, habían tenido más éxito. En este ala solo había una unidad de infantería, y era el regimiento de Västmanland. El resto de la infantería o bien estaba ocupada con los combates en la línea perpendicular de reductos, o bien había doblado a la derecha para unirse al grupo de

Lewenhaupt. Sin embargo, la caballería de este flanco era fuerte. Constaba de 56 escuadrones, organizados en siete regimientos de caballería y dragones. Cabalgaron raudos hacia la línea trasera del sistema de reductos. Algunas unidades, probablemente la mayoría, circundaron los fuertes a la izquierda y en este proceso atravesaron la espesura del bosque Budichenski y la pequeña aldea de Maloye Budiche. El avance fue difícil: dentro del bosque, los rusos habían talado grandes cantidades de árboles, y estos obstruían el paso de los suecos en todas las direcciones. Al pasar las ruinas de la aldea, con todas las casas destrozadas, la cosa empeoró aún más. Profundos agujeros, cavernas escondidas y bodegas derrumbadas se convirtieron en trampas mortales para los jinetes. Tanto soldados como caballos se precipitaron en los hoyos. Los escuadrones se dispersaron, pero las filas rotas continuaron obstinadamente hacia delante.

Aquella parte de la caballería que no trató de abrirse paso por el bosque atravesó la línea de reductos. Tuvieron que cabalgar como en un paseillo, a través del fuego ruso, y sufrieron importantes bajas tanto de hombres como de corceles. Una vez superada la tormenta de proyectiles, se toparon con la caballería rusa de este flanco, preparada para el combate. Los jinetes suecos espolearon sus caballos y atacaron. Tras una breve escaramuza los rusos se replegaron y se retiraron hacia el norte, alejándose de los reductos, perseguidos por los suecos. Los soldados del rey Carlos que se encontraban en el ala derecha pudieron ver desde la distancia cómo la caballería sueca chocaba con los rusos, y cómo, después, los empujaba hacia delante a través de un pequeño soto. Sin embargo, la persecución fue lenta, ya que la formación de los rusos no estaba rota, ni mucho menos. Interrumpían el repliegue una y otra vez para entrar en formación de batalla, y solo continuaban la retirada cuando los suecos atacaban de frente. Si bien es cierto que los escuadrones rusos eran obligados a retroceder constantemente, esta operación les estaba costando mucho tiempo.

Los dos batallones del regimiento de Västmanland les seguían la estela entre el polvo y el humo. El regimiento era fuerte, contaba con cerca de 1 100 hombres, y asaltó uno de los reductos de frente. El avance continuó. No había tiempo para llevarse a todos los soldados más gravemente heridos, que tuvieron que quedarse atrás cuando los batallones siguieron hacia delante. Uno de estos infelices era Niklas Norin, un teniente-capitán de la compañía de la Guardia de Corps. Tenía veinticinco años y había nacido en Örebro, hijo del dueño de una fábrica. Norin había abandonado una carrera ya iniciada en el Bergskollegium¹² para iniciar sus estudios de ingeniería militar y artillería, y después se había unido al ejército como voluntario, con tan solo diecisiete años, en 1701. Desde entonces, este hombre rubio de tez blanca y ojos melancólicos había vivido todo tipo de experiencias, participando en varias batallas y recibiendo heridas en muchas ocasiones. En el asalto del reducto volvió a sufrir el mismo destino, pero esta vez las heridas fueron peores. Niklas Norin había recibido siete: en los dos brazos, en el muslo y en el estómago. Cuando el regimiento reanudó la marcha lo abandonaron a su suerte; lacerado, desangrado y sin fuerzas.

El ataque llevado a cabo en el ala derecha tenía toda la pinta de salir bien. Los combates fueron violentos: las hojas de los sables cortaban el aire, los disparos se sucedían y los soldados caían al suelo. Uno de los que luchaban en este extremo, el teniente de caballería Joachim Lyth, dijo que «fue una lucha encarnizada y sangrienta, acompañada de un intenso fuego». Los rusos sufrieron numerosas bajas y los restos de las unidades derrotadas intentaron rendirse a la desesperada. Sin embargo, la política de la

línea dura de los suecos seguía vigente: consideraban que no podían permitirse el lujo de tomar prisioneros en medio de una batalla. Los que intentaron capitular fueron arrollados. Bajo la presión del ataque, que parecía imparable, el pánico comenzó a extenderse entre las irregulares unidades de los rusos. El regimiento de dragones de Skåne recibió una nota del comandante de un numeroso grupo de cosacos que se ofrecía a pasar al lado de los suecos con todas sus tropas, 2 000 hombres, con tal de que obtuvieran la clemencia del rey. Lyth reenvió esta solicitud al jefe regimental sueco, el príncipe Maximilian Emanuel von Württemberg. Este, con auténtico espíritu burocrático, consideraba que no podía aprobar nada semejante sin contar previamente con el visto bueno de la máxima autoridad; «puesto que nuestro misericordioso rey, durante esta acción, ha sido separado de nosotros y en estos momentos no se encuentra disponible, no se le puede consultar respecto de su misericordiosa voluntad». El parlamentario de los cosacos tuvo que regresar con esta respuesta.

Eran alrededor de las cuatro y media de la mañana, y en el flanco izquierdo todo parecía transcurrir según el plan de los suecos. Desde su posición en el ala derecha, Gyllenkrok podía ver cómo la caballería sueca del lado izquierdo perseguía a sus adversarios rusos. Las largas filas de hombres del regimiento de Västmanland les estaban pisando los talones. Gyllenkrok se dirigió al lugar. El camino transcurría a lo largo de las filas de los batallones de infantería que ya habían pasado la línea trasera de reductos. Al pasar por delante del regimiento de Uppland, tuvo ocasión de charlar brevemente con el jefe regimental Stiernhöök. La unidad acababa de culminar el asalto de un reducto y Stiernhöök se lamentaba de la dureza del ataque y de que hubiera «perdido a sus mejores hombres». Gyllenkrok replicó: «No hay más remedio, que Dios esté con nosotros también de ahora en adelante» y, tras expresar, de manera consoladora, su alegría de verlo con vida, continuó cabalgando. A continuación se topó con el segundo batallón del regimiento de Närke-Värmland y con su comandante, el coronel de cincuenta y dos años Georg Johan Wrangel, que marchaba delante de sus infantes. Wrangel era un viejo zorro de la guerra, nacido en Reval en 1657 e hijo de un consejero de provincias. Había ascendido al rango de teniente segundo ya con diecisiete años, para convertirse, en 1677, en edecán del príncipe de Birkenfeld, que estaba al servicio de Francia. En 1678 había entrado al servicio de Holanda en la guardia del príncipe de la Casa de Orange-Nassau, tras lo cual había comenzado a servir bajo los suecos en 1680. En realidad, Wrangel era el jefe de un regimiento *tremänning* finés, pero este había sido disuelto el año anterior tras sufrir grandes bajas. El cuartel mestre general acudió a su encuentro con un saludo. Igual que a muchos de sus soldados, a Wrangel solo le quedaban pocas horas de vida y estaba preocupado por el desorden del lado sueco. Dijo en alemán: «Gracias a Dios todo marcha bien; Dios quiera también que podamos ordenar las filas». Gyllenkrok contestó lacónicamente: «Deseo lo mismo», y continuó cabalgando por el campo, delante de las largas filas de hombres y banderas.

La persecución de la caballería rusa en el lado derecho corría en dirección al norte, al igual que sucedía en el ala izquierda. El mando de la caballería rusa que se estaba retirando había pasado de Menshikov al general Bauer. Algunos de los escuadrones rusos consiguieron lanzarse al interior del campamento fortificado ruso, pero la mayoría de ellos no hizo más que pasarlo, con un ruido atronador y envueltos en nubes de polvo. Cuando los perseguidores suecos pasaron por delante del campamento fueron objeto de un intenso cañoneo por parte de la bien abastecida artillería emplazada detrás

de los muros. Las balas y la metralla segaron las filas; las granadas detonaron entre los hombres y los caballos; violentas cuñas de fuego brotaron de las murallas del campamento, y en medio del polvo y la exhalación se tambalearon las figuras rotas, hasta quedarse quietas en el reseco suelo.

La persecución continuó hacia el norte, cada vez más lejos, a pesar del intenso bombardeo. La situación comenzaba a ser crítica para aquellos rusos que se retiraban. Tras pasar el campamento podían o bien girar bruscamente y reagruparse a su derecha, o bien continuar hacia el norte, pero al final daba lo mismo, porque en cualquiera de estas eventualidades estarían amenazados por un gran peligro. Por delante tenían la profunda y fangosa cuenca inundada a la que llamaban el gran *ouvrage*, y a la derecha estaban los altos acantilados que bajaban hasta la orilla del Vorskla. En el peor de los casos se verían privados de cualquier vía de retirada. Si llegaban a este punto, los escuadrones rusos se encontrarían entre la espada y la pared, con la posibilidad de ser arrollados por los suecos u obligados a meterse o bien en la cenagosa cuenca, o bien en los altos acantilados. Es cierto que solo una parte de la caballería rusa estaba expuesta a esta amenaza —como ya se ha dicho, otras unidades se habían refugiado en el campamento, y los jinetes del flanco izquierdo se retiraban de manera bastante controlada— pero esta se encontraba en un difícil aprieto.

Los escuadrones rusos se precipitaron rumbo al norte, hacia el *ouvrage*. La distancia a la cuenca inundada se reducía cada vez más. Al final solo quedaban unos mil metros. La trampa se estaba cerrando alrededor de ellos. Entonces ocurrió: los suecos interrumpieron la persecución. A los escuadrones verdes se les regaló un milagroso respiro que les permitió organizarse. La mayor parte de las tropas rusas atravesó la cuenca con dificultad y se reagrupó en el otro lado. Algunos escuadrones suecos estaban tan intensamente involucrados en la polvorienta persecución que la orden de parar no les alcanzó. Los jinetes persiguieron a los escuadrones rusos por el *ouvrage* pero tuvieron que dar media vuelta enseguida. (Lo que ocurrió a continuación nos ofrece una pista acerca de lo que hubiera podido pasar en el caso de que los rusos, apremiados por la arremetida de los suecos, se hubieran visto obligados a huir a través de este complicado terreno.) Durante la precipitada retirada sobre la fangosa cuenca, muchos caballos se quedaron clavados y no consiguieron avanzar. Los rusos no tardaron en aprovecharse de esta circunstancia y realizaron un rápido contraataque: los suecos tuvieron que abandonar sus caballos y los valiosos arreos para darse a la fuga. Algunos no consiguieron escapar y fueron aplastados.

La orden de interrumpir la retirada había llegado a los dos flancos de la caballería. El mandato venía del propio Rehnsköld, que debía de estar muy poco dispuesto a perder el control sobre sus jinetes, algo que siempre podía ocurrir cuando los escuadrones iniciaban una larga carrera de persecución, que podía extenderse a lo largo de decenas de kilómetros. Era de fundamental importancia mantener un control estricto sobre la caballería, especialmente en aquel momento en el que la infantería se encontraba en un estado de suma confusión. Además necesitaban la caballería para llevar a buen puerto el plan de ataque, ya que esta tenía la misión de obstaculizar una posible retirada rusa del campamento en dirección al norte. La orden de Rehnsköld propició que una buena parte de la caballería rusa pudiera salvarse de un complicado aprieto y replegarse para reorganizar sus filas. Esto, sin embargo, no deja de ser una conclusión sacada a posteriori por analistas que disponen de todos los datos que les permiten hacerse una idea clara y

completa de la situación. Teniendo en cuenta la información de la que disponía el mariscal de campo en aquel momento, hay que decir que su decisión tal vez no fuera brillante, pero sí formalmente correcta.

Llegado este momento, la infantería del flanco derecho, en total diez batallones, ya había penetrado por completo la línea trasera del sistema de reductos. Lewenhaupt estaba firmemente decidido a seguir empujando hacia el campamento ruso y realizar un ataque. Ciertamente, Rehnsköld le había apremiado y, además, el plan suponía un ataque directo: el campamento era el objetivo principal de la operación. Desde su posición, la tierra se inclinaba ligeramente hacia arriba, y el general podía ver el extremo más cercano del campamento, el izquierdo. Este se atisbaba a menos de mil metros de distancia y al general el aspecto despoblado del mismo le resultó reconfortante. También parecía que los rusos habían empezado a enganchar los caballos a los carros de la columna de abastecimiento y los de la artillería. Hay datos que indican que algunas unidades ya habían cruzado el Vorskla, pero es posible que estas tuvieran la misión de asegurar el puente. Al parecer, los nervios de los rusos estaban a flor de piel, y no sin razón: la línea protectora de los reductos ya había sido superada, y la mayor parte de la caballería propia se había dado a la fuga. Sin embargo, lo que el general pudo ver no habría sido una retirada en toda regla. Probablemente se trataba de medidas preventivas, tomadas de cara a una posible retirada del campo de batalla. Después de todo, el comienzo de la batalla no estaba siendo nada venturoso para las armas rusas.

Las filas de soldados de uniforme azul avanzaban hacia el campamento. Cuando llegaron a unos cerezales, situados a cien metros de las murallas del campamento, tuvieron que hacer un alto. El camino hacia delante estaba bloqueado por una cuenca muy empinada que cortaba el paisaje en dos, como una herida: solo tenía una anchura de unos cinco metros, pero era muy profunda. Para poder situar a las tropas de cara al ataque, se verían obligados a rodearla. Mientras tanto, estaban sufriendo un bombardeo intenso desde el campamento.

Los batallones no estaban del todo agrupados. Algunos batallones de la guardia se encontraban en la vanguardia, y algunas de las unidades que habían tenido que abrirse paso por la línea de reductos trataban de seguirles. El comandante del batallón de granaderos, Rosenstierna, que previamente había preguntado a Gyllenkrok adónde debía llevar a su gente, podría haber recibido unas directrices vagas, o, si no, las malinterpretó de principio a fin. Rosenstierna había enviado a sus soldados en dirección al campamento y, por unos momentos, se encontraron totalmente solos e indecisos delante del mismo, esperando más instrucciones mientras los proyectiles rasgaban las filas. El batallón de granaderos perdió a bastantes hombres entre muertos y heridos, antes de que pudiera unirse a los otros batallones de la guardia.

El rey, junto con todo el séquito de escoltas, soldados de la guardia, cortesanos y otros acompañantes, se encontraba cerca de los diez batallones de Lewenhaupt. Durante la penetración del sistema de reductos se había mantenido a cierta distancia de la línea del frente, pero allí habían sido acosados por un grupo de cosacos que les atacaba desde todos los frentes. Estos no constituían una amenaza importante, ya que, fieles a su costumbre, se contentaban con disparar al cortejo desde la distancia, profiriendo gritos. Aun así, los suecos querían reforzar la guardia del monarca y enviaron a un cabo de los escoltas reales, Bror Rålamb, en busca de soldados de refresco. Rålamb tenía cuarenta años y era un hombre culto que, tiempo atrás, había trabajado como auditor en el Tribunal

Supremo de Suecia, pero lo había dejado para convertirse en guerrero y autor de poemas con forzadas rimas monárquicas. La unidad a la que Rålamb ordenó que se uniera al grupo del rey era el escuadrón de la Guardia de Corps de Robert Muhl, el que acababa de encontrar a unos rusos entre sus filas. Cuando los dragones vinieron al galope, los cosacos se replegaron y desaparecieron. Tras este pequeño incidente, el rey y su cortejo atravesaron la línea de reductos, amenazados por grandes peligros. Siguiendo el mismo camino que la caballería, se vieron expuestos al fuego cruzado de los fuertes. El primero de los dos caballos que llevaban la camilla del rey fue alcanzado por las balas y se desplomó. La escolta de Carlos ya había empezado a actuar como un escudo humano. Tres escoltas y algunos hombres de la guardia cayeron. El que murió primero fue Jacob Ridderborg, de cincuenta y cuatro años. (Había nacido en Estocolmo y se había casado con la hija de un pastor, Anna Laurin, en 1679.) El variopinto grupo continuó hacia delante y alcanzó la zona que se extendía ante el campamento. De nuevo, quedaron expuestos a un potente fuego. Una bala de cañón machacó el varal derecho de la camilla y dejó la construcción inutilizable. Se envió a un soldado hasta una de las vallas de madera que cercaban todas las praderas de la zona; este sacó una vara de la valla y regresó con ella para que pudieran arreglar la camilla rota. Mientras arreglaban el varal, los demás se vieron obligados a permanecer en campo abierto, soportando un intenso fuego ruso. Antes de que pudieran ponerse en marcha de nuevo, muchos de los soldados y caballos que rodeaban a Carlos fueron heridos o mutilados por los disparos. El mayordomo Hultman se quedó sin su caballo, que estaba cargado con una gran cantidad de pertrechos y una maleta de grandes dimensiones. El rey, con su cada vez más reducido séquito, se unió a los diez batallones que acababan de formarse adecuadamente.

Los batallones de Lewenhaupt ya estaban listos. Volvieron a iniciar el ataque al campamento, acompañado de los sordos estallidos de los cañones rusos. Sin embargo, todavía no habían conseguido acercarse mucho a los muros que escupían fuego, cuando el general recibió contraórdenes. Había que cancelar el ataque inmediatamente. En lugar de avanzar debían retirarse del campamento y marchar hacia el oeste. Lewenhaupt obedeció.

Con esta acción los suecos, posiblemente, pudieron perder otra oportunidad de oro. El propio Lewenhaupt era muy optimista respecto al posible efecto del ataque. Después afirmó que los soldados rusos habían empezado a retirarse de los muros cuando las tropas comenzaban a avanzar. Él pensaba que la moral de los rusos se habría venido abajo ante un poderoso ataque, y que se habrían dado a la fuga, ya que creía haber visto señales inequívocas de esto. Naturalmente, es imposible saber si es verdad o no. Lo que sí podría haber contado a favor del ataque de Lewenhaupt era que habría sido realizado en un momento psicológico muy ventajoso; sin embargo, no hay que olvidar que también podría haber terminado con un sangriento fracaso. También esta orden de la máxima autoridad tenía cierta lógica; se puede suponer que un ataque de toda la infantería unida, apoyada por la caballería, tendría más probabilidades de éxito que el atrevido, pero totalmente aislado, asalto de Lewenhaupt. A la espera de la llegada del resto de las tropas, era innecesario exponer a las fuerzas de Lewenhaupt al fuego de los rusos.

Los batallones de la infantería se alejaron del campamento, atravesando la inmensa llanada hacia el noroeste, en dirección al bosque de Budichenski. Lewenhaupt no comprendía por qué él y sus diez batallones habían tenido que interrumpir el ataque, pero tenía malos presentimientos. Poco después le fueron confirmados. Resulta que la

plana mayor había perdido el contacto con una parte de la infantería sueca, la friolera cantidad de seis batallones. Parecía que la tierra se había tragado al general de división Roos, al coronel Siegroth y una tercera parte de toda la infantería. Era inexplicable. ¿Dónde se habían metido?

12. «Sacrificando a los soldados en vano»

Los dos batallones del regimiento de Dal habían conseguido tomar el segundo reducto también. Todos los hombres de la guarnición, aparte de los que habían conseguido huir, estaban muertos. Al término de la masacre, hacía tiempo que todas las demás unidades ya les habían adelantado a marchas forzadas. Cuando los soldados miraron a su alrededor, no vieron ni suecos ni rusos. De repente, el campo de batalla estaba vacío, abandonado. El fragor de las armas también había dejado de sonar y un extraño silencio comenzó a extenderse. Ni el jefe regimental Siegroth ni el comandante de la columna, Roos —al que solo le quedaban dos de los cuatro batallones de su columna— sabían qué hacer. No vieron otras unidades, apenas se oía ruido de combates y les costaba hacerse una idea acerca de qué rumbo tomar. Estaban empezando a pagar la falta de conocimiento sobre el plan de ataque sueco.

Siegroth colocó su regimiento en formación de batalla. El regimiento de Dal contaba con alrededor de 1 100 hombres: era un claro ejemplo de una unidad de élite, una de las mejores del ejército, y se consideraba como una especie de guardia extraoficial. Su oficial de más alto rango era, aparte de Siegroth (un militar experimentado, que había servido en Francia y que tenía una larga serie de batallas a sus espaldas, en quien el rey depositaba mucha confianza), los tenientes coroneles Fredrik Drake, un hombre de cuarenta y nueve años oriundo de Småland, y Arendt Johan von Gertten, diez años más joven. En realidad, Von Gertten pertenecía al regimiento de Helsing, pero aquella unidad era una de las muchas que habían quedado tan diezmadas en Lesnaya que la habían disuelto para incorporarla a otra. Esa mañana, cuando los hombres del Dal volvieron a formarse y emprendieron la marcha hacia el noreste, en dirección al sistema de reductos, había bastante gente del antiguo regimiento de Helsing formando en sus filas.

Cuando el tercer reducto de la línea perpendicular apareció ante la vista de los soldados del Dal, estos fueron testigos de una extraña escena. El primer batallón del regimiento de Närke y el del Jönköping —que acababa de intentar el asalto al reducto— habían sido reforzados con el regimiento de Västerbotten, que constaba de dos batallones mermados, de un total de 600 hombres. La llegada de estos hombres —cuyo comandante regimental Fock, así como los tenientes coroneles Sass y Von der Osten-Sacken, habían sido heridos durante el asalto al primer reducto— había aportado poco. Habían intentado asaltar el reducto pero habían sido rechazados. Cuando el regimiento de Dal se acercaba ahora al lugar, estos primeros cuatro batallones estaban esperando en silencio junto al gran reducto. Todo estaba quieto, no se oía ni un disparo; ni los numerosos suecos ni los rusos del reducto hacían nada. Ambos lados estaban esperando y no querían malgastar munición inútilmente. (Cada infante de línea solo llevaba alrededor de veinticinco balas consigo a la batalla, lo que quería decir que en realidad solo podían usar sus mosquetes cuando resultaba totalmente imprescindible.)

A Siegroth le pareció que no podían pasar delante de los cuatro batallones que estaban junto al reducto sin ofrecerles ayuda, y dio la orden de atacar. Las dos hileras de hombres se acercaron a una de las esquinas del reducto y se unieron a ellos los demás batallones desde el lado derecho. Cuando se encontraban a unos doscientos metros de distancia del fuerte, este cobró vida: los estallidos de los cañones retumbaron sobre las tropas que estaban atacando. Las cargas de metralla y chatarra azotaron las filas suecas

con sus látigos de metal. Uno de los primeros en recibir los impactos fue Siegroth, que resultó gravemente herido. Poco después cayó también Drake. Aun así, continuó la aproximación inicial del asalto.

No tardaron en entrar dentro del alcance de los mosquetes rusos. Descarga tras descarga martillaron duramente a los batallones que avanzaban. Muchos cayeron. Empujaron hacia delante a través de la lluvia de proyectiles, pasando los caballos de Frisia. Sin embargo, cuando las largas cadenas de hombres vestidos de azul alcanzaron los fosos repletos de cadáveres, la mayoría de ellos se replegaron. Unos pocos continuaron obstinadamente hacia delante; un par de pasos más y subieron corriendo por los muros del reducto. Allí se produjo el parón definitivo. Todos los soldados que intentaron trepar el muro fueron o bien tiroteados, o bien ensartados con los sables y las bayonetas de los rusos.

A pesar del sangriento fracaso, los ataques continuaron. Se reorganizaron las filas y oleada tras oleada de asaltos lamieron el reducto ruso solo para retroceder enseguida, cada vez con menos hombres que en la ocasión anterior. No se podía tomar el reducto, era imposible. Expuestos a la enorme potencia de fuego del fuerte, los batallones suecos fueron despedazados. Se amontonaron los cadáveres de los soldados. Ahora, los infantes de estas unidades debían pagar con sus vidas y su sangre por la falta de equipo de asalto y apoyo de la artillería. Sin escaleras, el ascenso de los muros se desvirtuaba, convirtiéndose en un auténtico baño de sangre. Además, la superioridad numérica de los suecos a veces era más un obstáculo que una ventaja, ya que chocaban los unos con los otros. Un batallón preparado para la batalla es una masa de grandes dimensiones, difícil de manejar, y, cuando seis de estas filas de hombres se apretujaban alrededor del reducto, era imposible evitar las aglomeraciones. Por añadidura, los ataques estaban mal coordinados; mientras algunos asaltaban, el resto de los soldados no hacían más que mirar. Las apretujadas hordas de soldados ofrecían unos blancos concentrados y sencillos. Balas de mosquetes y chatarra repiqueteaban sobre ellos y los mataban o herían a montones. Una alfombra de soldados suecos caídos cubría el suelo alrededor del reducto.

La batalla por el tercer reducto se convirtió en una auténtica masacre de los suecos. Los que recibieron los golpes más duros, proporcionalmente hablando, fueron los oficiales regimentales, que iban en cabeza durante los ataques. El regimiento de Dal perdió, en el transcurso de poco tiempo, a sus dos jefes —Siegroth estaba agonizando y Drake ya estaba muerto— y, de los 21 capitanes de la unidad, al cabo de un rato solo quedaron cuatro en pie. Algo parecido ocurrió con los otros regimientos. En esta caldera de fuego infernal, la voluntad de luchar de los soldados se derritió: determinados guerreros, asustados y cansados de la constante exposición al peligro mortal, rompieron filas y se marcharon corriendo por los campos bañados en sangre junto al reducto. También los heridos trataron de alejarse del estruendo. Hombres hechos jirones se arrastraron sobre brazos y rodillas hacia un soto a la derecha del reducto. Otros fueron transportados en camillas improvisadas. En el poema de Harald Oxe, soldado del regimiento de Jönköping, hay algunos versos que nos dan una idea de las terribles escenas que tuvieron lugar alrededor del reducto:

Algunos gritaban: me han dado en el brazo, en la mano, en el muslo, en la cabeza, en el cuello y el pecho, el costado, la pierna, y en el pie; ¡ayuda, ayuda, querido amigo, llévame al cirujano a que me vende! Otros huían, dejando el sombrero y el gorro con las prisas...

Había gente especialmente asignada para cuidar de los heridos. El personal reglamentado de la enfermería de cada regimiento consistía en un cirujano jefe y tres ayudantes. Uno de ellos era el cirujano del regimiento de Dal, Jakob Schultzen. Este hombre de veintiocho años, que había nacido en la Prusia Oriental, pudo ver con sus propios ojos cómo su unidad estaba sufriendo terribles bajas. El arte de la medicina se encontraba todavía en un nivel bastante pobre. Sin más anestésicos que el aguardiente, el soldado herido podía elegir entre morir o sufrir penurias en manos del cirujano. Estaban totalmente a merced de este hombre y sus sierras, extractores de balas, cuchillos, tijeras curvas, taladros de trepanación y hierros candentes.

¿Por qué no terminaron esos insensatos ataques? ¿Cómo podían ser arrastradas una unidad tras otra, como por una fuerza inescrutable, hacia este inútil remolino que giraba en torno al gran reducto? Porque está fuera de toda duda que los asaltos eran inútiles. El ataque a la línea perpendicular de reductos había sido, desde el principio, un asunto secundario, una manera de mantener a esas guarniciones ocupadas mientras el grueso del ejército sueco atravesaba la línea. Una vez que esto ocurría, el ataque a la línea perpendicular ya no cumplía ningún tipo de función. Las tropas que se encontraban en los reductos estaban confinadas a ellos y constituían una amenaza muy reducida una vez que los suecos hubieran atravesado el sistema en cuestión. El hecho de que los oficiales suecos continuaran ordenando un asalto tras otro se explica principalmente por las confusas órdenes que se habían dado al inicio del ataque general. Tal y como se ha demostrado, el propósito del ataque no había quedado claro para los oficiales involucrados en él.

Además, el comandante de esos seis batallones, Roos, mantuvo una actitud pasiva que resultó casi criminal. Sin hacer preguntas ni dar orientaciones, dejó que los asaltos se sucedieran. Parece que los acontecimientos cayeron sobre él como un inesperado desastre natural, regido por sus propias y extrañas leyes, que resultaba absolutamente imposible parar mientras duraba. Roos era un militar experimentado pero poco imaginativo, posiblemente afectado por las experiencias previas de la batalla de Narva. Allí había comandado el regimiento de Närke-Värmland, y con ellos había desarticulado gran parte del sistema de fortificaciones de los rusos, bastión por bastión. Se jactó después de que, al término de la operación, la mitad de los soldados de su regimiento estuvieran muertos o heridos. En cuanto a él, había recibido una herida en el brazo; una bala de cañón se había llevado su sombrero y tenía numerosos agujeros de bala en su uniforme. ¿Esperaría poder repetir esta hazaña?

También un tercer factor habría contribuido a crear la tragedia que tuvo lugar alrededor del tercer reducto. Fue la rígida doctrina táctica del ejército sueco, infundida por un fuerte espíritu ofensivo. Tanto el armamento como la manera de luchar —con el énfasis en las armas blancas, el ataque con bayoneta y el choque de caballería— reflejaban una fe casi fanática en el ataque como receta universal para la victoria. Toda la táctica de la batalla estaba centrada en el ataque; la misma constitución del ejército era ofensiva. Se había convertido en una máquina de atacar que reaccionaba de manera instintiva e idéntica a todos los retos que se le planteaban en el campo de batalla. Solo conocía un único medio para el éxito: atacar, atacar y atacar. Y esa fórmula había cosechado grandes éxitos hasta la fecha, pero, ahora, estos batallones se encontraban ante una situación poco habitual: no tenían la fuerza suficiente para tomar el reducto. Sin embargo, sin órdenes ni directrices más específicas, la máquina de atacar hizo aquello

para lo que había sido diseñada, y continuó actuando de manera mecánica.

El número de bajas se incrementó con rapidez. Al final habían caído alrededor de 1 100 hombres, entre muertos y heridos, lo que equivale al 40 por ciento de las fuerzas iniciales. El elevado número de bajas entre los oficiales hizo que resultara muy difícil controlar a los batallones. Ahora que quedaba cada vez más claro para todo el mundo que no iban a poder tomar el reducto, la moral de las tropas comenzó a flaquear de manera natural. El teniente Olof Pommerijn del regimiento de Dal (un hombre de treinta y un años natural de la provincia de Dalarna que tenía dos hermanos en el mismo regimiento) abandonó la ruidosa debacle junto al reducto para buscar a Roos. Pommerijn exigió que interrumpieran los intentos de asalto y que se replegaran. La situación resulta ligeramente absurda y pone de relieve el apático liderazgo de Roos: un teniente acude a un general de división para exigirle que interrumpa el ataque. Roos, al estimar que no iban a contar con ningún tipo de refuerzos, decidió aprobar la petición: mejor retirarse que «seguir sacrificando a los soldados en vano». A estas alturas, todas las demás unidades estaban lejos y nadie parecía saber adónde se habían dirigido. Si querían volver a encontrar al ejército, había varias alternativas. Pero primero Roos quería reunir a sus malheridas tropas para poner un poco de orden. Por ello dejó que se replegasen hacia un soto cercano, adonde ya habían acudido muchos de los heridos.

Hubo una pausa en la batalla, pero cuando los rusos que se encontraban al otro lado de los muros vieron cómo la infantería sueca se reagrupaba para efectuar su retirada, abrieron fuego. Como una última despedida, nuevos proyectiles azotaron las espaldas de los soldados que se retiraban, y cayeron algunos hombres más.

Una vez refugiados bajo las frescas sombras de los árboles, se inició la laboriosa tarea de tratar de reorganizar las magulladas unidades. Era una situación sumamente complicada debido a las numerosas bajas entre los oficiales. Faltaba gente para dar las órdenes correctas, supervisar y apremiar. Además, todo avanzaba muy despacio, ya que había que formar primero a las compañías antes de que pudieran reunir las en batallones. De los 2 600 hombres iniciales, ahora solo quedaban alrededor de 1 500. Siegroth, el comandante del regimiento de Dal, fue colocado en una camilla improvisada, hecha de picas, y sacado del campo de batalla por sus hombres. Tenía grandes dolores y estaba agonizando. Sin embargo, estaba lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de que no se movían del soto. El martirizado coronel expresó su descontento y exigió que reanudasen la marcha para unirse cuanto antes a las fuerzas principales.

La cuestión era dónde se encontraba el resto del ejército. El fragor de la batalla se había desvanecido otra vez, y lo único que se oía en derredor eran las intermitentes salvas de la artillería rusa. El objetivo de sus disparos eran las tropas de Roos: de vez en cuando caían balas de cañón entre los árboles. No estaban seguros de dónde venían estos disparos. Entre los hombres del soto se encontraba Abraham Cederholm, el secretario personal del comandante, que poseía numerosas riquezas. Al alba había encontrado a su regimiento y había llegado justo a tiempo para ver cómo una bala de cañón impactaba, con un silbido, en uno de los escuadrones, matando a dos jinetes. A lo largo de la confusa arremetida de la caballería se vio separado de su unidad, por lo que se unió al grupo de Roos. Los proyectiles rusos le asustaron y decidió salir al campo sobre su caballo. Allí estaría más seguro, ya que los rusos estaban apuntando a las tropas del soto. Se dirigió a uno de los reductos a medio terminar que los suecos habían asaltado previamente. Una vez se encontró campo a través no tardó en darse cuenta de que algo iba mal: una bala de

cañón venía rodando hacia él. Sin embargo, Abraham tuvo una suerte endiablada, puesto que el proyectil pasó entre las patas del caballo. El sorprendido corcel dio un brinco. Cederholm se dio cuenta de que el fuego procedía de uno de los reductos previamente tomados. No había sido guarnecido por los suecos, ¡y ahora los rusos lo habían reconquistado! Al parecer, los suecos también habían cometido la negligencia de no tomar una medida tan elemental como la de desarmar los cañones; es decir, dejarlos inutilizables mediante la colocación de clavos en el oído. Ahora, estas piezas habían vuelto a entrar en acción. Cederholm se apresuró a dar la vuelta al caballo para regresar al bosque.

El cálido sol de verano había iniciado su viaje por el cielo y ya brillaba con fuerza sobre los campos. La temperatura estaba subiendo. Roos no quería poner en marcha a su tropa a ciegas; primero quería saber dónde se encontraba el resto de la hueste. Envío a un grupo de oficiales con órdenes de localizar al ejército principal. Había que encontrarlo rápidamente, porque ahora apremiaba el tiempo.

13. «Dios quiera que venga el general Roos»

Eran alrededor de las seis de la mañana. La chocante noticia de que faltaba una tercera parte del conjunto de la infantería se extendió rápidamente entre las fuerzas principales suecas. En su carrera hacia el oeste, mientras pasaba por delante de los infantes, Gyllenkrok se topó con uno de los edecanes, que le dio la siguiente noticia: «¿Sabe el señor coronel que el general Roos se ha quedado atrás con varios regimientos de infantería?». Gyllenkrok exclamó, sorprendido: «¿Y cómo, en el nombre de Jesús, ha podido ocurrir esto?». Dio la vuelta al caballo y regresó al ala derecha. Mientras cabalgaba se encontró con Rehnsköld, a quien preguntó si estaba al tanto de lo sucedido. El mariscal de campo contestó afirmativamente; de hecho, ya había tomado ciertas medidas. Lo que propuso Gyllenkrok era un breve alto de todas las tropas, pero Rehnsköld se limitó a contestar con un silencio elocuente.

Llegado ese momento, Rehnsköld había dado órdenes al comandante del regimiento de Västmanland, Sparre, de que volviera al sistema de reductos para reencontrar a las fuerzas de Roos y guiarles de vuelta al ejército principal. Se enviaron a los dragones de Hielm para apoyarles. También se enviaron edecanes generales y escoltas con el mismo recado. Uno de ellos era Nils Bonde (que ya había regresado de su larga cabalgada a Bolankova para retirar el puesto de Carl Roland de aquel lugar).

Después de un rato, Gyllenkrok pudo ver cómo se acercaba una unidad de caballería hacia la zona colindante de los reductos. Cabalgó hacia ellos y se encontró con su jefe, el coronel Nils Hielm, un curtido hombre de cuarenta y dos años de la provincia de Småland que, entre otras cosas, había luchado con los holandeses en Mons, Pont de Pierre, Huy y Namur, pero que, desde el inicio de la guerra, había jurado bandera con los suecos, razón por la cual se le había concedido el título nobiliario. Al preguntarle directamente adónde se dirigía, el coronel de los dragones le hizo saber que se le había enviado en busca de los hombres de Roos. Gyllenkrok, al escuchar esto, le apremió para que se diera prisa y «nos trajera a Roosen».¹³

Ahora, la plana mayor sueca debía reunir a sus dispersas tropas cuanto antes. Aunque un contraataque ruso pareciera improbable, semejante iniciativa, en caso de producirse, podría causar grandes problemas para los suecos, sobre todo cuando todavía tenían a la caballería y a los infantes divididos en muchos pequeños grupos. Sin embargo, resultaba imposible reunir a las tropas ante la potencia de la artillería pesada rusa; en el campamento disponían, entre otras cosas, de cañones de doce y de ocho libras, robustas máquinas infernales con un alcance máximo de más de mil metros. Además tenían un obús de cuarenta libras y otro de veinte, así como varios morteros del mismo calibre, por lo que también había que evitarlos. Teniendo en cuenta los condicionantes, el lugar de la reunión estaba bien elegido; las unidades fueron dirigidas a una gran depresión justo al este del bosque de Budichenski, donde se alejarían del campo visual de los cañones rusos.

Los infantes marcharon hacia los prados de la vega, adonde fueron llegando los batallones. También los escuadrones de la caballería comenzaron a reunirse en el mismo lugar. El rey y su cortejo se unieron a la hueste, cerca de las filas azules del regimiento de infantería de Östgöta. Una vez unidos, los batallones se movieron hasta la parte septentrional de la cuenca, hasta un punto frente a un pantano menor —conocido como el pequeño cenagal— donde pararon. Se bajó la camilla del rey, y junto a ella se sentó Carl

Piper sobre un tambor. Piper era, en realidad, el primer ministro del rey, el único del gobierno que le acompañaba en campaña. No solo se ocupaba de los asuntos propios de la cancillería, sino que también participaba en diversas negociaciones importantes. Este hombre rechoncho de sesenta y un años ostentaba un cargo muy elevado, siendo uno de los consejeros del rey y el fiel ejecutor de diversas despóticas decisiones. Había nacido plebeyo y tenía una exitosa carrera de funcionario a sus espaldas. Era uno de los hombres progresistas de la baja aristocracia que se habían concentrado alrededor del padre del rey, Carlos XI. Ahora era conde y, a través de un matrimonio de conveniencia, unas habilidosas transacciones de negocios y una gran hambre de sobornos, había forjado una enorme fortuna.

Se iniciaron las adulaciones al rey. La gente acudió en masa a la camilla para felicitarle por los triunfos cosechados y para desearle «futuro *progresse*». Gyllenkrok se unió al coro y añadió «Dios quiera que venga el general Roos», para que pudieran culminar la batalla. Carolus era optimista y mencionó que ya se habían enviado tropas para traerlo: «Se conoce que llegará en breve».

Sin embargo, la caballería todavía no se había organizado; varios de los escuadrones aún no habían formado sus líneas. Gyllenkrok montó y acudió al lugar para averiguar la razón, y encontró al comandante del ala izquierda de la caballería, el general de división Hugo Johan Hamilton, a quien señaló el desorden. Hamilton, de cuarenta y un años, era un hombre de rasgos firmes, espesas y frondosas cejas, una nariz romana imponente y labios carnosos. Provenía de una antigua familia escocesa de guerreros que había venido a Suecia a mediados del siglo XVII; en cuanto a él, había iniciado su carrera militar con tan solo doce años. El general dijo a Gyllenkrok que su ala estaba en orden, pero que no sabía qué estaba pasando con el flanco derecho. Acto seguido se marchó. Los problemas del ala derecha seguramente tenían que ver con el hecho de que esta era la que más había sufrido en los combates anteriores, y que también eran los soldados de este ala los que habían llevado a cabo la persecución más intensa. Necesitaban más tiempo para reorganizar sus filas.

La cosa se demoró. No hubo noticias ni de Sparre, ni de Hielm ni de Roos, ni tampoco de cualquiera de los muchos edecanes generales y escoltas que se habían enviado en su busca. Mientras se iban colocando las unidades, los soldados pudieron disfrutar de un merecido descanso. Muchos de ellos estaban como anestesiados por el cansancio, y además no habían dormido casi nada la noche anterior. Los infantes de línea se tumbaron en sus precisas filas y la caballería recibió la orden de desmontar. Pero ¿dónde estaba Sparre? ¿Dónde estaba Roos?

No solo los suecos se percataron de la ausencia de los batallones. También la plana mayor rusa se había dado cuenta —probablemente informada por los soldados de su propia línea de reductos— de que un destacamento de infantería, de considerable tamaño, se había separado del ejército principal. Los rusos comprendieron enseguida que se les presentaba una oportunidad de oro de causar importantes pérdidas a los suecos. Se enviaron tropas desde el campamento: cinco batallones de infantería, los de Tobolsk y Koporsk, así como la mitad del regimiento de Fichtenheim. Actuaron bajo el mando del teniente general Rentsel con la misión de batir a las tropas aisladas de Roos. Los batallones también contaban con el apoyo de cinco regimientos de dragones, provenientes del ala izquierda y comandados por el teniente general Heinske. (Estos también intentarían restablecer la comunicación con la ciudad asediada de Poltava.)

También el pequeño destacamento de reconocimiento de Schlippenbach (el que había sido enviado para reconocer el terreno justo antes de que se iniciara la batalla) se había unido a las tropas de Roos. Sin embargo, poco después Schlippenbach se llevó a sus hombres para tratar de encontrar al ejército principal. No lo consiguió, porque tuvo la mala fortuna de toparse inmediatamente con algunas de las unidades rusas que estaban acercándose para atacar a las tropas de Roos. Después de un breve enfrentamiento, el destacamento fue derrotado; el propio Schlippenbach se rindió y fue hecho prisionero. Uno de los que habían acompañado a su tropa, un capitán de infantería de veintitrés años llamado Carl Palmfelt, sí consiguió escabullirse y continuó su errática cabalgada para encontrar al ejército principal. La pregunta era si Palmfelt llegaría a tiempo.

Los diez regimientos rusos iniciaron una maniobra de tenaza. Mientras que los infantes de Rentsel marchaban de frente hacia los batallones de Roos, la caballería realizó un movimiento envolvente para alcanzarles por la retaguardia.

La espera había sido larga para las tropas que habían quedado cortadas. Los soldados se habían tumbado para dormir. Se había restablecido cierto orden. Sin embargo, el gran número de bajas había obligado al mando a unir los dos batallones del regimiento de Dal en uno solo. Tuvieron que hacer lo mismo con los hombres del regimiento de Västerbotten, que también se redujo a un solo batallón, pequeño y diezmado.

La falta de oficiales era un problema sumamente grave. A grandes rasgos, los oficiales desempeñaban dos funciones en el campo de batalla: lideraban los combates y supervisaban a todos los hombres. Se les exigía que dieran ejemplo en la batalla, y por ello casi siempre encabezaban sus unidades, lo que implicaba que, normalmente, también sufrían el mayor porcentaje de bajas en el transcurso de un combate propiamente dicho. (Por otro lado, los soldados rasos estaban más expuestos al hambre, las enfermedades y las penurias de todo tipo. La mayoría de las veces, el soldado medio se encontraba cara a cara con la muerte en un sucio campamento, y no en los gloriosos campos de batalla.) Los oficiales también desempeñaban la función de vigilantes. Mientras algunos de ellos iban en cabeza y apremiaban a la gente para que siguieran hacia delante, otros estaban colocados detrás de las tropas para «asegurarse, de la misma manera en que lo hacen los suboficiales, de que los soldados no se escabulleran, y de que mantuvieran las líneas cerradas cuando debían disparar». A los soldados que trataban de huir de los combates se los mataba sin excepción o, por citar las disposiciones del reglamento, en estos casos el mando «tiene potestad para acabar con los amotinados, pues, según reza el dicho, o bien luchas y mueres a manos del enemigo de la corona, o bien te sometes a las represalias de la autoridad». (Si una unidad entera se colapsaba y se daba a la fuga, el Código de Justicia Militar establecía como castigo el ahorcamiento de uno de cada diez hombres.)

La actuación de los oficiales era bastante brutal. No resultaba raro que usaran la violencia para conseguir que los hombres obedecieran órdenes. Un oficial cuenta cómo, en una batalla, estaba apremiando a los hombres y suboficiales que tenía delante con golpes y estocadas de sable. Su coronel lo vio y dijo que «así deberían actuar todos y cada uno de los oficiales»; consiguió que le obedecieran tras amenazarles con las siguientes palabras: «Al primero que vea que dé la espalda y quiera huir, le mataré personalmente con la pistola o el sable». Una parte natural del liderazgo consistía en ensartar a los propios soldados con el sable, y hasta el propio Carlos XII podría hacer uso de su espadón para apremiar a los súbditos más renuentes.

La ausencia de oficiales en los batallones de Roos entrañaba el riesgo de que la

friolera cantidad de 165 unidades pudieran venirse abajo ante una presión demasiado fuerte. Faltaba, en gran parte, la fuerza que les obligaba a seguir hacia delante. Faltaban oficiales en todos los batallones. En el regimiento de Dal, la situación era tan crítica que algunas unidades se vieron obligadas a poner a suboficiales como jefes de compañías.

En algún momento pasadas las siete de la mañana, los soldados del destacamento de Roos se percataron de que una larga línea de caballería estaba acercándose a la retaguardia. Esta se aproximaba junto a los reductos que habían sido asaltados previamente. ¿Eran los dragones de Hielm? Pensando que se trataba de tropas suecas, Roos envió a su edecán, Bengt Sparre, subteniente de veintidós años del regimiento de Närke, al encuentro de los jinetes. El general estaba aliviado y totalmente convencido de que esta unidad de caballería sueca podría informarles de la posición del ejército principal. Sin embargo, le esperaba una sorpresa muy desagradable.

Poco después vieron cómo Sparre daba la vuelta a su caballo y volvía al galope sobre la reseca tierra de la llanura. Una vez que regresó, les contó que la caballería que estaban viendo no era sueca, ni mucho menos, sino rusa. Se trataba de los cinco regimientos de dragones de Heinske. Resulta irónico que tan solo un minuto después apareciera una persona con toda la información que tanto habían ansiado. Un edecán general de la plana mayor, Nils Bonde, había conseguido atravesar las líneas enemigas. Bonde se presentó ante Roos y se ofreció a enseñarle a este y a sus hombres el camino que llevaba hasta el rey. Pero ya era demasiado tarde. Roos le pidió que esperase con sus explicaciones sobre el camino de vuelta, mientras preparaba a los soldados para otra batalla.

En el mismo momento, descubrieron a otro contrincante: una línea de infantería enemiga apareció delante de ellos. Eran los batallones de Rentsel, que avanzaban a grandes zancadas. Y junto con las tropas del teniente general Rentsel, en el flanco izquierdo, venían los cosacos. Todos marchaban directos hacia los suecos. Y por detrás de los hombres de Roos pudieron ver cómo se aproximaban las largas filas de caballos y hombres. La trampa se estaba cerrando.

Algunos escuadrones de la fuerza de Heinske se acercaron a las tropas suecas. Entraron a todo galope, pero sin disparar ni una sola bala, antes de dar la vuelta. Poco después se repitió el procedimiento: se acercaron a gran velocidad, sin disparar, para luego regresar a sus posiciones iniciales. Era evidente que estaban efectuando un reconocimiento de la disposición de las tropas suecas. Y estas, aunque ya podían encontrar el camino de vuelta al ejército principal, gracias a la ayuda del edecán general Bonde, no podían partir hasta que no hubieran rechazado a las fuerzas rusas que les rodeaban. Roos se volvió hacia Bonde, le dijo que «no podremos marcharnos de aquí sin antes enfrentarnos a ellos» y comenzó con los apresurados preparativos para la batalla, que ahora parecía totalmente inevitable.

Un capitán fue enviado al bosque para comprobar si había más enemigos que se aproximaran desde aquel lugar. El capitán, Johan Ahlefeldt, que ahora servía como comandante en el batallón de la guardia del regimiento de Närke, y que había sido guardabosques, volvió con más noticias. Efectivamente, otro batallón ruso estaba acercándose entre los árboles, a la misma distancia que aquellos que estaban avanzando por el campo. Esto significaba que corrían el riesgo de acabar rodeados. Para hacer frente a la nueva amenaza, Roos se vio obligado a reagrupar a sus soldados. Envío el batallón del regimiento de Närke al bosque, donde fue colocado de cara a las tropas que se

acercaban. La pregunta era cómo debía colocar a los restantes tres batallones. Roos dudó. Si alargaba la línea, esta acabaría demasiado cerca del gran reducto y las tropas quedarían expuestas al peligroso fuego del mismo y de otras fortificaciones cercanas. Sin embargo, era imposible formar una línea sencilla que mirara al norte, ya que con semejante disposición, la caballería rusa podría atacarles por la espalda. En lugar de eso, la agrupación que eligió Roos fue una especie de cuadrilátero abierto; el batallón del regimiento de Jönköping fue colocado de manera perpendicular a los hombres del Närke. Junto a ellos se posicionó el único batallón del regimiento de Västerbotten, mientras que el de los hombres del Dal quedó colocado en el extremo izquierdo. Estaba un poco más retirado, con el ala izquierda hundida en un pequeño avellanar, y tenía la misión de impedir que la caballería rusa —que seguía aproximándose sin prisa pero sin pausa— pudiera atacar a las tropas por la espalda.

La agrupación era totalmente defensiva. Habían intentado diseñar una protección del flanco, pero aun así el riesgo de que acabaran totalmente rodeados no había desaparecido, ni mucho menos. Para aumentar la capacidad defensiva, Roos rearmó los batallones. Esto implicaba que, en lugar de mantener a los piqueros concentrados en el centro de cada compañía, los colocó a lo largo de todo el frente, entre la segunda y tercera fila de los mosqueteros. Significaba una reducción de la capacidad ofensiva, pero en cambio se ganaba un frente continuo provisto de mosquetes. La distribución de los piqueros a lo largo de toda la línea hacía que esta fuera más resistente, especialmente ante los choques de caballería. (Sin embargo, la pica era un arma con un valor discutido; se empleaba, en primer lugar, como una medida contra la caballería y como tal funcionaba bastante bien. Aun así, algunas personas, como el famoso escritor alemán Von Grimmshausen, cuestionaban su utilidad en el campo de batalla. Von Grimmshausen —que había participado en la Guerra de los Treinta Años— opinaba, medio en broma, que el que mataba a un piquero estaba asesinando a un inocente. Él casi nunca había visto a un piquero matar a nadie en una batalla, «y si alguien tiene la mala fortuna de recibir un golpe de la pica es por su propia culpa, pues ¿por qué iba a dirigirse a la pica?». La introducción de la bayoneta había hecho que la pica resultara obsoleta —ahora cualquier mosquetero tenía la posibilidad de modificar su arma para que se convirtiera en una pica en miniatura— y lo cierto era que este cuerpo estaba desapareciendo de los campos de batalla en Europa. Sin embargo, tanto los rusos como los suecos seguían usando esta vieja arma; de hecho, un tercio de cada batallón estaba compuesto de piqueros.)

No estaba nada claro que las modificaciones de los batallones fueran a ayudar a las tropas de Roos, sobre todo si se tenía en cuenta que las balas enemigas habían dejado inutilizables muchas de las picas de los soldados suecos durante los combates en la línea de reductos. Había hombres que estaban esperando la llegada del ataque ruso con los puños cerrados alrededor de unas picas que se parecían más a postes astillados.

La reagrupación costó mucho tiempo. La distancia entre los suecos y las filas enemigas que se aproximaban era cada vez menor. Apenas hubieron terminado de colocarse cuando la infantería rusa apareció justo delante de ellos y les atacó.

El principal medio de los suecos para rechazar el ataque ruso consistía en abrir fuego contra ellos, algo que podría combinarse con un contraataque realizado en el momento oportuno. Era importante que los oficiales controlasen a las tropas minuciosamente, ya que había que efectuar los disparos mediante descargas coordinadas, normalmente por filas, de modo que solo se podía cargar, apuntar y disparar cuando se

diera la orden. Con un alcance eficiente de entre 150 y 200 metros, y una cadencia de tiro de unos dos disparos por minuto, podrían haber tenido tiempo de efectuar entre tres y cuatro disparos contra el atacante antes de que este les alcanzara. Diversos obstáculos en el terreno también podrían ralentizar la aproximación —como, en esta ocasión, el bosque, que una parte de los infantes rusos debía atravesar— o la interrupción momentánea del avance para responder al fuego, lo cual podía posibilitar más descargas. Sin embargo, un factor que dificultaba los disparos y ralentizaba la cadencia de tiro era el humo provocado por la pólvora. Los mosqueteros a menudo debían interrumpir los disparos para que el espeso humo, provocado por la pólvora negra, tuviera tiempo de dispersarse. Cuando no soplaban el viento, un velo producido por columnas de humo blanco, casi impenetrable, podía cubrir el frente. Ya habían podido comprobar cómo las nubes de la pólvora inundaban tanto las fortificaciones como a los atacantes con sus sofocantes abrazos, causando mucha confusión.

Los combates con armas de fuego personales estaban condicionados por el hecho de que los soldados siempre apuntaban bastante mal. (Incluso había estrategias militares que opinaban que resultaba superfluo apuntar, ya que no hacía más que demorar los disparos.) Los mosquetes no estaban fabricados para una puntería demasiado afinada: la trayectoria de la bala era muy curva y nunca se podía hablar de tiros de precisión. Las descargas coordinadas implicaban que los soldados se limitaban a actuar como soportes para sus mosquetes; en la batalla, las unidades funcionaban como una especie de ametralladora primitiva que vomitaba grandes cantidades de balas contra el enemigo de forma intermitente. No obstante, la mayoría de las balas no daban en el blanco, ya que pasaban por encima o impactaban por debajo del enemigo —el fuego de descargas podía llegar a ser un auténtico derroche de proyectiles; hay cálculos que han determinado que, por cada tiro certero, hacían falta cerca de 300 balas— aunque la dispersión aseguraba que por lo menos algunas balas daban en el blanco. Además, la eficacia de los disparos variaba, en gran medida, en función de la distancia; cuanto más reducida era esta, mayor eficacia tenía el tiro. Esto queda más claro si uno tiene en cuenta que el objetivo casi siempre consistía en una masa de personas erguidas, colocadas en una fila apretada, que no realizaban ningún tipo de intento de escapar o de buscar refugio. Por lo general, siempre se trataba de evitar los prolongados combates con armas de fuego personales, puesto que estos a menudo resultaban muy costosos, sin que se llegara a una resolución. Además, el fuego de descargas coordinadas era muy difícil de parar una vez que se había iniciado: resultaba complicado escuchar las órdenes a través del ensordecedor estallido de los mosquetes. Por lo general, la primera descarga era la más eficaz, ya que los mosquetes de los soldados estaban mejor cargados; conforme pasaba el tiempo, los cañones quedaban cada vez más obstruidos y, aparte de esto, el terror y la confusión acababan distraendo a los soldados y provocando que cargasen sus armas de manera defectuosa. Por esta razón, no resulta extraño que se buscara una, o tal vez dos, descargas coordinadas desde la menor distancia posible. Un carolino dijo que el rey no quería que «disparásemos hasta que no viéramos el blanco de los ojos del enemigo». Cuanto más tiempo fueran capaces de esperar —y aquí entraba en juego el papel supervisor de los oficiales— más grande sería el efecto de sus disparos.

Los batallones rusos se acercaron cada vez más. Las armas permanecieron calladas. Sin embargo, ante el empuje de las filas rusas, algunos de los soldados suecos no pudieron controlar los nervios y dejaron escapar algunos tiros; todo pudo haber

empezado con algún disparo suelto, y después se produjo el pánico. Las filas traseras de los batallones suecos dispararon antes de tiempo, contraviniendo las órdenes. La distancia era demasiado grande. Se libró un breve enfrentamiento de mosquetería. La primera descarga sueca no había hecho más que desvanecerse cuando se oyó el atronador eco de la respuesta: una fuerte descarga cerrada efectuada por los rusos. Entonces también descendieron las filas delanteras de la tropa de Roos. La respuesta rusa llegó inmediatamente: una nueva lluvia de proyectiles azotó las líneas azules. Los batallones suecos quedaron desorganizados y se desmembraron. Los soldados comenzaron a tambalearse y dieron unos pasos hacia atrás.

Tras el potente fuego preparatorio, los rusos aprovecharon el momento. Se lanzaron a la carrera con sus armas de filo desenfundadas y en ristre. De los sotos salieron bayonetas, picas y sables; los batallones rusos cayeron sobre los suecos como un corrimiento de tierra. La lucha cuerpo a cuerpo fue breve, confusa y sangrienta.

Las hojas se desenfundan, los sables giran en el aire.
Cortar, ensartar y avanzar; los azotes caen sobre ambos lados.
Ahí vuela una cabeza, ahí una pierna;
el soldado y su caballo yacen en el suelo...

Así suenan algunos versos del poema de Harald Oxe. Un par de batallones suecos, como los hombres del regimiento de Dal, se mantuvieron firmes ante el asalto; los demás se replegaron. El sargento mayor Wallberg, del Dal, dice que «todo fue en vano, las puntas de las picas del enemigo ya nos estaban rozando, y la mayoría de nuestros hombres fueron heridos de muerte». Unos pocos momentos más y toda la línea sueca sufrió una implosión. Los soldados corrieron hacia atrás, presas del pánico, haciendo caso omiso a las amenazas y las desesperadas súplicas de los oficiales de parar y luchar. Los comandantes de los batallones cayeron, o fueron apresados, uno tras otro. Lo mismo pasó con el oprimido grupo de soldados. Wallberg cayó en manos de unos granaderos rusos que le quitaron todo lo que llevaba encima, hasta tal punto que acabó en cueros. Otro hombre al que también hicieron prisionero y acabó desnudo fue Johan Ahlefeldt, el explorador forestal de Roos que, además, había recibido graves heridas durante el enfrentamiento.

La caballería rusa no había intervenido. La posición en el flanco de los hombres del regimiento de Dal había prevenido el ataque de la caballería e impedido que pudieran terminar de cerrar el cerco. Por ello había una vía de retirada hacia el sur para aquellos que intentaran escapar de la infernal caldera. La mayoría de los que no habían muerto o habían sido apresados se dejó llevar por una generalizada ola de pánico que les llevó hacia un gran barranco, muy ramificado, situado justo por detrás de la posición sueca que los rusos acababan de tomar.

En el caos que ocurrió inmediatamente después de la refriega, algunas personas también consiguieron escabullirse por otras vías que no les condujeran al barranco. El capitán del regimiento de Närke-Värmland, Conrad Sparre, de veintiocho años, era una de ellas. Sparre acababa de recuperarse de una grave herida que había recibido en una escaramuza ocurrida en el mes de febrero; en aquella ocasión estuvo a punto de morir desangrado, pero lograron cerrar y quemar la herida, y la subsiguiente gangrena fue vencida después de varias operaciones. Había vuelto a montar justo a tiempo para participar en la batalla. De alguna manera consiguió escapar sin ser descubierto tras el combate, tal vez debido a una prenda que había arrancado del uniforme de un oficial ruso

muerto; tal vez porque su uniforme regimental, con las solapas rojas, fue confundido con el equivalente ruso o, lo que era más probable, porque los colores de ambos lados ya no eran discernibles bajo la gruesa capa de polvo y restos de pólvora. Sea como fuere, Sparre pasó por delante de las unidades rusas sin que le molestaran y se marchó, alejándose del lugar de la batalla con todos los cadáveres amontonados, rumbo al sur sobre la plana llanura, a través del sofocante calor, hacia el tren de bagajes sueco.

Otra persona que consiguió esquivar la muerte en la linde del bosque fue Abraham Cederholm. Junto con su sirviente se escabulló entre los árboles. Los dos iban montados: el sirviente todavía llevaba el caballo de refresco de Cederholm cargado hasta los topes de valiosos artículos. Unos jinetes rusos espolearon sus caballos para darles caza. Durante la retirada, el sirviente perdió el control del caballo de repuesto. Al instante acudieron algunos cosacos al lugar. Desolado, Abraham vio cómo todas sus riquezas eran saqueadas. Fue una pérdida importante, pero estaba amenazado por la posibilidad de perderlo todo, su libertad o incluso su vida, si no conseguía escapar. Los soldados y jinetes rusos comenzaron a buscar el camino por el bosque y a descender al gran barranco, y al final solo les quedó una única vía para la salvación, que atravesaba una ciénaga. Sin embargo, el precario camino hacia la salvación era letal; muchos suecos ya se habían hundido en el lugar. El propio Cederholm estaba doblegado bajo el peso de los mil ducados que llevaba encima. Si se caía del caballo, jamás sería capaz de volver a montar sin ayuda. Pero no había otra elección; había que armarse de valor y atravesar la ciénaga. Milagrosamente consiguió pasar al otro lado y, abandonando a su suerte a aquellos que se habían quedado atascados en el fango, pudo continuar la cabalgada, desprovisto de su considerable fortuna pero con la vida intacta.

Entre 300 y 400 suecos lograron bajar al barranco; entre ellos el propio Roos. No estaban a salvo, ni mucho menos. Mientras una parte de las tropas rusas regresaba al campamento, otros, bajo el mando de Rentsel, continuaron persiguiendo a aquellos suecos que todavía seguían con vida. Varios destacamentos de la caballería rusa descendieron, como unas brumosas nubes, al barranco delante de los hombres fugados. Los soldados de a pie, con las bayonetas dibujando líneas en el aire, estaban pisando los talones a los suecos. El batallón ruso que había atravesado el bosque para enfrentarse a los hombres del regimiento de Närke continuó su rápido avance a través de la espesura, amenazando con atacar a los vestigios de las tropas suecas desde el flanco. Una vez más, estuvieron a punto de ser rodeados.

Tuvieron que abrirse paso a golpes. Los suecos respondieron a la caballería rusa con una lluvia de balas, y esta se replegó y mantuvo la distancia. Sin embargo, el batallón del bosque les estaba amenazando continuamente, de modo que el magullado grupo huyó, cruzó el barranco laboriosamente y trepó despacio la ladera opuesta para, al final, meterse en el bosque. Roos llevó a sus soldados hacia el sur, rumbo al acantonamiento de la infantería que habían dejado atrás la noche anterior. Se aferraba a una remota esperanza de encontrar auxilio; tal vez estuvieran allí el rey y el ejército principal. Estaban terriblemente acosados. Los soldados del enemigo merodeaban por todas partes.

Las ganas de luchar de los soldados suecos, que ya habían mostrado señales de flaquear, comenzaron ahora a derrumbarse por completo. No resulta sorprendente que esto ocurriese. Las impresiones causadas por las grandes y repetidas adversidades, la amenaza de verse acorralados y el gran número de bajas eran factores que les debilitaban claramente. Se considera que unas bajas de un 20 por ciento son importantes, y solo en

muy raras ocasiones una tropa consigue seguir adelante con bajas de hasta un 50 por ciento. Además, si las pérdidas se producen en un corto espacio de tiempo, por lo general impresionan más. Aquí, en el transcurso de un par de horas, ¡las unidades de Roos habían perdido más del 80 por ciento de sus efectivos iniciales! Son estadísticas increíbles. Muchos de los soldados aullaban desesperados, diciendo que deberían bajar las armas y «pedir cuartel». Ya no querían luchar más. Roos se negó obstinadamente: «Ningún hombre que se precie lo haría —les gritó a modo de respuesta, y trató de animarles—: En breve encontraremos el ejército, que nos dará *succour*». La batalla ambulante continuaba: la procesión marchaba hacia el sur, perseguida en todo momento por verdaderos enjambres, cada vez más densos, de caballería e infantería rusas.

¿Qué les hizo seguir? ¿Qué les hizo prolongar esta absurda lucha contra la muerte? La moral se había colapsado, pero los duros lazos de la férrea disciplina, aunque estuvieran corroídos, seguían uniendo a los soldados, obligándoles a obedecer órdenes, más o menos por inercia. Posiblemente el discurso de Roos sobre la ayuda pudo haberles infundido las fuerzas necesarias para un último y desesperado esfuerzo. También algunas normas, que habían sido inculcadas a base de martillazos desde hacía tiempo, contribuirían a que continuaran luchando, a pesar de las terribles pérdidas. La valentía y el coraje eran conceptos de honor que brillaban con luz propia en el ejército, y se cultivaba un desprecio total y absoluto por cualquier cosa que se asemejase a cobardía. Huir, replegarse y —en particular— capitular eran medidas incorrectas por estatuto. En cambio, mantenerse firme y no dar el brazo a torcer era el ideal frecuentemente alabado con elocuencia. Preferían seguir luchando en una batalla ya perdida, a «tener que cargar con la reputación de haber elegido la huida». El desprecio por la cobardía y la alabanza del coraje podían adquirir expresiones un poco extrañas. Los enemigos que se rendían sin ofrecer resistencia —en otras palabras, que se comportaban de una manera que beneficiaba los propósitos de la parte vencedora— podían verse expuestos a un tratamiento cruel y denigrante. En cambio, los enemigos valientes y, por ende, problemáticos y letales, podían ser tratados con gran respeto, y a menudo recibían atenciones más ventajosas que otros. El culto del coraje era practicado por ambos lados, hasta tal punto que podían ofrecerse buenas condiciones de capitulación a aquellas unidades que, a juicio de la parte vencedora, hubieran luchado bien. La frecuente aplicación del ideal de coraje, llamativamente consecuente, era una expresión de la fuerte cultura marcial que imperaba entre los oficiales de los ejércitos. En gran medida se trataba de un eco de épocas pasadas, una sombra de un ideal caballeresco medieval, fertilizada por los ideales contemporáneos del *gentilhomme*.

Los suecos continuaron su particular Gólgota a través del bosque, interrumpido a veces por parones para hacer frente a los perseguidores. Los soldados iban formados de manera improvisada y dirigían su fuego de descargas irregulares en todas las direcciones, para después apresurarse a reanudar la marcha. Nils Bonde, el edecán general de la plana mayor, no había tenido oportunidad de realizar sus labores de guía. En la neblinosa confusión de la batalla se había separado de Roos, por lo que este había vuelto a perder las nociones de qué dirección tomar para encontrar al ejército principal. Como ya hemos mencionado, sí mantenían cierta esperanza de encontrar apoyo en la anterior zona de acuartelamiento. Sin embargo, esta esperanza se desvaneció en cuanto alcanzaron el lugar; allí no había nadie, salvo las unidades de la caballería rusa, que no paraban de acosarles.

La procesión continuaba a trompicones, ahora en dirección al este, hacia la loma que se elevaba junto al Vorskla. Allí habían tenido su acuartelamiento el rey y algunos regimientos. Allí podría estar el ejército principal. ¿Encontrarían ayuda para salvarse, o sería aniquilado también el último fragmento de los seis batallones de Roos?

14. «¡El enemigo rompe filas!»

La plana mayor rusa estaba bastante desconcertada. Desde que el ejército principal sueco había desaparecido de la vista, había transcurrido mucho rato sin que hubiera ocurrido nada. No comprendían esta demora por parte de los suecos. El alto mando temía que fuera a producirse otro ataque al campamento y se preparaba para hacer frente a él, con los hombres atrincherados tras los muros fortificados. Para reforzar aún más la defensa, se ordenó que salieran algunos regimientos de infantería para formar en ambos lados de la fortaleza. En el lado norte se colocaron trece batallones en dos filas, y en el lado sur, diez batallones, estos también formados en dos filas. Esperarían la arremetida protegidos por una jaula de hierro y apoyados por el potente fuego desde los parapetos del campamento. Las tropas colocadas en los laterales del fuerte amenazarían los flancos del atacante.

Al norte del gran *ouvrage* y del arroyo Tachtaulova, el grueso de la caballería rusa estaba poniendo orden en sus confusas filas. Al oeste de ellas se encontraba la parte del león de la numerosa caballería irregular, comandada por el *hetman* Skoropadski. Al principio, estos jinetes habían estado apostados alrededor de Maloye Budiche, pero, al igual que el resto de las unidades de caballería rusas, se habían visto obligados a retroceder. Algunas de estas unidades irregulares estaban realmente aturcidas tras el ataque inicial de los suecos, y con la moral por los suelos. Los únicos de la hueste rusa que estaban en contacto directo con sus adversarios eran aquellas partes de las tropas de Rentsel y Heinske que se dedicaban a perseguir a los restos del grupo de Roos. La iniciativa todavía parecía estar en manos de los suecos: el zar Pedro esperaba inquieto la siguiente jugada, pero esta estaba tardando en llegar.

¿Qué estaban haciendo los suecos en la depresión? Allí ya habían transcurrido dos horas de tensa espera, sin que nadie hubiera avistado a las unidades perdidas. Al final pudieron atisbar, a lo lejos, a un par de batallones de infantería. La plana mayor estaba convencida de que se trataba de la fuerza perdida de Roos. ¡Por fin! Estando estas unidades tan cerca, querían culminar cuanto antes la aproximación de cara al ataque. El plan, ante esta situación, debió de ser el de desplegar un ataque al campamento fortificado, tanto con infantería como con caballería, desde una posición ubicada al norte del pequeño cenagal. Como ya hemos mencionado, un ataque desde aquella posición cortaría las vías de una retirada rusa hacia el norte, de una manera totalmente distinta comparado con un ataque realizado desde la depresión. Además, si comenzaban desde el otro lado del pequeño cenagal, podrían separar la mayor parte de la caballería rusa, que se encontraba a una buena distancia, al norte del campamento, de las fuerzas que rodeaban el fuerte. Con toda probabilidad, la plana mayor sueca tenía la intención de batir a estos dos grupos, cada uno por su lado, desde una especie de posición central; primero acabarían con la caballería rusa y, una vez dispersada esta, se dirigirían a las fuerzas que se encontraban junto al campamento, que ya estarían prácticamente acorraladas. Sin embargo, a lo largo de las primeras horas del día, los suecos habían recibido dolorosos avisos de la potencia de fuego de las fortificaciones rusas, y esta, seguramente, fue la razón por la que la plana mayor decidió traer refuerzos. Un edecán general fue enviado hacia el sur, al tren de bagajes de Pushkaryovka, en busca de las tropas y la artillería que aguardaban en ese lugar. (Esto, sin embargo, costaría bastante tiempo; los refuerzos

tardarían por lo menos cinco o seis horas en llegar al campo de batalla. Evidentemente no tenían intención de atacar el campamento fortificado hasta bien entrada la tarde, pero sí habrían querido asegurar la importante posición central y batir a la caballería rusa cuanto antes.) A estas alturas, la impaciencia en la plana mayor sueca debió de ser importante, y para no malgastar un tiempo valioso decidieron no esperar la llegada de los batallones perdidos; puesto que ya habían podido comprobar que estos estaban en camino, dieron la orden a la infantería de marchar hacia el norte, a través del pequeño cenagal, inmediatamente.

Los soldados tuvieron que interrumpir su descanso y ponerse en pie; los batallones entraron en formación de columna, y no tardaron en iniciar la marcha sobre el pequeño cenagal. Unidad tras unidad se pusieron en camino. El rey y su cortejo les acompañaron, pero Carl Piper se quedó atrás. Durante la espera había abandonado su tambor para acomodarse en la fresca sombra de un árbol en un jardín abierto, cerca del rey, y descansar un poco. Después de un rato, le despertó el secretario de estado Hermelin, quien le contó que «Su Majestad el rey estaba siendo desplazado de la localidad donde antes descansaba». Al parecer, Piper estaba cansado y quería dormir más, porque contestó que «a nosotros no nos corre prisa» (el ejército todavía no había entrado en formación de combate y semejante empresa llevaba su tiempo), y se quedó bajo el árbol.

En la vanguardia iba el segundo batallón del regimiento de Närke (cuyos hombres, en aquel momento, no tenían ni idea de lo que había pasado con sus compañeros del batallón de la guardia, que formaba parte del grupo perdido de Roos). Llegó la orden de avanzar despacio, en dirección a un pequeño soto que se atisbaba al otro lado del arroyo Tachtaulova. Junto al soto, los guerreros podían ver un destacamento de caballería rusa que estaba esperando bajo la oscilante luz del caluroso día, dispuesto en dos filas y preparado para el combate. A la izquierda de este, un poco más retirados, había un grupo de cosacos que formaban parte de las tropas de Skoropadski.

De repente llegó el ruido de disparos. Los soldados, marchando lentamente, fueron expuestos a unos disparos que venían de cerca. Algunos cosacos habían entrado sigilosamente en los jardines colindantes; desde sus posiciones tras las vallas efectuaron tiros certeros hacia las largas filas de soldados. Los suecos sacaron a cincuenta hombres de la columna para ahuyentar a los francotiradores. Ahora que el aire volvía a llenarse de olor a pólvora, el batallón de vanguardia modificó su formación de manera casi automática: la columna se convirtió en una línea, todavía mirando al soto que estaba al otro lado del arroyo. El avance continuó: se acercaron cada vez más a la caballería rusa, que seguía esperando. El flanco izquierdo del batallón del regimiento de Närke fue ligeramente adelantado; si el adversario desplegaba un ataque, querían estar preparados para hacerle frente en el menor tiempo posible.

La caballería sueca también había recibido la orden de atravesar el cenagal y ya estaba aguardando en el extremo norte del mismo. Mientras esperaban, entraron en contacto con unos escuadrones enemigos en plena retirada que les pasaron por delante. Algunas de las unidades suecas se pusieron a perseguirles. Sin embargo, la orden de Rehnsköld llegó inmediatamente: ¡Alto! Estaba claro que quería mantener a su caballería unida y preparada, y no estaba dispuesto a dejar que se dispersara con persecuciones de unidades enemigas individuales. El jefe del ala derecha de la caballería, Carl Gustaf Creutz, subió a una pequeña elevación para reconocer el terreno. Era un hombre de

mediana edad, de cara redonda, nariz aguileña, bigotes y ojos de ardilla; valiente, fiel a sus deberes, un soldado en cuerpo y alma pero poco autónomo y carente de imaginación. Ya a los dos años de haber nacido en Falun, en 1660, había sido inscrito en el regimiento montado de la Guardia de Corps como teniente, la misma unidad que él ahora comandaba. (Estas absurdas inscripciones prematuras eran costumbre entre algunas familias de la aristocracia, y demuestran, una vez más, hasta qué punto las vidas de los hombres de las clases altas estaban condicionadas por otros, literalmente desde el principio.) Miró hacia el campamento ruso para tratar de averiguar qué estaban tramando.

Rehnsköld vino al paso, avanzando junto a la alargada cola de las columnas de los batallones. Paró al llegar a la cabeza del primero y se dirigió a Gyllenkrok, que había acompañado a los hombres del regimiento de Närke durante el avance, como parte activa en la dirección de la marcha. Rehnsköld le preguntó airado si tampoco «sabía cómo se marchaba en columna». «Marchamos con el batallón entero dispuesto en línea —replicó Gyllenkrok— y seguiremos así hasta llegar al bosque.» Sin embargo, estaba claro que al mariscal de campo no le interesaban sus explicaciones, porque le cortó con un arisco «marche, marche» y se dio la vuelta. Habían cubierto otro trecho en dirección al soto cuando llegó una orden, un tanto sorprendente, de parar. ¿Y ahora qué? Gyllenkrok dijo a Wrangel, el jefe del batallón del Närke, que iba a volver hacia atrás para comprobar la orden, y después desapareció.

La plana mayor sueca había descubierto una verdad tan dolo-rosa como innegable: los batallones de Roos seguían desaparecidos. Los que hacía un rato se habían avistado en la distancia habían resultado ser rusos (eran una parte de las fuerzas de Rentsel, camino del campamento tras haber batido a Roos). El que trajo la noticia fue el edecán general Anders Gideon Gyldenklou, un capitán de treinta y cuatro años nacido en Estocolmo. Fue él el enviado a Pushkaryovka en busca de refuerzos, y en su cabalgada hacia el sur se dirigió hacia los batallones que supuestamente eran de Roos. Al acercarse, le chocó descubrir que eran rusos; dio la vuelta a su caballo bruscamente y volvió a galope hasta el ejército principal para comunicar la noticia.

La información de Gyldenklou no tardó en ser verificada, porque al mismo tiempo llegaron noticias de aquellos destacamentos que habían sido enviados para encontrar a las tropas perdidas: ni los hombres del regimiento de Västmanland ni los dragones de Hielm habían conseguido llegar hasta el destacamento de Roos. Los dragones habían tenido que enfrentarse a una parte de la caballería irregular rusa y se habían abierto paso por la fuerza, pero ni así lo habían logrado. En aquel momento, los rusos habían vuelto a ocupar los reductos que habían perdido previamente, y aquellas brechas en el sistema de fuertes que los suecos habían tenido que abrir a cambio de tanta sangre estaban de nuevo reparadas. (Los rusos habían podido hacerlo sin mayores esfuerzos, ya que los oficiales suecos no habían dejado hombres en los reductos tomados. No tuvieron que hacer más que regresar a sus puestos cuando los batallones azules reanudaron la marcha.) Sin embargo, los suecos habían conseguido avistar a los magullados batallones de Roos y habían presenciado su lucha contra la muerte en la verde linde del bosque desde la distancia.

Tampoco ayudaba que Carl Palmfelt, el joven capitán que había conseguido escabullirse tras la destrucción del destacamento de Schlippenbach, hubiera alcanzado al ejército principal con sólidos conocimientos sobre la localización de los batallones perdidos. Las enérgicas contramedidas rusas habían frustrado los intentos de unir el grupo

de Roos con las fuerzas principales.

Los médicos comprobaron el estado de la herida del rey y la volvieron a vendar. Hultman, que había asumido el cargo del copero cuando este cayó en manos del enemigo, estaba corriendo de un lugar a otro en busca de agua, y daba de beber a Carolus en su copa de plata especial. El general Sparre, que había regresado de su intento de socorrer a Roos, repasó los datos con el rey e informó de lo que había visto. Dijo no haber podido llegar «debido a la *force* del enemigo» pero supo contar que el «general Roos se encuentra en un bosque y su *defense* es buena». Gyllenkrok era uno de los que estaban escuchando las palabras de Sparre, y en su opinión la situación tenía mala pinta; lo mejor sería que la fuerza de Roos «regresara con ellos». Sparre pensó que el otro le estaba criticando de manera encubierta y replicó irritado, con referencia a Roos, que «si no es capaz de defenderse con seis batallones, que le lleve el diablo; yo no puedo ayudarle». La esperanza de que volviera con el resto del ejército se había convertido en ceniza, pero todavía les esperaban peores sorpresas.

La pequeña reunión fue bruscamente interrumpida por Rehnsköld, que venía con noticias sensacionales: «El enemigo rompe filas y se acerca con su infantería». Todos y cada uno de los infantes rusos habían comenzado a salir del campamento, brotando de él como una oscura corriente de picas, bayonetas y cañones.

Sin embargo, habían tenido que insistirle varias veces para que Rehnsköld se diera cuenta de lo que estaba pasando. Uno de los primeros en percatarse de la amenaza fue Creutz, en lo alto de su pequeña colina. Desde aquel lugar había podido ver cómo los batallones rusos comenzaban a salir del campamento fortificado para formar una línea de ataque. Poco después, cuando el mariscal de campo pasó cerca de Creutz, este le informó al respecto, y su respuesta fue tranquilizadora. «No se preocupe», fueron sus palabras, y después regresó donde el rey. Sin embargo, Carlos no se mostró tan despreocupado; en su opinión Rehnsköld no había atendido sus deberes adecuadamente. El rey gruñó a Rehnsköld, que se encontraba a su lado, apoyado en la camilla. «Hoy el reconocimiento del mariscal de campo no ha sido bueno. Envíe a alguien a la colina para observar los movimientos.» Pero Rehnsköld no quiso hacerle caso. «No hará falta —fue su respuesta—; ya sé lo que está ocurriendo. Conozco este terreno como la palma de mi mano.» Acto seguido llegaron más noticias acerca de los rusos, informando de que estaban en plena marcha. El rey volvió a pedir a Rehnsköld que comprobase la veracidad de estas informaciones, pero el mariscal de campo puso mala cara y se negó a hacerlo. En su opinión, esto era imposible: los rusos nunca actuarían con tanto desparpajo. La negligencia de Rehnsköld se debía a una trágica infravaloración de su adversario. No era consciente de la capacidad de iniciativa y las ganas de luchar de los rusos. Ya hemos mencionado que el plan sueco, tal y como nos ha llegado, también suponía un comportamiento claramente pasivo por parte de los rusos, mientras las fuerzas suecas efectuaban sus piruetas tácticas. Según el plan, los rusos no iban a comportarse de la manera que los informes daban a entender. (Además, es posible que Rehnsköld, al principio, no quisiera saber nada sobre un avance ruso, porque daba por hecho que las informaciones se referían a la antes mencionada formación de tropas rusas en los laterales del campamento, lo cual era una medida puramente defensiva. El mariscal de campo, en su arrogancia, podría haber pensado que sus súbditos menos sabios habían malinterpretado la maniobra en cuestión.)

Carlos había dado órdenes al teniente de la escolta real Johan Gjertta de cabalgar

hasta los puestos de observación para verificar si las alarmantes informaciones podían ser correctas. Regresó diciendo que eran ciertas. Sin embargo, el incrédulo Rehnsköld no se contentó con esto, sino que quiso asegurarse personalmente de que era verdad. Subió la colina donde se encontraba Creutz, observando la llanura abrasada por el sol. Era cierto. Batallón tras batallón, en una fila aparentemente interminable, estaban saliendo a los campos delante del campamento, entrando en formación. ¿Los rusos iban a atacar?

Desde que la hueste sueca había abandonado Sajonia a finales del verano de 1707, habían intentado incitar a los rusos a librar una batalla decisiva, pero, ante la amenaza de enfrentamientos mayores, estos siempre se habían escabullido, una y otra vez, causando una gran frustración en la plana mayor sueca. Ahora, el momento decisivo por fin había llegado. La pregunta era si el momento les convenía.

Creutz se dirigió a Rehnsköld y dijo que «sería necesario formar», a la vez que señaló el problema del terreno en el que se encontraban, ya que «aquí estamos en un feo cenagal». El mariscal de campo le respondió lacónicamente, y bajó de la colina para dirigirse al rey. Había llegado el momento.

15. «Sabe perfectamente que los soldados no son míos, sino del rey»

El destacamento roto de Roos prolongó su marcha de la muerte a través del bosque, subiendo por la cuesta cubierta de cerezales, hasta llegar a la alargada loma que flanqueaba el río. Estaban siempre rodeados por la caballería rusa, que no paraba de dispararles, reduciendo sus efectivos poco a poco. Una vez llegados a la cima de la loma —con unas bonitas vistas sobre el sinuoso curso del Vorskla— se llevaron otra decepción. Nadie en el lugar acudió a su encuentro, aparte de un gran grupo de cosacos enemigos que cabalgaban desde Yakovtski y el campamento fortificado en el norte. Los vivaques suecos a su alrededor estaban abandonados. Una parte de los dragones de Heinske se les habían adelantado, y ahora estaban saqueando el acantonamiento vacío. La situación era claramente desesperada. Miraran donde mirasen, no veían más que sables y bayonetas rusas. Debían buscar la salvación en otro lugar. Todavía había una posibilidad: Poltava. Roos sabía que en las líneas de sitio alrededor de la ciudad todavía había tropas suecas, y decidió arriesgar para tratar de llegar al lugar. La tropa recibió la orden de marchar hacia el sur.

Siguieron la loma hasta alcanzar el extremo norte de la misma, donde estaba el monasterio en el que, finalmente, encontraron a unos suecos. Pero no eran más que una pequeña unidad. Algunas personas que se habían quedado atrás, en el acantonamiento, se habían atrincherado en el interior del edificio. Todas las puertas y ventanas estaban tapiadas con ladrillos. Roos se acercó al edificio y gritó que salieran, pues de lo contrario serían alcanzados por las tropas rusas que les estaban persiguiendo. Sin embargo, la gente del interior se negó a abandonar el monasterio, y el grupo de Roos continuó rumbo al norte. Cuando descendieron por la cuesta que bajaba hacia la ciudad, parecía que también el plan de conectar con las líneas de asedio iba a ser frustrado. A unos mil metros de distancia pudieron ver cómo estaban saliendo tropas y más tropas rusas de una de las grandes puertas de la ciudad, conocida como la Puerta de Jarkov, ya que la carretera que llevaba a esa localidad salía por su boca. Cuatro batallones de infantería y un poco de caballería formaron en una línea, y comenzaron a atravesar la larga cuesta que llevaba al Vorskla para ir al encuentro de los suecos. Avanzaron hasta una pequeña ciénaga junto a un bosque de alisos, colocándose, de esta manera, entre los soldados de Roos y la ciudad. El camino a las fortificaciones de asedio se había cerrado.

¿Podían abrirse paso por la fuerza? No. El desmoralizado destacamento sueco estaba compuesto por unos cuatrocientos hombres, contando los heridos; abajo, junto a la ciénaga, les esperaban más de dos mil soldados rusos, sin contar la caballería. Además, los suecos estaban siendo perseguidos por las potentes unidades rusas. Para poder atacar la sólida línea rusa debían continuar la marcha hacia la cuenca del río, que tenía una anchura de unos 500 metros, pero allí acabarían atrapados en el fondo de una caldera, rodeados por completo de enemigos.

El final de la *via dolorosa* de los batallones suecos estaba cada vez más cerca. Ante esta situación, Roos no vio otra alternativa que la de descender a alguna de las fortificaciones abandonadas en la orilla del Vorskla. La más cercana, situada a tan solo 500 o 600 metros al noreste del monasterio, era el gran reducto de la guardia. Allí iban a poder hacer frente a sus perseguidores, y tal vez podrían aguantar hasta que llegara la ayuda. Los soldados se dieron media vuelta, pasaron la punta de la loma, bajaron hacia el

río y entraron rápidamente en el fuerte. Todavía no habían dado las nueve de la mañana.

El reducto en el que se refugiaron era el más grande del sistema de fortificaciones que los suecos habían construido junto al río. Tenía una forma ligeramente rectangular y medía alrededor de 120 × 140 metros. Alrededor del reducto corría una zanja, y los muros del fuerte, que también contaban con un par de salientes parecidos a bastiones, estaban coronados por una empalizada. Justo al este del fuerte se podían ver los ennegrecidos restos de un puente quemado que anteriormente había unido las dos orillas del tributario. El reducto formaba parte de un sistema más grande: unas largas trincheras de comunicación lo ponían en contacto con otras fortificaciones, situadas más cerca de la ciudad. En un intento de ralentizar el avance de sus perseguidores, y para evitar que estos pudieran acceder a los otros fuertes, los suecos prendieron fuego a varios de los manojos de ramas y gaviones que se habían utilizado para construir las trincheras de comunicación. Mientras las columnas de humo de las hogueras buscaban su camino hacia el cielo azul, los soldados del interior del reducto comenzaron a prepararse para la batalla final. Era una tarea complicada. Muchos de los 400 hombres estaban heridos o carecían de armas. Además, tras los largos enfrentamientos les faltaba munición. Roos guarneció los muros del reducto y seleccionó a una tropa de reserva. ¿Aguantarían hasta que llegara el auxilio?

Más arriba, en la ciudad sitiada, reinaba cierta paz desde las primeras horas de la mañana. Como ya hemos explicado, las líneas de sitio suecas se encontraban, sobre todo, al sudoeste de la ciudad, a un buen trecho de las fuerzas de Roos. Estas fortificaciones estaban guarnecidas por los regimientos de Södermanland y Kronoberg, organizados en dos batallones y con unos efectivos totales de cerca de 850 hombres. Estas tropas también contaban con dos pequeños cañones de media libra que estaban muy adelantados, en una batería que habían emplazado en una sección tomada de la muralla de la ciudad. Estas fuerzas también estaban reforzadas con un pequeño destacamento de los dragones de la Guardia de Corps, bajo el mando del comandante Anders Strömsköld, de treinta y cuatro años. Además había algunos zaporozianos en el lugar. Dos pequeñas secciones, una ubicada al noroeste y otra justo al este de la ciudad, mantenían la ilusión de que Poltava estuviera sitiada también desde estos flancos: en las inmediaciones de los pequeños muros del arrasado arrabal había una guardia de campo, compuesta de una treintena de jinetes que vigilaban la puerta en este punto; abajo, junto al Vorskla, donde la carretera de Járkov cruzaba el río, se encontraba el capitán segundo Jesper Hård con unos cuarenta soldados en un reducto con forma de estrella. (Este hombre de veintiséis años estaba sufriendo las secuelas de una herida bastante inusual. En una batalla anterior había sido alcanzado en «sus partes secretas», tal y como se formula en la discreta indicación en los registros.) En total, las fuerzas suecas que asediaban Poltava no eran especialmente fuertes. Su tarea consistiría únicamente en mantener la guarnición de la ciudad a raya y procurar que no molestara al tren de bagajes o al ejército principal.

El comandante de la ciudad, el coronel Kelen, había tenido sus tropas preparadas desde el alba. Estaba esperando el momento oportuno para intervenir en la gran batalla que se estaba librando más al norte. No ocurrió nada hasta que los rusos avistaron los reventados restos de los seis batallones de Roos, cuando estos emergieron del bosque Yakovetski junto al monasterio, acosados por la caballería rusa. Sus perseguidores se habían puesto en contacto con la ciudad. Kelen fue el que había ordenado la arremetida que había bloqueado el camino del destacamento sueco en su intento de alcanzar la

seguridad al otro lado de Poltava. Sin embargo, los batallones de Kelen no permanecieron pasivos cuando el destacamento de Roos comenzó la retirada hacia el reducto de la guardia. En lugar de eso, dieron media vuelta y se encaminaron al pequeño reducto en forma de estrella, con su guarnición de cuarenta hombres. El pragmático Hård tuvo que haber estimado que resultaría inútil tratar de resistir a esta fuerza tan superior, porque, cuando los rusos le ofrecieron cuartel, aceptó. El pequeño destacamento se rindió.

Kelen comenzó a sentir el aroma de la victoria y ordenó otra arremetida. Esta fue dirigida hacia las tropas suecas de las trincheras. Los soldados rusos se abalanzaron sobre ellas, pero fueron rechazados. Las fuerzas rusas no eran suficientemente fuertes. Hacía falta más gente.

La fuerza que acababa de subyugar al destacamento de Hård recibió órdenes de meterse en el juego. Avanzarían a través de la pronunciada cuesta justo al sur de la ciudad, subirían hasta el cerro de Masurovka y, a partir de allí, atacarían desde el flanco a las tropas suecas que se encontraban en las zanjas. Al principio, el ataque se desarrolló según el plan. Una tropa de 140 infantes de línea del regimiento de Kronoberg, bajo el mando del joven capitán segundo Carl von Rango, de Pomerania, estaba apostada al noreste de la ciudad, junto al río. Tuvieron que replegarse ante el masivo avance de las bayonetas rusas y fueron perseguidos a través del bosque de la cuesta hasta la cima del cerro. Al mismo tiempo, otras fuerzas rusas, apoyadas por cosacos, atacaron a la pequeña guardia al noroeste de la ciudad, a la que vencieron sin mayor esfuerzo. Más unidades rusas salieron de los muros del fuerte para realizar nuevas arremetidas.

Ante esta situación, el jefe de los hombres del Kronoberg, el políglota Johan Cronman, envió órdenes a Von Rango de regresar inmediatamente a las líneas de sitio con su tropa, que este cumplió sin tardanza. Los suecos reagruparon sus fuerzas y se prepararon para la defensa en las trincheras de comunicación al pie de las murallas de la ciudad. Había que rechazar ataques desde dos frentes: desde Poltava, las fuerzas rusas les estaban asaltando de cara, y desde el lateral izquierdo, mientras que el grupo antes mencionado, compuesto de cuatro batallones, les estaba atacando desde el flanco derecho. Cuando las filas de soldados verdes alcanzaron las fortificaciones de asedio con sus resplandecientes armas, se inició una especie de guerra de trincheras. Grupos de hombres se tambalearon a través de los ramales de comunicación, las vías de abastecimiento y las paralelas, matándose unos a otros con disparos o estocadas de sable. Los ataques y los contraataques se sucedieron. La batería sueca de la muralla fue asaltada por los rusos, que se hicieron con los dos cañones; el jefe del regimiento de Södermanland, Gabriel von Weidenhajn, murió al ser alcanzado por una bala de cañón disparada desde uno de los fortines junto al muro. Los suecos se defendieron desesperadamente, y después de un rato cesaron los ataques. Hubo una pausa. El único éxito alcanzado por los rusos era la toma de la batería. Por lo demás, los soldados suecos habían conseguido defender sus posiciones.

A unos dos kilómetros de distancia hacia el noreste, en el reducto de la guardia, la vana esperanza de que fueran a ser socorridos había comenzado a desvanecerse. Cada vez más unidades rusas se amontonaron alrededor del pequeño fuerte: no había ni rastro de las tropas suecas. Dos figuras se desprendieron de las filas rusas, un tamborilero y un oficial, para acercarse a los muros. Los redobles del primero señalaron que pretendían ponerse en contacto con la gente del interior del reducto. Los suecos aguardaban en un silencio sepulcral. El oficial ruso comenzó a gritar: pidió que no le disparasen, puesto que

había sido enviado para hablar con el comandante de los suecos. Le dejaron acercarse y Roos se subió a un promontorio del muro para escuchar sus palabras. El oficial le saludó educadamente y dijo que Su Majestad el zar le enviaba un saludo, ofreciendo su clemencia al comandante sueco. Si Roos capitulaba sin oponer resistencia, no solo él, sino también todos los que estaban consigo, podrían conservar todas sus pertenencias y serían «tratados con los mejores honores que se pudieran ofrecer a cualquier prisionero del mundo». El general de división sueco preguntó, desde su posición en el promontorio, quién comandaba las fuerzas de su adversario. La respuesta fue que era el teniente general Rentsel. Entonces Roos le pidió, de manera teatral, que el oficial dijera a Rentsel que «sabe perfectamente que los soldados no son míos, sino del rey, por lo que no sería honorable entregarlos de esta manera»; aun así pidió tiempo hasta la tarde para sopesar la oferta.

El oficial ruso regresó a los batallones rusos, que estaban esperando en formación enfrente del reducto. Para aumentar la presión sobre su encerrado enemigo, los rusos hicieron bajar algunas piezas de artillería de la ciudad y comenzaron a preparar un emplazamiento para la batería. Habían iniciado los preparativos para el asalto. El oficial volvió para repetir la oferta de Rentsel de capitulación, diciendo que este no podía permitirle tanto tiempo para pensar como Roos había pedido. El ruso señaló que habían bajado unos cañones de la ciudad y que el reducto era «débil»; tomarlo no supondría un gran esfuerzo. Roos le aseguró, seguramente con forzada bravuconería, que, pasara lo que pasase, sus hombres «por lo menos acabarían con tantos soldados como somos ahora, y bastantes más aún, antes de que nos saquéis de aquí». Repitió su petición de un tiempo de reflexión, pero esta vez estaba dispuesto a contentarse con dos horas. Además, exigió que los adversarios, durante este tiempo, interrumpieran los preparativos del asalto y que nadie se acercara al reducto: todos los rusos debían tumbarse en el suelo. El parlamentario, que estaba esperando para conocer la última oferta de los suecos, cabalgó de vuelta a Rentsel y después de un rato volvió una vez más. Rentsel aceptaba las condiciones, pero solo estaba dispuesto a conceder media hora de tregua. Roos preguntó al parlamentario si llevaba un reloj encima. Los dos sacaron sus cronómetros y compararon las indicaciones: eran las nueve y poco.

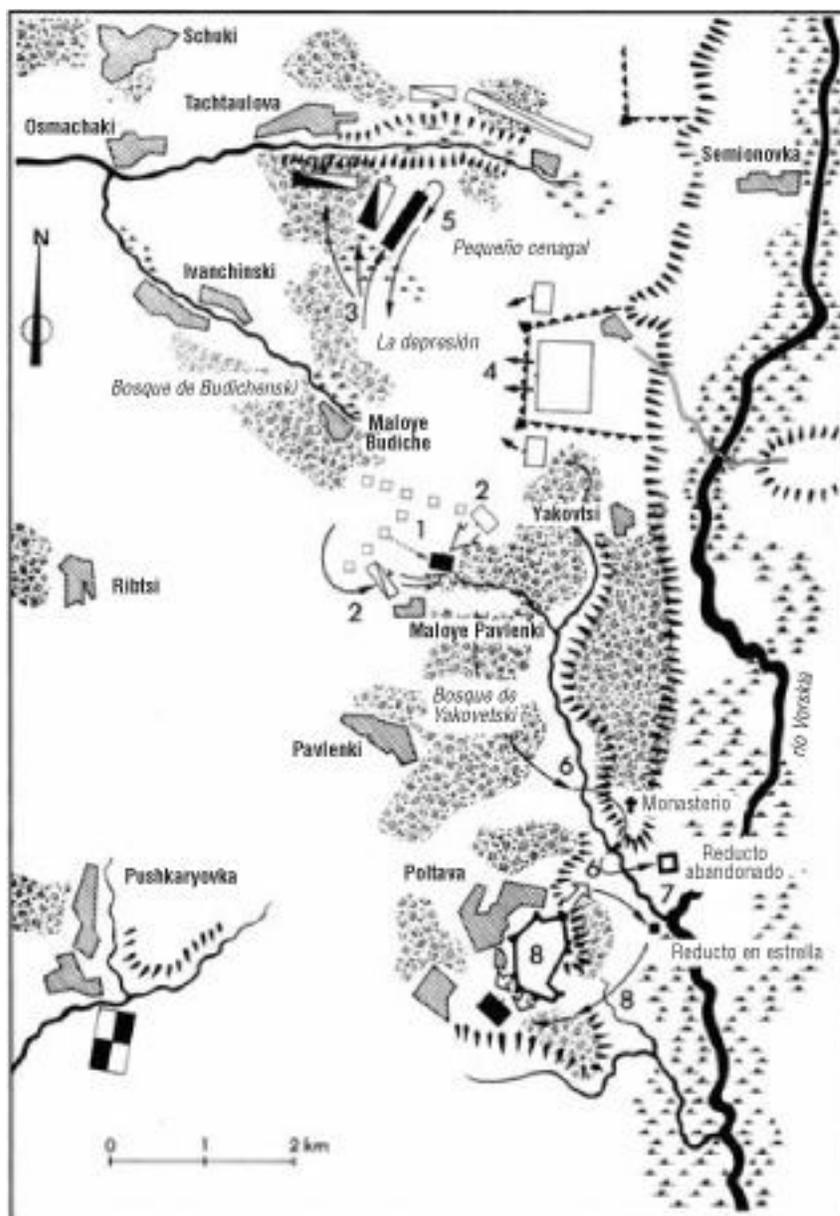
El parlamentario ruso regresó una vez más con los suyos, y se ordenó a las tropas que se tumbaran sobre el suelo. Tardaron un rato en cumplir la orden. Roos estaba tratando de ganar tiempo; a lo largo de aquel tiempo de reflexión, podrían llegar refuerzos. Sin embargo esta esperanza, ya de por sí débil, disminuía a medida que la llegada de nuevas tropas rusas iba engordando las filas de la hueste que esperaba alrededor del reducto. Naturalmente, los suecos querían evitar el cautiverio, pero ante la amenaza de un asalto y una aniquilación total no había elección. El fanatismo puro era poco común en esta época. Por el contrario, se podía apreciar un notable pragmatismo. A menudo, los combates solo continuaban hasta cierto punto, y, cuando quedaba claro que una prolongación de la resistencia no servía de nada, se desplegaba la bandera blanca. Casi siempre, los altisonantes discursos que hablaban de luchar hasta la última gota de sangre y el último hombre no eran más que palabrería. En gran medida, la guerra era solo un intercambio de golpes entre unos profesionales que habían sido forjados en el seno de los ejércitos permanentes. No eran ni miembros de castas medievales de guerreros que luchaban debido a determinadas ataduras feudales, ni tampoco mercenarios que vendían su espada al mejor postor. Había vestigios de estos guerreros de épocas pasadas, el

caballero y el condotiero, pero los guerreros eran sobre todo —y en particular los oficiales— funcionarios con un empleo estable, un buen sueldo y grandes oportunidades de avanzar profesionalmente. Como profesionales que eran, les importaban bien poco aquellos motivos ideológico-teológicos capaces de provocar una defensa tan fanática como patética hasta el último hombre. Sin embargo, una capitulación siempre era una cosa humillante —aunque no necesariamente una vergüenza—, sobre todo para el máximo responsable. Por lo tanto, no es de extrañar que Roos quisiera alargar el asunto y no vender su piel demasiado barata, aunque solo fuera para conseguir una prolongación de tiempo. Para poder justificar una eventual capitulación, Roos debía demostrar que no se rendía con demasiada facilidad, al menos hasta que no fuera absolutamente necesario.

Antes de que se hubiera cumplido el plazo de reflexión, el insistente parlamentario se acercó de nuevo al reducto. Evidentemente, los rusos querían asegurarse de que el adversario encerrado tomara la decisión correcta, así que aumentaron la presión sobre ellos con más amenazas. Comenzó con una afirmación que debió de ser una ducha de agua fría para los suecos: ¡dijo que el ejército carolino entero se estaba retirando! Por lo tanto, no podían esperar la llegada de ningún tipo de socorro. El parlamentario añadió que los suecos debían tener en cuenta que, si no se rendían voluntariamente, los rusos asaltarían el reducto inmediatamente, y garantizó que ni un solo hombre sería perdonado. Todos serían aniquilados.

Había llegado la hora de tomar una decisión, pero Roos dudó. Convocó a todos los oficiales presentes para pedirles su opinión. (Sin embargo, más que escuchar su dictamen, le interesaría sobre todo que compartieran la responsabilidad de la decisión en caso de optar por una humillante rendición.) La afirmación del parlamentario de que todo el ejército había sido batido siempre podría ser una astucia para conseguir que abandonaran las armas. Algunos de los oficiales opinaban que el hecho de que acudieran cada vez más tropas rusas a las inmediaciones del reducto era una señal de que las cosas no iban bien. Los rusos habían recibido refuerzos desde el norte, tropas que habían sido enviadas directamente desde el campamento fortificado, a unos cinco kilómetros de distancia. Y aunque no fuera verdad, la situación seguía siendo desesperada. No tenían ni comida ni agua; esto último resultaba especialmente grave debido al sofocante calor. Muchos estaban heridos y necesitaban asistencia médica para no morir. Las perspectivas de resistir un asalto apoyado por artillería no eran buenas: muchos soldados carecían de armas, y además quedaba poca munición. Los hombres de Roos llevaban combatiendo desde la salida del sol, hacía casi cinco horas, así que no resultaba extraño que «los soldados estuvieran sin balas». Las posibilidades de que alguien acudiera en su ayuda a corto plazo se consideraban casi inexistentes. Los oficiales votaron a favor de la rendición.

DESDE LA REAGRUPACIÓN HASTA LA BATALLA FINAL



1. Roos interrumpe el ataque al tercer reducto y se retira con sus tropas a la linde del bosque Yakovetski.

2. Los rusos atacan al grupo de Roos con infantería y caballería. Consiguen romper las líneas suecas, que huyen hacia Poltava.

3. La plana mayor sueca cree que la llegada del grupo de Roos es inminente e inician la aproximación al campamento para atacarlo.

4. Las fuerzas principales de los rusos salen del fuerte. Con esta medida, se ve amenazada la conexión entre los suecos y su columna de abastecimiento.

5. Las fuerzas principales suecas se ven obligadas a hacer frente a la amenaza. Se da la orden de retirada.

6. Los restos del grupo de Roos huyen perseguidos hacia Poltava. Un intento de alcanzar las líneas de sitio fortificadas es abortado por una arremetida rusa.

7. El grupo de Roos se refugia en un reducto abandonado. Les persiguen las fuerzas rusas. Los suecos se rinden.

8. Las fuerzas rusas de Poltava atacan a las unidades suecas que están apostadas en las trincheras de asedio.

Roos también tomó la decisión de averiguar qué opinaban los soldados, lo que era una medida bastante extraña, ya que en condiciones normales nunca se molestaban en pedir la opinión a los infantes de línea. (Con toda probabilidad, también esta medida era un intento de seguir repartiendo la responsabilidad por la futura decisión; Roos y los oficiales querían tener la opción de echar la culpa a los hombres.) Ya durante la sangrienta huida a través de la espesura del bosque Yakovetski, muchos soldados habían exigido una rendición. Cuando ahora se les pedía su opinión, se declararon dispuestos a someterse al ruso, sobre todo porque estimaban, coincidiendo con sus oficiales, que los términos de la capitulación eran bastante buenos. Roos decidió capitular.

Cuando el diplomático ruso se acercó al reducto la siguiente vez, Roos le comunicó su decisión. Sin embargo, el sueco primero quería que le dieran los términos de la rendición por escrito, firmados por Rentsel. El ruso regresó con un mensaje de Rentsel, que juraba que no tenía ni tinta ni papel a mano, pero decía que Roos podía confiar en su palabra de caballero: cumpliría con todo lo prometido como si estuviera escrito sobre cien hojas de papel. Roos tuvo que contentarse con esto, pero señaló que quería añadir otra condición para la rendición: los heridos recibirían atención médica bajo techo y serían alimentados. Además exigió que él y sus oficiales pudieran conservar sus sables. No tener que entregar los sables era una parte importante de los rituales en estas ocasiones. Para que la honra de los capitulantes no tuviera que sufrir más de la cuenta, era importante que la rendición se llevara a cabo con decoro y que siguiera determinados protocolos tácitos. Estos eventos podían tomar expresiones esmeradas y ceremoniosas, con música sonora y banderas cortando el viento, con una guardia de honor en firmes y salvas atronadoras. Un procedimiento estandarizado cuando una guarnición abandonaba un fuerte era que las tropas saliesen en formación, acompañadas de banderas y música, con balas entre los dientes y mechas encendidas, orgullosas señales de que no se consideraban completamente vencidas. El honor del guerrero seguía intacto. Quedarse con las armas, al menos con los sables de los oficiales, era otro importante detalle. Justo ese punto demuestra que la manera de estos guerreros de entender la vida tenía ciertos rasgos arcaicos: resulta llamativa la semejanza con el gesto caballeresco de devolver las armas a un adversario vencido pero valiente; un vestigio de las justas y la caballería pesada de la época medieval.

El parlamentario regresó a los suyos. Rentsel era un guerrero profesional minucioso y correcto, y accedió a alimentar y a cuidar de los suecos heridos. El asunto de los sables era más complicado. Acceder a algo así era competencia exclusiva del zar. Sin embargo, tenía una propuesta de compromiso: Rentsel enviaría a su edecán para recoger los sables de los oficiales y después, en cuanto llegaran al campamento, trataría personalmente de obtener el permiso del zar Pedro Alexéievich. Roos accedió a ello.

Se abrió el reducto. Atravesando la empalizada y la pequeña zanja, salieron 400 hombres con pasos vacilantes, una sombra de los seis batallones originales. De los 2 600 hombres que, cinco horas atrás, se habían aproximado a los reductos, un 85 por ciento, casi nueve de cada diez, habían sido masacrados o apresados. Era un balance terrible. Prácticamente todos los jefes de los batallones y de los regimientos habían caído o

estaban heridos: Siegroth, el jefe del regimiento de Dal, había fallecido por sus heridas; Georg von Buchwaldt, el jefe del regimiento de Jönköping, estaba malherido y se encontraba al borde de la muerte; el comandante de los hombres del regimiento de Västerbotten, Gideon Fock, también estaba herido. De los siete tenientes coroneles que habían participado, cuatro habían caído, dos estaban heridos y al último ya le habían hecho prisionero con anterioridad. Esto sirve para ilustrar la dureza de los combates. Lo que había ocurrido era una tragedia; un tercio de toda la infantería sueca había sido reducido a una insignificante sombra de sí misma en el plazo de unas pocas horas, y sus esfuerzos no habían servido para nada. Su sacrificio carecía de sentido. El auxilio había estado a dos kilómetros de distancia; lo mismo que si hubiera estado en la luna.

Cuando los suecos salieron del reducto, bajaron las armas (algunos ya las habían dejado en el interior del reducto) y las entregaron a las unidades rusas. Los rusos cumplieron a rajatabla con cada uno de los términos de la capitulación. Los heridos fueron atendidos, y respetaron las pertenencias de los prisioneros. Fueron tratados con respeto. Los soldados de la compañía de Novgorod, que pertenecía al regimiento de caballería y granaderos de Von der Ropp, se hicieron cargo de las armas y estandartes de los capitulantes. Los recién estrenados prisioneros de guerra se pusieron en marcha y fueron conducidos hacia el norte, subiendo la alargada loma por la que una hora antes se habían retirado, acosados por las balas. La procesión siguió junto a la loma, a través del bosque hacia la aldea de Yakovtzi, tras la cual se encontraba el campamento fortificado. Durante esta marcha, los prisioneros suecos oyeron, de repente, un ruido que conocían de sobra y que venía del noroeste: era el poderoso eco de unas descargas atronadoras. La batalla final había comenzado.

16. «Corderos pobres e inocentes que acuden a la matanza»

Los rusos esperaron y esperaron, pero parecía que la tierra se había tragado al ejército principal sueco. El ataque que estaban esperando no llegó a producirse. En la plana mayor rusa comenzaron a temer que a los suecos se les hubiese ocurrido interrumpir la batalla y regresar a Poltava. Sin embargo, los jinetes que habían sido enviados como ojeadores no tardaron en regresar con noticias: los suecos seguían en su sitio y estaban entrando en formación para la batalla. Es posible que no fuese hasta aquel momento cuando la plana mayor rusa pudo hacerse una idea cabal del tamaño de las tropas a las que se enfrentaban; probablemente habían sobrestimado las fuerzas de la hueste sueca al inicio de la contienda, actuando con excesiva cautela. El alto mando ruso se reunió para analizar la situación. Animados por los éxitos locales contra Roos y por el comportamiento aparentemente dubitativo y pasivo de los suecos, decidieron realizar un contraataque. Sacarían todas las tropas del campamento.

La plana mayor rusa, encabezada por Sheremetiev y Pedro Alexéievich, abandonó la tienda del zar. El uniforme de Pedro se parecía al que llevaban varios de sus oficiales: un sombrero triangular negro, botas negras y abrigo verde con solapas y forro rojos. Además, portaba la banda azul de seda de la Orden de San Andrés. El zar se acercó a su corcel favorito, *Lizette* —una yegua árabe de color arena que le había regalado el sultán— y subió vigorosamente a la silla ornamentada de terciopelo verde y bordada de plata. Cabalgó entre las filas de la infantería y la artillería, que esperaban en formación. Pasó revista a las tropas y después se inició la partida del campamento. Unidad tras unidad desfilaron por los muros hasta llegar a campo abierto. Durante la salida, los soldados fueron rociados con agua bendita.

El grueso de los batallones de infantería del interior del campamento se unieron a los 23 batallones que ya estaban formados en los flancos del fuerte. Movieron las líneas de los soldados de un lado a otro para conseguir dos líneas de infantería delante del lateral izquierdo del fuerte, con un frente hacia la depresión y el pequeño cenagal. Una unidad tras otra entraron en formación; fila tras fila de soldados vestidos de verde y gris crearon dos apretadas líneas compuestas de 42 batallones, 24 dispuestos en primera línea y 18 en la segunda. El frente ruso era continuo, los soldados estaban codo con codo y sin huecos entre ellos, aparte de unas pequeñas aperturas entre cada batallón, de unos diez metros, que fueron rellenas con piezas de artillería traídas por artilleros vestidos de rojo. Alrededor de 55 piezas de tres libras fueron colocadas de esta manera, de acuerdo con una nueva táctica. Los cañones estaban muy bien provistos de balas y metralla y, detrás de ellos, los ruidosos caballos de tiro y los artilleros estaban preparados. La artillería de campo rusa no fue arrastrada hasta el campo, sino que se quedó en sus emplazamientos anteriores, detrás de los muros que miraban al oeste. Harían las veces de fuego de apoyo en una eventual retirada. Había 32 piezas: desde cañones pequeños de tres libras hasta obuses de cuarenta. Las piezas más pesadas que se habían dejado en el campamento (en especial los morteros y los obuses que con sus trayectorias de bala tan curvas podían disparar por encima de las tropas propias) apoyarían a los hombres del campo con disparos de largo alcance. El oficial al mando de las piezas del campamento era comandante del regimiento de artillería, el coronel Günther. Además, nueve batallones comandados por el coronel Boj se quedaron en el campamento como reserva,

con órdenes de mantenerse ocultos tras los muros. El comandante en jefe del conjunto de las fuerzas del fuerte era Günther, ya que, siendo oficial de artillería, tenía un rango superior al coronel Boj, de infantería. Finalmente, tres batallones bajo el mando del coronel Golvin fueron enviados al sur para tomar el monasterio de la loma, fundamental para las comunicaciones con Poltava; al parecer, los que se habían atrincherado en el lugar habían conseguido defenderse tan bien que los rusos consideraban que hacía falta un destacamento especial para tomar el edificio. La caballería rusa fue agrupada —como en tantas otras ocasiones— sobre todo en los flancos de la infantería. El ala derecha, comandada por el teniente general Adolf Fredrik Bauer, constaba de diez regimientos de dragones, un regimiento montado de granaderos —el de Kropotov— así como un escuadrón conocido como el de los Generales. Eran 45 escuadrones colocados en dos líneas, 23 en la delantera y 22 en la trasera; en total, alrededor de 9 000 hombres. La colocación del ala izquierda era complicada, ya que desde los combates iniciales de la mañana ya no quedaba caballería en este extremo. Además, el terreno no era lo suficientemente amplio en este lado, debido a la proximidad del bosque Yakovetski con su sistema de abruptos barrancos. Los rusos crearon un flanco izquierdo trayendo una parte de la caballería desde el gran grupo, que se encontraba al norte del campamento. Seis regimientos seleccionados bajo el mando de Menshikov cabalgaban detrás de la infantería, y fueron colocados a la izquierda de esta. También ellos fueron formados en dos líneas, con doce escuadrones en la delantera y doce en la trasera. El ala izquierda estaba mucho más débil que la derecha y tan solo contaba con 4 800 jinetes.

Junto con la aproximación, el zar también decidió realizar más movimientos; para apoyar a los cosacos del *hetman* Skoropadski, que estaban alrededor de Tachtaulova, envió a seis regimientos de dragones bajo el mando del general Volkonski. Fue una medida defensiva. Si los suecos comenzaban una retirada, estas tropas acompañarían a los cosacos durante la persecución, y, si esto no sucedía, los hombres de Volkonski se limitarían a esperar y a efectuar tareas de reconocimiento. No atacarían por iniciativa propia. Esta medida causó una breve controversia en la plana mayor rusa. Sheremetiev, con el acalorado apoyo del general de la infantería Repnin, se opuso a este debilitamiento del ala derecha. No querían reducir las tropas disponibles de esta manera. Repnin opinaba que debían tratar de alcanzar la mayor superioridad numérica posible. Pedro insistió. El destacamento de los jinetes de Volkonski suponía, sin lugar a dudas, un debilitamiento de la caballería disponible; se retiraría a cerca de 5 000 hombres, y la pregunta era por qué el zar insistió tanto. Probablemente, a través de esta medida, Pedro quería asegurarse de que los cosacos de Skoropadski no fueran totalmente arrollados, rindiéndose o cambiando de lado, en caso de ser sometidos a un ataque demasiado duro por parte de los suecos. La moral de los cosacos era baja, y a lo largo de las primeras horas de la batalla ya se habían producido algunos intentos de desertión en masa entre ellos, como ya hemos mencionado. Indudablemente, era necesario apoyar a la caballería irregular, por no decir vigilarla.

El inesperado avance ruso originó cierta discordia en la plana mayor sueca. Ya con anterioridad habían surgido unas cuantas controversias entre sus miembros. Como hemos podido ver, el rey no estaba del todo satisfecho con el reconocimiento efectuado por Rehnsköld, y ahora opinaba que deberían atacar a la caballería rusa más cercana, el ala derecha de las tropas de Bauer. Aparentemente, el rey quería aprovechar la posición central que habían conseguido afianzar en el campo al norte del pequeño cenagal, y dijo

en tono inquisitivo al mariscal de campo: «¿No sería mejor que atacásemos en primer lugar a la caballería para ahuyentarla?». Rehnsköld rechazó esta sugerencia: «No, Su Majestad; debemos enfrentarnos a ellos». (Y con «ellos» se refería a la infantería rusa, que estaba formando sus filas a tan solo un kilómetro de distancia.) El rey dio el brazo a torcer y contestó: «Bien, haga usted lo que estime oportuno».

Con toda probabilidad, ya habían descartado el apoyo del destacamento de Roos, o al menos había quedado claro que no podían esperar una pronta llegada de estas tropas. Por otro lado, no era posible obviar el avance de los rusos, ya que suponía un peligro inminente. Ciertamente, el enemigo estaba amenazando con cortar las vías de comunicación entre el ejército principal y el tren de bagajes en Pushkaryovka. Los rusos podrían llegar a afianzar una posición central propia, desde la cual podrían atacar el tren de bagajes, que era de fundamental importancia, sin que pudieran intervenir las fuerzas principales. Pasara lo que pasase, las maniobras rusas estaban amenazando con acorralar a estas fuerzas, ya que se acercaban desde tres direcciones distintas. (La llegada del grupo de Volkonski para apoyar a los cosacos de Skoropadski también puede ser interpretada como una iniciativa claramente enfocada a reforzar el lado norte de la trampa.)

Al final se tomó la decisión de dejar que el ejército principal sueco se replegase hacia el sur, saliéndose de la «trampa» y regresando hacia el viejo punto de reunión alrededor de la depresión junto al bosque de Budichenski. Desde allí reanudarían la lucha contra la infantería rusa. Mientras tanto, dejarían una parte del ala izquierda de la caballería en el lugar, como protección del flanco. Las otras unidades recibieron la orden de regresar.

Las largas colas de hombres y caballos tuvieron que dar media vuelta y emprender el regreso por el mismo camino por el que habían venido. Se convirtió en una carrera: las tropas suecas debían llegar al lugar y agruparse de cara a la batalla antes de que los rusos hubieran terminado su aproximación y pudieran iniciar el ataque. El lado que terminase primero se haría con la ventaja. Las columnas suecas avanzaron apresuradamente por la llanura y atravesaron el fangoso cenagal por el que acababan de pasar, que a estas alturas debía de estar concienzudamente apisonado y poco transitable. Los minutos pasaban mientras una fila azul de soldados tras otra se abrieron paso a trompicones por el tremedal.

Parecía que los rusos iban a ganar la carrera. Los batallones del enemigo consiguieron colocarse al otro lado de la llanura. La línea se fue apretando bajo la bóveda azul del cielo de junio, y se convirtió en un compacto muro coronado por un tejado de sombreros negros. Centenares de banderas, que ondeaban al viento sobre las cabezas de los soldados rusos, crearon un bello espectáculo de colores. En los estrechos espacios entre los batallones, las bocas de los cañones de tres libras miraban tuertas por encima de la plana llanura, en dirección a las líneas de hombres y caballos que podían atisbar en el horizonte. Este muro verde de soldados, bayonetas resplandecientes, cañones e inmensos bosques de picas e insignias de campaña, contaba con una anchura de más de dos kilómetros y tenía un aspecto imponente, por decirlo de una manera suave.

El zar pronunció un breve discurso y después se pusieron en marcha. El muro verde cobró vida. Lentamente, como un río de lava, comenzó a deslizarse hacia delante, en dirección a las unidades suecas.

El ala derecha de la caballería sueca tenía problemas. Estaba acompañando a los infantes en la retirada, pero no tardaron en darse cuenta de que su margen de maniobra

iba a ser muy escaso. Avanzaban por el lado interior de los soldados de a pie y, al pasar el cenagal, se encontraron apretujados entre la infantería, por un lado, y el bosque de Budichenski, por el otro. Creutz simplemente no tenía espacio suficiente para colocar a sus 52 escuadrones en el lugar donde deberían haber estado —es decir, a la derecha de la diezmada infantería— porque allí estaba el bosque, con sus sotos y pequeños cenagales. Creutz recibió la orden de cambiar la disposición de sus unidades y formarlas, a la espera de nuevas órdenes, en el reducido campo ubicado detrás de los batallones de la infantería (que ahora estaban colocándose en su sitio, más o menos enfrente de los rusos). Fue una solución claramente provisional.

Cuando Lewenhaupt descubrió que la caballería ya no quedaba agrupada al lado de su infantería, sino por detrás de ella, dijo: «Mi corazón dio un vuelco, como si hubiera sido atravesado por un cuchillo». Él y sus hombres iban a tener que atacar sin ningún tipo de apoyo. Justo antes, Rehnsköld se le había acercado para darle la orden de girar la infantería, con el fin de crear un frente hacia la línea rusa, que ya se encontraba a un kilómetro de distancia. Los batallones iniciaron inmediatamente la maniobra de cambio, de columna a línea. A diferencia de sus adversarios al otro lado de los campos, los suecos estaban obligados a crear huecos de considerable tamaño entre los batallones. Entre cada unidad de la línea había más de cincuenta metros de distancia. A pesar de estos grandes huecos, la línea de la infantería sueca era considerablemente más corta que la rusa: tenía entre 1 400 y 1 500 metros, en comparación con los más de dos mil de la rusa. Tras echar un vistazo al enemigo desde su posición, Lewenhaupt estimó que la superioridad numérica rusa era tres veces la de las fuerzas suecas (lo cual, sin embargo, era una clara exageración). Un testigo afirma que, comparada con la línea rusa, la sueca era como «un par de pulgadas frente a una vara». Para no ser engullidos por las envolventes masas del enemigo, los batallones suecos necesitarían a la caballería para prolongar sus líneas y para proteger sus flancos. Pero ahora, la caballería se encontraba agolpada a sus espaldas, en medio de una confusión que se hacía cada vez más patente con la llegada de los nuevos escuadrones que estaban atravesando el pequeño cenagal, tratando de encontrar un hueco tras la línea.

El tiempo comenzó a escasear. Sin embargo, el cambio de columna a línea era una maniobra sencilla y, una vez terminada, Lewenhaupt preguntó educadamente al mariscal de campo «adónde su excelencia prefería» dirigir las tropas. Rehnsköld señaló en dirección a un pequeño soto, con una decena de árboles verdes, que se encontraba al lado de la línea. Debido a la excitación, el general malinterpretó las directrices que se le habían dado. Lewenhaupt dio la orden de doblar a la derecha, cambió de nuevo a formación en columna y, después, la larga fila de unidades se puso en marcha rumbo al soto. Rehnsköld fue corriendo, furioso, para preguntar «adónde diablos» pretendía ir Lewenhaupt. ¿Acaso no quería dejar nada de espacio para la caballería? La intención del mariscal de campo no había sido que la línea avanzase en dirección al pequeño soto, sino avanzar hasta la altura del mismo. Con este movimiento continuado hacia la derecha, la infantería amenazaba con taponar por completo la única vía de escape de la que disponía la caballería para salir del reducido campo que se encontraba a sus espaldas. Era una maniobra torpe y Rehnsköld le leyó la cartilla al general. El susceptible Lewenhaupt, que ya había tenido que aguantar unos cuantos rapapolvos de parte del colérico mariscal de campo, no comprendió en qué se había equivocado y se sintió gravemente ofendido. En sus propias palabras, se sintió «totalmente enfurecido en mi interior y antes prefería la

muerte» que tener que continuar sirviendo bajo semejante mando. (Esta fuerte reacción a la bronca puede parecer drástica, pero una afrenta pública de este calibre tuvo que haber escocido considerablemente en el alma de un aristócrata que, desde su primera infancia, había sido adoctrinado a seguir una estricta etiqueta, donde todo estaba marcado por una rimbombante cortesía y donde cada violación de este código podía acarrear consecuencias violentas y hasta el homicidio.) Sin embargo, Lewenhaupt se serenó enseguida y dio la orden, con una voz alta y clara, de parar y reagruparse en línea mirando al enemigo. Acto seguido se disculpó ante el mariscal de campo; había pensado que estaba actuando según sus órdenes. Si Rehnsköld opinaba que la infantería se había desviado demasiado hacia la derecha, Lewenhaupt se ofreció para reconducirla hacia la izquierda. Pero el mariscal de campo, que probablemente había conseguido parar a los infantes antes de que pudieran alejarse demasiado, parecía estar razonablemente satisfecho y dijo: «No, podrán quedarse donde están», y se alejó un trecho montado en su caballo.

El desorden entre las filas de la caballería de Creutz había ido en aumento. Los escuadrones estaban apretujados en un confuso popurrí debido al reducido y desfavorable terreno.

Uno de los muchos civiles que había acompañado al ejército al campo de batalla ese día era el secretario de la cancillería Josias Cederhielm, de treinta y seis años, un hombre rubio con ojos claros y un aspecto atractivo y algo inocente. Había cursado sus estudios en Uppsala y, entre otras cosas, había tomado parte en las famosas autopsias realizadas por Olof Rudbeck. Después había iniciado una exitosa carrera civil: trabajó como maestro de ceremonias en el congreso de la paz en Rijswijk en el año 1697, registrador de la cancillería en el año 1700 y secretario de la misma desde hacía un año. El bautizo de fuego de Cederhielm se había producido ya en Narva, donde, por primera vez, experimentó la sensación de estar bajo el fuego. Allí había apresado personalmente a un teniente coronel ruso y desde aquel día era propietario del sable y las pistolas de este. Desde que entró en la cancillería, sus tareas de trabajo habían consistido en la redacción de cartas y traducciones, pero también había participado en ciertas misiones diplomáticas. Josias estaba en contra de la alianza con los cosacos, ya que —con referencia al pueblo judío— opinaba que la ira de Dios podría caer sobre los suecos por mezclarse con paganos. Era culto, instruido y trabajador, provisto de un intelecto vivo, y siempre parecía estar de buen humor: un profesional ambicioso del tipo que constituía la espina dorsal de la extraña gran potencia sueca.

Josias se percató del desorden. Sin embargo, un par de cosacos le informaron de que se podía evitar el desfavorable terreno por completo con tal de que circundasen la cercana aldea de Maloye Budiche. Equipado con esta vital información, Cederhielm espoleó su caballo y fue en busca de Creutz. Este ya había recibido información parecida de diferentes zaporozianos y también había sacado el tema ante Rehnsköld. Pero el mariscal de campo no había mostrado mucho interés, sino que se había limitado, como siempre, a darle una «respuesta lacónica». Aun así, Creutz opinaba que Cederhielm debería ir en busca de Rehnsköld para comunicarle la noticia del camino por el que podían rodear la aldea. Josias, que ya había aprendido a no confrontar al ceñudo Rehnsköld innecesariamente, se negó de manera categórica: «No lo haré». Entonces al general se le ocurrió una propuesta de compromiso: «En ese caso vaya a decírselo al conde Leijonhufvud —otro nombre por el que se conocía a Lewenhaupt— para que él se

haga cargo de comunicárselo». Cederhielm prometió que lo haría. Se marchó al paso pero no pudo encontrar a Lewenhaupt. Los minutos se fueron diluyendo.

La distancia entre las dos fuerzas disminuía poco a poco. El muro verde seguía acercándose laboriosamente.

La infantería sueca estaba todo lo preparada que la escasez de tiempo le permitía estar; no iban a disponer de más oportunidades. Una delgada línea azul, de aproximadamente un kilómetro y medio de extensión, estaba trazada sobre la llanura abrasada por el sol. Este fino trazo azul estaba compuesto por unos 4 000 hombres, repartidos en diez batallones. Estos estaban ya muy tocados tras las duras batallas que se habían librado alrededor de la línea de reductos, y solo contaban con una media de entre 300 y 400 hombres cada uno. Formaban una sola línea, estirada y rala, con grandes huecos entre las unidades. Frente a ellos, a menos de un kilómetro de distancia, un sólido muro estaba avanzando. Era la infantería rusa. Este macizo bloque estaba compuesto por un total de 22 000 hombres; 42 batallones dispuestos en líneas dobles y con huecos mínimos entre ellos. Estaban apoyados por alrededor de cien piezas de artillería, tanto de la artillería regimental, que en estos momentos estaba siendo transportada hacia delante junto con los infantes, como de las baterías de piezas pesadas del campamento. Las ruidosas granadas ya salían de las anchas bocas, trazando un arco de acero sobre la llanura, para después desintegrarse con un estallido sibilante y estruendoso. El correspondiente apoyo de artillería, por parte de los suecos, consistía en cuatro pequeñas piezas de cuatro libras. Eso era todo.

En realidad, la infantería sueca que quedaba solo constaba de doce batallones, pero los dos del regimiento de Västmanland todavía no habían podido regresar tras su intento de escoltar a Roos. Sin embargo, estaban cerca, justo detrás del ala izquierda.

Por la mañana, la infantería había sumado dieciocho batallones. Ahora se preparaban para la batalla decisiva con diez. Diez batallones contra 42.

La mayoría de los soldados suecos dedicaría el resto de sus vidas a recorrer aquel kilómetro, avanzando sobre la polvorienta llanura.

La secuencia de tropas de la infantería sueca estaba compuesta de las siguientes unidades, contando desde el ala derecha y en el orden por el que habían atravesado el cenagal. En el extremo marchaba el primer batallón de la Guardia de Corps, bajo el mando del capitán Gustaf Gadde. (Gadde tenía veintinueve años y era de la comarca de Vekelax, de la provincia de Viborg. Un hombre valiente e intrépido, casi temerario; dotado de un aspecto benévolo y bonachón, con unos oscuros ojos muy juntos. Había comenzado su servicio en la guardia a la temprana edad de catorce años, y, desde entonces, había subido peldaños en la jerarquía militar en función de sus méritos. En Narva, él y sus hombres habían capturado varias banderas rusas, pero la hazaña había estado a punto de costarle la vida: lo habían rodeado, infligiéndole heridas de sable en el brazo, pero consiguió abrirse paso por la fuerza. En Kliszov, en 1702, había recibido cuatro heridas: dos en el pecho, una en el brazo y otra en el cuello, y lo habían dado por muerto. Tal y como siempre sucedía, el cuerpo de Gadde había sido rapiñado y abandonado desnudo y magullado entre los cadáveres. Cuando se acercaba la noche, alguien lo encontró y lo llevó a un cirujano. Todavía tenía dos balas metidas en el cuerpo para recordarle aquella batalla. En Kliszov rompió la formación por iniciativa propia, y después pasó lo que pasó.)

A continuación venía el batallón de granaderos de la Guardia de Corps: aquella

unidad que se había perdido en el sistema de reductos y que, durante un buen rato, había estado sola bajo la lluvia de proyectiles a las puertas del campamento ruso. A diferencia de los otros regimientos de infantería, la guardia no era una unidad basada en la leva, sino que estaba formada por soldados que habían sido contratados en tiempos de paz en Estocolmo. Se trataba de una unidad profesional, una especie de academia de oficiales en la que los aspirantes a oficiales recibían su formación antes de pasar a otras unidades repartidas por el reino, siguiendo el procedimiento habitual. Era claramente un cuerpo de élite, algo que se podría adivinar, entre otras cosas, por los suntuosos uniformes de los oficiales. Los soldados llevaban el uniforme azul habitual con forro, solapas y medias amarillos, así como el ya conocido sombrero negro triangular. El cuello del abrigo de los cabos era de terciopelo, con galones de oro y plata. Los tamborileros, los pífanos y los que tocaban la chirimía también portaban uniformes coloridos, con muchos galones y vistosos ornamentos. Por encima de los dos batallones ondeaban las bellas banderas blancas de la unidad, en total ocho de ellas. (Sin embargo, estos dos batallones no estaban compuestos exclusivamente por soldados de la Guardia; también entre sus filas podían encontrarse soldados y oficiales de regimientos que habían formado parte del cuerpo de ejército de Lewenhaupt.)

Junto al de los granaderos estaba el único batallón de los hombres del regimiento de Skaraborg. El jefe era el coronel Carl Gustaf Ulfsparré, un guerrero curtido que había servido en Francia y Holanda, entre otros lugares. Los soldados llevaban el uniforme azul normal. (Un detalle que les distinguía de otras unidades era que sus pañuelos eran azules y blancos, en lugar del negro habitual.) Su bandera era de color blanco, como rezaba la tradición, con las armas de la corona y del rey en oro y azul. En las banderas de las compañías que cortaban el cálido viento se podía ver el león del regimiento de Skaraborg, corriendo sobre un lienzo partido en diagonal de esquina a esquina; la parte superior era negra, y la inferior, amarilla.

El cuarto batallón, contando desde la derecha, era el regimiento de Kalmar. Al igual que sucediera con los hombres del Skaraborg, los dos batallones iniciales se habían fusionado en uno durante la campaña. Los soldados del Kalmar también llevaban el uniforme azul habitual. (Los sombreros y las costuras de las medias eran guarnecidos con lazos trenzados en azul y blanco; los tamborileros lucían abrigos con forros de un rojo intenso.) Las banderas eran rojas, con llamas amarillas que relamían las esquinas y los laterales, apuntando hacia las armas de la provincia en el centro, un león rampante con una ballesta entre las zarpas. (El comandante de los soldados del regimiento de Kalmar era el coronel Gustaf Ranck, otro hombre de la vieja guardia que, entre otras cosas, había luchado en Brabant en la década de 1690.)

Los siguientes componentes de la delgada línea azul estaban compuestos de los dos batallones restantes de la Guardia de Corps, el segundo y el tercero bajo el mando del capitán Hans Manners-vård y el comandante Erik Gyllenstierna. Erik tenía treinta años, había nacido en Estocolmo, era soltero y además sobrino del general Lewenhaupt. También por encima de estos dos batallones ondeaban las banderas blancas de la guardia.

Junto al tercer batallón de la Guardia de Corps estaban los dos batallones del regimiento de Uppland. Estos eran numéricamente débiles y constaban, en su conjunto, de menos de 700 hombres. El comandante del primer batallón era el jefe regimental, el coronel Gustaf Stiernhöök. Tenía treinta y ocho años, era natural de Estocolmo y había iniciado su carrera como paje de cámara. El segundo batallón era comandado por el

teniente coronel Arendt Fredrik von Post. Las filas azules de hombres en espera estaban coronadas por banderas de color blanco y arena con las armas del Uppland, el orbe. En un tramo de poco más de 200 metros, estaba alineada la totalidad de las compañías del regimiento: la compañía de la Guardia, 108 hombres bajo el mando del capitán Márten Appelbom; la compañía del teniente coronel, comandada por el capitán Per Rosensköld (uno de los que habían ascendido desde lo más bajo —había comenzado como soldado raso en el regimiento de dragones de Jämtland en el año 1685—); la compañía del comandante, 88 hombres bajo el mando del capitán Carl Fredrik von Redeken; la compañía de Rasbo, que solo contaba con 44 hombres, encabezada por el capitán Nils Fehman (de cuarenta y seis años, hijo de un magistrado); la compañía de Sigtuna, comandada por el capitán Carl Gustaf Silfverlås (un hombre de treinta y cinco años, oriundo de la provincia de Uppland, que había iniciado su carrera como voluntario en la guardia a los dieciocho años); la compañía de Hundra härad, bajo el mando del capitán Georg Zacharias Grissbach; la compañía de Bålinge, cuyo jefe era Erik Kålbom, y la compañía de Lagunda, cuyo jefe era el capitán primero Nils Greek. Son solo algunos nombres de entre los 700 infantes de línea, músicos, suboficiales y oficiales. Media hora más tarde, casi todos estarían muertos.

A la izquierda de los hombres del regimiento de Uppland estaban los soldados del regimiento de Östgöta, otra unidad que, debido a las bajas del último año, había sido reducida a un solo batallón numéricamente débil, de tan solo 300 hombres. Llevaban el uniforme azul habitual, y los suboficiales disponían de pañuelos rojos, con solapas y medias azules. Sus insignias de campaña eran rojas. El nombre del comandante era Anders Appलगren, un coronel que apenas había alcanzado la mediana edad y que solo llevaba desde enero como jefe del regimiento. (El jefe regimental anterior había fallecido el 12 de enero, en Zekowa, como consecuencia de las heridas que había recibido durante el fallido asalto de Veprik. El nombramiento de Appलगren se había producido dos días más tarde.)

En el extremo izquierdo, justo al lado del pequeño cenagal, estaba el segundo batallón del regimiento de Närke-Värmland. Con toda probabilidad, esta unidad estaría desordenada, ya que era la última en la larga línea de infantería que había atravesado el cenagal que, a esas alturas, estaría apisonado a conciencia. Como ya hemos mencionado, el regimiento se había partido en dos durante la penetración del sistema de reductos; el primer batallón había desaparecido sin dejar rastro alguno, junto con el jefe regimental Roos. Georg Johan Wrangel, el hombre con el que Gyllenkrok había hablado durante los primeros enfrentamientos y que, en aquella ocasión, había expresado su preocupación por el desorden, llevaba el mando del segundo batallón. Los soldados iban vestidos de azul, pero el forro, las solapas y el cuello eran rojos. Las banderas que volaban sobre las cabezas de los soldados eran del mismo intenso color; sobre un fondo rojo se veían las armas del regimiento de Närke, las flechas cruzadas rodeadas de una corona triunfal.

La línea de infantería sueca era toda una aparición de colores brillantes e intensos. Decir que la disposición de las tropas era como una obra de arte puede parecer estrafalario, pero lo cierto es que estas disposiciones, a principios del siglo XVIII, podrían compararse con un *ballet*, con un componente plástico y otro dramático. Los actores, es decir, las diferentes unidades, llevaban ropa vistosa; trajes y banderas que tenían una dimensión claramente estética. Se podría decir que los movimientos y los pasos estilizados del *ballet* encontraban su correspondencia en las formas estrictamente

controladas de la infantería. Las unidades se movían según esquemas ensayados con esmero, y llevaban a cabo diferentes maniobras artísticas y sumamente complejas de orden cerrado, como dispersiones, contramarchas, giros, formaciones abiertas y cerradas, batallones rotos, filas desdobladas y dobladas, columnas, cuadrados, etc. Todo estaba marcado por las estrictas formas geométricas que tanto obsesionaban al Barroco. A esto hay que añadir que el *ballet* marcial de las tropas no se llevaba a cabo en silencio, sino que estaba siempre acompañado de música. Cada regimiento contaba con su propia banda, equipada con bajones, chirimías, pífanos y tambores, cuyos intérpretes casi siempre llevaban uniformes decorados con verdaderas cortinas de galones, ornamentos bordados, y lazos de plata o de pelo de camello. Con el sonoro timbre de estos instrumentos como fondo, las unidades daban vueltas por los campos de batalla y realizaban sus complejos movimientos, en una especie de *marcia pomposa*.

También podríamos afirmar que las disposiciones de las tropas, y las unidades formadas para la batalla, contaban con ciertas dimensiones dramáticas. Una compañía en formación reflejaba hasta cierto punto la sociedad feudal. La estricta jerarquía —con unos oficiales que en su mayoría eran aristócratas encabezando a un grupo de hombres que venían de las clases subordinadas de la sociedad— ilustraba la idea del pueblo obediente, controlado con mano firme por una minoría aristocrática, por el bien de la mayoría. También el juego de colores transmitía un mensaje. La jerarquía quedaba patente mediante un complejo sistema de detalles de vestimenta, donde los galones, los flecos, los lazos y otros elementos colgantes, así como diversos atributos como los gorjales, las pelucas y las botas, mostraban la posición del portador en la pirámide jerárquica. El uniforme azul general, junto con las banderas blancas de la guardia, que llevaban las insignias reales en oro, señalaba que la hueste era una unidad nacional antes que un conjunto de mercenarios a sueldo que habían sido reunidos para la ocasión. Todos eran hombres del rey, llevaban su uniforme y servían bajo su bandera.

Todos estos colores, trajes, banderas decoradas y movimientos artísticos acompañados de música formaban parte de un embellecimiento de la guerra. La contienda adquiría dimensiones estéticas y se convertía en una obra de arte. También una persona de nuestros tiempos podría apreciar la cruel belleza del orden de batalla, lleno de colores, música y movimiento, una especie de grotesca obra de arte total. El embellecimiento brotaba de una mentalidad distinta a la nuestra, una mentalidad en la que el aspecto estético de la realidad era mucho más importante que en la época actual, más utilitarista. Todos los elementos mencionados tenían un propósito práctico: las banderas servían para guiar a los soldados y mantener a las unidades unidas; la música ayudaba a mantener el ritmo, señalar el camino y guiar a la tropa; los coloridos uniformes contribuían a diferenciar —en el mejor de los casos— entre aliados y enemigos, pero también ayudaban a mantener la disciplina, ya que dificultarían una desertión al hacer que el soldado fuera más conspicuo (la misma idea que estaba detrás de las rayas en la vestimenta de los reos). Sin embargo, es posible afirmar que todos estos elementos se habían desarrollado hasta adquirir expresiones que iban mucho más allá de lo meramente práctico. La sonoridad de la música, los intensos colores y las orgías de tafetán y seda también ayudaban a embellecer la guerra. La misma tendencia estaba presente en el lenguaje de los oficiales, impregnado de eufemismos y graciosas circunlocuciones. El hecho de pegar un tiro a un adversario podría expresarse con las palabras «dispensarle unos arándanos», la artillería «tocaba una canción marchosa» y los soldados se

«divertían» con el enemigo. Al adversario se le daba «un cachete» o «un latigazo»; una batalla dura podría llamarse «un baile violento y entretenido». Todo servía para ocultar una realidad sucia y triste, y hacerla un poco más llevadera. Era la encarnación del sueño aristocrático de la guerra buena y bella. Pero la seda de las banderas quedaba manchada de sesos y tiras de carne, y los bonitos pantalones del uniforme se empapaban de sangre y excrementos.

Rehnsköld solo había estado apartado de Lewenhaupt por un breve momento tras su acalorada discusión sobre la malinterpretada maniobra de corrección cuando regresó. Ya había tomado la decisión. El mariscal de campo debió de ser consciente de su propia irascibilidad, y ahora se esforzó en mostrar una cara más amable. Cogió al general de la mano y le dijo: «Conde Lejonhuvud, debe usted acudir al ataque del enemigo; debe actuar como un hombre honorable al servicio de Su Majestad. Seamos ahora amigos y hermanos cercanos». El picajoso Lewenhaupt estaba sorprendido por la amabilidad y tuvo tiempo para pensar, recelosamente, que esta se debía a una creciente duda, por parte del mariscal de campo, acerca de las posibilidades de victoria. Rehnsköld tal vez estuviera tan amable con este hombre porque ahora iba a darle una misión que, con bastante probabilidad, le llevaría a la muerte. Sea como fuere, Lewenhaupt le devolvió las cortesías y le aseguró, con palabras un tanto rebuscadas, que, «como Dios hasta la fecha siempre me ha otorgado la gracia de poder demostrar que soy un fiel servidor de Su Majestad, sigo manteniendo la firme esperanza de que Dios, también en esta ocasión, muestre su misericordia hacia mí, para que este servidor pueda seguir demostrando su fidelidad hacia Su Majestad». A continuación, preguntó directamente al mariscal de campo «si el deseo de su excelencia era que con el enemigo la emprendiera en breve». La respuesta fue corta: «Sí, enseguida». Lewenhaupt replicó con las siguientes palabras: «Entonces, en el nombre de Jesús, que Dios sea misericordioso con nosotros». Acto seguido, el mariscal de campo dobló a la derecha, en dirección a la caballería. Lewenhaupt dio la orden. Comenzaron a sonar los tambores. Acompañada de la tenebrosa música, la línea azul arrancó, avanzando hacia el compacto muro verde de infantería rusa que se extendía sobre la llanura delante de ellos. Iban a atacar. 4 000 hombres atacarían a 22 000. Todos podían ver que la maciza línea enemiga era muy superior a la propia. En aquel momento muchos, tal vez la mayoría, tuvieron que haber comprendido que esto no podía salir bien, que ahora iban a morir. Continuar hacia delante, a pesar de todo, requería coraje, mucho coraje. Al propio Lewenhaupt la tarea no le inspiraba demasiado optimismo. Comenta el ataque, con referencia a sus soldados, de la siguiente manera: «Con estos, por así decirlo, pobres e inocentes corderos que acuden a la matanza, debía tratar de atacar a toda la infantería del enemigo».

En la *Saga de los Ynglings*, Snorri Sturluson menciona que los suecos solían sacrificar a su rey cuando la cosecha había sido mala. Era un sacrificio de expiación para aplacar la ira de unos dioses rudos y malvados. Ahora la situación era la inversa: el rey de los suecos sacrificaba a sus súbditos, condenándolos a la muerte. En esta ocasión, los infantes de línea suecos eran los animales que acudían a la matanza, y que serían sacrificados en una batalla que no era suya. Serían inmolados por las aduanas del estado sueco, por las grandes fincas de los aristócratas en los países bálticos y por el aumento de los beneficios de los capitalistas del comercio. Sus vidas no valían ni su peso en agua, eran las diez menos cuarto de la mañana y el enfrentamiento ya era inevitable.

17. «Ninguna bala mata al hombre»

En esta situación, el alto mando sueco había decidido, a pesar de contar con tan solo la quinta parte de los efectivos de los que disponía el enemigo, que mandarían a sus soldados al ataque. Se trataba de un intento desesperado de recuperar la iniciativa. Y en realidad era la única cosa que podían hacer.

La decisión no era tan mala como pudiera parecer. Como ya hemos mencionado, las tácticas de combate de la infantería eran extremadamente ofensivas: por lo general se aspiraba a alcanzar una resolución a través de un ataque de frente y obligar al enemigo a ceder ante el empuje de las picas y las bayonetas. Las armas de fuego tenían un papel subordinado frente al agresivo y animado ataque con armas blancas. Recibir el ataque ruso esperando pasivamente habría sido una cosa totalmente opuesta a los planteamientos tácticos ensayados, e incluso habría ido en contra del reglamento. Además, una defensa estática contra el asalto del enemigo habría sido directamente estúpida: los rusos habrían podido usar su enorme superioridad de artillería para reventar, literalmente, los batallones pasivos suecos desde cerca. Los suecos, con su defectuosa pólvora y sus escasas cuatro piezas de artillería, no podían competir con los rusos en cuanto al fuego. La única posibilidad para aquellos residía en un ataque directo con armas blancas.

No es que un ataque de armas blancas fuera especialmente eficaz, más bien lo contrario. Las bayonetas, los sables y las picas causaban muy pocas heridas en una batalla. La mayor parte de todas las heridas infligidas eran provocadas por disparos; el fuego mataba a la gran mayoría. También eran raras las ocasiones en las que se cruzaban las bayonetas; esto ocurría, normalmente, cuando ninguna de las partes involucradas tenía una vía de escape fácil, como por ejemplo en combates en núcleos urbanos, en fortificaciones o tras un ataque sorpresa en la oscuridad. Existe una idea romántica de que los duelos largos con estocadas de espadas y golpes de culatas eran algo común. Nada podría estar más lejos de la realidad. Las armas blancas apenas se utilizaban en las batallas. El uso quizá más frecuente de la bayoneta era el de acabar con los enemigos que ya estaban heridos. Otra ocasión en la que se tendía a usar las armas blancas era cuando tocaba perseguir a un adversario que huía. Aquellas veces que realmente tenían lugar combates mano a mano con bayoneta, estos normalmente eran a pequeña escala y solo duraban unos pocos y confusos segundos. (Sin embargo, cuando tocaba luchar cuerpo a cuerpo, los suecos tenían cierta ventaja gracias a su equipo. El sable que portaban todos los soldados suecos era, tal vez, la mejor arma blanca de apoyo que un ejército había llevado jamás en una batalla. Servía tanto para ensartar como para cortar. La bayoneta sueca tenía una sujeción más firme de lo que solía estilarse, por lo que era un arma sensiblemente más adecuada para apuñalar que el equivalente de muchos otros ejércitos, cuyas bayonetas se caían con facilidad, o se quedaban clavadas cuando la hoja atravesaba la piel, los músculos y los huesos.)

¿Cómo se llevaba a cabo una batalla? Una idea popular acerca de este asunto evoca la imagen de dos grandes masas de personas que chocan entre sí, como dos manadas de animales desbocados, en un furioso enfrentamiento hombre contra hombre. Esto ocurría muy raras veces. Por lo general, la batalla ya estaba resuelta antes de que se presentara la ocasión de luchar mano a mano. Normalmente empezaban con un bando que se acercaba a otro, lenta y laboriosamente, y a menudo con bastante desorden. Al

entrar dentro del alcance de las armas de fuego, se iniciaban los disparos. Si estas descargas no conseguían parar al atacante, el defensor, en nueve casos de cada diez, se daba a la fuga. Por lo tanto, antes de llegar al momento crítico en el que tocaba blandir las bayonetas, uno de los lados se replegaba y se alejaba del campo de batalla. Este repliegue no se debía al hecho de que el atacante hubiera sido derrotado físicamente —es decir, destrozado mediante un intenso fuego— porque, aunque esto también podía suceder, tampoco las armas de fuego constituían un método especialmente eficaz. Por el contrario, el intercambio de disparos podía ser un procedimiento costoso tanto en munición como en tiempo, y sus efectos a menudo no resultaban decisivos. En lugar de eso, el repliegue se debía, en la mayoría de las ocasiones, a que el coraje y la moral de las tropas comenzaba a fallar ante el decidido avance del adversario. Por ello se puede afirmar que el principal motivo de una derrota era sobre todo psicológico. Lo mismo podía ocurrir con los atacantes, que podían quedarse parados ante un frente defensivo firme e intacto, y verse atrapados en uno de estos interminables enfrentamientos de armas de fuego que los generales siempre querían evitar.

Las batallas siempre han contado con una considerable dimensión psicológica, y no se puede infravalorar la importancia de la moral para el resultado de un enfrentamiento. Las ganas de luchar por parte de los soldados individuales, su voluntad de atacar a sus adversarios, su capacidad de soportar penurias, siempre han tenido —y siempre tendrán— una importancia fundamental a la hora de decidir el resultado de una batalla. Si tenemos esto en cuenta, entenderemos que la gran ventaja de la táctica sueca no era técnica sino psicológica. Ante una batalla se confiaba en la fortaleza mental propia, y se daba por hecho que los nervios del adversario fallarían primero. El lado que atacaba siempre tenía cierta ventaja en cuanto a la moral. Uno de los axiomas de la ciencia de la guerra es que una postura ofensiva estimula, mientras que una posición defensiva desanima. Sin embargo, la particular forma de atacar, con armas blancas, era incluso más importante, puesto que aumentaba las ganas de los soldados de luchar y de acercarse a su enemigo. Si un soldado se acerca a un enemigo que se defiende mediante un fuego intenso, y no tiene la posibilidad de responder de la misma manera, solo hay una manera de que ese soldado pueda escapar del peligro, y esta reside en continuar el ataque y consumir el asalto. Los soldados suecos estaban atrapados bajo el yugo de diferentes estructuras tácticas, que les obligaban a atacar. Además, en el ejército sueco siempre se tendía a limitar el fuego propio para obligar a los infantes a defenderse mediante un ataque con armas blancas.

La táctica sueca, marcada por los furiosos choques de bayonetas, funcionaba muy bien siempre y cuando las fuerzas del enemigo tuvieran menos disciplina y menos fortaleza mental que las tropas propias. Esta era la clase de adversario a la que se habían enfrentado a lo largo de toda la guerra, y lo cierto es que habían cosechado repetidas victorias de esta manera. Sin embargo, uno de los problemas de este método de ataque era su escasa eficacia. Si te enfrentabas a un enemigo con mucha moral, una fuerte disciplina y —sobre todo— potentes armas de fuego, podías acabar mal. Si este adversario no se replegaba, sino que se mantenía firme mientras descargaba un fuego intenso, el asalto podía convertirse en un baño de sangre.

Con todo, si los suecos pretendían batir a los rusos, tendría que ser mediante un ataque. Además, este daría la posibilidad a la caballería, que estaba amontonada casi más allá de toda esperanza detrás de los infantes, de poder organizarse; tendrían tiempo y

sobre todo espacio para poner orden en sus confusas filas.

La línea de infantería no había terminado de ordenarse antes de que se diera la orden de ataque. Delante de ellos estaba la polvorienta llanura, quemada por el sol. Los soldados debían recorrer entre 700 y 800 metros antes de poder alcanzar las compactas filas rusas con sus bayonetas. Durante los primeros 600 metros avanzarían a una velocidad normal, en la que 100 pasos equivalían a 75 metros por minuto, por lo que tardarían unos ocho minutos en completar la distancia. Los últimos 200 metros avanzarían a un ritmo mucho más alto, siguiendo el procedimiento estandarizado en los ataques contra un enemigo que se defendía afanosamente con armas de fuego. Recorrer este trecho debería llevarles alrededor de un minuto. En total, tardarían nueve minutos en aproximarse al enemigo. Iban a ser nueve minutos muy largos.

La línea ya estaba dentro del alcance de la artillería rusa. Los pesados y ruidosos proyectiles volaban en arco hacia los suecos. Ahora, al inicio del avance, no podían causar mayores daños. Sin embargo, la cantidad y la puntería del fuego ruso irían en aumento conforme los suecos avanzaban. El verdadero infierno se desataría cuando a los batallones suecos no les quedaran más que unos 200 metros. Entonces, los cañones rusos podían empezar a disparar metralla y chatarra. Un poco más cerca aún, y estarían dentro del alcance de los mosquetes.

La delgada línea azul todavía no había avanzado mucho cuando los oficiales se dieron cuenta de que la coordinación no era la más idónea. Era una mala noticia.

Después de que Rehnsköld hubiera transmitido la orden de ataque a Lewenhaupt, se acercó hasta Creutz. Dijo al general de división, con referencia al recién iniciado ataque: «¿Puede usted ver que la infantería del enemigo es mucho más numerosa que la nuestra? ¿Qué podemos hacer?». Creutz contestó que «el único remedio sería que, una vez que nuestros infantes comiencen a divertirse con las bayonetas, yo entrase por el lado derecho». Rehnsköld se contentó con la propuesta de Creutz y se marchó al galope hacia el ala izquierda de la caballería. Esta estaba todavía afectada por la confusión y el desorden: las unidades se movían de un lado a otro sin rumbo fijo. Sin embargo, Creutz consiguió reunir a un par de escuadrones y los ordenó en el reducido espacio, pero tuvo que colocarlos en una columna. La disposición original de la caballería se había colapsado, y la caballería que Creutz estaba organizando venía de tres columnas diferentes.

La vanguardia estaba compuesta por escuadrones del regimiento de la Guardia de Corps comandados por el capitán Johan Blum, natural de Livonia. Detrás de estos se colocó el regimiento de caballería de Norra skånska. Este contaba con ocho escuadrones, con unos 600 hombres. Una de las compañías que entró en la formación fue la de Landskrona. Estaba compuesta de dos capitanes, uno de los cuales era el superior, Jonas Ehrenklo, un teniente, dos cornetas, cuatro cabos, un trompetero y 49 jinetes. En el tren de bagajes se habían quedado un cabo, el preboste, cuatro jinetes y nueve sirvientes del tren de bagajes, así como cuatro enfermos: un teniente y tres jinetes. En realidad, la compañía debería haber contado con 125 hombres, pero las enfermedades y las congelaciones habían causado estragos en las filas. También había habido un caso de suicidio: el jinete enfermo Johan Hägg se había pegado un tiro. Detrás de los hombres del Norra skånska venía una parte del regimiento de dragones que Hielm había colocado. El comandante de esta unidad era Carl Lewenhaupt, un teniente coronel de treinta y dos años nacido en Estocolmo. Él había asumido el mando del regimiento debido a la

ausencia de su jefe, el coronel Nils Hielm. El plan era que todas estas unidades, una tras otra y sin apenas espacio entre ellas, embistieran a la infantería rusa para apoyar, de esta manera, el ataque de la infantería sueca.

En su rápida cabalgada hacia el ala izquierda, Rehnsköld pasó por delante del rey y su cortejo. El estresado mariscal de campo frenó su caballo e informó a Carlos de que «la infantería ya acude rauda al ataque», y después se marchó como un torbellino. Gyllenkrok estaba asombrado. No podían haber pasado muchos minutos desde que la infantería les hubiera pasado, y exclamó: «¿Cómo es posible que se inicie ya la batalla?». El rey replicó con calma: «Ya están en marcha». Gyllenkrok se recompuso y, con una profunda inclinación, expresó su deseo de que «los ángeles de Dios protegieran a Su Majestad». Sin embargo, estos ángeles también contarían con la ayuda de los escoltas, algunos dragones de la guardia y aquella parte del regimiento de caballería de Norra skånska que no estaba con Creutz en el ala derecha. Todos ellos rodearon al rey cuando este fue levantado en su camilla y conducido hasta una pequeña colina con vistas a la llanura. El propio Gyllenkrok montó y galopó hacia el campo de batalla, en dirección a los infantes suecos que ya marchaban hacia el enemigo.

Al gordo de Piper no le dejaron dormir más bajo su árbol. Hermelin, que hacía un rato le había informado de que el rey ya se había marchado —y al que el dormido Piper le había tranquilizado diciendo que todavía no corría ningún tipo de prisa— llegó de nuevo sobre su caballo. Le informó de que «el enemigo ya estaba a punto de alcanzar nuestra posición, y que tan solo estaba a unos pocos tiros de mosquete de distancia». El recién despertado Piper se subió a su corcel. Desde su silla podía ver la larga línea de los rusos, que se extendía por la llanura. Después miró el caos que reinaba tras la infantería propia. Se giró asustado a Hermelin y dijo: «Esta vez Dios debe obrar milagros con nosotros para que todo salga bien». Dio la vuelta al caballo bruscamente y cabalgó hacia el ala derecha. Piper quería encontrar a Karl.

Al otro lado de la llanura, el muro verde reaccionó ante el ataque de los suecos. Se paró. El zar, que hasta ahora había cabalgado delante de la línea, encabezando el grupo reunido de generales, tenientes generales, generales de división, brigadieres y coroneles, paró. Hizo un gesto con el sable —una bendición a las tropas— y después pasó el mando al mariscal de campo Sheremetiev. Fiel a su costumbre, tampoco esta vez Pedro tomaría el mando del ejército. En lugar de eso, dirigió Lizette hacia una división en el centro de la línea que él había decidido comandar. El mariscal de campo ordenó a todos los oficiales de más alto rango que asumieran el mando de sus unidades. Las piezas de artillería se colocaron en los pequeños huecos entre los batallones, y abrieron fuego.

La distancia todavía era bastante grande, unos 500 metros. Por esta razón, el bombardeo se inició con descargas de balas. Los proyectiles cayeron a un ritmo constante, con un ruido sordo como de martillazos. Las macizas bolas de hierro, con un diámetro de 7,7 centímetros, eran arrojadas a una velocidad de 220 metros por segundo. Alrededor de dos segundos después de haber sido disparadas impactaban en sus blancos.

Las balas abrieron brechas, salpicadas de sangre, que atravesaron a los batallones en pleno avance, pero no los frenaron. Los soldados fueron reventados, machacados, mutilados, hechos pedazos. Uno de los que recibieron los impactos fue Sven Kling. Era alférez en el regimiento de Skaraborg. El tamborilero Anders Persson, de Árteberg en la comarca de Härja, vio cómo una bala de cañón impactó en el oficial. Lo veía desde una posición justo por detrás de Sven; en una unidad formada para la batalla, los músicos

caminaban por detrás del alférez, que portaba la bandera. La bala impactó en la entrepierna de Sven y le cortó en dos. El destrozado alférez cayó al suelo y murió casi enseguida, sin pronunciar una sola palabra.

Pero fíjense en Marte, en sus ardientes y atronadoras serpientes,
¿qué hacen?

Los reptiles y las serpientes, los dragones que vomitan fuego;
los grandes cañones, las anchas bocas de los morteros y otras cosas
parecidas, con sus granadas repletas de veneno y chatarra,
traicioneros petardos y terribles minas que revientan la tierra,
¿qué hacen? Cuando estos comienzan a rugir, chisporrotear,
silbar y chillar, las cabezas y los brazos vuelan
como perdigones, y los hombres y los caballos caen en montones
unos sobre otros.

GEORG STIERNHIELM

La suave brisa de verano soplaba de cara a los soldados suecos, y traía una tiniebla que apestaba a pólvora —el olor a pólvora negra tras una detonación recuerda al olor de huevos podridos—, que penetraba en sus filas. La visibilidad era cada vez más reducida.

Avanzaron paso a paso, metro a metro. Los soldados fueron recortando la distancia entre las dos líneas, pisoteando la hierba del ardiente suelo con sus botas. Es posible imaginarse una parte del terrible espectáculo: el sol; el largo e impenetrable muro verde de la infantería rusa, coronado por las coloridas manchas de las banderas; una imparable sucesión de cuñas llameantes que rasgan el aire delante de los pequeños cañones; las grandes y expansivas columnas de humo, adornadas por las llamas y cada vez más altas y densas, que se elevan delante de las líneas rusas; las pequeñas bolas negras que inscriben sus veloces trayectorias en el polvoriento aire, visibles para el ojo. Y, al otro lado de la llanura, la fina línea azul que avanza con rapidez: las banderas que cortan el viento, el golpeteo de las armas y el equipo, el tintineo producido por las balas y la metralla que rebotan en las bayonetas y en las hojas de las picas; los sordos redobles de los tambores; los sibilantes tonos, apenas audibles, de pífanos y trompetas; los altos gritos: furiosas órdenes, gruñidos y alaridos de agonía apenas humanos que rasgan aún más el cielo, ya partido por el sol; los hombres que se caen, se desploman, se tropiezan, se derrumban, se tambalean, se golpean, se resbalan, se desmoronan, se arrojan al suelo abrasado por el sol; chorros de sangre y extremidades arrancadas; retorcidos y polvorientos bultos medio cubiertos por velos rojos; viscosos trozos, difícilmente identificables, de seres humanos; intestinos reptando por el suelo y grandes charcos de sangre que se ennegrece al instante; y los soldados de la fina línea azul que continúan hacia delante, siempre hacia delante, adentrándose en el espeso y virulento humo que termina tragándoselos por completo.

Casi en el extremo del flanco derecho, en medio del batallón de los granaderos de la Guardia de Corps, en la compañía de Oxenstierna, caminaba el cabo piquero Erik Larsson Smepust, de veintiocho años, nacido en el pueblo de Oxberg, en el este de la provincia de Dalarna. Bajo su mando tenía diez piqueros de línea: Eric Järnberg, Swarthufwudh, Drabitus, Erick Berg, Thomas Swan, Mattz Graan, Oluf Ellg, Johan Hiellmar, Mattz Stockenström y Lars Bergwijk. Al cabo Smepust le parecía que el fuego

de tambor de los cañones rusos sonaba como «un insistente trueno».

Cuando faltaban alrededor de 200 metros, la artillería rusa dejó las balas y pasó a disparar metralla. La lluvia de hierro se convirtió en una tormenta de fuego. Las llameantes cargas fueron expulsadas de las bocas de las piezas regimentales; un enjambre tras otro de perdigones de plomo, fragmentos de sílex y angulosos trozos de hierro fueron incrustados en la delgada línea azul. Los suecos continuaron obstinadamente hacia delante, marchando con la cabeza alta a través de los sibilantes chubascos de metralla, tal vez machacando el mensaje, en medio de su angustia, de que el reglamento decía la verdad y que «ninguna bala mata al hombre»; daba lo mismo que uno caminase recto a través de la tormenta de plomo o tratase de buscar refugio, porque la muerte, en última instancia, dependía de la voluntad divina.

Si esto era verdad, resultaba evidente que Dios quería que un montón de pobres soldados suecos murieran en aquel momento, durante esos terribles minutos. Las descargas abrieron grandes brechas en las filas, que quedaban cada vez más dispersadas. Se desintegraron destacamentos, compañías y batallones enteros. La línea de infantería sueca era como un enorme carro que choca a gran velocidad y queda reventado, hecho pedazos, pero continúa hacia delante, sin parar, debido a su propio peso y a la descontrolada velocidad. Desde luego, había algo propio de una máquina en este demencial asalto. Probablemente fue durante estos pocos minutos, cuando los cañones rusos escupían su metralla, cuando el fuego de la artillería alcanzó su máxima eficacia.

La tormenta de fuego causó una impresión indeleble en aquellos soldados que sobrevivieron a ella. En diarios y notas posteriores encontramos expresiones toscas que nos dan una idea de la espantosa realidad. Norsbergh, el escribiente de los escoltas, habla de «bombas severas arrojadas junto a granadas que volaban por el cielo, como si de una tremenda granizada se tratase». El pastor de un escuadrón del regimiento de caballería de Småland, Johannes Siöman, dice que el fuego de la artillería rusa era absolutamente horroroso y «ensordecedor», y que «el pelo se nos ponía de punta por el trueno de los cañones y la metralla, así como por las descargas». Uno de los espectadores del campo de batalla, David Natanael Siltmann, un teniente coronel prusiano y consejero del príncipe que acompañaba al ejército sueco en calidad de observador, escribió después a casa, notablemente aturdido, para contar que el fuego ruso era tan potente que resultaba casi indescriptible; también lo comparó con una tormenta de granizo.

El incesante fuego era terriblemente violento y las bajas fueron muy numerosas. Y todo ello ocurrió antes de que los suecos pudieran responder a la lluvia de metal. El batallón de Kalmar sufrió las consecuencias más duras; el jefe regimental Gustaf Ranck cayó, junto con gran parte de sus hombres; un participante afirma que en «una sola descarga conjunta perdieron prácticamente la mitad del regimiento». Otro superviviente, el teniente de infantería Friderich Christoph von Weihe, alabó a los infantes suecos: «Continuaron avanzando hacia la muerte, y la mayoría de ellos cayeron presas de los atronadores cañones rusos antes de que pudieran hacer uso de sus mosquetes».

La fina línea azul atravesó el humo de la pólvora a base de empujones; los soldados y los oficiales avanzaron a trompicones por un caótico hervidero de chispas de pólvora y balas, sin poder devolver ni un solo disparo. En consonancia perfecta con la táctica ensayada, esperaron hasta el último momento antes de abrir fuego. Cuanto más se acercaran, más efecto causaría la descarga. Y ahora era más verdad que nunca, ya que la pólvora era de una calidad claramente dudosa. Solo iban a poder efectuar una sola

descarga: después tocaba avanzar blandiendo la bayoneta, la pica y el sable. Así que continuaron luchando por avanzar con las armas en silencio, dejando en su estela a los muertos y los heridos.

Pudieron apreciar un movimiento en el muro verde que estaba delante de ellos. Las primeras filas rusas se arrodillaron. Los mosquetes se elevaron. Los soldados suecos estiraron las piernas para atravesar la maloliente niebla de pólvora. Corrieron el último tramo, derechos hacia la eternidad.

18. «Como la hierba que siega la hoz»

La descarga rusa llegó desde una distancia de unos cincuenta metros. Las cuatro filas, a lo largo del alargado frente, dispararon a la vez, y la atronadora descarga atravesó la irregular línea de hombres que corrían hacia delante.

A lo largo de la historia, diferentes testigos han intentado describir cómo suena, y qué se ve, cuando una potente descarga concentrada de mosquetes asola un campo de batalla. Algunos dicen que suena como cuando uno desgarrar un gran trozo de tela basta, pero muchísimo más amplificado. Otros lo asemejan al ruido que se produce cuando uno vuelca una gran cantidad de canicas, todas de golpe, sobre una chapa, con breves pausas intercaladas en las que solo se oyen disparos sueltos. También se han utilizado varias imágenes para tratar de describir los efectos de las descargas en las largas filas de soldados erguidos. Algunos dicen que las filas ondeaban como cereales en los campos, otros que las unidades solían temblar y tambalearse como una cuerda suelta que alguien agita desde uno de los extremos. Un símil frecuentemente utilizado entre los suecos que luchaban en la guerra es la comparación entre la gente que caía y la hierba que siega la hoz. En una descripción de esta batalla se habla de cómo la artillería rusa «había segado a los nuestros igual que cae la hierba ante la hoz». La imagen dice bastante: habla de cómo, de repente, una maciza nube de proyectiles muerde la línea como una hoja invisible y siega, prácticamente en el mismo segundo, a los soldados, que caen al suelo como hierba cortada. Este es el fenómeno que daba lugar al extraño aspecto de algunos campos de batalla: los muertos quedaban colocados en filas ordenadas y correctas, atrapados incluso más allá de la vida terrenal en las estrictas formaciones militares. Si nosotros pudiéramos ver el efecto de estas descargas, lo más seguro es que lo asociáramos a una ejecución en toda regla.

Unos pocos segundos después de la ensordecedora descarga, llegó el terrible eco desde la línea sueca. Eran los golpes que se produjeron cuando los innumerables cuerpos cayeron al suelo y el estrepitoso ruido de las armas desprendidas de sus manos. A uno de los participantes rusos le pareció que sonaba como el ruido de un edificio que se derrumba.

Hacia el centro de la línea sueca cabalgaba Lewenhaupt. En sus propias palabras, en esta fase del ataque, cuando los rusos también abrieron fuego con sus mosquetes, la descarga era tan potente que «resultaba difícil, humanamente hablando, imaginarse que una sola persona de nuestra expuesta infantería pudiera escapar de ahí con vida». Sin embargo, ni en aquel momento quería Lewenhaupt responder al fuego; prefería acercarse aún más para conseguir el mayor efecto posible de sus disparos; la idea de la defectuosa pólvora le estaba royendo por dentro. Había perdido el contacto con su propia línea; la nube de pólvora le impedía ver qué ocurría en el flanco derecho. Aquella parte de la línea que todavía podía controlar, a pesar del caos y el humo, estaba compuesta del único batallón del regimiento de Skaraborg, el diezmado batallón del regimiento de Kalmar, el segundo y el tercer batallón de la Guardia de Corps, así como los dos batallones del regimiento de Uppland. Movi6 esta parte de la línea un poco más hacia el muro de soldados y cañones rusos, que no paraban de vomitar fuego, con la implacable fuerza de un desastre natural.

Los dos batallones de la Guardia de Corps que formaban parte del flanco derecho

también seguían avanzando. Ellos les acompañaban en el rápido ataque a la infantería enemiga. Por el contrario, los batallones del ala izquierda todavía no habían sufrido las consecuencias del fuego de los rusos. El único batallón del regimiento de Östgöta y el segundo batallón del regimiento de Närke-Värmland se habían quedado atrás; esta parte de la línea no avanzaba al mismo ritmo, lo cual era una consecuencia de la mala alineación al inicio del ataque.

Cuando los soldados suecos del centro de la línea y del ala derecha continuaron avanzando, a pesar de la bestial descarga, ocurrió lo que, por lo general, solía suceder en estas situaciones: los soldados rusos dudaron y se replegaron. El enemigo comenzó a retirarse, disparando y arrastrando las picas tras de sí. En algunos casos, incluso abandonaron sus cañones regimentales de tres libras. Lewenhaupt gritó «abran fuego». Los batallones suecos doblaron rápidamente sus filas rotas; esto quiere decir que las dos filas traseras dieron un paso hacia delante y se colocaron hombro con hombro con las dos filas delanteras. La distancia con los rusos que se retiraban era a veces muy corta, a veces de tan solo unos treinta metros. Elevaron los mosquetes y efectuaron una atronadora descarga. En algunos puntos, la descarga de la andanada tuvo el efecto deseado y acabó con muchos soldados rusos que estaban huyendo. En otros puntos, donde la pólvora de las unidades era defectuosa, la cosa no fue tan bien: algunos tiradores solo consiguieron prender la pólvora de la cazoleta de sus mosquetes. En el caso de los que sí consiguieron efectuar el disparo, el hueco y débil estallido delataba la pobre energía de las balas. El propio Lewenhaupt asemeja los estallidos al ruido seco que se produce al chocar un par de guantes entre sí.

Ahora todo comenzó a disolverse en un confuso caos que, de alguna manera, recuerda a un hormiguero pisoteado: las mismas carreras ciegas de un lado a otro, los mismos movimientos excitados y la misma aparente ausencia de sentido, aparte del impulso de avanzar, matar y volver a matar. Los batallones verdes se replegaron ante el ataque de los suecos. Los que se tambalearon eran regimientos como los de Kasan, Pskov, Sibiri, Moskov, Butir y Novgorod. La primera línea rusa había dado media vuelta y marchaba hacia atrás, chocando con la segunda línea que, hasta el momento, había esperado tras ella sin tomar parte en la batalla.

Este fue un momento muy crítico para los rusos. Este segundo nivel defensivo — o segunda línea, tal y como se la llamaba en términos técnicos— podía funcionar como un apoyo mudo para la primera línea, aparte de proporcionar refuerzos. Sin embargo, lo más común era que la segunda línea cayera derrotada junto con la primera si esta se replegaba. La defensa de la segunda línea tendía a quedar deshabilitada una vez que el enemigo hubiera roto la formación de las fuerzas propias. Es fácil imaginarse el terrible caos que surgiría cuando una primera línea en retirada chocaba con la segunda, que estaba inmóvil; grandes grupos de aterrorizados soldados podrían arrastrar consigo a otros, que hasta el momento no se habían visto afectados, y de esta manera crear una contagiosa ola de pánico generalizado. En una situación así, la aterrada y ruidosa aglomeración de soldados podría acabar huyendo desamparada delante de la afilada valla de las bayonetas; podían acabar arrollados o dispersados por todo el campo de batalla. Con tal de que los suecos consiguieran romper la línea en un solo punto, podían llegar a reventar todo el ancho frente. La profundidad de la disposición en dos líneas, y la gran superioridad numérica, era susceptible de convertirse en una traba para los rusos antes que una ventaja.

Después de que el repiqueteo de las descargas dejara de retumbar, los batallones suecos continuaron hacia delante, persiguiendo afanosamente a sus adversarios, que ya estaban en plena retirada. Los rusos todavía no huían, sino que se replegaban con cierto orden, y por ello la velocidad no era lo suficientemente alta como para dejar atrás a sus perseguidores. Además, la segunda línea, que estaba justo por detrás, tuvo que haber supuesto un obstáculo para un repliegue rápido por parte de la primera. Tras una breve carrera de unos cien metros, los soldados suecos alcanzaron a los enemigos. Clavaron las puntas de las picas y las hojas de las bayonetas en las espaldas de los soldados rusos que se retiraban.

En el centro de la línea azul, los dos batallones de la Guardia de Corps estaban avanzando hombro con hombro. El segundo batallón de Mannersvärd penetró la primera línea rusa y conquistó cuatro piezas de artillería. El segundo batallón de la guardia tomó rápidamente un par de piezas rusas, las pasó y continuó empujando la línea enemiga hacia atrás. En el extremo derecho avanzaba el primer batallón de la guardia. Bajo el mando del belicoso capitán Gadde, irrumpieron en las líneas rusas y tomaron cuatro banderas y seis cañones, uno de los éxitos individuales más importantes alcanzado por cualquier batallón en el transcurso de este ataque. Gadde se abalanzó sobre una de las piezas tomadas, consiguió girarla de tal forma que la boca apuntara hacia las filas rusas y efectuó algunos disparos hacia ellos. También los hombres del batallón de los granaderos —la unidad del cabo Smepust, que avanzaba junto a los soldados de Gadde— consiguieron tomar algunos cañones regimentales del enemigo.

La larga línea rusa estaba tambaleándose, vacilaba. Una gran parte del muro verde estaba siendo empujada hacia dentro. Si un fragmento cedía y se colapsaba, el resto seguramente lo acompañaría en la caída. Por inverosímil que pareciera, y por muy escasas que hubieran sido las probabilidades de éxito cuando se iniciaba el ataque, la victoria estaba al alcance de los suecos. Era como tratar de romper una gran rama: había que tirar y tensar con mucha fuerza hasta que por fin, con un gran crujido, se rompía en dos. Hacía falta empujar la línea rusa un poco más hacia atrás, tal vez solo un poquito más, para que se rompiera, pero, si soltaban la rama, corrían el riesgo de que esta volviera hacia atrás para darles un latigazo en la cara.

Lo que ahora hacía falta para decidir la suerte de la batalla era un masivo choque de caballería. Una rápida intervención de la caballería sueca debería proporcionar el empuje final necesario para convertir la retirada del enemigo en una huida a todos los efectos, y así culminar la derrota rusa que ya se podía sentir en el aire. Además, la caballería ya tendría que entrar en acción en el flanco derecho para alargarlo, con el fin de que los soldados de este extremo no acabasen rodeados por la parte saliente de la larga línea de infantería rusa, a la que no podían atacar de frente por falta de efectivos. Pero aquel era un día en el que casi nada salía según el plan del ejército sueco; en ningún momento de la batalla se podía prever la evolución de los acontecimientos. Y ahora, el choque de caballería tardaba en llegar. ¿Dónde se había metido?

También en el extremo izquierdo hacía falta apoyo de caballería. Como acabamos de mencionar, esta parte de la línea se había quedado atrás durante el ataque. Mientras se acercaban a la larga línea rusa, es probable que las dos alas, la derecha y la izquierda, independientemente la una de la otra, se desviarán hacia sus respectivos extremos de manera más o menos inconsciente, todo para reducir la amenaza de verse acorraladas. Otros batallones —en función de sus posiciones— les habrían acompañado en estos

movimientos. El resultado no era positivo: entre el ala derecha e izquierda de la infantería se había creado un gran hueco. Por si esto fuera poco, toda la línea ya se había estirado hasta conseguir que los ya de por si grandes espacios entre los batallones se hubieran ensanchado aún más, hasta alcanzar una anchura de hasta 100-150 metros en algunos puntos, a la vez que una parte de las unidades suecas del lado izquierdo habían comenzado a apelotonarse. La delgada línea azul había dejado de ser una línea. Para colmo, el extremo del ala izquierda seguía rezagado. ¡Todavía no habían entrado en combate con la parte correspondiente de la línea rusa! Cuando los batallones de la derecha empujaron a sus adversarios hacia atrás, se separaron todavía más de aquellos que se habían quedado rezagados en el lado izquierdo. Cuanto más perseguían a los rusos, más se ensanchaba el hueco que les separaba de las últimas unidades de la izquierda, o las que se habían parado. Y cuando los soldados rusos que se encontraban delante del ala izquierda sueca comenzaron a empujar hacia delante, el hueco se convirtió en un abismo. Se produjo una especie de efecto de puerta giratoria. Además, la infantería rusa era muy fuerte en este flanco; aquí se encontraban las unidades de élite de la hueste rusa, la brigada de la guardia: los regimientos de Astracán, Ingria, Semiónov y Preobrazhen. (Esta última unidad había comenzado como el famoso regimiento-juguete del adolescente Pedro —compuesto de todo tipo de efectivos, desde jóvenes boyardos hasta mozos de cuadra—, pero con el paso del tiempo se había convertido en la mejor unidad del ejército ruso.) Mientras los suecos del ala derecha avanzaban con premura, sus compañeros del lado izquierdo fueron empujados hacia atrás. Los flancos derechos de ambos lados avanzaron, y los flancos izquierdos de los dos ejércitos se replegaron. Sin embargo, los rusos amenazaban con rodear a las tropas suecas, y además podían atravesar las anchas aperturas entre los batallones, gracias a sus grandes masas de hombres. La situación era extremadamente peligrosa.

Desde su posición, por detrás de una sección de la guardia en pleno avance, Gyllenkrok pudo ver que el ala izquierda se había quedado rezagada. Cabalgó apresuradamente hasta el lugar y se encontró con el coronel Appelgren, el comandante del único batallón de los hombres del regimiento de Östgöta; estaban en el extremo izquierdo y frente a ellos tenían a la poderosa brigada de la guardia. Gyllenkrok le apremió, señalando que «la guardia ya ha chocado» y le pidió que «se diera prisa». Appelgren estaba en apuros. Replicó, con referencia a la estirada línea rusa, que ya estaba bastante cerca: «Usted mismo puede ver que acabaré totalmente rodeado por esta larga línea enemiga que tenemos enfrente». Necesitaban ayuda, y Appelgren suplicó a Gyllenkrok que sacara algo de caballería para apoyarles. Este, voluntarioso, contestó «haré lo que pueda» y espoleó su caballo. Continuó cabalgando un poco más hacia la izquierda para tratar de encontrar algo de caballería y cumplir con la desesperada solicitud del coronel, antes de que fuera demasiado tarde.

¿Dónde estaba la caballería sueca? La mayor parte del ala derecha de la caballería todavía estaba en desorden y no se podía esperar ninguna acción conjunta de su parte hasta dentro de un buen rato. Los únicos que estaban preparados para intervenir eran los hombres del grupo de Creutz, que por fin se habían organizado y estaban cabalgando hacia el lado derecho, en dirección al extremo izquierdo de la línea rusa. Cuando los rusos avistaron la ola expansiva de caballos, acero y estandartes que cortaban el viento, actuaron rápidamente y según el reglamento. Los cuatro batallones provenientes del regimiento de granaderos de Busch y del regimiento de Nischninogorod crearon un gran

karé, o cuadrado, la formación habitual para hacer frente a un ataque de caballería. El resultado fue una fortaleza menor, compuesta de cañones, mosquetes y picas que apuntaban en todas direcciones. Fueron cuatro batallones rusos los que se juntaron de esta manera para abortar el ataque. Cuando el grupo de Creutz se acercó, los rusos abrieron fuego con sus cañones; descargas de balas martillearon los escuadrones, que estaban avanzando en forma de arado.

El ala izquierda de la caballería estaba, a su vez, dividida en dos grupos. El grupo que se había dejado atrás, al norte del cenagal menor, actuaría como protección del flanco contra la caballería rusa, que estaba apostada alrededor de Pobivanka y Tachtaulova y compuesta sobre todo por las tropas de Bauer y Volkonski. Los jinetes suecos de este lado estaban formados y preparados para el enfrentamiento. El resto de la caballería de la izquierda no había entrado en formación, sino que se encontraba ociosa, sin intervenir, muy por detrás de la infantería, al igual que sus compañeros del ala derecha.

Durante la cabalgada, Gyllenkrok por fin encontró a la caballería y vio a un par de escuadrones que venían a toda carrera. Estos recibieron la orden de apoyar a la infantería, «pero ya, por el amor de Dios», añadió, porque el tiempo apremiaba.

Entonces ocurrió. Los jinetes doblaron a la derecha para posicionarse de cara al ataque. En medio de la maniobra, pudieron ver una escena que les llenó de terror. Los soldados de la infantería sueca que tenían más cerca, en el extremo izquierda, tiraron sus armas y se dieron la vuelta. ¡Los soldados habían empezado a huir!

19. «¡Ni el propio diablo es capaz de mantener la línea!»

La fracción de la tropa de Creutz, que acababan de enviar hacia delante, ya estaba metida de lleno en la refriega contra el cuadrado ruso cuando fue atacada por detrás. Unos escuadrones del ala izquierda de la caballería rusa, bajo el mando de Menshikov, habían realizado un movimiento envolvente en la llanura; de esta manera, habían alcanzado una posición desde la que podían atacar a los suecos por la espalda. Los jinetes suecos se desprendieron de los complicados combates contra la infantería —la tropa de Creutz ya había perdido varios estandartes—, dieron media vuelta y cabalgaron al ataque para hacer frente a esta nueva amenaza. Los adversarios se retiraron todo lo rápido que pudieron. Fue en aquel momento cuando algunas secciones de la infantería sueca tiraron sus armas y comenzaron a huir.

¿Cómo surgió este pánico? Probablemente fue por la presión de las numerosas bajas sufridas en un plazo de tiempo muy corto —algo que siempre influye negativamente en el ánimo de los soldados, especialmente si caen muchos oficiales, que es la fuerza que supervisa, guía y une— junto con la amenaza de verse acorralados, lo que acabó con las ganas de luchar de los soldados. La guerra es un juego sumamente brutal en el que intervienen factores psicológicos muy difíciles de calcular; cuanta más presión se ejerza sobre un grupo de soldados, más inestable y menos fiable se vuelve su psique. El peligro se diluye cuando es compartido por seiscientos hombres, pero el coraje de un soldado equivale al coraje de los compañeros que tiene a su izquierda y a su derecha; o a la cobardía de ellos. En último término, detrás del pánico estaba la debilitada moral: el hartazgo de la guerra, el cansancio físico y las dudas. Nunca sabremos cuál fue el factor desencadenante; cualquier detalle insignificante podría haber puesto en jaque los nervios, que ya estaban a flor de piel; tal vez una orden no comprendida o un movimiento malinterpretado, quién sabe.

Georg Stiernhielm, en su poema «La elocuencia del terror en el campo de batalla» nos ofrece una poderosa y clara imagen del pánico en la contienda:

Mi madre es la espantosa noche oscura;
y yo soy pálido y enfermizo.
Mi poder y la cosecha de mi gran victoria
reside en el angustioso frío y el temblor del corazón,
en la escarcha del terror y los temblores.
Cuando quiero vencer a una hueste,
no me hacen falta ni armas ni armaduras;
un rincón oscuro, una pesadilla, una sombra,
una voz, una palabra inesperada, un alarido,
una escena sorprendente, un pensamiento,
un malentendido y un paso en falso; estas son mis armas,
mi armadura y mi protección
Con ellas tumbo a muchos miles de hombres
y reviento a huestes enteras.

Lewenhaupt también vio cómo algunos hombres del ala izquierda comenzaban a retroceder, mientras el ala derecha seguía avanzando. Todo transcurrió muy deprisa. En unos pocos instantes, las costuras de las unidades se rompieron; la parte de la línea que

había cedido se convirtió en un caos en el que se mezclaban los cadáveres de los caídos con los soldados en plena huida. Los infantes de los batallones reventados se desparramaron sobre la llanura como riachuelos. En cuanto Lewenhaupt lo vio, dio la vuelta a su caballo y cabalgó todo lo rápido que pudo hacia allí. Había que reagrupar a los huidos, ¡tenía que conseguirlo!

Eran los dos batallones de los regimientos de Närke y de Östgöta los que se habían dado a la fuga. El general se topó primero con los desordenados grupos de soldados del Östgöta, que estaban corriendo hacia atrás. En medio de la riada de soldados se encontraba su jefe, Appelgren. Estaba herido y gritaba desesperadamente a sus hombres que dejaran de correr. Lewenhaupt se acercó a Appelgren y le suplicó: «Señor coronel, le ruego que por el amor de Dios trate de poner orden en sus filas; ya ve cómo estamos empujando al enemigo hacia atrás a nuestra derecha». Appelgren, rendido, dijo que «no puedo hacer que mantengan la línea, y además estoy herido» y pidió a Lewenhaupt que le ayudase: «Dios quiera que el señor general pueda frenarlos». Lewenhaupt lo intentó; cabalgó por delante de los que huían, rogando, amenazando, golpeando y jurando.

A fin de cuentas, un ejército no es más que una masa muy bien organizada de personas, y, bajo la presión de unas pruebas demasiado duras, esta masa obedece las mismas leyes que cualquier otra multitud. Un gran grupo de personas que huye es el producto de una amenaza, y todos se ven arrastrados, empujándose unos a otros, en una sola dirección. Hay una seguridad dentro de la masa —nadie que participe en esta irreflexiva carrera hacia la salvación piensa que le va a tocar justo a él morir— pero es una carrera que fácilmente puede convertirse en una ola de pánico en la que todos luchan por abrirse paso. Debió de ser muy difícil conseguir que estas personas parasen para hacer frente al mismo peligro que acababa de poner alas en sus pies.

En cuanto eche a andar, ya lo habré conseguido,
ya no se obedece ninguna orden.
Nadie hace caso a «¡A sus puestos!»
Nadie cuida de nadie.
Coraje, poder, sentido y cordura, todo se desvanece;
el mejor es el que mejor corre.

GEORG STIERNHIELM

Los gritos, los juramentos y los golpes de Lewenhaupt fueron en vano. La huida continuó. Era como si los aterrorizados soldados estuvieran ciegos y sordos.

No fue hasta aquel momento cuando la caballería por fin entró en acción. Sin embargo, sus intervenciones carecieron de coordinación. Las confusas masas de escuadrones, que se encontraban en las praderas junto al bosque y alrededor del pequeño cenagal, todavía no habían sido agrupadas por los máximos responsables: Hamilton, Creutz y Rehnsköld. Creutz, que comandaba el ala derecha entera, se había marchado con una pequeña parte de sus fuerzas para ayudar a la infantería, y había dejado atrás al resto. La confusión seguía reinando y nadie reunió a los escuadrones para realizar alguna acción conjunta. Parte de la explicación para esto era la falta de tiempo. Solo había transcurrido un breve período de tiempo desde que la fina línea azul había iniciado su particular marcha de la muerte sobre la polvorienta llanura, tal vez solo unos diez o quince minutos. Organizar a un escuadrón apretujado o dividido podría ser un trabajo

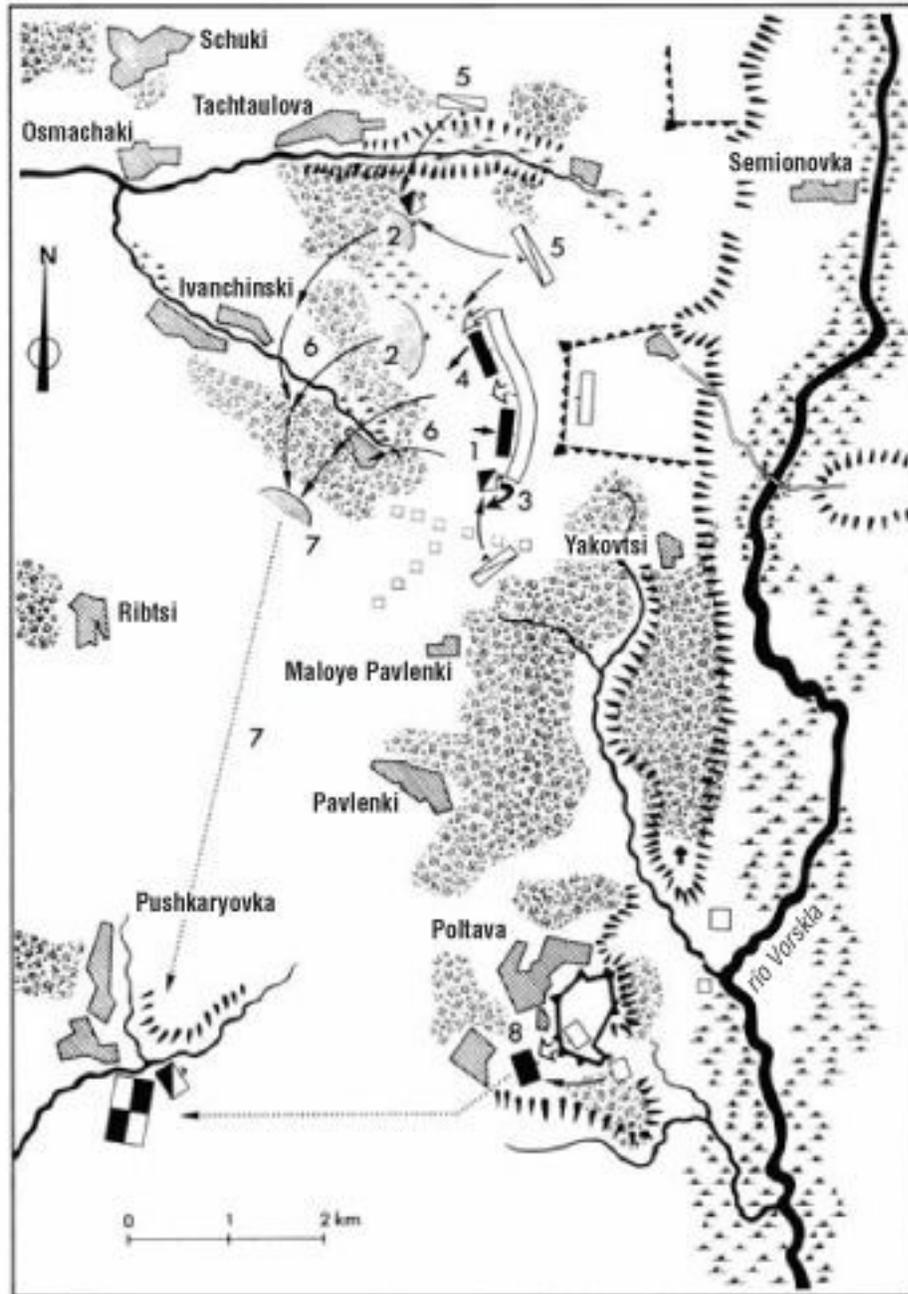
complicado, en particular cuando no había espacio suficiente para que todo el mundo pudiera entrar en las artísticas formaciones de arado. Además, los altos mandos dependían de sus edecanes, pero sobre todo, quizá, dependían de su propia presencia física para transmitir órdenes y comprobar que estas fueran obedecidas. Rehnsköld, en particular, había dado muchas vueltas de un lado a otro para comunicar diversas directrices; era un método para asegurarse de que las órdenes llegaran a su destino, pero también llevaba mucho tiempo, y tiempo era justo lo que les faltaba en aquel momento. En esta época, durante la mayor parte de una batalla los mariscales de campo tenían muy poca ascendencia sobre las tropas. Resultaba casi inevitable que perdieran el control sobre las unidades y la contienda, sobre todo cuando los enfrentamientos comenzaban a ponerse calientes: los campos se llenaban de tanto polvo, humo y ruido que el campo de visión quedaba muy reducido, y las pocas vías de comunicación existentes, tales como el método de la repetición, las señales auditivas y, fundamentalmente, los mensajeros a caballo —que a menudo caían o se perdían en el caos de la batalla antes de que pudieran entregar sus mensajes— se colapsaban. En estas condiciones resultaba imposible ejecutar cualquier plan general. Incluso los planes más sencillos tendían a disolverse en medio del humo y de la confusión. Por lo general, las batallas degeneraban en un choque incontrolable y ruidoso donde los brillantes estrategas no podían actuar más que como espectadores. A partir de ese momento, ninguno de los comandantes en jefe de los dos ejércitos podía controlar ya la evolución de los acontecimientos. La batalla había cobrado vida propia. Ya no era un juego entre dos entidades humanas, sino más bien un fenómeno natural incontrolable, un terremoto en el cual todo el mundo corría mareado de un lado a otro, tirando o empujando en una confusión ciega. Estas eran las circunstancias que ahora afectaban a los suecos. La falta de coordinación y de acciones conjuntas por parte de la caballería resultó fatal. Cuando los escuadrones galoparon hasta el interior de la nube de humo y fuego, no hubo ningún asalto masivo con hojas de acero y pezuñas, sino una serie de puñetazos aislados, dirigidos a diferentes partes del gran cuerpo verde de la bestia.

Un pequeño grupo de unos cincuenta jinetes rozaron al furioso Lewenhaupt a su paso, rumbo a las tropas rusas que avanzaban tras los pasos de los soldados que huían. Con los sables desenfundados atacaron de frente a la marea de los batallones del enemigo. Ante este temerario choque, una parte de la línea rusa se paró, tambaleándose y vacilando por un momento. Sin embargo, la empresa estaba condenada a fracasar desde el principio, debido a la inmensa inferioridad numérica de los jinetes. La gran masa de soldados rusos se abalanzó pesadamente sobre la pequeña tropa, que fue arrollada; los magullados restos del grupo tuvieron que volver hacia atrás. Otro ataque tan desesperado como valiente fue desplegado por dos escuadrones del regimiento de caballería de Nyland. Al frente de su propio escuadrón, el de la Guardia, cabalgaba el jefe regimental en persona, el coronel Anders Torstensson, que era considerado un militar muy prometedor, cuyo pasado familiar le obligaba a dar ejemplo: su abuelo era el afamado mariscal de campo de la Guerra de los Treinta Años, Lennart Torstensson. El segundo escuadrón era comandado por el capitán Naltaker. Los dos destacamentos, que sumaban entre 120 y 170 hombres, se abrieron paso por las masas rusas a base de golpes e iniciaron un combate cuerpo a cuerpo. Solos no podían hacer más que ralentizar un poco el avance de los batallones del enemigo. El resultado estaba cantado de antemano y los dos escuadrones no tardaron en ser engullidos. Tan solo unos cincuenta jinetes regresaron del choque, y de ellos casi todos estaban heridos, entre ellos un capitán, un teniente

segundo y el pastor regimental, Croel, que siempre solía acompañar a su unidad en la batalla. Uno de los que cayeron en manos de los rusos fue el teniente Johan Gyllenbögel, de treinta y dos años, natural de Kimito, cerca de Åbo. Resultó gravemente herido, con los dos pómulos atravesados, y le hicieron prisionero. Entre los que no regresaron estaba Anders Torstensson, de treinta y tres años y soltero, que cayó en los combates. El ataque fue una especie de sacrificio; al ofrecer su vida y la de sus jinetes, habían dado un pequeño respiro a la infantería amenazada.

La tropa que Gyllenkrok había enviado para socorrer a los dubitativos infantes de línea en el extremo izquierdo también atacó. Sin embargo, no consiguieron romper la línea del enemigo. Al aproximarse, les cayó encima una intensa ráfaga de balas, tanto de mosquetes como de la artillería; los jinetes tuvieron que replegarse ante el muro de fuego. Cuando la caballería atacaba a soldados de la infantería, la postura de los atacados era decisiva. Si sucumbían al pánico ante el muro de caballos y acero que avanzaba rápidamente hacia ellos, lo normal era que la caballería no tuviera problemas para arrollar a los infantes sin sufrir grandes pérdidas. Pero si los atacados conseguían controlar sus nervios y aguantar hasta el último momento antes de disparar sus mosquetes, normalmente era la caballería la que debía dar el brazo a torcer, cancelando el choque. Lo más importante eran los caballos. Estaban entrenados para soportar diferentes fenómenos amedrentadores que pudieran darse en la batalla: habían sido expuestos a diferentes situaciones, tales como el fuego, el ruido de tambores, los disparos y las ondeantes banderas. Pero era imposible entrenar a los caballos para que aguantaran una atronadora descarga disparada desde cerca. Los corceles se desbocaban ante el fuego que salía de las bocas de los cañones, el estruendo y el humo. El animal tomaba el mando y el jinete se quedaba sin poder. En un choque, un jinete mediocre con un caballo bien domado y entrenado tenía más posibilidades de éxito que el mejor jinete montado en un corcel que no estuviera acostumbrado. Resultaba difícil controlar un caballo pobre. Si la infantería efectuaba su descarga desde unos cien metros de distancia, los jinetes tenían la posibilidad de recuperar el control sobre los animales, y tal vez dar alcance a los infantes antes de que estos pudieran volver a cargar. Pero si la infantería esperaba hasta las últimas decenas de metros, incluso la mejor de las unidades de caballería debía replegarse: los caballos caerían unos sobre otros ante la tormenta de plomo, impidiendo el paso a los que venían detrás —los animales heridos, y los soldados que hubieran sobrevivido—, que a su vez frenarían, echándose hacia un lado, aterrados.

LA BATALLA FINAL



1. La infantería sueca ataca. El ala derecha avanza, la izquierda queda rezagada: se crea un gran hueco entre las dos alas.

2. La mayor parte de la caballería sueca está desordenada y es incapaz de intervenir.

3. El grupo de Creutz despliega su ataque, pero la caballería rusa les ataca por la espalda.

4. Las tropas suecas del ala izquierda comienzan a huir. Las unidades rusas avanzan y llenan el hueco entre las alas suecas.

5. La caballería rusa ataca.

6. Surge un pánico generalizado entre las filas suecas. La mayoría de las unidades huyen del campo de batalla.

7. Tratan de reunir a las unidades de caballería fugadas, pero el intento resulta infructuoso y la retirada prosigue hacia el tren de bagajes.

8. Las unidades suecas apostadas junto a Poltava aguantan una serie de ataques rusos, y al final también ellas se retiran hacia el tren de bagajes.

Gyllenkrok continuó su ronda de inspección por el flanco izquierdo, pero no consiguió encontrar más unidades de caballería. Dio la vuelta y regresó, espoleando al caballo. Quería tratar de encontrar a la caballería del flanco derecho. Mientras tanto, la desintegración de la infantería del ala izquierda había continuado. En medio del campo, Gyllenkrok se encontró con un grupo de tamaño considerable que erraba sin rumbo fijo, sin el menor rastro de formación u orden. Les gritó: «¡En formación, soldados!» y les preguntó: «¿No hay ningún oficial entre vosotros?». La respuesta de los cansados soldados fue resignada y dio una idea de la dureza de los combates que acababan de vivir: «Estamos heridos, y todos nuestros oficiales están muertos».

La puerta giratoria dejó de girar. El ataque del ala derecha de la infantería sueca se estancó. El sólido muro verde dejó de tambalearse, se estabilizó y comenzó a empujar a la delgada línea azul hacia atrás, como una marea lenta pero irresistible. Las unidades rusas continuaron hacia delante por su propio peso, entraron por los huecos ensanchados de la línea sueca y comenzaron a embestir los flancos de los batallones. En el extremo izquierdo, aquellas unidades que habían estado enfrente de los hombres de los regimientos de Östgöta y Närke avanzaron rápidamente, persiguiendo a los soldados que huían. El regimiento de Uppland estaba atravesando grandes dificultades. Los batallones que habían huido habían dejado totalmente expuesto el flanco izquierdo de los hombres del regimiento de Uppland, de modo que los enemigos pudieron rodearles en aquel lado. En su flanco derecho, lo único que se veía era un hueco abismal entre las dos alas que habían quedado separadas. Los hombres del Uppland se mantuvieron firmes e imperturbables, pero los rusos entraron a través del enorme hueco como una riada y partieron en dos la línea sueca, de una vez por todas. La parte izquierda de la línea de los suecos fue cortada a la altura del hombro; los infantes de la derecha y de la izquierda se vieron superados. Los que estaban más cerca del hueco, los hombres del Uppland en el lado izquierdo, y el segundo y tercer batallón de la Guardia de Corps en el derecho, no tardarían en verse totalmente acorralados. Lo cierto es que todas las unidades de la línea sueca, que estaban aferrándose obstinadamente a las posiciones que habían tomado, estaban en peligro de quedar rodeadas, ya que las tropas del enemigo no dejaban de entrar por los huecos entre los batallones, agarrándose a sus flancos y avanzando un poco más hasta morderles la espalda. Cada batallón sueco era como un animal herido que estaba sangrando de mil heridas y que no paraba de recibir más, pero que aun así se defendía con uñas y dientes, asestando salvajes zarpazos. Estaba ciego de dolor y loco de ira. No se trataba de un combate cuerpo a cuerpo; en lugar de esto, los rusos parecían haberse contentado con meter sus sibilantes ráfagas de balas a las tambaleantes tropas suecas desde una distancia corta, casi como un fusilamiento. El fuego era tan concentrado, sostenido y bestial que las balas y la metralla segaron a los soldados por centenares, y estos acabaron en el suelo, retorciéndose de dolor y de terror mientras agonizaban.

Todo se estaba convirtiendo en una estafalaria variante de la famosa batalla de Cannas, del año 216 a.C.: un repliegue propio había hecho que los flancos del adversario

quedaran expuestos a un movimiento envolvente. Esta vez no ocurrió de manera consciente, sino que fue una consecuencia impredecible de la situación de emergencia que había surgido cuando los infantes suecos, contra todo pronóstico, consiguieron atacar con éxito.

Los oficiales no pudieron parar la estampida del flanco izquierdo. Lewenhaupt vio al general de división Sparre, el jefe del regimiento de Västmanland, el mismo que había llevado el mando de la expedición que previamente había ido en busca de Roos. También él estaba ocupado con vanos intentos de parar a la gente. Lewenhaupt le gritó: «Querido hermano, tratemos de reagruparlos, por el amor de Dios. En nuestro flanco derecho estamos dando buena cuenta del enemigo». Sparre contestó, totalmente desconsolado, que «ni el propio diablo es capaz de mantener la línea» y preguntó, con una buena dosis de retórica: «¿Acaso tú puedes conseguir que se queden? No es posible». Todas las maniobras y las exhortaciones por tratar de parar a los soldados fugados fueron infructuosas: el terror había crecido demasiado entre la gente; las ganas de luchar habían sido ahogadas por una riada de miedo. Lewenhaupt se rindió. En lugar de seguir donde estaba, quiso volver a aquellas unidades de infantería que seguían luchando. También fue demasiado tarde. Es cierto que los soldados suecos del flanco derecho todavía estaban luchando, pero prácticamente todos los batallones habían sido rodeados por los rusos, que no paraban de avanzar. Las unidades enemigas estaban alcanzando a los infantes de línea, engulléndolos con sus fauces de fuego y humo. Las filas verdes obstruían el paso, y Lewenhaupt no pudo volver.

El calor era infernal y las líneas estaban envueltas en polvo y exhalaciones de pólvora. Las tropas marchaban y cabalgaban por encima de los heridos y los muertos, magullándoles aún más. Los infantes suecos estaban luchando por sus vidas en medio del humo; atrapados en el sofocante agarrón de las picas y las chispeantes bocas de los mosquetes, intentaron mantener a raya a los rusos para poder escapar, para salir de ahí con vida. El ataque de la caballería de Creutz en el extremo derecho no había sido culminado, pero al menos había conseguido frenar el avance de los rusos, que habían tenido que formar un cuadrado. La invasión de las líneas propias en el extremo derecho se paró temporalmente. Aquello facilitó que los dos magullados batallones de la guardia, los de Rosenstierna y Gadde, pudieran escaparse de la trampa. Al principio, el batallón de Gadde fue completamente rodeado por los rusos, que lo atacaron por la espalda. El jefe del batallón, Gadde, recibió varias heridas en el transcurso de los combates, una en el brazo derecho, otras dos en la mano izquierda y en uno de los muslos, pero mantuvo el mando sobre su batallón. Portando las banderas que habían conquistado, el batallón se abrió paso por las filas rusas a base de golpes, y se retiró del campo de batalla. El batallón de granaderos de Rosenstierna, que había atacado en el extremo derecho, también consiguió replegarse. Sin embargo, su comandante cayó en manos del enemigo, gravemente herido en el brazo y en el pecho. Los dos batallones se alejaron, marchando hacia el frondoso amparo del bosque de Budichenski, que aguardaba como un espejismo a menos de un kilómetro a sus espaldas. En la medida de lo posible, se llevaron a los heridos en la retirada. Los dos batallones de los regimientos de Kalmar y Skaraborg estaban terriblemente acosados. El jefe de los hombres del Kalmar, Ranck, había caído por el fuego de la artillería, y los soldados del Skaraborg no tardaron en perder a su jefe regimental, Ulfsparre, que también sucumbió junto con la mayor parte de sus hombres. El segundo y el tercer batallón de la guardia estaban ante una situación desesperada. Los

soldados del segundo batallón se dieron a la fuga después de que la mayoría de sus oficiales, con el jefe del batallón Mannersvärd al frente, hubieran caído. El batallón número tres también sufrió de lo lindo: perdió a su jefe, Gyllenstierna, el sobrino de Lewenhaupt, que cayó junto con la mayoría de sus oficiales y una gran parte de los hombres. Las filas rusas se cerraron alrededor de los batallones, que se estaban fundiendo, y los atacaron desde todas las direcciones, envolviéndolos en un manto de fuego y humo. Los caídos se apilaron en montones, y los montones se convirtieron en montañas.

La dureza de los combates queda certificada por el hecho de que, de los diez jefes de batallón que habían llevado a sus hombres al ataque, siete murieron en menos de media hora, y, en cuanto al resto, todos fueron heridos. También el comandante del ala, Carl Magnus Posse, fue herido. Todos quedaron atrapados en un molino que molió a los infantes suecos hasta que no quedó nada. Solo era cuestión de tiempo el que sucumbieran por completo ante la pesada masa de los rusos.

Ahora también la caballería sueca comenzó a huir. Algunos de los escuadrones que estaban más cerca del campo de batalla se dieron la vuelta y chocaron con las tropas que estaban detrás. También estas se escabulleron, presas de la confusión, chocando contra aquellos que venían por detrás, y así sucesivamente. Se produjo una reacción en cadena, motivada por el terror, que disolvió las tropas de la caballería. Escuadrón tras escuadrón comenzaron a alejarse del campo de batalla.

Piper *el Gordo* no había encontrado más que unas desorganizadas unidades de caballería mientras buscaba al rey. El desorden y la aglomeración eran tan grandes que le resultaba imposible pasar. Al ver que una unidad tras otra comenzaban a alejarse, apretujados en grandes atascos y chocando entre sí, se le ocurrió ir a buscar al rey en otro lugar: donde estaba la infantería. Salió al paso campo a través, en dirección al flanco derecho, o por lo menos hacia el lugar donde este debía estar. Buscando con la mirada vio, delante de sí, un gran cuadrado formado por soldados. Al suponer que se trataba de una unidad de soldados propios, Piper se dirigió a él. Sin embargo, un oficial le paró, informándole de que eran rusos —los dos batallones de la guardia de este extremo se habían retirado un buen trecho con respecto a su posición anterior; la amenaza de la caballería sueca había provocado que su adversario permaneciera en la segura formación de cuadrado—. Piper dio la vuelta al caballo, se topó de nuevo con jinetes fugados que obstruían el paso, y estos le arrastraron hacia atrás.

Lo que había comenzado como una riada menor de soldados que huían creció hasta convertirse en torbellinos de miedo y caos. La gente se dejó arrastrar, de manera más o menos inconsciente, por el cada vez más crecido río de soldados. Lewenhaupt los acompañó corriente abajo, a través de un soto, en dirección a una pequeña aldea donde tenía la intención de realizar otro intento de parar a los fugados y reconducirlos a la batalla. La estampida de infantes fue alimentada por unidades de caballería, que impulsaron aún más la ancha corriente de la retirada. El general se colocó enfrente de ellos, desenfundó el sable y les gritó que parasen. Muchos de los fugados repitieron la llamada. Gritaron «parad, parad», pero, por extraño que pueda parecer, ninguno de los que gritaron hizo amago de parar. En sus mentes, enturbiadas por el horror y el espanto, todavía quedaban vestigios de la disciplina militar inculcada una y otra vez, lo cual, junto con el respeto por este oficial de alto rango, hizo que muchos pronunciaran un voto de obediencia a las furiosas órdenes de Lewenhaupt, pero solo con los labios. Todos estaban

intoxicados por el mismo terror y la misma excitación, y el torbellino era tan fuerte que acabó venciendo; a pesar de gritar «parad» corrieron, y corrieron y gritaron y siguieron corriendo, todo lo rápido que pudieron, para alejarse de la llanura, de la batalla, de la guerra. Cuando Lewenhaupt se dio cuenta de que no iba a poder frenar este violento río de miedo y confusión, comenzó a golpear y a ensartar, una y otra vez, a los que huían. Fue inútil. Lo dejó una vez más. En lugar de seguir, Lewenhaupt dirigió su caballo hacia el mismo peligro del que huían todos los demás. ¿Tal vez quedara todavía algo que se pudiera salvar?

20. «La cosa se tuerce, se tuerce»

No todas las unidades de caballería habían empezado a huir. Algunas de las tropas del ala derecha realizaron nuevos contraataques. El regimiento de dragones de Hielm consiguió penetrar el muro verde. Tres escuadrones en formación de ataque, del regimiento de dragones de Taube —una unidad reclutada hacía bastante poco tiempo— también se prepararon para efectuar un choque. Al mirar a su alrededor no vieron a ningún otro escuadrón en formación; iban a tener que atacar solos. El comandante del primer escuadrón era el capitán Didrik Celestin von Sternbach, un alemán de treinta años nacido en Stettin. El superior del segundo era el holmiense Marcus Tungelfelt, de veintiséis años. Anders, el hermano mayor de este, que a lo largo de los años había sido herido en casi veinte ocasiones, había servido en el mismo regimiento hasta 1707, pero en este momento se encontraba en la llanura, en alguno de los batallones de la Guardia de Corps rodeados por los rusos. El tercer escuadrón era comandado por Carl Magnus De Laval, un capitán de veintiocho años nacido en Foxerna, en la provincia de Västergötland. Su tropa, que al principio había constituido la reserva que marchaba por detrás de la compañía de la guardia, tenía unos sesenta dragones entre sus filas. Con sus estandartes cortando el viento, las tres manadas en forma de arado, compuestas de hombres y caballos, se abalanzaron sobre un tramo de la línea de la infantería rusa. Dos atronadoras salvas cayeron sobre ellos. Cuando De Laval, al frente de su escuadrón, trató de romper las filas enemigas, las balas les «rozaron las narices», como él mismo lo expresa, con tanta severidad que el ataque fracasó. Una vez más había quedado demostrado lo ineficaz que resultaba un ataque de caballería contra una infantería bien agrupada, que se defendía con descargas de mosquetes bien coordinadas. El escuadrón se dispersó en medio de la neblina producida por la pólvora delante de los infantes rusos, pero De Laval no tardó en reunir a sus hombres de nuevo. Junto con los otros dos escuadrones abandonaron los ataques contra el muro verde. En lugar de esto, ahora se enfrentaban a un nuevo peligro. Los escuadrones rusos habían comenzado a inundar el campo de batalla. Si conseguían alcanzar a las unidades que huían, podrían causar un baño de sangre. La infantería rusa estaba atada en sus estrictas formaciones, por lo que no era capaz de mantener el ritmo de aquellos suecos que corrían hacia la salvación. Pero la caballería rusa sí podía darles caza y aplastarlos por completo, con un mínimo de esfuerzo. Los tres escuadrones hicieron lo que pudieron por retrasar a los adversarios que avanzaban hacia ellos, y en gran medida lo consiguieron.

La caballería rusa, que hasta el momento había aguantado pasivamente, ahora también entró en acción en el ala izquierda de los suecos. El que llevaba el mando sobre las fuerzas suecas en este lado era el general de división Hamilton, que también era el jefe de los jinetes del regimiento de Östgöta. Uno de sus edecanes era un teniente de dieciocho años, Wilhelm Ludvig Taube, natural de Örebro. En el extremo de este flanco estaban los dragones del regimiento de Skåne, con la misión de proteger el flanco del ejército, así como los regimientos de caballería de la provincia de Åbo y de Östgöta, una fuerza para nada despreciable de unos dos mil sables. Estas unidades también habían recibido la orden de ayudar a la infantería, pero no podían cumplirla ya que la caballería enemiga, con su nuevo avance, amenazaba con atacarles por la espalda. Probablemente, tanto el destacamento de Bauer como el de Volkonski estaban avanzando hacia la

caballería sueca en este punto. Como ya hemos mencionado, el punto de partida de las tropas de Volkonski se encontraba junto a la aldea de Tachtaulova, y desde aquella posición podían rodear las líneas de sus enemigos con facilidad. La maniobra efectuada por los rusos era parecida a la que acababan de realizar en el ala derecha, cuando habían atacado a Creutz por detrás, abortando de esta manera su choque contra la infantería rusa. Cuando los dragones rusos espolearon sus caballos en dirección al ala izquierda de la caballería sueca, impidieron que las unidades de este lado pudieran socorrer a sus compañeros de la infantería. Los jinetes suecos de este flanco debían ahora concentrar sus esfuerzos en salvar su propio pellejo.

Los hombres del regimiento de Skåne ocupaban la posición más expuesta. Se encontraban en el extremo izquierdo, con todo el flanco desprotegido. Bastaba con un primer ataque ruso para poner la unidad en una situación de emergencia. Fueron rodeados, y, en la lucha mano a mano que siguió, los rusos consiguieron arrancar uno de los estandartes del regimiento. Esta pérdida hizo que el jefe regimental, el príncipe Maximilian —el mismo hombre que por la mañana había rechazado la oferta del comandante de los cosacos de unirse a los suecos— diera inmediatamente la orden de contraataque.

Las banderas y los estandartes eran importantes en más de un sentido. Como ya se ha mencionado, suponían una herramienta para guiar a las tropas y mantenerlas unidas en una batalla. Por lo general, cada compañía de infantería llevaba una bandera, y cada escuadrón de caballería, un estandarte. (Estos eran considerablemente más pequeños y fáciles de manejar que las banderas, que a menudo tenían el tamaño de una sábana.) Estas insignias de campaña también funcionaban como una señal de identidad y facilitaban la identificación de las unidades desde lejos. Sin embargo, la importancia de las insignias no residía, en primer lugar, en su uso táctico, sino que su función fundamental era más simbólica que otra cosa. Estas telas de seda, con sus bellos bordados, eran siempre muy disputadas; el conquistar una de ellas se consideraba una hazaña y una importante señal de éxito. El reglamento también postulaba que las insignias de campaña tomadas del enemigo se premiaban con brillantes monedas o el ascenso para aquel temerario que lo hubiera conseguido, lo cual era un aliciente importante, capaz de inspirar grandes proezas. Los sangrientos duelos por estandartes y banderas eran habituales.

Durante la Edad Media era común que los potentados de la Iglesia bendijeran las banderas, y esta conexión religiosa se mantenía vigente, lo que puede explicar buena parte de la gran importancia que estas tenían a los ojos de los guerreros. Por lo general, en tiempos de paz las insignias eran guardadas en la iglesia de la capital regimental. La entrega de nuevas banderas o estandartes era un evento cargado de emoción, en el que la unidad debía pronunciar solemnes juramentos de sangre. El portador de la bandera —en la infantería, el alférez y en la caballería, el corneta— debía prometer que la defendería con su vida. (El juramento de bandera era importante, algunos incluso opinaban que los soldados no estaban plenamente sometidos a la ley militar hasta que no lo hubieran pronunciado. Por ello, hasta que las unidades de reciente creación no hubieran recibido sus insignias de campaña, podían surgir determinados problemas.) Una parte del ritual postulaba que cada soldado de la compañía debía ayudar a pegar los muchos clavos que fijaban la bandera al poste. Perder la bandera o el estandarte era una vergüenza y un desastre; a menudo se arrancaba la tela del poste para prevenir que el enemigo se apoderase de ella. Aparte de que la pérdida de la insignia de campaña dificultaba las

maniobras de una unidad en la batalla, también podía ser motivo de duros castigos a los responsables e incluso suponer la disolución de la unidad en cuestión. Las insignias eran usadas como símbolos de victoria o de derrota; junto con los cañones, eran los trofeos más codiciados y siempre figuraban en los balances finales tras las batallas.

Proporcionaban a los guerreros algo tangible por y para lo que luchar. Estos trozos de tela encarnizaban los objetivos de la lucha en una época en que las metas propiamente dichas podían carecer de sentido o resultar incomprensibles para el individuo.

Una tropa proveniente de los dragones del regimiento de Skåne realizó un duro contraataque, rompiendo las filas rusas. Los jinetes alcanzaron a un corneta del enemigo y consiguieron arrancar el estandarte de sus manos. De esta manera, consideraban que habían compensado la pérdida recién sufrida. El episodio resulta interesante, ya que arroja luz sobre el tipo de duelo, por no llamarlo partido, que se realizaba en una batalla. Había algo parecido a un evento deportivo en lo que ocurría: los rusos tomaron un estandarte, los suecos realizaron un contraataque para tomar otro del enemigo: empate. La lucha cuerpo a cuerpo —o el partido— continuó, y en poco tiempo los dragones suecos conquistaron otras cuatro insignias rusas. El jefe regimental Maximilian afirmó haber tomado una de ellas personalmente. Sin embargo, la situación del regimiento seguía siendo crítica. Estaban rodeados de caballería rusa, que «caía furiosa como una cascada sobre nosotros desde todas las direcciones», tal y como pone uno de los supervivientes de la unidad, el teniente Joachim Lyth, en su diario. El regimiento de caballería de Östgöta se encontraba junto a los hombres del regimiento de Skåne; lucharon desesperadamente pero sufrieron numerosas bajas. Juntas, las dos unidades abortaron una sucesión de ataques rusos y, a través de su obstinada defensa, consiguieron reducir la eficacia de la persecución rusa a las unidades que huían en este flanco. Sin embargo, su situación era cada vez peor, debido al creciente número de bajas. Uno de los oficiales caídos del Östgöta era el teniente Hans Litner. Algunos otros oficiales vieron cómo fue derribado de su caballo. Su amigo, el cabo primero Erich Björck, que el día anterior, el domingo, había estado con el alegre y animado teniente, comentó su muerte con cierta dosis de cinismo: «Con él desapareció también todo el dinero que sus amigos y conocidos le habían prestado».

Los rusos estaban por todas partes, a su alrededor y enfrente, y no paraban de llegar más soldados. También comenzaron a aparecer cosacos, pero no fue hasta que la infantería enemiga se unió a ellos cuando la situación se volvió verdaderamente desesperada. Los soldados podían causar grandes daños a las filas de los jinetes suecos, con sus salvas disparadas desde corta distancia. Este tornillo de banco, hecho de caballos y bayonetas, podía aplastar a las dos unidades hasta reventarlas. Maximilian debatió la situación con sus oficiales y tomaron la decisión de abrirse paso por la fuerza, y tratar de unirse al ejército principal. Rompieron el cerco y se alejaron galopando, perseguidos por seis regimientos de dragones rusos y una gran cantidad de «cosacos, calmuco y tártaros», que sumaban unos dos mil hombres según una estimación. En realidad, solo una pequeña parte consiguió escapar de la trampa. El joven edecán de ala Ludvig Taube relata que «fueron rodeados desde todas las direcciones, y entre los que escaparon con vida fueron pocos los que no cayeron prisioneros ni recibieron heridas». En cuanto a él, fue uno de los que cayeron prisioneros durante la batalla, junto con el comandante de ala Hamilton. Los hombres del regimiento de Östgöta habían sido prácticamente aniquilados. (Las pérdidas fueron tan serias que, más tarde, el regimiento tuvo que ser reconstituido de

cero con nuevos reclutas.) Ahora, ¿los pequeños grupos que estaban huyendo sobre los campos conseguirían escapar, o acabarían completamente aniquiladas estas dos unidades?

Un rumor sobre la supuesta muerte del rey había contribuido a la generalizada desmoralización de la caballería. Esta ominosa noticia, todavía no confirmada, había corrido por las filas como el mercurio, creando un ambiente de apatía; las ya de por sí escasas ganas de luchar fueron aún más debilitadas. El oficial del regimiento de Västmanland, Peter Schönström, que servía como capitán en Svenska adelsfanan, una de las unidades que defendían el tren de bagajes, comentó después —a propósito de las flojas prestaciones de la caballería— que «sus golpes no fueron tan certeros como habrían podido ser en el caso de que el rey hubiera estado sano». Sin lugar a dudas, el bienestar del rey afectaba la moral de los suecos.

El rey no estaba muerto, al menos por el momento. El cortejo real, con su sustanciosa escolta, estaba en su pequeña colina a cierta distancia del flanco derecho de la infantería. Algunas tropas del enemigo atacaron al grupo grande, pero fueron rechazadas sin mayores problemas y desaparecieron de la vista. Rehnsköld cabalgó hasta el rey e informó sobre lo ocurrido: «¡Mi misericordioso señor, la cosa se tuerce, se tuerce, nuestra infantería sale corriendo!». El rey le contestó con un incrédulo e inquisitivo: «¿Sale corriendo?». Sin embargo, el mariscal de campo no tenía tiempo para explicar la situación con más detalle, sino que dio la vuelta a su caballo, de color gris claro, exclamó un «¡Queridos mozos, cuiden bien del señor!» sobre el hombro hacia la gente que estaba alrededor, y desapareció a toda carrera. La derrota se había consumado.

Ya solo se estaban librando algunos combates organizados allá en el campo, alrededor de la acorralada infantería sueca. Era una lucha inútil contra la muerte. Los batallones estaban atrapados en una trampa; fueron apretujados, ahogados, desgastados por el peso de un enemigo que les doblaba varias veces en número. Una enorme oleada de bocas de mosquetes, bayonetas y picas inundó las filas ensangrentadas y encerradas. Como una sucesión de castillos de arena, sorprendidos por la marea, fueron erosionados hasta desplomarse.

Las unidades que sufrieron el destino más trágico fueron los dos batallones del regimiento de Uppland. Habían sido rodeados cuando los rusos habían iniciado su contraataque, y el resultado fue nada más y nada menos que una masacre. Bajo la presión de la fatal superioridad del enemigo, el regimiento fue totalmente aplastado. El jefe regimental Gustaf Stiernhöök cayó junto con el teniente coronel Arendt von Post, el comandante, el maestro de campo regimental, el edecán, prácticamente todos los jefes de compañía y casi todos los hombres. Algo que muestra las dimensiones de la aniquilación es el dato de que en la compañía de guardia y en la del teniente coronel, diez de los doce oficiales cayeron, y los únicos dos supervivientes fueron heridos. Cerca de la mitad de los oficiales que fueron apresados estaban heridos, muchos de ellos gravemente, entre ellos el jefe de la compañía de Rasbo, Nils Fehman; el teniente de la compañía de Sigtuna Fredrik Hanck (que también perdió a su hermano en la batalla), y Jakob Sneckenberg, un teniente de veinticinco años de la compañía de Bälinge, que estaba agonizando. Otro que fue apresado con graves heridas era el compañero de compañía de Fredrik Hanck, Lars Forsman, un veterano que llevaba en el ejército desde el desembarco en Dinamarca en el año 1700. Al igual que tantos otros, Forsman tuvo que aguantar un saqueo personal exhaustivo, en el que su magullado cuerpo fue privado hasta de su ensangrentada camisa. Todos estaban atrapados en el mismo sofocante agarrón, y solo podía haber un resultado:

los soldados morían por centenares y de cientos de maneras diferentes. Solo un puñado de ellos consiguió esquivar la implacable hoz, y si lo hicieron fue sobre todo por azar. Los hombres vieron cómo caían sus compañeros, y tuvieron que haber sabido que les iba a tocar el mismo destino a ellos en breve. Las pálidas banderas con el orbe desaparecieron, una tras otra, del cielo. Siguiendo el reglamento, uno de los hombres del regimiento de Uppland trató de arrancar una de las banderas de su poste para salvarla, pero no llegó lejos. Probablemente fue asesinado por el soldado raso Fjodor Sjurygin, que se quedó con el pedazo de tafetán, de color arena, como un trofeo.

Uno de los que estaban metidos en la humeante refriega era Georg Planting, un capitán de veintiséis años que había estudiado en la Universidad de Uppsala y había trabajado como paje para el rico funcionario de la hacienda Fabian Wrede. Había entrado en el ejército, donde fue nombrado teniente segundo —por Carlos XII en persona— en el campo de Daugava en 1701, y desde entonces había visto muchas batallas y recibido muchas heridas: una mano maltrecha por cortes de sable, un hombro destrozado y trozos de metralla en una de las piernas. Después de que el jefe del regimiento de Hundrade hārads, Georg Zacharias Grissbach, perdiera la vida, Planting asumió el mando de uno de los últimos grupos y encabezó un último y desesperado acto de resistencia. Solo pudo terminar de una manera: una bala le atravesó el muslo derecho y cayó en manos de los rusos. La marea de acero se tragó a los últimos soldados que todavía quedaban en pie. Según Georg Planting, todo el regimiento, «desde los suboficiales, los músicos, los cabos y los soldados rasos, fueron aplastados». Un grupo menor que consiguió eludir este *ragnarök* fueron los 70 hombres que el día anterior habían sido enviados al tren de bagajes. Por lo demás, fueron muy pocos los que se escabulleron. El regimiento de Uppland, que había iniciado la batalla con 700 hombres, ya no existía. Cuando, al día siguiente, se hizo un balance de los supervivientes, solo encontraron catorce.

Cuando la batalla terminó, comenzó la matanza. El capitán de la guardia Lars Tisensten, de treinta y siete años, natural de la provincia de Västergötland, yacía con una pierna amputada por un cañonazo cerca del lugar donde los hombres del regimiento de Uppland habían librado su última batalla. Pudo ver cómo los rusos del regimiento de Kiev la emprendieron con los restos del regimiento, empleando sus armas blancas. Poseídos por la furia, atravesaron a todos los soldados suecos, muertos o vivos, con sus sables y bayonetas. Una multitud de picas y sables se elevaron y descendieron: tanto los heridos como los ya fallecidos fueron cortados, ensartados y picados. Tisensten pudo ver una espantosa montaña de cuerpos, compuesta tanto de vivos como de muertos, moviéndose en agonía. Pudo haber un centenar de personas, tal vez más, que estaban amontonadas encima y alrededor de las otras. El fenómeno es conocido de otras batallas. Parece que, cuando un grupo de personas se ve superado por una angustia extrema, se apretujan unos contra otros, amontonándose en verdaderos montículos en un último y desesperado intento de buscar refugio. Era como si, en los últimos compases de la lucha contra la muerte, volvieran a la infancia, llamando a su madre y acurrucándose bajo otros cuerpos para encontrar un poco de seguridad, aunque fuera por una última vez. En este grotesco monumento hecho de personas vivas y muertas, los soldados rusos clavaron y cortaron sin discernimiento con sus ensangrentadas armas. Tisensten vio cómo los hombres del regimiento de Uppland «estaban echados en un montón, como si hubieran caído unos sobre otros o hubieran sido arrojados a él, en el que el enemigo, con sus picas, bayonetas y sables, mataba y masacraba afanosamente todo lo que pudiera, aunque no

fuera capaz de diferenciar entre los vivos y los muertos». Fueron muchos los que evitaron las balas de la tormenta de fuego, solo para sufrir después una muerte bestial.

Los batallones apresados a la derecha de los hombres del Uppland sufrieron destinos parecidos. Algunos pequeños grupos de soldados consiguieron abrirse paso a través de la confusión y escabullirse —el humo y el polvo que impedían la vista y ocultaban los colores de los uniformes debieron de facilitar estas maniobras— pero eran una clara minoría. La mayoría de los soldados del batallón del Skaraborg, de 500 hombres, se convirtieron en cadáveres aplastados que terminaron fundiéndose con la arenosa tierra. Solo unos cuarenta hombres regresaron con vida: un comandante, dos capitanes, cinco tenientes, cinco segundos tenientes y 27 soldados. La mayoría de ellos estaban heridos. Uno tras otro, los batallones fueron reducidos. De repente, los soldados que quedaban del tercer batallón de la Guardia de Corps se vieron solos; tanto a la derecha como a la izquierda, las tropas suecas estaban reventadas. El apretón se endureció cada vez más, alrededor de cada vez menos soldados; algunos hombres de la Guardia de Corps sacaron fuerzas de flaqueza en un último e inútil intento de ofrecer resistencia. Al final, cada uno luchaba solo, sin ninguna vía de escape, sin esperanzas, sin consuelo. Los vivos tropezaron, durante unos breves momentos, sobre los cadáveres de sus compañeros muertos. Después, todo terminó. Los corderos habían sido sacrificados.

21. «Dispara, pica, corta, aplasta»

Paradójicamente, lo más peligroso que un soldado podía hacer en una batalla era tratar de abandonarla. La mayoría de los soldados caían mientras huían, ya que daban la espalda al enemigo y dejaban de defenderse. Matar a un adversario que huía era, a menudo, tan fácil como seguro. A eso se debían los escalofriantes números de bajas que habitualmente se producían entre las tropas que se daban a la fuga. Las bajas mortales eran siempre sustanciosas en el lado que se replegaba, y el baño de sangre que se le infligía después las aumentaba aún más. La amenaza de la disolución y la masacre siempre se cernía sobre la parte vencida.

En estos momentos, la mayoría de los soldados suecos solo buscaban la salvación. La mayor parte de ellos se vieron obligados a buscar su camino por alguno de los cuatro estrechos pasajes que cruzaban el arroyo Ivanchinski y los diferentes pantanos, antes de continuar por el bosque de Budichenski. Al principio, los fugados pusieron rumbo al oeste, alejándose del peligro, de las tropas rusas de la llanura y los bramidos de la tormenta de metralla que barría el suelo de la llanura hasta dejarlo limpio. Ahora, las visiones infernales del «terror de la batalla» comenzaron a poseer a los soldados suecos. Tal y como lo describe Stiernhielm:

Ahí viene el enemigo para acosar
a todo aquel que yo he vencido.
Dispara, pica, corta, aplasta
todo lo que encuentra en su camino;
nadie de forma humana se escapa,
y a mí me corresponde el honor.

Todos los barrancos del bosque ya estaban hirviendo de soldados y caballos que trataban de alejarse del campo de batalla en medio de la confusa aglomeración, presas del pánico.

Durante la huida, muchos fueron apresados o muertos —o las dos cosas: primero apresados y después ajusticiados— en los campos. Esto les ocurrió sobre todo a los hombres del ala izquierda. Fueron ellos los que se dieron a la fuga primero, y también fueron ellos los que más distancia tuvieron que recorrer antes de que pudieran desaparecer bajo el ilusorio amparo de la espesura del bosque. Parece que los rusos dieron muerte instantánea a la mayor parte de los fugados que fueron alcanzados; en esta fase de la batalla solo se tomaban prisioneros a regañadientes. Un relato oficial ruso dice que los suecos fueron perseguidos con sables, bayonetas y picas, y se constata, con cierta satisfacción, que fueron ejecutados «como animales». Sin embargo, los perseguidores rusos siempre se lo pensaban dos veces antes de atacar a los grupos más grandes y mejor organizados. Los que pertenecían a unidades organizadas que no se dispersaban, y los que se unían a destacamentos más grandes, eran los que tenían las mejores perspectivas de supervivencia. Una treintena de soldados que, con toda probabilidad, pertenecían al primer batallón del regimiento de Västmanland —comandados por el teniente coronel Carl Anders Sinclair, un hombre de treinta y cuatro años natural de Göteborg— se apostaron detrás de una de las muchas vallas que dividían los campos. Atrincherados tras ella, consiguieron negociar con los rusos para que les tomaran prisioneros. De esta manera evitaron ser masacrados por los perseguidores de la división del príncipe Repnin.

Entregaron de buen grado sus desgastadas banderas blancas. Aquellos oficiales de alto rango, que corrían de un lado a otro en sus vanos intentos de parar a los fugados, cayeron en manos de los perseguidores uno tras otro. Estos oficiales eran trofeos codiciados a los que no se podía poner la mano encima. El primero en ser capturado fue el general de división Berndt Otto Stackelberg, un estonio de cuarenta y siete años que pertenecía a la plana mayor y que había comandado la tercera columna de la infantería (de la que habían formado parte, entre otros, los regimientos de Östgöta y Uppland). Al mismo tiempo también fue apresado Appelgren, el jefe herido de los hombres del regimiento de Östgöta, el mismo hombre que había suplicado tan desesperadamente a Lewenhaupt que le ayudara a parar a los soldados que huían. Josias Cederhielm, que nunca dio con el general para informarle del camino que rodeaba la aldea, también fue herido y capturado durante sus intentos de poner fin a la huida.

Al parecer, un destino común para muchos de los soldados que huían de la batalla eran las estocadas de sable por la espalda, asestadas por la caballería enemiga. En la década de 1950 se realizó un examen médico-anatómico de algunos fragmentos de esqueleto que habían sido traídos del campo de batalla. Eran los restos mortales de cuatro soldados desconocidos —suecos, con toda probabilidad— a través de los cuales podemos imaginarnos las escenas de muerte de cuatro personas en el escenario de la contienda, envuelto en nubes de pólvora. El primero es de un hombre de unos treinta años. Primero fue atacado por detrás con repetidos golpes de sable o de espada en la cabeza. Estos cortes no fueron mortales; en lugar de esto, recibió su *coup de grâce* cuando alguien disparó una bala que le atravesó la cabeza. El probable transcurso del suceso es que el hombre fue alcanzado por un jinete ruso que le asestó unos golpes en la cabeza con su sable, y, cuando cayó al suelo, el ruso sacó su pistola y le disparó en la ya magullada cabeza. También pudieron haberle encontrado herido más tarde, matándolo a posteriori; no lo sabemos. El segundo hombre tenía entre treinta y cuarenta años y sufrió un destino parecido. También este soldado fue golpeado por un adversario montado, recibió un corte violento y profundo en el codo que tuvo que haberle dejado en estado de *shock*. Sin embargo, la herida no le produjo una muerte instantánea, sino que moriría desangrado, o a causa de otras heridas recibidas. También el tercer soldado, un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años, fue abatido por detrás por un jinete. Recibió un fuerte golpe desde arriba, en el lado izquierdo, pero este no fue suficiente para poner fin a su vida. En lugar de esto, la muerte le fue ocasionada por dos o tres cortes que le atravesaron la sien izquierda. Puede que también él fuera ejecutado cuando yacía herido e indefenso sobre el suelo. Finalmente, el cuarto hombre: tenía entre veinticinco y treinta años y debió de ver a quien le quitó la vida. La punta de una pica impactó en su frente y penetró en el cerebro. El hombre estaba cara a cara con su adversario, tal vez para rendirse, tal vez para defenderse, cuando este le clavó el arma en la cabeza. Su verdugo también iba montado, probablemente era un cosaco. Cuatro destinos, anónimos para siempre.

Comenzaba a pasar cada vez más tiempo entre las descargas de los mosquetes; bien es cierto que se seguía disparando, pero el persistente trueno de los disparos dejó de sonar de manera continua y comenzó a desvanecerse; el aire se aclaraba sobre el campo de batalla. Durante los momentos más intensos de la batalla se habían creado auténticos pilares de humo de pólvora y de polvo. La escasísima visibilidad resultante queda demostrada por el hecho de que el rey y su cortejo no vieran que las tropas suecas estaban huyendo, por lo que se quedaron donde estaban, prácticamente solos en uno de los

extremos del campo de batalla. Solo cuando la niebla se dispersó pudieron ver que ellos eran de los últimos suecos que seguían en pie en la llanura. De repente, la situación para el rey y su cortejo se había vuelto muy seria: las tropas rusas se extendieron por la llanura en busca de fugados, casi sin encontrar resistencia. Ahora, una de las potenciales presas era el rey de Suecia.

Carlos y su séquito debían alejarse de la llanura cuanto antes. Había tropas rusas a su alrededor, y algunas de ellas comenzaron a hacer acto de presencia mediante algunos disparos de cañón. Uno de los escoltas, el cabo Christer Henrik d'Albedyhl, fue enviado para reconocer el terreno. Enseguida volvió para confirmar que todas las tropas que vieron a su alrededor eran del enemigo. Cuando el rey se enteró dio la orden de retirada; todo el grupo se dio la vuelta y comenzó, al igual que la mayoría de los suecos, a moverse en dirección al bosque. Cuando las unidades rusas que avanzaban a su alrededor comprendieran a qué lado pertenecía ese gran grupo, los suecos se quedarían con las nalgas al aire. Carlos envió a más escoltas en busca de alguna unidad sueca que pudiera estar cerca, para que acudiera al cortejo del rey con el objetivo de reforzar su defensa. Aparte de la gente de la corte, los escoltas, los dragones de la guardia y el resto de la comitiva asociada al monarca, también se amontonaron partes del regimiento de la guardia montada alrededor de la camilla blanca del rey. Ya contaban con una escolta potente, pero querían reforzarla todo lo que pudieran.

Creutz fue uno de los que recibió la orden de interrumpir la lucha para acudir inmediatamente ante el rey. La persecución de la caballería enemiga, que había atacado a sus hombres por la espalda cuando atacaron el gran cuadrado, les había llevado lejos del campo de batalla propiamente dicho. La persecución en sí fue bastante exitosa: varios escuadrones rusos quedaron reventados y dispersos antes de que los jinetes rusos consiguieran desaparecer entre las pequeñas casas de barro de la aldea de Maloye Budiche. Los escuadrones de Creutz habrían sido más útiles en la batalla principal de la infantería, pero ahora ya era tarde. Una unidad de escoltas, seguida poco después de otra más, cabalgó en busca del general. Le entregaron la orden de que debía interrumpir la contienda de forma inmediata para acudir al rey con sus soldados. Creutz dio la orden de parar inmediatamente. Durante la caza y captura, las unidades se habían dispersado: cerca de Creutz únicamente quedaba el regimiento de caballería de Norra skånska. Más adelante, junto a la aldea tomada por los rusos, había un par de escuadrones de los dragones de Hielm. El terreno alrededor de la aldea era accidentado, y todavía había bastantes rusos merodeando por la zona. Un ordenanza salió del regimiento de Norra skånska para dar la orden de retirada a aquellos dragones que se encontrasen junto al pueblo. Resultaba difícil encontrar a todos los escuadrones dispersados y Creutz solo consiguió reunir a una parte de sus fuerzas. Con estas tropas cabalgó hacia el norte, en dirección a los campos. Pero por ahí campaba la infantería rusa, tras la batalla final. Para alcanzar al rey debían atravesar estas tropas. Los suecos tomaron la decisión de jugársela: pasaron ante la infantería del enemigo sin que esta reaccionara. Los soldados debieron de pensar que se trataba de su propia caballería.

Los rusos estaban dando vueltas por la llanura, donde los cadáveres de los vencidos infantes suecos estaban repartidos por todas partes bajo un sol abrasador. La infantería rusa ya había pasado por allí, pero ahora la gente del campamento comenzó a acercarse al campo de batalla. Los muertos, moribundos y heridos fueron saqueados. La ropa fue arrancada tanto de los vivos como de los muertos, y las armas, que estaban

tiradas por todas partes, fueron amontonadas. También los tambores abandonados, algunos reventados y de color azul claro, fueron recogidos.

Se reunieron diferentes trofeos, como banderas y estandartes, que fueron paseados de manera triunfal. (Una de estas insignias tan codiciadas —porque siempre podías esperar una buena recompensa al entregarlas— fue encontrada por el cocinero jefe del propio zar, llamado Jan *el Extranjero*.) La división de infantería de Hallart, que había estado en el extremo del ala izquierda del frente ruso, había conquistado 22 banderas, entre ellas seis blancas de la Guardia de Corps y dos estandartes: una insignia de campo blanca del regimiento de la guardia montada, y otra perteneciente a los dragones de Hielm (ambas unidades formaban parte del grupo de Creutz). Los soldados rusos no solo se dedicaron al saqueo, sino que también mataron. Algunos supervivientes suecos fueron ajusticiados cuando los rusos los encontraron, aunque estos también habían empezado a reunir prisioneros. Puesto que no parecía haber una norma coherente para el tratamiento de los supervivientes suecos, la ejecución de prisioneros en esta fase de la contienda parecía haberse producido por iniciativa de los soldados. Sin embargo, en medio de la generalizada confusión, algunos suecos heridos sí consiguieron escapar. El comandante de 37 años Sven Lagerberg, del regimiento de Skaraborg, que había nacido en Stora Kärn en la provincia de Västergötland, fue uno de ellos. Durante la batalla final, una bala le había atravesado el cuerpo entero y se había quedado tirado en el suelo. La línea del frente ruso avanzó por encima de él y, como ocurría con tantos otros heridos, fue pisoteado por los soldados. Su salvación fue un dragón herido. El dragón le ayudó a subirse a su propio caballo y lo sacó de las escenas infernales del campo de batalla, llevándole hacia el tren de bagajes.

Otro que fue salvado de los montones de cadáveres del campo de batalla era Svante Horn, un capitán primero de treinta y cuatro años. Su unidad, los dragones del regimiento de Skåne, había luchado en el extremo del ala izquierda y había quedado seriamente maltrecha tras verse rodeada de caballería rusa. La pierna derecha de Horn había quedado reventada por un balazo durante los duros combates y se había quedado en el suelo. A estas alturas, Horn ya tenía una larga serie de enfrentamientos y batallas a sus espaldas, y no era la primera vez que había recibido heridas. Ya en el primer año de la guerra, este desafortunado capitán había sido herido por bala de mosquete en el muslo. En 1703, las balas habían alcanzado su caballo en pleno avance, había recibido una estocada en el brazo y además había sido severamente pisoteado. Más tarde, en Polonia, había estado al borde de la muerte otra vez; había salido a los bosques con un grupo de 24 hombres para talar árboles, pero fueron atacados por una tropa de varios centenares de soldados polacos y solo consiguió huir después de una lucha de siete horas en el transcurso de la cual cayeron todos sus hombres salvo uno. En 1706 recibió una fea herida en la cabeza, y le tuvieron que extirpar catorce fragmentos de hueso. Al año siguiente fue emboscado de nuevo, esta vez en Lituania, y en aquella ocasión algunos calmucos «le dieron en la cabeza con un mazo hasta que la sangre le salió por la nariz, la boca y los oídos». A Horn le dieron por muerto, con una estocada de sable que le había atravesado el pecho y el estómago pinchado por una pica, además de recibir otras trece heridas menores. Seguramente habría muerto si no hubiera sido por su mayordomo, un hombre llamado Daniel Lidbom, que tropezó sobre el magullado cuerpo de su señor y vio algunas pequeñas señales de vida. En los días que siguieron, el mayordomo le mantuvo con vida, inyectándole vino y leche a través de una paja que introducía en la magullada

boca por el hueco de un diente roto. Las serias heridas habían paralizado un lado de su cuerpo, lo que no le había impedido acompañar al ejército en la marcha hacia Moscú. Una vez más, el mayordomo Lidbom salió al campo donde se había librado la batalla, para darles la vuelta a los cadáveres destrozados y buscar la cara de su señor entre las máscaras de dolor, ennegrecidas por la pólvora, de los heridos. Y una vez más lo encontró. Es cierto que los dos no tardaron en caer en manos de los soldados rusos, pero la vida de Horn se salvó.

Una incesante procesión de prisioneros de guerra fue conducida al interior del campamento ruso. Muchos de ellos estaban completamente desnudos tras los saqueos; los magullados cuerpos estaban expuestos, y algunos fueron ridiculizados y humillados.

Uno de los prisioneros desnudos que tuvo que aguantar las burlas de los soldados rusos era Alexander Magnus Dahlberg, un sargento de veinticuatro años de la comarca de Holta, en la provincia de Bohuslän. Motivado por el ejemplo de sus dos hermanos mayores, había entrado en el ejército a los dieciocho años y había participado en la batalla de Fraustadt, donde presencié el fusilamiento en masa de los prisioneros rusos. Era un joven templado, respetuoso y con una profunda fe. (El año anterior, estas características le habían valido el mote de «la comadrona polaca», cuando se había apiadado de una mujer campesina que estaba pariendo, a la que los otros soldados habían echado de su propia cabaña porque los gritos les molestaban. Dahlberg había ayudado a la ruidosa mujer, preparándole un lecho en el frío zaguán.) Ahora Dahlberg era prisionero, y tanto él como los otros tuvieron que soportar comentarios como, por ejemplo, que «eran unos miserables canallas, que aun después de sufrir mucha hambre y sed no aguantaban las vituallas rusas, ya que eran demasiado fuertes, entumeciéndoles las extremidades y mareándoles la cabeza; pero que ya podían esperar hasta llegar a Moscú, que tantas ganas tenían de conocer, ya que en aquel lugar se les prepararía de tal manera que las vituallas rusas no les incomodarían en absoluto, puesto que allí dispondrían de instrumentos tales como picos, azadas, palas, varas de hierro, camillas para llevar piedras y carretillas, todos dispuestos para salvaguardar la salud de los suecos, para que, al usarlos, no volvieran a tener ocasión de quejarse por falta de apetito ni por insomnio». Las burlas de los rusos daban una idea del futuro que les esperaba a muchos de los prisioneros.

Algunos oficiales suecos de alto rango seguían dando vueltas por los campos, tratando de salvar todo lo que se pudiera. Gyllenkrok se dirigió al lugar donde el ala derecha había avanzado; se oyó el sordo ruido de tambores. Guiado por los insistentes redobles cabalgó hasta dar con una unidad de infantería en formación de cuadrado. Supuso que se trataba de soldados suecos de la guardia y se acercó a ellos. Mientras se aproximaba, se dio cuenta de que eran tropas rusas; había estado a punto de cometer el mismo error que Piper. Gyllenkrok hizo dar la vuelta al caballo bruscamente. Delante de sí pudo ver un par de escuadrones de caballería suecos que continuaban en la llanura. Una de estas unidades eran los dragones de Gyllenstierna, que estaban bien formados, con los estandartes azules cortando el viento y con el propio jefe, Nils Gyllenstierna, montado en su caballo delante de sus jinetes. (Nils tenía sangre azul; era conde de una familia de la aristocracia de origen danés. Tenía treinta y ocho años y había sido gravemente herido en Kalisz, en 1706, pero ya se había recuperado. Los retratos muestran a un hombre con mirada intensa bajo unas bellas cejas arqueadas, nariz larga y una pequeña boca.) Mientras se acercaba a esta unidad, Gyllenkrok descubrió a algunos infantes de línea que

estaban dispersos en una de las esquinas de un pequeño campo. Gyllenkrok les gritó que «se agrupasen y se pusieran en pie» pero le contestaron que estaban heridos. Los dejó y se acercó al regimiento de Gyllenstierna. En el mismo momento, un batallón de infantería rusa vino marchando a buen ritmo junto a los dragones, pasando por delante de ellos en su camino hacia el oeste, rumbo al bosque. Gyllenkrok se giró hacia Gyllenstierna y le apremió para que los atacase: «Ataquemos a estos por la espalda». El coronel de los dragones asintió y dio la orden de «en marcha». Ahora la situación quedó clara para los rusos, que hasta el momento habían dudado de la nacionalidad de la unidad de dragones. Apenas hubo llegado la orden de ataque sueca cuando una violenta descarga se desprendió del ala izquierda del batallón ruso, a tan solo cincuenta metros de distancia del coronel. Más no hacía falta para que los hombres de Gyllenstierna se dieran a la fuga: los dragones se dieron la vuelta y se marcharon del lugar. Algunas otras unidades de caballería se unieron a la desordenada retirada, y Gyllenkrok fue arrastrado con ellas. (Por regla general los dragones —que a diferencia de la caballería regular solían ser tropas reclutadas— mostraban menos ganas de luchar que esta, y también eran mucho más propensos a rendirse.)

La riada de jinetes fugados buscó su camino a través de uno de los pasajes. La aglomeración fue considerable y, junto a un pequeño puente, se inició una prodigiosa lucha marcada por los empujones, las embestidas y los agarrones. En medio del caos en el puente, Gyllenkrok fue empujado al cenagal, donde se quedó clavado en el fango. Conforme crecía el terror y disminuía el espacio, la huida se convirtió en pánico. Poco antes, los soldados habían buscado refugio en la masa de gente, ya que el tamaño de esta les proporcionaba calma y seguridad, pero, cuando una multitud huye despavorida, los demás ya no suponen una protección; la estampida se convierte en una lucha de todos contra todos. Tras un gran esfuerzo, el cuartel maestro general, de mediana edad, consiguió sacar el corcel del pantano y se subió a la silla. Al momento estuvo a punto de caerse otra vez. Un hombre que iba a pie, que evidentemente quería hacerse con un caballo y que había decidido tomar uno por la fuerza si hacía falta, agarró el talabarte de Gyllenkrok, en el que estaba enganchada la funda de su sable. El hombre tiró fuerte del talabarte. El cuartel maestro general notó que estaba a punto de caerse del caballo otra vez, pero antes de que la caída fuera consumada se rompió el talabarte. Este, junto con la funda del sable, se desprendió de él y salió volando. Gyllenkrok espoleó su caballo y se alejó rápidamente del lugar. El estrecho pasaje del puente cobró muchas víctimas. No todos los que cayeron pudieron volver a salir; muchos se quedaron en el cenagal.

La progresiva llegada de dragones rusos, que intentaron taponar estos estrechos pasajes, contribuyó a la desesperación y el caos. El regimiento de caballería de Småland fue una de las unidades que ahora se replegaban. Según el pastor de escuadrón Johannes Siöman, que participó en la batalla, tras la derrota de los infantes «la única posibilidad que quedaba era retirarse a través del bosque». El pastor Siöman estaba aterrorizado. Después relató que «uno no sabía dónde dirigirse, porque las balas de los cañones y los mosquetes nos estaban rozando los oídos cual granizo». Pensó que iba a morir en este Hades de proyectiles omnipresentes: «Lo mejor que uno podía hacer era encomendarse a la misericordia del Señor, ya que por obra del hombre no se podía esperar ningún tipo de salvación».

En el desorden que se produjo durante la retirada, que era más parecida a una huida en toda regla, el regimiento de Småland se desintegró en varios pequeños grupos

que, cada uno por su lado, intentaron alejarse del campo de batalla. Uno de estos grupos aislados estaba compuesto por 19 hombres de la compañía de la guardia. Dos de ellos eran oficiales, el corneta Samuel Lindberg y el maestro de campo regimental Frans Hager. Un poco antes, Frans había estado a punto de morir mientras trataba de evitar que el jefe del regimiento, el general de división Dahldorf, cayera en manos del enemigo. (Podría haber sido la ocasión en la que un cosaco rajó la tripa de Dahldorf y los intestinos se le desparramaron sobre el suelo.) Ninguna bala había alcanzado a Hager, pero una bala de cañón le había sacado el sombrero de la cabeza. A lo largo del enfrentamiento, Hager había estado muy expuesto al enemigo en varias ocasiones, lo que queda demostrado por el hecho de que las balas habían matado a dos de sus caballos mientras él iba montado encima, en el transcurso de la batalla.

Los soldados del pequeño grupo del regimiento de Småland se alejaron al paso rumbo al sur, y no tardaron en encontrarse con más tropas de su propio regimiento; a saber, la compañía de Östra härad. Johan Gyllenpamp, un capitán de la provincia de Escania de poco más de cuarenta años, asumió el mando del conjunto. Poco después se vieron involucrados en otro enfrentamiento. Los dragones rusos estaban tratando de bloquear un pasaje por encima de un cenagal junto a un reducto. Sin embargo, los jinetes del Småland consiguieron abrirse paso y continuaron hacia delante. No obstante, Hager acabó mal: durante la retirada cayó en manos de los rusos, que le quitaron todo lo que llevaba encima.

El cortejo del rey se estaba moviendo en dirección a la linde del bosque —a unos 800 metros de distancia de la iglesia de Maloye Budiche— cuando de repente la retirada se vio amenazada por un batallón del enemigo. La unidad rusa salió de un soto a la derecha de los suecos. La tropa de Creutz, cada vez menos numerosa, que acababa de unirse al destacamento, recibió la orden de atacar. Los escuadrones se formaron para un enfrentamiento e hicieron frente a los rusos. Los infantes rusos aflojaron el ritmo, pero no tardaron en recobrar el coraje, tal vez al darse cuenta de que la amenaza de la fuerza de Creutz en realidad era bastante insignificante. Los soldados rusos continuaron cautelosamente hacia delante. Llevaban consigo piezas de artillería regimentales que fueron emplazadas y disparadas: nuevas salvas de chatarra penetraron el aire y abrieron grandes brechas entre las filas de los suecos. No parece que el ataque de Creutz tuviera mayor impacto; si es que llegó a producirse, con tanto fuego.

Uno de los que acompañaban al grupo del rey era el coronel Conrad von Wangersheim. (En realidad debía haber comandado el regimiento de Österbotten, pero este nombramiento no había sido confirmado. Él afirmaba que habían dado el puesto a otra persona debido a que él no había pagado las corruptelas en agradecimiento por el favor.) El coronel Von Wangersheim, preocupado, se giró hacia el rey e insistió en que no continuaran hacia delante, en dirección a la unidad enemiga. Pensaba que el cobarde comportamiento del batallón no era más que una finta para incitar a los suecos a avanzar. El rey no quería hacerle caso y afirmó que tenían que meterse en el bosque. La orden era inequívoca: debían abrirse paso por la fuerza, a cualquier precio.

En la vanguardia marchaban los escoltas, encabezados por el teniente Gjertha, junto con un escuadrón del regimiento de caballería de Norra skånska. La extraña procesión de escuadrones de caballería, escoltas, civiles, empleados de la corte, oficiales de la plana mayor, rezagados, heridos y, en algún punto en el centro, el propio rey Carlos tumbado en su camilla, se puso en movimiento. Se dirigieron a un punto entre el batallón

del enemigo y el bosque. Los soldados rusos se giraron hacia la derecha para hacer frente al destacamento del monarca. Elevaron sus mosquetes y apuntaron. Una estruendosa descarga, procedente de la verde línea de hombres, rasgó el aire. La afilada chatarra y las balas de los mosquetes tumbaron tanto a hombres como a animales. Los proyectiles cortaron y rajaron la vegetación, y de los árboles cayeron ramas reventadas por las balas. No había lugar para una lucha cuerpo a cuerpo; los rusos estaban en un lado, disparando a los suecos que estaban pasando por delante, descargando su plomo como si fuera una maniobra de ensayo en un campo de tiro.

El regimiento de la guardia sufrió una humillante pérdida bajo la lluvia de las balas. Como premio por el buen comportamiento de la unidad en la batalla de Lund, en 1676, Carlos XI le había regalado un par de grandes timbales de plata. Estos les acompañaban en las batallas; eran llevados por un caballo especialmente elegido para el propósito, y tocados por el timbalero regimental Falk. Sin embargo, en el pasaje entre el batallón y el bosque cayeron tanto Falk como su caballo, presas de las balas rusas. Durante la huida tuvieron que dejar los timbales de plata junto al animal muerto y el cadáver del timbalero, perforado de balas.

El diezmado destacamento del rey continuó avanzando por delante del batallón hasta alcanzar el bosque. Los rusos marcharon justo por detrás de ellos. Evidentemente, no querían abandonar la caza de una presa tan jugosa a las primeras de cambio.

El destacamento del rey marchó hacia un cenagal. Lo importante era alejarse de las balas. Sin embargo, los violentos disparos continuaron. Cuando hubieron atravesado una parte del cenagal ocurrió lo que no podía ocurrir: el equipaje real se atascó.

Los rusos tuvieron tiempo para afinar su puntería. Una bala de cañón alcanzó la camilla. El proyectil impactó justo delante del pie herido del rey, y el caballo delantero cayó muerto. En aquel momento se encontraba uno de los caballerizos junto a la camilla. Ya había sido herido en el brazo derecho, que ahora estaba paralizado. Cuando la bala de cañón reventó la camilla, hubo una explosión de fragmentos de madera, y uno de estos puntiagudos proyectiles impactó en el costado del caballerizo hiriéndolo de gravedad. También el caballo trasero resultó herido. La blanca camilla quedó hecha pedazos. La situación era extremadamente peligrosa, tanto para el rey como para todos los que se encontraban alrededor de la camilla. Los soldados rusos acudieron corriendo al lugar. De pie, junto al extremo del cenagal, efectuaron algunos tiros al azar hacia el grupo de hombres que estaban apelotonados en medio del pantano.

Un huracán de hierro barrió el destacamento. Hombres y caballos cayeron como moscas. Sacaron al rey de la camilla, que había quedado inservible. De los 24 hombres de la guardia solo quedaban tres. Con un gran esfuerzo, los soldados que seguían con vida subieron al rey a un caballo que pertenecía al jinete del regimiento de la guardia, Bass. En el mismo momento, uno de los hombres de la guardia, Nils Frisk, recibió un balazo en la cabeza. El nuevo caballo del rey solo pudo dar un par de pasos hacia delante antes de que esa montura también fuese derribada: una bala de cañón le arrancó una de las patas. Otro balazo reventó el dorso del caballo de Hultman, el mayordomo, en cuanto este se hubo subido a la silla. Fue el segundo caballo que perdió ese día. Hultman estaba bañado en sangre y, con las manos llenas de las copas de plata y los medicamentos del rey, tuvo que desengancharse del mutilado y retorcido cadáver del caballo para tratar de encontrar otro corcel.

La huida del pequeño grupo se estaba convirtiendo en una masacre en toda regla.

Las personas que estaban alrededor de la camilla morían a mansalva; los muertos y los heridos cayeron unos sobre otros. Había gente que pensaba lo mismo que el maestro de ceremonias, que «ciertamente era Dios el que protegía a nuestro santo rey de las muchas balas sueltas que volaron alrededor de Su Majestad». Sin embargo, hay que darles más crédito a todos aquellos jinetes, escoltas, oficiales y empleados de la corte que no dejaron de amontonarse alrededor del monarca para parar con sus cuerpos los proyectiles destinados a él. Alrededor de Carlos siempre había un muro humano de fieles súbditos que frenaba las balas. Cayeron una veintena de escoltas. Muchos otros fueron heridos y apresados por los rusos, como, por ejemplo, Johannes Fredrik Rühl, un cabo de unos treinta años, natural de Pernau, que recibió una herida grave en la cabeza y fue hecho prisionero. De la gente de la corte y de la cancillería perecieron unos cuantos. El registrador Stephan Hirsehenstjerna sucumbió, al igual que el ayudante de cámara e historiógrafo Gustaf Adlerfelt. Una bala de cañón alcanzó a Adlerfelt, de tan solo treinta y ocho años, cuando se encontraba al lado de la camilla; la gran obra de su vida sobre las hazañas de Carlos XII concluyó de manera drástica. También les fue mal a aquellos que habían acompañado al rey para cuidar de su pie: el médico militar, el profesor Jacob Fredrik Belau, fue apresado, y el boticario Viervogel sufrió la misma suerte. Otro de los médicos, Gustaf Boltenhagen, fue alcanzado por las balas rusas y murió. El regimiento de caballería de Norra skånska era una de las unidades que participaron en la protección de Carlos. Perdieron entre 70 y 80 hombres en la refriega. Entre los que cayeron estaban el soltero de mediana edad Johan Galle y el comandante Magnus Johan Wolf-felt, un hombre que había comenzado su carrera al servicio de Sajonia, pero que había regresado a Suecia al inicio de la guerra.

En esta apretada aglomeración de gente, cada vez que alguien recibía un impacto, los que estaban a su alrededor quedaban bañados en sangre caliente. El propio Hultman escribe que «mis ropajes, sí, toda mi persona, quedó empapada por la sangre de los moribundos». Ensangrentadas extremidades eran arrojadas por todas partes. En medio de este grotesco caos, el objetivo de casi todas las actividades era la salvación del rey. Su nuevo caballo había quedado inservible tras la bala que le había cortado la pata. Necesitaba una nueva montura, y rápido. Se giró hacia el escolta Johan Gjertta con una orden breve y concisa: «Gjertta, me presta su caballo». El aludido, que estaba gravemente herido, fue sacado de la silla y colocado en el suelo, y su lugar fue ocupado por el monarca. Carlos —vestido con una capa azul y chaleco, con el largo espadón en la mano, una bota con espuelas cubriéndole el pie derecho y el otro pie vendado con un esparadrapo hecho jirones, del cual goteaba la sangre de la herida— fue ayudado a tomar las riendas. La maltrecha compañía partió inmediatamente, alejándose de la trampa mortal del cenagal. Gjertta estaba tan malherido que apenas si podía caminar. Fue abandonado, apoyado en una valla. Según el alto y fuerte predicador de la corte, que había sobrevivido a la lluvia de balas, todo hacía indicar que era en aquel lugar donde el ensangrentado teniente «debía aguardar su último destino». Enseguida, Gjertta fue rodeado de soldados rusos, mientras el rey se escabullía montado en su caballo.

La tarea de encontrar caballos nuevos fue un problema agudo para mucha gente en esta fase del enfrentamiento. Que el amigo equino de los soldados de la caballería fuera derribado en plena marcha era algo bastante común. El caballo conformaba un blanco de gran tamaño y era más fácil alcanzarlo que al hombre que estaba montado encima. Era preferible apuntar a las monturas de los jinetes, ya que un caballo derribado

contribuía en mayor medida a debilitar un choque de caballería. Un corcel bien entrenado solía seguir galopando con el resto de la tropa aunque su silla estuviera vacía, pero un jinete sin caballo quedaba neutralizado aunque él mismo estuviera ileso. Cuando se trataba de escapar, un hombre a caballo presentaba una ventaja natural frente al que caminaba. La infantería rusa tenía grandes dificultades a la hora de dar caza a un hombre que se alejaba corriendo: como ya hemos mencionado, la velocidad de su avance era muy reducida debido a la formación en línea. La caballería enemiga podría ser más lenta que un escuadrón en plena huida, pero, incluso cuando se encontraba en estricta formación, al menos podía alcanzar a un hombre que iba a pie.

Por lo tanto, bastante gente ya había sufrido el infortunio de perder su corcel en la batalla, y, en el caso de algunos de ellos, varias veces. Los oficiales más acaudalados solían tener muchos caballos; según la normativa, un comandante de caballería debía tener cinco caballos de monta; un capitán, cuatro; un corneta, tres, y así sucesivamente hasta el soldado raso, que solo disponía de uno. Ni que decir tiene que un jinete sin rango nunca contaba con las mismas posibilidades que un oficial; si perdía su caballo, lo normal era que se quedara abandonado en el campo de batalla. Había ejemplos de soldados, como Johan Blum, un capitán de unos treinta años oriundo de Livonia, que había perdido tres caballos durante la batalla ese día, mientras cabalgaba en la vanguardia del escuadrón del regimiento de la guardia montada. El cabo segundo Nils-Christer von Baumgarten, nacido en la localidad de Kalmar y perteneciente a la escolta, se había visto privado de dos caballos en plena faena, aparte de recibir un balazo de un cañón ruso que le había herido gravemente en el hombro.

Muchos evitaban ser aplastados o apresados si conseguían hacerse con un caballo nuevo cuando el anterior había caído. Algunos soldados no dudaban en usar la violencia en sus intentos de encontrar otra montura. Otros, como el rey, se hacían con un nuevo corcel requisándolo con desparpajo de algún subordinado más o menos dispuesto a cedérselo. Uno de los hombres con los que Lewenhaupt se había topado mientras estaba afanosamente ocupado en la tarea de poner fin al pánico era el general de división Axel Sparre. El caballo de este fue derribado y necesitaba otro urgentemente. El teniente segundo Bengt Salstéen, de treinta años y natural de la provincia de Västmanland, se bajó de su propio corcel para ofrecérselo a Sparre. Tal vez lo hiciera, como él mismo afirma, «voluntariamente», o puede que lo hiciera porque Sparre era su jefe regimental y superior en rango. Sea como fuere, el general se subió a la silla y se alejó, dejando al teniente segundo «expuesto al peligro».

Dos hombres que se habían visto brevemente justo antes de la batalla, y que experimentaron aventuras parecidas, eran Nils Bonde y Carl Roland. El edecán general Bonde perdió una montura, y también fue privado de los demás caballos y sirvientes. Estuvo a punto de ser aplastado, pero consiguió evitarlo por los pelos y se hizo con otro corcel. Roland servía en los dragones de Hielm, una de las unidades que había participado en el ataque de Creutz contra el cuadrado, y al término de los enfrentamientos se encontraba, de repente, sin caballos. Todos sus compañeros se marcharon (probablemente debido a la orden de interrumpir la persecución para reagruparse junto al rey). Dejaron a Roland de pie en su estela. Este tuvo ahora ocasión de maldecir la falta de tiempo que le había obligado a partir sin sus caballos de refresco; ahora un escuadrón ruso estaba cabalgando justo hacia él. Sin embargo, todavía tenía una pequeña posibilidad de salvarse: delante de los soldados de la caballería venía un corcel desbocado a toda

carrera. Roland consiguió llegar junto a él, metió el pie en el estribo como buenamente pudo, ya que el caballo era alto y fuerte, para después subirse a la silla y espolear al animal. El ciempiés de pezuñas que martilleaba la tierra por detrás le estaba pisando los talones. La persecución continuó en dirección a un pequeño cenagal. Roland dirigió su caballo al tremedal y los perseguidores espolearon los suyos con energía tras él. Sin embargo, a diferencia de sus monturas, los soldados eran grandes y fuertes, y los caballos, con tanta carga, se hundieron uno tras otro. Menos mal que el corcel enviado por Dios o el azar a los brazos del joven holmiense era lo suficientemente fuerte como para atravesar el cenagal, a pesar del peso que llevaba sobre el lomo. Los rusos, por el contrario, fracasaron en su intento de cruzar el tramo del cenagal, y Roland pudo dejarlos atrás. Lamentablemente, el peligro todavía no había pasado.

Después de haberse alejado de los rusos del pantano, comenzó a buscar a las tropas suecas y su regimiento. Mientras erraba de esta manera, avistó una unidad de caballería y se acercó a ella. Resultaba difícil discernir a qué bando pertenecían; el polvo y el humo despedido por la pólvora habían enturbiado los ojos de Roland. La distancia a los jinetes desconocidos ya era muy pequeña cuando se dio cuenta de qué clase de gente eran: ¡rusos! Dio la vuelta al caballo rápidamente y se alejó de los soldados enemigos. Tras otro rato de confusa cabalgada se topó con unos jinetes que resultaron ser suecos. El peligro había pasado temporalmente y Roland pudo volver con su unidad.

También había ejemplos de personas que se hacían con una nueva montura mediante la adquisición del caballo de refresco de otro. Uno de ellos era el general de división Lagercrona, cuyo corcel no fue víctima de las balas, pero se había quedado tan exhausto que no podía seguir. (Este hombre no era un guerrero especialmente exitoso; en el año anterior había protagonizado varios fracasos realmente estrepitosos: se había perdido, junto con todo un destacamento del ejército cuyo mando le habían designado a él y, como si esto fuera poco, acto seguido había desperdiciado una ocasión de oro de tomar la guarnición de Starodub, de gran valor estratégico. Su talento estaba más orientado al trabajo administrativo-económico, y gozaba de cierta confianza con el rey debido a su capacidad de conseguir fondos para la hueste en poco tiempo. Debido a su brusco comportamiento y su predilección por todo tipo de litigios, se había ganado muchos enemigos.) Ahora necesitaba un caballo de recambio, y, cuando un sirviente pasó con un corcel marrón, ensillado y provisto de pistolas y todos los demás pertrechos, lo requisó sin ton ni son. Pertenecía a Carl Strokirch, un capitán de treinta años de Nässelsta, en la provincia de Söderman-land, que servía con los dragones de la guardia, una de las unidades que se habían unido al grupo del rey. Lagercrona paró al sirviente y le quitó el caballo. Le parecía que tenía derecho a hacerlo; era un oficial de alto rango y, según dijo, lo necesitaba para asuntos al servicio del rey. Uno de los testigos que presenciaron el incidente era un escolta, Bror Rålbamb. Más tarde, el dueño real del caballo marrón, Strokirch, fue apresado, mientras que Lagercrona consiguió escapar. (En 1731, veintidós años después de la batalla, Strokirch presentaría una demanda contra Lagercrona en el tribunal de Södra förstaden de Estocolmo por el hurto del caballo, y al final ganó el pleito, quedando Lagercrona obligado a pagarle una indemnización de 700 *dalers* de cobre y 10 de plata.)

El jefe del cuerpo de escoltas, Carl Gustaf Hård, un hombre de treinta y cinco años que había nacido en la localidad de Fogelås, se alejó del grupo del rey para tratar de parar a los fugados y movilizar aún más protección para el monarca. Uno de los hombres

a los que encontró a su paso fue Lewenhaupt. Al ver al general le pidió ayuda: «Señor general, ¿sería posible parar a la gente? Abandonan al rey por completo». «He hecho todo lo que he podido, pero no me ha sido posible —fue la resignada respuesta de Lewenhaupt, pero añadió, en tono inquisitivo—: ¿Y dónde se encuentra Su Majestad?» Hård contestó: «Estaba aquí hace apenas un momento». El general decidió realizar otro intento y regresó un trecho hacia la riada de los fugados. Allí comenzó de nuevo a vociferar súplicas y reprimendas: «Por el nombre de Jesucristo, parad. No defraudemos al rey, que está con nosotros». La mención del monarca tocó una fibra sensible en algunos de los infantes, que pararon. Alguien gritó: «Si el rey está con nosotros, pararemos». Fue suficiente el que parasen unos pocos para que menguara el irreflexivo pánico. Los soldados y los jinetes que estaban alrededor de Lewenhaupt aminoraron la marcha hasta detenerse.

22. «¡Todo está perdido!»

Hård se marchó en busca del rey y *Lewenhaupt* lo siguió. No tardaron en encontrarlo, subido al caballo de *Gjertta* y con el pie vendado colocado sobre la nuca del corcel. La herida sangraba profusamente. Cuando la mirada de Carlos cayó sobre el general, puso buena cara y le saludó con la pregunta: «¿De modo que sigue usted con vida?». «Así es, mi misericordioso señor —llegó la respuesta de *Lewenhaupt*—. Que Dios nos salve, porque las cosas van mal.» Los dos discutieron: según *Lewenhaupt*, no quedaba nada por hacer en el campo de batalla e insistió en la necesidad de reunir a toda la gente que se pudiera para después acudir al tren de bagajes. La cuestión era si iban a encontrar el camino para llegar hasta él. Carlos le preguntó directamente si sería capaz de encontrarlo, y el general contestó negativamente. Se envió una pregunta por las filas: ¿había alguien que pudiera guiarles a todos hasta *Pushkaryovka*? Poco después encontraron a dos guerreros del regimiento de *Valaquia* que decían conocer el camino.

La estampa de un gran grupo de personas que habían dejado de huir produjo un extraño efecto en los soldados. Alrededor del rey surgió algo parecido a la calma en el ojo de huracán. Grupos enteros de soldados fugados llegaron a pararse. Los rezagados y los heridos se unieron a ellos. Los oficiales de alto rango pudieron constatar que la mayoría de los infantes que habían comenzado a apelotonarse alrededor de ellos venían del ala izquierda, mientras que apenas había rastro de la gente del flanco derecho. *Lewenhaupt* señaló que «la mayoría de ellos habrán tenido que morder el polvo». Un joven oficial de la Guardia de Corps comandaba uno de los grupos del ala derecha, que había conseguido romper el cerco para buscar el camino hasta la comitiva del rey. Sin embargo, su tropa no daba para mucho; estaba compuesta de unos centenares de soldados, y la mayoría de ellos estaban heridos. El joven oficial de la guardia era el único mando que quedaba; según dijo, todos los demás habían caído.

Toda una serie de unidades de caballería también fueron engullidas por el destacamento del rey. Muchos de ellos no habían ni oído la batalla. Decían no haber recibido ningún tipo de órdenes, sino que se habían dejado llevar por la riada de pánico. Sin embargo, no todos se unieron voluntariamente al creciente grupo. A algunos había que obligarles directamente. El mensajero del rey *Estanislao*, el conde polaco *Poniatovski*, que formaba parte del cuartel general del rey, descubrió a dos escuadrones que erraban por los campos, aparentemente sin rumbo fijo. El conde les alcanzó y apremió a su jefe para que ordenara a sus hombres que le acompañaran hasta el rey. El jefe de los jinetes suecos se negó. Entonces, *Poniatovski* sacó su espada y puso la punta contra el pecho del oficial. Sobrecogido por este eficaz ejemplo de técnica de persuasión eslava, el oficial y sus tropas acompañaron al conde polaco hasta el grupo del rey. Este ya podía ver cómo crecía el número de efectivos a su alrededor y, mareado por el calor, el agotamiento y la pérdida de sangre, comenzó a perorar, diciendo que estaban de nuevo en condiciones de luchar: él mismo estaba montado y disponía tanto de infantes como de caballería. Pero no eran más que palabras vanas de una enturbiada mente de héroe, porque poco después continuó la retirada, aunque esta vez de manera más ordenada. ¡Al tren de bagajes! Si es que iban a ser capaces de llegar tan lejos.

Mientras que en estos momentos la mayor parte del ejército sueco estaba huyendo a través y alrededor del bosque de *Budichenski* bajo un sol abrasador, lo cierto es que

también había unidades que seguían luchando en el campo de batalla. Los fugados todavía podían oír el repiqueteo de las descargas de mosquetes a sus espaldas. Junto con otros dos escuadrones, Carl Magnus De Laval y sus hombres habían continuado su lucha para demorar el avance de la caballería rusa, y además con éxito. Apostados detrás de un abrupto barranco rechazaron un ataque tras otro e impidieron que los rusos pudieran alcanzar el pasaje que estaba tras ellos, por el que acababa de transitar el grupo del rey y que todavía estaba salpicado de fugados. Los jinetes de De Laval estaban obligados a luchar; el desfiladero estaba taponado y debían esperar de buena gana hasta que les tocara a ellos pasar.

Eran pocos y los ataques eran duros, por lo que saludaron con alegría la llegada de un escuadrón de los dragones de Hielm. Los dragones rusos se prepararon para atacar una y otra vez, pero, en cuanto los jinetes suecos sacaban sus mosquetes y los colocaban sobre sus rodillas para disparar, aquellos se replegaban. Los rusos se aproximaban, los suecos elevaban sus armas, los rusos se retiraban. Así continuaron durante un cuarto de hora, más o menos, mientras se mantenía la tensa espera de que el pasaje terminara de despejarse, lo que finalmente sucedió. Ocurrió en el último suspiro. Los dragones avisaron a De Laval: «Señor *capitaine*, llega la infantería enemiga por detrás de la caballería». En el mismo momento, las filas de caballos se abrieron delante de ellos y pudieron ver que allí, efectivamente, llegaba la infantería rusa que se había acercado oculta tras los escuadrones. Las bocas de acero de los mosquetes enemigos fueron dirigidas hacia los dragones suecos, y una atronadora descarga rasgó el aire. De Laval vio cómo los rusos estaban iniciando un movimiento envolvente. Ya no había más razones para quedarse en el lugar; el pasaje estaba libre: uno tras otro, los escuadrones fueron partiendo. Primero los del regimiento de Hielm, seguidos de los destacamentos de Sternbach y Tungelfelt. Las tropas de De Laval fueron las últimas en salir. Los hombres estaban impacientes y asustados, y gritaron: «¡Señor *capitaine*, ahora somos los últimos y vamos a sufrir!». De Laval trató de calmarlos, pero ahora tenían que darse prisa. Lo más valioso salió primero: el estandarte, portado por un alemán de veinticinco años, el corneta Johan Jakob Schultz de la localidad de Stettin, encabezó la retirada. El resto de la tropa partió como un torbellino, en formación de columna.

Para proteger la retirada, De Laval se eligió a sí mismo, al sargento mayor finés Johan Henrik Seréen y a ocho dragones, que formarían la retaguardia. La medida estaba justificada, ya que un escuadrón ruso se acercaba por detrás para tratar de atacar a las tropas suecas por la espalda. Sin embargo, los diez hombres no podían hacer nada contra un escuadrón entero. Los suecos huyeron. De Laval hizo dar la vuelta a su caballo. En medio de la confusión se vio obligado a desviar el rumbo hacia un cenagal —el mismo donde la camilla del rey se había quedado atascada— y las patas del caballo se hundieron en el fango. Cuando miró a su alrededor, ya no podía ver a nadie más de su tropa. Probablemente, la precipitada retirada de la retaguardia había dado una oportunidad a los rusos de atacar al escuadrón que se marchaba: tanto Schultz, que portaba el estandarte, como el sargento mayor finés fueron apresados.

De Laval no podía salir del tremedal, sus hombres se habían marchado y los rusos merodeaban muy cerca. Decidió hacerse el muerto y se tiró al fango. Pudo ver cómo los soldados enemigos se dejaban engañar por su astucia. Comenzaron a saquear, quitando la ropa de los cadáveres y recogiendo las banderas y los instrumentos musicales que estaban esparcidos entre los cuerpos sin vida que yacían sobre el suelo. También hallaron un

verdadero tesoro: junto al caballo muerto que había portado los timbales del regimiento de la guardia, y junto al cuerpo del timbalero regimental Falk, los rusos encontraron los dos grandes timbales de plata.

El sueco aguardó durante un rato, y luego se desprendió del fango, liberó al corcel y comenzó a abrirse camino por el cenagal, despacio y con mucha cautela. Al final llegó a la altura de un estanque, junto al cual la tierra estaba más firme, y allí se subió al caballo y se alejó lentamente de los desnudos y ensangrentados cadáveres del desfiladero.

El ministro del rey, Piper, acompañó a los fugados que se alejaban de la batalla, entró en el campo al otro lado del bosque e inició una infructuosa búsqueda de su señor. Al único que encontró fue a Rehnsköld, que, acompañado de un regimiento de dragones, venía trotando a través del bochorno veraniego. Feliz por haber encontrado al menos a uno de los máximos responsables en medio del caos, Piper se acercó a él y le preguntó si sabía dónde se encontraba el rey. Rehnsköld dio una respuesta breve en alemán: «No lo sé», pero el corpulento hombre a su lado insistió: «Por el amor de Dios, no abandonemos a nuestro rey, que yace enfermo en una camilla y no puede valerse por sí mismo». El mariscal de campo, bajo de ánimos y parco en palabras, se limitó a contestar: «Todo está perdido». «Dios lo prohíba —replicó Piper mecánicamente—; bien es cierto que un ejército puede ser empujado hacia atrás, pero también puede recomponerse para oponer resistencia ante el enemigo.»

La discusión continuó mientras cabalgaban a lo largo de la linde del bosque, acercándose cada vez más al campo de batalla otra vez.

Uno de los que consiguió salir del tumulto del bosque fue Gyllenkrok. Una vez en el campo, encontró a un escuadrón sueco. No reconoció al fornido jefe del escuadrón pero le apremió para que le ayudara a reunir a la gente: «Obre con diligencia para traer a más soldados». El oficial le contestó voluntariosamente: «De buen grado lo haré, mi señor coronel; obraré con diligencia». Unos cuantos escuadrones que venían al paso fueron parados e incorporados a las filas a la derecha del primer escuadrón. Poco a poco comenzó a tomar forma un nuevo destacamento. Gyllenkrok estaba a punto de partir rumbo a la derecha cuando apareció un oficial para señalarle que Rehnsköld estaba cerca: «Mi señor coronel, mire, ahí sobre el campo cabalga el mariscal de campo». Cuando se dio la vuelta pudo ver a este rodeado de jinetes y en plena conversación con Piper.

Mientras avanzaban, Piper seguía inundando al deprimido mariscal de campo con sus obviedades. Quería que Rehnsköld intentara parar a los fugados y añadió que «si no lo puede hacer usted, al menos enséñeles adónde deben dirigir sus pasos para que estos jinetes, dispersos como están, no sean todos masacrados por el enemigo». Rehnsköld callaba. Debía de tener una idea parecida en la cabeza. Aparentemente, el mariscal de campo estaba tratando de volver a llevar a una parte de la caballería a la zona de combate, probablemente con el propósito de socorrer a aquellas unidades que seguían luchando. Hicieron un pequeño alto y se encontraron con los coroneles Dücker y Taube, cada uno al mando de un regimiento de dragones. Estos podrían haber dado alguna noticia importante a Rehnsköld, porque para cuando Piper quiso darse cuenta, ya había partido. Piper preguntó por él y le señalaron hacia el campo donde cabalgaba el mariscal de campo, seguramente camino de efectuar algún tipo de reconocimiento. El obstinado ministro le alcanzó y continuó sermoneando sobre la necesidad de poner las tropas en orden o, si no, en aquellos casos donde esto resultaba imposible, indicarles hacia dónde debían retirarse. Los dos hombres regresaron al grupo que les esperaba, y enseguida volvió a ocurrir lo

mismo. El esquivo mariscal de campo desapareció de nuevo en el campo antes de que Piper pudiera darse cuenta, pero volvió a ser alcanzado por este. Piper repitió sus propuestas pero añadió que «donde no se pueda llevar a cabo lo primero, que al menos les diga que deben dirigirse al tren de bagajes». Ambos mandatarios, los dos hombres más poderosos de la hueste después del rey, enemigos irreconciliables cuyo mutuo rencor era de sobra conocido, regresaron juntos sobre sus caballos.

Sin embargo, el mariscal de campo volvió a partir rumbo al campo de batalla. Esta vez fue alcanzado por Gyllenkrok, que dijo: «Que Dios nos perdone, aquí hay algo que no cuadra, ¿no oye su excelencia que las descargas suenan a nuestra izquierda? —y añadió, con referencia a la caballería a la que acababan de formar—: Aquí tenemos unos cuantos escuadrones ya formados, ¿quiere su excelencia que se dirijan hacia algún sitio?». «La cosa se tuerce», contestó Rehnsköld, cabizbajo, y siguió cabalgando hacia los campos que rodeaban el sistema de reductos. Los sordos estallidos de los cañonazos rodaban por encima de los campos desde el reducto más próximo al bosque. Delante de ellos pudieron ver concentraciones de tropas. Gyllenkrok avisó: «No cabalgue hacia allá, son las *troups* del enemigo las que tenemos delante». El mariscal de campo hizo caso omiso, constatando, con total convencimiento, que era «nuestra gente». Algunos de la comitiva de Rehnsköld coincidieron con su valoración y dijeron que eran tropas propias, provenientes del ala derecha. Todavía no se habían dado cuenta de la magnitud del desastre que había asolado a aquel flanco. Sin embargo, el cuartel mestre general estaba seguro de que tenía razón: «Yo no lo creo así, de modo que volveré donde los nuestros, que sé dónde están», fueron sus palabras, y después dio la vuelta con su caballo. Los otros continuaron obstinadamente hacia delante, a pesar de que estaban acercándose cada vez más a las descargas del reducto.

En su camino de regreso hacia los escuadrones formados, Gyllenkrok se encontró con Piper, que, junto con su cortejo, cabalgaba hacia el sur sobre la llanura. Trató de avisar también al ministro del rey, gritando: «No cabalguen en esa dirección, por ahí anda el enemigo». No queda claro si Piper oyó o no las palabras de aviso, porque no le contestó sino que continuó impasible hacia delante con todo su grupo. Piper había decidido alejarse de la zona de combates y había encontrado a una persona, Johan Behr, un comandante de treinta y seis años, natural de la provincia de Östergötland, que servía en el regimiento de Närke-Värmland y que decía conocer el camino de vuelta al tren de bagajes de Pushkaryovka. Bajo la dirección de este hombre, el grupo avanzó bamboleando sobre la ondulada llanura con el implacable sol sobre sus cabezas. Parecía que iba a ser un viaje peligroso, porque ya se veía cómo grandes cantidades de caballería irregular del enemigo galopaban por los campos.

Gyllenkrok regresó inmediatamente al lugar donde estaba agrupada la caballería y pudo constatar, con cierta satisfacción, que el número de efectivos había aumentado durante su ausencia.

Otros tres escuadrones se acercaron: ¡rusos! Tenían las carabinas preparadas, descansando sobre sus rodillas, y se aproximaron a los suecos, que seguían sin moverse. Cuando se dispusieron a pasar por delante de los hombres de Gyllenkrok —la distancia con los rusos era de menos de cincuenta metros— este dio la orden de ataque a los escuadrones más cercanos. Cuando los rusos vieron que los suecos albergaban intenciones de atacarles, dispararon sus armas, se replegaron y espolearon sus caballos en dirección a la derecha.

La persecución, por parte de la infantería enemiga, comenzó a llegar a su fin conforme llegaban los batallones rusos, uno tras otro, a los claros del bosque de Budichenski. Una multitud de prisioneros suecos, muchos de ellos completamente equipados con armas y caballos, fueron reunidos en el lugar. Durante los combates en la llanura, el macizo muro verde de infantes se había desintegrado en fragmentos menores, que avanzaban manga por hombro. Además, las unidades habían quedado desordenadas debido a los intentos de dar alcance a aquellos suecos que se retiraban. (Otro factor que habría contribuido a la disolución de la formación en línea, y también de algunos batallones, eran los saqueos que los soldados rusos habían iniciado ya durante la misma batalla.) Todas las tropas hicieron un alto a la altura de la linde del bosque. La formación en línea de los batallones resultaba claramente inapropiada en un terreno boscoso. Puesto que las unidades ya estaban sufriendo cierto desorden, el alto mando ruso no quería arriesgarse a involucrarlas en unas refriegas difícilmente controlables en medio de la espesura del bosque; en lugar de esto optaron por organizar las filas y prepararse para otro posible enfrentamiento. La artillería rusa enmudeció. Entre las piezas de más calibre, los obuses y los morteros de cuarenta libras, así como los morteros de veinte libras, habían efectuado una media de entre 17 y 18 disparos cada uno; el número correspondiente para los cañones de ocho libras era 12. A pesar de contar con una cadencia de tiro más lenta, los cañones de doce libras, de largo alcance, habían realizado una media de entre 36 y 37 disparos, manteniendo un bombardeo constante hasta el momento en que los suecos se retiraron al bosque de Budichenski. En lo referente a las piezas de sobra más comunes, los cañones de tres libras, el mayor número de disparos fue efectuado por aquellos que pertenecían a los regimientos de la división de Hallart, que se encontraba en el flanco izquierdo del frente ruso. Habían disparado entre 42 y 43 balas por pieza, lo cual era más del doble de la cantidad de munición que los cañones de tres libras de las otras divisiones habían gastado. (Esto era una consecuencia natural de que los enfrentamientos más duros se hubieran producido en el flanco izquierdo.) Entre todas las piezas rusas de tres libras, se habían realizado un total de 1 109 disparos; de estos, un 70 por ciento habían sido balas y el 30 por ciento restante, metralla. En total, la artillería rusa había disparado por lo menos 1 471 cargas, cerca de un tercio de las cuales habían sido de metralla. Vistas así, las estadísticas parecen frías, pero resultan terroríficas si las interpretamos a la luz de los montones de cuerpos reventados que los disparos habían causado.

Una parte de la infantería rusa —a la que, probablemente, no había llegado la orden de parar en medio de la generalizada confusión— continuó hacia delante y se introdujo en los sotos. Allí, los soldados se metieron tras setos y en diques, desde donde dispararon hacia aquellos suecos que erraban perdidos entre los árboles. Creutz, siendo uno de los últimos hombres en salir del lugar, llevó a sus escuadrones de vuelta por el bosque. El fuego proveniente de la infantería rusa les obligó a replegarse hacia la aldea de Maloye Budiche, que pasaron no sin antes sufrir más bajas. La gente se quedaba atascada en los pisoteados cenagales. A la izquierda de la tropa de Creutz marchaba el regimiento de caballería de Norra skånska. Su jefe, Gustaf Horn, fue uno de los que se quedaron atascados en el cenagal, y fue hecho prisionero. Algunos de los dragones de Hielm se estaban retirando a la izquierda de los hombres del Norra skånska. Al final, todo el destacamento salió del fresco verdor de los sotos y entró en las llanuras, abrasadas por el sol.

El contacto entre las dos huestes disminuyó de manera gradual. Las riadas de fugados que corrían por los pasajes boscosos fueron disminuyendo, convirtiéndose en pequeños riachuelos cada vez más lentos y, finalmente, en gotas sueltas. Los grandes enfrentamientos organizados se fueron diluyendo, y en su lugar se produjeron algunas refriegas de muy limitado alcance entre diferentes unidades, partes de otras unidades, pequeños grupos o individuos, que ocurrieron más que nada por casualidad. Después de que la infantería de los rusos se hubiera parado, ya prácticamente solo era la caballería rusa la que continuaba persiguiendo a los suecos, y además de manera esporádica y más o menos improvisada. Los cosacos rusos, dispuestos en grupos grandes y pequeños, también se unieron a los perseguidores, peinando el paisaje. Tenían predilección sobre todo por atacar a los rezagados que iban solos. Las tropas suecas que huían o bien tendían a unirse a algunos de los grandes grupos de infantería o caballería que a menudo se formaban alrededor de algún oficial con mucha iniciativa, bien a alguna unidad que había sido capaz de controlar los nervios, o, si no, continuaban por su cuenta a través de la llanura rumbo al sur, hacia el tren de bagajes de Pushkaryovka.

Más al sur, a unos cinco kilómetros de distancia, alrededor de las deterioradas empalizadas de Poltava, los combates habían parado por el momento. Un parlamentario ruso buscó su camino hacia las posiciones suecas. Los ánimos se fueron tranquilizando, los soldados se desprendieron ligeramente de las formaciones más estrictas y los combatientes se acercaron un poco los unos a los otros. El oficial que acudió al encuentro del parlamentario ruso era el capitán Christoffer Adolf Wendel, un alemán de cincuenta años nacido en Mark-Brandenburg, que tenía una carrera militar heterogénea, pero no atípica, a sus espaldas. Tras haber servido bajo un buen número de potentados en tierras alemanas, entró al servicio del rey danés, luchó contra los suecos en la Guerra de Escania y fue apresado en Halmstad en el año 1676, tras lo cual cambió de lado, sin el menor remordimiento, para unirse al ejército sueco. Llevaba sirviendo en el regimiento de Södermanland desde 1678. No se sabe muy bien qué pasó —Wendel tal vez intuyera que había llegado la hora de cambiar de señor y de bandera otra vez— pero lo cierto es que el capitán comenzó a negociar los términos de una capitulación. Podría haber pensado que le correspondía a él hacerlo, ya que su jefe acababa de morir, pero sus soldados no compartieron esta opinión. Las tropas suecas de las trincheras habían sufrido pocas bajas y mantenían la moral relativamente intacta. Los soldados no querían saber nada de una capitulación, así que elevaron sus armas y dispararon a Wendel hasta matarlo.

La descarga que tumbó al capitán fue la señal para una inmediata reanudación de los combates. Los dos lados se retiraron rápidamente a sus posiciones anteriores y se prepararon para otro enfrentamiento. Sin embargo, el asalto ruso no se produjo. En lugar de ello volvió a presentarse ante ellos el mismo parlamentario, visiblemente nervioso tras presenciar el destino que había sufrido Wendel. Esta vez le dejaron hablar con el coronel Cronman. El oficial ruso le contó que toda la hueste sueca había sido batida y ofreció una rendición a los suecos. Cronman dijo que no se creía nada de lo que el otro afirmaba sobre la derrota de su ejército, y añadió que «no estaba dispuesto a firmar ningún tipo de acuerdo». Contrariado, el ruso pidió permiso para regresar con los suyos; los soldados suecos ya estaban profiriendo gritos animados de reanudar los disparos. Se lo concedieron y volvió, corriendo por su vida, a las líneas rusas. Nada más llegar a ellas, ambos lados abrieron fuego otra vez. Volvió a empezar la matanza, acompañada del ruido de las ensordecedoras descargas.

El deprimido Rehnsköld hizo lo que pudo por reparar la derrota, pero fue demasiado tarde y, además, las fuerzas de las que disponía eran demasiado escasas. Sin embargo, no dudó en dirigir las tropas derecho a la boca del enemigo; tal vez quería evitar, de esta manera, que las unidades disueltas que manaban del bosque fueran atacadas por la caballería rusa, o tal vez solo pretendiera buscar la muerte de alguna manera suntuosa y adecuada, apesadumbrado y destrozado, como estaba, por su monumental fracaso. El grupo que el mariscal de campo llevó hacia las tropas rusas en las inmediaciones de los reductos entró en contacto con el enemigo. Sin embargo, no tardaron en ser rodeados por unidades rusas de gran tamaño. Un capitán de la caballería con el nombre de Claes Planting —pariente de Georg Planting, que había caído en manos de los rusos durante la batalla final de los hombres del regimiento de Uppland— vio a Rehnsköld y le avisó de que podría ser peligroso quedarse. Algunos de los jinetes suecos comenzaron a huir. Planting lamentó este hecho delante de Rehnsköld, quien no tardó en espolear su caballo para tratar de pararlos personalmente. No lo consiguió y, así, el conde y mariscal de campo, la mano derecha y el hombre de confianza del rey, el comandante del ejército sueco Carl Gustaf Rehnsköld, fue apresado. Los rusos habían cosechado un bonito trofeo. Sin embargo, el prendimiento no tuvo mayor trascendencia; en esta fase de la batalla, Rehnsköld tenía muy poco control sobre los acontecimientos y sobre las fuerzas suecas. Se había quedado prácticamente incapacitado y sin ninguna posibilidad de actuar como un gran capitán para salvar la situación con alguna magnífica jugada maestra. La desintegración del ejército sueco había ido demasiado lejos, así de sencillo; la corrupción había penetrado hasta el núcleo del mismo. El fiel mariscal de campo había terminado actuando como cualquier otro oficial, cabalgando enérgicamente de un lado a otro por los campos para tratar de reunir a las unidades dispersas y llevarlas de vuelta a la acción en algún punto crítico.

Los restos de las dos unidades que habían luchado en el extremo del flanco izquierdo de la caballería, los hombres del Östgöta y los dragones de Escania, todavía debían cabalgar un buen rato antes de llegar a la salvación. El destacamento que antes había conseguido abrirse paso a través de la jaula de espadas y bayonetas que lo había rodeado, ahora fue perseguido de manera enérgica. El grupo era atacado constantemente, tanto por los dragones rusos como por la caballería irregular. Al final solo quedaron alrededor de cien soldados, montados en caballos totalmente exhaustos. El jefe de los hombres del regimiento de Norra skånska, el príncipe Maximilian, desmontó de un salto: bien podía haberse dado cuenta de la inutilidad de seguir, bien pretendía llevar a cabo un último y heroico acto de resistencia. Dicen que gritó: «Todos los hombres valientes, que se unan a mí», y se supone que el teniente coronel herido de su regimiento, Carl Henrik Wrangel, de veintiocho años, siguió su ejemplo. Antes de que pudieran ponerse en formación de a pie (después de todo, siendo dragones, contaban con cierta preparación para este tipo de servicio), los perseguidores se les echaron encima. Todos se rindieron. El joven jefe regimental despertó la curiosidad entre los guerreros rusos; un oficial preguntó a Wrangel si acaso no era el rey de Suecia el que habían capturado. Le respondió que no; no era el rey de Suecia sino el príncipe de Württemberg. El príncipe Maximilian fue tratado con exquisita educación y refinamiento. Enseguida, el valioso prisionero fue conducido hasta uno de los oficiales de más alto rango que estaba en el lugar, el brigadier Gröppendorff, para después ser respetuosamente remitido al zar en persona. (No sabemos cómo fueron tratados sus hombres, pero, por lo que conocemos

sobre el tratamiento de otros prisioneros suecos, no debió de ser con guantes de seda.)

Fugados individuales siguieron saliendo del bosque y continuaron deambulando por las llanuras, donde algunos grupos, cada vez más numerosos, de jinetes y soldados suecos estaban reuniéndose. El ensangrentado Hultman también había conseguido llegar a la llanura a pie, cargado con todos los medicamentos y las copas de plata del rey, que seguían en sus brazos. En los campos cabalgaban cosacos rusos y calmuco que pasaron cerca de él, pero sin hacerle nada. Aquí, por fin, pudo hacerse con un caballo nuevo. Una vez montado consiguió escabullirse, de alguna manera, de esta peligrosa vecindad para, finalmente, dar con el grupo del rey. El mayordomo encontró a su rey entre la multitud de personas, y con un alarde de entrega saltó del caballo inmediatamente, levantó las gasas sueltas de la venda del pie, que el rey «llevaba arrastrando en la suciedad», le limpió la sangre con una manga ya empapada en sangre y volvió a vendar la herida. A estas alturas, los médicos destinados al cuidado del pie real ya estaban muertos o hechos prisioneros.

Otro que también consiguió escabullirse fue el gravemente herido Johan Gjertta (en cuyo caballo montaba ahora Carlos). Sus dos hermanos, Adam y Christian, demostraron que la sangre es más espesa que el agua también en el campo de batalla, y regresaron en busca de Johan; llevaban consigo una nueva montura. Aparentemente, los rusos habían ignorado al ensangrentado hombre junto a la valla, quien les acompañó un trecho, cojeando malamente. Los hermanos encontraron a Johan, le ayudaron a subirse al caballo y los tres se marcharon al galope. Johan sobrevivió, quedando además provisto de una dosis de honor nada desdeñable. La recompensa que el rey le daría más tarde no fue tan grande como la que se ofreció al salvador en potencia de Ricardo III en Bos-worth, pero tampoco carecía por completo de valor: junto con sus hermanos, le fue concedido un título nobiliario medio año después de la batalla. En la cédula nobiliaria de Johan Gjertta pone, entre otras cosas —y con cierta falsedad—, que «en la batalla de Poltava exhibió el comportamiento distinguido y ejemplar de un súbdito fiel y lúcido, al bajarse con presteza de su caballo para ofrecérmolo, cuando nos vimos privados del nuestro, en un momento en el que él no disponía de otro, ni existía otra vía de escape, por lo que estaba dispuesto a entregar su vida al enemigo voluntariamente solo por el amor a nuestra persona». Ciertamente, conviene señalar aquí que Carlos ordenó a Gjertta que se bajara del caballo.

Pasadas las once de la mañana, Gyllenkrok, junto con algunos otros, intensificó sus intentos de reagrupar a la caballería que había sobrevivido. También Lagercrona, en su caballo marrón recién adquirido, se involucró en los intentos; resultó difícil conseguirlo. Las mentes estaban poseídas por un ambiente tenso, de terror y confusión. Además, a las tropas apenas les quedaba munición después de las largas horas de combates. Sin embargo, los oficiales de alto rango hicieron lo que pudieron por poner orden entre las unidades. También consiguieron organizar a la mayor parte de los soldados, a pesar del paralizante ambiente que reinaba.

Esta calma temporal seguramente se debía a que la persecución, por parte de los rusos, parecía haber cesado, pero no tardaron en dejarse ver de nuevo. Eran los tres escuadrones que acababan de replegarse, y que ahora, de alguna manera, habían conseguido rodear a la caballería sueca para reaparecer tras sus espaldas, junto a Maloye Budiche. Los rusos se dirigieron al pequeño y rugoso puente, usado ya por tantos fugados, se posicionaron en él e hicieron frente a los suecos. Aparte de que los tres escuadrones, de esta manera, taponaron por completo el pasaje, la acción también

suponía una amenaza para la parte trasera de la reorganizada caballería sueca, cuyo frente miraba al campo. Por ello Gyllenkrok quiso ahuyentarlos y cabalgó hasta algunos escuadrones del extremo izquierdo para ordenar que estos dieran media vuelta y atacaran a los persistentes intrusos.

Antes de que tuvieran tiempo para desplegar el ataque, hubo un fatal malentendido. Lagercrona gritó «¡marchad, marchad!», probablemente con el propósito de apremiar a los jinetes del ala derecha para que avanzasen. Las órdenes que usó eran ambiguas. (Después de todo, Lagercrona era general de división en la infantería y solo había servido en este cuerpo de armas, por lo que debía de poseer muy poca experiencia a la hora de comandar una unidad de caballería, tanto desde el punto de vista táctico como en cuanto a la instrucción.) Algunos escuadrones que habían perdido a la mayoría de sus oficiales malinterpretaron, o quisieron malinterpretar, la orden, y se alejaron no hacia los tres escuadrones rusos, sino en dirección a la llanura, rumbo al sur. En medio del tenso ambiente bastaba con un solo ejemplo para que un jinete tras otro, y una unidad tras otra, se dejaran llevar por la dinámica general de la retirada. La avalancha se puso en marcha otra vez. Gyllenkrok gritó desesperadamente que «se parasen, en el nombre de Dios». Los soldados gritaron «alto, alto», pero las palabras no surtieron efecto: la caballería reunida se disolvió, se diluyó y se desparramó sobre las ondulantes líneas de la polvorienta llanura. El pastor de escuadrón Siöman vio la confusión y lo comentó de la siguiente manera: «Mientras la furia o la acción les posea, los suecos son buenos soldados, pero, en cuanto empiezan a correr o retirarse, nada les puede parar». En realidad, es una observación de aplicabilidad general acerca de lo difícil que resulta restablecer la voluntad de luchar en una unidad cuya moral ha sido destrozada, o que se ha dejado llevar por el pánico.

La distancia entre el punto de reunión y el tren de bagajes, en Pushkaryovka, era de unos cinco kilómetros, y fue hacia ese lugar hacia donde la desorganizada masa de escuadrones se movió ahora de manera más o menos instintiva. El camino que llevaba hasta el tren de bagajes corría por los ondulantes campos, a través del sofocante calor y el polvo, porque ya casi era mediodía y la temperatura había subido mucho. Gyllenkrok cabalgaba resignado con ellos y se encontró con el cabo de los escoltas Carl Hård, que estaba herido, y se lamentó ante él de «lo mal que se está comportando nuestra caballería», que hacía caso omiso a sus gritos y súplicas de parar. Hård coincidió con él en que «sería del todo imposible frenarles», y después preguntó si Gyllenkrok no podía cabalgar hasta el tren de bagajes y ordenar que los regimientos del lugar se preparasen para la batalla. En realidad, la tarea le correspondía al propio Hård, al que habían enviado desde el grupo del rey con esta misión, pero se había topado con rusos y había recibido una herida que le estaba retrasando. Gyllenkrok accedió a ello, espoleó el caballo y desapareció al galope en dirección a Pushkaryovka.

El grupo del rey se estaba quedando rezagado. Al pasar el bosque se pararon, dubitativos. ¿Cómo iban a encontrar Pushkaryovka? Un ingeniero ordinario, Carl Balthasar von Dahlheim, conocía el camino. Esa misma mañana había sido puesto a disposición de Lewenhaupt —probablemente como edecán— y había acompañado al batallón de granaderos de la Guardia de Corps durante su ataque, en el cual una bala le había atravesado la pierna derecha. A continuación había tomado parte en la retirada del batallón, que trazaba una línea que atravesaba algunos sotos y pasaba junto al cenagal donde la camilla del rey se había quedado. Al final se había unido al grupo del monarca.

Ya que Von Dahlheim, en algún momento antes de la batalla, había efectuado un reconocimiento del camino por cuenta de Rehnsköld, él podía ahora señalar el camino correcto en un cruce con tres ramificaciones. El camino de la derecha llevaba a Maloye Budiche, el de la izquierda a Poltava y el del medio a Pushkaryovka. Tomaron el del medio, que continuaba atravesando la llanura.

En este momento, el destacamento del rey consistía en un par de miles de hombres formados en un gran cuadrado único. Esta fortaleza humana avanzaba muy despacio, con las bocas de los mosquetes apuntando hacia fuera, donde merodeaban los cosacos.

Por fortuna para los suecos, la persecución rusa era bastante floja. Normalmente, la caballería enemiga que daba vueltas por los anchos campos entre el bosque de Budichenski y Pushkaryovka, compuesta sobre todo de cosacos y calmuco, actuaba de manera cautelosa y no mostraba demasiadas ganas de atacar.

Los escuadrones del grupo de Creutz marchaban lentamente hacia el sur con el propósito de ofrecer a los rezagados la posibilidad de unirse a ellos, pero el resultado no fue el esperado. El propio Creutz estaba intercambiando lamentaciones con otro oficial de alto rango acerca de lo mal que había ido todo, cuando el rey en persona cabalgó hasta él y le dio una palmada en el hombro, diciendo: «Toda nuestra infantería ha sido batida». Después preguntó: «¿Y es, entonces, del todo imposible salvar a algunos de ellos?». Creutz contestó que estaban avanzando despacio para ofrecer esta posibilidad al mayor número de fugados posible. Carlos se contentó con ello.

En medio de la conversación entre Creutz y el rey, un par de escuadrones rusos se aproximaron a las fuerzas suecas, pero fueron rechazados sin mayores problemas. Justo después se encontraron con un gran grupo de caballería irregular que avanzaba hacia ellos a pleno galope. Por raro que parezca, no infligieron ningún tipo de daño. Se limitaron a pasar como un golpe de viento por los huecos entre los escuadrones, y después desaparecieron. Algunos jinetes suecos realizaron una tentativa de perseguirles, pero ya se sabía de otras ocasiones que esto era inútil. El grupo del rey y los hombres de Creutz continuaron su trabada marcha sobre las tierras llanas.

Ya había dado la una cuando los hombres que rodeaban al rey pudieron ver el tren de bagajes, con los regimientos formados y la artillería emplazada por delante. El propio rey dio la orden a los soldados y los escoltas de que se protegieran la espalda con los mosquetes y marcharan hacia el lugar con premura. Él mismo espoleó su caballo con la espuela derecha y desapareció en dirección al tren de bagajes a toda carrera, con una parte del cortejo tratando de seguirle la estela. Después de haber recorrido un trecho, se encontraron con una pequeña calesa que avanzaba en sentido opuesto para acudir a su encuentro. En ella estaban el general de división Johan August Meijerfelt, natural de Finlandia, y el cabo de los escoltas Hård, el hombre que había pedido a Gyllenkrok que diera la voz de alarma en el tren de bagajes. Ambos habían sido heridos en los enfrentamientos y, después de haberse acercado al tren de bagajes para recibir atención médica, estaban camino de vuelta para tratar de encontrar a Su Majestad, si fuera posible. La calesa frenó en cuanto vieron al rey, que se acercó a ella junto con su cortejo.

El rey pidió a Hultman: «Ayúdame a bajar del caballo para que pueda ir con la gente del carro». Puso el brazo sobre los hombros del mayordomo y pasó, dando saltos sobre su pie ileso, hasta el carruaje. Una vez dentro, se dio la vuelta y ordenó a Hultman que montara en su caballo y le siguiera. La calesa giró y comenzó a rodar a través del

polvo candente, iluminado por el sol, bajando hacia la seguridad del tren de bagajes.

23. «Que todos se replieguen a toda prisa»

El tren de bagajes de Pushkaryovka, con sus miles y miles de carretas, carruajes y calesas, con todos los enfermos y heridos, los sirvientes, operarios, funcionarios, cosacos, mujeres y niños, apenas había sido tocado por los enfrentamientos. La fuerza que se había dejado para protegerles, tres regimientos de caballería y cuatro regimientos de dragones, era bastante débil y contaba tan solo con unas dos mil espadas. Allí también estaba la mayor parte de la artillería sueca: 31 piezas de calibres diferentes, desde los cañones pequeños de 3 libras hasta los grandes obuses de 16, todos manejados por un grupo de 150 hombres. Además, la mayoría de los cosacos ucranianos y zaporozianos se encontraban en este lugar. Entre otras cosas, guarnecían un parapeto con cañones que se había levantado con el fin de proteger el tren de bagajes.

Al principio parecía que todas estas tropas no iban a tener que intervenir para nada. Los soldados pudieron oír el ruido de los disparos, que viajaba con el viento hasta ellos; un ruido cuya intensidad fue disminuyendo progresivamente: una buena señal. Sin embargo, después de un tiempo percibieron el ruido de nuevas descargas, más cercanas y «tremendamente largas». Justo después aparecieron unidades de caballería rusa en la llanura alrededor de Pushkaryovka. Estas realizaron algunos intentos de atacar el tren de bagajes, así que los suecos dejaron que las fuerzas de protección, tanto la caballería como los soldados zaporozianos, dieran un paso hacia delante y entrasen en formación de batalla. Después de haber recibido los impactos de un par de ruidosos proyectiles de cañón, parece que los rusos se dieron cuenta de que la resistencia iba a ser demasiado fuerte, y se replegaron poco a poco en dirección al bosque de Budichenski.

A continuación llegaron los primeros fugados, farfullando confusos relatos sobre masacres y derrotas.

Axel Gyllenkrok fue uno de los primeros oficiales en alcanzar el tren de bagajes. Entró a toda carrera en medio de las tropas defensivas; había que sacar a todas las fuerzas disponibles para socorrer a los fugados. Se encontró con el jefe de los dragones de Uppland, Anders Wennerstedt, un hombre de cincuenta y nueve años, hijo de un pastor y natural de la localidad de Gristad en la provincia de Östergötland. Gyllenkrok le ordenó que hiciera montar a su regimiento de 300 hombres, para cabalgar en ayuda de los soldados que venían. Wennerstedt dijo que lo haría y desapareció, dejando atrás al cuartel maestre general, quien comenzó a gritar a los oficiales de alrededor que «reunieran y formasen a su gente».

El emplazamiento de la artillería no estaba del todo logrado. Es cierto que algunas piezas habían sido emplazadas tras un parapeto, pero la mayoría de ellas estaban totalmente desprotegidas en medio del llano, sin protección frontal ni infantería para cubrirla. Por iniciativa de Gyllenkrok, el coronel de artillería Niklas Rappe hizo traer algunos vehículos para construir una pequeña fortificación de carruajes alrededor de las piezas. También consiguieron sacar a unos cuantos soldados de infantería sanos, probablemente mediante la fusión de diferentes grupos pequeños que habían sido enviados al tren de bagajes a lo largo del domingo. Cerca de 300 infantes acudieron a las baterías para proporcionarles una defensa añadida.

Ahora comenzaron a llegar los fugados en cantidades cada vez más importantes, algunos de ellos portando los trofeos que habían conseguido tomar durante los combates.

Los restos del primer batallón de la Guardia de Corps portaban sus cuatro banderas conquistadas, y los soldados del regimiento de dragones de Skåne llevaban algunos estandartes. Los desordenados escuadrones inundaron la llanura. A los nerviosos integrantes de las fuerzas defensivas a veces les costaba decidir si las tropas que cabalgaban hacia ellos eran suecas o rusas, y algunos errores eran inevitables. Unos zaporoizianos tensos abrieron fuego con sus piezas desde un parapeto, y tuvieron tiempo de efectuar dos disparos antes de que se dieran cuenta de que estaban disparando a suecos y se diera la orden de alto el fuego.

Por lo general, las tropas que alcanzaron el tren de bagajes se encontraban en un estado lamentable: el *shock* y el terror eran las emociones dominantes; el pánico estaba a tan solo un suspiro de distancia. Tenían los rostros marcados por la torcida mueca de una ansiedad abismal: venían con los ánimos destrozados, machacados bajo el peso de los cadáveres amontonados de sus compañeros en los campos. Cuando los soldados, llenos de terror y espanto, pasaron la guarnición y entraron en el tren de bagajes, era natural que el ambiente de terror también se extendiera entre aquellos que no habían participado en la batalla. Esto dio lugar a una ruptura aún más pronunciada, y el tren de bagajes no tardó en alcanzar un estado de desorden grave. El aire hervía de rumores y en ocasiones resultaba difícil conseguir que la gente obedeciera órdenes.

Los suecos no pudieron respirar de alivio solo porque la mayor parte de los supervivientes hubiera alcanzado el tren. La seguridad de la posición era sumamente engañosa y la situación seguía siendo crítica. Sin lugar a dudas, los rusos iniciarían una persecución más expeditiva de los fugados, alcanzarían el tren de bagajes y lo atacarían. Y si las tropas suecas sufrieran un ataque en su actual estado de desamparada confusión, las cosas saldrían mal. La guarnición era débil y, además, como ya hemos mencionado, el ambiente de derrotismo también había comenzado a contagiarse en ella. Ante un potente ataque ruso no serían capaces de hacer gran cosa. El predicador de batallón Sven Agrell, que se encontraba en el tren de bagajes, lo pintaba muy negro: si los rusos atacaban, él pensaba que «ni una pierna» saldría viva del lugar. Recuperar el control sobre las tropas era un asunto de suma importancia para el alto mando sueco; debían movilizar todas las fuerzas disponibles para hacer frente a la esperada persecución rusa. La calesa con el rey entró en la zona del tren de bagajes en algún momento antes de las dos de la tarde. Su llegada pareció infundir ciertos ánimos en la atrofiada moral de los suecos.

Cuando la calesa se hubo parado junto a una de las tiendas de la administración de la corte, el rey se encontraba débil por la pérdida de sangre y el bochorno del día, pero aun así inició inmediatamente la labor de planificar el siguiente paso. Convocó a los oficiales de más alto rango y no paró de preguntar por sus consejeros de más confianza, Rehnsköld y Piper, de cuyos destinos todavía no se sabía nada. Reinaba un ambiente oprimido cuando los oficiales comenzaron a reunirse, poco a poco, alrededor de la calesa. Nadie sabía qué decir. Transcurrieron unos momentos cargados de incertidumbre, bajo un silencio conmocionado y tenso. Estos guerreros no estaban acostumbrados a las derrotas; eran piezas en una máquina que, una y otra vez, había sorprendido a Europa entera, y ahora su hueste había sido rota en mil pedazos por una nación y un ejército que ellos mismos, desdeñosamente, habían considerado como una especie de semibárbaros. El primero en romper el silencio fue el propio monarca, de veintisiete años. Soltó una risa y dijo, en un intento mal enmascarado de infundir valor en los corazones de los oficiales reunidos, y en sí mismo, que lo ocurrido no tenía por qué significar tanto. No es probable

que alguien le creyera.

Reunieron a todos los efectivos que pudieron de la caballería dispersa, que fue formada delante del tren de bagajes. Se colocaron puestos en la llanura, que tenían la misión de reconocer el terreno y dar la voz de alarma cuando los rusos desplegaran su ataque.

Todas las tropas debían ahora reunirse en Pushkaryovka, a la espera del siguiente paso en las operaciones. El único destacamento de cierta importancia que había en los alrededores eran aquellas unidades que se encontraban en las líneas de sitio y que, en estos momentos, estaban luchando por sus vidas contra unas fuerzas rusas muy superiores en número. Cuando Gyllenkrok se acercó al rey, este dijo: «Usted, ¿qué opina?». El cuartel maestro general lamentó lo ocurrido y añadió que no estaba seguro de haber obrado bien o mal, pero había enviado la orden a las tropas que estaban concentradas alrededor de Poltava de que se replegaran hasta el tren de bagajes. El rey contestó: «Bien hecho, yo también he ordenado lo mismo». Sin embargo, no tenían del todo claro dónde, exactamente, se encontraba el destacamento de Poltava en ese momento, y Gyllenkrok acababa de interrogar a un oficial de los dragones, que había llevado el mando de un puesto cerca de la ciudad, para saber si los infantes todavía se encontraban en las trincheras. Lo único que el oficial supo decir al respecto fue que no habían llegado hasta el tren de bagajes. A continuación, el cuartel maestro general, sin saber que el rey ya había hecho lo mismo, había enviado órdenes a los puestos de asedio de que «todos se replegaran hasta la columna de abastecimiento a toda prisa».

La pregunta era qué iban a hacer a continuación. Naturalmente, quedarse donde estaban era imposible; había que partir. Ante una pregunta directa a tal efecto, el rey contestó diciendo que debían marcharse. Ya había diseñado un plan general en su cabeza. El primer paso consistía en marchar con todo el ejército rumbo al sudeste, hacia Starie Senzjary junto al Vorskla, y después seguir el curso del río corriente abajo, pasando por Novie Senzjary hasta llegar a Bieliki, una distancia de unos cuarenta kilómetros. (De esta manera podrían absorber, durante la marcha, aquellas unidades que estaban repartidas en diferentes puntos a lo largo del Vorskla. Junto a Novie Senzjary estaba el regimiento de dragones de Meijerfelt, de unos mil sables, y en Bieliki había un conjunto de 300 hombres bajo el mando del teniente coronel Thomas Funck. Un destacamento más, el de Silfverhielm, de unos 500 hombres, estaba a otros veinte kilómetros de distancia junto a la cuenca del río, en la localidad de Kobelyaki.) Después había que preguntarse cómo seguir desde allí. Con respecto al destino final, había tres opciones claras: podrían acudir a los amistosos tártaros de Crimea, podrían ir a Turquía o podrían marchar directamente de vuelta a Polonia. La última alternativa podía ser la más difícil, ya que supondría abrirse paso por la fuerza a través de las tropas rusas y aquellas tropas polacas enemigas de los suecos que estaban localizadas en el sur de Polonia, a la vez que debían protegerse de las fuerzas rusas que les perseguirían. Desde este punto de vista, tanto Turquía como Crimea eran opciones más favorables: si dirigían sus pasos a cualquiera de estas regiones, no iban a tener que emplear la fuerza para avanzar; el camino estaría más o menos despejado. Además, en estos lugares siempre aguardaban potenciales aliados. De las dos alternativas, Turquía debería haber sido la primera elección de la plana mayor sueca; desde las tierras turcas, las comunicaciones con Polonia eran muy buenas. Una retirada a Turquía significaba que el ejército debía cruzar el Dniéper. Ese camino era considerablemente más corto que la otra alternativa, que consistía en cruzar el Vorskla y

seguir la orilla oriental del Dniéper hasta Crimea. Sin embargo, no estaba claro si había algún puente disponible para cruzar el Dniéper. A fin de cuentas, la elección de camino, Turquía o Crimea, dependía de eso; si no podían cruzar el Dniéper iban a tener que acudir a los tártaros de Crimea. El rey decidió posponer la decisión de si el ejército debía ir a un lugar o a otro hasta que establecieran contacto con los destacamentos suecos de la parte baja del Vorskla —los puestos de Funck y Silfverhielm— ya que estos debían de saber si era posible o no cruzar el Dniéper. A la pregunta de Gyllenkrok de adónde debían ir, Carlos se expresó de la siguiente manera: «En cuanto lleguemos donde el bueno de Funck, efectuaremos nuevos reconocimientos».

Gyllenkrok recibió el encargo de organizar la partida. Propuso que deberían marchar con la valiosa y lenta artillería en la vanguardia, con una escolta de 300 hombres, algo que el rey aprobó sin más preámbulos. El cuartel maestro general partió para iniciar los preparativos.

Los combates alrededor de las líneas de sitio en Poltava habían comenzado en el mismo momento en que el coronel Cronman rechazó la oferta de capitulación de los rusos. La suerte de la batalla cambió con frecuencia. Cada cierto tiempo, los rusos alternaron las unidades de asalto. Desplegaron un ataque tras otro contra los suecos. A veces, los rusos lograron avanzar algunos pequeños tramos para enseguida verse obligados a realizar un nuevo repliegue ante los contraataques que seguían. Las oleadas de asalto subieron y bajaron como la marea por las trincheras, envueltas en nubes de pólvora; después, los rusos ya habían quemado sus energías y volvió la calma. Hubo una pausa en los combates, en la que los soldados de los dos lados pudieron estirarse y mirarse con curiosidad los unos a los otros.

En algún momento de la tarde, los suecos interrumpieron los combates. Por órdenes de Cronman, las tropas se retiraron de las líneas de asedio y se replegaron al barranco que estaba a sus espaldas, donde previamente habían establecido su campamento. Sin embargo, no todo el mundo se enteró de la orden de retirada. En el punto más adelantado, la trinchera que corría paralela a la deteriorada empalizada de la ciudad, había una tropa aislada del regimiento de Kronoberg. Estaba compuesta de 32 hombres y dos suboficiales bajo el mando del teniente Paul Eggertz, de veintidós años. El oficial superior que estaba más cerca del destacamento, el comandante Pistol, había caído, y ahora se veían rodeados por unidades enemigas superiores en número que habían tomado las fortificaciones de asedio a su alrededor. Los rusos les incitaron a rendirse. Eggertz deliberó con su gente, pero tomaron la decisión de no contemporar sino de, en su lugar, tratar de abrirse paso por la fuerza. Primero consiguieron alcanzar a un destacamento de hombres del regimiento de Södermanland, y el conjunto de soldados continuó avanzando, abriéndose paso con balas y estocadas, en dirección al barranco. Cayeron a diestro y siniestro y el grupo quedó considerablemente diezmado cuando por fin terminó de salir del sistema de trincheras. Al final de la carrera hacia atrás, de unos doscientos metros, también Eggertz fue alcanzado por el fuego de los rusos. Cayó con dos balas en el cuerpo y se quedó tumbado, incapaz de levantarse: una bala le había atravesado la pierna derecha. Sin embargo, la quebrada estaba ya muy cerca y Eggertz pudo arrastrarse con la ayuda de los brazos y después dejarse rodar por la pendiente. Una vez a salvo en el barranco, unos soldados se ocuparon de él y lo llevaron a lugar seguro.

El capitán de los dragones Carl Gustaf von Trautwetter, de veinticuatro años, cabalgó a toda carrera con órdenes del rey y fue al encuentro de las tropas que se habían

reunido en la espesura del barranco. En un punto acordado junto a una granja, las tropas debían unirse a otro grupo de doscientos soldados de la Guardia de Corps que habían salido de su puesto, a unos tres kilómetros al sur del fuerte, junto a Nizjriyi-Mlini. Después debían marchar juntos hasta el tren de bagajes en Pushkaryovka. A estas alturas, Cronman y sus hombres debieron de haber comprendido que el discurso del nervioso parlamentario sobre la derrota del ejército sueco no había sido una astucia, sino una realidad ineludible. Cuando se marcharon, los rusos no les persiguieron. De los dos regimientos que habían llevado el peso de la batalla, los hombres del regimiento de Södermanland habían sufrido el mayor número de bajas, pero también los hombres del Kronoberg habían perdido a muchos hombres y oficiales, y entre sus muertos también estaba el pastor regimental Abraham Imberg. Además, algunos de los suecos apresados durante el enfrentamiento habían sido masacrados. En total había cerca de 160 suecos muertos en las trincheras, entre los cerezales y al pie de la empalizada de Poltava.

El siguiente hombre en presentarse ante el rey fue Lewenhaupt. Había llegado al tren de bagajes más o menos al mismo tiempo que el monarca, probablemente acompañado de un numeroso grupo de infantes reunidos a toda prisa, que habían seguido a Carlos sobre la llanura. Después de buscar sus coches tomó un poco de pan y agua y fue en busca de Su Majestad, que todavía estaba sentado en la calesa. El rey seguía preocupado por Piper y Rehnsköld y quiso saber dónde estaban. Circulaban muchos rumores acerca de sus destinos, y quiso interrogar a las personas que afirmaban conocer lo ocurrido. Un capitán de la caballería supo contar que Rehnsköld había sido apresado, pero, en cuanto a Piper, no había posibilidad de sacar nada en claro. Al final asumieron que o bien estaba muerto, o bien le habían hecho prisionero.

El grupo de Piper lo formaban el superintendente de rentas reales Kaspar Lampa, el funcionario de la cancillería Dittmar, el predicador real Jöran Nordberg, el secretario Von Düben y algunos oficiales y sirvientes, todos guiados por el comandante Behr. Habían experimentado varias aventuras durante su cabalgada hacia el tren de bagajes. Posiblemente Behr se perdió con el grupo, y cuando salieron de una pequeña cuenca cubierta de árboles vieron que el campo de delante de ellos estaba lleno a rebozar de caballería irregular rusa. Les fallaron los nervios; si querían llegar hasta Pushkaryovka debían abrirse paso entre grupos de jinetes. Antes que caer en manos de los calmucos preferían buscar el campamento fortificado para rendirse allí, y pusieron rumbo a Poltava. Fueron bien recibidos por Kelen, el comandante de Poltava, que les agasajó con todos los rimbombantes honores que la captura de un primer ministro y conde pudiera exigir.

Otro alto dignatario sueco del que no tenían noticias era el secretario de Estado Olof Hermelin. Había desaparecido, y nadie volvió a verlo con vida. No tardaron en propagarse rumores acerca de lo ocurrido; su desaparición estimulaba la imaginación de los supervivientes. Algunos supieron contar que había sido apresado durante los combates. Llevado ante el zar Pedro, este habría estallado en furiosas acusaciones contra Hermelin y su descarada pluma, que había originado numerosos manifiestos y panfletos propagandísticos antirrusos. A continuación, el zar —en un arrebato de aquella despótica locura oriental que le poseía con tanta frecuencia— le habría atravesado con la espada, bajo la marquesina de su propia tienda. Otros afirmaron que Piper había sido deportado a un monasterio de Astracán, donde le habrían aislado del mundo exterior. Para apoyar las teorías del apresamiento, se esgrimía el argumento de que el zar Pedro le había mencionado como prisionero en las cartas que envió aquel fatídico lunes. Probablemente

estos datos se fundamentan en un malentendido. Lo más probable es que Hermelin, al igual que otros tantos, muriera durante los enfrentamientos; había gente que lo afirmaba con seguridad, y también había sacerdotes que atestiguaron haber participado en el posterior entierro de su cuerpo en el campo de batalla.

No se podía hacer nada más por los que habían desaparecido. Ahora se trataba de salvar al resto del ejército y averiguar qué hacer a continuación. Con respecto a este asunto, Lewenhaupt lo tenía muy claro: debían hacer lo mismo que lo que había hecho él tras la derrota en Lesnaya el año anterior: destruir todas aquellas partes del tren de bagajes que ralentizaran el progreso, hacer montar a los soldados de a pie y después repartir, entre todos, toda la munición y provisiones que se pudieran cargar en los caballos. Había que hacer todo lo posible por facilitar una rápida retirada y eludir a los perseguidores rusos, que llegarían en breve. Era una solución radical, a la que el rey se opuso en algunos puntos: «Entonces, ¿qué va a ser de los cañones y la artillería?». Había que llevarse todo lo que se pudiera, opinaba Lewenhaupt, pero en caso de necesidad habría que destruirlos. El rey se quedó callado por un momento, sopesando la propuesta. Sin embargo, ya había tomado la decisión. A estas alturas, Gyllenkrok estaba preparando la partida del ejército con el tren de bagajes intacto. El rey, probablemente con la intención de deshacerse discretamente del locuaz e insistente general, envió a este en busca de los carros de la tesorería para llevarlos a la artillería.

Sin embargo, las propuestas del general no dejaron del todo frío al monarca. Efectivamente, el gran problema residía en el gigantesco tamaño del tren de bagajes. Había miles y miles de carros, algunos de ellos tirados por apacibles bueyes que —eso era algo que ya se sabía de experiencias anteriores— podían ralentizar el ritmo de la marcha de manera muy considerable. Y todo esto en una situación en la que resultaba absolutamente decisivo imponer un alto ritmo de marcha para poder salvar al ejército. Era un dilema. También había razones para preservar todo lo que se pudiera del tren de bagajes. Muchos, especialmente los oficiales de alto rango, tenían mucho botín de guerra y objetos personales cargados en sus propios carros. La destrucción del tren de bagajes implicaría, necesariamente, que se echaría a perder todo aquello, por lo que la medida en cuestión no sería muy popular. Otro argumento en contra de la aniquilación de una gran parte del tren de bagajes tenía que ver con asuntos de mantenimiento de carácter puramente técnico. Independientemente del lugar adonde acabaran dirigiendo sus pasos —Polonia, Turquía o Crimea— habría largos tramos de la marcha que atravesarían tierras abandonadas, donde iban a conseguir poco o nada de avituallamiento y donde iban a tener que dar buena cuenta de todas las provisiones que actualmente estaban cargadas en los carros del tren de bagajes. Sin estos, se verían obligados a dejar atrás la mayor parte de estas existencias.

El resultado fue un compromiso. Se emitieron órdenes de seleccionar y destruir todos aquellos vehículos que fueran claramente innecesarios (esto iba sobre todo por los carros pertenecientes a los caídos). Sin embargo, es muy poco probable que estas directrices fueran seguidas al pie de la letra. Parece que algunas unidades —tal y como era de esperar— procuraron llevar consigo todo lo que pudieron en el momento de la partida.

Pasaron las horas mientras trabajaban febrilmente para tenerlo todo preparado antes de partir. Se decidió que los carros de la tesorería de las diferentes unidades irían junto con las piezas de la artillería, los carros de munición, los carros de la armería y los

carros de los artesanos. Por razones de seguridad, sacaron los carros de la tesorería del tren de bagajes ordinario de cada unidad. De esta manera irían en la vanguardia de la marcha, en la posición más alejada de los perseguidores enemigos. Además aprovecharían la protección directa y la vigilancia por parte de la escolta de la artillería. La tarde ya casi se había convertido en noche. El terror y el pánico se apaciguaron un poco, y el alto mando sueco consiguió cierto control sobre las tropas y la situación. Encontraron un momento para servir la cena a los hambrientos soldados, lo cual era una medida tan bienvenida como necesaria, ya que la mayoría de ellos llevaban casi veinticuatro horas sin comer.

En la llanura, delante del batiburrillo de carros, tiendas, gente y animales, las tropas defensivas y la artillería continuaban en sus puestos. Estaban esperando la llegada de los rusos, el ataque que, en caso de llevarse a cabo con fuerza, daría el golpe de gracia a la magullada hueste sueca. También ellos vieron pasar las horas. Algunos grupos menores y dispersos de caballería enemiga se dejaron ver, pero estos dieron la vuelta al ver la pulcra disposición de las líneas suecas. ¿Dónde estaba el ataque ruso que todo el mundo esperaba con tanta ansiedad?

24. «Los cadáveres formaban montañas»

La batalla había terminado. El ejército ruso había conseguido una victoria absolutamente abrumadora. Por ahora, sin embargo, parecía que estaban desperdiciando una clara oportunidad de rematar a su ya malherido adversario. Los restos del ejército sueco se habían reunido en Pushkaryovka, donde pudieron reorganizarse sin apenas interferencias. Fue un gran alivio para los suecos el que su enemigo no aprovechara la oportunidad, algo que les dio una pequeña posibilidad de escapar.

¿Por qué parecía que los rusos estaban echando a perder esta brillante oportunidad de culminar su victoria? Hay muchos indicios de que los rusos se vieron sorprendidos por la magnitud de su triunfo. Su plan de ataque, que parecía haber sido bastante crudo, no había contemplado acciones más allá del ataque en masa a las tropas suecas; no parecían haberse preparado para la eventualidad de una persecución. Como ya hemos mencionado, la infantería rusa había quedado muy desorganizada en el transcurso de la batalla principal, y nunca avanzó más allá de la linde del bosque de Budichenski. Allí se paró. Tocaba a la caballería dar continuidad a la persecución, pero esta fue realizada sin coordinación y, por lo que parece, tampoco contaba con directrices muy claras por parte de la máxima autoridad. Los escuadrones cabalgaron sin rumbo fijo y sin llevar a cabo ninguna acción conjunta, limitándose a atacar a pequeños grupos de fugados. Probablemente el alto mando ruso había perdido el control sobre su caballería en esta fase final del enfrentamiento, por lo que, con tan poco tiempo de antelación y en medio del desorden provocado por las victoriosas nubes de pólvora, se vio incapaz de improvisar una persecución eficaz.

La verdad sea dicha, la plana mayor rusa estaba más pendiente de celebrar la victoria que de culminarla. Todavía se podía escuchar el repiqueteo de mosquetes desde la espesura del bosque de Budichenski cuando los soldados rusos fueron formados y colocados en las posiciones que habían ocupado antes de la batalla. Ahora se dio inicio a una larga serie de desfiles, discursos y saluciones. El zar, montado en su caballo, paseó a lo largo de las filas de los regimientos formados con el sombrero en la mano, saludando a los guerreros y agradeciéndoles sus esfuerzos. Los generales abrazaron y besaron al zar, exclamando ruidosas expresiones de júbilo e intercambiando felicitaciones.

En medio del campo de batalla, sembrado de cadáveres, y delante del frente de las unidades formadas, levantaron una iglesia de campaña y un par de tiendas de gran tamaño ricamente decoradas. Mientras se preparaba un magnífico banquete en una de las tiendas se celebraba una misa de acción de gracias, *Te Deum laudamus*, en la iglesia de campaña. Terminó con una atronadora triple salva de carabinas y cañones. El zar salió de la misa, los soldados presentaron armas y, acompañadas de los tonos de música militar, las banderas fueron arriadas a modo de saludo. Tras el desfile por el campo de batalla se inició una audiencia en una de las tiendas que acababan de levantar; riadas de personas inundaron el interior de las bellas lonas para felicitar al zar. Tampoco se olvidaron de los prisioneros suecos de más alto rango, que pudieron participar en las solemnes felicitaciones. Fueron conducidos hasta el interior de la tienda, entre un auténtico mar de compañías de caballería y granaderos que desfilaban, Rehnsköld, los generales de división Schlippenbach, Stackelberg y Hamilton, así como el príncipe Maximilian Emanuel. En un ritual digno y complejo, dirigido por el príncipe Menshikov, los

dignatarios suecos se arrodillaron y entregaron sus espadas al zar.

Al término de este acto, donde los altos mandos suecos, a través de la entrega de sus armas, reconocieron su derrota de manera ritual y simbólica, el zar los invitó a ellos y a los generales rusos a un banquete de celebración conjunto. Se trasladaron hasta otra tienda grandiosa, hecha de exclusivas telas de China y Persia. La tierra de la llanura, empapada en sangre, fue tapizada de alfombras. Las manos fueron besadas de manera rimbombante, y el zar en persona dispensó el aguardiente. La cena se inició, se brindó por la salud del zar, su familia, sus exitosas armas, etcétera. Las salvas de los cañones tronaron, los suecos y los rusos conversaron educadamente, se intercambiaron cumplidos por las excelencias gastronómicas. Fue un evento refinado y caballeresco alrededor de unas mesas cargadas de abundantes platos. El único que rompió la pulida etiqueta fue el teniente general Ludvig Nikolaus von Hallart, que se emborrachó y profirió indecencias contra Piper, quien, a estas alturas, también se había unido a la fiesta. El bien abastecido Von Hallart estaba enfadado por el duro tratamiento que había recibido durante su encarcelamiento en Suecia tras la batalla de Narva, y acusó vehementemente a Piper de haber ignorado las súplicas que le había enviado. La situación fue embarazosa, pero Menshikov intervino de manera diplomática y pidió al sueco que no hiciera caso a las retahílas de Von Hallart, ya que todo el mundo podía ver que el teniente general estaba ebrio. El banquete, disfrutado en medio del campo de batalla, pudo continuar, mientras miles de personas destrozadas agonizaban a su alrededor.

El campo de batalla tenía un aspecto grotesco. Cerca de 9 000 muertos y moribundos, muchísimos heridos —su número seguramente superaría con creces los 4 000; probablemente eran, por lo menos, 10 000— así como innumerables caballos muertos, estaban esparcidos por una zona relativamente limitada: por los campos, en las praderas, entre los árboles, en los barrancos, por todas partes. Las fortificaciones se habían convertido en túmulos, los barrancos en fosas comunes llenas de cadáveres. En los lugares donde se habían producido los combates más duros, los cadáveres cubrían el suelo por completo, como alfombras hechas de cuerpos. Por ejemplo, alrededor del tercer fuerte del sistema de reductos habría hasta 1 000 cadáveres en una superficie de unos 250 metros cuadrados. Cualquiera que hubiera contemplado esta miseria habría visto y oído lo mismo que muchos otros en campos de batalla parecidos: cómo, a mucha distancia, la tierra parecía moverse, como si hubiera cobrado vida; eran los innumerables heridos en medio de la alfombra de cuerpos, hecha jirones, que se retorcían por los calambres y el dolor. Habrían visto cómo el aire se llenaba de una pulsante lamentación, que subía y bajaba pero que nunca desaparecía; el llanto y los gritos de miles y miles de hombres heridos y moribundos. En el campo donde se había librado la apocalíptica batalla principal, las personas se amontonaban unas sobre otras en grotescas pilas irregulares. También en otras partes del campo de batalla se podían ver los cuerpos, reventados por las balas y apilados unos sobre otros, y cómo la tierra quedaba cubierta de restos humanos. En una crónica rimada, redactada justo después de la batalla por un hombre llamado Piotr Bolesta, se dice que «la sangre fluía como riachuelos hasta el Vorskla, y los cadáveres formaban montañas». Los desnudos cuerpos, cada vez más tiesos, estaban rodeados de todo tipo de desperdicios:

Allí estaban los tambores y los instrumentos, los estandartes, los timbales y las banderas.

Mosquetes, carabinas, pistolas y escopetas, picas y puntas.

Todo era un grotesco conchero de masas vivas y muertas, de objetos enteros y reventados, de materia orgánica e inorgánica, en una horrenda unión: la imagen de un consumado caos. Las enormes cantidades de armas abandonadas, equipo, ropajes, y cualquier otra cosa de valor debieron de desaparecer rápidamente del campo de batalla. Muchos objetos fueron rapiñados ya durante el transcurso del enfrentamiento. Al final solo quedaban aquellas cosas que carecían de valor: los caballos muertos y, por supuesto, las personas, tanto los muertos como los moribundos y los heridos. No podían ser usadas por nadie, así que se convirtieron en los desperdicios de la batalla que se quedaron allí por más tiempo.

La batalla fue una catástrofe, humanamente hablando. El total de las bajas mortales, entre las tropas regulares de ambos lados, ascendía a cerca de 8 300 personas. A este número hay que añadir la cantidad desconocida de soldados irregulares que perdieron sus vidas ese lunes, en los dos bandos, y que debieron de elevar el número total de muertos a más de 9 000. (Entre paréntesis podríamos mencionar que algunos de estos podrían haber sido víctimas de sus propios compañeros de armas. Hay cálculos que estiman que hasta el 25 por ciento de todas las bajas en la infantería se produjo cuando las filas traseras, por error, mataron a los compañeros que estaban más adelante; un dato que dice bastante tanto de la mala puntería como de la confusión y el caos que marcaban estos combates.)

El número de bajas suecas fue espantoso; a la tarde, alrededor de 6 900 suecos muertos y moribundos yacían en el campo de batalla o estaban perdidos. Algunos desaparecieron en medio del alboroto de la derrota, y nunca más se supo de ellos. Otros huyeron a los bosques que rodeaban Poltava, donde fueron cazados por los campesinos locales, que les dieron muerte. Si alguien contempla estos datos a la luz de las estadísticas de guerras más recientes, y no considera que el número en cuestión sea especialmente llamativo, debe tener en cuenta el número total de combatientes. De los casi 19 700 guerreros suecos que participaron en la batalla, 6 900 —es decir, un 35 por ciento— cayeron. ¡Esto quiere decir que murió más de uno de cada tres guerreros que salió a la batalla aquella mañana! El número total de las bajas suecas era aún más alto: debemos añadir a los 2 800 prisioneros y el desconocido número de heridos que consiguieron escaparse del campo de batalla, y que acompañaron al ejército en su retirada hacia el Dniéper. Algunas estimaciones afirman que estos sumaban 1.500 hombres. Y aunque no contáramos a los heridos no apresados, el número total de bajas suecas ascendería a 9 700 hombres, es decir, un porcentaje relativo de bajas de un 49 por ciento. (Si incluimos el número estimado, no confirmado, de los 1 500 heridos que consiguieron escapar, el porcentaje relativo de bajas es del 57 por ciento.) ¡Esto significa que la mitad de todos los suecos que participaron en la batalla o murieron o fueron apresados! Un cálculo más preciso del número de suboficiales y soldados rasos muertos y apresados en las diferentes armas demuestra que la caballería sufrió unas bajas del 40 por ciento, la infantería perdió el 60 por ciento de sus efectivos, y siete de cada diez dragones no volvieron de la batalla. El alto número de bajas entre los dragones probablemente se debe a que estos, por razones de baja moral, se rindieron con más facilidad que otras tropas. En general, se suele considerar que un 20 por ciento de bajas es un número muy alto. Por lo tanto, las pérdidas suecas en Poltava se pueden calificar, sin ningún tipo de miramientos, de

elevadas, por no decir catastróficas. (Como una comparación ilustrativa podemos mencionar que los franceses perdieron en Waterloo, en 1815, el 34 por ciento de sus fuerzas totales en bajas mortales, prisioneros y heridos, mientras que entre los aliados que participaron en el día D, en 1944, murieron un total de 2 500 hombres.) Por lo tanto, la batalla de Poltava debe ser considerada como uno de los enfrentamientos más sangrientos de la historia mundial. También es, sin lugar a dudas, el desastre militar más grande de toda la historia de Suecia, tanto en lo referente a las bajas —el número total y el relativo— como en cuanto al resultado de la batalla.

Las pérdidas rusas fueron sensiblemente más bajas que las suecas, con 1 345 muertos, un número que, en realidad, debería ser aún más alto si se añaden las bajas de las fuerzas irregulares y se cuenta con que algunos de los heridos murieron después. (Cada batallón de infantería ruso perdió una media de 11 soldados caídos, mientras que los regimientos de dragones perdieron 25 hombres por unidad.) La regla que dice que el ejército derrotado siempre es el que sufre el mayor número de bajas había vuelto a demostrar su validez. Había cinco suecos caídos por cada ruso muerto. La desproporción entre las bajas de los dos bandos sugiere que las masacres de los suecos heridos o apresados, que tuvieron lugar, demostradamente, durante la fase final de la batalla, tuvieron un alcance mayor de lo que se ha pensado hasta ahora. Obtenemos otro indicio claro de lo mismo si tenemos en cuenta que en el lado ruso había 2,4 heridos por cada muerto. Si transfiriéramos la misma proporción al bando sueco, significaría que más de 16 500 suecos habrían sido heridos, lo cual es un número absolutamente desproporcionado: superaría el número total de los suecos que sobrevivieron.

El campo de batalla, bajo el implacable sol, estaba cubierto de cuerpos humanos desnudos, mutilados, retorcidos y carbonizados, mezclados con andrajos ensangrentados y cadáveres de caballos. El caluroso tiempo veraniego se dejó notar enseguida, ya que los cadáveres comenzaron a pudrirse. Un hedor espantoso e inconfundible no tardó en envenenar el aire de la comarca. A lo largo de los siglos, son muchos los que han descrito la grotesca metamorfosis que los cadáveres no enterrados suelen sufrir en los campos de batalla. Los cuerpos cambian de color, y un ojo experto puede, generalmente, determinar la hora de la muerte a partir del tono del cadáver; el cambio era del blanco, pasando por el amarillo, hasta un verde amarillento o gris, para finalmente acabar con un color negro, en cuya fase la carne llega a parecerse al alquitrán. Los cadáveres se hinchan, rellenando y apretando los uniformes. Estos mismos mecanismos estaban operando en el viciado campo de batalla junto a Poltava. El calor contribuyó a la rápida transformación de los caídos. Los cuerpos expuestos y magullados comenzaron a fermentarse e hincharse hasta alcanzar proporciones grotescas, y poco después ya no se podían reconocer ni las facciones de los muertos. Los cadáveres de los soldados se convirtieron en una masa anónima de bultos ennegrecidos que, tiempo atrás, habían tenido nombres.

El entierro de los muertos era un asunto urgente. Ya al día siguiente, el 29 de junio, se iniciaron las labores de limpieza del campo de batalla. Seis oficiales rusos se hicieron cargo de la no muy agradable tarea de efectuar un recuento de los cuerpos. Además llegaron órdenes de recoger y enterrar a los muertos. (También el alto mando sueco tuvo en cuenta este detalle: el general de división Meijerfelt, que fue enviado a los rusos el mismo día, recibió instrucciones de hablar sobre el asunto del entierro de los suecos caídos.) Los que tuvieron que realizar esta repugnante labor fueron los prisioneros de guerra suecos. Comenzaron con el entierro de los soldados rusos. Cavaron dos

enormes fosas comunes a unos quinientos metros al sudoeste del campamento fortificado, justo entre los muros del campamento y el sistema de reductos. Tenían que ser dos fosas, porque, en consonancia con los postulados de la jerarquía, se consideraba que los oficiales no debían compartir tumba con los soldados rasos: la desigualdad debía prevalecer más allá de la muerte. Los rusos muertos fueron recogidos y transportados hasta este lugar. Alrededor de las fosas comunes había una guardia de honor, y los pastores regimentales de todas las unidades se unieron para una misa de difuntos. El zar pronunció un discurso junto a las rebosantes fosas, inclinó la cabeza tres veces y, a continuación, echó las tres primeras paladas de tierra sobre los cuerpos sin vida de sus súbditos. La infantería descargó tres salvas honoríficas. Se echó un gran montón de tierra sobre las fosas, un montículo que todavía hoy en día se conoce como «el túmulo sueco», a pesar de que ningún sueco descansa en el lugar.

Se emitieron también órdenes de enterrar a los suecos caídos, pero no fueron tratados con tanto decoro. En la zona alta junto al pequeño cenagal, los reventados cuerpos fueron volcados al pantano, donde se fundieron con el fango y fueron cubiertos de una fina capa de cieno. Los restos de los suecos nunca fueron recogidos y colocados en una fosa común, sino que quedaron enterrados en el lugar donde habían caído, según eran encontrados. El soldado del regimiento de Uppland, Erich Måne, de la compañía de Hundra Hårads fue encontrado por sus compañeros donde había caído, junto al segundo reducto, y enterrado en aquel lugar. Los pastores suecos que habían sido apresados obtuvieron permiso para participar en la labor y leyeron sobre las numerosas tumbas. Fueron pastores como Nicolaus Vennman, nacido en Umeå y perteneciente al regimiento de la guardia montada; Laurentius Sandmark, pastor del regimiento de Västerbotten, y el predicador suplente de batallón de la misma unidad, Petrus Fluor, que en realidad había sido ordenado en 1694 para servir en la diócesis de Härnösand. Los cuerpos cayeron en el olvido; unas tumbas anónimas sin cruces que enseguida desaparecieron sin dejar rastro. Hoy en día solo se conoce la ubicación de muy pocas de las tumbas suecas.

En cuanto a los innumerables cadáveres de caballos, hubo problemas. Como siempre, habían muerto enormes cantidades de corceles. (Por lo general morían muchos más caballos que personas en las batallas de la época.) Una unidad rusa bastante representativa en cuanto a estadísticas, como puede ser el regimiento de dragones de Vologod, sufrió en esta batalla 18 bajas mortales y 6 soldados desaparecieron, mientras que murieron 108 caballos y desaparecieron 19 —de los 108 caballos, 49 murieron en los días posteriores a la batalla como consecuencia de sus heridas—. En una de las unidades de caballería rusas más maltratadas, el regimiento de dragones de G. Kropotov, cayeron 56 soldados, y nada menos que 244 caballos. Por lo tanto, había un superávit de cadáveres equinos reventados en los abrasados campos. Probablemente los soldados se negarían a ocuparse de ellos, y no había más que decir al respecto. En lugar de ello, se ordenó a los habitantes de Poltava y a la población de la región que se hicieran cargo de los caballos muertos. Los cuerpos de los animales fueron recogidos y enterrados, a veces junto con las personas fallecidas.

Los trabajos de limpieza fueron realizados con bastante diligencia. Sin embargo, a pesar de que la mayoría de los restos humanos y los cadáveres de caballos habían sido enterrados ya antes de la noche del miércoles, el hedor de la podredumbre envenenó el aire durante mucho tiempo después aquel verano. Toda la región rebosaba de gusanos y putrefacción. Al final, la fuerte peste contribuyó a la decisión del ejército ruso de

abandonar Poltava; se vieron obligados a partir. El olor que siempre sigue en la estela de un triunfo militar acabó ahuyentando a los rusos: los muertos vencieron a los vivos.

Y en cuanto a los heridos, ¿qué pasó? Conocemos el número de heridos rusos, la cifra que se señala es exacta: 3 290. (Por cada batallón de infantería ruso solo había una media de 30 heridos o, en otras palabras, en torno al 6 por ciento de las fuerzas totales.) Nunca llegaremos a conocer el número correspondiente del ejército sueco, pero podemos contar con que muchos de los cerca de 2 800 soldados apresados pertenecían a esta categoría. Además, como ya hemos mencionado, también muchos heridos (según las estimaciones, unos 1 500) acompañaron al ejército en la retirada de Poltava.

Los rusos heridos disponían de su propio —aunque diminuto— servicio médico. Por el contrario, no parece que los magullados suecos pudieran disfrutar de ningún tipo de atención médica por parte de los vencedores; en lugar de ello, algunos fueron asesinados cuando los rusos los encontraron. La excepción la constituyeron aquellas tropas de Roos que se rindieron en el reducto junto al río Vorskla, ya que las condiciones de la capitulación estipulaban que los heridos recibirían cuidados médicos. Naturalmente, los recursos médicos del lugar eran prácticamente inexistentes. Los que existían para cuidar estaban compuestos de un total de ocho hombres: cuatro cirujanos militares y cuatro aprendices de cirujano, y todos ellos fueron apresados durante la batalla. Ocho hombres, eso fue todo.

Tampoco parece que existiera ningún tipo de recogida organizada de los heridos que yacían en el campo de batalla. Tras esta, la gente estuvo agonizando durante días antes de morir bajo un sol abrasador. Niklas Norin —el teniente capitán que fue herido junto a los reductos y abandonado a su suerte por su regimiento— se quedó en el suelo con siete heridas. Pasó tres días abandonado en el lugar antes de que consiguiera arrastrarse hasta el campamento ruso para que lo apresaran. Un compañero de armas del regimiento de Norin, Giovanni Batista Pinello, tuvo que sufrir un destino parecido. Era italiano, nacido en Génova en 1682, y había cursado los primeros estudios en su ciudad natal, pero completó su formación en Leiden y en París. En Schleswig había conocido a dos pastores suecos a quienes acompañó a Suecia, donde se convirtió al protestantismo. En 1702 se unió al ejército sueco, que, por aquel entonces, se encontraba en Curlandia. Pinello llevaba con los hombres del regimiento de Västmanland desde 1705 y había visto varias batallas; entre otras cosas, había participado en el fiasco de Veprik el año anterior, donde había recibido varias heridas. Durante la batalla de Poltava, Giovanni, cuyo nombre había sido adaptado al sueco y convertido en Johan, fue gravemente herido. Estuvo tumbado entre los muertos durante dos días antes de ser descubierto y apresado. Muchos de los que estaban en la situación de Pinello y Norin no habrían sobrevivido. Probablemente murieron debido al *shock*, la pérdida de sangre y la deshidratación; el agua había sido un bien escaso en los campos abrasados por el sol.

¿Qué perspectivas de supervivencia tenían los heridos? Es imposible dar una única respuesta a esta pregunta, ya que eso dependía, en gran medida, de la naturaleza de la herida. Los que habían recibido estocadas relativamente superficiales de picas, bayonetas o espadas podían tener las mejores posibilidades de salvarse, a no ser que contrajeran algún tipo de infección grave. Las estocadas más profundas eran un asunto considerablemente más serio. A menudo, los órganos subyacentes quedaban dañados, y una estocada en el estómago o en la caja torácica podía tener consecuencias muy serias. Todo se complicaba aún más por el hecho de que las heridas de las estocadas, por lo

general, estaban muy sucias. Los que habían recibido heridas por estocadas, golpes de espada o cortes de los sables de los cosacos tenían cierta posibilidad de sobrevivir siempre y cuando el golpe no hubiera sido demasiado potente y no hubiera causado daños en los tendones, los músculos, las principales arterias mayores o en los huesos. Entre las heridas, seguramente habría un buen número de fracturas de hueso, entre otras cosas como consecuencia de las caídas de los caballos: las piernas y los brazos rotos tenían remedio, pero aquellos soldados que se hubieran roto la espina dorsal estaban, por lo general, destinados a morir. Otro destino también bastante frecuente entre los heridos fue el que afligió a Jakob Lärka, de Kalmar. Yaciendo en el campo de batalla, fue pisoteado por las pezuñas de los caballos y perdió, entre otras cosas, uno de sus ojos. (Muchos de los heridos sufrieron contusiones y fracturas mientras yacían en el suelo tras recibir una primera herida, a causa de los pisotones de soldados y animales.) También había casos de personas que habían perdido la visión por completo, como el holmiense de veintiocho años Göran Öller, y de gente que había recibido otro tipo de heridas que no eran mortales de necesidad pero les había dejado inválidos.

Sin duda, la herida de bala era la más común de todas. Por lo general, estas heridas también tenían el peor pronóstico, especialmente entre aquellas personas que hubieran sido mutiladas por los balazos. Las heridas causadas por las balas de cañón eran las peores. Un impacto de uno de estos cilindros de metal casi siempre resultaba letal, a no ser que los proyectiles impactaran en alguna extremidad, arrancándola a su paso. Había un buen número de bultos desfigurados; personas que habían perdido pies, piernas, manos o brazos. Entre otros, tenemos el ejemplo de Anders Forbes, que, además de perder los dos pies, se quedó sin tres de los dedos de la mano izquierda por el impacto de otra bala; Anders Leijonhjelm, cuya pierna izquierda fue arrancada por una bala de cañón, y Lars Tisensten, el oficial de la Guardia de Corps, que también perdió una pierna por las balas. Por otra parte, la metralla y las balas de mosquete normales también podrían ser letales. Debido a la baja energía de estos proyectiles, la gente podía recibir gravísimas heridas sin que las balas llegaran a tumbarles. Aquellas que penetrasen profundamente en el cuerpo, afectando los órganos internos, resultaban fatídicas, y aquellos soldados cuyo contenido intestinal se hubiera desparramado en la cavidad abdominal a consecuencia de las balas no podían hacer mucho más que esperar la muerte. Los proyectiles que impactaban en la gente habrían arrastrado consigo materias como sucios fragmentos de tela, partes de botones o los diversos contenidos de los bolsillos de los uniformes hasta el interior de la herida, contaminándola considerablemente. En muchos casos, las balas producían unos «proyectiles secundarios», tales como astillas de madera, piedras, grava y fragmentos de huesos o de dientes reventados, que se introducían en el cuerpo. También había una gran diferencia entre recibir una herida de una bala de mosquete o de metralla, por un lado, y ser alcanzado por un viejo clavo oxidado o un fragmento de una granada, por otro. El clavo y el cascajo podrían causar feos desgarrones en los tejidos musculares. La ubicación de la herida, independientemente del tipo que fuera, también resultaba importante. Incluso una herida menor podría hacer que la víctima se desangrase rápidamente, si se producía en un punto donde los nervios y las arterias principales eran superficiales.

En todos estos casos, las heridas estaban muy contaminadas, y la supervivencia dependía, en gran medida, de las posibilidades de mantener a raya diversas infecciones. Había que lavar las heridas y amputar las partes contaminadas para poder alejar las

complicaciones comunes de infecciones como el tétanos, la gangrena gaseosa, la difteria por heridas y la gangrena, fenómenos que la ciencia médica no era capaz de comprender, y menos remediar. La estación, además, era la peor posible para la evolución de las heridas: el calor hacía que las bacterias tuvieran unas óptimas condiciones para propagarse. Como ya hemos mencionado, el personal médico disponible de los suecos resultaba ridículamente escaso, y, para colmo, los cirujanos disponibles sufrían grandes carencias de medicamentos. No hace falta echarle mucha imaginación para darse cuenta de que los heridos, y en particular los heridos suecos, tenían unas perspectivas de futuro francamente nefastas. Los heridos seguirían muriendo todavía mucho tiempo después de la batalla, debido a las heridas que se les había infligido ese lunes. En el regimiento de Närke-Värmland, por poner un ejemplo, la mortalidad fue alta a lo largo del mes siguiente: en julio murieron 22 cabos y soldados rasos, así como un sargento y un tamborilero. Con toda probabilidad, todos ellos recibieron heridas en la batalla y fallecieron debido a los pobres cuidados, el hambre y las complicaciones. Muchos sobrevivirían, pero quedarían deformados o inválidos de por vida. La primitiva medicina militar también propiciaba que las heridas benignas de muchas personas fueran mal curadas o no se curasen siquiera. Gustaf Pistolsköld, un corneta recién nombrado del regimiento de la guardia montada que había nacido en Närke, fue gravemente herido en el hombro izquierdo, y el resultado fue que su brazo izquierdo quedara considerablemente más corto que el otro. A Georg Kihlman, un hombre de Småland de treinta y cuatro años, se le reventó una rodilla. Todavía veinte años después de la batalla, la herida seguía abierta.

En estas espantosas condiciones, no resulta sorprendente que se produjeran asesinatos compasivos de los heridos más graves. Esto también había ocurrido tras otros enfrentamientos en esta guerra, y puede contemplarse como la consecuencia final de las limitaciones de la primitiva medicina militar. También hay indicios de que a algunos heridos suecos los mataron sus propios compañeros tras la batalla. No hay duda de que en la noche del 28 de junio había muchos despojos humanos deformados que, bajo los efectos del dolor, envidiaron a los muertos y suplicaron a Dios para que les enviara la muerte.

Hacia la noche, el zar Pedro se acomodó en su tienda para pregonar su gran victoria. Su amante Catalina recibió una breve carta:

Querida mamita, te saludo. Quiero comunicarte que Dios, en su inmensa misericordia, hoy nos ha otorgado una victoria sin par sobre el enemigo. En resumidas cuentas, hemos batido a toda la hueste enemiga, de lo cual tendrás más noticias de nuestra parte.

PEDRO

P.S. Ven a felicitarnos.

Además, Pedro envió otras catorce cartas más largas, prácticamente idénticas en cuanto al contenido, dirigidas a diferentes potentados nacionales y miembros de la familia del zar. En ellas les comunicó, lleno de júbilo, «que, con la bendición de Dios y gracias al coraje de mis tropas, acabo de obtener un triunfo total e incomparable, sin haber derramado demasiada sangre». Tras un breve relato del desarrollo de la batalla, el zar prometió volver con más noticias.

El zar comparó el destino sufrido por el rey Carlos y su hueste con lo que le pasó

a Faetón según la mitología griega: para confirmar su parentesco divino trató de conducir el carro solar, pero no consiguió controlarlo y causó grandes incendios en el cielo y en la tierra. Un rayo enviado por Zeus lo mandó al río Erídano, donde murió ahogado. «En resumen, la hueste del enemigo ha sufrido el destino de Faetón. No puedo ofrecer más información sobre el rey, ya que desconozco si está entre los vivos o si ya se ha ido con sus antepasados.» En la carta que escribió al conde Apraxin, añadió una pequeña nota al pie que respiraba alivio y demostraba que Pedro ya se había dado cuenta de que lo que acababa de suceder suponía un punto de inflexión en la guerra: «Con la ayuda de Dios, hemos colocado la última piedra en los cimientos de San Petersburgo».

Sobre la misma hora, el ministro, el conde Carl Piper, estaba disfrutando de un pequeño banquete junto con el mariscal de campo ruso, el conde Boris Petrovic Sheremetiev. También en esta ocasión el embriagado Von Hallart montó un *intermezzo* embarazoso, jurando y gritando al prisionero y huésped de honor sueco. Sin embargo, el anfitrión intervino para disculpar a su ebrio colega. Al término de la cena, Sheremetiev puso, educadamente, su tienda-dormitorio y su cama a disposición de Piper. Además, le ofreció un préstamo menor de mil ducados. A continuación, Piper *el Gordo* se tumbó en la cama del mariscal de campo para dormir. Había sido un día fatigoso.

En el campo de batalla se inició la primera de varias noches marcadas por el dolor, bajo la bóveda celeste de junio, para el siete veces herido Niklas Norin y para miles de personas más. Otros muchos, tanto suecos como rusos, se deslizaron lentamente hacia el fin de este mundo, agraciados por la bendición de la inconsciencia.

La nítida luz de verano se volvió progresivamente más borrosa y la oscuridad se cernió, poco a poco, sobre el paisaje. En el punto de reunión de los suecos, junto a Pushkaryovka, la espera estaba llegando a su fin. Los preparativos para la marcha se habían terminado y la corriente de supervivientes del campo de batalla se había secado.

Levantaron el campamento alrededor de las siete de la tarde. Destacamento tras destacamento, columna tras columna, echaron a andar, con pasos cansados, acompañados del golpeteo de las pezuñas, el chirrido de las ruedas y el traqueteo de los carros. Acompañados también de los orgullosos compases de los timbales y las trompetas, el ejército desfiló hacia la puesta del sol: las tropas se unieron a la procesión desde un lado y el tren de bagajes desde el otro.

A la cabeza del ejército viajaba la artillería y los carros de la tesorería, escoltados por un destacamento de trescientos infantes. A continuación llegaba el grande y aparatoso tren de bagajes: esta columna de abastecimiento avanzaba, según la estricta reglamentación de rango existente entre las diferentes unidades, con los carros de la Guardia de Corps en primera posición. Sin embargo, el bagaje de la caballería, que le seguía, no marchaba por orden de rango sino según el orden en el que habían acampado. Los soldados de caballería y los magullados restos de la infantería cerraban la fila. Al final de toda la columna marchaba una tropa de retaguardia, probablemente compuesta del regimiento montado de Uppland Tremännings, así como el regimiento de caballería de Carelia y, tal vez, algunas otras unidades, todas bajo el mando de Karl Gustaf Kruse, el comandante de los hombres del regimiento de Uppland.

El rey, que seguía en su calesa, demoró su partida junto a la retaguardia hasta que salió la parte principal del tren de bagajes. Ya en la partida surgieron algunos problemas menores y atascos. A la altura de una quebrada, la salida de la caballería fue obstaculizada por el laborioso avance del tren de bagajes de la infantería. Tuvieron que

quedarse parados durante un buen rato hasta que la gran masa de carros se alejó, dejando el camino despejado. Al final, también las largas filas de jinetes pudieron adentrarse en las tinieblas cada vez más profundas del atardecer, donde la noche de junio encendió sus primeras estrellas. A la salida del sol habían atacado, y ahora, cuando el sol volvió a cerrar sus ojos, todos los que seguían con vida se alejaron sobre sus caballos, y sus livianas sombras no tardaron en fundirse con la noche.

La retirada

No hay nada que dure en este mundo, todo se desvanece;
igual que una llama, una corriente, un cristal, una hoja de hierba
y una flor
arde, fluye, brilla, verdea y florece al atardecer,
pero a la mañana queda extinguida, parada, rota, seca y marchita:
las vidas humanas se esfuman en el aire.

GEORG STIERNHIELM, de *Herkules*, 1658

25. «Una recompensa de cien mil rublos»

El ejército sueco estaba retirándose del campo de batalla. La partida se produjo sin interferencias y sin ningún tipo de persecución por parte de los rusos. Fue un gran alivio para los suecos el que sus enemigos no hubieran aprovechado la oportunidad de atacar. Gracias a esta ausencia de interferencias en la partida, la situación había mejorado considerablemente. Siempre y cuando la retirada no fuera demasiado lenta, la infantería rusa jamás sería capaz de darles caza, y un perseguidor sin infantería estaría muy mermado en una eventual batalla. (La caballería siempre era reacia a atacar a la infantería del enemigo; en principio, para batir a una unidad de infantería hacía falta infantería propia.) El ejército que huía había conseguido una pequeña tregua, pero esta no duraría mucho tiempo.

Los suecos tenían la intención de cubrir toda la distancia que pudieran antes de que cayera la noche. La meta de la primera etapa era Novie Senzjary, que se encontraba a 35 kilómetros al sur de su posición, donde pretendían pasar la noche. Había que marchar todo lo rápido que se pudiera: se emitieron órdenes de arrear, y no estaba permitido parar ni para esperar a los rezagados ni para arreglar aquellos carros que se rompieran. También se enviaron varios destacamentos de avanzadilla para mejorar el camino delante de la hueste.

Al principio marcharon a buen ritmo, pero habían salido tarde y con la llegada de la noche se presentaron las primeras dificultades. En las tinieblas, la disciplina de la marcha comenzó a disolverse. Esto ocurrió sobre todo en algunas secciones del tren de bagajes. El joven teniente segundo Gustaf Abraham Piper, que viajaba con la columna de abastecimiento, dijo que «nadie hacía caso a nadie y cada uno marchaba como le daba la gana; todos querían llegar los primeros». A la altura de la aldea de Federki surgió un aparatoso atasco junto a un problemático cenagal que había que atravesar por un único puente destartado. Debido a ello, las tropas obtuvieron permiso para adelantar el batiburrillo de carros, y acabaron marchando delante del bagaje. Al final de toda la columna seguía la retaguardia de Kruse. Después de otros cinco kilómetros de avance a trancas y barrancas, se produjo el parón definitivo: el tren de bagajes tuvo que interrumpir la marcha. No habían llegado más allá de Starie Senzjary, a veinte kilómetros al sur de Poltava.

El parón fue una decepción para la plana mayor sueca, y para que toda la expedición no se quedara inmóvil se decidió que el tren de bagajes se pararía por el momento, protegido por el regimiento montado de Upplands tremännings y el regimiento de caballería de Carelia, hasta la llegada del amanecer. Mientras tanto la artillería, los carros de la tesorería y las tropas continuaron hacia el sur en dirección a Novie Senzjary. Cuando la artillería pasó Starie Senzjary con su bagaje correspondiente, los suecos aprovecharon para reforzar a su escolta: un destacamento de los dragones de Meijerfelt se unió a los trescientos infantes de línea que hasta el momento habían constituido toda la fuerza defensiva. En esta situación crítica, lo más importante era poner a salvo a las tropas, la artillería y los carros de la tesorería.

Durante el resto de la noche, la marcha continuó más o menos según el plan; la infantería y la caballería imprimieron un ritmo muy duro. La artillería y las tropas alcanzaron Novie Senzjary a cuentagotas, y pararon en ese lugar. La artillería llegó en

algún momento después de la medianoche, y las tropas, cuando ya se acercaba el amanecer. El rey alcanzó Novie Senzjary poco antes que las tropas, alrededor de las dos de la madrugada. El monarca estaba totalmente exhausto y fue llevado en brazos hasta una cabaña, donde se quedó dormido enseguida, rodeado de algunos oficiales de alto rango que descansaron, entumecidos, directamente sobre el suelo.

No pudieron descansar mucho. Con el amanecer llegaron informes de que los rusos estaban acercándose. La noche anterior, el zar había enviado al regimiento de infantería de Semjonovski, bajo el mando del príncipe Golitsin, y diez regimientos de dragones comandados por Bauer, para perseguir a los suecos. La marcha de las fuerzas rusas fue rápida. El zar había apremiado a sus guerreros para que «se esforzasen, con el máximo ahínco posible, en encontrar al rey sueco». El que consiguiera capturar a Carlos XII sería ascendido «al grado de general, además de recibir una recompensa de cien mil rublos». La artillería sueca partió de Novie Senzjary pronto por la mañana del 29 de junio, varias horas antes que las tropas. Al igual que antes, la artillería iba acompañada de los carros de la tesorería, pero ahora también se unieron a ella aquellos carros que pertenecían a la cancillería, la corte y la escolta. Los guerreros reunidos en torno a Novie Senzjary no pudieron disfrutar de muchas horas de sueño. Realizaron un inventario del bagaje, desengancharon los percherones de los carros más superfluos y pusieron los caballos liberados delante de aquellos carros que estaban cargados de heridos y enfermos. Ahora montó también toda la infantería y se esfumó el bagaje sobrante. Entre las 6 y las 7 de la mañana se reanudó la marcha, cuyo siguiente destino era Bieliki. El regimiento de dragones de Meijerfelt, que había estado apostado en esta localidad, se movilizó para unirse al resto. Junto con la partida, la plana mayor sueca tomó dos medidas. Primero enviaron a Meijerfelt hacia el norte para ponerse en contacto con el zar. Después, Gyllenkrok cabalgó hacia el sur para tratar de encontrar un lugar adecuado para cruzar el Dniéper.

El propósito del viaje de Meijerfelt fue el de ralentizar la persecución. Llevaba consigo instrucciones importantes: el apresado Piper recibiría potestad para iniciar negociaciones con el zar Pedro sobre la paz y el intercambio de prisioneros. Sin embargo, esto no era más que una finta para tratar de conseguir que los rusos interrumpieran su persecución, al menos de manera temporal. Además, el rey contaba con que Meijerfelt regresara a la noche siguiente con valiosa información acerca de las fuerzas y los planes de los rusos. Meijerfelt se encontró con los rusos después de recorrer tan solo cinco kilómetros del camino al norte. Primero se topó con una fuerza de cerca de ocho mil hombres, comandada por Bauer, seguida de cerca por las tropas de Golitsin. Después de que Meijerfelt les hubiera informado acerca de sus directrices, las tropas rusas efectuaron un alto a la espera de nuevas órdenes del zar. Sin embargo, el zar no se dejó engañar: Meijerfelt fue retenido en el cuartel general ruso, y el alto mando zarista se negó rotundamente a cancelar la persecución. Desde ese punto de vista, la misión de Meijerfelt fue un fracaso. Sin embargo, se podría decir que cumplió, a grandes rasgos, con la tarea que le habían encomendado: durante un par de horas cruciales, las tropas involucradas en la persecución se quedaron paradas. Las fuerzas de Bauer y Golitsin no reanudaron la marcha hasta bien entrada la tarde. Los suecos ganaron un tiempo breve pero valioso.

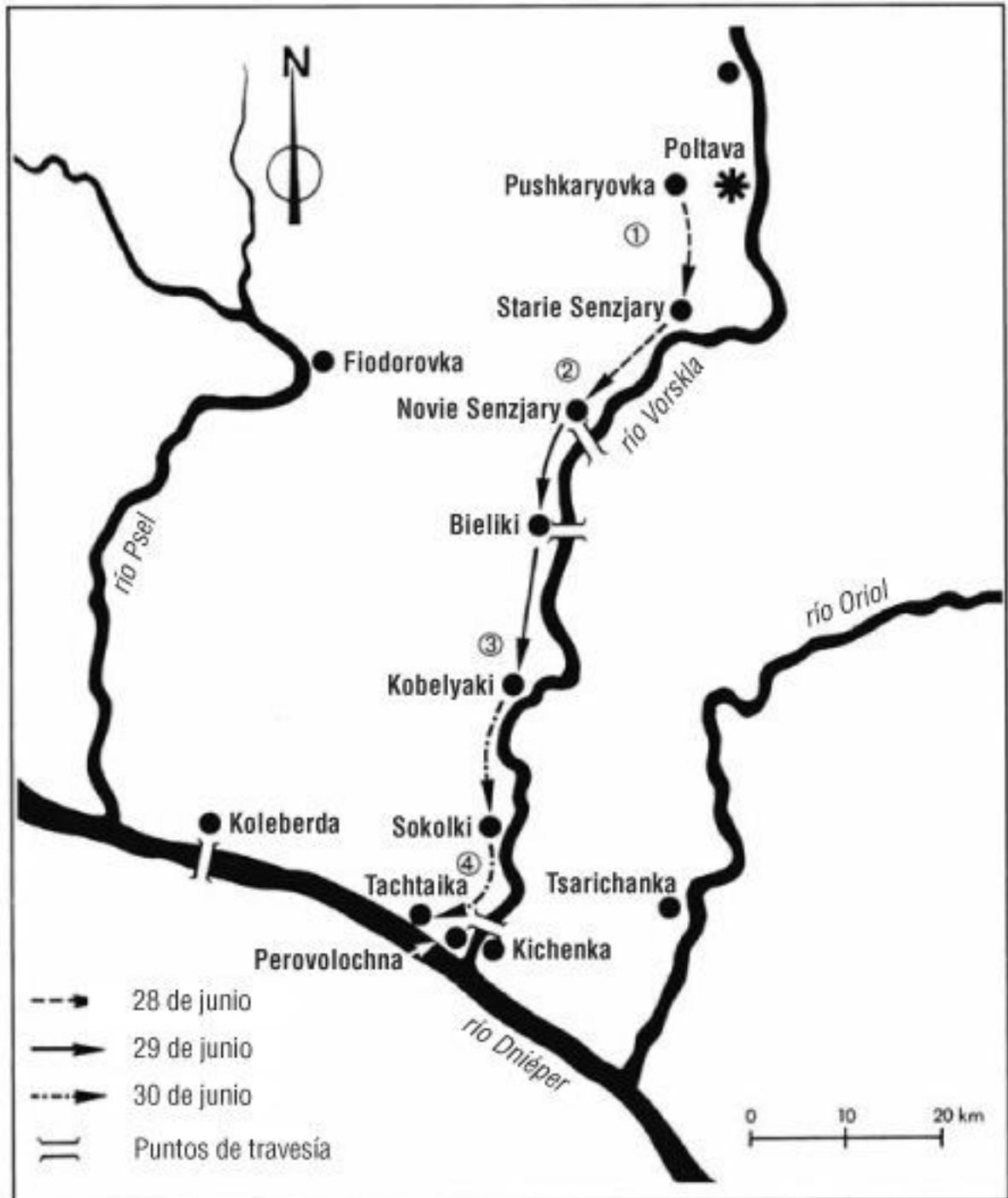
Al mismo tiempo, Gyllenkrok se dirigió al sur junto con un nutrido grupo de maestros de campo. Su misión consistía en encontrar un punto en el que pudieran cruzar el Dniéper. Esta cabalgada fue una improvisación, forzada por la rápida persecución de

los rusos. En realidad debería haber sido el jefe del destacamento de Bieliki, el teniente coronel Funck, quien tendría que haber proporcionado la crucial información acerca de dónde se podía cruzar el río. Ya en la noche del 28, Funck había sido convocado ante el rey en Novie Senzjary. Sin embargo, la orden le llegó demasiado tarde y no tuvo tiempo para presentarse.

El propio Gyllenkrok conocía un posible punto de travesía. Antes, estando en Poltava, uno de los hombres de Mazepa le había contado que junto a Koleberda —una localidad ubicada a unos treinta kilómetros de distancia al oeste, corriente arriba, de la destruida villa de Perovlochna— había un vado donde se podía cruzar el Dniéper con carros cuando el río llevaba poca agua. Sin embargo, la suerte no estaba del lado de Gyllenkrok, quien había perdido de vista al hombre que conocía el vado y no lo había vuelto a encontrar. Cuando Gyllenkrok alcanzó Bieliki, a unos cinco kilómetros de Novie Senzjary, Funck lo encontró justo delante de las puertas de la ciudad. El cuartel maestre general quería que intentasen encontrar una travesía con la ayuda de los habitantes de la ciudad. Si había alguien que conociera el mencionado vado de Koleberda «u otro pasaje, ofrézcale el dinero que haga falta, todo lo que quiera usted —le animó el desesperado Gyllenkrok—; yo me haré cargo de efectuar el pago». Sin embargo, Funck no confiaba mucho en la posibilidad de sacar este tipo de información de los hostiles ciudadanos de Bieliki. Ya lo había intentado previamente, pero en vano. Un decepcionado Gyllenkrok decidió continuar hasta Kobelyaki, a veinte kilómetros de distancia, donde se encontraba Silfverhielm con su grupo. Él, tal vez, conocería algún pasaje.

El pequeño respiro que se había ganado gracias a la pequeña maniobra de Meijerfelt, benefició sobre todo al laborioso desplazamiento del bagaje y la artillería. El 29 de junio, la columna de abastecimiento de la infantería y la caballería formó un grupo independiente y marchó, durante la mayor parte del día, delante de la artillería y de las tropas. La hueste todavía seguía el curso del Vorskla. No estaban seguros de que fuera posible cruzar el Dniéper, por lo que, probablemente, querrían tener la segunda alternativa a mano (es decir, una travesía del Vorskla para poder continuar con la marcha hacia Crimea). Por la mañana, los perseguidores rusos habían estado a solo cinco kilómetros de los suecos, que tenían los nervios a flor de piel, y bajo la superficie aguardaba el pánico. Las columnas continuaban hacia el sur, a través del caluroso día de verano, todo lo rápido que podían. Algunos vehículos se rompieron y los caballos se agotaron; se podía ver continuamente cómo los carros eran abandonados, destrozados o incendiados. Delante de los ojos de los guerreros, medio mareados por el hambre, se echaron a perder grandes existencias de avituallamiento, que se destruyeron sin que pudieran beneficiarse de ellas. Y todo el tiempo eran apremiados por noticias desde la retaguardia; la orden de apretar el paso se repetía una y otra vez por las columnas que marchaban hacia delante, «mientras el enemigo empujaba con fuerza desde atrás». Es cierto que la retaguardia no había tenido contacto directo con los perseguidores, pero aun así los rusos estaban demasiado cerca como para que pudieran respirar tranquilos. Esto no era una retirada: era una huida en toda regla.

LA RETIRADA



1. La hueste sueca parte del punto de reunión junto a Pushkaryovka en la tarde del 28 de junio.

2. La vanguardia de la hueste alcanza Novie Senzjary bien entrada la noche. En la mañana del 29 se envía a Meijerfelt a su misión diplomática. La hueste continúa rumbo al sur.

3. El mismo día, en Kobelyaki, Gyllenkrok recibe información sobre un punto de

travesía del Dniéper. Por la mañana del 30, en el mismo lugar, la retaguardia sueca entra en contacto con las fuerzas perseguidoras rusas. La retirada continúa.

4. Hacia la tarde del 30, la hueste sueca comienza a llegar al punto de travesía junto a Tachtaika. No se ha terminado de construir ningún puente y solo hay unas pocas barcas disponibles.

A un par de kilómetros de distancia de Kobelyaki, Gyllenkrok se encontró con Silfverhielm, el jefe del puesto. Este pronunció las gloriosas palabras que Gyllenkrok habría deseado escuchar todo el día, pues, ante la pregunta de si conocía algún pasaje por el Dniéper, contestó que «había estado allí a diario, que conocía cada arbusto del lugar, y me aseguró que conseguiría pasar a todo el ejército hasta el otro lado». El lugar se llamaba Tachtaika y se encontraba al oeste de la ciudad de Perovolochna, a orillas del Dniéper. Bien es cierto que el nivel de agua del río era bastante alto, y la travesía requeriría el uso de un pontón o barcas. Pero el teniente coronel prometió que podría «conseguir todas las barcas» que Gyllenkrok pudiera necesitar. Todo esto fue confirmado por un suboficial de la comitiva de Silfverhielm. ¡Era perfecto!

Continuaron hasta Kobelyaki, donde los quinientos hombres de Silfverhielm se unieron a ellos. Ahora todo parecía indicar que cruzarían el Dniéper, pero Gyllenkrok quería contar con el visto bueno del rey. Si todo el ejército iba a cruzar el Dniéper hacía falta construir un puente, por lo que Gyllenkrok escribió una carta a Lewenhaupt en la que exigió dos cosas. En primer lugar necesitaba conocer la decisión final del rey acerca de la cuestión de si debían o no cruzar el Dniéper. Ya que el tiempo apremiaba, el cuartel maestro general quería iniciar ya los preparativos para una eventual travesía. En segundo lugar, necesitaba que le enviaran inmediatamente a algunos leñadores y artilleros —la artillería era el cuerpo de armas que proporcionaba los servicios de ingeniería militar— así como material para la construcción del puente: cuerdas, clavos y anclas. Estos hombres marcharían a Perovolochna, donde había un gran depósito de madera. Allí construirían chalanas y balsas que serían transportadas después hasta Tachtaika. A continuación, Gyllenkrok se dirigió en persona a la localidad de Kichenka a orillas del Vorskla, donde encontró ocho grandes chalanas que fueron llevadas hasta Perovolochna.

Las columnas de marcha del ejército llegaron a Kobelyaki en las últimas horas de la tarde del 29 de junio. No parece que hicieran un alto demasiado prolongado en el lugar. El propio rey paró brevemente, degustó una pequeña comida y continuó hacia Sokolki, que estaba a unos veinte kilómetros de distancia. En total quedaban unos cuarenta kilómetros hasta el Dniéper. El tren de bagajes continuó su marcha sin prisa pero sin pausa, y, a lo largo de la tarde, las largas columnas pasaron por delante de la aldea a paso de tortuga. Sin embargo, las tropas permanecieron formadas en una gran pradera a un trecho de Kobelyaki. Habían recibido órdenes de quedarse hasta la primera luz; por un lado, querían que los caballos tuvieran la oportunidad de pastar en condiciones, y, por otro, debió de ser una medida para reforzar la retaguardia ante la llegada de los rusos.

Gyllenkrok no recibió respuesta de sus superiores. Sin embargo, hacia la noche llegaron catorce leñadores, señal de que su petición había llegado a su destino, pero equipados solo con hachas, sin anclas ni clavos. A estas alturas, Gyllenkrok había comenzado a desconfiar de su propio plan. Ya había visto el lugar previsto para la travesía y se había dado cuenta de que sería mucho más complicado cruzar el río de lo que había pensado en un principio. El Dniéper era muy ancho. Gyllenkrok tenía la intención de construir un puente y para ello necesitaba muchas naves, que harían las

veces de pontones. Había confiado en la rotunda promesa de Silfverhielm de que conseguiría sacar todas las barcas que fuera a necesitar. Desafortunadamente, este debió de ser demasiado optimista, ya que hasta el momento solo habían conseguido un pequeño número de ellas. Resultaba difícil fabricar nuevas barcas en un santiamén, ya que no había mucho material disponible. El caso es que había muy poco bosque entre Perovolochna y Tachtaika; el terreno era plano, parecido a una estepa, con solo unos pocos sotobosques y arboledas alrededor de los pequeños cenagales que salpicaban el paisaje. Ahora que la cuadrilla que le habían enviado resultó ser extremadamente reducida —aparte de carecer de las herramientas necesarias para la construcción de un pontón—, Gyllenkrok comenzó a dudar de que realmente pudieran cruzar el Dniéper. Envío a un oficial con treinta hombres hasta Kichenka, justo al norte de Perovolochna, donde había un vado sobre el Vorskla. Recibieron la misión de parar al ejército y al rey cuando estos alcanzaran ese punto, y de no dejar que continuaran hasta el Dniéper hasta que el cuartel maestro general no hubiera llegado al lugar para discutir el asunto con el rey. Evidentemente, el propósito de Gyllenkrok era el de informar a Carlos XII de las dificultades de Tachtaika y dejar que este tomara la decisión final de si debían seguir hasta el Dniéper para tratar de cruzarlo, o si por el contrario debían cruzar el Vorskla y continuar hacia Crimea. En el caso de que las tropas llegaran a Kichenka antes que el cortejo real, estas debían ponerse a derribar todos los edificios de madera del lugar e iniciar la construcción de balsas. Gyllenkrok no quería perder el tiempo por si acaso el rey se empeñaba en la azarosa empresa de cruzar el Dniéper, y a pesar de sus dudas continuó enérgicamente con los preparativos para una travesía del mismo. Puso a trabajar a los leñadores con el propósito de fabricar balsas con la madera del depósito de Perovolochna. Vino en su ayuda un grupo de 150 hombres del grupo de Silfverhielm. El resto de las tropas marcharon hasta Tachtaika. Cuando los suecos alcanzaron el lugar, vieron que había subido el nivel de agua del río. Los hombres que sabían nadar fueron enviados al agua para señalar con varas dónde estaban las zonas de menor profundidad. Los suecos también intentaron encontrar el punto más estrecho del río. Los apresurados trabajos continuaron en medio de la oscuridad de la noche.

La mañana del 30 de junio, los perseguidores se habían acercado aún más. Ya en las primeras horas de la madrugada, Creutz ordenó que las tropas de Kobelyaki preparasen su partida. Comenzaron con algunas modificaciones de la disposición de la marcha: el diezmado regimiento de los dragones de la guardia, que en realidad debía marchar en última posición, fue sustituido por partes del regimiento de la guardia montada. Las tropas también fueron preparadas para una formación en *ordre de bataille* por si llegaban a producirse combates. Creutz debió de entender que los rusos estaban cerca.

Las largas columnas de hombres y caballos se pusieron en marcha; fueron desfilando desde la gran pradera, donde habían acampado durante la noche, ascendiendo lentamente por una elevación en el terreno. Después de un rato llegó la voz desde la cola: ¡rusos! Habían avistado a unidades enemigas que ya se encontraban en el lugar de acampada que los suecos acababan de abandonar. Era una situación complicada ya que había, por lo menos, tres desfiladeros entre el punto en el que ahora se encontraban y Perovolochna, y en aquel momento estaban ante uno de ellos. Si les alcanzaba un ataque ruso justo en el momento en el que estaban pasando por uno de estos cuellos de botella, tendrían problemas a la hora de formar las tropas. Con la protección proporcionada por

algunos soldados de la infantería, que desmontaron y tomaron posición detrás de un seto en las afueras de la aldea, y por partes del regimiento de caballería de Småland, que cerraron los accesos al propio pueblo de Kobelyaki, las columnas se fueron retirando. Una tentativa de ataque, llevada a cabo por algunos cosacos, fue rechazada con las descargas de los soldados desmontados. Consiguieron pasar también el segundo barranco, una profunda hendidura junto a una ciénaga, de la misma manera. Hubo un intercambio de disparos entre los suecos y los perseguidores, pero estos no ocasionaron mayores problemas. La mayor parte del tiempo, los rusos se mantuvieron alejados y no mostraron demasiadas ganas de atacar. Con toda probabilidad, esto animó a Creutz a ordenar que las tropas hicieran un alto y desmontaran, para que los caballos pudieran pastar y para dar otro respiro al tren de bagajes. Detrás de ellos, los jinetes suecos podían ver cómo se levantaban nubarrones de polvo, señal de que una gran fuerza rusa estaba en camino.

En algún punto delante de ellos, el tren de bagajes y la artillería continuaban su marcha en dirección al Dniéper. La columna de abastecimiento experimentó grandes dificultades en los diferentes barrancos a lo largo del camino a Perovolochna, y desperdiciaron mucho tiempo mientras las largas y confusas columnas de vehículos se abrían paso a trancas y barrancas. A ratos, la velocidad de la procesión era muy lenta. Al igual que en el día anterior, una parte de los carros y las provisiones se quedaron en el camino debido a que los vehículos se rompieron, o porque las bestias de tiro se quedaron sin fuerzas. También en esta ocasión, estos carros fueron despedazados o incendiados. El camino estaba salpicado de los humeantes y carbonizados restos de los carros, las provisiones derramadas y todo tipo de material arruinado, bueyes de tiro abandonados y caballos agotados, cadáveres de soldados —heridos que habían sucumbido al calor y habían sido volcados al suelo desde los carros—, junto con todo tipo de objetos que la gente había desechado, sin ton ni son, para aliviar la carga y aumentar sus posibilidades de escapar. Un hombre lo describió como «una marcha muy penosa». Las provisiones escaseaban y muchos de ellos estaban pasando hambre desde hacía varios días. La marcha continuó sobre los resechos campos abandonados, a través de «un calor atroz y con una sed espantosa, suficiente como para hacer desfallecer a cualquiera», en palabras de otro participante en la marcha, el joven Piper.

A primeras horas de la madrugada del 30 de junio, Gyllenkrok había enviado a gente tanto a Perovolochna como al puesto junto a Kichenka, con el fin de averiguar si había noticias del ejército. Llegaron respuestas negativas desde ambas localidades. Continuaron los preparativos para la travesía. Los suecos derribaron una vieja iglesia para poder construir el puente. Los hombres intentaron transportar una parte de la madera río arriba, hasta el punto de travesía, pero la corriente reventó las cuerdas y se llevó los troncos. Al no tener noticias del ejército, las dudas de Gyllenkrok se incrementaron, pero hacia las nueve de la mañana llegó un muchacho, corriendo por los campos, para contarle que «el ejército estaba en camino». Para asegurar la travesía se envió a una treintena de hombres a la otra orilla del Dniéper, donde Gyllenkrok los apostó en diferentes puntos. Estaba colocando un par de puestos en una elevación en el terreno junto al agua cuando pudo ver, a lo lejos, en la orilla oriental del río, a un par de jinetes que se acercaban. El ejército estaba llegando.

Todavía quedaba un rato para que las tropas que estaban junto al Dniéper pudieran establecer contacto con la hueste. La parada de la marcha, que se había producido más allá de Kobelyaki, duró alrededor de dos horas, y luego ellos también prosiguieron la

marcha. La caballería irregular rusa efectuó un par de intentonas más de atacar la retaguardia, pero estos ataques también fueron rechazados. A partir de aquel momento, se contentaron con mantener un par de kilómetros de respetuosa distancia con respecto a los suecos. Las tropas suecas apenas habían sufrido bajas durante la retirada, pero unos pocos rezagados cayeron en manos de los rusos. Otros fueron capturados cuando se atrevieron a volver por el camino por el que habían venido para recoger cosas de los carros abandonados del tren de bagajes. La marcha continuó, apremiada por los rumores de que ya estaba preparada la travesía del Dniéper. Hacia la tarde, la hueste carolina comenzó a llegar hasta Perovolochna y el Dniéper. El tren de bagajes no siguió el curso del Vorskla hasta las ruinas de la incendiada ciudad de Perovolochna, sino que tomó un atajo, doblando a la derecha un poco más al norte y continuando hacia Tachtaika. Cuando las tropas de Creutz alcanzaron las inmediaciones de Perovolochna llegaron noticias de que la travesía estaba asegurada, lo que les animó aún más, y tanto él como sus soldados espolearon los caballos para llegar cuanto antes a Tachtaika.

Ya era mediodía cuando Gyllenkrok avistó a los primeros grupos de jinetes, que venían desde Perovolochna. Un diluvio de carruajes y carros seguía en su estela. Un edecán general llamado Gyllenclou se acercó al cuartel maestro general para decirle que acudiera al rey, quien no tardaría en llegar. Estupefacto, Gyllenkrok le preguntó «si el ejército acaso no se iba a quedar en Kichenka». El edecán no lo sabía y, ante la pregunta de Gyllenkrok de si el oficial del puesto de Kichenka no había hablado con el rey, Gyllenclou contestó que, en efecto, sí lo había hecho, pero que Su Majestad le había contestado que quería hablar con Gyllenkrok en persona. En el mismo momento, el propio rey apareció ante Gyllenkrok. El ejército no había parado ni un solo momento en Kichenka, sino que había continuado precipitadamente, sin parar a pensar, rumbo a Tachtaika, hacia lo que ellos pensaban era una travesía preparada. Era muy dudoso que fuera a serlo nunca.

26. «¡Lucharán cuando yo les diga!»

Gyllenkrok describió los problemas que habían tenido con el material y la mano de obra para justificar su opinión de que el ejército debió de haber parado en Kichenka. La única reacción por parte del rey fue un comentario mascullado: «Bien, entonces daré la vuelta». Efectivamente, Carlos regresó, pero solo un pequeño trecho, y se quedó en los campos que bordeaban el río, donde una parte cada vez más grande del tren de bagajes, la artillería y las tropas comenzaron a apelotonarse bajo una cálida brisa.

Otro que también había bajado hasta el Dniéper para reconocer el terreno fue Lewenhaupt. No le gustaba el lugar elegido por Gyllenkrok para efectuar la travesía; en su opinión, se parecía a un callejón sin salida, una trampa. Preocupado, cabalgó de vuelta al lugar donde guardaba los caballos de refresco, y encontró el regimiento de dragones de Schlippenbach, que había desmontado en el mismo sitio. Cansado y atormentado por la diarrea y el sofocante calor, se puso a buscar un lugar en la sombra para descansar. El comandante Rosenkamp le organizó una protección contra el sol junto a un carro de la cantina, y el general se tumbó. No había pasado mucho tiempo cuando Lewenhaupt descubrió que un armiño se había metido en su sombrero, y lo atrapó. Rosenkamp y algunos otros oficiales acudieron corriendo para echar un vistazo al bicho atrapado. Se le ocurrió a Lewenhaupt que el ejército, al igual que el armiño, «se había metido voluntariamente en una trampa». Liberó al animal, «suplicando a Dios que nosotros también pudiéramos escapar ilesos de esta localidad».

Las tropas se retiraron de la altiplanicie hasta los campos bajos que se extendían a lo largo del río. El tren de bagajes se mezcló con los regimientos. Se produjo un confuso batiburrillo compuesto de carros de la columna de abastecimiento y de tropas. Todo el ejército comenzó a concentrarse en un grupo estirado, que se extendía desde los alrededores de Perovolchna casi hasta Tachtaika. Sin lugar a dudas, la posición era problemática. Delante de la hueste estaba el ancho y caudaloso Dniéper. Los campos junto al río estaban dominados por un terreno más elevado; en realidad esta zona, que muchos llamaban «la montaña de arena», consistía en una meseta que, a su vez, formaba parte de la estepa y moría junto al río. En la transición entre la altiplanicie y los campos bajos había una serie de pequeños pantanos y cenagales. Junto al río, a mitad de camino entre Perovolchna y Tachtaika, había otra ciénaga que era alargada y dificultaba el acceso a la orilla. El terreno era abierto, y la mayor parte de la vegetación crecía en las zonas pantanosas, en los terrenos que rodeaban las áreas urbanizadas y en algunas partes que bordeaban el río, y estaba compuesta sobre todo de matorral y de jóvenes árboles verdes. La tierra era arenosa y seca y ofrecía pocas oportunidades de pasto para los caballos. Un enemigo que se acercara tendría la posibilidad de bloquear la única vía de salida del lugar (aparte de la vía que atravesaba el río, naturalmente); a saber, el camino por el que habían venido y que pasaba por el vado de Kichenka sobre el Vorskla: la única alternativa a la travesía del Dniéper. Si además este enemigo tomaba la larga loma que dominaba los campos junto al río, los suecos estarían totalmente expuestos a la artillería enemiga, que podría controlar una gran parte de la orilla. Un pequeño consuelo era que los muchos cenagales que se agrupaban al pie de la loma limitaban las posibilidades de un ataque ruso directo a los campos de abajo. Al mismo tiempo, estaba claro que los cenagales suponían un obstáculo también para los movimientos de los suecos, lo que a su

vez señalaba la mayor debilidad de la posición: su margen de maniobra quedaba radicalmente reducido. Si no conseguían pasar el río, el ejército sueco estaba literalmente metido en un callejón sin salida y, si, por el contrario, querían cruzar el Vorskla, tenían que dar media vuelta y volver por el mismo camino por el que habían llegado para regresar al vado más cercano que se encontraba junto a Kichenka.

Sin embargo, la operación de dar la vuelta con todo el ejército resultaría muy complicada a esas horas de la tarde del 30 de junio. Es cierto que la plana mayor parecía desconfiar cada vez más de la posibilidad de construir un pontón, pero ya se había iniciado la travesía con la ayuda de las naves disponibles. Silfverhielm y un grupo de trescientos jinetes habían comenzado a cruzar el río, y Mazepa los seguía con su séquito, su hijo adoptivo, su esposa, su equipaje y unos cuantos zaporoizianos y cosacos, así como la compañía *enspännar* sueca. A la altura del punto elegido para la travesía, que se encontraba junto a un par de islotes ubicados en medio de la corriente, donde el Dniéper tenía más o menos «la anchura de un disparo de cañón», se cargaron las barcas de sillas y metieron los caballos en el agua para cruzar el río a nado. Sin embargo, los problemas con una eventual travesía en balsa no tardaron en presentarse: el río era ancho y caudaloso, y, con el fuerte viento, muchos soldados con caballos tuvieron que regresar a nado a la orilla de la que habían partido. El grupo de Mazepa también disponía de algunas naves, pero aun así la travesía era arriesgada y se perdieron grandes cantidades de objetos valiosos —dinero, oro y fuentes de plata— en las rápidas corrientes. Los cosacos que acompañaban al *hetman* tuvieron que cruzar como buenamente pudieron. Por lo general intentaron atravesar el río a nado. Los caballos fueron atados unos a otros y conducidos al agua. Un cosaco llevaba las riendas del primero y el resto de los corceles colocaban sus cabezas sobre la grupa del que iba delante. Cuando el hombre que iba en cabeza se cansaba, se colgaba de las crines o de la cola del caballo para descansar. Incluso los experimentados cosacos tuvieron problemas para atravesar el ancho río y algunos de ellos se ahogaron.

Parece que la plana mayor sueca se dio cuenta poco a poco de que los problemas del pasaje les estaban superando. Iba a ser muy difícil, por no decir imposible, pasar a todo el ejército hasta la otra orilla del Dniéper en Tachtaika. Pero la reacción inmediata no fue la de abandonar la alternativa del Dniéper por completo y regresar hasta el vado del Vorskla junto a Kichenka. Todavía se agarraron a la posibilidad de cruzar el gran río. Todos los generales estaban reunidos en una de las tiendas del rey. Carlos dio la orden a Creutz de buscar un lugar mejor para la travesía, pero, ya que estaba cayendo la noche, este tomó la decisión (que podría parecer frívola, pero que aun así resultaba bastante comprensible) de posponer el reconocimiento hasta el amanecer. Mientras los miembros de la plana mayor deliberaban, debatían y fruncían sus ceños contemplando los mapas y planos, la oscuridad de la noche se hacía cada vez más profunda.

Era más difícil de lo que pudiera parecer conseguir que toda la lenta y confusa masa de bagajes, artillería y tropas diera media vuelta e iniciara la marcha de regreso. Se trataba de una maniobra difícil de llevar a cabo, y además había fuertes barreras psicológicas que les impedían hacerlo, al menos hasta el momento en que las otras alternativas se hubieran agotado por completo. La marcha hacia el sur había sido rápida y fácil, alejándose del enemigo rumbo a una salvación que les estaba esperando en el horizonte. Volver hacia el norte para alcanzar el vado junto a Kichenka debió de parecerles una opción totalmente ilógica, porque en dirección al norte estaban los rusos.

Además, el ejército se encontraba en un estado lamentable. El ambiente, en particular entre aquellas unidades que acababan de vivir la debacle de Poltava, estaba marcado por la opresión y el terror. El cabo de infantería Erik Larsson Smepust describe cómo caminaban hacia el Dniéper «con el corazón encogido de dolor». Una depresión paralizante se había infiltrado en la hueste sueca. Además, durante los días que habían pasado desde la partida de Pushkaryovka, el avituallamiento no había estado a la altura de las expectativas. El tren de bagajes iba separado de las tropas, por lo que debió de ser difícil para las unidades acceder a los carros que transportaban sus provisiones. Había soldados que llevaban tres días sin comer ni un solo trozo de pan. Aquella amenaza de hambruna que se había cernido sobre algunas unidades antes de la batalla ya se había convertido en realidad. Pero eso no fue todo. La dura y apretada marcha no había ofrecido muchas oportunidades de descanso real, y un profundo agotamiento estaba afectando a las unidades y también a los generales; tanto los oficiales como los soldados estaban totalmente exhaustos. Probablemente, el alto mando consideraría que no pasaba gran cosa por dejar que el ejército pasara la noche en el lugar, ya que así podrían disfrutar de un merecido descanso y comer un poco. Evidentemente consideraban que el riesgo de que los rusos alcanzaran a la hueste sueca era pequeño. No todo el mundo compartía esta opinión, pero algunos de los generales estimaron que las tropas enemigas tardarían varios días en darles caza y, una vez eso sucediera, estarían tan agotados que resultarían más o menos inofensivos. El propio rey afirmaba, compartiendo plenamente este espíritu optimista, que «si el enemigo hubiera querido perseguirnos de verdad, ya nos habría alcanzado hace tiempo». Era cierto que las tropas de Creutz habían entrado en contacto con algunas unidades rusas horas antes, pero estas pertenecían a una caballería ligera irregular que apenas tenía valor en una batalla. No había razones para temerlas.

Sin embargo, mientras el alto mando estaba sopesando la mejor opción, grandes grupos del ejército ya habían tomado su propia decisión y ahora estaban trabajando como maníacos por llevarla a cabo. Había que cruzar el río a toda costa. Aquí debemos tener en cuenta los informes demasiado optimistas, o directamente erróneos, que se habían propagado entre las columnas durante la marcha, y que apuntaban en un único sentido: la plana mayor había encontrado un lugar para cruzar el Dniéper y la travesía estaba asegurada. Como si estuvieran hipnotizados por esta posibilidad de salvación, las unidades fueron irresistiblemente atraídas hacia Tachtaika, hacia los campos que bordeaban el río, hacia la orilla. En la noche del 30 de junio, todos los integrantes del tren de bagajes y todas las tropas debían de estar convencidos de que el ejército cruzaría el río, y esta impresión tuvo que haberse visto considerablemente reforzada cuando, al llegar, pudieron ver cómo los hombres de Silfverhielm lo estaban cruzando junto con los soldados de la compañía *enspännar*, así como Mazepa y toda su gente. Resulta muy dudoso que alguien pensara siquiera en la posibilidad de salvación ofrecida por la travesía del Vorskla y la subsiguiente marcha hacia Crimea. Cruzar el Dniéper y continuar en dirección al oeste o al sudoeste debió de parecerles la única alternativa posible.

El terror y la confusión ya eran generalizados e hicieron que los soldados se volvieran aún más decididos a atravesar el ancho río. Sin embargo, solo había unas pocas barcas y balsas, nunca suficientes para todos. Las sencillas naves existentes se volvieron, de repente, muy valiosas. En medio de una atmósfera de partida, un ambiente desmoralizado y aterrado de «sálvese quien pueda», verdaderas riadas de gente se

dirigieron a la orilla del río para agenciarse, por la fuerza, las balsas construidas por los operarios de Gyllenkrok. Los que no consiguieron hacerse con una nave mediante el uso de la violencia, comenzaron inmediatamente a construir sus propios artilugios. Había incluso coroneles y otros oficiales de alto rango que abandonaron a sus unidades para fabricar sus propias naves. Otros estaban agobiados por el pánico e iniciaron una desesperada búsqueda de madera. La bola de nieve había comenzado a rodar y no tardó en convertirse en una avalancha. Se derribaron edificios y se despedazaron carros. La gente repasó sus equipajes para salvar lo más valioso. Toda clase de naves de lo más patético fueron empujadas a la corriente: había personas que trataban de cruzar el río subidas en unas tapas arrancadas de las cajas de la armería, o en tapas hechas de hule; otros se agarraban a ruedas de carro sin planchas que habían unido; también se veían carros enteros conectados entre sí y frágiles balsas hechas de jóvenes árboles verdes.

Ataron los caballos unos a otros y los bajaron a la corriente. Los que carecían de naves trataron de cruzar el río a nado, algunos con la ayuda de objetos flotantes, otros sin nada. Sin embargo, como ya hemos mencionado, el río era ancho y caudaloso, y un fuerte viento dificultó la travesía aún más. Había grupos de entre diez y veinte personas que entraron en el agua, pero normalmente eran pocos los que alcanzaron la otra orilla; los demás murieron ahogados. Parece que la mayor parte de los que trataron de nadar hasta el otro lado sufrieron este destino. Los que se quedaron en la orilla se convirtieron en testigos aterrados de cómo la corriente se tragaba a uno tras otro, tanto a personas como caballos, lo que disminuyó un poco sus ganas de nadar hasta la otra orilla. Para los espectadores, los intentos de atravesar el Dniéper a nado les pareció un suicidio puro y duro. El pastor de escuadrón del regimiento de caballería de Småland escribe: «Al ver las penurias que sufría la gente que cruzaba el río, yo y otros conmigo resolvimos que era mejor quedarse con la mayoría, ya que, pasara lo que pasase, sería menos doloroso que echar a perder tu propia vida en el agua».

La lucha por las escasas naves existentes continuó. Los soldados se peleaban y se tiraban al agua los unos a los otros. A los que consiguieron apropiarse de algún tipo de nave se les ofrecieron grandes cantidades de dinero para que llevaran a terceros hasta la orilla de enfrente. Personas desesperadas se metieron en subastas por hacerse con un hueco en el transporte a la salvación, y los precios ascendieron rápidamente en medio del pánico: el pasaje para una persona podría costar diez, veinte o treinta ducados, e incluso podía llegar a los cien. La clave para conseguir la salvación esa noche era el dinero. Individuos emprendedores llevaron sus pequeñas naves en un ir y venir constante por el ancho río. La tarde se convirtió en noche, y el ejército sueco, corroído hasta el alma por la angustia de la derrota, se estaba desintegrando por completo.

Ante esta situación, la plana mayor sueca hizo dos cosas. En primer lugar, trató de decidir adónde debía dirigirse el ejército. En segundo lugar, los oficiales de la plana mayor estaban absortos en los intentos de convencer a Carlos de que debía abandonar el ejército inmediatamente y cruzar el río.

En la opinión de Gyllenkrok, había tres alternativas ahora que la travesía del Dniéper parecía cada vez más impracticable: regresar a Ucrania, continuar hasta los tártaros de Crimea o esperar a los rusos y librar una última batalla desesperada. Sin lugar a dudas, la primera alternativa era la peor en el momento actual, puesto que ya no podían esperar ningún tipo de apoyo por parte de los cosacos. El rey estuvo jugando con la idea de luchar, pero sus argumentos fueron rebatidos por los asustados generales. Gyllenkrok

decía que «la *consternation* entre la gente es ya tan grande que, si avistan al enemigo, la mayoría de ellos entregarán sus armas y el resto morirán ahogados en la corriente». «Lucharán cuando yo les diga», fue la dura réplica del rey. Los oficiales de alto rango se asustaron y trataron de convencer al monarca de que al menos intentase salvar su propia persona. Lewenhaupt estaba arrodillado junto a la cama del rey y comenzó un discurso, lleno de lágrimas, acerca de la expuesta posición del ejército, pero Carlos apartó al general con impaciencia y espetó: «El general nunca tiene idea de lo que dice». A pesar de la andanada, Lewenhaupt siguió insistiendo y afirmó, con mirada negra y ominosa, que, tal y como estaban, «no habría otra salida posible que no fuera la de entregarse al enemigo como prisioneros de guerra, o dejarse masacrar hasta el último hombre». La idea de una apocalíptica batalla final todavía debía de rondarle por la cabeza al rey, porque se limitó a contestar con un heroico y despiadado: «Sí, pero no sin antes montar una buena juerga». Ahora, el rey fue objeto de un verdadero bombardeo de argumentos persuasivos. Una horda de alarmados cortesanos, consejeros y oficiales de alto rango lloraron, gimieron, rogaron y suplicaron: Su Majestad tenía que ponerse a salvo y no exponerse al riesgo de caer prisionero. (Es posible que detrás de esta insistencia —aparte, naturalmente, de una auténtica preocupación por la salud del rey— también hubiera gente preocupada por la posibilidad de que Carlos, si se quedaba, convirtiera en realidad sus vagos planes de dejar que el ejército sucumbiera en un último y violento *ragnarök*.) Al final, el rey se dejó convencer. Cruzaría el Dniéper para ponerse a salvo, pero su decisión estaba firmemente condicionada por otra: el ejército debía dirigirse a Crimea.

Creutz fue nombrado nuevo comandante en jefe. Cuando Lewenhaupt se enteró del nombramiento, junto con la noticia de que le habían elegido a él para acompañar al rey en la travesía, lo interpretó —fiel a su costumbre— como un camuflado ataque dirigido a su persona, y se ofreció inmediatamente para asumir el mando de la hueste. El rey accedió a ello. El plan consistía en que Carlos, junto con un grupo de oficiales de alto rango y una escolta menor, atravesaría el río cuanto antes. De ahí en adelante, la retirada del ejército sería tan fatigosa como arriesgada, y, con esta medida, el herido Carolus evitaría todos los futuros peligros. El cortejo debía continuar por la estepa en dirección a territorio turco, primero a la ciudad de Otjakov, a orillas del mar Negro. El ejército destruiría todo el tren de bagajes para maximizar su movilidad y, a continuación, cruzaría el Vorskla para seguir por la orilla oriental del Dniéper rumbo a Crimea. De Crimea, la hueste continuaría la marcha hasta Otjakov, donde el rey esperaría su llegada.

Las directrices fueron enviadas a la hueste. Había que quemar todo el bagaje, y para que todo el mundo pudiera montar se aprovecharían los caballos que, de esta manera, quedaban liberados. Las existencias de provisiones serían distribuidas entre todos los hombres. Cada regimiento cargaría con toda la munición que pudiera llevarse. Los cofres de la tesorería se vaciarían y se repartirían los contenidos. Ningún regimiento intentaría cruzar el Dniéper, sino que todo el mundo debía estar preparado para partir al amanecer. Además pretendían resolver los problemas relacionados con la falta de oficiales en la infantería, y quemarían todas las insignias de campaña pertenecientes a aquellas compañías que habían quedado demasiado diezmadas. Todos los comandantes fueron convocados y recibieron estas órdenes.

Mientras estas nuevas instrucciones eran repartidas entre los oficiales de más alto rango, el comandante de los dragones de la guardia, Örnstedt, acudió al rey y dijo que podía prometer que conseguiría cruzar el río con su unidad antes de las siete de la

mañana. ¿Podría obtener permiso para una travesía? Carlos delegó la decisión a Creutz. Después de un rato de reflexión, este dio el visto bueno a la petición y dio permiso a los dragones de la guardia para que cruzaran el Dniéper. Fue otro error más.

Las nuevas directrices no parecieron haber calmado la confusión notablemente. La orden de quemar todo el tren de bagajes causó no poco «revuelo y protestas» ya que muchos, y en particular los oficiales de más alto rango, llevaban consigo un bagaje de considerable tamaño, colmado de botín de guerra y otras posesiones personales. Mientras que algunos regimientos siguieron la orden al pie de la letra, quemándolo todo, otros arrastraron los pies en las labores de destrucción. Tampoco se obedeció la estricta orden de no cruzar el río. En medio del tenso ambiente, fue suficiente con ver cómo el regimiento de los dragones de la guardia, con autorización de las más altas instancias, trataba de realizar la travesía, para que muchos regimientos volvieran a verse tentados de seguir su ejemplo. Los alocados trabajos de construcción de balsas continuaron en medio de la espesa oscuridad de la noche. Fue prácticamente imposible retener a la gente. Una parte de los enfermos y los heridos fueron transportados a la otra orilla; tal y como era de esperar, muchos de ellos desaparecieron en las turbulentas aguas del Dniéper.

El rey estaba en su calesa, repasando los planes de marcha. Un pequeño grupo estaba reunido alrededor del carruaje, que ya tenía los caballos enganchados. Eran alrededor de las diez de la noche y se acercaba la hora de cruzar el río. Uno de los que había recibido la orden de acompañar al rey, Gyllenkrok, sacó del coche un mapa pegado a una tabla de madera y se lo dio a Lewenhaupt. En él estaban señalados aquellos lugares por los que el ejército había pasado a lo largo de la marcha, y el punto en el que se encontraban en el aquel momento. Para ayudar aún más a Lewenhaupt durante la marcha del ejército hacia Crimea, el rey también le dejó unos guías tártaros. A continuación se despidieron. Lewenhaupt le deseó suerte al rey y dijo tener una petición. «¿De qué se trata?», quiso saber Carolus. El general le pidió que se ocupara de que, «en recompensa por mi fiel servicio, mi pobre esposa y mis hijos no tengan que emplear la vara del mendigo tras mi muerte». «Como usted desee», contestó el rey, y dio la mano a Lewenhaupt, quien la besó. El carruaje se puso en marcha con una sacudida y desapareció en la compacta oscuridad.

En los cinco kilómetros que separaban al rey del lugar de los islotes que había sido elegido para la travesía, la calesa se perdió en la oscuridad, pero acabó encontrando el camino. Los escoltas, que tras la sangría de la batalla solo contaban ochenta hombres, fueron los primeros en pasar a la orilla de enfrente. Uno de los que tomaron parte en aquel transporte fue el escribiente real de los escoltas, Norsbergh. Con los documentos de la contabilidad y el dinero de la tesorería de los escoltas metidos en unos sacos, vestido con el abrigo azul de su señor, el cabo Jan Ehrensköld, y cargado con la correa de una carabina y un maletín de cartuchos, fue transportado al otro lado del Dniéper en una barca. Después de desembarcar se quedó sentado en la orilla mientras la barca dio la vuelta para recoger a una nueva carga de soldados. El carruaje del rey fue colocado en dos largas lanchas unidas, propulsadas por doce escoltas con remos. Para reforzar la comitiva, también les acompañaron más efectivos de la caballería, así como doscientos infantes de línea del regimiento de Södermanland, bajo el mando del comandante Silfversparre. Para que estos últimos pudieran montar, pasaron también un par de centenares de percherones, que sacaron del tren de bagajes. Los caballos fueron o bien empujados al agua en grandes grupos, o bien arrastrados tras las naves que transportaban

a sus jinetes. Las pocas barcas que tenían a su disposición iban y venían sin parar, pero el transporte fue lento y estuvo lleno de peligros. Desmontaron algunos de los carros que se consideraban indispensables, y estos cruzaron el río en ese estado para volver a ser montados en la orilla de enfrente. Unos cuantos heridos también fueron llevados al otro lado, pero estos eran casi exclusivamente oficiales, ya que, tal y como escribe con amargura uno de los participantes, no había barcas «más que para los importantes y distinguidos señores, para quienes había espacio de sobra». Aquella noche cruzaron el río generales de división, coroneles y tenientes coroneles, edecanes generales, dos cancilleres, un intendente de la corte, un consejero militar, un obispo, varios funcionarios de la cancillería y dieciocho pastores. Además fueron transportados al otro lado unos cuantos empleados de la corte: mozos de cuadra, cocineros, oficiales administrativos, sirvientes, un teniente de copero y un mayordomo, entre otros. Las ratas estaban abandonando la nave.

Uno de los que cruzaron el Dniéper fue el oboísta alemán Johann Jacob Bach, de veintisiete años, que servía en la Guardia de Corps. Había servido bajo la bandera sueca como músico militar desde 1704. (Cuando se alistó, su hermano, el joven y prometedor organista Johann Sebastian Bach, se había entristecido muchísimo. Al parecer, Johann Sebastian, que tenía tres años menos que Johann Jacob, había intentado convencer a su hermano para que se quedara en casa, evocando, entre otras cosas, escenas de todos los horrores que pudieran afligirle en el extranjero. Sin embargo, Johann Jacob no se dejó aconsejar y, mientras se preparaba para unirse a la hueste sueca, su hermano menor Johann Sebastian, de diecinueve años, compuso en Arnstadt una pequeña y melancólica pieza para clavicordio, *Capricho para la partida de un hermano querido*.) Unos cuantos oficiales y soldados hicieron lo mismo que Johann Jacob Bach: desobedecieron órdenes y cruzaron el Dniéper por su cuenta, uniéndose al destacamento del rey. En total, entre suecos, zaporozianos y cosacos, unas tres mil personas pasaron a la otra orilla del río.

Después de que el rey y su cortejo partieran hacia el punto elegido para la travesía, parece que tanto Lewenhaupt como Creutz suspiraron de alivio. Entre los que asumieron la responsabilidad de la hueste, se podía apreciar un gran sopor, una especie de parálisis mental producida por la terrible derrota y por la larga y dura marcha. Se colocaron centinelas y puestos. Tres avanzadillas fueron posicionadas en la pendiente que ascendía a la planicie, y una cuarta quedó emplazada un poco más lejos, en un alto junto a la carretera que pasaba por delante de Perovolochna. En las primeras horas de la madrugada llegaron informes de que se habían avistado cosacos y calmuco enemigos junto a la planicie, pero las noticias no parecieron preocupar demasiado ni a Creutz ni a Lewenhaupt. Después de todo, habían intercambiado disparos con estos grupos de caballería a lo largo del día anterior y, como ya hemos mencionado, no se les consideraba una amenaza importante. En lugar de esto, Lewenhaupt corrió de un lado a otro buscando al guía, pero al final parece que fue abrumado por la falta de sueño y el agotamiento. Entró solo en una de las tiendas que el rey había abandonado tras su partida. Allí se acurrucó en el suelo, se envolvió con el abrigo y se quedó dormido. Después de un rato, Creutz también entró en la tienda, donde enseguida se adormiló, como si no existiera ningún tipo de peligro ahí fuera.

27. «Si preferían defenderse antes que caer prisioneros»

Cuando Lewenhaupt y Creutz fueron a descansar, debieron de pensar que todavía contaban con la hueste carolina original, la máquina de guerra cuya eficacia era incomparable. Sin embargo, a lo largo de los últimos días, esta máquina había recibido una increíble cantidad de azotes; algunas piezas importantes estaban destrozadas o desaparecidas; los dientes de la maquinaria ya no engranaban los unos a los otros como antes. La máquina estaba rota, machacada, agrietada.

No había pasado mucho tiempo cuando Creutz interrumpió su descanso. Se levantó y agarró del brazo a Lewenhaupt, que estaba a su lado. Este despertó de su sueño más profundo y Creutz le preguntó si «quería que hiciera formar a sus regimientos». El general se levantó de un salto y contestó, todavía aturdido por el sueño: «Adelante, enseguida estaré con usted». Fuera de la tienda, la oscuridad se estaba desvaneciendo y en el negro cielo una grieta de luz delataba la llegada del nuevo día. Una vez fuera, Creutz convocó a los ordenanzas y les dio órdenes de cabalgar hasta las tropas para decirles que debían montar. Él mismo montó en su caballo y pasó por delante de las largas filas de los regimientos para dar la misma orden. Le seguía el recién despertado Lewenhaupt, que llamó a sus sirvientes para tratar de hacerse con un caballo. Sin embargo, no había ni sirvientes ni caballos, así que continuó a pie hasta el siguiente regimiento, los dragones de Meijerfelt, y les gritó en alemán: «¡A sus monturas, a sus monturas, llegó la hora de montar!». Eran alrededor de las dos de la madrugada.

La primera luz del alba cayó sobre una hueste que estaba descomponiéndose. Las directrices que se habían expedido en las últimas horas del día anterior solo habían sido cumplidas en parte. En la orilla todavía había grandes cantidades de soldados que estaban intentando cruzar el río. Se vieron escenas patéticas: carros y naves fabricadas con manojos de delgadas varas estaban atascados en la orilla, sin que nadie pudiera moverlos. En algunos regimientos todavía faltaba hasta la mitad de los hombres, que estaban ocupados con sus alocados intentos de cruzar el río. En la oscuridad, los regimientos se habían mezclado con el tren de bagajes; reinaban el desorden y la confusión. Los carruajes se habían atascado en cenagales y charcos. La quema del bagaje no había sido completada. En algunas unidades, los trabajos de destrucción se habían interrumpido y una gran cantidad de coches y carros seguían intactos. Tampoco se habían repartido los contenidos de los cofres de la tesorería, y todavía faltaban por distribuir las reservas de munición y la comida entre la gente. Una excéntrica mezcla entre agotada resignación y confuso terror parecía haber sido el ambiente dominante durante la noche. Algunos, apáticos, lo habían dejado todo, abandonando los trabajos y dejándose llevar por el sueño, completamente exhaustos. Otros, movidos por el terror y el espanto, habían luchado desesperadamente con sus construcciones, realizando temerarios intentos de atravesar el río. La disciplina, aquel lazo de hierro que mantenía unida a la hueste y la hacía funcionar, se había desmoronado. Algunos oficiales de alto rango habían participado personalmente en las prohibidas operaciones de travesía o las habían autorizado tácitamente.

La formación de las unidades fue lenta. Creutz llamó a un par de coroneles para darles una buena reprimenda, apremiándoles para que «montaran y se diesen prisa». También Lewenhaupt tenía problemas. La única reacción por parte de los dragones de

Meijerfelt ante sus enérgicas exhortaciones de montar fue un grave silencio. Él mismo relata que «nadie me contestó, sino que me contemplaron como si estuviera loco». Los gritos que profirió a continuación, preguntando por los oficiales, fueron contestados con el mismo sordo silencio. Los jinetes se quedaron de pie, mirándole fijamente a los ojos como estatuas de piedra vivas, frías y mudas. Lewenhaupt, que seguía erguido, se precipitó en dirección a la siguiente unidad. Pasaba el tiempo, pero al final el general consiguió encontrar a un oficial responsable que recibió la orden de conseguir que los dragones de Meijerfelt montaran.

Se podía ver cómo los hombres estaban tumbados en la hierba detrás de sus caballos, atados entre sí, leyendo los pequeños libros de oraciones. A continuación hubo una misa de campaña, tras la cual todo el mundo montó. Con mucha parsimonia, los grupos se fueron convirtiendo en columnas de marcha bajo los estandartes.

Antes de que pudieran partir, quedaban más problemas por resolver aparte de reunir a los soldados. Entre otras cosas, debían repartir los contenidos de los diversos cofres de la tesorería. Creutz comenzó a traer los cofres hasta el regimiento de la guardia. Fue un trabajo complicado, ya que los carros de la tesorería estaban muy dispersos, y, para colmo de males, algunos de ellos se habían quedado atascados en los cenagales. Creutz tenía la intención de traer todos los cofres al regimiento de la guardia montada, y después convocar a los maestros de campo regimentales para efectuar el reparto. La tarea de repartir, de manera proporcional, todos los bienes reunidos entre los regimientos, le fue encomendada a Abraham Cederholm, el joven secretario que había acompañado a las tropas de Roos a la batalla, en el transcurso de la cual había perdido su caballo de refresco, cargado hasta los topes de riquezas. La conversación entre Cederholm y Creutz sobre los cofres fue interrumpida por disparos.

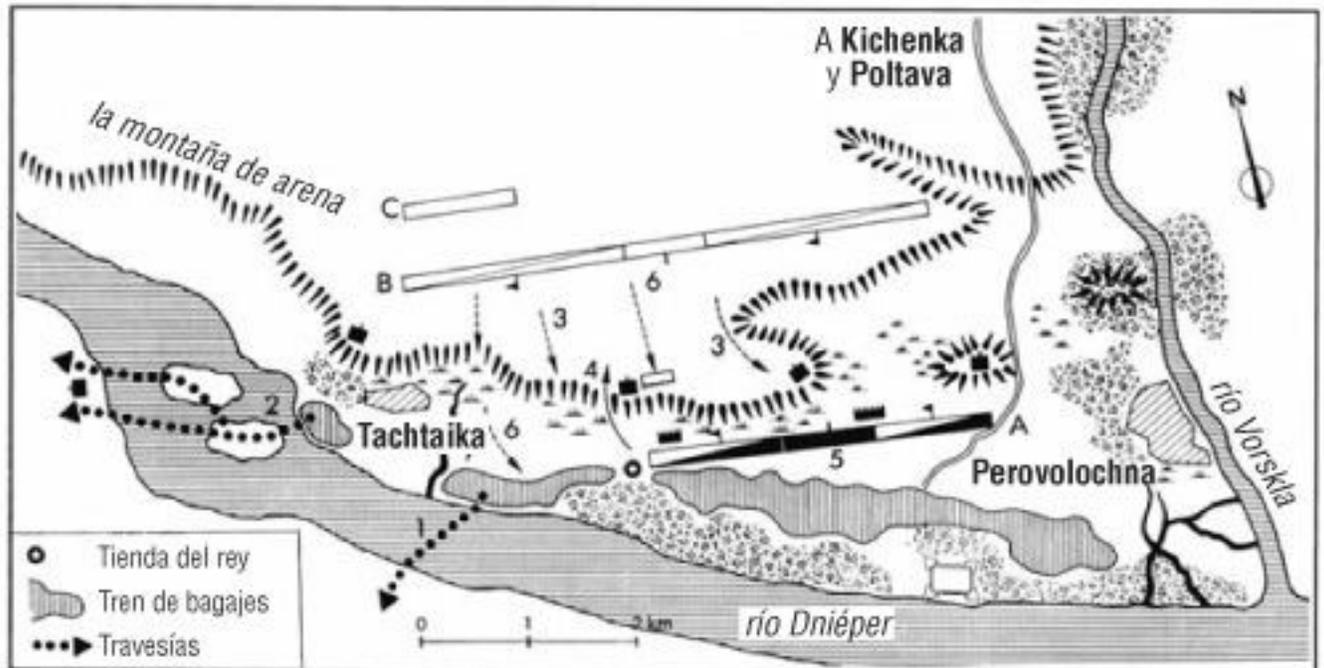
Un capitán de la caballería se acercó a Creutz para contarle que había recibido informaciones desde las avanzadillas de que el enemigo estaba cerca. Al parecer, ¡la caballería rusa estaba atacando los puestos suecos junto al borde de la planicie! Los soldados suecos opusieron una breve resistencia y después huyeron hacia el ejército, que estaba agrupado a orillas del río. Los rusos les siguieron. Creutz envió rápidamente un correo hasta Lewenhaupt y después cabalgó por la cuesta hasta alcanzar la planicie. Allí se encontró con un grupo de jinetes suecos que estaban huyendo en desbandada, perseguidos por un gran destacamento de cosacos. La aparición del general dio lugar a un poco de heroísmo oral de algunos soldados. Mientras todavía huían comenzaron a gritar a su corneta: «Haz frente al enemigo, maldito embustero; no mereces ser oficial, te atravesaremos con la espada, enfréntate al enemigo si eres un buen hombre». A pesar de todo, Creutz consiguió pararles y, uniéndose a los jinetes de otro puesto, rechazaron el ataque de los cosacos. Comenzaron a llegar nuevos grupos de cosacos, pero la mayor parte de ellos, cada vez más numerosos, rodearon el flanco izquierdo de los destacamentos suecos en dirección al tren de bagajes que se encontraba en la orilla del Dniéper.

Los jinetes suecos pararon. Cuando Creutz miró hacia atrás, en dirección al río, pudo ver cómo los dragones de Meijerfelt ya estaban en marcha y pidió refuerzos de esta unidad. Dos compañías se unieron al grupo de Creutz, que no tardó en proseguir su arremetida. Los rusos fueron empujados otro trecho hacia atrás, y los jinetes suecos pudieron ascender un par de colinas al paso. La llanura se abrió ante los ojos de Creutz, y lo que pudo ver tuvo que quitarle el aliento.

Las columnas de la marcha en los campos junto al río ya habían recibido órdenes de partir cuando escucharon el repiqueteo de las primeras descargas de mosquetes desde la cuesta que conducía a la planicie. Aun así, los regimientos más adelantados echaron a andar e iniciaron el laborioso ascenso por la pendiente. Svenska adelsfanan, una pequeña unidad de unos trescientos hombres bajo el mando del coronel Anders Ramsvärd, había recibido la misión de proteger a la artillería durante la marcha. (Adelsfanan era una unidad reclutada y financiada por la aristocracia sueca; tenía una larga historia que se remontaba hasta Erico de Pomerania y la primera mitad del siglo XV.) Junto a ellos estaban los dragones del regimiento de Uppland, que también se unieron a las filas de Ramsvärd. Una y otra vez fueron objeto de ataques por parte de los cosacos. Los jinetes no terminaron de comprender el significado de los disparos hasta que no alcanzaron la planicie: una vez allí vieron que estaban ante un cuerpo de ejército ruso entero, formado en orden de batalla de media luna y preparado para atacar. Los rusos habían alcanzado al ejército sueco.

Creutz podía ver lo mismo desde su posición en la colina. Un largo orden de batalla, ligeramente curvado, se extendía en la llanura delante de él. Era una fuerza compuesta de varias unidades en la que dominaba la caballería, pero que también incluía a infantería, artillería y caballería irregular. El hecho de que las tropas de los perseguidores fueran tan multifacéticas en su composición también debió de ser una sorpresa para los suecos. El comandante de este cuerpo de ejército era Menshikov, quien ahora cabalgaba en la vanguardia para reconocer las disposiciones de los suecos. La infantería había marchado montada, a veces con dos hombres por caballo, y así había podido mantener el ritmo de la caballería. Fue una brillante y sencilla improvisación por parte de los rusos, que, de esta manera, pudieron llevarse al imprescindible regimiento de Semjonovski, una unidad de élite sacada de la brigada de la guardia de su ejército. Esta infantería estaba colocada en el centro del orden de batalla. Los caballos de refresco estaban agrupados en una larga fila a cierta distancia por detrás de esta línea. Los dos flancos estaban compuestos de diez regimientos de dragones. Como ya hemos mencionado, a este cuerpo de ejército ruso tampoco le faltaba artillería. Había llevado consigo una pequeña cantidad de piezas, probablemente los seis cañones de tres libras del regimiento de Semionovski, así como un número de cañones de dos libras, pertenecientes a las unidades de los dragones. Estas piezas fueron transportadas hasta el punto más alto de la cuesta de la planicie, detrás de una ligera pantalla compuesta de caballería irregular y destacamentos de la vanguardia; eran estas unidades las que habían atacado los puestos suecos. El número de tropas rusas ascendía a un total de casi nueve mil hombres. Creutz envió a un correo para informar de lo que estaba viendo: los rusos estaban avanzando derechos hacia los suecos, en línea recta rumbo al magullado ejército que se encontraba en el fondo de la cuenca del río.

PEROVOLOCHNA



A = El orden de batalla sueco

B = El orden de batalla ruso

C = Los caballos de refresco del cuerpo de ejército ruso

1. Las tropas suecas intentan cruzar el río de manera espontánea e improvisada.
 2. El rey se deja convencer de la necesidad de cruzar el río Dniéper y lo hace junto a Tachtaika. La gente de Mazepa, los empleados de la corte, la escolta del rey y algunos otros aprovechan el mismo punto de travesía del río. Esto ocurre en la noche del 1 de julio de 1709.

3. En las primeras horas de la mañana del 1 de julio, la caballería rusa ataca los puestos suecos en el borde de la planicie.

4. Un contraataque sueco les empuja hacia atrás temporalmente. Descubren el orden de batalla ruso.

5. Las fuerzas suecas se sitúan en formación de batalla al pie de la montaña de arena.

6. Las tropas rusas toman la cuesta de la planicie y emplazan su artillería en ese lugar. La caballería irregular rusa rodea los puestos suecos y ataca a las personas y también al tren de bagajes que se encuentra en la orilla del río.

Cuando la chocante noticia de que los rusos les habían alcanzado llegó a los hombres, nuevas oleadas de terror y pánico se multiplicaron entre las filas de la hueste sueca. Nuevos grupos de personas se tiraron al Dniéper, con y sin caballos. Uno de los que se encontraba en la orilla era el predicador de batallón Sven Agrell. Había nacido en 1685 en la parroquia de Torup, de la provincia de Halland. Había iniciado sus estudios de teología a los diecisiete años, en 1702 (una vocación natural, ya que su padre era pastor de la iglesia), pero había tardado en obtener la ordenación hasta hacía cuatro meses, eso sí, con la presencia del rey, lo cual era un pequeño consuelo. Sven ya había metido sus pertenencias más queridas en un par de maletas y un saco impermeable, con la esperanza

de poder llevárselas a la orilla de enfrente. Sin embargo, estaba tardando; había presenciado el alboroto en la orilla, había visto las peleas y las alocadas pujas, con cantidades cada vez más elevadas, por hacerse con un hueco en alguna de las naves. Él mismo había negociado con dos jinetes en una balsa, que le habían prometido que vendrían a por él a su debido tiempo. Sin embargo, la tarde había transcurrido sin que Agrell volviera a tener noticias de ellos, y había pasado la noche en la orilla del río, durmiendo sobre su equipaje. Ahora, el joven predicador de batallón cabalgaba de un lado a otro en busca de los dos jinetes y su balsa, pero no los encontraba en ningún sitio. Después de un rato lo dejó y tomó la decisión de buscar a su regimiento para enterarse de si allí disponían de alguna solución. Mientras se alejaba de la orilla vio un rostro conocido: era el comandante de su propio regimiento, Sven Lagerberg, el hombre al que habían abandonado en el campo de batalla tras el último enfrentamiento con el cuerpo atravesado por las balas, y que había sido pisoteado por las líneas rusas a su paso, para finalmente ser rescatado por un dragón. El maltrecho Lagerberg estaba camino del río, tumbado en una camilla que estaba tendida entre dos caballos. El comandante le supo contar que «en el regimiento no están haciendo absolutamente nada» y pidió a Agrell que se quedara con él para «ayudarle a encontrar la chalana con la que había pasado el rey». La propuesta agradó a Agrell, y juntos pusieron rumbo al punto de la travesía junto a los islotes. Una vez llegados al vado, descubrieron que este estaba hirviendo de gente. La camilla en la que viajaba el comandante fue llevada al encuentro de una de las barcas. Cuando lo subieron a bordo, la tripulación quería volcarlo al agua inmediatamente: dijeron que tenían órdenes de solo transportar las pertenencias privadas del rey. Ante esta amenaza, el desesperado comandante sacó sus pistolas y dijo que «pegaría un tiro en la cabeza a cualquiera que pidiera que lo tirasen al agua». Como consecuencia de esta sustancial amenaza, tanto el comandante como su acompañante pastoral obtuvieron permiso para quedarse en la barca, pero tuvieron que dejar la mayor parte de su bagaje en la orilla. Lo único que Agrell pudo llevarse fue una maleta, mientras que Lagerberg se quedó con un par de conejos, nada más. Pero esto no significaba que el peligro hubiera pasado. La aterrada gente seguía apelotonándose en la nave, que comenzó a mostrar señales de hundirse. Agrell se quitó la ropa para poder nadar en condiciones. Sin embargo, los tripulantes se pusieron a tirar cosas, empujando al agua también a algunos sirvientes considerados de escaso valor, y enseguida flotaron mejor. La nave se puso en marcha y comenzó su navegación por el Dniéper, mientras llovían las estocadas y los golpes sobre aquellos infelices que trataban de agarrarse a la embarcación.

Naturalmente, antes que mejorar, las facilidades para cruzar el río habían empeorado, porque ahora apenas quedaba un solo tronco de madera en la orilla. Muchos de los que intentaron nadar hasta el otro lado se ahogaron. Ahora que el ejército ruso les había alcanzado, algunos de los que hasta el momento habían conservado su bagaje comenzaron a destruirlo: varios carros fueron quemados, mientras que otros objetos — como, por ejemplo, muebles— fueron hundidos en las aguas del río.

Los cosacos rusos se movieron veloces como avispas, pasando por el lado izquierdo de los puestos suecos y descendiendo por la cuesta hacia la orilla, que estaba llena de gente y pertrechos pertenecientes al tren de bagajes. También atacaron a los dispersos grupos de personas junto al río y no tardaron en iniciar una orgía de saqueo de los numerosos carros que estaban repartidos por todas partes. Varios carros de la tesorería cayeron en sus manos.

Sven Agrell no había hecho más que pisar la orilla de enfrente cuando se metió en una pequeña barca que estaba volviendo, para tratar de encontrar un caballo y traer el resto de sus pertenencias, junto con las del comandante. Debido a la presencia de cosacos que merodeaban por la zona, pareció que la travesía iba a ser una empresa azarosa. Expuesto a grandes peligros, Agrell consiguió llegar hasta la orilla, donde se hizo con uno de los cofres de Lagerberg, pero no se atrevió a recoger más cosas. Los jinetes rusos alcanzaron el río y empujaron al agua a los suecos que se encontraban en la orilla. La aterrada gente huyó por la única vía que quedaba: en dirección a la variopinta colección de objetos que flotaban en el agua cerca de la orilla. La pequeña barca en la que había viajado Agrell fue asaltada por una multitud de fugados. Mediante unos enérgicos golpes, los pocos afortunados que se encontraban a bordo se liberaron de los muchos desafortunados que estaban en el agua y se agarraban desesperadamente a la nave, abandonándolos a su suerte. Agrell empujó la nave delante de sí hasta que el agua le llegaba hasta el cuello, donde había suficiente profundidad como para que «nadie pudiera ya alcanzarnos». Una vez subido a la embarcación miró hacia atrás, y pudo ver cómo los cosacos y los calmuco estaban campando a sus anchas por la orilla, rapiñando todo lo que encontraban a su paso —como, por ejemplo, el resto del equipaje de Agrell, que, entre otras cosas, contenía su diario, lleno de escrupulosas anotaciones. (En él había apuntado el número de *mils* que había recorrido desde la partida de su casa paterna hasta la fecha, el 1 de julio de 1709: 729 y 3/4.)¹⁴

En el otro lado del Dniéper, aquellos suecos que ya habían efectuado la travesía pudieron comprobar que, a pesar de que el sol llevaba ya un buen rato en el cielo, el ejército carolino seguía en los campos junto al río. Escucharon disparos de cañón y vieron cómo la caballería irregular rusa cabalgaba a su antojo por la orilla de enfrente. Todo ello resultaba desconcertante y muy preocupante. El rey, que estimaba que su escolta era más que suficiente, tomó la decisión de enviar el regimiento de dragones de la guardia, que había cruzado el río durante la noche, a la otra orilla inmediatamente, lo que supondría una gran decepción para su comandante, Örnstedt, y para los guerreros de la unidad, que tantas penurias habían tenido que sufrir durante la travesía del Dniéper.

Cuando los suecos descubrieron el orden de batalla ruso, este todavía no estaba en una posición que le permitiera bloquear por completo el camino hacia el Vorskla y el vado junto a Kichenka. La pregunta era si los suecos iban a poder avanzar con la premura suficiente como para alejarse de los rusos, que ya estaban formados para la batalla. No estaba claro que pudieran eludir a los perseguidores sin combatir; hasta cierto punto, se podría afirmar que la desafortunada posición de los suecos les estaba acorralando automáticamente. Sin embargo, debido a la generalizada confusión y el desorden, también desaprovecharon esta pequeña oportunidad.

El orden de batalla ruso avanzó, acercándose a paso de tortuga al único camino por el que los suecos podrían salir de los campos a orillas del río. El ala izquierda de los rusos acabó por tomar una posición cerca del camino de Kichenka que pasaba por Perovolochna. Con esta medida, la hueste sueca quedó prácticamente acorralada. Si el ejército quería moverse, ahora debía abrirse paso por la fuerza: el enfrentamiento ya era inevitable. La larga y dispersa fila de las columnas dobló a la izquierda para crear un frente hacia la cuesta que ascendía a la planicie, donde estaba el ejército ruso. Se formó un orden de batalla y emplazaron las piezas de artillería que estaban disponibles. Las bocas de los cañones fueron apuntadas hacia los rusos, que seguían acercándose al borde

de la planicie.

Lewenhaupt estaba consternado: ¿qué debían hacer? Teniendo en cuenta el confuso estado y la dispersión de su propia hueste, su postura ante una posible batalla contra los rusos era claramente pesimista. Decidió ponerse en contacto con los rusos, probablemente en un desesperado intento de ganar tiempo para poder concentrar debidamente a las tropas, bien de cara a una batalla en toda regla, bien para realizar una penetración de las líneas enemigas. (La medida es comparable con la decisión del rey de enviar a Meijerfelt a negociar con los rusos.) Era evidente quién debía llevar a cabo esta misión. La noche anterior, y otra vez más en la madrugada, Lewenhaupt había sido incordiado por el agregado militar prusiano Von Siltmann, que le había solicitado permiso para unirse a los rusos. Ahora, Lewenhaupt ordenó al teniente coronel Trautvetter que proporcionase un tamborilero a Von Siltmann, y que le enviara junto a los rusos con autorización expresa para iniciar negociaciones sobre un posible armisticio. El prusiano se llevó al tamborilero y todo su equipaje, y partió, delante de todo el orden de batalla del ejército sueco, rumbo a las líneas rusas. Evidentemente, las avanzadillas suecas no estaban informadas de la jugada, porque abrieron fuego contra la pequeña comitiva cuando esta pasaba delante de sus puestos. Los miembros del grupo tuvieron que correr como locos a través de una lluvia de balas, pero al final llegaron sanos y salvos hasta las líneas rusas. Allí, el prusiano fue recibido por un edecán general, que le preguntó quién era. Tras recibir la contestación, le condujo raudo hasta Menshikov. Después del inevitable intercambio de cumplidos, Von Siltmann le comunicó que había sido enviado por el comandante en jefe de los suecos para negociar las condiciones de un armisticio. Menshikov dijo que tenía órdenes muy claras del zar: debía o bien batir a la hueste sueca, o bien apresarla. Todo lo que el gran capitán ruso podía ofrecer era una capitulación, pero con buenas condiciones. Equipado con este ultimátum, el tamborilero sueco fue enviado de vuelta a los suyos, solo.

El mensaje del ultimátum de los rusos llegó a Lewenhaupt a través de Creutz. A esas alturas, el general estaba ocupado con la tarea de reunir a los regimientos y prepararlos para la batalla, pero no estaba teniendo mucho éxito con el cometido. Creutz cabalgó hasta Lewenhaupt y le informó de la oferta de capitulación. La evaluación de la situación, por parte de los dos, estaba marcada por un oscuro pesimismo. Lewenhaupt decidió tomar dos medidas. En primer lugar había que formar a las tropas disponibles en una posición más ventajosa. En ese momento, toda la hueste estaba apretujada a la sombra de la cuesta de la planicie, por lo que la artillería rusa de la cresta podría someter a los suecos a un fuego devastador. El ejército se encontraba justo debajo de las bocas de los cañones rusos, y de momento estaba tan indefenso como un rebaño de ovejas. Se envió la orden de mover todo el orden de batalla un poco más hacia la derecha, en dirección a un pequeño campo. Sin embargo, el alto mando sueco necesitaba más tiempo, ya que las tropas todavía no estaban ni concentradas ni preparadas. Además, podría ser necesario que el grupo del rey recorriera la mayor distancia posible desde el Dniéper. La segunda decisión de Lewenhaupt estaba enfocada a prolongar el tiempo de tregua que les hacía falta: Creutz recibió la orden de cabalgar hasta los rusos para parlamentar con ellos en persona y tratar de «estirar el tiempo todo lo que pudiera».

La preocupación fue en aumento entre los suecos que habían cruzado el Dniéper. Ya eran las nueve de la mañana, y la hueste seguía sin moverse del lugar. Quedaba cada vez más claro que los rusos habían alcanzado a las tropas de Lewenhaupt, y poco después

podieron ver cómo algunos soldados rusos de las unidades regulares estaban llegando a la orilla de enfrente.

Sobre las diez menos cuarto, el grupo del rey partió de la orilla para iniciar su viaje hacia el sur por la estepa. El propio rey viajaba en calesa, mientras que todos los demás marchaban como buenamente podían. Muchos heridos se vieron obligados a montar, con todo lo que esto implicaba en cuanto a sufrimiento y dolor. También había gente que no disponía de caballos y que debía colgar las botas alrededor del cuello y caminar, como el pastor Agrell. Por delante les esperaban 350 kilómetros de tierras salvajes —de estepa desprovista de vegetación y quemada por el sol— antes de llegar a Otjakov. Uno tras otro desaparecieron entre la alta hierba.

La situación para la hueste sueca era precaria. El ejército sueco era superior en número comparado con el ruso —contaba con cerca de 12 000 hombres comparados con los 9 000 de los rusos—, pero estas cifras no eran más que estadísticas. Las unidades suecas todavía estaban muy dispersas. El propio Lewenhaupt estimó que aproximadamente la mitad del número total de los soldados seguía a orillas del Dniéper, intentando cruzar el río inútilmente. Las tropas rusas estaban cansadas después de la marcha forzada tras las huellas de los suecos, pero los soldados debían de estar muy motivados tras el triunfo en Poltava. Entre aquellos suecos que sí estaban concentrados alrededor de las banderas reinaba un espíritu de confusión, malhumorada resignación y aversión. Ante la idea de librar otra batalla, y además con unas perspectivas de éxito muy inciertas, los guerreros suecos comenzaron a pasar al bando ruso: oficiales, suboficiales, soldados de línea, sirvientes, mozos de cuadra y gente de todas las categorías buscaron su camino hacia las líneas rusas en grupos de cinco, diez o veinte hombres.

Creutz, acompañado del coronel Dücker y de un capitán llamado Douglas, cabalgó en dirección al orden de batalla ruso. Fueron conducidos hasta Menshikov, que estaba apostado en una colina alta desde la cual tenía una buena vista sobre las tropas suecas. En la conversación con los oficiales suecos, el comandante ruso habló de sí mismo como de un cristiano que no quería derramar sangre, y que por ello les ofrecía «un acuerdo justo». Creutz dejó escapar algunas frases obstinadas, como por ejemplo que los rusos «no estaban ante un ejército de niños», pero el ruso argumentó con diplomacia y prometió que tanto los oficiales como los soldados suecos, en caso de que se rindieran, podrían quedarse con todas sus pertenencias, el bagaje incluido. El sueco pidió una hora de reflexión, tras lo cual Dücker y Douglas, acompañados de un oficial ruso, fueron enviados de vuelta a las líneas suecas con la propuesta de Menshikov. Creutz se quedó.

Ahora Lewenhaupt debía tomar la decisión final. ¿Optaría por un enfrentamiento o una rendición? Es cierto que la hueste sueca se encontraba en un estado lamentable, pero no carecían por completo de posibilidades de abrirse paso por la fuerza. Como ya hemos mencionado, las tropas rusas estaban cansadas, y la caballería sueca estaba en bastante buena condición después de todo, especialmente aquellas unidades que en lugar de acudir a la batalla se habían quedado en el tren de bagajes y las que habían estado apostadas a lo largo del curso del Vorskla. Un movimiento por el flanco, seguido de un ataque concentrado al ala izquierda de los rusos, podría abrirles el camino al vado junto a Kichenka. Varios oficiales del ejército estimaron que esta operación podría saldarse con éxito. Además, en algunas unidades ya se estaban preparando para el combate y una penetración de las líneas rusas; los soldados estaban abasteciéndose de provisiones y deshaciéndose de los objetos personales más pesados para aligerar la marcha.

Sin embargo, también había que tener en cuenta todos los factores negativos que acabamos de mencionar, y que suponían un argumento en contra de una batalla. La hueste sueca aún no estaba concentrada, y reinaba una terrible confusión. La moral estaba por los suelos. El alto mando sueco había intentado aprovechar la tregua que se le había dado para ordenar a las tropas, pero, en gran medida, había fracasado. Además, en algunas unidades las existencias de munición eran muy escasas. Otro agravante que se había añadido —y que era una prueba viva de que la moral de los suecos se estaba derrumbando seriamente— eran las deserciones. Lewenhaupt era un militar muy precavido, y además con una disposición claramente pesimista. Para él resultaba natural interpretar la difícil situación de los suecos como una oscuridad impenetrable en la que apenas se podía atisbar la luz. Durante estos tensos momentos, los pensamientos del general podrían haber estado oscurecidos por las dolorosas experiencias recientes de Poltava. Allí había presenciado el caos total e incontrolable que una moral derrumbada podía causar. Allí, había llevado al grueso de la infantería directamente a la aniquilación.

Él hablaba de esta experiencia, que evidentemente le había marcado profundamente, como un sacrificio de inocentes. La relación de Lewenhaupt con sus hombres era claramente patriarcal, lo cual significaba que daba por hecho que el papel de los soldados era el de sumisos y subordinados, a la vez que eran objeto de su preocupación y de ciertos lazos emocionales. Lewenhaupt sentía responsabilidad por el ejército y por las personas que lo componían.

Para Lewenhaupt y sus colegas del Estado Mayor, los guerreros no eran solo carne de cañón. Los generales del ejército sueco no estaban tan alejados de la hueste —y, sobre todo, de los combates— como para poder tener esa imagen despersonalizada de los soldados. Los generales les acompañaban en la batalla, eran testigos de cómo sus órdenes se traducían en bajas mortales; ellos mismos caían heridos y, de vez en cuando, morían. Además, las huestes eran relativamente pequeñas y los soldados (que a menudo eran reclutados a cambio de mucho dinero), demasiado valiosos, literalmente, para simplemente malgastarlos sin ton ni son. Habrá que contemplar la idea de la carne de cañón como una invención mucho más tardía, un hijo de la industrialización y sus guerras industrializadas, donde las personas que llenaban los enormes ejércitos, fundamentados en el servicio militar obligatorio, se convertían en un recurso más, en un tiempo en el que los generales elegían el aislamiento voluntario, manteniéndose lejos de la realidad del campo de batalla y de las abominables consecuencias de sus órdenes. Dicho esto, no hay que pensar que el liderazgo de las guerras feudales era mucho más elevado desde el punto de vista ético —una matanza no deja de ser una matanza solo porque uno la presencie en persona— pero era cualitativamente diferente, y esto acarrea ciertas consecuencias.

Ahora, una batalla posiblemente acabaría muy mal, y, en la mente pesimista y sensible de Lewenhaupt, este «posiblemente» se había convertido en un «probablemente», que amenazaba con convertirse en un «irremediablemente». Más tarde diría que una batalla habría sido una masacre, una matanza en toda regla, antes que un enfrentamiento propiamente dicho; habría sido como «llevar a los corderos al matadero». Naturalmente, estas expresiones resultan tendenciosas y ornamentadas, pero reflejan, sin lugar a dudas, su sincera —aunque torcida— estimación de la realidad. A sus ojos, este posible baño de sangre carecía de sentido, y no quería ser responsable de semejante «brillantez vanidosa». Lo que pudo haber terminado de inclinar la balanza fue su religiosidad. Para Lewenhaupt, Dios existía, y era un Dios vivo que pedía cuentas y

responsabilidades. Ciertamente, podía ordenar un ataque para salvar la cara ante el rey y la sociedad; rendirse sin más sería una vergüenza, sin lugar a dudas. «Pero el Dios omnisciente, que castiga duramente las ilegítimas deudas de sangre, me aterraba más que la responsabilidad hacia ellos», por citar sus propias palabras. Tal vez los recuerdos del desastre del 28 de junio le estuvieran afectando la cabeza, enturbiando su juicio. La imagen de él que nos llega es la de un guerrero que ha visto demasiada sangre y que, ante la amenaza de tener que ver más, se ve vencido por el miedo y se rinde. Es posible que Lewenhaupt malinterpretara la situación e hiciera del enfrentamiento una prueba mucho más difícil de superar de lo que en realidad era. Sin embargo, por lo que sabemos de sus motivaciones, resulta difícil juzgar su decisión con dureza. Se le puede cuestionar desde el punto de vista militar, pero no desde una perspectiva humana.

El propio Lewenhaupt habría estado inclinado a aceptar la oferta de capitulación de Menshikov nada más conocerla. Sin embargo, la capitulación de un ejército entero era una tremenda responsabilidad, una vergüenza difícil de eludir. En lo que se percibe como un intento descarado y bastante cobarde de pasar una parte de esta responsabilidad a terceros, a las diez en punto de la mañana convocó a todos los comandantes de las diferentes unidades y a los demás oficiales de alto rango.

Fue un evento muy extraño. Significativamente, Lewenhaupt no les informó ni de las órdenes dadas por el rey ni de las diferentes alternativas disponibles. Se limitó a preguntar a los oficiales reunidos «qué intenciones tenían, y si podían asegurar que sus hombres lucharían». La respuesta que le dieron fue ambigua. Muchos de los oficiales de más alto rango se mostraron reacios a intentar abrirse paso por la fuerza, ya que esto supondría que iban a tener que abandonar su equipaje personal, de considerable tamaño y además muy valioso, pero no lo dijeron abiertamente. La mayoría de ellos habrían adivinado qué era lo que estaba buscando el general: hacerles cómplices en una eventual capitulación.

Los oficiales le aseguraron, voluntariosamente, que ellos mismos estaban «más que dispuestos a luchar por sus personas y por sus superiores al servicio del rey». El comandante de Svenska adelsfanan, Anders Ramsvärd, dijo que tanto él como su regimiento habían jurado lealtad al rey, y que esperaba que nadie se negase a cumplir con «aquella obligación y *devoir*» a la que se había comprometido y que ahora se le exigía. Un coronel dijo, con cierto escepticismo, que había algunos oficiales bravucones que prometían que «batirían al ejército ruso entero», pero que no había que hacerles caso. Por lo demás, los oficiales de alto rango atribuyeron todas las dudas que pudieran tener sobre la batalla a la debilidad de sus soldados. Dijeron que no podían prometer que los soldados lucharán, «ya que la *consternation* y el miedo a veces les llegaba a superar hasta tal punto que resultaban incontrolables». Algunos de los oficiales de alto rango señalaron la falta de munición, mientras que otros, encabezados por el coronel de los dragones Dücker, que estaba acostumbrado al trabajo sucio, juraron que «los soldados bajarían las carabinas en cuanto vieran llegar al enemigo».

Estas no eran las respuestas que Lewenhaupt hubiera querido oír. Aparte de alimentar aún más su ya de por sí pesimista valoración de la situación, no suponían una carta blanca, de parte de los oficiales de alto rango, que le eximiera de responsabilidad en el caso de que el general optara por rendirse. Evidentemente, Lewenhaupt era reacio a tomar la decisión. Las alternativas existentes —una penetración de las líneas rusas o una capitulación— le ponían entre la espada y la pared. Si ahora iba a aceptar la tentadora

oferta rusa quería evitar, a toda costa, tener que cargar con toda la responsabilidad él solo. Sin embargo, los oficiales de más alto rango habían esquivado sus propuestas, contestando con diversos murmullos apócrifos. El general se aferró a las referencias a la falta de moral de las tropas, y dio la orden de tomar una medida muy extraña y única. Ordenó a los oficiales de alto rango que acudieran a sus hombres para preguntarles «qué intenciones albergaban, y si preferían defenderse antes que caer prisioneros». Después, los oficiales de alto rango votarían por una decisión u otra, tras lo cual el general tomaría su decisión final. Los oficiales se mostraron dubitativos ante la orden de consultar a los hombres; pensaban que los soldados se declararían dispuestos a luchar, pero se negarían a hacerlo una vez llegado el momento. El coronel Dücker preguntó qué órdenes había dado el rey. La respuesta de Lewenhaupt resultó característicamente engañosa, por no decir directamente falsa; dijo que «Su Majestad no ha podido dar otras *ordres* que no fueran las de defenderse hasta las últimas consecuencias». Ni una palabra sobre las otras alternativas, ni una palabra sobre la marcha a Crimea. Los oficiales cabalgaron hasta sus respectivas unidades. Batalla o capitulación, esa era la pregunta.

28. «No sin lágrimas»

Las unidades estaban formadas, preparadas para la batalla. Subidos a los caballos, los soldados estaban esperando órdenes. Llegaron los oficiales, cabalgando de unidad en unidad, preguntando «si se creían capaces de vencer a la *force* del enemigo, que les había rodeado con un fuerte cuerpo de infantería y artillería». Aquellos guerreros que, después de todo, se habían reunido en torno a las insignias de campaña y oyeron la pregunta se quedaron consternados. «¿Y por qué nos lo preguntan ahora?», dijeron algunos de los dragones de la compañía de la guardia de Albedyhl, antiguos veteranos que habían luchado en Hungría y en otros lugares. «Hasta ahora nunca han pedido nuestra opinión; se han limitado a decir siempre: ¡adelante!»

Las opiniones entre los soldados reunidos bajo los estandartes y las banderas estaban divididas. Fue difícil sacar algo en claro. Había gente que opinaba que sería imposible ofrecer una resistencia exitosa, debido al agotamiento y el elevado número de heridos y desarmados. «La consecuencia de todo ello será una desesperación total, que terminará en una masacre injustificable e incluso anticristiana.» Algunos pensaban que sí podrían batir al enemigo, pero opinaban que la victoria no les iba a servir de gran cosa, porque ¿adónde irían tras la batalla? Otras unidades dijeron que aceptarían la decisión de la mayoría. Algunos estaban claramente a favor de la lucha y se prepararon para efectuar una penetración de las líneas enemigas, a pesar de no saber adónde se dirigiría la marcha después. Los jinetes de la compañía de guardia de Albedyhl dijeron que «no podemos garantizar que les venceremos, pero haremos todo lo que esté en nuestras manos y dentro de nuestras posibilidades por conseguirlo». También había otras unidades que se mostraron totalmente contrarias a la idea de una capitulación. Según los testigos, los dragones de la guardia explicaron que «preferían luchar hasta la última gota de sangre antes que rendirse a discreción». Una unidad que también se declaró dispuesta a librar una batalla era el regimiento de caballería de la provincia de Åbo, encabezado por el comandante livón Erik Johan von Holden. Para todos ellos, los riesgos relativos a una posible batalla les parecían una mejor alternativa que el cautiverio como prisioneros de guerra.

No era tan extraño que algunos soldados prefiriesen la batalla a una simple rendición. Por lo general, en esta época el tratamiento de los prisioneros de guerra era muy inhumano: por poner un ejemplo, lo normal era que el vencedor no les proporcionara avituallamiento. Algunas personas han señalado que incluso podría resultar más humanitario acabar con los prisioneros en el campo de batalla antes que someterles al largo martirio del cautiverio, marcado por los duros trabajos, el hambre y las enfermedades. No existían unas normas, oficialmente aprobadas, que protegiesen a los prisioneros o les otorgasen derecho alguno, por lo que la mortalidad entre ellos era muy elevada. Además, los soldados rasos siempre sufrían más que los oficiales, que recibían un tratamiento considerablemente mejor.

Los oficiales regresaron a Lewenhaupt, que se dio cuenta enseguida de que venían «con una respuesta de que tanto daba hacer lo uno como lo otro». En cuanto a él, pensó que las vagas respuestas, que no suponían una postura inequívoca a favor de la capitulación, se debían a la aversión, por parte de los comandantes de las unidades, a dejar que la propia unidad destacara de manera desfavorable frente a las otras.

Lewenhaupt estaba claramente insatisfecho con las respuestas y decidió efectuar otra ronda de preguntas entre los hombres. ¿Qué preferían hacer los soldados? Envío a los comandantes de vuelta a sus respectivos regimientos con instrucciones de que subrayasen, en la formulación de la pregunta, la inmensa gravedad de la situación.

Los oficiales de alto rango se dirigieron una vez más a las filas de hombres y caballos que esperaban en formación aquella mañana de verano. Se produjeron nuevas discusiones: entre las filas se podían escuchar voces tanto a favor como en contra de una capitulación. Estaba fuera de toda duda que Lewenhaupt trataba de manipular a los hombres para que tomaran la decisión de rendirse, obligando a los oficiales a formular una pregunta capciosa y a destacar la difícil situación en la que se encontraban. En esta ocasión, los consternados soldados se mostraron más reacios a la idea de luchar, lo cual no era de extrañar, puesto que la máxima autoridad estaba encabezando el derrotismo. Algunas unidades decían que no iban a dejarse masacrar. Otras callaron, negándose a contestar la pregunta. Los comandantes regimentales preguntaron a los soldados de la caballería si estaban dispuestos a atacar a la infantería del enemigo (ya que la infantería propia, que en condiciones normales debía hacerse cargo de la tarea en cuestión, estaba tan diezmada). Tampoco entre ellos todo el mundo estaba dispuesto a hacerlo. Las unidades que mostraron las mayores ganas de luchar fueron —lógicamente— aquellas que no habían participado en la batalla tres días antes. Apenas habían sufrido bajas, y el terrible baño de sangre tampoco estaba fresco en su memoria, como en el caso de las otras unidades. En consecuencia, los soldados de a pie, que habían estado más expuestos que los demás durante la batalla y habían sufrido el mayor número de bajas, mostraron menos ganas de embarcarse en un nuevo enfrentamiento; todos votaron a favor de una capitulación.

En el borde de la planicie y más allá, las fuerzas rusas estaban aguardando. Emplazaron su artillería, apuntando las bocas de las piezas hacia las tropas suecas. El tiempo pasaba y la impaciencia de los rusos iba en aumento. El jefe de la artillería envió a un oficial a Menshikov, solicitando permiso para abrir fuego. Este le contestó que debía aguantar un rato más. Se mandó un correo hacia la orilla del río para pedir a Lewenhaupt que se diera prisa con la decisión.

La hueste sueca ya había superado el peor caos, pero su estado era todo menos bueno. La disciplina resultaba precaria, costaba conseguir que la gente cumpliera órdenes y había pocas unidades que estuvieran completamente formadas. Para señalar su intención de no luchar, varias unidades dispararon sus mosquetes al aire y las atronadoras descargas retumbaron hacia el cielo. Grandes grupos de tráfugas continuaron buscando su camino hacia las inmóviles líneas rusas. También prosiguieron los insensatos intentos de cruzar el río. La riada de personas desesperadas que se embarcaron en frágiles naves aumentó debido a que unos cuantos cosacos se habían unido a la hueste sueca y preferían aventurarse a cruzar la ancha corriente del río antes que caer en manos de los rusos. Con razón, temían las represalias rusas por la rebelión contra el zar. Ahora, la travesía del río se había vuelto aún más peligrosa si cabe, debido a la presencia de los cosacos y calmucos enemigos que andaban por la orilla.

Uno de los que estuvo a punto de caer víctima de los calmucos era Johann Christian Schmidt, un sirviente alemán del tren de bagajes, de dieciséis años. A la temprana edad de catorce años se había unido, más o menos voluntariamente, al ejército sueco cuando este se encontraba en Sajonia. El motivo no fue tanto el hambre de

aventuras como un trivial accidente. Sus padres le habían enviado a trabajar en una taberna de Leipzig. El tabernero era un señor muy hosco y severo, de modo que, cuando Johann Christian un día estropeó un recipiente de vino sin querer, consideró que lo mejor era darse a la fuga. Se escondió en casa del capitán sueco Wilhelm Bennet, de la provincia de Åbo, al que había conocido como cliente en la taberna. Sin embargo, enseguida quedó claro que el furioso tabernero no estaba dispuesto a perdonar la torpeza de Johann Christian sin más, pues anduvo buscando al chico por todas partes, y con gran empeño. El joven de catorce años tuvo que ponerse ropajes suecos y, cuando la hueste abandonó Sajonia en 1707, la acompañó en calidad de sirviente del capitán que le había escondido. Lo que había visto durante estos años, en cuanto a enfermedades, hambre, torturas, penurias y muertes en masa, le había inculcado una actitud todo menos positiva hacia la vida del guerrero. Cuando un rato antes había visto cómo las grandes cantidades de bagaje y provisiones se convirtieron en pasto de las llamas, había deseado que los campesinos sajones, que habían tenido que sacrificar tantas cosas para mantener a los suecos, hubieran podido ver el patético espectáculo. Su unidad, los dragones de Meijerfelt, estaba a favor de luchar, y todos ellos habían iniciado ya los preparativos para una penetración de las líneas rusas. Esto también incluía a Johann Christian; cabalgó de vuelta al lugar donde la unidad había pasado la noche y donde estaban los humeantes restos del bagaje, abandonado y parcialmente quemado. Entre los carros, el chico encontró un par de cofres y se puso a repasar su contenido. Cargó sobre el caballo todas las provisiones y la ropa que encontró. En aquel momento descubrió a un calmuco, que ya estaba cerca de él. El hombre cabalgaba derecho hacia el chico con la lanza en ristre. Era evidente que quería matarlo. Johann Christian se subió al caballo de un salto y se marchó al galope entre la caótica aglomeración de carros, en un desesperado intento de huir. Sin embargo, el calmuco era el más rápido de los dos, y la distancia entre ambos se redujo cada vez más. Al final solamente quedaba un único carro entre el chico alemán y su perseguidor. Johann Christian se dio cuenta de que quedaría atravesado por la larga lanza en cualquier momento. Sonó un disparo. Pensando que era el calmuco el que le había disparado y que, por lo tanto, el arma del perseguidor ya no estaba cargada, el chico dio la vuelta al caballo. Pero una vez hubo completado el movimiento, vio que su adversario yacía sin vida en el suelo, y un caballo con la silla vacía que trotaba hacia un grupo de calmucos que estaba cerca. Un dragón sueco —un hombre totalmente desconocido para Johann Christian— había derribado al calmuco con un disparo certero de su carabina desde una posición detrás de un carro. Durante unos pocos segundos, el sirviente alemán del tren de bagajes miró al hombre muerto, y después dirigió la mirada al verdugo. El dragón se precipitó sobre el cuerpo y comenzó a saquearlo. Tras unas breves palabras de agradecimiento, Johann Christian Schmidt espoleó su caballo y volvió al regimiento, y a la partida que él pensaba que ahora se iba a efectuar.

Sin embargo, entre los hombres del alto mando sueco ya eran pocos los que abogaban por una penetración de las líneas rusas. Los oficiales de alto rango volvieron a reunirse en torno a Lewenhaupt: el resultado de la nueva ronda de consultas entre los soldados seguía siendo equívoco. El jefe del regimiento de dragones de Uppland, Wennerstedt, dijo que sus hombres estaban dispuestos a luchar pero que, desafortunadamente, carecían de balas y pólvora. Los comandantes del regimiento de la guardia montada, la caballería de la provincia de Åbo y los dragones de la guardia, informaron de que «su gente prefería blandir la espada». También los dragones de

Meijerfelt y el regimiento de caballería de Småland parecían estar dispuestos a romper las líneas del cerco por la fuerza. Todos los coroneles de la infantería, encabezados por Posse, declararon que sus soldados estaban a favor de una capitulación, ya que eran tan pocos. (Un coronel dijo que solo había en torno a 700 soldados de a pie formados para la batalla. Este dato seguramente no corresponde a la realidad, pero lo cierto es que resultaría sumamente complicado reunir a todos los soldados de los regimientos de infantería, que estaban aturcidos y magullados.) También había muchos comandantes de la caballería, entre ellos el colérico Carl Gustaf Dücker, que mantenían una postura claramente pesimista.

Llegaron noticias de los rusos, que exigían una pronta respuesta. La presión aumentó. Lewenhaupt pidió más tiempo para poder consultar a todos los comandantes, y se lo concedieron. Ahora sí que había que tomar una decisión.

El general ordenó a todos los comandantes que se reunieran con él a solas, y se colocaron en círculo a su alrededor. Hasta cierto punto, la decisión ya estaba tomada; ya se habían convertido en esclavos sin rostro de su propio poder. Comenzó la votación: todos y cada uno tenían derecho a expresar su opinión, empezando por el más joven. Los argumentos *pro et contra* que se esgrimieron ya eran conocidos por todos. Lo que pareció haber pesado más era que la falta de moral entre las filas suecas pudiera hacer que una batalla desembocara en una catástrofe total. También parecían haber sido tentados por las condiciones de la capitulación en las que, entre otras cosas, se estipulaba que los oficiales podrían quedarse con su bagaje personal, dándoles su palabra de honor de que tendrían permiso para regresar a Suecia (naturalmente, estas buenas condiciones solo eran aplicables a los oficiales). Contaron los votos. Muchos estaban a favor de luchar, pero eran menos de los que optaban por rendirse: los opositores a una capitulación quedaron en minoría.

Secundado por la votación, Lewenhaupt terminó por tomar la decisión por la que, evidentemente, se inclinaba desde hacía horas, pero que le había costado tanto traducir en palabras. Los combates cesarían, toda la hueste sueca abandonaría las armas y todos se entregarían como prisioneros de guerra al ejército ruso. La capitulación se había consumado.

Eran alrededor de las once de la mañana. Enviaron un correo a Menshikov con el mensaje de que se rendían. Después de un tiempo, el alto mando sueco recibió las condiciones de la capitulación confirmadas por escrito, con la firma de Menshikov. El acuerdo estaba redactado en alemán y constaba de seis puntos. El último de ellos había sido incorporado como un añadido al final del documento, lo que demuestra que las negociaciones se habían realizado apresuradamente. El primer punto explicaba que todas las tropas bajo el mando de Lewenhaupt, y toda la gente que les acompañaba, quedaban como prisioneros de su gran majestad zarista. Bajo el segundo punto se hacía constar que los soldados entregarían todas sus armas y que se convertirían en prisioneros de guerra, con la posibilidad de ser intercambiados por prisioneros rusos o liberados a cambio de un rescate. Sin embargo, podrían quedarse con sus pertrechos personales, salvo las armas, la munición y los caballos. Los oficiales sí que podrían quedarse con sus caballos. El tercer punto estipulaba que todos los oficiales suecos conservarían su bagaje, y una vez que se firmase la paz, serían liberados sin rescates o canjes. Además, los oficiales tenían garantizado el derecho a un tratamiento «honroso», y la posibilidad de regresar a casa bajo palabra de honor. El punto número cuatro ponía de manifiesto que toda la artillería,

la munición, las insignias de campaña, los instrumentos musicales y los cofres de la tesorería, serían entregados al zar. Bajo el punto cinco, los suecos se comprometían a entregar a todos los zaporoianos a los rusos. En el sexto y último punto, que, como ya hemos dicho, había sido incorporado como un añadido, se prometía que todos los oficiales podrían quedarse con sus sirvientes, y que todos los militares civiles, como los comisarios, auditores, secretarios y pastores del ejército —al igual que los oficiales— podrían conservar su bagaje y sus sirvientes. (También queda constancia de las prisas que marcaban las negociaciones por el hecho de que a Creutz, después de que el acuerdo hubiese sido firmado, se le ocurrió que se habían olvidado de entregar un salario mensual a los soldados, y trató de obtener el permiso también para esto.)

Al mismo tiempo, la noticia de la capitulación fue comunicada al ejército sueco. La información era bastante escueta: a partir de ahora, nadie debía cometer la imprudencia de disparar sus armas, todos se habían convertido en prisioneros de guerra, se prometía que todo el mundo sería liberado tras la firma de la paz y que los oficiales podrían conservar todo su bagaje.

Parece que la noticia de la capitulación fue recibida con alivio en algunas unidades. La gente comenzó a retirarse de la orilla y de sus diversos escondites para unirse a sus unidades reglamentadas.

El número de soldados que se encontraban bajo los estandartes, y que hasta hacía un momento habían sido tan pocos, fue creciendo. En algunas unidades, el mensaje de la capitulación supuso la estocada mortal para lo poco que quedaba de la disciplina. Escocidos por una embriagadora sensación de frustración, desesperanza y derrota definitiva, los soldados suecos comenzaron a saquear y a rapiñar su propio tren de bagajes. Cada uno se abasteció de lo que le apeteció. Se vieron escenas absurdas. Un grupo de dragones del regimiento de Taube atacó el carro de la tesorería del regimiento de la guardia y comenzó a repartir los cuatrocientos *riksdalers* que este contenía. Sin embargo, un comandante intervino y consiguió salvar el dinero.

Las tropas rusas descendieron por las cuestas del borde de la planicie hacia las unidades suecas que aguardaban más abajo. Ahora, los soldados suecos pudieron ver que también sus adversarios mostraban claras señales de agotamiento. La dura marcha de persecución había cansado tanto a los soldados como a los animales de los regimientos rusos. Cuando el regimiento de dragones de Bauer bajó por la arenosa pendiente, el joven teniente segundo Gustaf Abraham Piper vio cómo hasta veinte caballos de cada escuadrón tropezaron y cayeron por el esfuerzo.

La rapidez del acuerdo causó bastantes problemas para el alto mando sueco. Querían evitar que los archivos del ejército y de las diferentes unidades, con todo el material secreto, cayeran en manos rusas, por lo que se inició una apresurada labor de destrucción. Todas las órdenes, junto con los planes, las propuestas, las escrituras y la contabilidad que se encontraban en los carros de la tesorería estaban terriblemente desordenados, y mucho ya se había perdido, pero recogieron lo que quedaba y encendieron grandes hogueras. También los documentos de la cancillería fueron destruidos. Carros enteros de actas de la cancillería desaparecieron entre las llamas.

Los cofres de la tesorería constituían otro problema. Según el acuerdo, había que entregarlos a los rusos. Sin embargo, la gente de la plana mayor quiso repartir la mayor parte del dinero entre los soldados del ejército, ya que estos lo necesitarían durante el cautiverio. (Como ya hemos comentado, no era habitual que el vencedor abasteciera a sus

prisioneros de cantidades muy elevadas.) El reparto del dinero de los cofres, que era una labor que podrían haber llevado a cabo con facilidad en las horas previas de la mañana, se convirtió ahora en una temeridad, ya que suponía una clara infracción del acuerdo establecido. Con grandes prisas, los diferentes comandantes de las unidades y otras personas de elevado rango comenzaron a repartir considerables sumas de dinero entre los oficiales y los soldados. Entre los que, con tanta discreción, entregaban el dinero a los oficiales enviados para el propósito, estaba el secretario Abraham Cederholm. Continuó su labor a lo largo del día y le dio tiempo a entregar más de 30 000 *riksdalers* —una cantidad vertiginosa en aquellos tiempos— antes de que un oficial sueco avisara a los rusos de lo que estaba sucediendo. Uno de los edecanes generales del zar, Paul Wendelbom —un danés de veintipocos años que había entrado al servicio de los rusos— fue a buscarle y exigió que Cederholm le entregara el dinero. Sin embargo, el danés no tardó en iniciar una conversación confidencial con el secretario y le ofreció una puesta en libertad al sueco, a cambio de «cierta discreción». Cederholm se animó y le ofreció cien ducados, pero al final el acuerdo quedó en agua de borrajas.

Otra persona que también estaba involucrada en el apresurado reparto de dinero a diestro y siniestro era el comisario regimental del regimiento de infantería de Skaraborg, Nicolaus Ingewald Hoffman, un hombre de unos cuarenta años oriundo de Filipstad. A lo largo de toda la mañana, Creutz había impedido que Hoffman repartiera el contenido de los cofres, ya que le parecía que no era apropiado hacerlo «delante de las narices del enemigo». Esto todavía seguía más vigente que nunca, pero ahora no había elección: había que repartir el dinero. El general de división Carl Gustaf Kruse —el comandante del regimiento *tremänning* montado de Uppland y uno de los que había argumentado a favor de la idea de una capitulación con más ahínco— llegó hasta Hoffman, que estaba junto a su carro de la tesorería, y le comunicó que daba permiso a ciertas unidades para recoger su dinero. Hoffman aprovechó para pedir dos mil *riksdalers* para los hombres del regimiento de Skaraborg. Kruse se lo concedió. Sin embargo, el cofre tenía dos cerraduras; Hoffman tenía una de las llaves y la otra estaba en poder del jefe regimental, Carl Gustaf Ulfsparre. El problema era que en aquel momento, el cadáver de Carl Gustaf Ulfsparre estaba pudriéndose a 120 kilómetros de distancia al norte, y la llave estaba con él. Hoffman envió al oboísta regimental Gustaf Blidström para que buscara al capitán Wibbling a toda prisa. Este no tardó en llegar y, junto con el comisario regimental, abrió el cofre por la fuerza, sacando los dos mil *riksdalers*. Fue en el último suspiro, porque, a continuación, los carros comenzaron a moverse.

Mientras tanto, una tragedia estaba teniendo lugar delante de los suecos. Sin lugar a dudas, había una parte del acuerdo que se puede calificar como una deshonra, y era el punto cinco, mediante el cual los suecos prometieron que «los cosacos zaporoizianos y otros rebeldes que se encuentren entre las filas suecas serán entregados a Su Majestad el zar». Estos aliados y hermanos de armas de los suecos, a los que habían incitado a la rebelión contra el zar y que el rey había prometido proteger, fueron abandonados a su suerte sin más preámbulos. Y la venganza de los rusos fue terrible.

A estas alturas, los cosacos rebeldes que habían sido capturados en la batalla del 28 de junio ya habían sido ejecutados de la manera más brutal que se pudiera imaginar. Sus cuerpos estaban repartidos por los alrededores de Poltava y por los campos colindantes, pegados a diversas construcciones espeluznantes: algunos colgaban de la horca, otros habían sido ensartados en postes afilados, otros estaban fijados a la rueda,

con todas sus extremidades cortadas, pero todavía con vida, «y ejecutados de varias maneras parecidas por ser rebeldes». Los vencedores aprovecharon también el momento para acabar con aquellos desertores rusos que habían sido atrapados. Entre otras cosas, los prisioneros suecos tuvieron que presenciar cómo el brigadier tráfugo Mühlenfels fue empalado. (Este método de ejecución era considerado el más cruel de todos: el condenado era ensartado sobre un poste afilado que era introducido por el ano. La lucha contra la muerte podía prolongarse más de veinticuatro horas.)

A orillas del Dniéper, los rusos iniciaron una batida para capturar a los cosacos rebeldes. Los reunieron a todos «cual ganado», en primer lugar a los hombres, pero también a las mujeres y a los niños que habían caminado con el tren de bagajes. Entregados por sus aliados y abandonados por sus líderes, no pudieron hacer más que esperar la muerte. Los rusos los sacrificaron como animales, con estocadas y golpes, allá donde los encontrasen. Algunos opusieron un último acto de resistencia, tan desesperado como inútil; otros se ahogaron en el Dniéper.

Mientras tanto, el hombre que les había entregado, el general de la infantería, el conde Adam Ludvig Lewenhaupt, estaba cenando en compañía del hombre que les estaba matando, el general de la caballería, el príncipe Aleksander Danilovich Menshikov. Estaban degustando sus platos en una tienda levantada en lo alto de una colina, desde la cual podían contemplar la formación de las tropas rusas.

Un ejército entero desapareció. Casi exactamente 20 000 personas fueron hechas prisioneras en aquel caluroso día de julio. Entre ellos había 983 oficiales: un general, dos generales de división, 11 coroneles, 16 tenientes coroneles, 23 comandantes, un mayordomo de artillería, 256 capitanes de la caballería y de la infantería, un teniente capitán, 304 tenientes, 323 cornetas y tenientes segundos, 18 maestros de campo regimentales, dos edecanes generales y 25 edecanes. Los suboficiales y los soldados rasos sumaban 12 575 hombres, entre ellos 9 152 soldados de la caballería, 3 286 infantes de línea y 137 artilleros. Un total de 1 407 hombres estaba compuesto de militares civiles no combatientes: entre ellos un caballerizo mayor, 19 cabos de artillería, 40 pastores, 10 comisarios, 80 cirujanos militares y ayudantes de cirujano, cinco auditores, dos notarios, 55 escribas, 13 timbaleros, 73 trompeteros y oboístas, 145 tamborileros y pífanos, 13 prebostes, así como 945 artesanos, cocheros y sirvientes del tren de bagajes. Gran parte de la corte había acompañado al rey cuando este cruzó el río, pero algunos se habían quedado rezagados, y 34 de ellos cayeron en manos de los rusos aquel día: entre otros un médico militar, un cocinero jefe, cuatro trompeteros, un boticario, un ayudante de cámara, así como 25 lacayos y cocheros. También estaban los ayudantes civiles, los sirvientes y los operarios: en total 3 402 personas. Finalmente, entre ellos también se encontraban las familias de los guerreros, y las sirvientas femeninas: 1 657 niños y mujeres de todas las edades. Si a estas 20 000 personas sumamos a los cerca de 2 800 que fueron apresados durante la batalla de Poltava, llegamos a la conclusión de que alrededor de 23 000 suecos fueron hechos prisioneros a lo largo de aquellos polvorientos y calurosos días de verano. Un ejército entero, 49 regimientos y cuerpos militares, había desaparecido en el transcurso de cuatro días con sus noches. De la hueste que el año anterior había sumado en torno a 49 500 soldados, solo quedaban 1 300 en aquel primer día de julio —los que habían conseguido cruzar el río con el rey— y, entre ellos, muchos estaban heridos o enfermos. El resto o habían muerto, o habían caído prisioneros. Fue — y sigue siendo— el mayor desastre militar de toda la larga historia de Suecia.

El botín material de los rusos fue considerable. Todo lo que quedaba de la artillería sueca, 31 piezas, pasó a ser propiedad del zar Pedro: 21 cañones, 2 obuses y 8 morteros. A esto hay que añadir varias toneladas de munición, cientos de cajas de cartuchos, decenas de miles de espadas, carabinas, mosquetes, bayonetas, maletines de cartuchos, maletas, arneses, alforjas, caballos totalmente equipados con sus sillas y bridas, así como pistolas y enormes cantidades de trompetas, timbales y oboes. Además, se capturaron 142 banderas y estandartes. Por último, pero no por ello menos importante, los cofres que, en su mayoría, cayeron en manos de los vencedores: la gran tesorería del ejército, con alrededor de 2 000 000 de monedas de diferentes valores y divisas; los cofres de las tesorerías regimentales, con cerca de 400 000 monedas, y los cofres de Mazepa, que contenían poco más de 300 000 monedas.

Ese fue el botín oficial. A ello hay que añadir todo lo que los soldados rusos rapiñaron durante los saqueos del tren de bagajes sueco y de los soldados. Lo cierto es que enseguida quedó claro que los diferentes puntos del acuerdo no iban a ser respetados con demasiada escrupulosidad. A pesar de los términos de la capitulación, el bagaje de los oficiales no estaba para nada a salvo: los rusos no tardaron en apropiarse de valiosos objetos de decoración, alfombras exclusivas, vajillas de oro y de plata, tapices de hilo de oro y plata, así como pieles y forros de marta. Innumerables coches y carros cambiaron de dueño, y su contenido fue repartido entre las tropas rusas. Todo lo que los guerreros suecos habían robado a cambio de «su propio sudor y sacrificio de sangre» durante las campañas se echó a perder. Ahora los ladrones se convirtieron en víctimas de otro robo. Por lo demás, el tratamiento de los soldados suecos varió bastante. Mientras que algunas unidades pudieron conservar la mayor parte de sus pertenencias (incluso hubo unidades que no fueron desarmadas hasta varios días más tarde), otras fueron saqueadas a conciencia por sus adversarios. Algunos suecos perdieron todo lo que tenían, literalmente, llegando a ser incluso desprovistos de la ropa que llevaban puesta. Algunos fueron completamente desnudados y reunidos en grandes grupos para después ser «empujados y llevados como animales».

Hacia la tarde comenzó el desarme de la hueste sueca. Los suecos marcharon, regimiento por regimiento, hacia el campamento de Menshikov. Las unidades de infantería entregarían sus armas ante el regimiento de la guardia ruso, y los primeros en hacerlo fueron los soldados de la Guardia de Corps. Los infantes efectuaron un saludo militar con los mosquetes, dejándolos sobre el arenoso suelo, y después se quitaron las espadas y los maletines de cartuchos. El cabo de la guardia Erik Smepust, que formaba parte de la compañía de Oxenstierna, escribió con tristeza en su diario: «Con qué ánimo lo hicimos, cualquiera se lo puede imaginar». Los escuadrones de la caballería sueca se acercaron a los lugares que les habían sido indicados para la entrega de sus armas. Un escuadrón azul tras otro desfiló ante las filas de los impenetrables dragones del regimiento de Bauer. Al pasar tiraron al suelo sus timbales, sus estandartes, sus sables y sus carabinas. El joven teniente segundo Piper lo calificó de «un espectáculo lastimoso, que no se podía contemplar sin lágrimas». Mientras proseguía el desarme, el ruidoso montón, compuesto de armas, insignias de campaña e instrumentos musicales, creció hasta formar una pequeña montaña. Los jinetes se alejaron del lugar desarmados, bañados por el sol de la tarde. Algunos lloraron.

En la orilla del Dniéper todavía había gente que estaba quemando documentos de los archivos militares. Los dos funcionarios de la cancillería, Thun y Granberg,

prendieron fuego personalmente a gruesos montones de papeles que fueron reducidos a ceniza y hollín por las llamas. Baltzar Thun observó de pasada que varios de los fajos que había tirado a la hoguera eran borradores redactados por el ministro de propaganda del rey, Olof Hermelin: colecciones de panfletos y despachos que hablaban de la grandeza y el poder de Suecia.

Epílogo

¿Qué nos queda del tiempo que ya ha transcurrido?
Un recuerdo oscuro, un sueño, una sombra que se desvanece,
una premonición de que los tiempos venideros también,
con la misma premura, se nos marcharán.
¿Dónde están aquellos que antes campaban por la tierra,
y aquellos ante los que el mundo de ayer temblaba?

GEORG HENRIK VON BORNEMAN
Oficial de la caballería apresado en Perovolochna

29. Un puñado de tierra, nada más

Entre muchos de los supervivientes quedaba una persistente sensación de amargura y desconfianza. Uno de los innumerables prisioneros que tuvieron que ver cómo pasaba año tras año en cautiverio fue el teniente Georg Henrik von Borneman. Había pertenecido al regimiento de caballería de Norra skånska, participando en la batalla y cayendo en manos de los rusos tras la capitulación del regimiento junto a Perovolochna. En el día de Año Nuevo de 1711 escribió un poema en el que expresaba sus anhelos de regresar a Suecia, sus deseos de que llegara la paz y sus dudas sobre la guerra. En él se podía leer una fuerte acusación contra la gente que estaba en el poder:

¿Quiénes son ustedes, reyes venerables, que tan grandes guerras
emprendéis,

asolando reinos y pueblos, y destrozando las naciones,
derramando sangre, cometiendo crueles asesinatos?

Una mano llena de polvo, un puñado de tierra, nada más.

Georg Henrik nunca regresó. Lo mataron el mismo año en que el poema fue escrito, a sus veinticinco años, en un intento de fuga.

No fueron muchos los que al final regresaron. De los 23 000 que fueron hechos prisioneros en Poltava y Perovolochna, solo unos 4 000 volverían a ver su patria. De algunos regimientos, que habían emprendido la campaña con más de mil hombres entre sus filas, a veces solo regresaban un par de decenas. Tan tarde como en 1729, ocho años después del fin de la guerra y veinte años después de la batalla, todavía regresaban prisioneros suecos a su país. Uno de los últimos en llegar fue el soldado de la guardia Hans Appelman, que volvió en el año 1745, después de treinta y seis años de cautiverio.

Los pocos que terminaron por volver a casa regresaron a una Suecia muy cambiada. El país que una vez habían dejado había sido una gran potencia y una de las naciones más poderosas de Europa. El país al que regresaron estaba mutilado y vencido; había sido devuelto a la posición de segundo rango que antaño venía ocupado.

La batalla de Poltava y la capitulación subsiguiente supusieron un punto de inflexión en la guerra. Cuando la paz finalmente fue firmada, significó el fin del dominio de Suecia como gran potencia, a la vez que —y sobre todo— supuso la confirmación definitiva de que había nacido otra nueva gran potencia europea: Rusia. Esta nación se haría cada vez más grande y poderosa con el paso del tiempo, y los suecos aprenderían a vivir bajo su alargada sombra. Un pueblo abandonó el escenario de la historia mundial y se vio relegado a una posición en la tribuna, entre los espectadores.

Todo podría parecer una terrible pesadilla, si no fuera porque los operarios de las obras de construcción alrededor de Poltava siguen encontrando fosas comunes llenas de magullados huesos humanos. Y los finos dedos de la hierba van soltando cráneos marcados por los golpes de espada y metralla: una escritura cuneiforme grabada en huesos, un mensaje ilegible de otro mundo.

Fuentes y bibliografía

La presente obra es un estudio histórico con un mínimo de referencias científicas. En mi opinión, esto resulta justificable, ya que mi intención no ha sido la de escribir una obra de historia académica tradicional. Una parte central de la historia académica es lo que, con referencia a las palabras de Nils Ahnlund, se suele llamar «los andamios», es decir, las diferentes intromisiones en el texto, de naturaleza metodológica, historiográfica o técnica, motivaciones argumentadas, la exposición de las justificaciones relativas a determinadas conclusiones y afirmaciones, etc. He eliminado todos estos «andamios» de la construcción con el fin de limitarme a presentar mis conclusiones y hallazgos, mostrando el edificio pero absteniéndome de enseñar cómo se realizó la construcción.

ABREVIATURAS

FHT

Revista histórica de Finlandia

BH

Documentos Históricos acerca de la Historia de Escandinavia

HT

Revista Histórica (sueca)

KFÅ

Anuario de la Asociación Carolina

KKD

Diarios de Soldados Carolinos

PHT

Revista de Historia Biográfica

VSLA

Sociedad Científica de Lund. Anuario.

Fuentes

FUENTES NO IMPRESAS

Biblioteca Universitaria de Uppsala. Volumen F 141

Archivo Provincial de Uppsala, archivo municipal de Uppsala: Volumen AI:25

Archivo de Guerra. La Gran Guerra del Norte: Sec. 18; traducciones vol. 6.

FUENTES IMPRESAS

Adlerfelt, G. Diario (*Karl XII:s krigsföretag 1700-1716*). Ed. S. Bring. Estocolmo, 1919.

Agrell, S. Diario 1707-13. KKD V.

Ahlefeldt, J. Organigrama. HH 18:3.

Ausführliche relation von der Den 27. Jun. ...ohnweit Pultowa vorgefallenen glorieusen Bataille... Dresde, 1709.

Bardilli, J. W.: Des Weyland Durchl. Printzens Maximilian Emanuels... Reisen

und Campagnen. Stuttgart, 1730.

Bielke, T. G.: *Memorias (Ture Gabriel Bielkes hågkomster af Karl XII)*. Ed. C. Hallendorff. Uppsala, 1901.

Björck, E.: Relato. KKD III.

Bonde, N.: Relato (en Ennes, B A: *Biografiska minnen af Konung Carl XII:s Krigare...* Vol. II). Estocolmo 1819.

Von Borneman, G. H.: *Poemas (en Svenska vitterhetsarbeten af svenska författare från Stjernhjelms till Dalin. Volumen XL. Ed. P. Hanselli)*. Uppsala, 1868.

Cederhielm, J. Cartas. KKD VI.

Cederholm von Schmalensee, A.: *Recuerdos*. KFÅ, 1957.

Creutz, C. G.: Relato. HH 34:2.

Dahlberg, A. M.: *Memorias (En karolins lefnadslopp som i lifstiden af honom själf blifvit i pennan författadt)*. Ed. R Antoni. Estocolmo, 1911.

Dahlberg, E.: *Diario*. Ed. A. Åberg. Estocolmo, 1962.

Von Dahlheim, C. B.: Organigrama. PHT, 1905.

De la Chapelle, J. R.: *Een Militarisch Exerci tiae Book/ Eller Regimentz Spegell aff ett Infanterie...* (*Un libro de ejercicios militares/O el reflejo reglamental de una infantería...*). Estocolmo, 1669.

De Laval, C. M.: Organigrama. KKD XII.

Dumky, H.: Relato (en Ennes, B A: *Biografiska minnen af Konung Carl XII:s Krigare...* Vol. I). Estocolmo, 1819.

Endliche Confirmation Der Königl. Schwedischen erlittenen grossen Niederlage... U.o. 1709.

von Fabrice, F. E.: *Memorias (Die Memoiren des Kammerherren Friederich Ernst von Fabrice)*. Ed. R. Grieser. Hildesheim, 1956.

Floderus, G.: *Handlingar hörande till Konung Carl XII:s historia. (Documentos acerca de la historia del rey Carlos XII)*. Estocolmo, 1819-1826.

Frisk, N.: Organigrama. HT, 1891.

Förordning och Reglemente för Infanteriet... (*Normas y Reglamentación para la Infantería...*) Reval, 1701.

Gyllenkrok, A.: *Relatos (Axel Gyllenkrooks relationer från Karl XII:s krig)*. Ed. N. Sjöberg. Estocolmo, 1913.

Gyllenkrok, A.: Relato. HH 34:2.

Gyllenstierna, N.: Relato. KKD VIII.

Hager, F.: Organigrama. HH 18:3.

Hiertta, J.: Organigrama. HT, 1898.

Hoffman, N I: Relato. KFÅ, 1922.

Hultman, J. D.: *Memorias (en Floderus, G: Handlingar hörande till Konung Carl XII:s Historia. Vol. I)*. Estocolmo, 1819.

Hård, B: Organigrama. HH 18:3.

Jeffereys, J: Cartas. HH 35:1.

Journal de Pierre depuis l'anné 1698, jusqu'à la conclusion de la paix de Neustadt. Berlin, 1773.

Kagg, L: *Diario 1698–1722*. HH 24.

Karl XII: Cartas (Konung Karl XII:s egenhändig brev). Ed. E. Carlson. Estocolmo, 1893.

- Karl XII: Cartas (*Karl XII:s skrifvelse till Defensionskommissionen angående slaget vid Pultava*). HT, 1888.
- Von Kochen, J. H.: Diario. KKD IV.
- Krigs-Articlar som ... år 1683 förnyade och stadgade äre. (*Código de Justicia Militar renovado y aprobado en el año 1683*). Estocolmo, 1744.
- Lambert, J.: Relato (en *Sveriges Apotekarhistoria från Konung Gustaf I:s till närvarande tid*. Vol. I. Ed. A. Levertin, et al.). Estocolmo, 1910-18.
- Lewenhaupt, A. L.: Relato. HH 34:2.
- Lillienwald, L. G.: Relato. PHT, 1902.
- Lyth, J. M.: Diario 1703–1722. KKD III.
- Meijerfelt, J. A.: Relato (en Villius, H.: *Karl XII:s ryska fälttåg. Källstudier*). Ed. H, Villius. Lund, 1951.
- Norsbergh, J. M.: Diario 1707.1710. KKD III.
- Oxe, Harald: Poemas (en *Svenska vitterhetsarbeten af svenska författare från Stjernhjelm till Dalin*. Vol. XI. Ed. P. Hanselli). Upsala, 1868.
- Petré, R.: Diario 1702-1709. KKD I.
- Pihlström, A.: Diario 1708-1723. HH 18:4.
- Piper, C.: Diario 1709-14. HH 21:1.
- Piper, G. A.: Memorias (*Landshöfdingen Gustaf Abraham Pipers minnen från Karl XII:s ryska fälttåg och sin ryska fångenskap*). Ed. K. G. Westman. Estocolmo, 1902.
- Poniatovski, S. C.: Memorias (*Stanislaus Poniatowskis berättelse om sina öden tillsammans med Karl XII*). HT, 1890.
- Posse, C. M.: Diario 1707-1709. KKD I.
- Posse, C. M.: Cartas (*Ur frih. Carl Magnus Posses korrespondens*). HT, 1882.
- Ramsvärd, A.: Relato. HH 34:2.
- Von Roland, C.: Organigrama. HH 18:3.
- Von Roland, C.: Memorias (*Minnen från fångenskapen i Ryssland och av Karl XII:s krig*). Ed. S. Bring. Estocolmo, 1914.
- Roos, C. G.: Relato. HH 34:2.
- Ryska troféförteckningarna från sommaren 1709 (Registro de trofeos rusos para el verano de 1709)* (en Wennerholm, J. B. R.: *Karl XII:s ryska fälttåg 1708-1709 och de svenska troféförlusterna*.) Museo del Ejército, Informe n.º 5. (Borrador 1992-02-03).
- Schmidt, J. C.: Der Reussische Robinson eine wahre Geschichte. Erster Theil. Greiz, 1781.
- Schönström, P.: Relato (*Karl XII i Ukraina. En karolins berättelse*). Ed. C. Hallendorff. Estocolmo, 1915.
- Schultz, J. Diario. KFÅ, 1948.
- Von Siltmann, D. N.: Cartas (*Några aktstycken av David Natanael von Siltmanns hand rörande verksamheten vid svenska armén 1708–1709*). KFÅ, 1937.
- Von Siltmann, D. N.: Diario 1708-1709. KKD III.
- Siöman, J. O.: Diario (en *Festskrift tillägnad Theodor Hjelmqvist*). Lund, 1926.
- Smepust, E. L.: Diario. KKD III.
- Sparre, C.: Memorias (en *Nya Svenska Biblioteket*. Vol. I. Ed. Gjörwell, CC). Estocolmo, 1762.
- Sperling, C. H. P.: Diario 1700-10. KKD III.
- Spåre, H.: Diario. KKD VII.

Stenbock, M. (& Stenbock, E.): *En brevväxling (Una correspondencia)*. Vols. I–II. Ed. C. M. Stenbock. Estocolmo, 1913-1914.

Stiernhielm, G.: *Poemas*. Estocolmo, 1981.

Taube, W. L.: *Organigrama*. KKD XII.

Tiesensten, L. M.: *Relato*. HH 34:2.

Toll, C. F.: *Organigrama*. HH 18:3.

Trudy Imperatorskago Russkago Voенno-Istoritjeskago obsjtjestva. Vol. III. San Petersburgo, 1909.

Umständlicher, glaubwürdiger und ausführlicher Bericht, Der unglücklichen Schwedischen Niederlage bey Pultawa... Breslau, (?) 1710.

Wallberg, J. *Relato*. KKD 7.

Von Weihe, F. C.: *Diario*. HH 19:1.

Westerman, A.: *Memorias*. KKD VII.

Vollständige Nachricht von dem Siegreichen Treffen ... zwischen Poltawa und Potruka... Dresde, 1709.

Öller, G.: *Relato*. HH 34:2.

El caso de las fuentes para la campaña rusa es muy especial. Puesto que la cancillería de campaña sueca desapareció durante la capitulación, el material sueco oficial y otros vestigios son prácticamente inexistentes. Queda una serie de fuentes escritas por diferentes participantes en la contienda: los autores pueden ser de cualquier rango, desde mozos del tren de bagajes hasta generales. Su valor y su carácter son muy desiguales. Podemos dividirlos en diferentes grupos, siguiendo a Hans Villius en *Karl XII:s ryska fälttåg. Källstudier*, Lund, 1951.

En primer lugar están las fuentes contemporáneas: cartas, diarios y boletines. Esta categoría presenta una serie de problemas. Los diferentes boletines están, por regla general, muy marcados por los propósitos propagandísticos, por lo que resultan poco fiables. Los diarios guardan relación entre sí hasta cierto punto, y tienden a exhibir una tendencia prosueca. El peligro de la interceptación daba lugar a cierta censura en las cartas.

Otro grupo está constituido por todos los diarios, que fueron editados y reescritos posteriormente. También en estos se puede apreciar bastante parentesco, algo que, naturalmente, imposibilita la conclusión automática de que el dato de un diario concreto confirme la información contenida en otro. Villius opina que esta dependencia ha surgido sobre todo cuando los autores han tenido acceso a material oficial, incorporándolo en sus diarios a posteriori. Gunnar T. Westin (en *Dagböcker som källor för Karl XII:s ryska fälttåg —La utilización de diarios como fuentes para la campaña militar rusa de Carlos XII—*, KFÅ, 1953) afirma que este parentesco depende, en última instancia, de las órdenes del día que él da por hecho que se publicaban en la cancillería militar durante la campaña. Eric Tengberg (en *Karl XII i Ukraina. Studier rörande ryska fälttågets slutskede, Estocolmo, 1958 —Carlos XII en Ucrania. Estudios acerca de la fase final de la campaña rusa—*, Estocolmo, 1958) ha cuestionado que el parentesco entre los diarios fuera tan extendido, tal y como indican otros, y le cuesta creer que existieran órdenes del día para empezar (no queda constancia de tal cosa, ni se menciona en las fuentes). Personalmente soy de la opinión de que el problema del parentesco (cuya importancia, a mi parecer, a veces ha sido un poco exagerada, a pesar de que el criterio de la dependencia es uno de los caballos de batalla de la escuela de Weibull, que tanto se apoya

en la fiabilidad de las fuentes) no es tan agudo en los relatos de la batalla, como en el caso de la campaña en general. Solamente una pequeña parte del parentesco se ha producido durante el trabajo de reelaboración y es, sobre todo, producto de la influencia de material oficial —tal vez órdenes del día— durante la campaña. Sin embargo, es muy poco probable, por no decir imposible, que los oficiales tuvieran tiempo para generar algún tipo de «material oficial», durante los pocos y tumultuosos días que transcurrieron tras la batalla, que pudiera haber sido usado en el proceso de reelaboraciones posteriores. En este caso, se me antoja que debieron de haber recurrido a sus propios recuerdos.

Un tercer grupo importante está compuesto por todos los diferentes relatos, memorias y organigramas, cuyo nivel de elaboración, extensión y valor es muy variable. A menudo resultan tendenciosos; los autores pretenden defenderse —diferentes oficiales de alto rango tratan de desprenderse de cualquier responsabilidad por la catástrofe— o glorificarse a sí mismos. (Sin embargo, un material tendencioso no tiene por qué carecer por completo de valor. En algunos casos, donde la manipulación es muy marcada y fácil de diagnosticar, se puede utilizar: por ejemplo, puede dar lugar a una lectura entre líneas con el propósito de averiguar qué datos desagradables trata de ocultar el autor.) Debemos añadir que, para que sea posible usar este batiburrillo de fuentes (más o menos contemporáneas, más o menos tendenciosas, más o menos dependientes unas de otras), tan complicado de analizar, con el propósito de averiguar «wie es eigentlich gewesen»¹⁵ —por usar la famosa cita de Leopold von Ranke— también hace falta algo más que solo un examen crítico de fuentes. Es necesario emplear una concienzuda crítica de datos; el término es acuñado por el historiador alemán Hans Delbrück. Hay que someter las fuentes a diferentes tipos de crítica lógica y relativa a los datos existentes para averiguar si lo que se afirma es posible o probable, y para añadir más argumentos a favor o en contra de las diferentes versiones de lo ocurrido.

Bibliografía

OBRAS DE REFERENCIA GENERAL

Carlson, E.: *Sveriges historia under konungarne af Pfalziska huset. Vol. VIII. Sveriges historia under Karl den tolfte regering. Tredje delen (La historia de Suecia bajo los reyes de la casa Pfalz. Volumen VIII. La historia de Suecia bajo el gobierno de Carlos XII. Tercera parte)*. Estocolmo, 1910.

Den svenska historien. Bd. VII. Karl XII, stormaktens fall. Arvid Horn, fredens general (La historia de Suecia. Volumen VIII. Carlos XII, la caída de la gran potencia. Arvid Horn, el general de la paz). Estocolmo, 1980.

Generalstaben: XII på slagfältet. Karolinsk slagledning sedd mot bakgrunden av taktikens utveckling från äldsta tider. Bd II–IV (El Estado Mayor: Carlos XII en el campo de batalla. La dirección de las batallas de los carolinos, analizada en el contexto del desarrollo de la táctica militar desde los tiempos antiguos. Vols. II-IV). Estocolmo, 1918-19.

Hatton, R. M.: *Karl XII av Sverige (Carlos XII de Suecia)*. Köping, 1985.

Rosén, J.: *Svensk historia. Bd I (La historia de Suecia. Vol. I)*. Lund, 1978.

Rosén 1978 y *Den svenska historien* pueden considerarse dos obras de referencia general básicas. Carlson 1910 es un poco obsoleto, pero se conserva sorprendentemente

bien. *Karl XII på slagfältet* es una obra monumental que no deja de impresionar, pero ha sido duramente criticada por lo tendencioso de su carácter y por sus reconstrucciones a menudo artificiales (sin embargo, para cualquiera que se interese por las tácticas contemporáneas, la campaña militar o la batalla, es un opúsculo imprescindible que resulta imposible de ignorar). El libro de Hatton podría clasificarse, y con razón, como una biografía, pero su mayor valor reside tal vez en su detallada y solvente síntesis de la investigación moderna sobre la época. (Dicho sea de paso, la clasificación de una obra en una categoría particular refleja, en primer lugar, mi propio uso de la misma y no debe ser aplicada como una clasificación general; además, una misma obra a menudo podría ser utilizada en diferentes categorías. Esta lista de referencias bibliográficas tampoco es una bibliografía en el buen sentido de la palabra, sino que solamente incluye obras conocidas por el autor.)

EL DOMINIO DE LA GRAN POTENCIA Y LA GRAN GUERRA DEL NORTE

Åberg, A.: *The Swedish Army, from Lützen to Narva, en Sweden's Age of Greatness 1632–1718*. Ed. M. Roberts). Londres, 1973.

Åberg, A.: *Karolinerna och Österlandet (Los carolinos y el Oriente)*. Estocolmo, 1967.

Anderson, P.: *Den absoluta statens utveckling (El desarrollo del Estado absolutista)*. Malmö, 1978.

Attman, A.: *Den ryska marknaden i 1500-talets baltiska politik 1558-1595 (El mercado ruso en la política báltica del siglo XVI, 1558-1595)*. Lund, 1944.

Bring, S. (ed.): *Karl XII. Till 200-årsdagen av hans död (Carlos XII. En el 200 aniversario de su muerte)*. Estocolmo, 1918.

Cavallie, J.: *Från fred till krig. De finansiella problemen kring krigsutbrottet år 1700 (De la paz a la guerra. Los problemas financieros en torno a la declaración de la guerra del año 1700)*. Uppsala, 1975.

Delbrück, H.: *Der Eintritt Russlands in den westeuropäischen Kulturkreis und der Nordische Krieg*. KFÅ, 1927.

Elmroth, I.: *För kung och fosterland. Studier i den svenska adelns demografi och offentliga funktioner 1600-1900 (Por el rey y la patria. Estudios de la demografía y funciones oficiales de la aristocracia sueca 1600-1900)*. Lund, 1981.

Englund, P.: *Den karolinska mentaliteten. Ideologi, attityd och myt i den svenska officers-kåren 1700-1721 (La mentalidad carolina. Ideología, actitud y mito en el cuerpo de oficiales sueco 1700-1721)*. Trabajo de fin de carrera no publicado. Departamento de Historia. Uppsala, 1982.

Heckscher, E. F.: *Svenskt arbete och liv. Från medeltiden till nutiden (Trabajo y vida en Suecia. Desde la Edad Media hasta el presente)*. Estocolmo, 1971.

Hildebrand, K.-G.: *Ekonomiska syften i svensk expansionspolitik 1700-1709 (Propósitos económicos en la política de expansión sueca 1700-1709)*. En *Historia kring Karl XII*. Ed. G. Jonasson. Estocolmo, 1964.

Jonasson, G.: *Karl XII och hans rådgivare. Den utrikespolitiska maktkampen i Sverige 1697–1702 (Carlos XII y sus consejeros. La lucha por el poder en la política exterior de Suecia 1697-1702)*, Uppsala, 1960.

Jonasson, G.: *Karl XII:s polska politik 1702-1703 (La política de la cuestión polaca de Carlos XII 1702-1703)*. Estocolmo, 1968.

- Kan, A.: *Skandinaviens historia (La historia de Escandinavia)*. Moscú, 1981.
- Konopczynski, W.: *Karl XII och Polen (Carlos XII y Polonia)*. KFÅ, 1924.
- Lindegren, J.: *Den svenska militärstaten 1560-720 (El Estado militar sueco 1560-1720)*, en *Magtstaten i Norden i 1600-tallet og de sociale konsekvenser. Rapporter til den XIX nordiske historikerkongres*. Vol. I). Odense, 1984.
- Lindroth, S.: *Svensk lärdomshistoria. Stormaktstiden (Historia de las ideas de Suecia. El Imperio sueco)*. Estocolmo, 1975.
- Lövgren, B.: *Ståndsstridens uppkomst. Ett bidrag till Sveriges inre politiska historia under drottning Kristina (La guerra de los estamentos. Una contribución a la historia política doméstica de Suecia bajo la reina Cristina)*. Upsala, 1915.
- Munthe, S. A.: *Karl XII och den ryska sjömakten (Carlos XII y la armada rusa)*. Vols. I-II. Estocolmo, 1924-25.
- Porfiriev, I. E.: *Peter I. Grundläggare av den ryska reguljära arméns och flottans krigskonst (Pedro el Grande. El fundador del arte marcial del ejército regular ruso y la armada rusa)*. Estocolmo, 1958.
- Roberts, M.: *Sverige som stormakt 1560-1718 (Suecia como gran potencia 1560-1718)*. Estocolmo, 1980.
- Roberts, M.: *Sverige och Europa. Studier i svensk historia (Suecia y Europa. Estudios en la Historia de Suecia)*. Estocolmo, 1969.
- Rosén, J.: *Den svenska utrikespolitikens historia (La historia de la política exterior sueca)*. Vol. 2:I. 1697-1721. Lund, 1952.
- Schück, H. (& Warburg, K.): *Illustrerad svensk litteraturhistoria. Andra delen. Reformationstiden och stormaktstiden (Historia de la literatura sueca ilustrada. Segunda parte. La Reforma y el Imperio sueco)*. Estocolmo, 1927.
- Sjögren, O.: *Försvarskriget i Lifland 1701 och 1702 (La guerra defensiva de Livonia 1701 y 1702)*. Estocolmo, 1883.
- Strindberg, A.: *Bondenöd och stormaktsdröm (El hambre de los campesinos y el sueño del Imperio)*. Helsinki, 1971.
- Sweden's Age of Greatness 1632-1718* (Ed. M. Roberts). Londres, 1973.
- Valentin, H.: *Frihetstidens riddarhus. Några bidrag till dess karakteristik (Las familias aristocráticas en los tiempos de paz. Algunas contribuciones a sus características)*. Estocolmo, 1915.
- Wikander, J. G.: *Översikt över Sveriges krig under 1700-talet (Visión panorámica de las guerras de Suecia del siglo XVIII)*. Estocolmo, 1922.
- Wittrock, G.: *Riksskattmästaren Gustaf Bondes politiska program 1661 (El programa político del ministro de hacienda Gustaf Bonde 1661)*. HT, 1913.
- Roberts 1980 ofrece una amplia introducción a las diferentes escuelas y a la bibliografía que trata la época de la gran potencia sueca. La antología *Sweden's Age of Greatness 1632-1718* contiene un buen número de ensayos inspirados de investigadores actuales acerca de los problemas centrales de la historia de esta época. Attman rompió moldes cuando publicó, enfatizando los motivos económicos y de comercio en los planteamientos políticos. Las de Anderson y Strindberg son dos obras muy diferentes entre sí, que, pese a todo, son buenas muestras de un punto de vista histórico-materialista, lo cual también da una idea de la gran variedad de enfoques abarcados por esta escuela. (Lindegren, en su breve pero inteligente obra, ofrece una visión más moderna desde el punto de vista histórico-materialista sueco.) Quien quiera leer una obra que resume muy

bien muchas de las posturas del renacimiento de Carlos XII debe acudir a la gran antología de Bring. La obra de varios volúmenes de Munthe, entretenida e iconoclasta para sus tiempos, presenta muchos análisis interesantes y divergentes; entre otras cosas, el escueto boceto de la personalidad de Carlos XII, que me parece casi incomparable en ese formato. Konopczynski y Porfiriev ofrecen la posibilidad de contemplar el desarrollo desde un punto de vista exterior; sin embargo, la obra del segundo fue redactada en la Unión Soviética bajo Stalin, por lo que contiene muchos disparates.

LA CAMPAÑA MILITAR RUSA

Artéus, G.: *Krigsteori och historisk förklaring. I. Kring Karl XII:s ryska fälttåg (Teoría militar y explicación histórica. I. Acerca de la campaña militar rusa de Carlos XII)* Uppsala, 1970.

Hallendorff, C.: *Karl XII och Lewenhaupt 1708 (Carlos XII y Lewenhaupt 1708)* Upsala, 1902.

Hildebrand, K. G.: *Till Karl XII – uppfattningens historia (Contribución a la historia de la estimación de Carlos XII)*. HT, 1954-1955.

Jackson, W. G. F.: *Seven Roads to Moscow*. Londres, 1957.

Kostomarov, N.: *Mazepa och Karl XII (Mazepa y Carlos XII)*. HT, 1883.

Kuylenskierna, O.: *Kring Karl XII. Karolinska studier (Acerca de Carlos XII. Estudios carolinos)*. Estocolmo, 1918.

Nilsson, S. A.: *De svensk-turkiska förbindelserna före Poltava (Las conexiones sueco-turcas antes de Poltava)*. Scandia Vol. XXII, 1953-1954.

Stille, A.: *Carl XII:s fälttågsplaner 1707-1709 (Los planes de campaña militar de Carlos XII 1707-1709)*. Lund, 1908.

Tarle, E.: *Karl XII och Poltava (Carlos XII y Poltava)*. Estocolmo, 1951.

Tarle, E.: *La guerre du Nord et l'invasion suédoise en Russie*. Vol. II. Moscú, 1966.

Villius, H.: *Karl XII:s ryska fälttåg. Källstudier (La campaña militar rusa de Carlos XII. Examen crítico de fuentes)*. Lund, 1951.

Wernstedt, F.: *Bidrag till kännedomen om den svenska huvudarméns styrka under fälttåget mot Ryssland 1707-1709 (Contribución a los conocimientos sobre las fuerzas del ejército principal sueco en la campaña militar contra Rusia 1707-1709)*. KFÅ, 1931.

Sobre todo debido a los problemas referentes a las fuentes que hemos mencionado anteriormente, pero también por los cambios en la apreciación de Carlos XII y su política, esta fase crucial de la guerra ha sido valorada de manera muy distinta por los diferentes investigadores. Muchas teorías y escuelas han aparecido y desaparecido a lo largo de los años (para un resumen de la historiografía de la campaña, véase Hildebrand 1954-1955 y Artéus 1970). Hallendorff 1902 y sobre todo Stille 1908 fueron obras revolucionarias en su época, que rompían de manera radical con la postura de la «vieja escuela» que les precedía, que era muy crítica con Carlos XII, para centrarse en su brillantez como estratega (esta línea establecida por la «nueva escuela» sería culminada posteriormente en la obra del Estado Mayor). Se pueden encontrar buenos retratos de la campaña militar en varias de las obras generales que ya hemos mencionado; de ellas tal vez deberíamos destacar la de Hatton, puesto que contiene un par de novedades importantes, así como un resumen general de la postura moderna de la cuestión.

LA BATALLA, LA RETIRADA Y LA CAPITULACIÓN

Carlsson, E.: *Karl XII och kapitulationen vid Perevolotjna (Carlos XII y la capitulación en Perovolochna)*. KFÅ, 1940.

Carlsson, E.: *Det svenska högkvarterets planläggning av slaget vid Poltava. En jämförelse mellan litteratur och källor (La planificación de la batalla de Poltava por parte del Estado Mayor sueco. Una comparación entre la bibliografía y las fuentes)*. KFÅ, 1947.

Carlson, F. F.: *Slaget vid Poltava och dess krigshistoriska förutsättningar enligt samtida källor (La batalla de Poltava y sus condicionantes histórico militares, según fuentes contemporáneas)*. En *Historiska studier. Festschrift* dedicado a Carl Gustaf Malmström. Estocolmo, 1897.

Creasy, E. S.: *The Fifteen Decisive Battles of the World*. Londres, 1962.

Fuller, J. F. C.: *The Decisive Battles of the Western World*. Vol. II. Londres, 1955.

Gejvall, N. G.: *Skelettfynd från Poltava. Meddelande XVIII från Kungl. Armémuseum (Hallazgo de esqueletos de Poltava. Mensaje XVIII del Museo Real del Ejército)*. Estocolmo, 1957.

Granberg, W.: *Redutterna i slaget vid Poltava enligt ryska källor och rysk krigsvetenskaplig litteratur (Los reductos en la batalla de Poltava según fuentes rusas y bibliografía rusa de ciencia militar)*. KFÅ, 1961.

Grimberg, C. & Uddgren, H.: *Svenska krigarbragder (Hazañas bélicas suecas)*. Estocolmo, 1914.

Hedberg, J. (& Medvedjev, G.): *Artilleriet – en avgörande faktor i Poltavaslaget (La artillería: un factor decisivo en la batalla de Poltava)*. KFÅ, 1961.

Jensen, A.: *Slaget vid Poltava skildrat i en samtida krönika (La batalla de Poltava retratada en una crónica contemporánea)*. HT, 1907.

Johansson, U.: *En häststöld vid Poltava – och det rättsliga efterspelet (Un «robo de caballo» en Poltava y sus secuelas jurídicas)*. KFÅ, 1979-80.

Kleen, W.: *Poltavaslagets strategiska inramning. Några anteckningar (El marco estratégico de la batalla de Poltava. Algunos apuntes)*. KFÅ, 1949.

Pavlovski, I.: *Bitva pod Poltavoju*. Poltava, 1909.

Petrelli, T. J.: *Några blad ur en rysk dagbok från 1709 (Unas hojas de un diario ruso de Poltava de 1709)*. KFÅ, 1910.

Petri, G.: *Reviderade domslut (Veredictos revisados)*. KFÅ, 1951.

Petri, G.: *Slaget vid Poltava (La batalla de Poltava)*. KFÅ, 1958.

Tengberg, E.: *Karl XII i Ukraina. Studier rörande ryska fälttågets slutskede (Carlos XII en Ucrania. Estudios acerca de la fase final de la campaña militar rusa (Archivo Histórico 7))*. Estocolmo, 1958.

Tengberg, E.: *Några anteckningar kring slaget vid Poltava (Algunos apuntes sobre la batalla de Poltava)*. KFÅ, 1946.

Tengberg, E.: *Karl XII i Ukraina våren 1709 (Carlos XII en Ucrania la primavera de 1709)*. KFÅ, 1948.

Villius, H.: *Före Poltava (Antes de Poltava)*. VSLÅ, 1951.

Villius, H.: *Peter den stores beslut att övergå Vorskla (La decisión de Pedro el Grande de cruzar el Vorskla)*. KFÅ, 1948.

Wennerholm, J. B. R.: *Karl XII:s ryska fälttåg 1708-1709 och de svenska troféförlusterna (La campaña militar rusa de Carlos XII de 1708-1709 y la pérdida de*

insignias suecas). Museo del Ejército, Informe n.º 5 (Borrador 1992-02-03.)

También la batalla y la retirada han sido evaluadas de manera muy distinta por los diferentes investigadores. Los dos retratos clásicos de la batalla de Poltava son Carlson 1897 y la antes mencionada obra del Estado Mayor (vol. III). Un par de retratos modernos son Tengberg 1958, y Petri, del mismo año. De estas dos obras, la de Petri es la más valiosa, aunque, al igual que otros muchos, también este autor tiende a sobrevalorar la importancia del rey. Tengberg es ligeramente superficial en su retrato de la batalla, pero llega a ser realmente interesante en su tratamiento de la capitulación, a pesar de no conseguir que las acciones de los protagonistas sean del todo creíbles. Carlsson 1940 es un admirable retrato de la retirada que acabó con muchos mitos en su época, pero que, desgraciadamente, no trata la capitulación per se. Villius 1948 y 1951 —que ofrecen un punto de vista diametralmente opuesto al de Carlsson 1947 y Tengberg 1946— así como Kleen, aclaran muchas cosas acerca de la situación estratégica, y además de manera solvente. Hedberg y Granberg son dos admirables estudios de detalles, que en gran medida se apoyan en la investigación rusa más reciente. (Para un excelente resumen de la historiografía en torno a esta debatida batalla, véase la obra ya mencionada de Artéus 1970.) Dos accesibles retratos rusos son los mencionados Porfiriev y Tarle 1966 (sin embargo, ambos adolecen de una dependencia demasiado pronunciada del poco fiable *Diario de Poltava* ruso, referido por Petrelli 1910). El texto de Wennerholm muestra cuánto un investigador creativo e imaginativo puede sacar de un solo documento; su investigación sobre la pérdida de insignias suecas ha confirmado, de manera provechosa, una serie de datos que hasta la fecha solo nos llegaban a través de algunas fuentes narrativas bastante poco fiables.

TÁCTICAS, ARMAS Y CONDICIONES EN EL CAMPO DE BATALLA

Åberg, A. (& Göransson, G.): *Karoliner (Carolinos)*. Höganäs, 1976.

Alm, J.: *Eldhandvapen (Armas ligeras)*. Vol. I. Estocolmo, 1933.

Artéus, G.: *Karolinsk och europeisk stridstaktik 1700-1712. Krigsteori och historisk förklaring II (Tácticas de guerra carolina y europea)*. Lidköping, 1972.

Canetti, E.: *Crowds and Power*. Harmonds-worth, 1981.

Catton, B.: *Mr. Lincoln's Army*. Nueva York, 1951.

Cederlöf, O.: *Vapnens historia i sammandrag från antiken till 1800-talets slut (La historia de las armas resumida desde la Antigüedad hasta el final del siglo XIX)*. Estocolmo, 1965.

Von Clausewitz, C.: *On War*. Harmonds-worth, 1974.

Danska generalstaben: *Bidrag til den store Nordiske krigs historie (Estado Mayor danés: Contribución a la historia de la Gran Guerra del Norte)*. Vol. I. Copenhague, 1900.

Delbrück, H.: *Geschichte der Kriegskunst im Rahmen der politischen Geschichte*. Vierter Teil. Neuzeit, Berlín, 1920.

Ericson, L. & Sandstedt, F.): *Fanornas folk. Den svenska arméns soldater under 1600-talets första hälft (Los hombres de la bandera. Los soldados del ejército sueco de la primera mitad del siglo XVII)*. Estocolmo 1982.

Griffith, P.: *Forward into Battle. Fighting Tactics from Waterloo to Vietnam*. Strettington, 1981.

Hemingway, E.: *De dödas biologi (La biología de los muertos, en Satir. II. Från*

- Byron till Dagerman*. Ed. B. Holmqvist). Estocolmo, 1966.
- Holmes, R.: *Firing Line*. Londres, 1987.
- Hornborg, E.: *Kriget. Framställt i skildringar från nyare tid (La guerra retratada a través de testimonios de tiempos modernos)*. Helsinki, 1921.
- Hornborg, E.: *Karolinen Armfelt och kampen om Finland under Stora nordiska kriget (El carolino Armfelt y la lucha por Finlandia durante la Gran Guerra del Norte)*. Helsinki, 1952.
- Howard, M.: *War in European History*. Oxford, 1979.
- Keegan, J.: *The Face of Battle*. Harmonds-worth, 1983.
- Lewis, L.: *Shiloh, Bloody Shiloh, en Men at War*. Ed. E. Hemingway. Nueva York, 1958.
- Lärobok i sjukvård för krigsmakten (Manual de enfermería para las fuerzas armadas)*. Södertälje, 1976.
- Marshall, S. L. A.: *Soldater i strid (Soldados en combate)*. Estocolmo, 1952.
- Meinander, K. K.: *Svenska fanor erövrade vid Ljesna och Poltava (Banderas suecas conquistadas en Lesnaya y Poltava)*. FHT, 1921.
- Montgomery, B. L.: *Krigskonstens historia (La historia del arte de la guerra)*. Lund, 1969.
- Nordensvan, C. O.: *Svenska armén åren 1700-1709 (El ejército sueco de los años 1700-1709)*. KFÅ, 1916.
- Nordensvan, C. O.: *På vägen till Sveriges stormaktsvälde. En tidsskildring från Karl XII:s tid (El camino hacia el dominio de la gran potencia sueca. Un retrato de la época de los tiempos de Carlos XII)*. Estocolmo, 1924.
- Tingsten, L.: *Huvuddragen av medeltidens samt nya och nyare tidens krigskonst (Los principales rasgos del arte de la guerra de la Edad Media, así como de los tiempos modernos y más recientes)*. Estocolmo, 1928.
- Törnquist, L.: *Från banér till kommandotecken. En översikt över de svenska och finska fanorna och standaren genom tiderna (Desde los estandartes hasta las señales de comando. Una visión panorámica de las banderas y los estandartes suecos y fineses a través de los tiempos)*, en el Mensaje XXXVIII, Museo del Ejército, 1977-78.
- Wernstedt, F.: *Lineartaktik och karolinsk taktik. Några reflexioner med anledning av framställningen i Karl XII på slagfältet. (Tácticas de línea y tácticas carolíneas. Unas reflexiones a propósito de la exposición «Carlos XII en el campo de batalla»)*. KFÅ, 1957.

En lo referente a la táctica formal, debemos destacar el valor de Artéus 1972, con su meticolosa comparación entre diferentes ejércitos contemporáneos. También supone —junto con Wernstedt 1957— un correctivo a gran parte de las tesis expuestas en la obra del Estado Mayor sueco acerca de esta cuestión. (Por otra parte, la obra del Estado Mayor contiene mucha información útil acerca de tácticas, organización y armas.) En los dos trabajos de Hornborg hay análisis inteligentes y perspicaces de las diferentes tácticas de guerra contemporáneas, y de la misteriosa psicología de la batalla. Keegan contiene, entre otras cosas, una discusión interesante acerca de los problemas relacionados con el trabajo de escribir la historia de las guerras, y además ofrece un nuevo modelo de análisis que tiene sus ventajas, pero que no se podrá aplicar de manera tan universal como sostiene el autor. Griffith es el aprendiz de Keegan, y su libro contiene, al igual que los del maestro, muchas observaciones útiles, pero a menudo tiende a expresar demasiado sus

afirmaciones. (Tanto Keegan como Griffith enfatizan, de manera muy provechosa, el papel de la moral en la batalla.) En la fascinante obra de Canetti se pueden encontrar muchas observaciones que nos ayudan a comprender mejor determinados sucesos durante la batalla y la retirada.

TRABAJOS DE CARÁCTER BIOGRÁFICO

Bengtsson, F. G.: *Karl XII:s levnad (La vida de Carlos XII)*. Vols. I-II. Malmö, 1980.

Ennes, B. A.: *Biografiska minnen af Konung Carl XII:s Krigare... (Recuerdos biográficos de los guerreros del rey Carlos XII...)*. Vols. I-II. Estocolmo, 1819.

Jarring, G.: *Brigitta Scherzenfeldt och hennes fångenskap hos kalmuckerna (Brigitta Scherzenfeldt y su cautiverio con los calmuco)*. KFÅ, 1983.

Kentschynskyj, B.: *Mazepa*. Estocolmo, 1962.

Lewenhaupt, A.: *Karolinen Edvard Gyldenstolpe (El carolino Edvard Gyldenstolpe)*. Estocolmo, 1941.

Lewenhaupt, A.: *Karl XII:s officerare. Biografiska anteckningar (Los oficiales de Carlos XII. Apuntes biográficos)*. Vols. I-II. Estocolmo, 1920-1921.

Massie, R. K.: *Peter den store. Hans liv och värld (Pedro el Grande. Su vida y mundo)*. Estocolmo, 1986.

Modin, E. (& Söderberg, E. N.): *Matrikel öfver i Upsala studerande norrlänningar 1595-1889 (Matrícula de estudiantes de Norrland inscritos la Universidad de Uppsala, 1595-1889)*. Estocolmo, 1890.

Nordberg, J.: *Konung Carl XII:tes historia (La historia del rey Carlos XII)*. Estocolmo, 1740.

P-G, W.: *Karolinen Georg Planting-Gyllenboga (El carolino Georg Planting-Gyllenboga)*. PHT, 1904.

Sandklef, A. (et altr.): *Carl XII:s död (La muerte de Carlos XII)*. Estocolmo, 1940.

Svenska män och kvinnor. Biografisk uppslagsbok (Hombres y mujeres suecos. Enciclopedia biográfica). Estocolmo, 1942-1945.

Svenskt biografiskt lexikon (Diccionario biográfico sueco). Estocolmo, 1918.

Troyat, H.: *Peter den store (Pedro el Grande)*. Estocolmo, 1981.

Uddgren, H. E.: *Karolinen Adam Ludvig Lewenhaupt (El carolino Adam Ludvig Lewenhaupt)*. Vols. I-II. Stockholm & Uddevalla, 1919-1950.

Uddgren, H. E.: *Karolinen Hugo Johan Hamilton. En lefnads teckning. Skrifter utgifna af Hamiltonska släktföreningen II (El carolineo Hugo Johan Hamilton. El relato de una vida. Textos publicados por la asociación de la familia Hamilton II)*. Estocolmo, 1916.

VD, N.: *Två karoliner (Dos carolinos)*. PHT, 1900.

Voltaire, F. M. A.: *Karl XII*. Estocolmo, 1961.

Waller, S. M.: *Blev Olof Hermelin fången vid Poltava? De ryska uppgifterna i kritisk belysning (¿Fue hecho prisionero Olof Hermelin en Poltava? Examen crítico de los datos rusos)*. KFÅ, 1955.

La obra de Lewenhaupt, en dos tomos, de 1920-1921, es una más de estas extrañas creaciones catalogadoras que sorprenden por el mero esfuerzo que ha sido necesario para recopilarlas, pero que aun así se consultan con frecuencia, lo que llena a uno de una sosegada gratitud hacia todos los estadistas y coleccionistas que hay en el

mundo. A Ennes se le puede leer como el predecesor de aquel: una obra muy particular que contiene muchos datos y documentos pero que resulta poco fiable. *Diccionario biográfico sueco* y *Hombres y mujeres suecos* contienen muchos buenos bocetos biográficos. El retrato de Lewenhaupt redactado por Uddgren tiene sus méritos, pero a menudo se desvirtúa, convirtiéndose en una banal *ehrenrettung*, el error más común del biógrafo (el autor también obvia una gran parte de la interesante complejidad de la compuesta personalidad Lewenhaupt). El principal valor del libro de Kentrschynskyj no reside en el aspecto biográfico, sino en el compasivo tratamiento del papel de los cosacos en el drama. La obra de Bengtsson, merecidamente famosa, puede ser la biografía más brillante jamás escrita en lengua sueca, pero a ratos la sombra de la obra del Estado Mayor planea sobre una presentación de los hechos que contiene ciertas carencias, contemplada como historia (sin embargo, el retrato de la batalla es una de las partes más impecables). El ladrillo de Massie es un proyecto ambicioso que el autor no termina de llevar a buen puerto: a veces alterna los descuidos con una extraña falta de discernimiento crítico. Al igual que sucede con Bengtsson, se puede leer su libro como una hábil obra panorámica. La obra del viejo Nordberg contiene ciertos detalles interesantes.

HISTORIA DE LAS UNIDADES

Bensow, E.: *Kungl. Skaraborgs regementes historia (La historia del regimiento real de Skaraborg)*. Vol. II. Göteborg, 1944.

Braunerhjelm, C. A. G.: *Kungl. Lifregementets till häst historia (La historia del regimiento real de la Guardia Montada)*. Vol. III. Uppsala, 1914.

Sparre, S. A.: *Kungl. Västmanlands Regementes Historia (La historia del regimiento real de Västmanland)*. Vol. IV. Estocolmo, 1930.

Tidander, L. G. T.: *Anteckningar rörande Kongl. Kronobergs regementes historia (Apuntes sobre la historia del regimiento real de Kronoberg)*. Karlshamn, 1897.

Tidander, L. G. T.: *Anteckningar rörande Kongl. Jönköpings regementes historia (Apuntes sobre la historia del regimiento real de Jönköping)*. 2.^a edición Västerås, 1916.

Zeeh, E.: *Kungl Värmlands regementes historia, senare upplagan 1617-1950 (La historia del regimiento real de Värmland, la edición más reciente 1617-1950)*. Karlstad, 1951.

Existe un número muy considerable de historiadores de regimientos y otras unidades, y la presente lista no es más que una pequeña selección. Por lo general, estos estudios oscilan entre muy mediocres, como las dos obras de Tidander, y sólidos, como, por ejemplo, la obra de Bensow, quien, por otra parte, tiende a volverse muy sentimental. Braunerhjelm ofrece un estudio detallado y contiene bastante información de carácter técnico. El mayor valor tanto de Sparre como de Zeeh reside en los datos biográficos que ofrecen.

Índice onomástico

- Åbo, regimiento de caballería de 117, 276, 407, 411
Adlerfelt, Gustaf 124, 301
Agrell, Sven 330, 393-396, 399
Ahlefeldt, Johan 188, 193
Aigustov, brigadier 81, 149
Albedyhl, Christer Henrik d' 290
Albedyhl, compañía de la guardia de 406-407
Appelbom, Mårten 234
Appelgren, Anders 235, 259-259, 263, 288
Appelman, Hans 426
Aristocracia, la, y la guerra 30, 33-35, 86, 159, 183, 203, 295, 391
Artillería 128, 130-138
(*véase también* Potencia de fuego)
Augusto II, rey de Polonia 39, 41, 45, 47
Bach, Johann Jacob 385
Bach, Johann Sebastian 385
Bajas mortales y heridos
en los batallones de Roos 178, 196, 219
en Poltava 172-175, 282-285, 287, 293-294, 334-335, 341-353
estadísticas 342-345, 347-348
Banderas (*véase también* Insignias de campaña) 151, 165, 215, 218, 232-238,
277-278, 282, 287, 291-292, 328, 419
Bauer, Adolf Rudolf Fredrik 166, 223, -224, 259, 276, 361-362, 414, 420
Baumgarten, Nils-Christer von 303
Bayonetas 103, 177, 190, 193, 240-244
Behr, Johan 314, 335
Belau, Jacob Fredrik 301
Bender 93
Bennet, Wilhelm 410
Bernow, Mats 75
Bestialismo 76
Bieliki 331-332, 361, 363
Bielke, Thure Gabriel 159-160
Björck, Erich 279
Blum, Johan 245, 303
Blyberg, Jonas 130-131
Bolanovka 109
Bolesta, Piotr 342
Bonde, Gustaf 34
Bonde, Nils 109, 181, 187-188, 198, 304
Borneman, Georg Henrik von 423, 425
Borisov 55
Buchwaldt, Georg von 219

Budichenski, bosque de 80-81, 125, 162, 171, 182, 225-226, 272, 286, 309-310, 315-316, 325, 328, 339-340
Bünow, Rudolf von 134
Caballos 89, 266-267, 302-307
Calmucos 280, 293, 321, 325, 335, 386, 396, 409-411
Cannas, la batalla de 270
Capitulación 197, 214-215, 218, 220, 318, 333, 349, 398, 403-405, 407-408, 411-414, 419, 425-426
Carlos XI 40, 86, 97, 183, 299
Carlos XII:
personalidad y biografía 26, 90, 96-97, 143-144, 186
reputación 144
premoniciones y leyendas sobre 90, 143, 280-281, 300-301
el caballo de Gjerfta 301-302, 308, 321
la declaración de la guerra y la invasión de Rusia 40, 45-47, 49, 56-57, 63
en Poltava:
asedio 70, 82, 85
decisión de atacar 26, 87, 97-99, 102, 107, 135-139
penetración y reagrupamiento 109-112, 116, 143, 169-170, 183, 198, 201-202, 204-207
la batalla final 224-225, 245-246, 280-281, 289-291, 298-302, 306-307
la retirada 308-309, 320-321, 324-326, 330-331, 335-337, 356, 361
cruce del Dniéper 366, 371-372, 373-386, 399
Cederhielm, Josias 229-230, 288
Cederholm von Schmalensee, Abraham 121, 179-180, 194-195, 389-390, 415-416
Clerckberg, Hans 130
Código de Justicia Militar 44, 114, 186
Cosacos (*véase también* Zaporozianos)
aliados con los suecos 61-62, 65, 109, 165, 224, 229, 327, 369, 409, 416-417
en Poltava 170, 195, 202, 208, 223, 317, 321, 325
Creutz, Carl Gustaf 106, 121, 125-126, 202, 205-207
en la batalla final 226, 229-230, 244-246, 259, 261, 264, 268, 271, 277, 290-291, 298, 304
durante la retirada 317, 325, 368-371, 376-377, 381-382, 385-391, 393
en Perovlochna 398-401, 413, 416
Creutz, Lorentz 117
Cronman, Johan 212, 318-319, 333-334
Curlandia 42, 54, 56, 75, 87, 349
Dahlberg, Alexander Magnus 294
Dahldorf, Johan Valentin von 297
Dahlheim, Carl Balthasar von 324
Dal, regimiento de 87, 113, 172-173
en Poltava 116, 143, 146, 149, 172-179, 185, 187, 193, 219
Danzig 37
Daugava, la batalla de 20, 42, 110, 283
De la Gardie, Magnus Gabriel 86

De Laval, Carl Magnus 275-276, 310-311
Desná, río 58, 62
Devlet Gerai, kan de los tártaros 94
Dittmar, Joachim von 335
Dniéper, el río 54, 86-87, 74, 92, 94-95, 101
travesía del 332, 344, 362-385, 392-400
Dobroye, la batalla de 57, 148
Douglas, Wilhelm 400
Drake, Fredrik 172-175
Dresde, el tratado de 40
Dücker, Carl Gustaf 75, 117, 313, 400-405, 412
Duwall, Carl 56
Duwall, Jakob 117
Eggertz, Paul 333-335
Ehrenklo, Jonas 245
Ejército, ruso 42, 46, 58
antes de Poltava 79-84, 97-101, 136-138, 156-157
saqueos, torturas y masacres 46-47, 50, 62-63, 416-417
equipo 68, 136-137, 182, 221-224, 316
Ejército, sueco:
artillería 128, 130-139, 146, 200-201, 336-337
deserción 61, 91-92, 401-402, 408-409
disciplina y moral en la batalla
financiación de 30-33, 40, 44-46
al principio de la guerra 40-41, 44-46, 48
antes de Poltava 72-77, 87-89, 95-101
comunicaciones 264-265
oficiales 41-45, 76-77, 86-87, 185-186, 197-198, 218, 384, 402
saqueos, torturas y masacres 43-47, 51-56, 64-65, 147-148, 382-383, 414-415,
418-420
religión 18-22, 111, 114-116, 278-279
servicio médico 175-176, 352-353
tácticas 134-136, 177, 188-189, 240-244, 249-251
equipo 25, 49-50, 88-89, 130-137, 149-150, 173-174, 190, 240-242, 253-254,
336-338
superstición 19-22, 89-91, 111, 143-144
reclutamiento 34-35, 42-43
Escoltas reales 91, 110, 117, 154
Estado de la Orden Teutónica 27, 29-30
Estandartes (*véase* Insignias de campaña)
Falk, timbalero regimental 299, 311
Fehman, Nils 234, 282
Feudal, la sociedad, y la guerra 30-34, 235-236
Fock, Gideon 173, 219
Forbes af Lund, Anders 351
Forsman, Lars 282

Fraustadt, la batalla de 21, 91, 103-104, 294
 Frisk, Nils 110-111, 300
 Funck, Thomas 332-333, 363
 Gadde, Gustaf 231-232, 256, 271
 Gadyach 63-64, 108
 Galle, Johan 302
 Gertten, Arendt Johan von 172-173
 Gjertha, Adam 321
 Gjertha, Christian 321
 Gjertha, Johan 110, 206, 299, 302, 308, 321-322
 Golfo de Finlandia 41, 45
 Golovchin, batalla de 18, 55, 110, 147-148, 160
 Gran Guerra del Norte, la (1700-1721)
 causas 27, 425-426
 declaración 30-35
 primeros años 34-40
 la invasión sueca de Rusia 49-117
 (*véase también* Ejército, sueco; Perovolochna; Poltava)
 Greek, Nils (Johan Jakob) 234
 Grissbach, Georg Zacharias 234, 283
 Grodno 52, 58
 Guardia de Corps 18, 23, 75, 90, 108, 116, 123, 138, 154-155, 157, 159, 163, 170, 203, 211, 231-234, 244, 249, 253, 256, 270, 275, 285, 292, 309, 324, 328, 334, 351, 355, 385, 420
 Guardia montada, regimiento de la 117, 121, 290, 292, 303, 347, 353, 368, 389, 411
 Guerra, del Norte
 (*véase* Gran Guerra del Norte, la)
 Gyldenklou, Anders Gideon 203-204
 Gyllenbögel, Johan 266
 Gyllenkrok, Axel 102, 104-106, 123, 126-129, 157-158, 164, 169, 181-184, 203, 205
 en la batalla final 235, 245-246, 258-260, 266-268
 durante la retirada 294-296, 312-315, 322-324, 326, 328, 331-333, 337
 en la travesía del Dniéper 362-363, 365-368, 370-373, 378, 380, 383
 Gyllenpamp, Johan Gabriel 297-298
 Gyllenstierna, dragones de 117, 295
 Gyllenstierna, Erik 161, 233, 272
 Gyllenstierna, Nils 52, 295
 Gynterfelt, Carl Gustaf 123
 Hager, Frans 297-298
 Hallart, Ludvig Nikolaus von 292, 316, 341, 354
 Hamilton, Hugo Johan 125, 162, 183
 en la batalla final 264, 276, 280, 340
 Hanck, Fredrik 282
 Hård, Carl Gustaf 306, 308, 324-326

Hård, Jesper Abraham 211-212
Heinske, general 184, 187-188, 200, 208
Heridos (*véase* Bajas mortales y heridos)
Hermelin, Olof Nilsson Skragge 93, 124, 201, 246, 336, 421
Hielm, Nils 182, 184, 245, 310
Hielm, dragones de 109, 117, 181, 187, 204, 275, 291-292, 304, 310, 317
Hirschenstjerna, Stephan 124
Hoffman, Nicolaus Ingewald 416
Holden, Erik Johan von 407
Holstein-Gottorp 39-40
Holstein-Gottorp, Fredrik IV, duque de 40
Homosexualidad 76
Horn, Carl Johan 138
Horn, Gustaf 317
Horn, Svante 292-293
Hultman, Johan 110, 170, 204, 300-302, 321, 326
Ingria, región de 28, 38
Insignias de campaña 226, 235, 277-278, 382, 406, 413, 420
Ivanchinski, arroyo de 80
Jeffreys, James 123
Jönköping, regimiento de 116, 140, 151-152, 173, 175, 185, 219
Kålbom, Erik 234
Kalmar, regimiento de 116, 233, 250, 253, 272
Kelen, Alexei Stepanovich 69-70, 211-212, 235
Kichenka 366-368, 370, 372-376, 397, 401
Kihlman, Georg 353
Klinckowström, Otto Wilhelm 93
Kling, Sven 247
Kliszov, la batalla de 91, 23, 232
Kobelyaki 74, 332, 363-366, 368-369, 371
Koltza, Sandul 93, 112
Krasnokutsk 64
Krassow, Ernst Detlov von 93-94
Kronoberg, regimiento de infantería de 72, 210, 212, 333-334
Kruse af Kajbala, Carl Gustaf 356, 360, 416
Lagerberg, Sven 292, 394-396
Lagercrona, Anders 116, 305-306, 322-323
Lärka, Jakob 350
Leijonhjelm, Anders 351
Leijonhufvud (*véase* Lewenhaupt)
Lemberg 39, 94
Lesnaya, batalla de 58, 61, 173, 336
Leszczynski (*véase* Stanislaw Leszczynski, Estanislao)
Lewenhaupt, Adam Ludvig:
personalidad y biografía 34, 85-87, 105, 113, 139, 228, 401-405
la marcha hacia Rusia 54, 57, 61

en Poltava 23, 105-106, 112-113, 123, 139, 141, 146, 168, 171
 en la batalla final 227-230, 253-254, 263-264, 270-274
 retirada y capitulación 308, 324, 373, 380-381, 383, 385, 389, 397-399, 402-405
 (*véase también* Rehnsköld)
 Lewenhaupt, Carl 245
 Lidbom, Daniel 293
 Lillienwald, Lorentz Gustaf 160
 Lindberg, Samuel 297
 Lindström, Jonas 75
 Livonia (*véase también* Riga) 28, 37, 39, 42-43, 87
 Lund, la batalla de 299
 Lyth, Joachim Mathiae 164, 279
 Maloye Budiche 100, 162, 199, 230, 290, 298, 317, 322, 325
 Måne, Erich 7, 247
 Mannersvärd, Hans 161, 233, 256, 272
 Masuria 50-52, 58
 Masurovka 68-69- 212
 Maximilian Emanuel
 (*véase* Württemberg, príncipe de)
 Maximilian Emanuel de Mazepa, Iván Step. 62, 65, 90, 122, 363, 375, 378, 392,

419

Meijerfelt, dragones de 322, 360-361, 388-390, 410-411
 Meijerfelt, Johan August 326, 346, 362-363, 398
 Menshikov, príncipe Alexander Danilovitj 83
 en Poltava 101, 153, 156-157, 166, 223, 261, 341
 en Perovolochna 391, 398, 400-401, 403, 409, 413, 418
 Mophilev 56, 58
 Mosquetes (*véase también* Potencia de fuego) 24-25, 150, 192
 Muhl, Robert 159, 170
 Muertos (*véase* Bajas mortales y heridos)
 Mujeres y niños en la campaña militar 75-77, 105-106, 418
 Mühlenfels, brigadier 123, 417
 Närke-Värmland, regimiento de 116, 149, 151-152, 165, 173, 177, 195, 352
 en la batalla final 235, 254, 315
 Narva 27, 48
 la liberación de 20, 41-43, 55, 99-100, 122, 177, 229, 341
 Neumann, Melchior 110
 Nieszawa, la masacre de 46
 Nobleza (*véase* Aristocracia)
 Nordberg, Jöran Andersson 91, 124, 335
 Norin, Niklas 163-164, 349-350, 355
 Norra skånska, regimiento de caballería de 117, 245-246, 291, 299, 301, 317, 320,

425

Norsbergh, Magnus 250, 384
 Nostradamus 15
 Novie Senzjary 331, 359-361, 363

Nyland, regimiento de caballería de 117, 266
Öller, Göran 351
Örnededt, Philip 382, 397
Osten-Sacken, Johan Gustaf von der 173
Östgöta, regimiento de infantería de 116, 138, 161, 183
en la batalla final 234, 254, 258, 263, 269, 288
Östgöta, regimiento de caballería de 25, 117, 276, 279-280, 320
Otjakov 382, 400
Oxe, Harald 175, 342
Oxenstierna, Axel Gabriel 249, 420
Palmfelt, Carl 185, 204
Pedro el Grande, zar de Rusia:
personalidad y reputación 38, 48, 56, 258
y la invasión sueca 48, 49, 56, 62, 135
en Poltava 81, 101, 135, 157, 200
en la batalla final 221, 223-224, 226, 246
tras la victoria 336, 340, 347, 353-354, 361
Perovolochna (*véase también* Prisioneros de guerra) 363, 365-371, 385, 392, 397,
423, 425
términos de capitulación 412-413, 416, 418
Petrovka 66
Picas 150, 190
Pihlström, Anders 78, 147
Pinello, Giovanni Batista 349
Piper, Carl:
personalidad y biografía 183, 341
en Poltava 111, 139, 183, 201, 246
retirada y capitulación 273, 312-314, 330, 335, 354
Piper, Gustaf Abraham 108, 360, 414
Pistol, Gustaf 333
Pistolsköld, Gustaf Reinhold 353
Planting-Gyllenbåga, Claes 319
Planting-Gyllenbåga, Georg 283, 319
Poltava 66-84, 211
asedio de 66-84
la batalla: posición de partida 66-139
la penetración de la infantería 144-152, 167, 171-172
el reagrupamiento de los suecos 199-207, 221-222, 224-225
la batalla final 203-207, 221-339
repercusiones y consecuencias 339-372, 425-426
(*véase también* Bajas mortales y heridos; Prisioneros de guerra)
Pommerijn, Olof 178
Poniatovski, conde de 123, 309
Posse, Carl Magnus 80, 143, 272, 411
Post, Arendt Fredrik von 234, 282
Potencia de fuego 87-88, 130-138, 149-151, 190-192, 240, 242, 247-254, 343

Preobrazhen, regimiento de 258
Prisioneros de guerra 406-408, 413
Perovolochna 412-419, 425
Poltava 218-220, 282, 287, 293-294, 321, 335-336, 346-347, 425
Estadísticas 343-344, 418-419, 425
Prostitución 76
Psel, el río 58, 65, 92
Pushkaryovka 73, 106-107, 114, 127, 134, 200, 203, 217, 225, 268, 308, 315, 317,
324-325, 327, 331, 334-335, 339, 355, 364, 377
Pyhäjoki, batalla de 21
Ragnarök 97
Rålamb, Bror 169-170, 306
Ramsvärd, Anders 391, 404
Ranck, Gustaf 232, 250, 272
Rango, Carl von 212
Rappe, Niklas 328
reclutamiento al ejército
(*véase* Ejército, sueco)
Redeken, Carl Fredrik von 234
Rehbinder, Henrik Johan 149
Rehnsköld, Carl Gustaf:
personalidad y biografía 102-105, 114, 128-130, 205-206, 238, 312-313, 319-320
en Poltava 73, 87, 95, 97, 102-106, 113
ataque y primera penetración 123-126, 128-130, 167, 181, 203-207
en la batalla final 224, 228-230, 238, 244, 264-266
retirada y cautiverio 281, 312-314, 319, 330, 335, 340
y Lewenhaupt 105, 114, 146, 157, 227-229, 238
religión (*véase* Ejército, sueco)
Rentsel, teniente general 184-185, 187, 195, 200, 203, 214
Repnin, general Nikita 224, 287
Reval 27, 165
Ribtsi 25-26, 73
Ridderborg, Jacob 170
Ridderhielm, Hans Isak 93-94
Ridderschantz, Ebbe 26
Riga 37, 41-42, 47, 75, 87
Roland, Carl von 109, 181, 304-305
Romny 63, 90
Roos, Carl Gustaf: 161, 141-14
en los reductos 171-172, 176, 179, 181-187, 204
atacado y perseguido 187-198, 199-206, 208-214, 231
capitulación 213-221
Rosenkamp, Johan Henrik 373
Rosensköld, Per 234
Rosenstierna, Libert 157, 169, 271
Rühl, Johannes Fredrik 301

Saladen, batalla de 20, 44
Salstéen, Bengt 304
San Petersburgo 45, 354
Sass, Johan Christopher von 173
Scherzenfeldt, Birgitta Christine 75
Schlippenbach, Wolmar Anton von 126, 129, 185, 204, 340, 373
Schmidt, Johann Christian 409, 411
Schönström, Peter 144, 281
Schultz, exoficial ruso 123
Schultz (Schultzenheim), Johan Jakob 311
Schultzen, Jacob 110, 176
Selandia 20, 41, 86
Semigalia 87
Semionovski, regimiento de 393
Seréen, Johan Henrik 311
Severia 61
Sheremetiev, general Boris Petrovich 46, 221, 224, 246, 354
Siegroth, Gustaf Henrik von 87, 92, 123, 129-130, 172
en la batalla 141, 171, 173-175, 178
Silfverhielm, Göran 332, 365-368, 375, 378
Silfverläås, Carl Gustaf 234
Silfversparre, Per 384
Siltmann, David Nathanael 123, 250, 398
Sinclair, Carl Anders 287
Sinclair, Malcolm 23-24
Siöman, Johannes 250, 297, 323
Skåne, regimiento de dragones de 117, 164, 276-279, 292, 329
Skaraborg, regimiento de 116, 223, 247, 253, 272, 284, 292, 416
Skoropadski, *hetman* 189, 202, 223-225
Småland, regimiento de caballería de 117, 154, 250, 297-298, 353, 369, 379
Smepust, Erik Larsson 249, 256, 377, 420
Smolensk 57, 60
Smorgon 53, 58
Sneckenberg, Jakob 282
Södermanland, regimiento de infantería de 72, 210, 318, 334, 384
Sokolki 366
Spåre, Henrik 107
Sparre, Axel 116, 129, 181, 184, 204-205, 270-271, 304
Sparre, Bengt 187
Sparre, Conrad 194
Stackelberg, Berndt Otto 116, 141, 146, 288, 340
Stanislaw Leszezynski (Estanislao) 47, 54, 94, 98, 309
Starie Senzjary 331, 360
Starodub 306
Stenbock, Magnus 43
Sternbach, Didrik Celestin von 275, 310

Stiernhielm, Georg 119, 248, 262, 264, 286, 357
Stiernhöök, Gustaf 165, 234, 282
Stolbova, la paz de 38
Strokirch, Carl 306
Strömsköld, Anders 211
Sucesión Española, Guerra de 47
Superstición (*véase* Ejército, sueco)
Svenska adelsfanan 281, 391, 404
Tachtaulova 127, 199, 201, 224, 259, 277
Tamerlán 66
Tachtaika 364-368, 371-372, 374, 378
Taube, dragones de 117, 275, 313, 414
Taube, Wilhelm Ludvig 276, 280
Thorn 46, 75, 161
Thun, Baltzar 421
Tisensten, Lars 283-284, 351
Toll, Carl Fredrik 161
Torstensson, Anders 266
Tremänning, regimiento 87
Tungelfelt, Anders 275, 310
Tungelfelt, Marcus 275
Ulfsparre, Carl Gustaf 233, 272, 416
Uppland, dragones de 328-356, 391, 411
Uppland, regimiento de infantería de 116, 161, 165, 234
en la batalla final 253, 269-270, 282-284
Uppland, regimiento tremänning 117, 347, 355, 360, 416
Urbanovicz, Christoffer Syprianus 123
Valaquia, regimiento de 128, 308
Varta, la batalla de 21
Västerbotten, regimiento de 116, 143, 173
Västmanland, regimiento de 116, 123, 162-163, 165, 181, 204
en la batalla final 231, 270, 281
Veprik 64, 104, 235, 349
Vístula (Wisla), el río 49-50
Volkonski, general 224-225, 259, 277
Von Trautwetter, Carl Gustaf 334
Vorskla, el río 23, 58, 65-67, 77, 80, 92, 109, 112, 128, 166, 168, 198, 208-209,
211, 331-332, 342, 365-368, 371, 374-378, 397
Wachslager, Georg 93
Wachtmeister, Axel Gustaf 26
Wallberg, Jonas 193
Wangersheim, Axel Conrad von 298
Weidenhajjn, Gabriel von 213
Weihe, Friderich Christoph von 250
Wendel, Christoffer Adolf 318
Wendelbom, Paul 415

Wennerstedt, Anders 328, 411
Westerman, Anders Svensson 18-19, 21-22
Wolffelt, Magnus Johan 302
Wrangel af Adinal, Carl Henrik 320
Wrangel, Georg Johan 165, 203, 235
Wrangel, Carlos Gustaf 86
Württemberg, príncipe Maximilian Emanuel de 164, 320, 340
Yakovetski, bosque de 72, 78, 80-81, 126, 128, 141, 211, 218, 223
Yakovtzi 17, 112, 220
Zaporozianos, cosacos 22, 65, 375, 385, 413, 416
en Poltava 72, 90, 107, 128, 211, 230, 327, 329
Zjolkijevski, Plan 49, 52

Nota de agradecimiento del traductor

Quiero dar las gracias, de manera especial, a Juan Ramón Montero por sus numerosas lecturas de la presente traducción, sus imprescindibles explicaciones de terminología militar y sus sugerencias estilísticas. Su ayuda ha contribuido de manera notable a mejorar la traducción. También Honorino Casado aportó valiosas observaciones sobre el texto. Alberto Angulo, historiador de la facultad de Letras de la Universidad del País Vasco, me facilitó muchas referencias bibliográficas de historia militar que me han ayudado a situarme en el contexto. Finalmente, el propio autor, Peter Englund, tuvo la amabilidad de esclarecer el significado exacto de varias expresiones y palabras de principios del siglo XVIII que actualmente se encuentran en desuso.

Naturalmente, los posibles errores que a pesar de todo hayan podido colarse en la traducción pertenecen exclusivamente al traductor.

MARTIN SIMONSON

1. El término exacto del original es *korpralskap*, una unidad de soldados de infantería bajo el mando de un cabo. Sin embargo, en el ejército sueco de esa época, las unidades bajo el mando de un cabo podían estar compuestas de hasta 24 hombres y, por lo tanto, eran más parecidas en tamaño a un pelotón. (*N. del T.*)

2. El *daler* (por *riksdaler*) era la divisa oficial de Suecia en esa época. (*N. del T.*)

3. Castillo situado en la orilla norte del lago Mälaren, construido por el mencionado Wrangel entre los años 1654 y 1676. Desde 1967 pertenece al gobierno sueco y se ha convertido en un museo que contiene una de las mejores colecciones privadas de armas del siglo XVII del mundo. (*N. del T.*)

4. Los *tremänningsregementen* («regimientos de primos segundos») eran un tipo de regimiento instaurado por Carlos XII para suplir la carencia de soldados dentro del país cuando el ejército se movilizaba para campañas en el extranjero. (*N. del T.*)

5. En la actualidad, Lviv. (*N. del T.*)

6. Episodio de la mitología nórdica, frecuentemente traducido como «el ocaso de los dioses» o «la batalla del fin del mundo». (*N. del T.*)

7. Referencia al libro de salmos sueco. (*N. del T.*)

8. Miembros de la escolta real. (*N. del T.*)

9. Abuelo, en alemán. (*N. del T.*)

10. El autor emplea el término «metal» en sentido de «aleación» (a diferencia del hierro, que no lo es). (*N. del T.*)

11. Antigua manera de escribir *lejonhuvud*—cabeza de león—, usada aquí por Rehnsköld en referencia al origen del apellido de Lewenhaupt. (*N. del T.*)

12. Institución estatal sueca cuyo ámbito de actuación se concentraba en la minería. *(N. del T.)*

13. El mote Roosen alude al significado del apellido Roos (*ros* en sueco moderno; «rosa» en traducción). *Roosen* sería la forma determinada del singular de este sustantivo («la rosa»). (*N. del T.*)

14. El *mil* es una unidad de distancia empleada en Suecia, equivalente a diez kilómetros; por lo tanto, Agrell había recorrido, aproximadamente, 7 297 kilómetros. (*N. del T.*)

15. «Lo que realmente ocurrió.» (*N. del T.*)

